



1
84

56-3

7-6

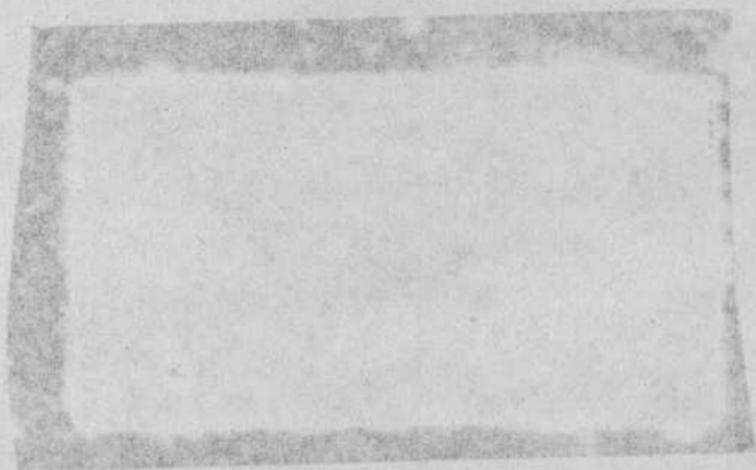
B.P. de Soria



61114864

D-1 1584

D-1
1584



HISTORIA
DE LOS
SOBERANOS PONTIFICES
ROMANOS.

TOMO VI.



18

Oct. 14

no 17

Oct 13
Nov 14
Nov 22

HISTORIA

DEL

SOBRANOS PONTIFICES

ROMANOS

TOMO VI

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTÍFICES ROMANOS,

POR

ARTAUD DE MONTOR,

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA.

TRADUCIDA

POR

D. ANTONIO RENU Y CAUÉ.

TOMO VI.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID.

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN,

Victoria, 9.

BARCELONA.

EN EL PLUS ULTRA,

Rambla del Centro.

1859.

La traducción de esta obra es propiedad de los Editores y se perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES ROMANOS.

253. Clemente XIV. 1769.

VAMOS á entrar en un pontificado fecundo en acontecimientos de la mas alta importancia. Clemente XIV firmará un acto terrible, cuyas consecuencias duran todavía. Una tormenta que estalló tiempo há en las orillas del Tajo, y que se ha convertido en Francia en devastador huracan, llenando luego de luto gran parte de España, va á producir trastornos inauditos en Italia.

Hemos visto las reiteradas instancias de tres influyentes cortes católicas para conseguir de Clemente XIII la abolicion de la Campanía de Jesus. Esas instancias van á ser reproducidas con mayor vehemencia, y se emplearán todos los esfuerzos imaginables para elegir un papa complaciente que acceda á las exigencias que se le hagan en tono áspero y altanero.

El mismo dia en que los electores entren en el cónclave, estallará una tempestad, se pronunciarán palabras duras, se harán las mas vergonzosas proposiciones, y al fin el rayo surcará las nubes á la llegada de los dos electores que se reputan mas interesados en dar el combate. El sacro colegio está al parecer mas preocupado de lo que lo estaria si amena-

zase una invasion musulmana sin haber un Sobieski capaz de contenerla, un cisma terrible como el de Lutero, ó el poder de uno de esos reyes que no están satisfechos ni aun con sojuzgar toda la tierra.

Los referidos electores pretendian conmoerlo todo con solo manifestar el mas ligero capricho á esa reunion de ancianos, que solo oyen la voz de su conciencia y de la religion, y no se inmutan al oír gritos y amenazas, ni al ver alardes de fuerza, ni al saber que llegan tropas enemigas para forzar la voluntad del cónclave. La independendencia de Roma va á verse amenazada de grandes riesgos.

Vamos á ofrecer á nuestros lectores el cuadro de los hechos, y tal vez á presentar á su vista circunstancias que no es probable que espere hallar en nuestro relato.

Clemente XIV, llamado antes de ser papa, Juan Vicente Antonio, y conocido con el nombre de Lorenzo desde que hubo ingresado en órden religiosa, nació en 31 de octubre de 1705 en *Sant' Angelo in Vado*, y era hijo del médico Lorenzo Ganganelli y de Angela Serafina de Maziis, de Pesaro. Lorenzo murió de disgusto por haber perdido un pleito, dejando en la miseria á su hijo. El conde Barnaldi dió los primeros rudimentos de educacion á Juan Vicente, quien á la edad de 18 años tomó el hábito de franciscano en el convento de Mondaino, y á pesar de que algunos amigos le inducian á que se hiciese jesuita, él decia siempre que Dios le tenia destinado á llevar el hábito de san Francisco. Desde Urbino se trasladó á Pesaro, á Recanati, á Fano y á Roma para dedicarse al estudio de la filosofia y de la teología. En Roma estuvo bajo la direccion del respetable P. Angel Sandreani, teniendo por maestro al venerable P. Antonio Lucci. Despues de haber enseñado en Ascoli, en Milan y en Bolonia, buscó un poderoso Mecenas, que fué el cardenal Albani, protector del colegio de San Buenaventura en Roma, el cual, por efecto de la recomendacion de un jesuita, nombró catedrático de él á Ganganelli.

En 1743 hizo sostener por el P. Martinelli una conclusion de teología dedicada á san Ignacio de Loyola, en la cual se prodigaron los mayores elogios á la Compañía de Jesus. Benedic-

to XIV nombró á Ganganelli consultor del Santo Oficio. Clemente XIII deseaba que entrase en el sacro colegio un religioso, y el cardenal Spinelli le hizo presente que si queria que formase parte del mismo un jesuita sin hábito de tal, podia elegir á Ganganelli. Por esto el Papa le comprendió en el número de los que debian ser promovidos al cardenalato en 14 de setiembre de 1759. Ganganelli siendo cardenal continuó en el convento de su órden, llamado de los Santos Apóstoles.

Novaes, que ha escrito la historia de este pontificado, asegura de buena fe (1) que sin embargo de ser jesuita y de haber perdido su dicha desde que quedó suprimida su órden, no sacrificaria á la pasion la verdad, que es la principal regla á que ha de sujetarse un historiador, y que no se separaria del camino de la mas severa imparcialidad, estando dispuesto á seguirlo sin violentarse, pues conoce que su carácter es superior á todo vil interés (2).

Despues de los funerales de Clemente XIII, preparáronse las habitaciones para el cónclave que iba á celebrarse, y en el cual entraron veinte y siete cardenales en 15 de febrero de 1769. En 30 de abril eran ya cuarenta y seis (3). El sacro colegio se componia de cincuenta y siete individuos, once de los cuales no asistieron al cónclave por varias causas.

Al cabo de algun tiempo llegó á Roma el gran duque de Toscana Pedro Leopoldo, que iba á su casa de campo de Médicis. Nueve dias mas tarde apareció el emperador José II en una mera silla de posta, sin acompañamiento y con el título de conde de Falkenstein.

Refiérese que habiéndose el emperador acercado á la puerta del cónclave, se le abrió, y que al dar un paso mas de lo que permitian las formalidades establecidas, el cardenal Albani le dijo sonriendo: «Vuestra Majestad ha roto la clausura, y ahora puede entrar si es de su agrado.» Y cogiendo á S. M. del brazo lo introdujo lo mismo que á su hermano Leopoldo. Sorprendi-

(1) Novaes, XV, pág. 150.

(2) Novaes, XV, pág. 151.

(3) El mismo dia entró en el cónclave el cardenal español Solís, que completó el número de cuarenta y seis.

do el emperador, dijo al cardenal: « En este caso voy á quitarme la espada.—No, repuso el cardenal Serbelloni, V. M. ha de conservarla para defendernos. » Los dos príncipes se informaron de todos los usos y de todas las formalidades que se observaban en los cónclaves ; pero no entraron en la capilla de los escrutinios.

Al principio formóse un gran partido en favor del cardenal Chigi, resobrino de Alejandro VII, á quien llegaron á faltar solo dos votos, pues necesitaba obtener treinta y uno; mas de repente se verifica un cambio, y el partido de Chigi se debilita. Ganganelli era el único fraile que habia en el sacro colegio. Todas las órdenes religiosas se veian perseguidas en aquellos tiempos en todos los reinos, y era imposible por lo tanto figurarse que se diese la preferencia á uno de sus miembros para elegirlo papa. Y sin embargo, esto es lo que aconteció.

Las noticias que vamos á dar las hemos sacado de los archivos de negocios extranjeros de París, y son además fruto de nuestros recuerdos, y de los datos que hemos recogido durante nuestra larga permanencia en Roma.

El embajador en Roma de Luis XV era en aquella época, como es sabido, el marqués de Aubeterre, cuyas disposiciones, segun se ha dicho, eran poco favorables á la corte romana, el cual va á darnos una prueba de que ya no le contiene el respeto que tuvo á Clemente XIII (1).

El papa Rezzonico murió en 2 de febrero, y con fecha 8 del mismo mes M. de Aubeterre escribió al duque de Choiseul en estos términos: « El cansancio de los cardenales, que esperan á los individuos extranjeros del sacro colegio, por verse encerrados sin hacer nada, puede algunas veces producir hechos desagradables, como de ello hemos visto un ejemplo en el cónclave anterior, durante el cual, aburridos los cardenales de esperar al de Roth, procedieron á la eleccion del cardenal Caval-

(1) Enrique José de Esparbés de Lussan, vizconde de Aubeterre en Santonge, despues marqués de Aubeterre, nació en 24 de enero de 1714, penúltimo año del reinado de Luis XIV. Entró muy jóven en la carrera militar, estuvo en la batalla de Fontenoy en 1745, ascendió á mariscal de campo en 1748, fué ministro plenipotenciario en Viena en 1752, embajador extraordinario en Madrid en 1756, teniente general en 1758, y embajador en Roma. Era hombre muy altanero.

chini, que hubiera sido papa si el embajador de Francia no le hubiese excluido en nombre de su soberano, *recurso fatal* que es una desgracia que llegue el caso de emplearse.»

En 15 de febrero abrióse el cónclave. Tiberio Roselli, camarero privado del Papa, en una carta dirigida á París da noticia de los cardenales de entonces. Por el extracto que de ella vamos á dar se comprenderá que M. de Aubeterre no queria mucho al cardenal de Bernis, que se hallaba ya encerrado en el cónclave (1).

Roselli dice hablando de Bernis: *Non erit admisus, neque habebit optatum. Purpura in sulphure non erit electa; omnia evanescent, omnia adversa.* « No será admitido, ni obtendrá lo que desea (2). La púrpura está azufrada, todo se desvanece, todo es contrario.»

Hé aquí lo referente al cardenal Ganganelli:

O quam bonus! Datae erunt ei claves Ecclesiae. Indutus purpura, electus erit. Vir bonis moribus indutus. Ter coronabitur; omnes inservient ei. « ¡Oh! ¡cuán bueno es! Se le darán las llaves de la Iglesia. Usa la púrpura; será elegido. Es un hombre de buenas costumbres. Obtendrá las tres coronas; todos le servirán.»

Este vaticinio, escrito en 15 de febrero, es ciertamente extraordinario, y lo sería mas todavía si no lo hubiese transmitido M. de Aubeterre, que deseaba fuese elegido Ganganelli. Es probable que lo mismo deseasen con anterioridad varios

(1) Juan Joaquin de Pierre de Bernis, cardenal diácono, prelado comendador de la orden del Espíritu Santo, nació en 22 de mayo de 1715 en San Marcelo de la Ardeca. Fué canónigo contador de Prioude en la Auvernia (1738). Admitiósele en la Academia francesa en 29 de diciembre de 1744, fué elegido canónigo contador de Lion en 1750, embajador en Venecia en 1751, abad de San Arnoldo de Metz en 1755, embajador extraordinario en Madrid en setiembre del mismo año, consejero de Estado ordinario en junio de 1756, abad de San Medardo de Soissons en agosto, y embajador extraordinario en Viena en setiembre. Entró en el consejo como ministro en enero de 1757, habiendo estado encargado de la secretaria de Estado en el departamento de negocios extranjeros en junio del mismo año. Fué nombrado comendador de las órdenes reales en 2 de febrero de 1758, abad de Fontaines, volviendo á San Arnoldo de Metz en marzo siguiente, comendador de la orden del Espíritu Santo en 14 de mayo, cardenal diácono en setiembre, dejando el cargo de secretario de Estado en noviembre del mismo año. Pasó á Roma para asistir al cónclave á calidad de cardenal.

(2) Bernis no pretendió nunca la tiara.

individuos del sacro colegio, mas bien favorables que contrarios á los jesuitas. Tocante á M. de Aubeterre, si desde un principio estaba en favor de Ganganelli, era muy poco prudente manifestar este deseo en una carta que habia de recorrer cuatrocientas leguas antes de llegar á Versailles. Los diplomáticos hábiles obran de muy distinto modo.

Del cardenal Banciforte se decia: *Ne curet de electione, quia non erit electus. Iter pessimum si vadit, frustra laborat. Proditor, non li confidere. Perambulat in tenebris desiderium suum. Sulphur et fumus.*

«Que no se ocupe de su eleccion porque no será elegido. Si emprende un viaje ese perverso trabaja en vano. Traidor, no confies. Su deseo marcha entre tinieblas. Azufre y humo.»

No es concebible este injusto encarnizamiento contra ese gran magnate siciliano que estaba merecidamente acreditado en España.

M. de Choiseul (1) en una carta dirigida á M. de Aubeterre en 19 de febrero dice:

«No ignorais, señor, que en los dos últimos cónclaves, celebrados en 1740 y en 1758, el duque de Saint Aignan y el obispo de Laon, hoy dia cardenal de Rochechouart, estuvieron facultados para presentar las credenciales dirigidas por el rey al sacro colegio. Os las envío ahora para acreditar vuestra persona. Seria de desear que pudieseis dispensaros de presentarlas para dejar las cosas en el estado en que se hallaron siempre antes de ocurrir esos dos casos: mas si no es posible, echareis mano de esta nueva prueba de la consideracion y del afecto que S. M. tiene al sacro colegio.»

En 4 de marzo Choiseul escribió que no se excluyese á Ca-

(1) Estéban Francisco de Choiseul de Stainville, duque de Choiseul en Barrois, par de Francia, nació en 28 de junio de 1719. Era conde de Stainville; fué coronel de un regimiento de infantería de su nombre en 21 de mayo de 1743, y del de Navarra en 15 de enero de 1745. Al frente de éste combatió en Fontenoy. Fué nombrado embajador en Roma en noviembre de 1753, y embajador extraordinario en Viena en marzo de 1757. Obtuvo el título de duque de Choiseul en noviembre de 1758, y el cargo de secretario de Estado en 3 de diciembre siguiente. Entró como ministro en el consejo, y fué par de Francia. En 1769 era primer ministro y encargado de negocios extranjeros.

valchini. Explicaré mas adelante hasta qué punto las exclusiones complicaban los negocios sin ventaja alguna para la política y los intereses del país.

En 14 de marzo M. de Choiseul escribia á M. de Aubeterre lo siguiente:

«Creo que no se esperaba en Roma la llegada del emperador en el tiempo en que se hallaba reunido el cónclave. Estoy persuadido de que procurareis averiguar las causas y el objeto de ese viaje.

«Los deseos del rey son que tan pronto como vuestra salud lo permita, os presentéis en público, y que tengáis una audiencia con el sacro colegio reunido en cónclave para entregarle las credenciales que S. M. os ha enviado á este fin.»

M. de Aubeterre creyó al principio hallar en Versalles, en el negociado de Roma, algunos datos sobre el viaje de José II.

En 15 y 22 de marzo el embajador escribia lo que sigue:

«El emperador ha llegado el día 15 á las seis de la mañana, hospedándose en la casa de campo de Médicis con el gran duque.

«El emperador y el gran duque continúan en el mismo punto. Los dos han tenido entrada en el cónclave, en donde les ha recibido todo el sacro colegio, cosa, á lo que creo, sin ejemplo. Los cardenales han mostrado mucha satisfaccion al ver á estos príncipes, quienes han dirigido la palabra casi á todos ellos, teniendo con cada uno de los mismos agradable conversacion. El cardenal Albani ha estado llorando mientras el emperador ha permanecido en el cónclave, llamándole sin cesar *hijo suyo*. El emperador guarda el mas riguroso incógnito bajo el nombre de conde de Falkenstein.»

En la correspondencia de dicho embajador se leen además algunos pormenores curiosos que vamos á consignar.

«De un dia para otro, decia, se espera de Nápoles á M. de Kaunitz, que viene aquí en calidad de embajador de Sus Majestades Imperiales. A cada cambio de papa el emperador acostumbra enviar un embajador extraordinario para conservar en la apariencia el derecho de confirmar la eleccion. Dicho embajador es admitido como los demás, y de este modo acontece siempre que cada cual se queda con sus pretensiones.»

En 19 de abril Aubeterre escribió á M. de Choiseul: «Opino por muchas razones que el cardenal Ganganelli tiene talento, conocimientos y un carácter resuelto. Mas su misma sombra (1) le asusta, y teme comunicarse en apariencia con los franceses. Vive solo en su celda, pues esta vida le ha probado en otro tiempo en el claustro. Desde que es cardenal debiera haber cambiado, para no dar á entender que tiene mas ambicion de la que realmente siente. Se le teme, y generalmente hablando no se le quiere.

«El cardenal Cavalchini, á quien he participado ya que el rey habia dejado sin efecto la exclusion que de él hizo en el último cónclave, ha demostrado el mas vivo reconocimiento por esa prueba de bondad. Quizás ha revivido en su pecho la ambicion, á lo menos parece que nos complace tanto como lo permiten sus años y los manejos de Albani.

«Hasta ahora solo me he ocupado en conocer las personas, en inspirar confianza, y en formalizar bien nuestra exclusion por medio del número de votos necesario.

«Se espera á los cardenales españoles (el cónclave duraba sesenta y tres dias habia), y parece prudente y oportuno asegurarse de que será infructuoso proponer á un sugeto apto.

«Hánse visto cónclaves que han durado seis meses y hasta un año.

«Mas en esos casos los partidos han trabajado sin descanso para vencerse mútuamente, cuando ahora solo hay incuria por consideracion á los soberanos, de modo que la negligencia corre parejas con las incomodidades locales.

«Finalmente, no se quieren para papas jóvenes, ancianos, ni personas ineptas; y como esta es la decidida resolucion de los individuos del cónclave, es muy difícil la eleccion de papa.»

Sin embargo, lo que decia M. de Aubeterre no era del todo cierto: pretendíase que convenia elegir á Ganganelli, asegurándose que estaba dispuesto á admitir condiciones, y á consentir en abolir la Compañia de Jesus si llegaba á ser papa.

Nada de eso era verdad. Habíanse hecho algunas insinua-

(1) En esto hay una especie de contradiccion evidente.

ciones al cardenal Orsini, embajador de Nápoles (1), quien contestó al cardenal de Bernis en una carta cuya fecha ignoramos, pero que fácilmente podremos fijar al referir el contenido de la carta, la cual decia :

«Eminentísimo señor :

«Ha llegado el correo de España, y he recibido una esquila de M. Azpuru con un documento que la acompaña, y os la envío para que os entereis de ella, de la cual hablaremos despues del escrutinio. Persisto en lo que hemos convenido. Vos sois arzobispo y yo presbítero, y por lo tanto no es posible que acordemos elegir un papa simoníaco. Creo que lo mismo que nosotros opinará S. E. el de Luynes, arzobispo como vos. Os envío tambien una esquila del embajador; léala V. E. y désela á leer al arzobispo de Luynes.

«El buque que conduce á los cardenales españoles se ha hecho á la vela en Alicante el 18 de marzo. Soy vuestro humildísimo servidor,

«D. C. ORSINI.»

¿Cuál es la fecha de esta carta (2)? Es importante conocerla para saber en qué época se hablaba ya de la eleccion y de simonía al tratar de ella.

La carta dice que el cardenal Solís partió de Alicante en 18 de marzo. Para ir desde esta ciudad á Madrid el correo necesita tres dias (3), y de Madrid á Roma emplea apenas nueve, siguiendo el camino de Montpeller, Tolon Antibes y Génova. Es por lo tanto de presumir que habiendo salido el cardenal de Alicante en 18 de marzo, llegaria á Liorna en los primeros dias de abril.

Ya en esa época se hablaba de simonia, como lo acredita la carta del piadoso cardenal Orsini. Es probable que Azpuru,

(1) Domingo Orsini de Aragon, nacido en Nápoles en 5 de junio de 1719: solo tenia veinte y cuatro años cuando le nombró cardenal Benedicto XIV.

(2) He sacado esta carta de una obra recientemente publicada, de la cual hablaré, y que se titula «Clemente XIV y los Jesuitas.»

(3) En esa época los correos viajaban á caballo, y los de España iban con mucha rapidez.

agente de España, esparciese esos rumores de simonía, y que la carta de Orsini se escribiese en los primeros días de abril.

Sea de ello lo que fuere, las intrigas que se urdian entonces no pueden atribuirse al cardenal Solís, pues habiendo muerto Clemente XIII en 2 de febrero, habia ochenta y nueve días que la silla pontificia estaba vacante. La nueva de la próxima reunion del cónclave pudo recibirla el cardenal Solís en 17 de febrero, y desde esta fecha al 30 de abril, día de su entrada, habian trascurrido setenta y cuatro días. No fué pues mucha la prisa que se dió Carlos III en promover por medio de un cardenal intrigas en el cónclave.

Por lo dicho se ve que antes de la llegada de Solís y de la Cerda, se trabajaba en el sentido odioso que se les ha querido atribuir durante todo el tiempo que duró el cónclave.

Acudamos á las cartas que se conservan en París y que contribuyeron á formar la opinion que el sábio Cortois tenia de los manejos empleados en el cónclave de 1769.

En 26 de abril (1) M. de Bernis remitió á M. de Choiseul el documento siguiente :

Plan de conducta comunicado á M. de Choiseul por los ministros Luynes, Bernis y Orsini en 26 de abril de 1769, antes de la llegada de los españoles.

«1.º Se procurará en primer lugar asegurar y aumentar diariamente, si es posible, el número de votos necesarios para verificar la exclusion, y con este objeto se hablará con frecuencia á los cardenales que hayan prometido sus votos.

«2.º No se molestará á nadie tocante á la inclusion, y no se solicitará á este fin ningun sufragio, sino en el caso en que se vea que está casi decidida en favor de una persona que sea del agrado de los soberanos. De éste modo se tendrá la conciencia tranquila.

«3.º No se hará por parte de los soberanos oposicion formal á la eleccion de una persona, sino en el caso de que se vea que puede triunfar, y quitarnos algunos votos necesarios para excluirle por medio del escrutinio. Fuera de estas cir-

(1) Solís au o abia llegado.

cunstancias, bastará debilitar su partido, dando á entender que puede hallar obstáculos por parte de los soberanos.

«4.º Los ministros de éstos se entenderán con el cardenal decano (Cavalchini) para dar á conocer mas ó menos abiertamente, segun convenga, la oposicion de los soberanos á la eleccion de los sugetos propuestos para papas. Los cardenales que pidan explicaciones sobre este punto, se dirigirán al cardenal decano, el cual con su prudencia sabrá hacer menos desagradables esas explicaciones. No se enterará de los sentimientos de los soberanos al cardenal Lanté, sino en el caso de que el cardenal Cavalchini no pueda desempeñar su cometido; pero, no obstante, convendrá confiarle algunas cosas poco importantes para que esté contento de nosotros, y se le asediara con vigor para que dé el voto que tiene prometido.

«5.º A los cardenales de Florencia solo se les pedirá su voto en favor de la exclusion, y se les hará entender que nos uniremos á ellos en pro del cardenal Stoppani si consiguen procurarse suficientes votos para conseguir su eleccion con ellos y con los nuestros.

«6.º Declaramos lisa y llanamente al cardenal Rezzonico que por el aprecio que nos merecen sus virtudes, secundaremos sus miras en cuanto lo permitan las órdenes y las instrucciones que tenemos. Si pide explicaciones, le enviaremos al decano, quien nos enterará de las preguntas que le hagan el cardenal Rezzonico, Torreggiani, los Albani (Francisco y Alejandro) ó los Borromei. Antes pondremos al decano en estado de satisfacer á esas preguntas. Podrá hacerse entender al cardenal Rezzonico que todavía quedan muchas hechuras del último papa á las cuales los soberanos no han mostrado oposicion, y que de él depende representar un buen papel y borrar impresiones desagradables.

«7.º Se evitará cuidadosamente en las conversaciones particulares entrar en explicaciones sobre la oposicion que los soberanos hacen á ciertas personas, puesto que cuanto se diga acerca de este punto es cuando menos inútil y casi siempre arriesgado.

«8.º En los momentos de crisis, afectaremos que no des-

mayamos y evitaremos las idas y venidas y todo lo que pueda dar idea de que nos hallamos apurados. Todos los días despues de verificado el escrutinio de la mañana, nos reuniremos en casa del cardenal Orsini. El cónclave se acostumbrará á ver estas conferencias, y dentro de pocos días no hará caso.

«9.º Si el partido contrario quisiese entrar en negociaciones nos reuniremos en casa del decano, y haremos que concurran en número igual al de nuestros adversarios las personas que juzguemos mas á propósito para oponérseles, y para descubrir los lazos que podrian tendérsenos.

«10. El embajador de Francia y Azpuru tendrán siempre á mano el despacho de autorizacion á cada paso atrevido que la necesidad pueda obligarnos á dar. Será bueno, para evitar toda sorpresa, que tengamos pronto un despacho del embajador autorizándonos en nombre del rey á declarar que si el sacro colegio se obstina en elegir papa *nominatin* á alguno de los sugetos expresados en él, los ministros respectivos saldrán de Roma sin reconocer al nuevo papa.

«11. Si la exclusion por medio de nuestros votos está bien asegurada, no hay necesidad de emplear medios de rigor; es preciso ocuparse seriamente del modo de no tener que echar mano de ninguno de esa clase, lo cual es posible por medio de la exclusion del escrutinio.

«12. Finalmente, si tememos que se desvie alguno de los votos con que contamos, y que se proponga una persona que no desagrade del todo á los soberanos y por medio de la cual pueda esperarse nombrar á nuestro gusto el secretario de Estado, nos uniremos á él con el conocimiento del embajador del rey y del ministro español, los cuales, viéndonos unidos los tres, nos autorizarán formalmente á consentir en la eleccion de la persona propuesta.

« Por lo demás, procuraremos tener en buena disposicion á nuestros amigos, y no se demostrará confianza al cardenal Pozzobonelli, sino en el caso de que cambie de comportamiento hácia nosotros, y de que obre con mas tino; y si solicita intervenir como mediador, no se rechazarán sus ofertas pero se fiará en él con mucho cuidado.

« Si la enfermedad del cardenal Cavalchini se agrava, co-

mo es muy de temer, se acudirá al cardenal Lanté para acordar las declaraciones de alguna importancia que hayamos de hacer. El cardenal Andrés Orsini será el que negocie con el cardenal Rezzonico; el cardenal Malvezzi con los mas sábios cardenales, y el cardenal Pozzobonelli con los cardenales milaneses y florentinos.»

Nos abstendremos en este momento de extendernos en reflexiones sobre este plan de conducta, puesto que hemos de consignar la respuesta que el duque de Choiseul dió desde París en 16 de mayo, tres dias antes del día de la eleccion.

En 3 de mayo, despues de haberse visto con el cardenal Bernis, el cardenal Solís escribió á Choiseul que habia rechazado el proyecto de Aubeterre de enviar diez batallones para sitiarse á Roma.

«Hay probabilidades, señor duque, decia, de que esta es la última vez que se ha abierto el cónclave. Despues de entrar en él los cardenales españoles, el partido opuesto trata de hacer venir al anciano cardenal Oddi, obispo de Viterbo; mas no es de creer que su avanzada edad y sus dolencias le permitan acceder á los deseos de nuestros adversarios. El sacro colegio que actualmente constituye el cónclave, se compone de cuarenta y seis cardenales. Los amigos de la exclusion reúnen diez y seis votos, y los de la inclusion treinta y uno en rigor, y treinta y dos si no se abren las cédulas en que constan los votos, lo cual significa que el de la persona elegida no sirve para sí misma y ha de darse á otro. En el caso presente sería menester reunir treinta y dos votos en el escrutinio, para dispensarse de darle la persona que los haya obtenido en su favor.

«Contamos para conseguir la exclusion con diez y ocho votos seguros y ocho dudosos. Solo podia contarse con diez votos cuando el cardenal Luynes y yo entramos en el cónclave, y por lo mismo no hemos perdido el tiempo.

«En un solo punto podemos estar discordes los cardenales españoles y nosotros tocante al modo de obrar, como lo estamos en nuestro modo de pensar.

«Parece que el cardenal Solís, que conoce las intenciones de la corte de España, cree que puede exigirse *licitamente* del

futuro papa, antes de su exaltacion, una promesa (1) por escrito ó delante de testigos, consintiendo en ello las potencias, mediante la cual se obligue de un modo formal á abolir la Compañía de Jesus. El cardenal Solís opina, pues, que debe exigirse esa promesa como condicion *sine qua non*.

«El marqués de Aubeterre ha enviado al cardenal Luynes y á mí una memoria de un teólogo, el cual sienta como principio incontestable y reconocido, que siendo necesaria al bien de la religion la extincion de la Compañía de Jesus, deber es del papa futuro decretarla; y opina, en consecuencia, que la promesa que con respecto á ello haga como condicion *sine qua non*, no puede calificarse de pacto simoníaco.

«Léjos de ser reconocido ese principio por los cardenales como incontestable, los obispos y las personas de todas edades y de todos los países piensan en su mayor parte que es necesaria la *reforma*, pero no la *destruccion*, y por consiguiente lo expuesto por el teólogo carece de solidez, y el pacto en cuestion queda confundido entre los pactos *ilicitos* y *reprobados* de consuno por las leyes canónicas y civiles.

«Los cardenales Luynes, Orsini y yo creemos que no puede haber conflicto entre el interés de las tres coronas con la existencia de una órden religiosa, y que por lo mismo conviene trabajar para conseguir la extincion de la Compañía de Jesus por medios *practicables* y *decorosos*; mas no pudiendo obrar contra las reglas de la Iglesia, ni dar lecciones á los cardenales españoles que son obispos como nosotros, despues de haber expuesto con lisura nuestros principios, no nos expondrems á preguntarles si en este punto creen bueno arriesgarlos.

«Dos palabras bastarán, señor duque, para convencerlos. Nosotros disponemos de diez y ocho votos para excluir á las personas que no sean del agrado de los monarcas, y son menester treinta y dos para realizarse la eleccion de papa. Suponiendo licita la promesa en cuestion, no nos hallamos en el

(1) No es cierto que monseñor Solís opinase de este modo: la carta del piadoso cardenal Orsini es de principios de abril, y prueba que ya se hablaba entonces de simonía, de la cual Azpuru debe haber hablado antes que monseñor Solís.

caso de exigirla, puesto que no somos nosotros los que tenemos los votos necesarios para verificar la inclusion. Los cardenales á quienes propusiésemos semejante pacto no dejarían de decirnos, antes de contestar á una proposicion tan rara: *Decidme antes si teneis treinta y dos votos para darme.* Podrá objetarse quizás que contando con la seguridad de la exclusion no podrá elegirse papa sin nuestro auxilio, y que por lo tanto antes de concurrir, podemos exigir la promesa; mas esta objecion se destruye por sí misma cuando se sabe, como lo sabemos nosotros, que si nuestro partido pudiese dudar tan solo de que fuésemos capaces de exigir semejante promesa nos abandonaria, y entonces se nos daría sin duda un papa, un secretario de Estado y un datario, con los cuales seria imposible arreglar asunto alguno.

«Cuando los cardenales españoles conozcan como nosotros el espíritu del sacro colegio, verán que en esta parte las teorías del gabinete de Madrid no pueden tener ninguna aplicacion en la práctica.

«En una palabra, el expresado medio está como reprobado por los cánones, y es imposible ponerlo en planta. Quiera Dios que no se divulgue el secreto, pues en un momento perderíamos todas nuestras fuerzas y la consideracion en que se nos tiene.

«Nosotros, pues, no podemos emplear ese medio; mas dejaremos obrar á los que piensen de distinto modo.

«En otro tiempo habia en el sacro colegio dos partidos además del de los soberanos; hoy día no hay mas que el del cardenal Rezzonico y el nuestro. Los tres venecianos están en observacion para unirse en el momento decisivo al partido mas fuerte. Nadie quiere proponer las personas: unos á otros se observan, y se espera que el cansancio pondrá fin al cónclave.»

Entre tanto Aguirre, conlavista del cardenal Solís, empezó á gestionar cerca de varios cardenales, contentándose al principio con hablar mal del cardenal Fantuzzi, por el cual se declaraban algunos votos de cardenales independientes.

Con este motivo Bernis, en 10 de mayo, escribe á Choiseul:

«El ejemplo del cardenal Cavalchini, á quien excluimos

en el último cónclave, debe experimentar cuán peligroso es rechazar del trono pontificio á los que subirian á él por los votos unánimes del sacro colegio. En su lugar hemos tenido al cardenal Rezzonico, quien todo lo ha echado á perder; Cavalchini era tenido por partidario de los jesuitas, y nosotros hemos coronado á un instrumento pasivo de la Compañía de Jesus.

« El cardenal Solís vive como un anacoreta, y todo lo que sabe lo debe al secretario que la corte de España ha puesto á su lado, y á Azpuru. El otro español, el cardenal la Cerda, á pesar de su menguada figura, gusta por sus nobles maneras y sobre todo por los regalos que hace.

« Se disputa á la corte de Nápoles el derecho de presentar exclusiones, el cual solo se reconoce en las cortes de Viena, Francia y Madrid. »

Aubeterre escribia á Choiseul en 17 de mayo :

« El cardenal Bernis sin duda os entera de los ocultos manejos de los españoles, hechos sin conocimiento de nuestros cardenales, para conseguir la eleccion de Ganganelli. Tampoco á mí se me ha dicho nada, y es por Bernis que he sabido algo.

« Azpuru, á cuya casa me he trasladado sin pérdida de tiempo, me lo ha negado todo, y si es que ha procedido conmigo de buena fe, lo cual dudo, tampoco sabia nada. Su comportamiento no es como debiera ser; pero ¿ qué importa cuando se obra bien el modo como se hace? Yo temo que los españoles no sean el juguete de los Albani, y que no echen á perder nuestra obra. Finalmente, nuestros cardenales concurren con ellos á esta eleccion, siguiendo nuestras disposiciones. Falta saber lo que será; pues cuando no se sabe nada, nada puede decirse. »

El mismo dia, Bernis escribió una carta á Choiseul. El autor de la obra titulada *Clemente XIV y los Jesuitas* ha continuado esta carta, copiada de la minuta del cardenal. Héla aquí tal como ha salido de la mano del secretario de Bernis, y tal como consta en el ministerio de negocios extranjeros :

« Puede asegurarse que jamás los cardenales súbditos de la casa de Borbon, se han mostrado tan poderosos como en

este cónclave; mas su poder hasta hoy solo se ha empleado en destruir. Tenemos el martillo que derriba, pero carecemos aun de los instrumentos que edifican. Cuantas mas victimas inmolamos, mas obstáculos suscitamos á la eleccion de las personas que convienen á nuestros soberanos. Tal vez los cardenales españoles serán mas afortunados en sus negociaciones secretas con Albani y el cardenal Antonelli.

«No me he ocupado en investigar las misteriosas negociaciones de los cardenales españoles, los cuales sin duda tienen sus motivos para no hablar sino por medio de enigmas. Iremos de acuerdo con ellos, y seguiremos á la letra vuestras instrucciones tocante á este punto.

«Si se realizase mi proyecto en favor de Fantuzzi, tendríamos un papa, al cual no se acercarian por cierto los jesuitas, y que por dos veces habria experimentado cuanto podemos. No me es dable desenvolver aun mis ideas tocante á este punto, hasta tanto que las haya fijado mas. Las negociaciones de los españoles se oponen á la que intento, y esto hace que haya de suspenderla.»

Entretanto el cardenal Luynes, que parecia estar inactivo, no se descuidaba, y en 19 de mayo escribia al duque de Choiseul lo siguiente:

«Por la carta adjunta, que tenemos el honor de escribir al rey, vereis, señor duque, que hemos inutilizado cinco cardenales, de los cuales cuatro eran defendidos con gran energía y aun con obstinacion, y que, despues de haber despejado el camino sin apelar á ningun golpe de autoridad, conservando por el contrario el afecto del sacro colegio, hemos sido bastante afortunados para hacer que por su espontánea voluntad diera á todos sus votos á la persona que mas podia desear la España y mas agradable podia ser al rey.»

Hé aquí la carta dirigida por los dos cardenales á S. M. Luis XV:

«Señor:

«Antes de llegar aquí el cardenal Orsini, de cuya cooperacion no podemos menos de envanecernos, comprometió á varios cardenales á no dar sus sufragios sino á un cardenal que, siendo digno, fuese al mismo tiempo del agrado de V. M. y

de los otros soberanos de su augusta casa. Tan luego como hemos entrado en el cónclave, nos hemos ocupado en asegurarnos de los cardenales que teníamos de nuestra parte y en aumentar su número. Nos hemos procurado ocho votos mas, lo cual nos permitirá impedir, por medio de la exclusion de nuestros votos, la eleccion de toda persona que no sea del agrado de V. M. En esta posicion nos han encontrado á su llegada los cardenales españoles (1).

«Como lo que principalmente se nos encarga en las instrucciones que se nos han dado es que nos conformemos con las de España, las hemos seguido como regla de nuestra conducta. Hemos comunicado á los cardenales españoles, que por primera vez entraban en el cónclave, todos los datos que habíamos adquirido antes de su llegada. Hemos conferenciado con ellos confiada y francamente, y tenido con los mismos todas las consideraciones necesarias para conservar la perfecta armonía que reina entre las dos cortes. Han sido sucesivamente propuestos los cardenales Cavalchini, Fantuzzi, Colonna, Stoppani y Pozzobonelli. Cavalchini tenia ya un pié en el sepulcro. Fantuzzi y Colonna, que contaban con la mayor parte de votos, no podíamos admitirlos de ningun modo segun las instrucciones que teníamos. En las de España, se hablaba secundariamente de Stoppani, quien tenia en contra muchos cardenales. Pozzobonelli, que era el depositario de las intenciones del emperador y de la reina de Hungría, contaba con muchos votos, pero no convenia á los soberanos. Ora empleando la astucia, ora la energía, hemos hallado el medio de derribarle, sin ofender al sacro colegio y sin comprometer las potencias.

«Finalmente, ha sido propuesto el cardenal Ganganelli, quien á pesar de que en las instrucciones que tenemos se halla colocado en primera clase en el número de los aceptables, no hemos demostrado ningun interés euando se han sondeado nuestras disposiciones con respecto á él (2), contentándonos

(1) El cardenal Solís entró en 30 de abril. Es preciso tenerlo muy presente.

(2) Nuestros cardenales padecen aquí un olvido: la carta del cardenal Orsini citada mas arriba prueba que Ganganelli fué propuesto y rechazado por

tan solo con decir que las cortes no trataban de oponerse á su eleccion, á la que contribuiríamos si el sacro colegio le consideraba digno de la tiara. La estimacion en que le tienen muchos cardenales del antiguo y del nuevo colegio por su talento, por su saber y por su arreglada conducta, y además las negociaciones entabladas en su favor, y el cansancio de la excesiva duracion de un cónclave, durante el cual varios cardenales han caido enfermos, ha contribuido á su eleccion, verificada por unanimidad de votos en el escrutinio de esta mañana, viernes 19 de mayo. Tiene sesenta y cuatro años. Ha tomado el nombre de Clemente XIV, y ha elegido secretario de Estado al cardenal Pallavicini, como lo deseaban V. M. y el rey de España. Los cardenales españoles anhelaban esta eleccion, pues sabian que seria muy del agrado del rey su señor. Por lo tanto, hemos sido bastante afortunados para terminar este importante negocio sin estrépito, y unidos del todo con la corte de España, insiguiendo los mandatos de V. M. Somos con el mas profundo respeto,

« Señor,

« De Vuestra Majestad, los muy humildes y muy obedientes servidores y fieles súbditos,

« EL CARDENAL DE LUYNES,

« EL CARDENAL DE BERNIS.

« *En el cónclave, á 19 de mayo de 1769.* »

Entonces mismo Bernis escribia lo siguiente al duque de Choiseul:

« El cardenal de Luynes, señor duque, está ocupado en este momento en redactar el despacho, por medio del cual participamos al rey que el cardenal Ganganelli acaba de ser elegido soberano pontífice, remitiéndome á la carta dirigida á V. M.

« Creo de mi deber daros cuenta circunstanciada de lo ocurrido en el cónclave desde el miércoles 17, fecha de mi último

temor de que se entregase á la simonía. Esta acusacion no era entonces fundada, ni tampoco lo ha sido despues, ni puede serlo.

despacho, en el cual os demostré recelos harto fundados, segun creia, de que, para conseguir la eleccion del cardenal Ganganelli, se siguiese una marcha perjudicial ó que podia hacer temer, al observar lo mucho que los Albani hablaban en su favor, que era propuesto por los jesuitas.»

Bernis refiere en seguida que envió á su conclavista, el abad Deshaises, á casa del cardenal Ganganelli para hablar á su eminencia de los jesuitas y del duque de Parma. El cardenal manifestó que el asunto de los jesuitas debia tratarse en debida forma, y que quedaba tiempo para pedir su consentimiento á las potencias católicas (1) y su clero. Tocante á dar una satisfacion al duque de Parma, el cardenal se mostró mejor dispuesto, y expuso que habia un medio para contentar á la Francia. Al hablar del gabinete de Versalles, el cardenal Ganganelli expresó que siempre habia sido afecto á la Francia, que el rey *ocupaba su corazon*, y que al cardenal Bernis le tenia *á su lado derecho*.

Precisado Ganganelli á explicarse en lo referente á Parma, expuso en confianza, y pidiendo que se guardase el secreto, que podria inclinarse al infante á que fuese á Roma á casarse con la archiduquesa, haciendo que el papa venidero les diese la bendicion nupcial.

Estas proposiciones estaban circunstanciadamente descritas en una memoria de Bernis, en la cual se trataba tambien de Aviñon y del condado Venesino.

«El rey, decia el cardenal francés, en uso de sus imprescriptibles derechos sobre Aviñon y el condado Venesino, y en beneficio del buen órden y del comercio, se proponia tratar amigablemente con la Santa Sede este asunto y el de Benevento, de acuerdo con los tres monarcas, por cuyo motivo el cardenal Ganganelli dijo que el papa venidero lo dejaria todo á la conciencia del rey.»

El cardenal Bernis añade en su despacho:

«Habiéndome trasladado ayer á la una de la noche á casa

(1) Comprendíanse entre ellas, además de los gabinetes de Madrid, Versalles y Nápoles, los de Viena, Polonia, Toscana, Cerdeña, Malta, Módena, los electorados católicos y las cortes protestantes, calvinistas, anglicanas ó cismáticas con respecto á sus súbditos católicos.

del cardenal Pozzobonelli, en donde encontré al cardenal Rezzonico, acordamos dar con nuestros amigos el voto al cardenal Ganganelli, y como estábamos seguros de que no nos faltaria el del cardenal Albani, que se había entendido con el cardenal Rezzonico por conducto del cardenal Borromeo, pariente de Juan Francisco Albani y amigo del cardenal Ganganelli, ha resultado que todos los votos se han unido en favor del mismo sugeto. Enteré de ello á los cardenales españoles y al cardenal Orsini. Poco despues el cónclave entero ha ido á besar la mano al papa designado, y solo por mera fórmula hemos asistido al escrutinio. El cardenal Ganganelli será sin duda elegido soberano pontífice por unanimidad.

«Deseo, señor duque, que el rey esté satisfecho del comportamiento observado por el cardenal Luynes y por mí, y de los afanes que me ha costado conseguir la eleccion del papa que queríamos, y en la cual se pretendia hasta significar que ni siquiera habíamos tomado parte. Hemos hecho, pues, que la Francia tomase la actitud que le conviene en los negocios que pueden interesarle. El sacro colegio ha *reconocido* que la eleccion de papa se debia á mi diligencia, y varios cardenales me han dispensado el honor de acompañarme á casa felicitándome por el camino. El tiempo dirá si me he engañado tocante al carácter y á los sentimientos del nuevo papa, á menos que al verse en el poder olvide el reconocimiento que debe á los Albani. A lo que parece los españoles han tomado con él algunas medidas de que no tenemos noticia. Ganganelli pasaba por ser mas afecto á España que á Francia; mas yo creo que contemporizará con todo el mundo, á lo menos por algun tiempo, pues se le supone un carácter enérgico y decidido. Tiene la salud robusta, y está acostumbrado al trabajo y á la soledad.

«Antes de ir al escrutinio, vamos á ponernos de acuerdo sobre el nombramiento de secretario de Estado, y á destruir, si es posible, un plan referente al cardenal Spinola.

«Debo añadir, señor duque, que el embajador nos ha auxiliado siempre con sus luces y con sus consejos, de modo que tanto el cardenal Luynes como yo no podemos menos de estar muy satisfechos. El nuevo papa en todas ocasiones ha hecho muchísimo caso de ese ministro.

Es difícil, señor duque, que nadie os sea tan adicto como el que se ocupa siempre en complaceros,

«EL CARDENAL DE BERNIS.»

«P. S. Los cardenales representantes de las grandes potencias nos hemos dirigido juntos á casa del papa venidero, para pedirle en nombre de nuestros soberanos que nombre secretario de Estado al cardenal Pallavicini, y nos ha contestado que no podia hablar como papa antes de serlo, pero que quedariamos contentos. Es, pues, negocio concluido, y le hemos dado las gracias.»

En 16 de mayo, el duque de Choiseul contestó á la carta en que se le participaba el plan de conducta observado en el cónclave.

«He recibido, decia, junto con la carta con que Vuestra Eminencia me honró en 26 del mes anterior, el *plan comprensivo de doce artículos* de la conducta que V. E. y los cardenales Luynes y Orsini acordasteis seguir en los trabajos preparatorios del cónclave para la eleccion de papa. Ese plan está hábilmente concebido, y solo hallo en él un artículo que no me parece pueda traer ninguna ventaja positiva, y que produciria grandes inconvenientes si se hiciese uso de él.

«Me refiero á la formal indicacion de todos los cardenales, cuya eleccion disgustase á las tres potencias, para obligar á sus ministros á salir de Roma sin reconocer al nuevo papa. Semejante declaracion seria odiosa, agriaría los ánimos, y ocasionaria quizás un cisma, *comprometiendo la dignidad de los soberanos de la casa de Francia*. Por otra parte, ¿por qué emplear un medio tan violento, tan inusitado y tan *contrario á la libertad de los sufragios*, cuando por las vias regulares y acostumbradas puede conseguirse el fin apetecido? Tenemos una seguridad moral de reunir suficiente número de votos para excluir á las personas que nos desagradan, y esto debe bastarnos.»

El lector acaba de ver, sin necesidad de explicacion alguna, el juicio formado por el primer ministro del gabinete de Versailles sobre una medida que califica de odiosa, y que cree

comprometeria la dignidad de los soberanos de la casa de Francia. ¡Se ha hablado tanto de la sujecion de los franceses á la voluntad de los españoles! Esta respuesta está dada, segun se acostumbra á decir en Roma, de *motu proprio*, y por lo mismo no cabe decir que se dictó de acuerdo con el gabinete de Madrid, cosa que dificilmente puede pensarse, si se atiende á las fechas. Con todo, si la carta del 26 de abril llegó á París el 4 de mayo, si se comunicó en seguida á Madrid donde pudo llegar el dia 9, y desde cuyo punto pudo contestarse de modo que el duque de Choiseul pudiese remitir la respuesta acordada entre las dos cortes el dia 16, en este caso conocemos la opinion de estas. Finalmente, pudo muy bien suceder así, pues en la respuesta se leen estas palabras: *La dignidad de los soberanos de la casa de Francia.*

En 21 de mayo Aubeterre escribió al duque de Choiseul lo que sigue:

«El Papa me dió audiencia ayer noche, y recibí de él los mayores testimonios de la consideracion y del aprecio que tiene al rey. Me repitió varias veces que siempre ha sido afecto á la Francia, y que desea complacer á S. M. Me habia propuesto no hablarle de ningun asunto en esa primera entrevista; mas él me ha hablado del infante duque de Parma, manifestándome que habia discurrido un medio para terminar este asunto, á saber: que el infante pasase á Roma á casarse con la archiduquesa, y que él les daría la bendicion nupcial (1). Me excitó repetidas veces para que le manifestase mi opinion sobre este medio; á lo cual le contesté que hasta hoy todas las instrucciones que tenia eran referentes á la revocacion del breve y al reconocimiento del infante; que en mi concepto las naciones no accederian á cosa alguna, sino mediante estas dos condiciones; que por otra parte no estaba tampoco en uso que un soberano fuese á casarse fuera de su reino, y que semejantes viajes traian grandes gastos; que además, yo no tenia mas instrucciones que las recibidas tiempo habia, y que no me hallaba en el caso de poder contestarle. «Pues bien, repuso con mucha energía y estrechándome la mano, enviaremos á Par-

(1) Otra hermana de María Antonieta.

ma un cardenal que sea del agrado de las potencias para que celebre el casamiento en nuestro nombre (1), y dirigiremos al infante una carta que abrazará los dos puntos. ¿Creeis, añadió, que de este modo las cosas no podrán arreglarse? » — Le aseguré que daría cuenta de lo que me decía; pero que yo no me hallaba autorizado á contestarle nada. En seguida me habló de Aviñon, y yo le dije sin embargo que no habia que pensar en su restitucion, puesto que era un territorio situado en Francia, sobre el cual el rey tenia legítimos derechos; mas que no dudaba que S. M. no dejaria de acceder á dar una cantidad razonable, lo cual seria indudablemente mas ventajoso á la Santa Sede que poseer una comarca que no le producía nada. Su Santidad no se ha explicado mas tocante á este punto; por otra parte está tan ocupado, y tan poco acostumbrado á su nueva dignidad, que es difícil poder juzgar de sus verdaderos sentimientos que quizás él mismo no conoce todavía (2).

«He estado con él cerca de una hora. Me ha llenado de cumplidos y me ha colmado de benevolencia. *De pronto se ha levantado, no queriendo que le besase los piés.* El mismo me ha acercado un taburete en el cual solo corresponde sentarse al embajador del rey estando en público, y del que no me he atrevido á hacer uso (3). Me ha ofrecido su tabaquera, y se ha empeñado en que tomase tabaco. Por fin; me ha tratado como cuando era cardenal (4), repitiendo con frecuencia: *Estamos solos.*

(1) Esto equivalía á una revocacion indirecta de un breve, en el cual se pretendia ver, mas no era así, una excomunion absoluta.

(2) Ya que Clemente XIV no conoce todavía sus propios sentimientos, es claro que aun no ha contraido compromiso alguno. Aubeterre hace aquí completa justicia al nuevo Sumo Pontífice.

(3) Hé aquí la prueba de que existian las reglas de etiqueta de que hemos hablado, con motivo de la audiencia colectiva solicitada por el mismo Aubeterre. Esta audiencia tenia el carácter de privada, y por lo tanto Aubeterre debia estar en pié durante ella, permanecer sentado el cardenal Orsini, y de rodillas Azpuru. Estas exigencias hácia los embajadores y los encargados de negocios extranjeros las suprimieron Pio VI, Pio VII, Leon XII, Pio VIII y sus sucesores.

(4) Al principio de su pontificado todos los papas dicen con corta diferencia lo mismo; mas esto no dura mas allá de tres meses. Los maestros de ceremonias que acostumbran estar en la antecámara cuando observan algo por ese estilo, exclaman: «Ma, Santo Padre, questo non e stato bene.» «Padre

«Los destinos se han organizado del modo como es lo indiqué en mi carta 19. No habrá dos secretarios de Estado, segun se propuso para colocar al cardenal Spinola. Es costumbre que el cardenal camarlengo continúe siéndolo por espacio de tres dias. Por lo mismo si el cardenal ha de entrar á ejercer este cargo, el cardenal Branciforte pasará á desempeñar la legacion de Bolonia.

«Soy, etc.»

El cardenal Luynes escribió al duque de Choiseul en 2 de mayo, y el ministro contesta el 23 en estos términos:

«He presentado al rey, estando reunido el consejo, la carta que V. E. me ha dispensado el honor de escribirme con fecha 2 de este mes, cuyo lenguaje y forma ha aprobado el rey. En efecto, no podian expresarse con mas claridad ni con mas energía *las sólidas razones de justicia y decoro que no permiten adherirse á la proposicion de los cardenales españoles respecto de la promesa formal que ha de exigirse al papa venidero por escrito ó en presencia de testigos, mediante la cual se comprometa á abolir la Compañía Jesus. Una conducta contraria á las reglas de la Iglesia, á las leyes canónicas y á los principios DE LA PROHIBIDAD HUMANA, no debe, ni puede admitirse. Tocante á este punto somos en un todo del parecer de V. E. y del cardenal de Bernis. Es muy de desear que VV. EE. hayan conseguido hacer desistir á los cardenales de la Cerda y Solis de una idea á cuya realizacion no podrian contribuir VV. EE. aun cuando, lo que no es creible, fuese adoptada por otros miembros del sacro colegio.*

«P. S. El rey desea, así como el rey su primo, la completa extincion de la órden de los jesuitas, pues S. M. la considera útil á la religion, y necesaria en política á los soberanos que han proscrito de sus Estados esa órden; pero el rey opina que no se llenaria el útil fin de la expresada extincion, si se verificase por medios que no estuviesen conformes con las leyes eclesiásticas.»

Santo, eso no está bien.» Yo he oido hacer estas reconvençiones á Pio VII quien tomó el partido de hacer lo que se le advertia para no oír mas reconvençiones de esta naturaleza.

El mismo día 23 de mayo, el duque de Choiseul escribió en el mismo sentido á Bernis y á Aubeterre.

En 30 de mayo el duque de Choiseul envió al embajador nuevas credenciales, y á Bernis las que le acreditaban en calidad de encargado de negocios del monarca.

Por todo lo dicho se ve todo cuánto ocurrió durante el cónclave de 1769, desde el 15 de febrero hasta el 19 de mayo.

El autor del libro titulado: *Clemente XIV y los Jesuitas*, consigna en él estas literales palabras, en la pág. 260 :

«Llegamos al fin al desenlace de ese drama, en el cual la religion y la probidad quedan igualmente malparadas. Bernis renunció á entenderse con Ganganelli. Bernis tiene sobre los principios de los franciscanos nociones mas exactas. De acuerdo con el cardenal Malvezzi, en el cónclave, y con los embajadores de Francia y España, fuera de él, el arzobispo de Sevilla pretende que se exija al candidato por parte de los soberanos la promesa escrita de suprimir la Compañía de Jesus. Esta promesa la ponen los soberanos como condicion imprescindible. Solís negocia misteriosamente con Ganganelli, y consigue de él que dirija una carta al rey de España en la cual declara «que reconoce en el Soberano Pontífice el derecho de extinguir en conciencia la Compañía de Jesus, observando las reglas canónicas, y que es de desear que el Papa venidero haga toda clase de esfuerzos para satisfacer los deseos de las potencias.»

El mismo autor añade :

«Esta obligacion no es muy explícita. El derecho invocado jamás ha sido puest'o en duda, y en otras circunstancias Solís se hubiera guardado bien de reconocerlo obligatorio, pero sabia que el carácter de Ganganelli no era á propósito para combatir, y que una vez se hallase entre los dos escollos de su honor y de su reposo, no vacilaria en secundar los inmoderados deseos de Carlos III. Con solo amenazarle con publicar ese acto podriase hacer del papa venidero lo que se quisiese. Este peso moral hubiera sido para las tres potencias una garantía nacida del contexto del compromiso. Por otra parte, el italiano que rehusaba pasar mas allá por escrito, no ocultaba al español sus planes para lo sucesivo. Daba entrada en su alma á la esperan-

za de reconciliar al sacerdocio y al Imperio, y aspiraba á restablecer entre ellos la paz sobre el cadáver de la órden de Jesus, para recobrar de este modo las ciudades de Aviñon y de Benevento.»

Hora es ya de deducir consecuencias de todo lo expuesto. Paréceme probado que el cardenal Ganganelli no cometió ningun acto de simonía. Debe su eleccion, mas que á los Albani, á los Rezzonico, á los Cavalchini, á los Pozzobonelli y hasta á los Orsini, á los cardenales representantes de los soberanos, y á los que pertenecian á este partido.

El delito de simonía lo indicó un extranjero, pero fueron rechazadas con vigor sus palabras. Ese delito no lo cometió por cierto el cardenal por quien se mostraba interés, puesto que apenas hubiera tenido diez ocho ó veinte votos, á pesar de todos los esfuerzos de las grandes potencias, si esa perversa idea hubiese abrigado en su alma, en donde no entró nunca. Ese delito no se cometió, á pesar de cuanto se ha dicho sobre ciertos proyectos ejecutados por los servidores de las grandes potencias, puesto que eran en reducido número para ser dueños de la eleccion, ya, que como he dicho, formaban á lo mas diez y ocho ó veinte votos. No es menester que diga que tampoco lo cometieron los veinte y seis ó veinte ocho cardenales restantes, los cuales manifestaron hallarse animados de deseos puros y moderados, sin mezcla de siniestras intenciones ni de servilismo, y obedeciendo solo la voz de su conciencia. Ninguna condicion se les habia puesto, ni se les habia prescrito cosa alguna por los soberanos, ni obraban en virtud de un acuerdo tomado de antemano. Por lo tanto, el delito de simonía no se cometió, y no es conducente argüir hechos que se manifestaron despues del cónclave para sentar que antes de él se cometieron infamias. Por otra parte, el delito no era posible. No es de creer que pueda hacerse lo que se quiere una vez reunido el cónclave, puesto que las leyes que lo regulan son rígidas y se recuerdan á cada instante: se leen y se vuelven á leer; ni una sola votacion entre tantas seguidas de *accessi* se verifica sin que se declare que el voto ha sido dado con conciencia y con arreglo á las severas leyes expedidas por tantos sumos pontifices, conocedores de las circunstancias

que produjeron embarazos, y actos de aprobacion, calificados tal vez de irregulares. Ganganelli, lo repito, nada prometió, nada vendió.

Los electores en quienes dominaba altamente el deseo de procurar el bien de Roma y el afan de que reinase la justicia, y que tenian independencia y libertad para emitir su voto, esos electores son los que decidieron la eleccion. Aun mas; si al fin la necesidad de ponerse de acuerdo, si los calores, las enfermedades, impaciencia de Roma, y las grandes potencias hubiesen consentido mas dilaciones todaviá; si las dos cartas del duque de Choiseul hubiesen sido conocidas á fondo; si esa indiscrecion con que se acogen *las malas noticias* se hubiesen empleado con respecto á *las buenas*, todas esas suposiciones de compra, de pactos fraudulentos, de cuantiosas ofertas, de deseos de triunfar á toda costa; todas esas halagüeñas palabras de mando proferidas en nombre de las tres potencias, todo hubiera quedado en olvido, todo hubiera quedado sumido en ese abismo de hechos bastardos que en todos los negocios tienen lugar, y que desaparecen y se volatilizan con rapidez (1) al impetuoso soplo de las contradicciones. Finalmente, supongamos que ocurriese otro cónclave como el de 1769, y quizás Ganganelli saldria tambien elegido siguiéndose el sistema de eleccion que he dicho, con libertad de querer, de complacer ó de salvar á los jesuitas. Tal vez mejor preparado, como es posible, y como lo exigiria el deber de la gratitud, no podria resistir á otros violentos manejos; puesto que los que señala la historia no son los únicos que puede inventar la malicia de los hombres, su indomable orgullo y la perversidad en circunstancias borrascosas, que los hombres previsores, siempre en reducido número, saben adivinar con tiempo.

Antes de referir los demás acontecimientos, vamos á emitir nuestro juicio sobre los hechos que dieron lugar á la publicacion de la obra titulada *Clemente XIV y los Jesuitas*. No poseemos suficientes datos para dejar bien enterado al lector, y por lo tanto nos limitaremos á comunicarle conjeturas que tal vez ha formado ya por sí mismo. Segun nuestra costum-

(1) «Rapidis ludibria ventis.»

bre, procuramos no hacer recriminacion ni acusacion alguna, ni dejarnos llevar por el mal humor. Seguros como lo estamos de la completa inocencia de los miembros del cónclave de 1769, sin excepcion, y de un profundo respeto hácia la *prohibad humana*, podemos usar un lenguaje moderado, atento y franco. El hombre que tiene una conviccion firme y fundada, habla con energía sin levantar la voz.

Hé aquí lo que ha podido averiguarse sobre la aparicion de esas revelaciones que tanto han llamado la atencion pública en Roma, en París, en Viena, en Madrid y en Lóndres.

Además del autor de esa obra, conocida por sus incontables triunfos alcanzados en defensa de la religion y de la antigua monarquía, se cree que contribuyeron á esa publicacion las chancillerías extranjeras, algunos P. P. de la Compañía, además de los de París y de Roma, y hombres entusiastas de un partido que se distinguió por su fidelidad á toda prueba, y que posee mas de la quinta parte de los capitales acumulados en nuestro rico reino de Francia.

Es difícil creer que las chancillerías extranjeras se hayan mezclado en esas cuestiones. Bien sé que entre algunas de ellas no reina completa concordia; pero todas tienen sus secretos que guardar, y es preciso que mutuamente se los respeten. Durante perniciosos debates, y en el momento en que Thugut publicaba contra la Francia terribles manifestos, y lanzaba sus tiros preparados por Pellenc, antiguo secretario de Mirabeau que le habia comunicado parte de su elocuencia, se procuraban evitar expresiones que podian herir á hombres que eran causa de desastres. No es, pues, cierto lo que se supone acerca de las chancillerías.

Respecto á los individuos de la Compañía de Jesus, una odiosa persecucion suscitada por el marqués de Pombal los dejó aterrados, y una solemne reparacion ha borrado el mal que se les hizo. ¿Cómo es creible que algunos de los que son apellidados *fieles de la Santa Sede*, se atrevan á acreditar las acusaciones y los rumores referentes á una simonía imaginaria que hombres rectos y entendidos creen infundados? ¿No está por ventura encargado á su incesante celo la tarea de conservar la veneracion necesaria para honrar la religion? Los

jesuitas han sido calificados, hasta en el decreto de extincion, de ser los mejores maestros de la juventud. Millares de padres de familia desean su cooperacion para conservar intacta la candidez de sus hijos. Sin ánimo de reprobar cosa alguna, se solicita que á esos sábios preceptores se les conceda tomar parte en la enseñanza, lo cual no será difícil que consigan por medio de pactos á que todos los gobiernos se hallan hoy dia inclinados. ¿Y acaso el Sumo Pontífice no debe contar con el ferviente celo de esos religiosos para conducir á puerto la nave mística?

Acaba de ser nombrado un nuevo papa: el castillo de San Angelo anuncia otro pontificado.

Verificada la eleccion, el decano Cavalchini preguntó á Ganganelli si aceptaba la tiara, quien le respondió: «No se ha de desear ni rehusar.» Preguntósele que nombre queria tomar. Sin embargo de que habia pensado adoptar el nombre de Sixto VI en memoria de Sixto V, religioso como él, no obstante declaró que adoptaba el nombre de Clemente XIV, en memoria de Clemente XIII. Concluida la ceremonia de la adoracion, preguntósele si estaba cansado, á lo cual contestó, que jamás habia visto tan cómodamente la instalacion de un papa, pues cuando era mero religioso no pudo ver la de su predecesor por habérselo impedido los suizos.

Instábase á Clemente que enviara un correo á sus tres hermanas, una de las cuales se hallaba casada en Pésaro con un noble de la familia Tebaldi, otra con Fabri de Verucchio, y la tercera era monja de Fossombrone, para participarles tan agradable nueva. El Papa se contentó con escribirles por el correo, diciendo «que se alarmarian si les enviaba un mensajero, pues no estaban acostumbradas á ello.» En la oracion fúnebre pronunciada mas adelante en honor de Clemente, se asegura que entonces dijo tambien lo siguiente: «No tenemos mas parientes que los pobres, y estos saben las noticias sin necesidad de correos.»

En 28 de mayo el Papa fué consagrado obispo en la basilica vaticana por el cardenal Santé, subdecano del sacro colegio, pues el decano cardenal Cavalchini no quiso arriesgarse á verificar esta ceremonia á causa de sus muchos años. No se

habia visto celebrarla desde el 30 de noviembre de 1700 en que fué consagrado Clemente XI, puesto que los predecesores de Clemente XIV, Inocencio XIII, Benedicto XIII, Clemente XII, Benedicto XIV y Clemente XIII eran ya obispos cuando ascendieron al pontificado.

En 4 de junio, Clemente fué coronado por el primer diácono, el cardenal Albani. Se ha dicho que al llegar á la ceremonia de la estopa, esta tardó en inflamarse por estar húmeda, y que el Papa la contemplaba con satisfacion, como si considerase que eso era un augurio de que su pontificado sería largo.

Clemente tomó posesion de San Juan de Letran en 26 de noviembre. Acompañáronle quince cardenales á caballo. Al bajar del Capitolio con direccion á Campo-Vaccino el caballo que montaba Clemente, mal dirigido por los que le tenían la brida, se asustó al oír las aclamaciones del pueblo, y derribó al Papa. Como el camino estaba cubierto de arena, Clemente no experimentó ningun daño, y exclamó: «No me he hecho ninguna contusion; lo que ha habido un poco de confusion.» Recordando un dia este suceso, dijo: «Al subir al Capitolio nos hemos presentado como san Pedro. Derribado del caballo, y representando ya á san Pedro, quiera Dios que lleguemos á ser como san Pablo (1).»

Clemente escribió de su propio puño á todos los soberanos anunciándoles su exaltacion. En su carta al rey de Nápoles, fechada en 30 de mayo, decia: «No hemos podido escribir antes á V. M., porque como no estábamos aun consagrados obispo, nos ha sido preciso estar retirados nueve dias á fin de prepararnos para un acto tan sublime. Sin embargo, no hemos olvidado á V. M., y hemos celebrado una misa para alcanzar de Dios que os conceda un sucesor (2). Imploramos vuestro auxilio para gobernar la Iglesia, y esperamos de vuestros piadosos y reales sentimientos que accederéis á prestárnoslo, segun así os lo manifestará el cardenal Orsini, vuestro ministro cerca de la Santa Sede. En cambio, prometemos dar á

(1) Oracion fúnebre de este Papa, pronunciada por el jesuita Mattzell, página 18.

(2) Es sabido que el príncipe no se casó con la archiduquesa Carolina hasta despues del 7 de abril de 1768.

V. M., en cuanto de nos dependa, pruebas de nuestro paternal afecto.»

En 12 de junio tuvo lugar el consistorio en que el Papa debía dar las gracias á los cardenales. Propuso luego la creacion de varias iglesias episcopales, y prestó juramento de que observaria las constituciones apostólicas.

En 18 del mismo mes el Papa dió la última audiencia al conde Ernesto de Kaunitz-Rittberg, embajador extraordinario del emperador José II cerca del cónclave, á quien regaló el cuerpo de san Clemente, mártir, y un cuadro de tapicería representando á san Pedro y gran cantidad de *Agnus Dei* de varias dimensiones.

En 21 de junio, el conde de Kaunitz fué otra vez admitido en audiencia como embajador de la reina de Hungría, madre del emperador José II, y recibió nuevos regalos, entre ellos, dos rosarios, uno para la condesa de Kaunitz, princesa de Ottingen, y el cuerpo de santa Cándida, vírgen y mártir, junto con un cuadro de tapicería que representaba á san Pablo, y finalmente una porcion de *Agnus Dei*.

En 22 de julio de 1769, los ministros de España, Francia y Nápoles ponen en manos del Papa una memoria en que piden la abolicion de la Compañía de Jesus.

Vamos á dar cuenta de un proyecto que se estaba ya preparando en 16 de agosto, esto es, tres meses despues de la eleccion del Papa. Llamamos la atencion del lector sobre este proyecto, que podia dar á los asuntos de la época un nuevo giro.

Parma dejó de ser la piedra del escándalo. Bernis escribió á Choiseul lo siguiente:

«Señor duque: las tres cortes podrian ocuparse con provecho en formar el plan de un nuevo concordato, pues el trascurso del tiempo hace necesarios algunos cambios. Aunque la corte de Roma pierda algo de sus antiguos derechos y privilegios, ganaria mucho con oponer, siquiera por uno ó dos siglos, un dique al torrente que amenaza su jurisdiccion, fijando la tasa de las bulas y de las dispensas. Todos los dias el Papa se ve precisado á hacer considerables rebajas, y de ese modo sabria á qué atenerse, á lo menos por mucho tiempo, y todo queda-

ria bajo un pié fijo. *La reforma y la reduccion de las órdenes religiosas deberian entrar en este plan.* Se fijarian prudentes reglas con respecto á la publicacion de los breves y bulas, y á las relaciones de los obispos, de las *Universidades* y de las facultades de teología con la corte romana. Abandonando el Papa muchas de sus antiguas pretensiones, que nadie respeta ya, y que no sirven mas que para comprometer su autoridad, afirmaria el trono pontificio mediante estar en perfecta inteligencia con las tres monarquías de la casa de Francia. Ese concordato, salvas las diferencias que exigiesen los usos y costumbres peculiares de cada localidad, podria comprender á la Francia, á la España, y al reino de las Dos Sicilias. Los demás soberanos católicos indudablemente imitarian este ejemplo, y no tardarian en hacer con el Papa arreglos, que fijando de un modo mas concreto los límites de las dos potestades, darian nueva vida á la autoridad pontificia, la cual corre riesgo de ser muy menospreciada con el tiempo, y restablecerian la armonía necesaria entre el sacerdocio y el imperio.

«Con respecto á nosotros, el nuevo concordato no seria mas que el antiguo refundido (el de Leon X), y si se quiere, una mera adición, y en algunos puntos una derogacion de los usos que el trascurso del tiempo debe haber cambiado.

«Esta materia importante, que no hago mas que indicar, comprende muchos pormenores, exige un atento estudio, y hombres que posean mucha diversidad de conocimientos, á fin de sentar la base del arreglo y redactar sus artículos. En mi concepto la época es favorable para emprender esta obra, que puede llevarse á cabo mas fácilmente en este pontificado que en ningun otro, y con la cual se inmortalizaria el actual reinado y vuestro ministerio. Las mayores dificultades para confeccionar y publicar esta obra, es fácil que las suscitase el parlamento; mas con prudencia y prevision todo se remedia.»

Dudo que un hombre, por mucho talento que tenga, despues de solos cinco meses de permanecer en un país que no conoce, haya podido concebir el expresado plan. Tampoco puedo creer que Bernis redactase el del cónclave que Choi-seul acogió tan mal en su totalidad, y con mayoría de razon

dudo que Bernis, que por otra parte hizo mas tarde cosas tan buenas, fuese el autor del proyecto que acaba de leerse, el cual fué sin duda obra de uno de esos talentos de Roma, que aunque tienen mucho apego al país, conocen sin embargo los riesgos y los obstáculos que ofrece una situacion cada día mas comprometida.

Sabemos lo que Clemente manifestó al marqués de Aubeterre; mas nada hemos investigado acerca de sus conferencias con los Albani, con Rezzonico y otros. Estoy dispuesto á creer que el plan indicado pudo ser sugerido por los cardenales que, para que se nos comprenda mejor, llamaremos *Zelanti*. Roma estaba ya cansada de las quejas sobre las anatas. A pesar de haberse disminuido las tasas, y héchose rebajas, la Europa clamaba todavía, y los filósofos repetian sus clamores. Los hombres de orden deseaban que se hiciese un arreglo, y por medio de ese proyecto prevenian lo que mas tarde hubo de hacerse por fuerza. Esos hombres prudentes y previsores hablaban todavía de esas mudanzas al grave M. Cacaault en 1801, y yo les he oido decir que las reputaban provechosas para todos y sobre todo para ellos.

No se trataba solo de un arreglo administrativo. Antes se decia á la Europa: Por los gastos de chancillería, se pagará tanto por cada bula ó breve, con lo cual todo el mundo quedará contento; los unos porque sabrán lo que han de pagar, y los otros porque sabrán lo que han de percibir. Poco á poco se llegaba á la época de las reformas, y como ya lo hemos dicho, el asunto referente á los jesuitas presentaba distinto aspecto. No se podia, tratándose de poderosos, castigar sus violencias y sus crueldades; mas podia reconocerse que los jesuitas fueron expulsados provisionalmente, sin embargo de que esto se verificó de un modo injusto y por medio de la fuerza; con lo cual se aplazaba la cuestion de extincion y se allanaba el camino para que triunfasen las ideas de *reforma* y de *revision*. No es cierto que el general Ricci dijese: «*Que sean (los jesuitas) lo que son, ó que dejen de ser.*» Estas palabras se le han atribuido con mala intencion (1).

(1) El autor de «Clemente XIV,» etc., opina, y así es, que estas palabras

Choiseul, temeroso sin duda de caer en manos del Parlamento si se celebraba un nuevo concordato, comprendió, teniendo presentes los conflictos en que se vió en el reinado de Francisco I el canciller Duprat, que los asuntos debian seguir un curso rápido aunque en diverso sentido, puesto que no reinaba el acuerdo en el campo de las tres potencias. Bernis, desmayado mas que nunca, escribió en 23 de agosto que la cuestion de los jesuitas se trataria directamente con España.

En 26 del mismo mes Choiseul escribe dos cartas; la primera es oficial y contiene palabras severas; la segunda, que es autógrafa, está concebida en términos que hacen esperar un arreglo.

Esta carta nada nuevo ofrece; pero es digno de notarse que á propósito de Aviñon y de los jesuitas, el duque se expresa estos términos:

«Opino que lo relativo á Aviñon interesa mas á la Francia y es mas justo que lo referente á los jesuitas.»

Voy á consignar en extracto esta carta de que he hablado en mi historia de Leon XII.

«En 1769, Portugal no se mostraba tan audaz como antes, á lo menos en París, en los ataques contra los jesuitas. Carlos II era el único que excitaba al gabinete de Francia, y M. de Choiseul hacia algo, porque era regular que Luis XV complaciese á su primo Carlos III, y porque la España, una vez irritada, no se apaciguaria tan fácilmente.

«Segun consta en los despachos del cardenal Bernis, Clemente XIV prometió examinar el asunto con atención, cual acostumbran á prometerlo siempre los que están encargados de juzgar. El Papa, que hasta entonces no dió ninguna muestra de debilidad, queria saber la opinion de los soberanos de

las profirió Clemente XIII cuando en 1761 M. de Rochechouart, embajador de Francia en Roma, le pedia que hiciese una modificacion radical en la constitucion de la orden. Pretendia la Francia un superior especial para los jesuitas de este reino, y al rechazar el Papa las innovaciones que se le proponian, exclamó: «Que sean lo que son, ó que dejen de ser. (Clemente XIV y los Jesuitas,» pág. 370.)»

Europa extraños á la cuestion ; y M. de Choiseul conocia la disposicion en que estos se hallaban, que era contraria á la extincion solicitada. El duque de Choiseul entra en escena como embajador en Roma, obligado á ceder ante el P. Ricci. Sus faltas deben servir para instruirse con ellas, en vez de encrudecerse con él por haber faltado. El P. Ricci y los suyos se hubieran guardado mucho de ofender al embajador del rey en Roma. Solo hay que decir aquí una cosa, y es que se ha entablado un mal asunto, y es menester persistir en él para hacer callar la maledicencia. Se dió un mal paso expulsando á los jesuitas, y se ha dado otro peor pidiendo la extincion de la Compañía. La ocupacion de Aviñon es *mas justa* que el asunto referente á los jesuitas, y es preciso, á pesar de lo dicho, que el cardenal se ocupe con empeño del asunto en que están interesados tres soberanos. Con esto Nápoles se saldrá de apuros como podrá, y solo empleará buenos officios.

«No he vacilado en publicar esta carta que es, repito, un documento muy importante. En ella se excusa al papa Clemente XIV del *acto de debilidad* que se le ha atribuido. Carlos III se hace notable por su encono; muchos soberanos de Europa dan pruebas de su buen sentido; hasta el mismo duque de Choiseul emite opiniones que hacen olvidar algun tanto lo áspero de su comportamiento; y finalmente, para completar este cuadro, que es tan verdadero como el que ha hecho el duque, las tres potencias muestran temer la deshonra si no siguen obstinadamente la falsa senda que han emprendido. Fáltanos añadir que otro ministerio, otra administracion menos celosa de su decoro, se prestó á cosas á que el duque de Choiseul, á pesar de la disposicion en que se hallaba, no habria quizás accedido cuatro años mas tarde.

«¿Y á que hablar tanto de un breve de extincion de la Compañía? ¿Acaso no es propio de hombres honrados y dotados de buen sentido, de generosos sentimientos, y amantes de la estricta imparcialidad, abstenerse de pronunciar vigorosos fallos antes de haber estudiado cuestion tan espinosa y los hechos que la han promovido, y no dejarse llevar por un inmotivado encono, ni por preocupaciones, al dedicarse, ya sea por deber, ya por pasatiempo, ya por via de estudio, al exámen

de una cuestion por tanto tiempo debatida y acerca de la cual no se ha llegado á saber *la verdad por completo* (1)? »

Despues de haberme ocupado de este pasaje de la Historia de Leon XII, he de decir que los nuevos datos que se han descubierto no me han enseñado nada nuevo además de lo que se sabia.

Prosigamos. Los nuevos documentos me han hecho saber iniquidades, habladurías tenidas en todas las naciones, proposiciones ridículas, necedades indignas de mencionarse; pero nada que pruebe el delito de simonía, lo cual debe ser sensible para aquellos que casi á fines del siglo XVIII han querido hallar faltas cometidas por la Santa Sede. Si algo puede censurarse en algunas autoridades eclesiásticas, pertenece á épocas muy lejanas, sin que hayan aun podido justificar las inculpaciones que se han hecho.

El sábio Gregorio XVI se ocupó antes de ser papa de los *pretesi fallimenti antichi* con gran vigor de raciocinio y de dialéctica. No he olvidado los deberes que me correspondian llenar al escribir la vida de este Sumo Pontífice, que me propongo publicar. Tocante á los hechos que he trascrito, son dignos de entero crédito; pues existen en el lugar público que he indicado. Ninguna de las personas que han figurado en el gobierno de Roma se ha envilecido.

El proyecto de un concordato no satisfacía del todo los sentimientos conciliadores de Clemente.

En 30 de agosto, Bernis, despues de haber tenido una audiencia con el Papa, en la que se trató de los jesuitas, escribió lo siguiente: « Como al hablar de esos religiosos hice observar á Su Santidad que no era á mí, que le conocia bien, á quien era preciso convencer, sino á los reyes de Francia y España, el Papa respondió con energía: ¿Qué es menester que se haga? ¿Ir á Versalles ó á Madrid en persona? Nada nos costará hacer ese viaje. Tributaremos nuestro respetuoso homenaje á dos grandes soberanos, les convenceremos de nuestra buena fe y de la necesidad de proceder con prudencia, con sigilo y con calma en un asunto de esta naturaleza. ¿Es preci-

1) «Historia de Leon XII.»

so, añadió Su Santidad, escribir á *nuestro* rey y al de España cuáles son nuestros sentimientos? Escribiremos de nuestro propio puño, y os entregaremos la carta con una copia de ella para el duque de Choiseul. Yo acepté este último ofrecimiento.»

Por medio de un breve de fecha 12 de julio (1), el Padre Santo concedió indulgencias á los jesuitas (2) que enviasen misiones á aquellos puntos en donde no hubiese misioneros de la Propaganda. El fisco de España denunció el breve como *obrepticio y subrepticio*, puesto que no podía ser ejecutado en España, ni en los demas puntos de donde fueron expulsados los jesuitas, ni podía reconocerse porque les concedía algunas facultades. Es *subrepticio*, decian esos famosos jurisconsultos, porque los jesuitas no pueden ejercer ningun cargo en los territorios sujetos á la casa de Borbon, cual si en el universo no hubiese comarcas que no estuviesen bajo el dominio de España, de Francia, de Nápoles, ó del ducado de Parma. Por las expresadas razones, el breve no obtuvo el *exequatur* en Madrid, en donde se mandó que todos los ejemplares del mismo fuesen confiscados y presentados al Consejo.

Los que conocen la historia de esa época no ignoran que jamás hubo eleccion de papa en unos tiempos tan borrascosos como los en que fué elegido Clemente XIV.

Portugal estaba irritado y en pugna abierta con la Santa Sede por no haber concedido Clemente XIII la satisfaccion que se le pedia. Despues de la expulsion de los jesuitas, Por-

(1) Constitucion «*Cœlestium munerum*,» Guerra, tom. III, pág. 364.

(2) Este breve les contentó mucho, y produjo un excelente efecto en la cristiandad. Las personas que quieran conocer mas hechos acerca de este drama tan importante, verán quiénes fueron los que impulsaron á Carlos III á expulsar á los jesuitas, y lo mucho que estos sufrieron durante la travesía y durante el año que permanecieron en el litoral de Córcega; verán detalles sumamente interesantes consultando la obra del jesuita P. Boerio, quien ha consignado todos estos hechos en la vida del venerable P. José Pignatelli, que fué uno de los que tomaron mas parte en esos terribles acontecimientos. El célebre Paoli dictó las mas humanitarias disposiciones á fin de que se tratase bien á los jesuitas en Córcega, en donde se habló por mucho tiempo con el mas profundo respeto de su paciencia y de su resignación. Muchos de esos religiosos observaron una conducta tan santa y tan sublime, que hubieran merecido ser beatificados.

tugal trató de sustituir la autoridad del Patriarca á la del Sumo Pontífice, rompiendo todas las relaciones con la Santa Sede. El P. Pereyra, del Oratorio, teólogo de índole especial, autorizó á los portugueses á consumir esa escision.

La España, que á todo trance queria la abolicion de la Compañía de Jesus, clamaba continuamente cerca de la Santa Sede, y Monino dejaba entrever que se preparaba algun golpe fatal contra la corte romana, á la cual se daban sin cesar los mas crueles disgustos.

La Francia, dueña de Aviñon algun tiempo habia y seriamente agriada con motivo del rigor empleado contra el duque de Parma, estaba unida á la España, demostrando de continuo un vivo resentimiento á lo menos en apariencia.

Nápoles, apoyado por España y Francia, retenia en su poder Benevento y Ponte Corvo, al igual que Francia retenia Aviñon, y amenazaba usurpar nuevos territorios al otro lado de las fronteras de los Estados Pontificios.

Parma, causa de tantos trastornos, exigia del Papa una retractacion, que consideraba justa y debida.

Venecia pretendia reformar por su propia autoridad las comunidades religiosas, sin intervencion alguna de Roma.

La Polonia se ocupaba exclusivamente en atacar los privilegios de la nunciatura, y en rebajar de este modo la autoridad pontificia, sin prever que muy pronto iba á perder su poderío, y que quedaria repartida entre tres estados limítrofes.

Imagínese por lo dicho cuánta resolucion y cuánta constancia debia tener un sumo pontífice elegido en semejantes circunstancias.

En medio de estas tempestades, el Papa escribió al rey de Francia para contener á los Borbones, que sabia iban á estrecharle para que tomase una determinacion en vista de las instancias que le tenian hechas.

Envió al duque de Parma la dispensa matrimonial que solicitaba, y suspendió los efectos del breve de Clemente XIII. Con respecto á los jesuitas, el Papa manifestaba que no podia condenar ni abolir su instituto, aprobado y confirmado por diez y nueve predecesores suyos, cuyos nombres era fácil y glorioso citar; dando en definitiva la concluyente razon de

que la Compañía de Jesus habia sido confirmada por el concilio de Trento (1).

Al hablar el Papa en estos términos, indicaba estar resuelto á convocar un concilio para examinarlo imparcialmente todo, y para oír á los jesuitas los descargos que diesen de las acusaciones que se les hacian. El Papa no podia obrar de otro modo, puesto que tenia el deber de dispensar á la Compañía de Jesus igual proteccion que á las demás órdenes regulares.

Por otro lado, Clemente manifestaba que el Emperador, el rey de Cerdeña y el de Prusia le habian escrito en favor de los jesuitas, de modo que si abolia la orden para complacer á unos soberanos, desairaba á otros. En tercer lugar, recordaba que era puramente administrador y no señor de los bienes de la Santa Sede, y que en consecuencia no podia vender, ni ceder los Estados de Aviñon y de Benevento, puesto que cuanto hiciese en este sentido lo revocarían con justicia sus sucesores, y que por lo tanto solo cederia á la fuerza, á la cual no opondria resistencia, aunque podia. Finalmente decia que siendo el rey hijo primogénito de la Iglesia, y estando dotado de un carácter justiciero, era de esperar que entre los dos, solos y sin árbitros, tratarían de este asunto tocante al cual resolveria lo mas conveniente.

En aquella época el duque de Gloucester, hermano del rey de Inglaterra, se puso en camino para visitar las admirables bellezas de Roma. No bien hubo llegado á los Estados Pontificios, el Papa le envió personajes respetables para tributarle á su paso los honores debidos. A su entrada en Roma, le envió regalos, y mandó que para celebrarla se iluminase en su obsequio el templo de San Pedro, el cual ofrece entonces

(1) Hé aquí las textuales palabras del Concilio: «Finito tempore novitiatus, superiores novicios, quos habiles invenerint, ad profitendum admittant, aut e monasterio eos ejectionem. Post hæc tamen, Sancta Synodus non intendit aliquid innovare, aut prohibere, quin religio clericorum societatis Jesu, juxta pium eorum institutum a Sancta Sede apostolica approbatum, Domino et ejus Ecclesiæ inservire possit.» «Concluido el tiempo del noviciado, los superiores podrán admitir á todos los que consideren aptos para profesar, ó despedirlos del convento. Con esto el Santo Sínodo no entiende innovar ó prohibir nada que impida á la Compañía de Jesus servir al Señor y á la Iglesia, de conformidad con su piadoso instituto, confirmado por la Santa Sede apostólica. (Sesion XXV, cap. XVI).»

un espectáculo, del que no es dable formarse justa idea sino viéndolo, puesto que es imposible describirlo.

El duque de Cumberland, hermano tambien del rey de Inglaterra, obtuvo iguales obsequios en su viaje por Italia. Con este motivo los ingleses se hicieron panegiristas de Ganganelli. El rey Jorje escribió al Papa dándole las gracias por la magnífica acogida que habia dispensado á sus hermanos, rogó al Padre Santo que admitiera algunos regalos que le enviaba, y aceptó su mediacion en algunas desavenencias domésticas que tenia con el duque de Cumberland (1). ¡Qué no hizo Clemente, dice el autor de su vida para atraerse el afecto de todos los soberanos!

La España persistia en su odio contra los jesuitas, y no contenta con haberlos expulsado, no queria que subsistiesen en otros puntos. El gabinete de Madrid solicitó la beatificación del venerable Juan de Palafox, obispo de Osmá, creyendo que si conseguia hacer que se colocara en el número de los bienaventurados á un prelado que pintó con horribles colores á los jesuitas, estos se amedrentarian y recibirian el golpe mas tremendo de cuantos podian dirigírseles. Pero el Papa no tomó determinacion alguna tocante á este asunto, lo cual pareció irritar mas todavía á España.

Vamos á hablar de las promociones de cardenales verificadas por Clemente XIV.

En un consistorio celebrado en 18 de diciembre de 1769 creó cardenal *in pello* á Pablo Carvalho y Mendoza, prelado de la iglesia patriarcal de Lisboa, presidente del consejo de la reina y del Senado, y hermano del primer ministro de Portugal.

En 2 de enero de 1770 Clemente, deseoso de complacer á la Francia y en especial á las hijas del rey, notables por sus pia-

(1) La vida de este príncipe fué una série de derrotas y de triunfos. Salió vencido en Fontenoy, y vencedor en Culloden, y vióse obligado á capitular con los franceses en Stade durante la guerra de los siete años. Desgraciadamente no podemos retractarnos de lo que tocante á él hemos dicho en otra parte. Era menester que Roma fuese muy desdichada para verse en la precision de dar tan buena acogida al anglicano, á quien los católicos de Escocia dieron un apelativo que inspira horror, y que nadie ha llevado despues de él sino el indigno bajá de San Juan de Acre, «Djezzar-Bajá.»

dosos sentimientos, expidió un breve trasladando la fiesta de san Juan Nepomuceno del día 16 de mayo al 16 de setiembre.

Este breve se dió exclusivamente para el uso de la hermandad fundada en Versalles por la reina María Leckzinska, esposa de Luis XV.

Es sabido el motivo de tener las reinas tanta predileccion por el gran santo que acabamos de nombrar.

Cuando una reina se presenta ante el tribunal de la Penitencia, llena de los recuerdos de la veneracion que inspira el animoso confesor de Juana de Bohemia, esposa de Wenceslao, debe creer que el sacerdote á cuyas plantas va á prosternarse es como el mismo Dios, y que los labios del confesor no han de abrirse jamás para divulgar lo que ha oido.

En 1.º de marzo Clemente expidió algunos decretos en los cuales condenaba varios libros irreligiosos publicados en Francia.

Uno de ellos se dirigió contra el *Compendio de la Historia eclesiástica de Fleury*, atribuida al abad Prades; otro contra las obras de la *Mettrie*, y otro contra Voltaire, en el cual se mencionaban siete folletos compuestos por este infatigable apóstol de la incredulidad. En otros decretos se proscribian tambien algunos otros folletos del mismo autor, quien como es muy sabido era activo, fogoso y fecundo (1). Publicaba obras una tras otra con una rapidez suma, dándoles las formas que mas podian atraer la atencion. Las relaciones que sostenia con hombres tan dispuestos como él á destruir la religion, contribuian á exaltar esa bilis que se esparcia á raudales por toda la Europa.

Difícilmente puede formarse una idea del número de libelos que Voltaire compuso contra la religion en pocos años. La mayor parte de ellos son chocarrerías ó á lo menos están saturados de ellas, segun acostumbraba el autor, quien procuraba siempre hacer reir, sin reparar mucho en los medios empleados para conseguirlo. Sus chanzas degeneran muchas veces en una gerigonza incomprensible, y en groserías (2), siendo di-

1) Picot, tom. II, pág. 552.

(2) Id., II, 553.

fácil reconocer en ellas al escritor elegante que , cuando quería , ostentaba el gusto mas puro , dando lecciones á los mejores escritores de su tiempo.

¿Qué diremos de sus eternas repeticiones? Examina sin cesar los mismos hechos , sin corroborarlos con prueba alguna. Es de extrañar que aun hoy dia sean tantos los admiradores de Voltaire , pues estos exagerados partidarios castigan mas su estilo en sus obras , y sobre todo se dedican á buscar pruebas. Generalmente hablando en nuestros tiempos se versifica y se rima mejor , y sobre todo se cultiva mas sériamente la historia.

El *Exámen importante de milord Bolingbroke* es, entre otros, de un estilo tan vivo que llega á ser fantástico. En esa obra se prodigan á la Religion los epítetos de *absurda , estúpida , cruel , bárbara y extravagante*, y se ultraja el pudor con relaciones las mas obscenas. Su autor parece estar siempre airado. En todas partes halla abominaciones , y supone algunas para tener el gusto de combatir las.

El *Diálogo entre un cristiano , un samaritano y un judío* es notable por su estilo en extremo insultante. En él se lee: *Es evidente que la religion cristiana es una red en la cual los pícaros han tenido enredados á los necios durante mas de diez y siete siglos , y un puñal con el que los fanáticos han asesinado á sus hermanos por espacio de mas de catorce. Trabajen , pues , todos los hombres justos , cada cual segun sus fuerzas , en aterrar ese fantasma.*

Paréceme que en nuestro libro no hemos dado ninguna prueba de que sea cierta asercion tan grosera. Hemos visto en el decurso de ella hombres conciliadores é incansables ; hemos referido muchas expresiones suaves , y anunciado doctrinas de moral pura ; y cuando Dios permite hoy dia que vuelvan al buen camino muchos de nuestros hermanos extraviados , nos hace ver que recompensa los esfuerzos generosos y que proporciona un merecido triunfo á los que se hicieron dignos de alcanzarlo por su grandeza de alma , por su saber y por sus virtudes , de los cuales tantos ejemplos se hallan en todas épocas , excepto en los tiempos de hierro , puesto que entonces no habia virtudes casi en ninguna parte. Al llegar á la profesion de fe de los *deistas* , el autor insiste mucho en demostrar que *os deistas* no han hecho nunca mal alguno.

M. Belleguier trata de probar en su discurso que la filosofía es amiga de Dios y de los reyes. Mas ¿de qué sirve esto para los que no quieren á Dios ni á los reyes? Luego el escritor dice que los filósofos jamás han causado daño alguno (nos hallamos en el año 1770) y que siempre han proclamado la obediencia á las leyes. Olvidaba sin duda que en aquel tiempo habia ya aparecido el *Sistema de la Naturaleza*. Ningun filósofo dice en otra parte, *ha aconsejado que no se pagaran los impuestos, ni ha ocasionado trastorno alguno, ni se ha mezclado en contienda de ninguna clase*. La filosofía, que tanto ensalza, le ha dado despues el mas solemne mentís.

Hoy dia la Religion proclama lo mismo que proclamaba en aquella época, y dificilmente la filosofía se atreve á defender sus doctrinas y los pretendidos servicios que se supone ha prestado.

No acabaríamos nunca si quisiésemos hacernos cargo de todas las declamaciones, de todas las violentas interpretaciones, de los sarcasmos, de las suposiciones falsas, de las diatribas en que abunda la obra del enemigo del catolicismo de quien hablamos. El rencor se muestra en ella bajo toda suerte de formas, y en ninguna parte brilla la verdad.

Ese autor ocultaba su nombre tomando otros falsos; queria y no queria á un tiempo que se trasluciese quien era. Se le hallaba en todas partes, y no se sabia en dónde hallarle. ¡Desgraciado del que empeña-e una lucha con él! Si el adversario era francés, encontraba en su casa el folleto en que se respondia al ataque, ó á las razones, por inofensivas que fuesen, que se hubieran indicado. Si era extranjero, se le perseguia donde quiera que se hallase, ya fuese en Inglaterra, ya en Rusia, ya en Prusia. No faltaban soberanos que prestaban su apoyo á ese escritor injusto, á quien se dejaba dominar á sus anchuras, sin que nadie le combatiese sino Roma.

Entretanto, en el mes de agosto de 1770, el abogado general M. Seguier denunció, en un requisitorio lleno de vigor, el doble proyecto de los filósofos de derribar la Religion y los gobiernos monárquicos. «Ha aparecido entre nosotros, decia, una secta impia y audaz que ha encubierto su falsa sabiduria con el nombre de filosofía. Sus secuaces se han erigido en pre-

ceptores del género humano, y proclaman la libertad del pensamiento. Con una mano han intentado conmovier los tronos y con la otra derribar los altares. Se proponían extinguir las creencias, y puede decirse que la revolucion intentada se ha llevado á cabo; se ha multiplicado el número de sus prosélitos, han cundido sus máximas; los reinos han visto bambolear sus antiguos cimientos, y las naciones, pasmadas de ver borrados sus principios, se han preguntado á sí mismas por qué fatalidad se habian vuelto tan diferentes de lo que eran. Los mas aptos para ilustrar á sus contemporáneos se han puesto á la cabeza de los incrédulos, han desplegado la bandera de la revolucion, y han creído hacerse célebres mostrándose animados del espíritu de independencia. Un enjambre de escritores oscuros, ya que no han podido alcanzar fama por falta de talento, se han mostrado igualmente tan audaces como los mas notables. Tiemble el gobierno si tolera en su seno una secta furibunda, que no parece sino que trata de sublevar á los pueblos so pretexto de ilustrarlos.»

M. Seguir profesó toda su vida unos mismos sentimientos, é hizo prometer á su familia que no tendria jamás otros, inculcándole que la Religion y los principios monárquicos eran los únicos diques que podian contener la maldad de los novadores.

Roma ha de volver su vista á intereses católicos gravemente comprometidos.

Entre los patriarcas de Oriente distinguióse en los antiguos tiempos el de los Nestorianos ó de los Caldeos, que tenia su asiento en Babilonia, y lo fijó mas adelante cerca de Ninive ó Mossul, como se llama hoy dia. Su jurisdiccion no solo se extendia á la Mesopotamia, á la Asiria y á la Persia, sí que tambien sobre las Indias, y principalmente sobre la costa de Malabar, ocupada por los cristianos llamados de Santo Tomás. Grøn número de nestorianos ó caldeos se incorporaron á la Iglesia romana en el pontificado de Julio III, quien les dió por patriarca á Simon Sulacha, monje de San Pacomio, que fué preconizado en el consistorio que tuvo lugar en 9 de abril de 1553. Simon fijó su residencia en la ciudad de Caramit ó Diarbekir, situada á orillas del Tigris en Mesopotamia, en

donde ordenó arzobispos, obispos y presbíteros, para que pudiesen asistir á los indígenas conversos y celebrar los misterios religiosos, segun los ritos admitidos en el país. En consecuencia, el patriarcado de Babilonia quedó dividido en dos partes; la una compuesta de caldeos católicos, que dependían del patriarca de Diarbekir, y la otra de caldeos herejes, sujetos á su antiguo patriarca, que se hallaba establecido cerca de Mossul.

Los sucesores de Sulacha continuaron residiendo en Diarbekir hasta el año 1581, en cuya época Simon Denha, cediendo á la *prepotencia* del patriarca hereje, se retiró á la Acaria, país comprendido en el Kurdistan, situado en los confines de los dominios turcos y persas, en donde han residido los patriarcas hasta los tiempos actuales, conservándose unidos á la Santa Sede hasta el año 1653. Se conservan en Roma cartas escritas á Inocencio X por Simon III, en las que reconocía su dependencia de la Santa Sede. Con posterioridad al citado año, no existen documentos que prueben la existencia de semejante union, y es creible que los patriarcas elegidos posteriormente caerían en la herejía, tanto mas cuanto en 1681 Inocencio XI creó un tercer patriarca caldeo para gobernar al clero y á los fieles que permanecieron sumisos á la Santa Sede. El nuevo patriarca se estableció en Diarbekir, en donde reside aun en la actualidad.

Nada se sabia del patriarca del Kurdistan, cuando en 1770 abjuró los errores del nestorianismo, y pidió con vivas instancias á Clemente XIV que le admitiese en el seno de la Iglesia. El sacro colegio acogió con mucha satisfaccion esta nueva.

Los sumos pontífices, segun mas de una vez lo he dicho, viven entre crueles tormentos. Hemos visto en lugar oportuno que mientras Sixto V perdía el sueño por haber recibido la noticia de la muerte de su hija en Jesucristo María Estuardo, el pueblo romano le demandaba mejoras y obeliscos. Ahora vemos á Clemente en un insomnio continuo, no sabiendo cómo podrá cumplir sus promesas, y mientras tanto Roma necesitaba que se diese mejor organizacion á su primer tribunal, hácia lo cual llamaban la atencion del Pontífice entendidos magistrados.

Vamos á dar aquí algunos pormenores sobre el tribunal de la Rota. Su existencia databa de tiempos anteriores á Juan XXII, quien no fué su fundador, sino su reformador (1). Se le dá el nombre de la *Rota* (rueda) porque sus individuos ejercen su cargo por turno. Antes eran catorce, y Sixto IV redujo su número á doce, como es sabido.

Existe una obra titulada el *Tribunal de la Rota romana*, escrita por Domingo Bernino; la edicion que de ella se hizo en Roma es del año 1771, y apareció en el pontificado de Clemente XIV.

Las decisiones del tribunal de la Rota no son, como muchos autores creen, una sentencia dictada por el tribunal: sino, como observa el muy juicioso cardenal de Luca, una coleccion de razones, acerca de las cuales los prelados dieron su voto afirmativo ó negativo. Están entresacadas de los varios escritos de los defensores de la parte que aparece victoriosa, y los prelados se adhieren á ellas, añadiendo algunas veces reflexiones propias. Esto es lo que comunmente se llama una decision, que no es como la sentencia de un juez, sino que está concebida en términos que los litigantes que han perdido tienen lugar de ver las razones en que los prelados se han apoyado para opinar contra ellos, y de contestar lo conveniente para que revoquen su dictámen.

Un célebre abogado, á quien hice varias preguntas sobre el punto que nos ocupa, y expuse que no comprendia bien ese modo de juzgar, que propiamente no era juzgar, decia que «la primera decision es mas bien una indicacion de los reparos que se ofrecen á los prelados para que las partes les enteren mejor, y puedan ver cuáles son las razones mas atendibles, si las alegadas en favor del que reclama ó del que se defiende.» Semejantes decisiones, que debieran tener otro nombre, son mas bien una *enunciacion de reparos*, que sentencias definitivas.

En efecto, acontece con frecuencia que los prelados dan en una rota, en virtud de las razones expuestas en una decision, un voto favorable á una de las partes, y que en otra los mismos prelados, en vista de los nuevos datos suministrados por

(1) Constitucion XIV, Bulario romano, tom. I, pág. 229.

la que ha perdido, se declaran en pro de esta, que de *vencida* se convierte entonces en vencedora.

Cuando en una causa, una de las partes tiene en su favor muchas decisiones conformes, se pasa á dictar sentencia definitiva.

En las decisiones ha de distinguirse la parte *sustancial* de la *accidental*; la primera la constituyen las razones que han convencido á los prelados; la segunda las diferentes proposiciones incidentales que para adorno (*ad ornatum*) de la decision, añade el curial que la redacta.

Lo dicho prueba que lo que puede llamarse parte *sustancial de la decision* no es lo acordado definitivamente por el Tribunal, sino una manifestacion que se hace á los litigantes vencidos para que examinen y busquen el defecto de que adolece, si le hay, y para que en este caso lo expongan para poder conseguir un buen resultado que obtienen por medio de una determinacion que se llama *recedendo a recisis* (esto es, *anulando las decisiones*).

Las decisiones se imprimen para comunicarlas á los respectivos defensores de las partes.

Seguramente es digno de elogio este sábio método empleado por el respetable tribunal de la Rota á fin de llegar al descubrimiento de la verdad, y de administrar estricta justicia.

El abad Zacarías se expresa en estos términos en su *Anti-febronius*, tomo I, introduccion, capítulo 2.^o, página 22. Se esfuerza en defender á este augusto Tribunal contra los sarcasmos que le dirige el libro de Febronio en el cual se ridiculizan sin motivo las decisiones.

Los abogados no alegan de pronto las mejores razones de que disponen, y hacen una especie de escaramuza sin descubrir sus fuerzas de reserva, ó como si dijéramos, el cuerpo de ejército que tienen oculto al pié de una montaña ó de un bosque inmediato. En todos los países del mundo, el juez escucha con atencion, se mantiene indeciso, y va formándose concepto de la causa á medida que oye las defensas. La parte adversa, despues de destruir los argumentos de la otra, se extiende en reflexiones, y con frecuencia arrastra al juez á que forme dis-

tinto concepto del que antes tenia formado. Un nuevo pleito no tiene por cierto las ventajas de esas decisiones.

Tal es el tribunal de la Rota. Quien entra en él como juez se halla animado bien pronto de un espíritu de corporacion que convierte al hombre ligero en magistrado reflexivo.

Cada auditor ó juez tiene á su lado un secretario designado con el nombre de *segreto*, el cual indica por sí solo cuán severas han de ser las costumbres de ese consejero incorruptible, que no divulga á nadie asunto alguno. Dá á su auditor ó juez un dictámen por escrito, tan bien razonado en la mayor parte de los casos, que el juez se conforma con él casi siempre.

Hé aquí porque el tribunal de la Rota goza hoy dia de tan gran nombradía. En Roma se llama á los auditores *duodecim Salomones* (los doce Salomones). El sistema establecido en ese Tribunal tiene además la ventaja de que el litigante no se ve de repente herido como por un rayo por una sentencia imprevista; sino que ya de antemano ve que puede perder. Esto hace que personas bien intencionadas se interpongan entre las partes, y las lleven á una avenencia, que vale mucho mas que seguir un pleito del modo que se sigue en otras partes, en que para alcanzarlo todo, se pierden ventajas preciosas mas útiles algunas veces que una victoria completa que arruina á una familia honrada, sin hacer mas dichosa á la que ha obtenido en su favor sentencias favorables.

Yo he visto pleitear en Roma. Las decisiones de la Rota no agriaban los ánimos, y en el momento en que menos se esperaba, las partes celebraban una transaccion ventajosa para todas ellas.

Hoy dia (1847) se habla de dar una nueva organizacion al tribunal de la Rota, que es una de las instituciones mas sábias y mejor entendidas de cuantas hay en Europa.

Todas las esperanzas concebidas para conservar á los jesuitas se desvanecen. Las grandes potencias habian solicitado de las demás cortes católicas su consentimiento para pedir la abolicion de la Compañía de Jesus, y era probable que mas ó menos tarde lo prestasen.

En 29 de enero de 1771, el Papa creó cardenal *in petto* á Ma-

rio Mare-foschi, noble de Macerata, nacido en 10 de setiembre de 1714. Era secretario de la Propaganda.

En la segunda promocion, que tuvo lugar en 6 de agosto, fué nombrado cardenal Juan Cosme de Cunha, nacido en 27 de setiembre de 1715. Era canónigo regular de Coimbra y arzobispo de Evora.

En la tercera promocion fué nombrado Escipion Borghese, de la familia de los príncipes de Sulmona, nacido en 1.º de abril de 1734. Era gran camarlengo del Papa, y arzobispo de Teodosia *in partibus*.

Y últimamente recibió el capelo Juan Bautista Rezzonico, nacido en Venecia en 1.º de junio de 1643. Era sobrino del anterior Papa Clemente XIII.

Mas tarde obtuvieron tambien la dignidad cardenalicia Antonio Casali, romano, nacido en 25 de mayo de 1714, gobernador de Roma; y Pascual Acquaviva de Aragon, noble de Nápoles, nacido en esta ciudad en 1719, presidente de Urbino.

Desde 25 de octubre de 1769, los enemigos de Choiseul trabajaron contra este primer ministro, quien en 24 de diciembre de 1770 presentó su dimision del cargo de secretario de Estado, ocupando interinamente su puesto el duque de la Vrillière.

La desaparicion de uno de los personajes que mas inquietaban á la Santa Sede ¿mejorará la posicion de Su Santidad? No por cierto; los enemigos que quedan redoblarán sus esfuerzos.

En 1771, el rey de España instituyó la órden de la Inmaculada Concepcion, llamada tambien de Carlos III, en accion de gracias á la Virgen por el feliz nacimiento del príncipe de Asturias. Clemente confirmó la órden por medio de dos breves, y aprobó sus estatutos. El Padre Santo fué padrino del recién nacido, y el dia de san Pedro del año siguiente distribuyóse una medalla que representaba en un lado el busto de Clemente, y en el otro una mujer con vestiduras reales presentando un niño al Papa. En el reverso se lee: *Deus nova fœdera sancit*.

En 17 de junio de 1771, el Papa verificó la sexta promocion de cardenales, preconizando *in petto* á Antonio Eugenio Vis-

conti, nacido en Milan en 28 de diciembre de 1713, y nuncio en Viena, y á Bernardino Giraud, noble de Roma, nacido en esta ciudad en 14 de julio de 1727, nuncio en París desde 1761. Este último nombramiento no se verificó como un obsequio á la Francia, pues monseñor Giraud en su calidad de nuncio en París tenia derecho al capelo despues de tres años de ocupar ese puesto, y hacia ya mucho tiempo que lo desempeñaba. El duque de Choiseul no siempre tenia á ese prelado las consideraciones debidas; mas si como nuncio no merecia sus simpatías, queríale como á secretario de Estado. Giraud no por verse desdeñado por ese altanero ministro perdió en lo mas mínimo la estimacion del Papa, quien tenia depositada en él toda su confianza, pues á sus agradables maneras, á su cortesanía y á su apreciable carácter añadia una discrecion, una reserva y una prudencia dignas de ser imitadas.

En la séptima promocion, Clemente nombró *in petto* á Inocencio Conti, hijo primogénito del duque de Poli y Guadagnolo, nacido en Roma en 1.º de febrero de 1731, nuncio en Lisboa.

En la octava promocion la Francia consiguió el capelo para Carlos Antonio de la Roche-Aymon, nacido en la diócesis de Limoges en 17 de febrero de 1697. Era hijo de una ilustre familia, fué arzobispo de Reims, y limosnero mayor. Murió en París en 1777, á la edad de ochenta y un años, habiéndose distinguido durante el largo tiempo que fué obispo por su sabiduría, por su rectitud, por la pureza de sus costumbres y por los conocimientos propios de su estado (1).

En 1772 llegó á Roma la princesa María Walsbourg de Baviera, viuda del elector de Sajonia, la cual viajaba de incógnito con el nombre de condesa de Brehna. Clemente envió á recibirla á Civitá-Castellana al marqués Massimi director general de correos. La princesa entró en Roma el 15 de abril, siendo cumplimentada por el *maestro di camera* de Su Santidad, quien le dió audiencia y le hizo magníficos regalos.

Con el objeto de dar á la princesa una idea de las diversiones de Roma, el Papa dispuso que se ejecutase una carrera

(1) Este es el elogio que hace de él Novaes, XV, pág. 186.

de caballos. Además de los obsequios que la prodigó, la regaló un cuerpo santo adornado con tanto lujo como los que se dan á los embajadores de las grandes potencias al despedirse de Roma.

El príncipe de Monaco solicitó la supresion de algunas fiestas de precepto, sin quitar empero la obligacion de oír misa, gracia que acababa de obtener el Austria, la España, la Cerdeña y la Toscana.

El Papa concedió á la iglesia de San Estéban del Cacco de Roma el oportuno permiso para erigir fuentes bautismales.

Clemente se complacia en proteger las artes. Mandó construir en el Vaticano la galería de la gran sala de Clemente VIII, para colocar el museo que hoy día la ocupa. Esta grandiosa obra quedó concluida en 1772, y púsose en ella esta inscripcion: CLEMENS XIV, P. M. VADENSIS SIGNA ET MONUMENTA VETERVM INCREMENTO ARTIVM A SE COMPARATA ÆDES INNOCENTIANAS JAM FATISCENTES RESTITVIT AMPLIAVIT ANNO 1772, PONT. II. «*Clemente XIV, Soberano Pontífice, natural de Vado, descando colocar los objetos y monumentos antiguos que compró para promover con ellos los adelantos de las artes, ha recompuesto las salas Inocencianas que amenazaban ruina, ensanchándolas en el año 1772, segundo de su pontificado.*»

Este museo, llamado al principio museo Clementino, tomó mas adelante el nombre de museo Pio Clementino, y hoy día se le designa, sin motivo, con el de *museo Pio*, prescindiendo del nombre de su primer fundador. Es verdad que el Papa continuador de esas mejoras ha acumulado en él tan considerables preciosidades, que puede decirse que mas bien es obra suya que de su predecesor; pero es preciso hacer á cada uno de ellos la justicia á que son acreedores.

Clemente nombró al intendente general de correos, Camilo Massimi, para desempeñar el importante cargo de aposentador mayor de los sacros palacios apostólicos, vacante por muerte del marqués Juan Chigi Montorio Patrizi.

En 14 de diciembre de 1772, Clemente verificó la novena promocion de cardenales, nombrando para esta dignidad á Leopoldo Ernesto de Firmian, nacido en Trento en 22 de setiembre de 1708, obispo de Passau.

El marqués de Pombal proseguía con ardor su obra, echando mano de la seducción y de la corrupción, empleando á este objeto el oro que le proporcionaban en abundancia las minas de Portugal. Otro tanto se hacia en un reino inmediato á esta nación. Segun Novaes (XV, 191), el marqués de Pombal debía á los jesuitas los principios de su fortuna, y despues empleó para destruirlos ochenta y ocho mil zequíes de oro (1), segun algunos historiadores, y segun otros una suma mas considerable todavía (2).

Monino, conde de Floridablanca, pasó á Roma, en donde no dejaba de importunar ni un momento á Clemente, que ya no sabia como esquivar los manejos de toda clase de este ministro, que mas bien parecia un buitres aferrado á su presa que un hombre. Hasta su fisonomía, decian en aquella época, habia tomado el aspecto de una de esas aves de rapiña

«Una sola vez, exclama el autor de *Clemente XIV y los jesuitas*, una sola vez el desdichado Pontífice recobró en un momento de exasperacion alguna energía. El plenipotenciario español le indicó que si consentia en expedir la bula de supresion de la Compañía de Jesus, Francia y Nápoles se apresurarian á devolver á la Santa Séde las ciudades de Aviñon y de Benevento, y Clemente, acordándose que era ministro del Dios que expulsó del templo á los mercaderes, exclamó: *Sabed que los papas rigen las almas y no especulan nunca con ellas.*»

El sistema de ataques, de provocaciones, de altanería y de menosprecio empleado contra el Sumo Pontífice, era seguido hasta por los soldados suizos, á quienes se incitaba á abandonar la custodia de tan mal soberano, y llegaron las cosas hasta el punto que puede decirse que no existia gobierno alguno en Roma.

Se acerca ya la época en que la medida de supresion de la Compañía de Jesus, solicitada en cierto modo á mano armada, no podia aplazarse por mas tiempo. Las negociaciones

(1) El cequí de oro equivale á 40 raeles á poca diferencia.

(2) Véase la obra titulada «Del restablecimiento de los jesuitas y de la educacion pública;» Emmerich, 1800. En ella se trata del origen, de los progresos y de la supresion de la Compañía de Jesus, tan obstinadamente instada la última por espacio de doce años.

entabladas con los gobiernos de países en que residian jesuitas, y mas que todo el silencio guardado por los ministros que renovaban los ataques del marqués de Pombal, presagiaban que estaba próximo á darse el golpe tremendo que tanto tiempo hacia amagaba á la Compañía de Jesus. El Padre Santo se dispone á suprimirla, lo cual podia ya preverse. Antes de ahora hízose salir á los jesuitas del Colegio romano, en donde se educaba lo mejor de la nobleza de toda la Europa, así como los pensionistas destinados al servicio de la catedral pontificia de San Juan de Letran, y despidióseles tambien de la catedral de Frascati y del colegio escocés de Roma. Además de esto se dispuso que la cámara apostólica dejase de satisfacer á los jesuitas expulsados los ocho mil escudos que Clemente XIII habia destinado para atender á su subsistencia.

Como mas adelante trascribiremos el breve en que se decretó el restablecimiento de la Compañía de Jesus, es justo que continuemos ahora el de extincion de la misma (*Dominus ac Redemptor*), tal cómo se halla consignado en el Bulario romano (1). Dice así:

Clemens PP. XIV.

Ad perpetuam rei memoriam, Dominus ac Redemptor noster Jesus Christus, princeps pacis, etc.

Clemente XIV, papa.

Para perpetua memoria.

«Nuestro Señor, nuestro Redentor Jesucristo, príncipe de la paz, predicho por el Profeta (lo cual al venir á este mundo hizo anunciar por los ángeles á los pastores, y manifestó él mismo antes de subir al cielo, hablando con sus discípulos, á quienes dejó los medios necesarios para reconciliarlo todo con Dios padre); Jesucristo dando la paz á la tierra y al cielo, por medio de la sangre derramada en la cruz, se dignó encargar

(1) «Bullarii romani continuatio» en fol., Roma, 1841, tom. III, pág. 607. Este breve lleva en el Bulario la fecha del 21 de junio de 1772, año V, lo cual no deja de ser extraño, pues la verdadera fecha es la de 21 de julio de 1773. Por lo demás, es de creer que esto es un error de imprenta, pues el breve «*Dominus ac Redemptor*» está colocado entre una constitucion de 20 de julio de 1773 y otra de 28 del mismo mes y año. En el final del documento hay en latin la fecha verdadera que es la de 21 de julio de 1773. En el final del tomo consta una errata, mas no se indica el yerro que acabamos de notar.

á los Apóstoles la mision de reconciliar , infundiéndoles las palabras de su clemencia. Este deber se lo ha impuesto Jesucristo , que no es el Dios de la discordia, sino el Dios de la paz y del amor : por lo tanto deben anunciar la paz á todo el universo, dedicar especialmente sus cuidados y sus esfuerzos á conseguir que los que han nacido en Jesucristo conserven solícitos la unidad del espíritu por medio de los vínculos de la paz : no constituyen mas que un solo cuerpo y un solo espíritu , puesto que han sido llamados en una sola esperanza de vocacion, la cual no se alcanza jamás, como dice san Gregorio Magno, si no se acude con unas miras iguales á las del prójimo.

« Esta palabra de reconciliacion , que de un modo divino nos ha transmitido un poder grande ; este ministerio que se nos ha encargado , aunque carecemos del mérito que es menester , lo hemos tenido todo presente al ascender á esta silla de san Pedro ; lo tenemos presente noche y dia ; llevamos estos deberes hondamente grabados en nuestro pecho , y empleamos todas nuestras fuerzas , implorando sin cesar el auxilio divino , á fin de conseguir que Dios se digne comunicarnos á nosotros, y á todo el rebaño del Señor, pensamientos y consejos que conduzcan á la paz y nos faciliten medios poderosos y seguros para obtenerla.

« Sabemos perfectamente que la voluntad divina nos ha colocado sobre las naciones y los reinos , á fin de que cultivando la viña de Sabaoth y conservando el edificio de la Religion cristiana , del cual Jesucristo es la piedra angular , arranquemos , destruyamos , derribemos , disipemos para en seguida edificar y plantar en la sagrada viña. Tambien hemos vivido constantemente animados de los sentimientos que vamos á expresar. Del mismo modo que teniendo en cuenta la tranquilidad de la república cristiana hemos creido que no debiamos descuidar nada para arreglar las cosas edificando y plantando, así tambien nos ha parecido que debiamos estar dispuestos, siempre que los lazos de una caridad mútua lo exigiesen , á destruir y arrancar hasta aquello que nos sea muy agradable y querido , hasta aquello de que podamos á lo menos privarnos sin experimentar gran dolor y vivo pesar.

«Es preciso reconocer que en las instituciones que aseguran el bienestar y la felicidad de la república católica, ocupan el primer lugar las órdenes religiosas; ellas son las que en todos tiempos han prestado á la Iglesia universal de Jesucristo mas auxilios, las que le han proporcionado mas ventajas y que mas altamente la han honrado. Por este motivo la Santa Sede las ha aprobado, y no solo las ha dispensado su proteccion, sino que las ha prodigado beneficios, exenciones, privilegios y prerogativas; con lo cual se ha propuesto excitar su celo, moverlas á cultivar los sentimientos piadosos y la religion, á mantener en la verdadera senda por medio de la palabra y del ejemplo las costumbres de los pueblos, y á no desperdiciar ocasion alguna para trabajar para la conservacion de la unidad de la fe.

«Mas cuando las cosas han llegado hasta el punto de que una orden regular cualquiera, léjos de producir en favor del pueblo cristiano los abundantes frutos y el provecho que se esperaba, pues con este objeto se han instituido las órdenes religiosas, parece que llega á ser perniciosa y origen de la perturbacion del sosiego de los pueblos, en vez de contribuir á asegurarlo; en este caso, esta misma Sede Apostólica que dedicó sus cuidados á arraigarla, y le dispensó su proteccion, no vacila en imponerle leyes nuevas, en recordarle la primitiva severidad de costumbres, ó en disolverla y arrancarla de la tierra.

«Por este motivo, nuestro predecesor Inocencio III, habiendo reconocido que el excesivo número de órdenes regulares introducía mucha confusion en la Iglesia, dispuso en el concilio IV de Letran que presidió que no se fundasen nuevos institutos religiosos, y que las personas que quisiesen profesar debieran ingresar en una de las órdenes aprobadas. Decretóse luego que los que quisiesen fundar un nuevo instituto religioso deberían seguir las reglas y estatutos ya aprobados, y en consecuencia no se permitió fundar orden religiosa alguna sin especial autorizacion del Pontífice romano, como era justo. Efectivamente, antes de instituir orden alguna religiosa por considerar que reúne mayores ventajas, incumbe á la Santa Sede apostólica examinar el método de vida que en ella

se ha de seguir, y determinarlo muy cuidadosamente, para que en vez de producir mayor bien no cause en la Iglesia de Dios conflictos y desgracias.

«Si bien nuestro predecesor Inocencio publicó estas previsoras constituciones, no obstante, cediendo á los importunos deseos de algunos, vióse obligado á pesar suyo á dar su aprobación á algunas órdenes regulares, las cuales produjeron una multitud de hombres sin freno (1) á causa de la presuntuosa audacia de algunas personas, especialmente de las que pertenecian á órdenes mendicantes no aprobadas todavía. En vista de estas consecuencias, Gregorio X (2), tambien predecesor nuestro, reprodujo en el concilio general de Lion la constitucion del expresado papa Inocencio III, y prohibió además severamente fundar nuevas órdenes y usar las distintivos de un nuevo instituto, y finalmente prohibió para siempre todos los institutos religiosos y las órdenes mendicantes creadas despues del IV concilio general de Letran, sin haber obtenido la confirmacion de la Sede apostólica. Dispuso que las órdenes confirmadas subsistiesen del modo que va á indicarse, esto es, acordó que seria permitido á los profesos permanecer en esas órdenes, si querian, con la condicion de no admitir á nadie mas en ellas, de no adquirir ningun nuevo establecimiento ni bienes algunos, y con prohibicion de enajenar sus establecimientos y sus bienes sin permiso expreso de la Santa Sede.

«El mismo Pontífice declaró que todos esos bienes quedaban á la disposicion de la Santa Sede para atender á las necesidades del Santo Sepulcro ó de los pobres, ó para subvenir á los gastos de otros lugares piadosos sujetos á los ordinarios, ó á aquellos á quienes la Santa Sede confiaria su administracion.

«Prohibió á los individuos de esas órdenes, por lo tocante á los extranjeros predicar, confesar y administrar los últimos sacramentos, declarando que esta disposicion no comprendia

(1) Así es como habla el cardenal Negroni, que suscribe este breve, de muchas órdenes mendicantes, en nombre de un pontífice que perteneció á una de ellas.

(2) Es particular que no se dé aquí á Gregorio X el dictado de Bienaventurado que le pertenece, y que Benedicto XIV le reconocia.

á las órdenes de dominicos y de menores (1), puesto que merecian ser aprobadas atendido lo muy útiles que eran á la Iglesia.

«Quiso igualmente que las órdenes de ermitaños de San Agustin y del Cármen quedasen en el estado en que se hallaban, por cuanto habian sido instituidas antes del concilio general de Letran.

«Por último, otorgó á todos los individuos de las referidas órdenes el permiso de pasar á otras aprobadas, no pudiendo sin embargo ninguna de ellas ni ningun convento traspasar á otra orden, ú otro convento, todos sus bienes y todas sus propiedades sin especial autorizacion de la Sede apostólica.

«Los santos pontífices romanos predecesores nuestros siguieron la misma senda segun las circunstancias de los tiempos. Se necesitaria mucho espacio para examinar aquí sus decretos.

«Entre otros papas, Clemente V, tambien predecesor nuestro, en 6 de las nonas de mayo (2 de mayo) del año de la encarnacion del Señor MCCCXII, suprimió y extinguió del todo la orden militar llamada de los Templarios por ser universalmente disfamada (*ob universalem diffamationem*), sin embargo de que habia sido legítimamente confirmada, y de que habia merecido bien de la república cristiana hasta tal punto que la Santa Sede la habia colmado de distinciones, de privilegios, de prerogativas, de exenciones y de autorizaciones, y no obstante de que el concilio general de Vienne, al cual Clemente cometió el exámen del asunto, declaró que se abstenia de dar un fallo formal y definitivo.

«Pio V, de santa memoria, tambien predecesor nuestro, cuya insigne santidad honra y venera devotamente la Iglesia católica, extinguió y abolió la orden regular de frailes humildes, creada antes del concilio de Letran y aprobada por los pontífices de feliz memoria Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX y Nicolás V, nuestros predecesores, por haber los individuos de esas órdenes desobedecido los decretos apostó-

(1) Es sabido que la orden de menores es una de las grandes ramas de la orden de San Francisco.

licos, haberse entregado á disensiones domésticas y públicas, porque no daban indicios de portarse mejor en lo sucesivo, y porque muchos de ellos habian tenido la perversidad de querer dar la muerte á san Carlos Borromeo, cardenal de la Santa Iglesia romana y visitador apostólico de dicha órden.

«Urbano VIII, predecesor nuestro de piadosa memoria, expidió tambien algunas disposiciones en forma de breve. En 6 de febrero de 1626 suprimió perpetuamente y abolió la congregacion de frailes conventuales reformados, con toda solemnidad aprobada por nuestro predecesor, de feliz memoria, Sixto V, y enriquecida con beneficios y distinciones, por no producir frutos espirituales provechosos á la Iglesia de Dios, y por haberse originado contiendas entre los indicados frailes conventuales no reformados. El mismo Papa concedió y asignó los bienes, los conventos, los muebles, las cosas, las acciones y los derechos de dicha congregacion á la órden de frailes menores conventuales de san Francisco, exceptuando el convento de Nápoles y el de San Antonio de Padua, llamado *de Urbe*. Este último lo dió y aplicó á la cámara apostólica, reservándolo á su disposicion y á la de sus sucesores. Permitió luego á los frailes de la congregacion suprimida pasar al convento de frailes capuchinos de san Francisco, llamados de la Observancia.

«El mismo papa Urbano por medio de otras disposiciones en forma de breve, expedidas en 2 de diciembre de MDCXLIII, suprimió para siempre y extinguió la órden regular de San Ambrosio y Bernabé *ad nemus*, sometiendo á sus individuos á la jurisdiccion y á la correccion de los ordinarios, y concediéndoles al mismo tiempo la facultad de ingresar en otras órdenes regulares aprobadas por la Sede apostólica. Nuestro predecesor Inocencio X, confirmó la expresada extincion por medio de sus letras apostólicas *sub plumbo*—con el sello de plomo (1),—expedidas en las calendas de abril (1.º de abril) del año de la encarnacion del Señor MDCLXV. En seguida secularizó

(1) El sello de plomo está colgado de las bulas por medio de un cordón. En uno de sus lados hay las testas de san Pedro y san Pablo, y en el otro el nombre del pontífice reinante.

los beneficios, los establecimientos y conventos de dicha orden, que antes tenían el carácter de regulares, declarando que en lo sucesivo serian considerados seculares.

« El mismo Inocencio por medio de letras apostólicas en forma de breve, expedidas en 16 de marzo de 1645, teniendo en cuenta las muy graves disensiones nacidas entre los regulares de la orden de pobres de la Madre de Dios, de las escuelas pías, que habia sido aprobada por Gregorio XV, dispuso, después de un maduro exámen, que dicha orden regular quedase reducida á una mera congregacion, sin voto alguno, al igual del instituto de la congregacion de los sacerdotes seculares del Oratorio, fundado en la iglesia de Santa María *in Vallicella de Urbe*, llamada de San Felipe Neri, permitiendo luego á los regulares de dicha orden pasar á cualquier otro instituto religioso aprobado. Prohibió la admision de novicios y que profesasen los ya admitidos. Trasfirió luego totalmente á los ordinarios la *superioridad* y la jurisdiccion que pertenecian al superior general, á los visitadores y á otros superiores.

« Durante algunos años han regido estas prescripciones, hasta que la Santa Sede apostólica, conociendo la utilidad que prestaba dicha orden, la permitió hacer como antes votos solemnes y la reconstituyó por completo.

« El mismo Inocencio X, por medio de sus letras apostólicas en forma de breve de fecha 29 de octubre de 1650, para obviar discordias y disensiones, suprimió la orden de San Basilio de los armenios, sometiendo á sus individuos á la obediencia de los ordinarios y mandándoles usar el hábito de clérigos seculares. Asignóse sobre las rentas de los conventos suprimidos una pension congrua á cada uno de esos religiosos, permitiéndoles pasar á cualquiera otra orden religiosa aprobada.

« Asimismo Inocencio X, por medio de otras letras apostólicas en forma de breve, de fecha 22 de junio de 1651, teniendo en cuenta que ningun provecho espiritual reportaba la Iglesia de la congregacion regular de los sacerdotes *del buen Jesus*, la abolió, sujetando á sus individuos á la jurisdiccion de los ordinarios, asignándoles sobre sus antiguas rentas una pension congrua, dándoles permiso para pasar á cualquiera

otro instituto religioso aprobado, y reservándose la facultad de aplicar los bienes de dicha congregacion á otras obras pias.

«Clemente IX, nuestro predecesor de feliz memoria, considerando que las tres órdenes regulares de canónigos regulares de San Jorge *in alga*, de gerónimos de Fiesole y de jesuatas, instituida por san Juan Colombano, no producian sino pocas ó ningunas ventajas para el pueblo cristiano, y que no habia que esperar que mas tarde las reportasen, proyectó suprimirlas, y lo realizó, publicando á este fin un breve en 6 de diciembre de 1668. Sus bienes, que eran muy considerables, los reclamó la república de Venecia, y el Papa dispuso que se empleasen en sostener la guerra de la isla de Creta, que era indispensable continuar contra los turcos.

«Con esos decretos y con esas supresiones, nuestros predecesores se propusieron quitar todo pretexto de disgusto, y acabar con las disensiones y con el espíritu de partido.

«Libres de las trabas á que se está sujeto en las discusiones forenses antes de pronunciar sentencia, ateniéndose únicamente á lo que la prudencia exige, en virtud de la plenitud del poder de que se hallan revestidos como vicarios de Jesucristo en la tierra y supremos reguladores de la república cristiana, han dispuesto las cosas de modo que las órdenes regulares destinadas á ser suprimidas, han obtenido la facultad de defender sus derechos, pudiendo rechazar las graves acusaciones que contra ellas pesasen, y explicar, atenuar ó excusar los hechos.

«A ejemplo de lo verificado en esas circunstancias y en otras muy poderosas y atendibles para nosotros, y que tenemos á la vista, y deseando vivamente, como lo demostraremos mas adelante, marchar con confianza y con planta segura antes de deliberar, nada hemos omitido ni olvidado para conocer todo lo referente á la orden regular llamada Compañía de Jesus: hemos examinado atentamente sus progresos y su estado actual; se nos ha probado que su santo fundador la instituyó para salvar á las almas, para convertir á los herejes y particularmente á los infieles, y para fomentar los sentimientos piadosos y la religion. Para alcanzar estos fines se consagró á Dios mediante el mas riguroso voto de pobreza evangélica,

tanto viviendo en comun como separadamente, exceptuando los colegios que estaban autorizados para poseer, pero de modo que no pudiesen sus rentas convertirse en ventaja, utilidad ó comodidad de la referida Compañía.

«Esta fué aprobada con sujecion á esas leyes y otros muy santos reglamentos por Paulo III, nuestro predecesor de feliz memoria, quien publicó sus letras apostólicas *sub plumbo*, en 5 de las calendes de octubre (27 de setiembre) del año de la encarnacion de Nuestro Señor MDXL.

«El mismo Pontífice concedió á la Compañía la facultad de redactar reglas y estatutos para asegurar sólidamente la existencia, la *incolumidad* y el régimen de la Compañía, y si bien el mismo Paulo, nuestro predecesor, limitó al principio á sesenta el número de los religiosos por medio de otras letras apostólicas, expedidas *con el plomo (sub plumbo)* en la víspera de las calendas de marzo (28 de febrero) del año de la encarnacion del Señor 1543, autorizó á la Compañía á admitir en su seno á cuantos sus jefes juzgasen necesario y oportuno admitir.

«En el año 1549 y en virtud de letras apostólicas expedidas en 15 de noviembre, el mismo Paulo, nuestro predecesor, concedió muchos y muy extensos privilegios á la misma Compañía, y entre otros permitió á sus generales admitir veinte sacerdotes coadjutores espirituales, á los cuales se otorgaron las mismas facultades, gracias y autoridad que gozaban los profesos. Con respecto á la admision de otros individuos que los generales juzgasen idóneos, el Papa no puso cortapisa alguna, y al mismo tiempo eximió á la Compañía, tanto respecto á las personas como á los bienes, de estar sujetos á toda clase de superiores y de jurisdiccion de cualesquier ordinarios, disponiendo que todos quedasen bajo su proteccion y la de la Sede apostólica.

«Nuestros predecesores se mostraron igualmente muy liberales y generosos hácia la misma Compañía.

«Nuestros predecesores de gloriosa memoria, Julio III, Paulo IV, Pio IV y Pio V (1), Gregorio XIII, Sixto V, Grego-

(1) Se evita aquí decir san Pio V, y mas arriba se dice Pio V de santa memoria, para rehuir la cuestion relativa á este Papa, cuya canonizacion se quiso impedir. El texto dice: Pio IV y V.

rió XIV, Clemente VIII, Paulo V, Leon XI, Gregorio XV, Urbano VIII y otros pontífices confirmaron todos esos privilegios, aumentándolos con nuevas concesiones, y declarando abiertamente algunos de ellos con este motivo sus sentimientos de aprobacion hácia la órden.

«Con todo, el contexto y las frases empleadas en la redaccion de las expresadas constituciones, prueban que la Compañía casi en su nacimiento vió surgir disensiones, aparecer la envidia entre sus miembros, entre los de las otras órdenes regulares, entre el clero secular, las academias, las universidades, los establecimientos públicos de letras, y mas adelante entre los soberanos en cuyos Estados habia sido admitida la Compañía. Suscitáronse tambien cuestiones con motivo de la naturaleza y del carácter de los votos, del tiempo necesario para admitir los frailes á ellos, de la facultad de despedirlos ó de elevarlos á órdenes sagradas, sin congrua ó sin votos solemnes, lo cual es contrario á los decretos del concilio de Trento y á la santa memoria de Pio V, nuestro predecesor (1). Tratábase tambien del poder absoluto que el general de la órden se arrogaba y de otros puntos concernientes al régimen de la Compañía, así como otros referentes á la doctrina, á los colegios, á las exenciones y á los privilegios que los ordinarios y otras personas constituidas en dignidad eclesiástica ó secular creian perjudiciales á su jurisdiccion y á sus derechos. Finalmente, intentáronse graves acusaciones que turbaron en gran manera la paz y el sosiego de la república cristiana.

«Desde entonces se prorumpió en quejas contra la Compañía, las cuales, apoyadas por algunos soberanos, se hicieron presentes á nuestros predecesores Paulo IV, Pio V y Sixto V. Entre esos soberanos se hallaba Felipe II de ilustre memoria, rey católico de las Españas, quien explicó los graves motivos que le movian á poner en conocimiento de Pio V las reclamaciones hechas por los inquisidores de las Españas contra los

(1) El autor de la obra titulada «Clemente XIV y los Jesuítas» dice tan solo: á las decisiones del concilio de Trento y de Pio V, nuestro predecesor. No traduce las palabras «sanctæ memoriæ», que aquí significan «san Pio V.» Los gabinetes contrarios, sobre todo la Francia, repugnaban reconocer la santificacion de Pio V, que valia tanto como las concedidas por otros papas.

privilegios de la Compañía, y hasta algunas principales acusaciones que aprobaban algunos miembros de la misma, distinguidos por su saber y sus piadosos sentimientos. Felipe pidió en consecuencia que se comisionase á personas que girasen una visita apostólica á la Compañía.

«Sixto V, teniendo en consideracion el modo de obrar y las demandas hechas por Felipe, eligió para desempeñar las funciones de visitador apostólico á un obispo recomendable por su prudencia, por su virtud y por su saber, é instituyó una congregacion de algunos cardenales de la Iglesia romana para que se ocupasen sin descanso de este asunto; mas este saludable proyecto no llegó á realizarse por haber sobrevenido la muerte de Sixto V.

«Gregorio XIV, de feliz memoria, ascendido al primer grado del apostolado, publicó *con el plomo* su breve del 4 de las calendas de julio (28 de junio) del año de la encarnacion de Nuestro Señor MDXCI, mediante el cual aprobó extensamente y de nuevo el instituto de la Compañía, confirmó los privilegios de cualquier clase que fuesen que le habian concedido sus predecesores, en especial el de despedir y excluir á sus individuos sin forma de juicio, sin mediar averiguacion ni requisito alguno, ni ningun órden de procedimiento, y sin conceder términos aun cuando sea de los sustanciales; bastando tener en cuenta la verdad del hecho, y la falta cometida ó una causa razonable de exclusion, sin examinar las personas ni las demás circunstancias.

«Impuso á todo el mundo el mayor silencio tocante á esta cuestion, y prohibió bajo pena de excomunion en que se incurriria por el mero hecho de atacar directa ó indirectamente el instituto, las reglas y los decretos de la expresada Compañía, y proponer mudanzas en su constitucion, dejando sin embargo á cada uno el derecho de proponer, si se creia conveniente, añadir, disminuir, ó cambiar algo en lo referente á las indicadas reglas, con tal que los que lo propusieran se dirigiesen á él exclusivamente y á sus sucesores *pro tempore* (entonces existentes) sin tardanza, ó por medio de los nuncios ó de los legados de la Sede apostólica para motivar sus observaciones y sus proposiciones.

«Todas estas disposiciones, sin embargo, no bastaban á apaciguar los clamores y las quejas que se levantaban contra la Compañía. Desde entonces hubo reclamaciones de todas partes contras las doctrinas de la misma que muchos creían contrarias á la fe ortodoxa y á las buenas costumbres. Estallaron tambien dentro y fuera de la órden desavenencias, que cada día fueron en aumento. Acusábasela de ser muy codiciosa de bienes raices. De ahí tomaron origen los conflictos que todos conocemos, los cuales ocasionaron gran pesar y suscitaron muchos embarazos á la Sede apostólica, á lo cual se añadió que los soberanos se mostraron contrarios á la Compañía.

« Esto fué causa de que la misma Compañía, queriendo que Paulo V, de feliz memoria, y predecesor nuestro, confirmase su instituto y sus privilegios, se viese obligada á pedirle que ratificase algunos decretos acordados en la quinta congregacion general, é insertas textualmente en sus letras apostólicas expedidas con el sello de plomo en la víspera de las nonas de setiembre (4 de setiembre) del año de la encarnacion del Señor MDCVI. En esos decretos se dice expresamente que á causa de de las disidencias interiores de la Compañía y de las quejas dirigidas contra ella, la Compañía, reunida en juntas, se ha visto en la precision de expedir el siguiente decreto:

« Como nuestra Compañía, que ha sido promovida por Dios para propagar la fe y para el bien de las almas, puede por los medios de que dispone el instituto, que son las armas espirituales, alcanzar felizmente su objeto, bajo el estandarte de la cruz, en provecho de la Iglesia y para edificacion del prójimo, pondria obstáculos á la realizacion de todos esos bienes, y se expondría á los mayores riesgos si se ocupase de las cosas seculares y referentes á los negocios políticos y al gobierno del Estado, y en consecuencia, atendido que nosotros militamos en favor de Dios, nuestros primeros padres determinaron muy acertadamente que no nos mezclásemos en los asuntos extraños á nuestra profesion.

« Hoy día, al través de estos tiempos en extremo peligrosos en muchos puntos, y cerca de algunos soberanos, con los cuales nuestro padre Ignacio de santa memoria, nos recomendó que conservásemos afecto y buena voluntad, con lo que nos

hacemos gratos á Dios , ha sucedido que las faltas quizás de algunos , su ambicion ó su celo indiscreto , han traído la consecuencia de que nuestro instituto haya de oír quejas contra él , mientras que el buen olor de Jesucristo es siempre necesario. La congregacion ha pensado que para fructificar , nos convenia abstenernos de toda especie de males , cortando las contiendas que se nos suscitasen , aunque proviniesen de falsas sospechas. Por estas razones , prohíbe severamente por el presente decreto intervenir en asunto alguno de la naturaleza expresada , ni aun siendo invitados á ello ; manda no entrometerse en cosa alguna ; prohíbe separarse en lo mas mínimo de las reglas del instituto ; ordena oponerse en este concepto á los ruegos y á los consejos , y además encarga á los padres definidores el cuidado de aplicar exactamente , si es preciso , el remedio á esta enfermedad.»

«Hemos observado con gran pesar que los indicados remedios y otros empleados luego , no han bastado para disipar y destruir tantos conflictos , tantas acusaciones , tantas quejas contra la referida Compañía , y que es en vano que hayan trabajado en ello nuestros predecesores Urbano VIII , Clemente IX , X , XI y XII , Alejandro VII y VIII , Inocencio X , XI y XII y Benedicto XIV (1). Estos pontífices han procurado devolver á la Iglesia la tranquilidad por medio de muchas saludables constituciones , relativas así á los intereses seculares , de que no debia ocuparse la Compañía en sus misiones , ni con motivo de ellas , como á las graves disensiones , á las contiendas suscitadas por los miembros de la Compañía á los ordinarios , á las otras órdenes regulares , á los lugares pios y á las comunidades de toda clase de Europa , Asia y América , no sin grave daño de las almas y escándalo de los pueblos.

«Entonces , con motivo de la interpretacion y del uso de muchos ritos paganos establecidos poco á poco en algunos puntos , prescindiendo de los que la Iglesia universal ha justamente aprobado ó con motivo de la interpretacion y del uso

(1) No hemos visto que estos papas tuviesen tantas pesadumbres , exceptuando quizás tan solo Benedicto XIV , á causa de las cuestiones de la China , en las cuales muchas son las personas que no creen que los jesuitas tuviesen tanta parte como se supone.

que la silla apostólica declaró escandalosos y manifiestamente perjudiciales á la buena disciplina de las costumbres, y finalmente á propósito de cosas de gran importancia necesarias para la conservacion y mantenimiento de la esencia de la pureza de los dogmas cristianos; de todo lo cual, no solo en nuestros tiempos, sino en los anteriores, se originaron perjuicios, embarazos, persecuciones, trastornos en algunos territorios católicos, persecuciones contra la Iglesia en las provincias de Asia y de Europa; hubo ocasion de deplorar grandes pesadumbres causadas á nuestros predecesores, especialmente al papa Inocencio XII (1).

«Este Pontífice se vió obligado á prohibir á los miembros de la Compañía de Jesus que admitiesen novicios, y que les diesen el hábito. Inocencio XIII vióse precisado á prohibir lo mismo; y finalmente Benedicto XIV de feliz memoria, dispuso que se girase una visita á los establecimientos y colegios existentes en los Estados de nuestro querido hijo en Jesucristo, el rey Fidelísimo de la Lusitania y de los Algarbes.

«Despues de esto, la Santa Sede no ha alcanzado ningun consuelo para sí, ningun alivio para la sociedad y ningun bien para la república cristiana de las últimas letras apostólicas expedidas por Clemente XIII de feliz memoria; letras, sirviéndonos de las palabras de nuestro predecesor Gregorio X, expedidas en el referido concilio ecuménico de Lion, y sacadas mas bien por medio de la fuerza que obtenidas.

«Despues de tantas borrascas y de tantas tempestades crueles, los buenos fieles esperaban que llegaria al fin el dia en que se restableciese la tranquilidad y la paz. Mas bajo el reinado del mismo Clemente la Compañía vióse rodeada de circunstancias mas difíciles y borrascosas: crecieron los clamores y tomaron cuerpo peligrosas contiendas y disensiones (2);

(1) Todo este pasaje desde estas palabras: «Entonces, con motivo de la interpretacion, etc.» hasta estas otras, «especialmente al papa Inocencio XII,» se halla suprimido en la traduccion dada por el autor del libro que estamos examinando.

(2) La historia no lo dice así del todo, pues si en algo faltaron entonces los jesuitas, fué en no defenderse lo bastante, y el animoso Clemente XIII continuó dispensando su proteccion á unos súbditos respetuosos que acataban sus decretos sin quejarse.

hubo que deplorar escenas tumultuosas, sediciones, oposiciones y escándalos; y todas estas turbulencias, en tiempo en que los lazos de la caridad estaban disueltos completamente; produjeron discordias, partidos, rencores y violentas enemistades.

«El peligro dió muestras de cundir hasta el punto de que los mismos que profesaban antiguo y tierno afecto á la Compañía, comunicado por sus antepasados, ó sea, por nuestros queridos hijos en Jesucristo los reyes de Francia, de España, de Lusitania y de las Dos Sicilias, viéronse obligados á expulsar á la Compañía de sus posesiones, provincias y reinos, en la creencia de que este era el único remedio para tantos males, y con el deseo de impedir de este modo que los pueblos cristianos se viesen reducidos á atacarse, á provocarse y á despedazarse mutuamente en el seno mismo de la Iglesia.

«Nuestros referidos hijos en Jesucristo, persuadidos de que ese remedio no seria estable y propio para reconciliar al universo cristiano si la Compañía no quedase extinguida y suprimida del todo, expusieron á nuestro predecesor Clemente XIII sus deseos y su voluntad, y pidieron, uniendo á sus ruegos la autoridad con que contaban, que tomase esta determinacion para seguridad de sus súbditos y el bien de la Iglesia universal.

«La muerte de este Pontífice, sobrevenida cuando nadie lo esperaba, interrumpió el curso de las cosas y retardó su resultado.

«Al sentarnos por la proteccion de la clemencia divina en la cátedra de San Pedro, se nos han hecho las mismas demandas y las mismas súplicas, manifestado los mismos deseos, y se han empleado manejos, secundándolo todo muchos obispos y otros personajes notables por su posicion, por su saber y por sus sentimientos religiosos.

«A fin de adoptar una resolucion en un negocio tan grave y de tan alto interés, hemos creído que era preciso proceder despacio, no solo para enterarnos bien, examinar con madurez y deliberar con acierto, sí que tambien para pedir auxilio al padre de las luces gimiendo y orando, y procurando animar-

nos ejerciendo obras de piedad con mas frecuencia. Hemos querido que se averiguase atentamente cuál era la base de la opinion por todas partes difundida de que la órden de los religiosos de la Compañía de Jesus habia sido aprobada y confirmada de un modo solemne por medio del concilio de Trento; y hemos hallado que solo se trató de ella en el citado concilio con motivo del decreto general relativo á las otras órdenes religiosas, en el que se disponia que concluido el tiempo del noviciado, los novicios que fuesen reconocidos idóneos podrian profesar, siendo en caso contrario despedidos del convento. Este es el motivo porque ese Santo Sínodo (sesion 25, cap. 16, *de regul*), declaró que nada queria innovar, ni impedir á los religiosos de la Compañía de Jesus que sirviesen á Dios en su Iglesia, segun su piadoso instituto, aprobado por la Santa Sede apostólica.

«Despues de haber usado de muchos medios términos, ayudados con la presencia y con la inspiracion del Espíritu divino, en la que nos atrevemos á esperar; apremiados por los deberes de nuestro cargo, hemos empleado nuestras fuerzas cuanto hemos podido para conciliarlo y allanarlo todo, asegurar el reposo y la tranquilidad de la república cristiana, y arrancar de raiz todo cuanto pudiera perjudicarla en lo mas mínimo; y hemos visto que la Compañía de Jesus no podia ya producir los abundantes frutos y los bienes que se tuvo presente produciria al instituir la y aprobarla tantos predecesores nuestros y al colmarla de tantos privilegios, y que por el contrario si subsistia era casi del todo imposible que la Iglesia tuviese una paz larga y verdadera. Impulsados por todas estas causas, y movidos por otras razones sugeridas por la prudencia y por el deseo de conservar el buen régimen de la Iglesia, que es cosa que deseamos mucho; siguiendo las huellas de nuestros indicados predecesores, y recordando las palabras proferidas por Gregorio X en el concilio general de Letran, pues se trata hoy dia de una órden comprendida en el número de las mendicantes, de su instituto y de sus privilegios; despues de un maduro exámen, con conciencia propia, y usando de la plenitud del poder apostólico, extinguimos dicha Compañía, la suprimimos, le quitamos y nos abrogamos todos y cada uno

de sus cargos , ministerios , administraciones , establecimientos , escuelas , colegios , y cualesquiera otras moradas de ella existentes en cualesquiera provincias , reinos ó Estados ; suprimimos todos sus estatutos , usos , *costumbres* , decretos y constituciones aun cuando se hallen corroborados con juramento , ó confirmados de un modo apostólico ó de otro suerte , todos y cada uno de sus privilegios , los indultos generales ó especiales , cuyo contexto queremos tener aqui por reproducido completamente , cual si lo estuviese palabra por palabra , no obstante todas las fórmulas y cláusulas que contrarios á los decretos en que se apoyen. Declaramos , pues , que la Compañía queda abolida para siempre , y suprimida del todo , tanto en lo espiritual como en lo temporal , la autoridad del superior general , de los provinciales , de los visitadores y de otros superiores de la Compañía , y trasferimos completamente esta jurisdiccion y autoridad á los respectivos ordinarios , segun la forma , los casos y las personas.

«Prohibimos , bajo las condiciones que vamos á explicar , tomar de hoy en adelante el hábito de la Compañía , ó entrar en su noviciado : no se admitirá ya mas en ella de modo alguno á los que hayan de pronunciar votos simples , ó solemnes , so pena de quedar nula la admision y la profesion , sin perjuicio de las penas que tengamos á bien imponer. Queremos , además , mandamos y prescribimos que los que hoy dia están practicando los ejercicios del noviciado , sean despedidos inmediatamente. Prohibimos que los que hasta aquí solo han pronunciado votos simples , y no se hallan aun preparados para recibir órdenes sagradas , puedan ascender á grados superiores con pretexto de profesar en la Compañía y de privilegios concedidos á la misma , contrariando los decretos del concilio de Trento.

«El objeto que nos proponemos es procurar en primer lugar el bien de la Iglesia y la tranquilidad de los pueblos , y en segundo ayudar y consolar á los individuos de la Compañía de Jesus , á quienes amamos paternalmente en el Señor , á fin de que en adelante , libres de las penas que los han afligido en tantos altercados y discordias , puedan cultivar con mas fruto la viña del Señor , y ocuparse mas de la salvacion

de las almas. En consecuencia decretamos y mandamos que los individuos admitidos tan solo á los votos simples, y no iniciados aun en las órdenes sagradas, quedarán libres de esos mismos votos al separarse de sus establecimientos y colegios para abrazar el estado que á cada uno de ellos parezca mas conforme á su vocacion, á sus fuerzas y á su conciencia en el espacio de tiempo que fijarán los ordinarios respectivos para procurarse una colocacion conveniente ó una ocupacion, ó para encontrar alguna bondadosa persona que los acoja generosamente. Con todo, este espacio de tiempo no debe prolongarse mas allá de un año, á contar desde la fecha de las presentes; por otra parte estaba establecido en virtud de los privilegios de la Compañía que podia despedir á sus individuos mediante causa reconocida bastante por los superiores, los cuales no seguian mas reglas que las de la prudencia, habida consideracion á las circunstancias sin citacion alguna, sin formalizar ningun acto y sin forma alguna de juicio.

«Tocante á los individuos promovidos á órdenes sagradas, les damos facultad de dejar los establecimientos y los colegios de la Compañía de Jesus, ó para ingresar en otra orden regular aprobada por la Santa Sede, debiendo observar en ella los términos de prueba prescritos por el concilio de Trento, si tienen hechos en la Compañía los votos simples. Si por el contrario tienen hechos ya los votos solemnes, el tiempo de prueba será de seis meses, ó permanecerán en el siglo como sacerdotes y clérigos seculares bajo la total y completa dependencia de la autoridad de los ordinarios en cuyas diócesis fijen su domicilio. Decretamos además que á los que permanezcan en el siglo se les asigne, hasta que cuenten con otros medios de subsistencia, una pension conveniente sobre las rentas del establecimiento ó del colegio en que estuvieron, teniendo en cuenta la importancia de estas rentas y las cargas á que estén sujetas.

«Con respecto á los profesos que tienen órdenes sagradas, los cuales, ó por temor de no tener suficientes recursos, ó por lo exiguo ó módico de su pension, ó por la imposibilidad de encontrar un lugar en donde puedan fijar su domicilio, ó á causa de su mucha edad ó de su enfermiza salud, ó por otra

verdadero y grave motivo no se hallen en disposicion de dejar los establecimientos de la Compañía ó sus colegios, les permitimos permanecer en ellos con la condicion de que no tendrán parte alguna en la administracion de dicho establecimiento ó colegio, que no usarán el hábito de clérigos regulares, y que estarán enteramente sometidos al ordinario que corresponda.

«Les prohibimos, á tenor de los decretos del concilio de Lion, sustituir los fallecidos, adquirir cualquiera clase de propiedad, y enajenar las propiedades que en la actualidad poseen. Podrán, sin embargo, habitar en un establecimiento ó muchos, segun sea su número, consagrando los que queden desiertos á usos piadosos de conformidad con lo dispuesto en los sagrados cánones y con la voluntad de los fundadores y en bien de las almas y utilidad pública. Se escogerá un individuo del clero secular, conocido por su prudencia y por sus buenas costumbres, para encargarle la administracion de los indicados establecimientos, ó de lo contrario quedará extinguido del todo y suprimido el nombre de la Compañía.

«Declaramos que sus individuos que se hallaban en los puntos de los cuales han sido expulsados, van comprendidos en esta supresion general de la Compañía, y queremos que aun cuando hayan obtenido órdenes mayores, á menos que pasen á otra orden regular, no tengan de hecho mas que el estado de clérigos y de sacerdotes seculares, y estén sometidos del todo á los correspondientes ordinarios.

«Si estos últimos reconocen en los individuos de la Compañía de Jesus que hayan pasado al estado de clérigos seculares suficientes virtudes, saber y pureza de costumbres, á tenor de las presentes letras, podrán, segun les parezca, conceder ó rehusar la facultad de recibir las confesiones sacramentales de los cristianos ó dirigirles sagrados discursos, debiendo necesitar para ello autorizacion por escrito.

«Con todo, los obispos y ordinarios no acordarán nunca este permiso á los extranjeros y á los individuos que se hayan quedado en los colegios y en los establecimientos pertenecientes en otro tiempo á la Compañía. Les prohibimos para siem-

pre á los extranjeros administrar el sacramento de la Penitencia ó predicar, en los términos que nuestro predecesor Gregorio X lo prohibió en el precitado concilio.

«Este punto lo dejamos á cargo de la conciencia de los obispos, y deseamos que recuerden la severa prohibicion que hacemos. Deben tener presente que han de dar cuenta á Dios del cuidado que se hayan tomado por su rebaño, y que el supremo juez de los vivientes y de los muertos, juzga severamente á los que gobiernan.

«Además de esto, si entre los individuos de la Compañía hubiese algunos que se dedicasen á la instruccion de la juventud ó desempeñasen algun cargo en algun colegio ó escuela, queremos que sin entenderse que les concedemos poder alguno para administrar ó gobernar, puedan continuar enseñando, especialmente si son de aquellos de cuyos afanes puede esperarse un buen resultado, con tal que se mantengan apartados de esas disputas y de esas cuestiones de doctrina que acostumbran á enjendrar graves contiendas y dificultades; no podrán dedicarse á la enseñanza los consagrados á ella en la actualidad que no estén dispuestos á conservar la paz de las escuelas y la tranquilidad pública.

«Por lo que hace á las misiones sagradas que queremos vayan comprendidas en la supresion de la Compañía, nos reservamos adoptar las medidas que pueden conducir mas fácilmente á convertir á los infieles y á apaciguar las disensiones.

«Despues de haber anulado y abolido enteramente, como se ha dicho, toda clase de privilegios y estatutos de dicha Compañía, declaramos que los individuos de ella, una vez se hallen fuera del colegio y estén en la clase de clérigos regulares, sean reconocidos aptos y buenos para obtener, segun lo dispuesto en los sagrados cánones y en las constituciones apostólicas, toda suerte de beneficios con cura de almas ó sin ella, los oficios, las dignidades, los personados y todo otro destino análogo, y los ascensos que les habian prohibido mientras perteneciesen á la Compañía de Jesus el papa Gregorio XIII de feliz memoria, en virtud de sus letras en forma de breve de 10 de setiembre de MDLXXXIV y que empiezan así:

Satis superque.

«Permitimos á los demás miembros de la Compañía de Jesus admitir limosna para celebrar misa, lo cual les estaba prohibido. Permitimos tambien que puedan gozar de todas las gracias y beneficios de que se les hubiese privado perpetuamente mientras perteneciesen á la referida Compañía.

«Derogamos igualmente todas y cada una de las facultades concedidas al superior general y á los otros superiores en virtud de privilegios de los Sumos Pontífices para leer libros heréticos y otras obras proscritas y condenadas por la Sede apostólica. En cuanto al permiso otorgado para no observar los días de ayuno y no usar los alimentos propios de esos días de abstinencia; para adelantar ó retardar las horas de las recitaciones canónicas (el breviario) y otras de esta naturaleza, les prohibimos severamente servirse en lo sucesivo de ese permiso, porque queremos que de hoy en adelante, considerados como seculares, acomoden su método de vida á las reglas prescritas por el derecho comun.

«Prohibimos que despues de promulgadas y publicadas estas letras, nadie se atreva á suspender su ejecucion bajo ninguna excusa, título, ni pretexto de apelar, recurrir, declarar ó consultar dudas, ó bajo de cualquier otro pretexto previsto ó imprevisto; pues queremos desde luego y sin tardanza que la supresion y abolicion de dicha Compañía y de sus oficios, surta todos sus efectos en la forma y manera mas arriba expresadas, bajo pena de excomunion mayor en que se incurrirá por el mismo hecho y que nos reservamos emplear, así como podrán hacerlo los pontífices romanos nuestros sucesores *pro tempore* (eventuales) contra quien se atreva á suscitar impedimentos, obstáculos ó retardos á la ejecucion de las disposiciones contenidas en estas letras.

«Mandamos además, y en virtud de la santa obediencia ordenamos, que todos y cada uno de los eclesiásticos regulares y seculares, cualquiera que sea su categoría, dignidad calidad ó condicion, y hasta los que han sido admitidos en la Compañía y que han formado parte de ella, deban abstenerse de reprobar y atacar las presentes letras, escribir contra ellas y hablar sin expreso permiso del Sumo Pontífice de la supresion de la orden de Jesus, de las causas y de los mo-

tivos á que se debe, así como de sus constituciones, de su forma de gobierno y de lo referente á todo lo dicho. Bajo pena tambien de excomunion, que nos reservamos emplear nos y nuestros sucesores, prohibimos á todos y á cada uno, y especialmente á los que han formado parte de la Compañía, que se atrevan á atacar este acto de supresion con disputas, con improperios, con baldones ó con desprecios de cualquier otro género, ya sean de palabra, ya por escrito, ya pública ó privadamente.

«Exhortamos á todos los principes cristianos á emplear el poder, la fuerza y la autoridad que han recibido para defender la Iglesia romana para que, consecuentes al respeto y á la adhesion que tienen prometida á la Santa Sede, hagan que estas letras apostólicas surtan todos sus efectos; y les pedimos que, conformándose con su contenido, den y publiquen decretos parecidos y velen mientras se llevan á cumplimiento las mismas para que no se promueva ninguna disputa, disension, ó altercado.

«Exhortamos á todos los cristianos, y por las entrañas de Jesucristo les conjuramos para que recuerden que todos tienen el mismo Señor, que está en los cielos, y el mismo Reparador que los ha rescatado á gran costa, y que han sido regenerados todos por el Verbo alcanzando la vida por el bautismo. Son hijos de Dios y coherederos de Jesucristo, profesan la misma doctrina católica, y se alimentan de la palabra divina. Es, pues, absolutamente indispensable que todos, unidos por el mismo vínculo de la caridad, tengan paz, que sepan que todos deben amarse recíprocamente, pues quien ama á su prójimo cumple con la ley olvidando las ofensas, las enemistades, las disputas, las traiciones y tantos otros males concebidos, inventados, y puestos en obra por el antiguo enemigo del género humano para conturbar á la Iglesia de Dios, é impedir la eterna felicidad de los fieles bajo pretexto de enseñar y de desear la perfeccion cristiana.

«Que todos finalmente procuren con todas sus fuerzas adquirir la verdadera y pura sabiduría, acerca de la cual san Jaime escribe en el capítulo III, ep. cath., v. 13, lo siguiente: «Si entre vosotros hay algun hombre prudente é instruido,

demuestre, por medio de sus buenas palabras, sus buenas obras en favor de la mansedumbre de la sabiduría. Si teneis á vuestro cuidado las almas, y vuestros corazones están turbados, no os alabeis de ello y no mintais ante la verdad. Esta sabiduría no descende de lo alto; es una sabiduría terrestre, animal, diabólica. En efecto, allí solo se encuentran envidia y desazones, inconstancia y malas obras; mientras que la sabiduría que viene de lo alto es púdica, pacífica, modesta, hábil consejera, está en armonía con lo honesto y misericordioso, y no produce buenos frutos sin amor. Los frutos de la justicia se siembran en la paz para los que aman la paz.»

«Aun cuando los superiores y otros religiosos de la Compañía de Jesus y las demás personas que tienen interés en lo que precede ó pretendan tenerlo en algun modo no consintiesen en sujetarse al tenor de estas letras, y no se diesen por advertidos ni prevenidos, queremos que no pueda atacarse ni invalidarse por razon de subrepcion, obrepcion, nulidad, ó invalidacion, por falta de voluntad por nuestra parte, y de otras razones por poderosas que puedan ser, no previstas y esenciales, ó por haber prescindido de las formalidades ú otras reglas que debieran observarse en las precitadas disposiciones, ni por otro defecto capital de derecho ó de alguna *costumbre* contenida en el cuerpo del derecho, bajo pretexto de lesion enorme ó enormísima, ó por otra causa, aunque justa, razonable y atendible. No debe suponerse que debieron estar concebidas en otros términos. No deben ser invalidadas, ni retractadas. Nadie podrá alzarse contra esta constitucion por via de restitution ó de cualquier modo que sea, así en juicio como por cualquier otro medio. Queremos que las presentes tengan estabilidad y eficacia, que surtan por completo todos sus efectos, y que sean inviolablemente observadas por todos aquellos á quienes se refieran ó puedan referirse en lo sucesivo.

«Queremos que los jueces así ordinarios y delegados como auditores del palacio apostólico, los cardenales de la santa Iglesia romana, los legados *a latere*, los nuncios de la silla apostólica y todos aquellos que disfruten ó deban disfrutar del poder de autoridad, no tengan facultad de juzgar ó interpretar las presentes, declarando que en este caso atentarian á

ellas á sabiendas ó por ignorancia. Queremos que se observe todo lo dicho, no obstante las constituciones y las disposiciones apostólicas, aun cuando hubieren sido expedidas en los concilios generales; no obstante cualquier otro derecho que no debe ser destruido; no obstante los privilegios relativos á los establecimientos, colegios é iglesias de dicha Compañía, corroborados con juramento ó por medio de la confirmacion apostólica ó por otra *costumbre*, indulto y letras apostólicas expedidas á favor de dichos religiosos, de sus superiores ó de cualquier otra persona, sea el que fuere su contexto ó forma, y las cláusulas derogatorias y otros decretos contrarios, ya sean dados en virtud de un acto igual á este, ó concedidos, confirmados ó reproducidos consistorialmente ó de cualquier otro modo que sea. De esto y de otras disposiciones parecidas se ha hecho aquí mencion.

«Queremos tambien que se dé fe á las presentes copias impresas ó firmadas por mano de notario, y provistas del sello de alguna persona constituida en autoridad eclesiástica tanto como si se exhibiesen ó mostrasen estas letras.

«Dado en Roma cerca de Santa María la Mayor con el anillo del pescador, en 21 de julio de 1773, año quinto de nuestro pontificado (1).

«El cardenal Negroni.»

Clemente hubo de desistir de oponerse por mas tiempo á la abolicion de la Compañía de Jesus.

Los ministros de los soberanos decian que una vez suprimida, habria en Europa una paz universal. Viendo que si continuaba en su negativa, iba la Iglesia á experimentar graves males, abolió al fin *la Compañía* con gran repugnancia y con indecible pesar, por medio del breve transcrito, que redactó él mismo, y que á pesar de llevar la fecha de 21 de julio, no fué publicado ni comunicado á los jesuitas de Roma hasta el 16 de agosto. Ejecutóse con solemnidad, empleándose la fuerza armada para impedir que los jesuitas se comunicaran con nadie.

(1) Nota del traductor. Hemos procurado traducir este breve tan bien como nos ha sido dable, pues á nuestro juicio el texto francés es en varios puntos oscuro y difuso.

No puedo prescindir de consignar aquí las textuales palabras del jesuita portugués, Novaes, quien interrumpe su relato para hacer las siguientes reflexiones:

«Adoro los impenetrables juicios de Dios y venero la determinación del vicario de Jesucristo en la tierra. En consecuencia, como hijo de una madre muerta, aunque ignorando los motivos que han ocasionado su destrucción y la mía, inclino respetuosamente mi cabeza ante la rectitud de las intenciones del buen Pontífice, y deseo para la Iglesia y para el mundo la paz á que aspira el Papa aboliendo la Compañía, esta paz que se esperó en vano y que por el contrario se convirtió en obstinada guerra contra la Iglesia.

«Deseo en el fondo de mi corazón que la Iglesia alcance la paz á la cual ha sido sacrificada la Compañía; deseo esta paz en vez de la guerra que se ha encendido en todas partes, trayendo en pos de sí la ignorancia de la juventud, los yerros que solo una educación religiosa impide, la arrogancia del libertinaje, la propagación de las malas costumbres y el absoluto desprecio de la soberanía de la Iglesia. Ruego á Dios todopoderoso que permita que algún día una pluma menos apasionada que la mía, escriba la historia de la supresión de la Compañía y recoja los frutos de mis augurios, no solo en favor de la Santa Iglesia, sí que también del mundo entero.»

Así quedó extinguida la gran Compañía de Jesús que en la época de su abolición contaba con cuarenta y una provincias en las seis *asistencias* de que se componía, y que eran las de Italia, Portugal, España, Francia, Alemania y Polonia. Tenía veinte y cuatro establecimientos de profesos, seiscientos sesenta y nueve colegios, sesenta y un noviciados, trescientas cuarenta casas de campo, ciento setenta y un seminarios, y doscientas setenta y tres misiones. El número de los jesuitas era de veinte y dos mil quinientos ochenta y nueve, de los cuales once mil doscientos noventa y tres eran sacerdotes. Ocupábanse sin descanso y sin recibir recompensa alguna en la tarea de la salvación de las almas, y en celebrar los santos misterios en las mil quinientas cuarenta y dos iglesias que poseían.

De este modo dejó de existir la Compañía de Jesús, la cual

habia sido aprobada y confirmada por diez y nueve pontífices, ensalzada unánimemente por los treinta papas que toda su vida se ocuparon en los negocios de la Santa Sede, comprendiendo entre ellos al mismo que la destruyó; elogiada por los mas célebres cardenales, alentada y muy estimada por los santos que vivieron en todo el tiempo de su duracion, y entre otros por san Cayetano, san Juan de Dios, santo Tomás de Villanueva, de la órden de agustinos; san Pio V, dominico, y luego pontífice; san Luis Beltran, apóstol de las Indias Orientales, dominico; santa Teresa, reformadora de la órden del Cármen; san Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milan; san Felipe Neri, fundador del Oratorio; santa María Magdalena de Pazzi, carmelita; san Andrés Avelino, teatino; san Camilo de Lelis, fundador de los ministros de los hospitales; san Francisco de Sales, obispo de Ginebra, y san Vicente de Paul.

La órden de San Francisco, en el capítulo general celebrado en 1565, recomendó formalmente á sus individuos que entre todos los institutos religiosos tuviesen especial afecto á la Compañía de Jesus, á la cual debian venerar siempre.

La Compañía de Jesus erigida en 1540, en que fué aprobada por Paulo III, vióse continuamente calumniada por los herejes; mas estuvo recompensada por el afecto de los hombres de bien durante doscientos treinta y tres años. En todo este tiempo produjo nueve santos, á saber: san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Francisco de Borja, san Juan Francisco Regis, misionero de Francia; san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka, que era el mas jóven de los santos confesores canonizados; y los tres mártires del Japon, Pablo Michi, Juan de Coto y Santiago Kisai. Hubo tambien en ella un bienaventurado, que fué san Francisco de Girolamo, á quien canonizó el papa Pio VII.

De la Compañía han salido muchos sábios, cuyas obras inmortales (1) pueblan las bibliotecas.

Las disposiciones relativas al secuestro de los bienes de los jesuitas se ejecutaron con un rigor extremado.

Creemos haber llenado nuestra tarea como historiadores

(1) Véase el tomo VI de la «Historia de los jesuitas» por Cretineau-Joly.

imparciales. Vamos ahora á ocuparnos de los preparativos que se acostumbraban hacer en Roma al acercarse la época de un nuevo jubileo.

En 30 de abril de 1774 Clemente publicó la indiccion del jubileo universal; mas Dios no permitió que pudiese abrir la Puerta santa.

Vamos á hablar de las catacumbas de Roma, antiguos y sagrados asilos de los primeros cristianos, de que se han ocupado muchos papas.

A fines del pontificado de Clemente XIV, se hicieron algunas reparaciones en lo que se llama *foramina*, ó sea en los sitios por los cuales en otro tiempo penetraba la luz.

En el pontificado de Clemente XII, empezóse á publicar una importante obra sobre esos lugares, tantas veces regados con sangre cristiana.

Esta obra, debida á monseñor Bottari, muy célebre, y las láminas que la acompañan representan exactamente los monumentos hallados en las catacumbas.

Muchas son las veces que he leído esta circunstanciada reseña de los subterráneos de Roma, de la cual han sacado los datos necesarios los autores que han tratado este punto tan digno de llamar la atención.

El sábio prelado Bottari tenia ochenta años á principios del pontificado de Clemente XIV, quien dobló la pension que le estaba señalada, y dispuso que en los actos solemnes se le tratase con toda consideracion.

Bottari nació en Florencia en 1689, y mereció gran confianza á muchos sumos pontífices. Fué consultor de la biblioteca del Vaticano. Exento de ambicion, nada hizo para figurar, y pasaba su vida en su gabinete, á donde mas de una vez fueron á visitarle algunos papas que demostraban tenerle en gran aprecio.

La academia de la Crusca le encargó la revision de la nueva edicion de su vocabulario: seis tomos en fólío, 1729 y 1738.

A él se debe la edicion del Virgilio que se halla en el Vaticano; 1741, en fólío mayor.

Se ha supuesto que tomó parte en las contiendas de la época referentes á la Compañía de Jesus, y que se mostró en

favor de sus enemigos. He procurado averiguar lo que en esto hay de verdad, y se me ha dicho que los enemigos de Bottari habian difundido acerca de este punto rumores infundados.

Lo cierto es que Bottari vivia muy retirado: entraba en la biblioteca al amanecer y con frecuencia pasaba en ella todo el dia.

Bottari ha dejado un monumento admirable, que constituye una de las glorias de mediados del siglo XVIII.

Lleno de entusiasmo, empieza por ensalzar á Roma, aplicándole estas palabras de Marcial:

*Terrarum dea gentiumque, Roma,
Cui par est nihil, et nihil secundum.*

« Roma es la diosa de la tierra y de las naciones; no tiene igual, ni quien la imite (1). »

Roma es reputada con justicia una ciudad maravillosa y admirable á causa de la infinidad de prodigios artísticos que la adornan y que excitan el pasmo de los pueblos que acuden á ella para admirarlos. El poeta Propercio tuvo razon cuando dijo:

*Omnia Romanæ cedant miracula terræ!
Natura hic posuit quidquid in orbe fuit.*

« No hay prodigios como los que se hallan en las comarcas romanas. La naturaleza ha puesto en ellas todo cuanto existe en el universo. »

No debe, pues, considerarse como una exageracion poética lo dicho por Marcial y Propercio.

Hay cosas en Roma que le dán una fisonomía singular y extraordinaria, entre otras, el gran número de cementerios, comunmente llamados catacumbas, que son unos monumentos cuya vista sorprende.

¿Cómo no pasmarse despues de haber visto una ciudad tan grande como Roma al encontrar otra Roma subterránea mas vasta aun, distribuida en calles y corredores, llena de capillas y de iglesias, en la cual hay varias divisiones con innumera-

(1) Mart., lib. 12, ep. 8.

bles sepulcros colocados el uno encima del otro, y pinturas elegantes, bellas y bien entendidas (1)? Si se consideran estos subterráneos como lugares que recuerdan el triunfo de los antiguos mártires, es mayor todavía la sorpresa y veneración que su vista dispierta en nosotros, puesto que representan un gran cúmulo de antigüedades santificadas con los restos mortales de muchos campeones de la fe.

Esos sitios han sido construidos y han servido de morada á esclarecidos pontífices, y á aquellos primitivos cristianos que regaron con su sangre los fundamentos de la Iglesia, y cuyo olor de santidad hizo tantos prosélitos para nuestra religion. Todos ellos vivieron en los felices tiempos en que la sangre de Nuestro Señor humeaba aun en el mundo, y en que una nueva fe, como dice san Gerónimo (2), se esparcía entre los fieles.

Esos sitios, al igual que los magníficos monumentos de los Césares y del pueblo dominador del mundo, no solo excitaron la admiración de los fieles eruditos, sino que ocuparon por largo tiempo su pensamiento y fueron objeto de sus estudios.

El primer escritor moderno que trató de ellos con fruto fué Onofre Panvini, gran lumbrera de la órden de San Agustín, célebre escritor sobre las antigüedades romanas, que adquirió fama con la obra titulada: *De la manera de sepultar los muertos entre los antiguos cristianos, y de sus cementerios.*

En ella trata de las reuniones de dichos cristianos y de las piadosas ceremonias que practicaban en sus cementerios, y describe estos últimos asilos del hombre mencionando cuarenta y tres de ellos. Trata asimismo de algunos otros asilos fúnebres situados fuera de Roma, y de los cuales han hablado algunos escritores, pero lo hace muy someramente.

Después de Panvini vino Antonio Bosio, natural de Malta, doctor en leyes, abogado en Roma, y luego administrador de la órden de San Juan de Jerusalem, quien, como dice Moreri, empleó casi toda su vida, ó sea desde 1567 á 1600, en recorrer esos antiguos cementerios, cuyos nombres investigaba y cuyos planes trazaba, visitándolos repetidas veces para hacer

(1) Bottari, tom. I, pág. 11.

(2) Ep. 8. «Ad Demetrium.»

grabar las pinturas y las esculturas que habia en ellos, y poniéndose luego en estado de empezar y concluir, á costa de inmensas fatigas, la obra que tituló *Roma sotterranea*, «*Roma subterránea.*»

Para formarse concepto de la maestría y del talento con que llevó gloriosamente á cabo tan difícil empresa, es preciso consultar á Juan Vicente de Rossi, que tomó el nombre de Jaime Nicias Eritrea en su Pinacoteca (1).

Bosio vivia mas tiempo en los cementerios que en Roma, á donde no todos los dias iba á comer ni á dormir.

Los sumos pontífices dispusieron que se continuase la obra de Bottari, á fin de aclarar algunos pasajes difíciles de las obras de los PP. de la Iglesia.

El obispo de Pamiers, Enrique de Sponde, escribió tambien sobre el mismo asunto.

Continuemos hablando de Bottari. Su estilo es sencillo, desnudo de adornos, claro y preciso: el autor solo se ocupa en explicar las láminas sacadas de bellas pinturas y de elegantes esculturas.

Obsérvase que estas últimas son parecidas; mas en cuanto á las pinturas se nota en ellas mas variedad de asuntos. No es decir que haya completa novedad en ellas; pero se nota de cuando en cuando alguna composicion nueva, y algunas cosas sacadas de la mitología.

Bottari ensalza el celo religioso con que los sumos pontífices han honrado las pequeñas iglesias halladas en las catacumbas. A este propósito hace notar con cuanto tino Bonifacio IV (2), sin tocar siquiera una piedra, convirtió el panteon de Agripa en una iglesia católica. No es posible dar una mirada á los actos ejercidos por los papas en Roma, sin admirar sus perseverantes esfuerzos para conservar y aumentar la gloria de la Iglesia.

Aquí corresponde naturalmente hacer honrosa mencion de Boldetti, quien, durante cuarenta años, tuvo á su cargo la custodia de los cementerios sagrados. El senador Buonarroti y

(1) Tom. I, n. CXXIX.

(2) Bottari, tom. I, pág. 321.

Marangoni se distinguieron igualmente en esa clase de conocimientos, inspirándose en estas bellas palabras que Jesucristo dirigió á los Apóstoles: *Colligite fragmenta, ne pereant.* «Recoged los fragmentos para que no desaparezcan.»

El mismo interés que ha movido á los papas á conservar estas vastas calles de catacumbas, ha sugerido el pensamiento de cerrar del todo los *foramina* de la parte de las criptas del Vaticano, con lo cual se impide que nadie entre á violar esas piadosas mansiones en que aun se encuentran gran número de sepulcros de mártires que se refugiaron en ellas.

A propósito de las inscripciones halladas entre los restos del cementerio de San Felix, leemos en la obra de Bottari estas palabras, dignas de ser citadas:

In avaras ne dicam impias, effossorum manus loci sanctitatem penitus ignorantium, et lucrum dumtaxat, non lutum, non lapides, non demortuorum ossa perspicientium, miserabiliter inciderunt; contra quos etsi homines taceant, ipsi lapides erecti, ut Christus in Evangeliiis ait, clamabunt.

Las inscripciones «han caído en las manos codiciosas, por no decir impías de los sepultureros, que desconocen de todo punto la santidad del lugar y no atienden á otra cosa que al lucro, sin tener miramiento alguno con la tierra, con las piedras y con los huesos de los muertos. Si los hombres nada dicen á esos sepultureros, las piedras se levantarán y gritarán, como dice Jesucristo en los Evangelios.»

Ningun respeto se ha guardado á esos restos sagrados que han sido destrozados, ó vendidos, ó puestos aparte para darlos á los anticuarios, cuyos herederos quizás han echado á perder los objetos que sus padres cuidaban con esmero.

No es de extrañar que con este motivo Marangoni diga (1): «Augusto exclamaba: *He encontrado á Roma de ladrillo y la dejo de mármol.* Nosotros, por el contrario, hemos encontrado de mármol nuestras iglesias, y las dejamos de ladrillo.»

Las pesquisas de los sábios siempre producen descubrimientos y aclaraciones. Algunos de los adornos arquitectónicos de la *Porta Pia*, de que en su lugar hemos hablado, han sido copiados por Miguel Angel de las catacumbas de Roma,

(1) Cap. 42.

y hemos observado tambien que multitud de arabescos, cuyos contornos y composicion imitó Rafael, han sido sacados de las pinturas de las Termas de Tito y de las de las catacumbas. Para convencerse de ello no hay mas que comparar las catacumbas con las salas del Vaticano.

Creemos asimismo que Correggio (Allegri), á pesar de que no estuvo en Roma, tenia conocimiento por medio de dibujos de muchas de las pinturas de esos sagrados subterráneos de Roma.

Basta examinar, como lo he hecho advertir en un artículo que lleva el epígrafe de Correggio, el hermoso fresco del convento de benedictinas de Parma para ver que se semeja á las pinturas de las catacumbas, cuyos pintores, como veremos, casi todos eran religiosos. Insisto en estas explicaciones porque Bottari no las ha dado.

Los historiadores no han hablado de ese fresco de Parma, pues no se ha tenido noticia de él por espacio de mas de doscientos años. A fines del siglo pasado fué á verlo el duque de Parma, Fernando, y tras él hicieron lo mismo infinitos aficionados y extranjeros. Correggio pintó ese fresco en el expresado convento en época en que lo regia una abadesa muy rica, y en que los estatutos de la órden no eran tan rígidos como lo fueron en tiempos posteriores, en los cuales se dictaron leyes de clausura mas severas, que impidieron desde entonces que ningun hombre entrase en los conventos de monjas.

Siempre me ha parecido que la primera idea de ese fresco se halla en una pintura que se ve aun en las criptas de la via Apia, y que se cree ejecutada en el año 450 por algunos religiosos griegos de la órden de San Basilio.

Ese fresco lo concluyó Correggio en 1524, y es probable que quedase olvidado desde 1571, hasta que dos años despues de haberse casado Fernando, duque de Parma y hermano de Carlos IV, con María Antonieta de Austria, hermana de José II, esta princesa tuvo la curiosidad de visitar dicho monasterio.

Correggio, al adoptar ese pensamiento de sus predecesores, supo engrandecerlo, imprimiéndole el sello de la originalidad que se halla en todas sus producciones. El fresco de este

artista se halla en la bóveda de una sala cuadrada, en la cual se destaca una parra pintada en cielo azul, y rodeada por su parte inferior de diez y seis pequeños semicírculos adornados de conchas y conteniendo diferentes objetos en claro-oscuro (1).

Inútil es decir que Clemente XIV facilitó generosamente las sumas necesarias para contener los estragos causados por la humedad en los sagrados subterráneos; y lo hizo con tanto mayor gusto, en cuanto se trataba de unos lugares en que los primeros artistas cristianos habian en cierto modo indicado los pensamientos, que los grandes genios de la época del renacimiento debian perfeccionar tanto que hoy dia parecen inimitables.

No creemos habernos apartado de nuestro objeto al hablar de las catacumbas y de la proteccion que el pontífice reinante dispensó á esos notables recuerdos del cristianismo.

A cada momento tendremos que ocuparnos de las consecuencias del breve *Dominus ac Redemptor*, las cuales se desenvolverán principalmente durante el pontificado de Pio VI, de quien vamos á ocuparnos.

Parécenos que no será por demás consignar aquí la opinion del sábio Picot acerca de esta especie de cataclismo católico que redujo á la nada á un esclarecido cuerpo de las milicias cristianas. Picot se expresa en estos términos (2):

«Clemente XIV abolió la Compañía de Jesus por medio del

(1) La parra deja en descubierto á cada lado cuatro aberturas ovales, en las que se ven algunos niños ocupados en diferentes juegos, y ostentando algunos emblemas propios de Diana, la cual se halla representada encima de una gran chimenea dentro de un carro tirado por ciervos. Se concibe perfectamente que san Pio V prohibiese que se enseñase en un convento de benedictinos una diosa profana que no estaba allí en su lugar. En cuanto al mérito de la obra, la variedad de las tintas, la naturalidad de las actitudes de las figuras, lo risueño de las fisonomías, hacen de ella un trabajo acabado si bien se notan algunas incorrecciones, como en todas las obras de Allegri.

Por lo que hace al original, en los grabados de hoy dia fácilmente se echa de ver que los PP. de San Basilio copiaron los tipos de su tiempo. Son muy dignos de llamar la atencion los coloridos que han conservado toda su frescura: con todo los niños no se muestran tan bulliciosos en sus juegos, y en las actitudes de las figuras no se descubre tanta gracia. Finalmente, cada una de estas obras maestras tiene su mérito especial.

(2) Picot, II, pág. 590.

breve *Dominus ac Redemptor*. Diez años había que se solicitaba de la Santa Sede dicha abolicion, habiéndose indispuerto los príncipes de la casa de Borbon con Clemente XIII por no haber accedido á sus deseos.

«Apenas ocupó su sucesor la silla pontificia, que se vió apremiado por todas partes para que aboliese la Compañía de Jesus. La corte de España, sobre todo, ponía en ello mucho empeño, y movia toda clase de resortes para conseguir sus intentos. El Papa resistióse á ello durante mucho tiempo escudado con el afecto y la proteccion que María Teresa demostraba á los jesuitas; mas esta princesa consintió al fin en la supresion de la Compañía, y entonces el Papa accedió mas bien para complacer á los soberanos que por conviccion propia.

«Solo despues de cuatro años de reiteradas instancias de los ministros de las grandes potencias, Clemente abolió la Compañía de Jesus. El breve expedido á este efecto fué dirigido á todos los obispos católicos, y en él se mencionaban varios decretos expedidos por los predecesores de Clemente para abolir algunas órdenes religiosas, y se trataba luego de los jesuitas; y hablando de las quejas elevadas contra ellos, el Papa se apoyaba para extinguir la Compañía en las ventajas que esto reportaria al mantenimiento de la paz. Persuadióse sin duda Clemente de que habiéndose coaligado algunos soberanos contra la Compañía, serian inútiles los esfuerzos de la Santa Sede para conservarla, y que desde aquel momento ya no podria ser útil á la Iglesia, todo lo cual pesó en su espíritu mas que las razones que militaban en favor de una corporacion tan apreciable. En 13 de agosto de 1773 expidióse otro breve en que se dictaban reglas para la ejecucion del primero, mas uno y otro publicáronse en 16 del mismo mes.

«En este dia los comisionados nombrados por el Papa pasaron á todos los establecimientos de los jesuitas en Roma á notificarles la abolicion de la Compañía. El general Ricci y sus auxiliares fueron detenidos, interrogados y conducidos primero á un cuarto del colegio inglés, y luego al castillo de San Angelo. Algunos otros jesuitas fueron tambien encerrados.

«El breve de extincion de la Compañía se publicó y ejecutó en las varias diócesis de la cristiandad. Nada había que hacer con este objeto en los Estados de donde los jesuitas habían sido expulsados, de modo que el breve de 21 de julio ni siquiera fué publicado en Francia. Así quedó disuelta una órden célebre, despues de doscientos treinta y tres años de existencia, á contar desde la publicacion de la bula de Paulo III, en 1540. Contaba cerca de veinte mil religiosos, ocupados en los colegios, en el ejercicio de su ministerio, y en las misiones.

No se pasó mucho tiempo sin que se notase el vacío que dejaba la Compañía de Jesus. La ruina de tantos establecimientos útiles fué un mal grave que perjudicó tanto á la Iglesia como al Estado.»

El sábio Picot, á pesar de hallarse afligido, no olvida el respeto que todo católico ha de profesar á las disposiciones emanadas de la Santa Sede. Picot se ocupa luego de la situacion política de las naciones que habían expulsado á los jesuitas y disipado sus bienes.

La salud de Clemente empezó á experimentar graves alteraciones. El día de la Ascension el Papa publicó la bula del año santo. Su salud empeoraba visiblemente: sufría algunos dolores en los intestinos que no bastaron á aliviarle los baños que se le recetaron. Siguiendo el consejo del médico de Rimini, el doctor Bianchi, procuró excitar en su cuerpo una abundante traspiracion por medios artificiales. yendo con este objeto, á pesar de que era la época del verano, á exponerse continuamente á los ardores del sol, que no hubiera podido resistir el mas duro mármol. Clemente cayó luego en un marasmo universal, y á fines de julio estaba tan desmejorado que apenas se le hubiera conocido. A principios de setiembre, á pesar de sus dolencias, creyó que tendria fuerzas suficientes para resistir al corto viaje que queria hacer á Castel-Gandolfo, en donde acostumbraba pasar los meses de mayo y octubre para respirar aires puros. Cinco meses había que Clemente luchaba con la muerte que minaba sordamente su existencia; mas llega el momento en que su naturaleza sucumbe, y esto acontece en 8 de setiembre, en el instante en

que se hallaba en la capilla de la Natividad de Nuestra Señora de Santa María *del Popolo* preconizando la beatificación del venerable religioso conventual Buenaventura de Potenza. Fué preciso llevar al Papa á toda prisa al Quirinal, de donde no pudo salir sino muy pocas veces.

En 30 de marzo llegó á Roma la noticia de que el día 23 el rey de Nápoles habia restituido Benevento y que la Francia habia hecho otro tanto con Aviñon.

El 10 de mayo de 1774 murió el rey de Francia Luis XV, lo cual afligió mucho al Papa, pues á pesar de todo le queria y no le consideraba como enemigo.

Los romanos hacian varias conjeturas sobre la situacion del Sumo Pontífice, atribuyendo su enfermedad á varias causas. Unos pretendian que era debida á una irritacion de la sangre, producida por penosos trabajos, y aumentada por efecto de la costumbre que tenia Clemente de exponerse á los ardores del sol; otros opinaban que Clemente habia sido envenenado (1). Esto último es una vil suposicion, pues la verdadera causa de la enfermedad era una afeccion escorbútica general. Hallándose en Roma el célebre cirujano florentino Nannoni con el objeto de practicar una operacion á un aito personaje, fué consultado sobre la decaida salud de Clemente, y despues de haber examinado todos los síntomas de su enfermedad, manifestó que esta consistia en una afeccion escorbútica muy arraigada ya en la sangre, y prescribió el régimen que se habia de observar para aliviarla, siendo lo único que podia hacerse puesto que era incurable. Véase, pues, cuan infundada era la suposicion de que Clemente hubiese sido envenenado. Bernis lo creyó al principio, mas confesó despues que no lo creía (2).

Lo que no puede ponerse en duda es que Clemente, cuya constitucion fisica era muy robusta, se vió atacado por una enfermedad activa contra la cual no bastó el arte de los mas inteligentes médicos, como lo escribe su confesor el P. Marsoni en una circular que, como general, dirigió á la órden de los

(1) Novaes, XV, pág. 208.

(2) Véase á Beccatini, Historia de Pio VI, tom. I, pág. 34.

conventuales. Clemente, haciendo un esfuerzo, firmó con su débil mano la bula en que concedía á sus antiguos compañeros la penitenciaría de San Pedro de Roma y la de Nuestra Señora de Loreto, que pertenecieron á los jesuitas desde la época de san Pio V.

Poco antes de morir, rogósele repetidas veces que nombrase once cardenales creados en aquel año y reservados *in petto*, á lo cual respondió constantemente: «No podemos ni debemos hacerlo: el Señor juzgará de las razones que tenemos sobre ello.» Los que le instaban, pidiéronle nuevamente poniéndose de rodillas que accediera; mas él repuso en tono seco y no acostumbrado: «Me voy á la eternidad: yo sé el por qué.»

Recibió el sagrado Viático, y al día siguiente se le administró la Extremauncion en presencia del sacro colegio, muriendo en 22 de setiembre de 1774, rodeado de los generales de los agustinos, de los dominicos, de los menores observantes y de los conventuales, despues de haber gobernado la Iglesia cinco años, cuatro meses y tres dias.

Cundió el rumor, como ya se ha dicho, de que Clemente habia sido envenenado; mas Saliceti y Adinolfi que asistieron á la autopsia del cadáver manifestaron haber encontrado intactos el ventrículo y los intestinos. Dijose tambien que el *credenziere* del Papa, que murió poco tiempo despues víctima de una pleuresía, habia sido tambien envenenado. ¿Y de qué podia aprovechar la muerte del Papa á los que hubiesen querido vengarse de él? ¿Y quién hubiera cometido el delito en Roma? Ya no habia en ella jesuitas, y los bienes de estos habian sido vendidos. En la *Gaceta* de Florencia del dia 9 de setiembre de 1775 apareció un certificado del P. Luis Maria Marzoni, general de los conventuales, en el que este antiguo compañero y confidente íntimo de Clemente manifestaba que jamás el Papa le dijo que hubiese sido envenenado.

Se ha supuesto tambien que algunos magnates, preocupados á consecuencia de los acontecimientos acaecidos en el pontificado de Clemente, habian pensado deshacerse de él. La verdad es lo que aseguran las personas juiciosas y desinteresadas, esto es, que el Papa falleció á consecuencia de una afeccion escorbútica.

Después de haber manifestado la opinión de Picot tocante á la abolición de la Compañía de Jesús, vamos á trascribir el juicio que de ella ha formado otro escritor, el cual lo emite en términos muy acres. Hablo del autor de la obra titulada *Memorias históricas y filosóficas acerca de Pio VI y de su pontificado*, 2 tom. en 8.º; París, año VIII de la república (1800), segunda edición (1).

«Ganganelli, dice, sucesor del fanático (2) Rezzonico, subió en 1769 al trono pontificio por la influencia de las cortes de Francia y España (3), de donde habían sido expulsados los jesuitas; mas la medida quedaba incompleta mientras la famosa Compañía subsistiese en otros países católicos, y fuese reconocida y protegida por la Santa Sede (4).

«Clemente XIII encontró en el seno de la Compañía de Jesús terribles instrumentos (5) que pensaron despedazar la Iglesia y abrasar la Europa; ó mejor, los jesuitas convirtieron á ese Papa, mas débil que perverso (6), en ciego instrumento de su ambición y de su fanatismo. Tratábase de atacar, empezando por el tronco, ese árbol inmenso que cubría con su perniciosa sombra una gran parte del mundo cristiano, y cuyas raíces mas profundas se hallaban debajo de la misma cátedra de San Pedro. Según parece, el cardenal Ganganelli supo conocer los riesgos que ofrecía la orden de los jesuitas, pues conservaba la razón sana, sin que la hubiesen ofuscado las momerías del claustro, ni los honores de la púrpura. Era sábio, tenía un espíritu conciliador, y reunía dos prendas que generalmente no concurren nunca en una misma persona, á

(1) Capítulo I, fin del pontificado de Clemente XIV, pág. 5.

(2) Al empezar, demuestra ya su fanatismo filosófico, en vez de probar por medio de argumentos el fanatismo religioso ajeno. ¿Y á quién insulta? El lector conoce ya las admirables virtudes de Rezzonico.

(3) El autor no se muestra aquí muy bien enterado.

(4) Muy singular hubiera sido que la Compañía de Jesús, antes de su extinción, no hubiese sido reconocida y protegida por la Santa Sede.

(5) Los jesuitas expulsados de Portugal, Francia y España no eran por cierto instrumentos de Clemente XIII. Esos hombres, á quienes se ha censurado por no haberse defendido, no pueden ser acusados de ser «terribles instrumentos.»

(6) Ni lo uno, ni lo otro: su vida será siempre considerada como un modelo de virtudes.

saber; el valor y la moderación. Las cortes de la casa de Borbon esperaban conseguir de él la completa extincion de la Compañía de Jesus, y sus representantes consintieron con esa tácita condicion (1) en que se le elevase al trono pontificio.

«En especial el representante de España don José Monino, despues conde de Floridablanca, que era de carácter activo y perseverante, se ocupó en destruir la incertidumbre del Papa y en rechazar sus escrúpulos y temores, teniendo que luchar por mucho tiempo contra las incesantes intrigas del partido que queria derribar, y que tenia en todas partes, particularmente en Roma, grandes y poderosos valedores.

«Finalmente, en 21 de julio consiguió arrancar del Papa el famoso *Motu proprio* (2) en que se declaraba extinguida la Compañía de Jesus. En el momento de firmarlo, Clemente vaciló y dijo: «Bien sé que voy á firmar el decreto de mi muerte, pero no importa.»

«Despues de ese dia tan fatal para él como para los jesuitas, Ganganelli vivió entre angustias de toda clase. Los fanáticos se esforzaban en sublevar al pueblo, y amenazábasele con acabar con él por medio del hierro ó del veneno (3). Su salud decaía sensiblemente. Tranquilizábanle los representantes de los soberanos, y esto le animaba un poco algunas veces. En el mes de abril de 1774 anunció en un consistorio para el año siguiente el jubileo, el cual desde la época de Sixto V se celebraba cada veinte y cinco años (4). No pudo celebrarlo, pues murió en 22 de setiembre. Su muerte no fué tan sentida como lo merecia. Los jesuitas y sus partidarios se ale-

(1) Es sabido que el cardenal Ganganelli no celebró pacto alguno, y que no necesitaba los diez y ocho votos con que contaban esas potencias para subir al solio pontificio.

(2) No es esto cierto: no era un «*motu proprio*» sino un breve in forma brevis. He buscado en este las palabras «*motu proprio*», que tanto quieren decir como «por propio impulso», y solo he encontrado estas: «*Maturo consilio, et certa scientia, et plenitudine potestatis apostolicæ.*»

(3) El autor ha escrito esto con bastante precipitacion, puesto que no se trata aquí del pueblo, como el contexto de la frase lo indica, sino del Sumo Pontífice.

(4) Aquí se nota un ligero error, pues el jubileo se celebró cada veinte y cinco años desde Paulo II.

graron de ella , y no supieron siquiera disimular su contento. El pueblo no le lloró , pues le acusaba de haberse dejado engañar por las personas que le rodeaban , y la mayor parte de los cardenales no podian perdonarle que hubiese firmado el breve de extincion de la Compañía de Jesus , y estaban quejosos , casi todos ellos, porque no les dió ninguna prueba de confianza.

«No tardaron en circular rumores de que el veneno habia terminado la vida del Papa, y si bien los desmintieron los médicos que asistieron á Clemente en su última enfermedad, acreditáronlos los cirujanos, quienes revelaron que el cadáver de Clemente se habia deshecho en pedazos. Hoy dia, en que pueden apreciarse mejor los hechos , estando , como se está ya , al abrigo de las pasiones que los desfiguran , parece cosa fuera de duda que Ganganelli fué envenenado, como lo cree el cardenal Bernis (1), y puede asegurarlo mas de un extranjero que le conoció en Roma. Gorani, por el contrario, sostiene que Clemente XIV falleció naturalmente á consecuencia del terror que le sobrecogió no bien hubo firmado lo que él llamó el *decreto de su muerte* (2) ; mas nos permitirá que antepongamos á su testimonio el de personas que vieron á Ganganelli de cerca en sus últimos momentos, y que no tenian ningun móvil que les impulsase á inventar un delito tan atroz. Los detractores de ese papa eran los que en realidad tenian poderosas razones para negar todo cuanto pudiese excitar interés hácia él, y presentarle como una víctima inmolada al furor de un partido; y no parece sino que Gorani ha sacado de ese manantial sospechoso las noticias que dá sobre Ganganelli. Pone en duda la autenticidad de las cartas que publicó en su nombre, y pretende que no pudieron salir de la pluma de un hombre que , á pesar de hallarse imbuido en ideas teológicas, poseía por otra parte conocimientos muy limitados. Nosotros no

(1) Así lo dió á entender este cardenal en un despacho que he leído; mas luego manifestó infinitas veces que no lo creía, como tampoco nadie lo cree hoy en Italia.

(2) Al hablar Clemente del «decreto de su muerte,» quiso significar que se vería rodeado de pesares y de crueles angustias despues de suscribir aquel acto.

vacilamos en asegurar que Gorani (1) va equivocado. Las personas que han conocido á Ganganelli, y entre otros el mismo cardenal Bernis que sabia apreciar bien los hombres y las cosas, han afirmado haber visto los originales de las cartas publicadas por Caraccioli, en las cuales reconocieron los principios profesados por el Papa, sus ideas filosóficas, y hasta el modo lo que tenia de expresarlas (2).

«Sea como fuere, algun tiempo antes de la muerte de Clemente, que quizás mas de un cardenal hubiera podido pronosticar con exactitud cuando ocurriría (3), hubo un partido que estaba preparando la eleccion de un papa que fuese favorable á sus miras.»

Aquí deja de hablar de Clemente XIV el autor de las *Memorias*, cuyo exámen continuaremos al referir el pontificado de Pío VI.

No obstante, en esa obra se halla consignado un hecho que merece fijar mucho la atención. Según el autor, el envenenamiento de Clemente quedó probado por los cirujanos que revelaron que el cadáver del Papa *se deshizo en pedazos*.

Setenta y tres años ha que murió Clemente XIV, y para probar que fué envenenado se asegura que su cuerpo se deshizo en pedazos por efecto de la acritud del veneno, y que algunos despachos dirigidos á mas de un soberano contribuyeron á acreditarlo. Yo iré mas allá todavía que el citado autor. En esos despachos que él mismo habrá podido ver en

(1) Gorani es un revolucionario italiano, que nació en Milan en 1774, y murió en Génova en 1819. Escribió las *Memorias secretas y críticas de los gobiernos*; París, 1773, 3 tom. en 8.^o En ellas se habla de la religion y de los soberanos sin miramiento alguno y en tono ofensivo.

(2) Esto no está conforme con la correspondencia que se conserva en los archivos de París; en ella Ganganelli aparece, cuando fraile, como un hombre muy reservado; cuando cardenal, como un príncipe de la Iglesia que hablaba poco; y cuando papa, como un pontífice que no respondía á lo que se le preguntaba, y que sabia decir lo que queria que se supiese, y nada mas. Respecto á Bernis y á los manuscritos de Caraccioli, Bernis era veraz, y no hubiera dicho que vió estos originales si no hubiesen existido.

(3) Esta insinuacion no viene al caso. Ningun cardenal podia saber cuando Clemente sucumbiría á sus dolencias, las cuales eran tantas, que un hombre de menos edad que él hubiera sido víctima de ellas á poco tiempo. En Italia, solo los insomnios engendran en el estómago una especie de enfermedad que los médicos consideran como un veneno.

París y en Madrid, se consigna que habiendo sufrido una especie de disolucion la cabeza del Papa, fué preciso sustituirla por una de cera antes de celebrar los funerales. Pero se demostró la falsedad de esta suposicion.

Cuando en 1802 el cuerpo de Pio VI, que murió en Valence, fué devuelto á monseñor Spina por efecto de un acto generoso y reparador á la vez, del primer consul Bonaparte, el sarcófago que contenia el cadáver de Clemente XIV se hallaba colocado encima de la reja de la capilla de los canónigos de San Pedro, en donde descansa esperando que le reemplace el de su sucesor, que á su vez esperará que otro ocupe su puesto.

El monumento destinado á contener el cuerpo de Clemente XIV se construyó en la iglesia de los Santos Apóstoles que era la del convento en que el Papa estuvo. Este monumento, debido al cincel de Cánova y mandado levantar reservadamente por un romano que tenia deberes que cumplir con el Papa, y en los cuales no entraba para nada la política, estaba vacío, y Cánova quedó encargado de disponer el sarcófago de mármol que formaba parte de él para inaugurar el sepulcro despues de una funcion solemne.

En esa época me hallaba yo en Roma. Llevé conmigo el libro que me ocupo en rebatir. Los ánimos estaban á la sazón preocupados con lo del cuerpo hecho pedazos, y con lo de la cabeza de cera. Antes de proceder al reconocimiento del cuerpo de Pio VI, que acababa de llegar de Valence, era preciso verificar el del cuerpo de Clemente XIV, que se hallaba colocado encima de la puerta de la capilla de los canónigos.

En presencia de Cánova y de infinidad de personas, atraídas por la curiosidad y por el deseo de saber la verdad, los *san Pictrini*, ó sea los trabajadores de todos los oficios ocupados en la basílica de San Pedro, derribaron el sarcófago de yeso, dentro del cual descansaba el cuerpo de Clemente XIV, y bajaron el féretro. Reconociéronse los sellos del ataúd de plomo, despues los del de madera puestos en 1774, y descubrióse el cuerpo de Clemente. Su cabeza, la verdadera cabeza, estaba colocada en su lugar correspondiente, y no se veía cambiada ninguna parte del cuerpo. Solo se observaban algunos restos de cera de la máscara con que se cubre el rostro

de los sumos pontífices durante los primeros dias de los *novendiali*. Roma entera, los agentes diplomáticos, y en especial Cánova, á quien se confió integro y bien conservado el cuerpo de Clemente, quedaron convencidos de que la fábula de los pedazos y de la cabeza de cera fué inventada por hombres mal intencionados y repetida por personas imprudentes.

El autor de las *Memorias históricas y filosóficas*, que murió en 1811, si no es Azara, que murió en 1804, pudo tener noticia de lo que acabamos de referir. ¡Quiera Dios que las personas que en cuestiones tan importantes apoyaron con la autoridad de su talento suposiciones que hartó fácilmente acogió la credulidad pública, sean en adelante mas circunspectas y no se aparten de la verdad!

Muchas veces he instado á Cánova para que escribiese sus memorias, pues estoy persuadido de que ofrecerian mucho interés para los hombres de mundo, para los artistas y hasta para los hombres de Estado; mas siempre me ha contestado sonriendo que no tenia tiempo para ello, añadiendo con su habitual modestia que seria un trabajo inútil. En vano le he hecho presente lo que en un caso como este es preciso decir á un hombre de talento y de genio, á un hombre de un carácter admirablemente sencillo como el suyo; nada hizo de lo que le pedia, y es menester que me conforme, pues nada llegó á prometerme. Si Cánova hubiese escrito sus memorias, hubiera tratado de Clemente XIV y del hecho que hemos referido.

Resumamos en pocas palabras todo lo dicho. *No se cometió delito alguno contra la persona del papa Clemente XIV.*

Clemente era de estatura regular. Tenia la frente ancha, negras y pobladas las cejas, los ojos vivos y la cara larga. Su constitucion física le prometia casi un siglo de existencia. Poseia el idioma francés, mas no lo hablaba sino con sus amigos. Aprendiólo llevado de la especial inclinacion que sentia hácia los franceses, la cual era tanta, segun refiere Savorini, discípulo de Clemente, que experimentaba un pesar cada vez que la Francia en las guerras que tuvo sufría alguna derrota.

Clemente tenia tanta aversion al nepotismo, que jamás permitió que su sobrino, que estudiaba la jurisprudencia, pasase á su lado, y no pudo nunca dársele á entender que enviase al-

gun corto regalo á sus sobrinas y á sus hermanas. «Nó, decia á un canónigo de Fossombrone y á su mas íntimo amigo el P. Bontempi, despues de bagatelas, se nos pedirian cosas de mas importancia, é insensiblemente nos acostumbrariamos á acceder á todo.» Al instarle en sus últimos momentos para que hiciese testamento, contestó: «Que pase lo que poseemos á quien de derecho corresponda.» Dejó efectos de bastante valor y algunas cantidades provenientes de regalos, de todo lo cual formalizóse inventario y se distribuyó entre sus sobrinos Tibaldi y Fabri.

Clemente demostraba en todas sus acciones mucha actividad y celo. Acostumbrado á la vida de convento, antes de la hora fijada para reunirse el sacro colegio estaba ya dispuesto para celebrar sesion con él. Era muy metódico y rígido en sus hábitos. Todos los dias, despues de comer, salia de palacio y pasaba parte de la tarde en la quinta Patrizi, situada fuera de la *Porta Pia*, en donde se entretenia con las principales personas de su corte en ver jugar al *tracco*, que es una especie de juego de bolas ejecutado sobre una mesa de billar. De regreso á palacio iba á visitar al Santísimo Sacramento en la capilla Paulina. Voy á repetir aquí, para apoyar lo que tengo dicho como testigo ocular, el hecho que con algunos pormenores mas refiere Novaes.

«La caja que contenia el cuerpo fué colocada encima de la puerta que conduce á una de las *cantories*, desde donde se le trasladó en 21 de enero de 1802 á la iglesia de los Santos Apóstoles en el sepulcro que le elevó el gran Cánova.»

Muchos son los autores que, dejándose llevar por sus afeciones particulares, han escrito la vida de Clemente XIV. Las obras que se conocen referentes á esto papa son: *El Espiritu del papa Clemente XIV*, Amsterdam, 1775: las *Cartas interesantes de Clemente XIV é historia de su vida, de sus acciones y de sus virtudes*, París y Lugano, 1776, cuatro tomos en 8.º; cuya obra, añadida con noticias relativas á la patria del Papa, se imprimió en Venecia en 1778; y con apéndices, en Nápoles en 1784: la *Historia de la vida, acciones y virtudes de Clemente XIV, nuevamente enriquecida con medallas, inscripciones y otros monumentos*; Florencia, 1778: la *Vida del papa Clemente XIV, por el marqués Carac-*

cioli; París, 1776: la *Vida de Clemente XIV*, traducida del francés por el marqués Caraccioli, y enriquecida con apéndices y correcciones; Florencia, 1776, en 8.º: y el *Elogio de Clemente XIV*, por Antonio Luis Loschi, Venecia, 1778, en 8.º

Hé aquí el juicio que Feller (1) emite sobre la vida de Clemente, escrita por Caraccioli.

«Es una compilacion de los periódicos de la época; las cartas publicadas con su nombre en 1776 y en 1777 en tres tomos 12.º, estan escritas cual acostumbra este marqués.» En la *Biografía universal* Michaud se expresa en estos términos: «Caraccioli ha publicado la vida de Clemente XIV en París en 1775 y 1776, en un tomo en 12.º, y la traduccion de muchas cartas y otros escritos atribuidos á ese Sumo Pontífice. La primera de esas obras es un largo elogio escrito sin orden y sin método, y en estilo desigual, incorrecto y difuso. La coleccion de cartas no carece de interés, pero la mayor parte de ellas se atribuyen falsamente á Ganganelli.» Los sábios autores del *Arte de comprobar las fechas* han querido cotejarlas con las originales, y no las han hallado. A esto se objeta que Caraccioli no era capaz de inventar lo que no existia; mas es sabido que tenia colaboradores bastante inteligentes para suplir su insuficiencia. El conde de Albon en su *Discurso sobre la historia, el gobierno, etc.*, tomo 2.º, pág. 235, habla de Clemente en los siguientes términos: «Los ánimos se hallan muy divididos tratándose de Clemente XIV, de modo que los retratos que de él se han hecho se parecen tan poco, que es imposible distinguir en ellos la fisonomía y los rasgos de una misma persona: unos le prodigan desmedidos elogios, y le califican de hombre extraordinario que se debe á sí mismo toda su importancia y que tuvo el mérito y la gloria de hacerse célebre en poco tiempo; otros hablan de él en tono satírico y mordaz, asegurando que para pintarlo basta una sola pincelada, y diciendo que solo tuvo el triste y desgraciado talento de hacerse célebre. ¿Cómo aclarar la verdad y sacarla de entre las espesas sombras en que se la envuelve? Existen voluminosos libros, en los cuales se descri-

(1) II, 284.

ben los vastos conocimientos de Clemente, la extension de su talento, la solidez de su juicio, su grandeza de miras, y su inteligencia en el manejo de los negocios. Pero el entusiasmo no basta por sí solo, si no se aducen pruebas. Los amigos y admiradores del papa Ganganelli se remueven y se afanan quizás en vano para comunicar al público los sentimientos de que se hallan animados; mas para resolver el problema, hay que seguir un camino mas corto y mas seguro. ¿Qué es lo que Clemente ha hecho de bueno? En esto ha de fundarse su apología. Examinemos su conducta y sus obras, y una vez conozcamos lo que hizo, sabremos claramente lo que fué.» Este es el juicio de Albon: en cuanto á mí, seré un narrador fiel de los hechos que han pasado al dominio de la historia. Creo que para juzgar á Clemente, no debe prescindirse de hablar de aquellas personas que con siniestros intentos ejercieron influjo sobre su ánimo. Soy tambien de parecer de que no existen suficientes pruebas fidedignas contra los personajes á quienes se ha atacado por su intervencion en los actos del pontificado de ese papa.

Voy á trascribir otro pasaje de Novaes relativo al marqués de Pombal, causa primera de todos los desastres que ocurrieron en tiempo de Clemente, para aquellos que con el tiempo crean tener pruebas de *simonia y de especulacion* y de complicidad del sacro colegio para colocar en el trono un instrumento de destruccion, y para los que traten de escribir la historia de ese Papa sin odio, sin rencor, sin pasion, y con entera imparcialidad. Novaes (1) refiere los siguientes hechos, los cuales prueban que Dios castigó ya en este mundo al principal culpable de los acontecimientos ocurridos en el pontificado de Clemente XIV.

«En 1777, á tenor del órden de sucesion establecido, debia subir al trono de Portugal, María, hija del rey José I, en cuyo reinado la nacion hubo de sufrir crueles vejaciones por parte de su despótico ministro.

«Lo primero que hizo María fué quitar el mando á Carvalho, á quien hizo conducir por una escolta de soldados á su

(1) XV, pág. 30.

feudo de Pombal, á donde le confinó, y á donde fueron enviados dos ministros de la reina para formarle causa por las injusticias que cometió mientras fué ministro. El marqués de Pombal reconocióse culpable, y fué condenado á muerte.

«La nueva soberana, por efecto de su natural bondad, dispuso que no se ejecutase la sentencia, contribuyendo además á ello las súplicas de su marido D. Pedro, quien, recordando el estado de opresion en que lo habia tenido el marqués de Pombal, no quiso que la muerte de su tirano, que lo fué tambien del reino, se atribuyese á una venganza personal.

«Así terminó el poder de Carvajal, ó sea de Oeyras, marqués de Pombal, del secretario de Estado, del mayordomo de los palacios reales, del presidente del tesoro público, del protector de las compañías de comercio, y del reformador de la Universidad de Coimbra, en cuyos cargos se le distinguió con los mismos honores que á un monarca. Finalmente, Carvajal, promovido del acto de que se trata (1), y causa de los disgustos causados á Clemente XIII, fué retratado fielmente y en pocos rasgos por el consejero Silva en el acto de dirigir la palabra á la reina cuando su proclamacion, delante de un numeroso gentío reunido en la gran plaza del Comercio de Lisboa, de toda la familia real, de la nobleza del reino y del hijo del mismo Carvajal (2). En aquel instante, en que un orador no se hubiera atrevido á aventurar una impostura, ni una calumnia, Silva se expresó en los siguientes términos:

«Frescas están aun las heridas que ha abierto en Portugal ese despotismo ilimitado y ciego (el de Carvajal), esas heridas que nos atormentaban hace poco. Fué enemigo sistemático de la humanidad, de la religion, de la libertad, del mérito, y de la virtud. Pobló las cárceles y los presidios con la flor del reino. Oprimió la nacion y la redujo á la miseria. Perdió el respeto debido á la autoridad pontificia (hé aquí la apología de Clemente XIII) y á la autoridad episcopal; deprimió á la nobleza, contaminó las costumbres, pervirtió la legis-

(1) La extincion de la Compañía de Jesus.

(2) El conde de Oeyras presidia aquel dia el senado, de cuya asamblea era jefe.

lacion y gobernó el Estado con cetro de hierro, y del modo mas vil y grosero que jamás se haya visto en el mundo (1).»

Se ha supuesto que Novães se expresó con poca energía al tratar de ciertos hechos que él conocia mas que nadie; pero no puede achacársele que haya debilitado en lo mas mínimo la terrible imprecacion pronunciada por Silva delante de los monarcas de Portugal, de toda su corte, y de todo su pueblo.

Del papa Clemente XIV poseo tres medallas, y son las siguientes:

1.^a CLEMENS XIV PONT. M. A. I. «*Clemente XIV, soberano pontífice, año primero.*»

R. DEBIT GLORIAM IN LOCO ISTO. «*Glorificó este sitio.*»

En el exergo: MDCCLXIX. «1769.»

Vista de la iglesia de los Santos Apóstoles y del convento en que vivia el P. Lorenzo antes de ser cardenal.

2.^a REFVLST SOL. «*De nuevo ha brillado el sol.*» El Sumo Pontífice abraza á la Lusitania; un escudo con las armas de Portugal. En el exergo se lee: CONCORDIA. MDCCLXX. «*La Concordia. 1770.*»

Esta medalla se acuñó con motivo de haberse restablecido la concordia con Portugal. El marqués de Pombal era ministro todavía, y el Papa concedió el capelo al hermano de este cruel gobernante.

3.^a DEVS NOVA FOEDERA SANCIT. «*Dios ratifica los tratados.*» El Papa da la bendicion á un niño que una mujer, que lleva corona, tiene en sus brazos. En el exergo se lee: HISPAN. INFANS A. S. FONTE SVSCEPTVS. 1772. «*Un infante de España en el momento de ser presentado á las fuentes bautismales.*»

Esta medalla se acuñó con motivo del nacimiento del primogénito de Carlos III. Un escudo con las armas de España, con sus leones, sus torres, y sus flores de lis. A la izquierda un zócalo con una estatua, que parece ser la de san Pablo armado con su espada. Floridablanca no quiso ser menos que el marqués de Pombal. La estatua lleva la frente cubierta con la tiara.

(1) Novaes habla en estos términos del pontificado de Clemente XIII; mas lo que pasó en Portugal en tiempo de este Papa, era presagio de las exigencias que se tendrían con Clemente XIV.

Bonanni y Venuti no pudieron dar noticia en sus obras de medallas de Clemente XIV. Para describir mayor número de ellas, he tenido que apelar á mis compañeros conservadores del museo de medallas de la biblioteca real, en donde, además de las que poseo, he encontrado las dos que voy á reseñar.

1.^a ELEVAT PAVPERES. «*Alivia á los pobres.*» Una mujer tiene un niño en sus brazos y consuela á unos pobres.

En el exergo se lee: VECTIGALIA REMISSA. «*Algunos impuestos abolidos. 1769.*» Este fué uno de los primeros actos del gobierno de Clemente XIV.

2.^a FRUCTVM ATTVLIT IN PATIENTIA. «*Reportó fruto de la paciencia.*» Una palmera cubierta de frutos, 1774. Sensible sería que esto fuese una alusion para recordar lo hecho en el año anterior.

3.^a He hallado otra medalla que lleva estas palabras: NVNQVAM NOVI VOS. DISCEDITE A ME. PS. CXVII. 23. «*No os he conocido nunca; apartaos de mí, Salmo CXVII, 23.*» Jesucristo en compañía de dos Apóstoles aparta de sí á tres individuos de la Compañía de Jesus.

Esta insolente medalla de seguro que no se ha acuñado en Roma. El trabajo es diferente del de los Hamerani: quizás se acuñó en Alemania por orden de algun agente del marqués de Pombal. He buscado en el salmo CXVII, 23, las palabras de esta inscripcion, y solo he hallado estas A DOMINO FACTVM EST ISTVD, ET EST MIRABILE IN OCVLIS NOSTRIS. «*Esto lo hizo el Señor, y á nuestros ojos es admirable. Tocante á las palabras DISCEDITE A ME, las he encontrado en el salmo VI, 9.*

Esta medalla es un acto reprehensible cometido por los vencedores. Herir al caido es un acto de la mas insigne cobardía. El dia de la reparacion, los vencidos restablecidos en sus derechos y rehabilitada su honra, no acuñaron medallas para humillar á los calumniadores, cuyo triunfo duró 41 años.

En el artículo *Canova* del suplemento de la *Biografia universal*, LX, 97, se leen los siguientes pormenores referentes al sepulcro de Clemente XIV.

«*Al empezar Canova á adquirir reputacion en Roma, contaba entre sus amigos á Volpato, grabador de las mas bellas*

obras de Rafael, y hombre de probidad ejemplar, quien accedió á darle por esposa á una de sus hijas, llamada Dominga.

« Carlos Giorgi, que recibió de Clemente un destino muy lucrativo, trató de elevar un monumento á su bienhechor, á cuyo fin encargó á Volpato que le buscarse un escultor que pudiese ejecutar debidamente una obra tan importante. Volpato le indicó á Cánova, no por que fuese su futuro yerno, sino porque era hombre de genio. Cánova prometió á Giorgi que satisfaría sus deseos no revelando á nadie el nombre del que pagó los gastos del monumento. En medio de su dicha, Cánova hubo de sufrir un pesar, y fué que Dominga quiso casarse con Rafael Morghen. Volpato á pesar de esto, continuó ocupandose del encargo que se le hizo, y aconsejó al jóven artista, que solo tenia entonces 18 años, que fuese á Carrara á buscar los mármoles necesarios para construir el monumento. A su vuelta, Cánova empezó y dejó terminado muy pronto un colosal modelo de barro.

« La estatua de Clemente XIV estaba representada en él con las vestiduras pontificias y sentado encima de un sarcófago, teniendo al lado dos estatuas de iguales dimensiones; la una en pié figuraba la *Moderacion* llorando, la otra que simbolizaba la *Mansedumbre*, estaba sentada sobre un pedestal, que debia armonizarse con la puerta de la sacristía de la Iglesia de los Santos Apóstoles. Antes de vaciar en yeso el modelo, Cánova rogó á su amigo Gavino Hamilton, que era bastante buen pintor, que un dia trajese consigo al pintor Pompeyo Battoni, quien al ver la obra de Cánova solo dijo estas palabras: « Este jóven tiene un gran talento, pero sigue mal camino, y le aconsejo que lo abandone. » Cánova quedó aterrado al oír esta formidable sentencia; mas Gavino le dió ánimo, y Quatremére de Quincy, que á la sazón se hallaba en Roma; dijo á Cánova que Battoni habia hablado como partidario de Bernin y de Carlos Maratte, y del estilo empleado por estos. « Precisamente vos acabais de levantar la bandera de la antigüedad contra su estilo y su afición á imitar, y por lo mismo esa censura debe mas bien alegraros que afligiros. El modo como debeis contestar á lo que se os ha dicho, es

perseverar en el sistema que tratais de restablecer.» Para dar una prueba de que hablaba como buen amigo, Quatremére elogió la estatua de la Mansedumbre, rogando empero á Cánova que la corrigiese un poco porque la hallaba algo pesada. Tocante á la de la *Moderacion* le dijo sin ningun reparo: «Tal como está no es digna de vos.» A lo cual repuso Cánova en tono afectuoso: «OH GRAZIE TANTE.» Y destruyó la estatua y compuso otra.

«Al cabo de ocho dias, la nueva estatua, que tiene once piés de alto, estaba terminada tal como se la vé hoy dia. Milizia, que pasaba por un rígido Aristarco escribió entonces al conde Sangiovanni que en el mausoleo de que se trata, la *Mansedumbre* respira tanta ternura, como el cordero que se halla colocado encima de elle; que si en los buenos tiempos de Grecia hubiese tenido que representarse un papa, no se hubiera hecho mas de lo que Cánova hizo para representar á Ganganelli. La composicion del monumento es tan sencilla, que parece fácil de ejecutar, cuando en realidad es muy difícil. Sangiovanni añadia que los jesuitas ensalzaban y querian tambien al papa Ganganelli de mármol.»

Es un hecho que en esa época solo se hablaba con mansedumbre y moderacion de cuestiones, que al parecer nos traen muy agitados hoy dia.

Finalmente, no hay duda que en varios puntos se han cometido contra los jesuitas, ya se les considere como religiosos, ya como hombres, atentados que estremecen. Solo en un país se procedió contra ellos de un modo conveniente, y mas de la mitad de los grandes y del pueblo, unidos á una mayoría inmensa de obispos, reprobaron la injusta sentencia de expulsion de los mismos. Los jesuitas no se defendieron por amor á la paz. Hay épocas en que por ser recientes y dolorosas las heridas, es lícito hacer recriminaciones y prorumpir en quejas: las hay tambien en que conviene mostrarse prudente en la felicidad, no abusar de la próspera fortuna, y no descender desde guardadores y servidores adictos de un trono, á representar un papel de críticos y de preceptores. Aquellos á quienes me refiero, no son los que han de instruir á sus soberanos. Estos ultimos no necesitan que se les enseñe, y sa-

ben escoger por sí propios los talentos, las tradiciones, las reglas, y las modificaciones que pueden ser convenientes, no ignoran el respeto que se les debe, y que con frecuencia todo cambia con solo desaparecer un rey ó un ministro. La soberanía de Roma solo podría sucumbir á los golpes de uno solo, mas hoy dia no hay que temer una monarquía universal. Carlos V, Felipe II, Sully, Isabel, Richelieu y Luis XIV, ya no existen. En tiempo de Choiseul tratóse de intimidar en nombre de varias potencias coligadas; mas el triunfo fué difícil y de poca duracion el acto de rigor que se llevó á cabo.

Roma no varia nunca; mas al paso que desea librarse de los riesgos, no trata de atacar los derechos de ninguno de sus vecinos. Lo que de ella se teme, tiene el buen sentido de temerle para sí misma, y de prevenir los males que pudieran afligirla. Si se conociese bien á Roma, como yo la conozco, no se hablaria de papas novadores, de sacros colegios comprometidos, de sábios caidos en la ignorancia, de hombres inteligentes convertidos en ineptos, y se exclamaria: «Dios ha constituido sólidamente la Iglesia y triunfará de todos sus enemigos.»

Al hablar así, nos apoyamos en los hechos consignados en los tomos anteriores, y la vida de Pio VI, aparte de los acontecimientos ocurridos después del pontificado de este papa, probará la verdad de mis opiniones.

No he llegado todavía al término que me he propuesto, y he de pedir al lector que sea indulgente conmigo, y á fin de que no me niegue en adelante esta indulgencia que tanto alienta á un escritor, recordaré los esfuerzos que he empleado para tratar imparcialmente cuestiones tan graves, rara vez consideradas bajo el punto de vista que he escogido. Al ocuparme de ellas lo he hecho con entera independenciam y sin esperanza de recompensa. Hasta aquí he dicho siempre la verdad, y continuaré diciéndola. Si he prodigado elogios, lo he hecho con gusto, pero con la conviccion de que eran merecidos; si algo he tenido que censurar, lo he hecho con respeto. He profesado gran afecto á Roma, y se lo profesó en el dia. No obstante, el que ha sido apellidado *finis Urbis* no se ha mostrado complaciente, ni sumiso siempre sino tocante al

dogma. Ya se me llame ó no *historiador amigo*, no lo sentiré si he sido justo; si me he dejado llevar por mis afecciones, y si esto se me prueba, pues sé discurrir hasta acerca de mis errores, envidiaré á los otros la calma de que yo carezca, y les preguntaré si es fácil hablar con frecuencia de la religion católica sin mucha fe, y si la fe no arrastra á un autor de un modo sobrenatural que muchas veces le impide dominarse á sí mismo.

La silla pontificia quedó vacante cuatro meses y veinte y dos dias.

354. Pio VI. 1775.

Hemos visto las vicisitudes que ha sufrido la Santa Sede desde el año 1730 hasta el 1775 durante los pontificados de Clemente XII, Benedicto XIV, Clemente XIII y Clemente XIV.

Clemente XII castigó la prevaricacion de un alto dignatario.

Hemos dado exacta y circunstanciada noticia de las luchas que sostuvo la isla de Córcega para asegurar su independencia. Clemente XIV procuró intervenir como mediador entre los belicosos habitantes de esa isla y los comerciantes genoveses que no pudieron conseguir someterla del todo.

Los jansenistas de Francia promovieron trastornos que alcanzaban tambien á Roma. El arzobispo de París, monseñor Vintimille, negó los milagros atribuidos al diácono Pâris, y prohibió propagarlos. Roma aprobó el juicioso comportamiento de ese buen arzobispo.

Los religiosos enviados por el Papa á las misiones orientales de *Propaganda fide*, obtenian felices resultados.

Un sobrino del emperador de Maruecos pasó á Roma para abrazar la religion católica.

Su Santidad se negó á dar la investidura de Sicilia y de Nápoles al rey Carlos de Borbon, y á su competidor el empe-

rador de Alemania, y quiso esperar para concederla que la guerra y los tratados, que comunmente ponen término á las luchas, decidiesen la empeñada contienda suscitada con motivo de la sucesion al trono de España.

El parlamento de París condenó las *Cartas filosóficas* de Voltaire.

La facultad de teología de la misma ciudad condenó tambien una obra titulada *Consulta sobre la jurisdiccion y la aprobacion necesaria para confesar*, la cual estaba compuesta por un apelante llamado Travers, y llamó mucho la atencion en Roma. En ella se atacaba una de las mas importantes decisiones del concilio de Trento.

Clemente XII consagró sus afanes en atraerse los fieles maronitas, á los cuales concedió permiso para celebrar un concilio provincial, en el que se dictaron varias reglas que fueron aprobadas por la Santa Sede.

Clemente canonizó á san Vicente de Paul, fundador de los establecimientos de la Mision y de las hijas de la Caridad, y á san Francisco Regis, jesuita y misionero, célebre por sus heroicas virtudes.

A la vuelta de algunos años, nació en Inglaterra la secta de los francmasones que Clemente condenó en el año 1737 por medio de la bula *In eminenti*.

Clemente puso término á las disensiones que estallaron entre la república de San Marino y el poderoso ministro de España, el cardenal Alberoni.

En el año 1739, la Universidad de París aceptó la bula *Unigenitus*, lo cual produjo en Clemente una satisfaccion indecible.

Clemente, que se hallaba animado de sentimientos muy rectos, prohibió á sus parientes mezclarse en los negocios públicos.

Clemente XII fué uno de los papas que mas hicieron en favor de la basílica de San Juan de Letran, apellidada, como es sabido, *ecclesiarum urbis et orbis mater et caput*, «madre y cabeza de las iglesias de Roma y de las del universo.»

Para no omitir nada, y llenando un deber de justicia, deberiamos mencionar infinitos hechos que acreditan el talento,

la inteligencia, la apacibilidad de carácter y la merecida fama de Benedicto XIV, que es uno de los mas esclarecidos pontífices que han existido. Toda su celebridad se la debe á sí mismo. Su pontificado constituye una larga serie de trabajos útiles y de mejoras. Benedicto basta para acreditar cuan justos son los elogios tributados á la brillante y sólida instrucción que se prodiga en Roma. Educado en el colegio Clementino, adquirió abundantes conocimientos, que hicieron célebre su vida, durante la cual llevó á cabo empresas extraordinarias.

Prescindiendo de la dificultad, ó mas bien imposibilidad que experimentó siempre, como él mismo decia sonriendo, para corregir un tanto su acento propio del idioma de Bolognia, superó todas las dificultades que impiden al hombre de poca fortuna moverse de una modesta posicion social. No tardó en llegar á ser á fuerza de estudio el principe de los jurisconsultos, y el mas profundo conocedor de la ciencia histórica. El cónclave reconoció su superioridad científica y literaria, con que preludió su fama como pontífice. Alcanzó los sufragios de los zelanti y de las grandes potencias: ¡tan grande es el ascendiente que ejerce en los ánimos una erudición vasta, unida á un carácter apacible, y hasta tal punto se goza en ser enseñado por un hombre, que era un oceano de conocimientos!

Despues de haber tomado posesion de San Juan de Letran, de este templo que su predecesor habia embellecido tanto, Benedicto se dispuso á regir la Iglesia universal, para cuyo objeto contaba con la aptitud necesaria. Poseia además conocimientos en varios ramos, como en medicina, geografia y administracion, acerca de cuyas materias habia en Roma muchas obras.

No era solo el Papa el que se distinguia por su saber, pues los prelados romanos eran tambien muy aficionados al estudio. Benedicto les excitaba á aprender, á investigar y á escribir mucho. «Cuanto mas se sabe mas se debe aprender,» decia muchas veces.

Las academias fundadas por Benedicto gozan todavia en Roma de mucha fama.

Las disposiciones que Benedicto adoptó con respecto á los asuntos de China, fueron en extremo acertadas. No admitió de pronto las innovaciones que en ese imperio se habian introducido, pues consideraba que un papa es como un capitán de buque que ha de ser el último en abandonar la nave en los momentos en que se ve en riesgo de zozobrar ó de encallar. No se ocultaba á Benedicto que hubiera sido mejor que los ritos de la China católica hubiesen sido mas conformes con los de la Iglesia de Europa; mas creyó que era preciso sacrificar una parte del cargamento de la embarcacion á fin de poder salvar el resto, y alcanzar mayores ventajas en lo sucesivo.

Benedicto no dejaba de ocuparse de la Francia. En la Gran Bretaña cundian doctrinas ateas y materialistas. Voltaire, que se acogió en ella para sustraerse á los males que el gobierno de su patria debiera haber prevenido, erró en el modo de manifestar su gratitud por la hospitalidad que se le habia dado. En vez de admirar las sólidas instituciones que existian en Inglaterra en favor del pueblo y de la seguridad pública, y de recoger las semillas de plantas saludables, fijó su atencion en los campos en que únicamente crecian producciones venenosas, aprovechóse de estos elementos deletéreos, y los trasportó á Francia. Pero no siempre esparció veneno; pues mas de una vez recordó las lecciones que habia recibido en los colegios de la Compañía de Jesus, y de las cuales supo sacar partido en varias ocasiones. En uno de los momentos en que olvidó sus malos principios, sostuvo una correspondencia con Benedicto XIV con motivo de haber enviado á este papa un ejemplar de su tragedia titulada *Mahometo*.

En las cartas de Voltaire y en las contestaciones del Papa, ambos demuestran su buen gusto.

Benedicto hubo de ocuparse en combatir la obra del médico la Mettrie, imitador de Lucrecio, titulada: *Historia natural del alma*, y la de Diderot, titulada: *Pensamientos filosóficos*. Apenas repuesto el Papa de los afanes que empleó en favor de los jesuitas del Paraguay calumniados ante Felipe V, y cuya inocencia supo defender contra los injustos cargos de naturaleza igual á los que se les dirigieron mas tarde, reprobó esos libros impíos y tuvo la fortuna de encontrar en Francia quien apro-

base su conducta entre la multitud que engañada se precipitaba en malos senderos.

El comportamiento observado por Benedicto con Enrique de la casa de los Estuardos, que aspiraba á abrazar el estado eclesiástico renunciando á esperanzas tan razonables como las que en 1640 alimentaban los príncipes de la casa de Braganza, fué paternal y bondadoso. Los lazos con que Benedicto ataba al príncipe eran fáciles de romper, aun teniendo en consideracion los preceptos de la Iglesia. Ningun resultado produjo la prevision del Sumo Pontífice; mas este obró como requería su ministerio, al cual incumbe recordar sus deberes tanto á los reyes, como á los pueblos.

Benedicto ocupóse durante mucho tiempo del asunto referente á la supresion de fiestas, y al examinar esta cuestion, se tuvieron en cuenta razones de buen órden, de civilizacion, de humanidad y de conveniencia. Benedicto procedió con tan santas miras, que la crítica no pudo hallar en que cebarse. Por punto general, el Papa concedió mas de lo que se le pedia; mas á fuer de pontífice celoso, y no queriendo ser complaciente sin provecho, supo limitar sus concesiones desde el momento en que vió que algunos obispos no las consideraban oportunas.

Los preceptos, los edictos, las notificaciones, los decretos expedidos con motivo del jubileo del año 1750, no es posible que jamás se olviden en Roma.

En 1750, en el espacio de seis meses, entraron en Roma cuarenta mil peregrinos.

Cristóbal de Beaumont desfiende intrépidamente la religion en París; Benedicto se complace en ello, le alienta, y le indica el cielo como la recompensa que á los dos está reservada.

Las doctrinas de los *maniqueos*, de los *paucianos*, de los *marcionitas*, y de los *pirrónicos*, citadas por Bayle en su Dicionario, ofrecen ocasion á Benedicto de entrar en el terreno de la historia, que conoce mejor que Bayle, en ese terreno que el discípulo del colegio Clementino puede recorrer sin extraviarse. Benedicto derriba el edificio levantado por Bayle, y le muestra desarmados á esos antiguos cautivos que la Iglesia cargó de cadenas mucho tiempo hace.

Procédese á un exámen del *Eucologio* de los griegos, á quienes se devuelve corregido, mejorado y mas conforme con las tradiciones locales. Benedicto, como pontífice de la Iglesia latina, hizo mas de lo que hubiera hecho el mas sábio patriarca de la Iglesia griega, y muy bien puede decirse que éste no llegó jamás á poseer el idioma latino, tanto como el jefe de la Iglesia romana conocia la lengua griega.

Benedicto XIV tuvo enteramente postergada á su familia, y es ya sabido que esta es una de las mas apreciables circunstancias que puede reunir un papa.

El veneciano Clemente XIII, de cuarenta y cuatro votos obtuvo treinta cuando se trató de dar un sucesor á Benedicto XIV.

No bien subió al trono pontificio, dispuso que los arzobispos y obispos debiesen observar estrictamente las reglas referentes á la residencia.

Los sumos pontífices tuvieron muchos miramientos á la familia de los Estuardos, y Clemente, haciendo todavía mas que sus antecesores, dispuso que se celebrara un banquete público el día de la consagracion del duque de York, que habia sido nombrado obispo de Corinto. Durante él colmóse de atenciones á la desdichada familia que habia perdido el trono de la Gran Bretaña.

Hemos ya visto como empezaron las acusaciones contra los jesuitas, los cuales se queria en todas partes que apareciesen culpables, sin embargo de que no existian pruebas contra ellos. Clemente XIII dirigió varias observaciones á Oeyras, (marqués de Pombal mas adelante), que era el que mas empeño demostraba en perder á los jesuitas. Oeyras contestó con denuestos al principio, luego publicó libros insulsos, y se distinguió por sus violencias, por los asesinatos que hizo cometer, por crímenes inauditos, y por proscripciones parecidas á las que tuvieron lugar en los tiempos posteriores á la época en que César gobernó á Roma.

En Francia, Helvecio prodigaba insultos á la religion, diciendo que la *probidad del individuo es casi inútil para el público*. Atacaba el pudor, y queria la destruccion de los gobiernos monárquicos, fundándose en que contienen las inspiraciones del genio y obligan á callar grandes verdades.

El abate Mesenguy secundaba los esfuerzos de Helvecio publicando la obra titulada *Exposicion de la doctrina cristiana*. Clemente XIII condenó esos libros impíos, y recomendó á los obispos de toda la cristianidad el *Catecismo romano*, compilado por sus predecesores y particularmente por san Pio V.

No pudiendo olvidar Clemente que habia ocupado un puesto en el Tribunal de la Rota, publicó dos constituciones para aumentar *el decorum* de ese cuerpo de magistrados, y restablecer un antiguo sistema de procedimientos que habia caido en desuso.

En Francia los parlamentos persiguieron á los jesuitas con motivo de los yerros del P. Lavalette de la Compañía de Jesus, de quien se supo que se entregó á negocios mercantiles, en los cuales fué mas desgraciado que culpable.

El P. Lavalette, despues de ser severamente juzgado por un tribunal compuesto de miembros de la Compañía de Jesus, declaró que sus compañeros no tuvieron participacion en sus faltas; mas era inútil que diese descargo alguno de su conducta, pues el partido antireligioso queria de todos modos hallarle culpable.

Las palabras de dulzura y de conciliacion de Clemente XIII no produjeron efecto alguno. Las persecuciones que sufrieron los jesuitas fueron horribles en Portugal y obstinadas en Francia, pero en este reino se empleó mas moderacion con ellos y se los expulsó por medio de decretos.

Algunos amigos del rey favorables á los jesuitas, y los ruegos de la reina María y del Delfin, hicieron menos dolorosa la caida de esos religiosos, por quienes abogaban casi todos los obispos. He consignado en su lugar oportuno algunas reflexiones tocante al hecho de que estamos ocupándonos, escritas en aquella época, y mas adelante por Horacio Walpole, que juzga acertadamente á la corte de Francia.

El arzobispo de París, Cristóbal de Beaumont, este infatigable soldado de Jesucristo, mereció en aquella época los elogios del Pontífice, y se hizo acreedor á los de la posteridad. Desterrado á Conflans, el Papa le escribió algunas cartas consolándole.

He procurado dar á conocer al lector todos los pormenores que precedieron y siguieron al cisma de Utrecht.

La religion católica se vió atacada en la patria de Sobieski. Clemente tendió su poderosa mano á los obispos polacos y restableció el imperio de la Cruz.

Carlos III fué mas riguroso con los jesuitas que el marqués de Pombal y que la Francia. Las reclamaciones que Clemente dirigió al rey de España fueron enérgicas y formuladas de modo que era imposible no conmoverse. Por efecto de resentimientos indignos de monarcas grandes, Luis XV envia tropas á Aviñon que cae en su poder; el rey Fernando, á una indicacion de su padre Carlos III, hace ocupar por sus soldados á Benevento que se halla enclavado en su reino, y á Ponte Corvo, que pertenecia al Papa, situado en las fronteras de Nápoles.

El embajador de Francia en Roma, M. de Aubeterre, propone que se envíen á las orillas del Tíber algunos batallones de soldados corsos. Choiseul se opone con dignidad á este modo de tratar las cuestiones, que califica de *violento y muy extraordinario*, y opina que Luis XV no se halla dispuesto á adoptar un partido tan extremo.

No será esta la última vez en que Choiseul, á pesar de que favorece ostensiblemente las exigencias del gabinete de Madrid, se manifieste independiente, imparcial y generoso.

Venecia molesta á Rezzonico con exigencias desmedidas y que no pueden traerle utilidad alguna.

Un entendido y experimentado maestro de ceremonias saca de apuros á Clemente que se veia en un triste compromiso por haberle pedido los representantes de las tres cortes de Borbon que les concediese una audiencia á todos ellos juntos.

Mucho sufrimos al describir el pontificado de Clemente XIV, y no sin pena vamos á hacer un sencillo resúmen que creemos de nuestro deber continuar aquí, puesto que tenemos contraida la obligacion de hacer estos resúmenes desde el principio de esta obra.

Al entrar Clemente XIV en el cónclave, conocia ya la disposicion en que se hallaban la Francia, la España y Nápoles. A los 18 años era ya fraile franciscano, y en 1759 fué creado cardenal por recomendacion de los jesuitas. Algunos cardenales creian que por gratitud se mostraria favorable á

estos religiosos; otros opinaban que como era franciscano le seria indiferente su suerte, y que se declararia enemigo suyo.

Se ha acusado á Clemente de haber practicado algunos manejos en el cónclave y de haber consentido condiciones, que no debe escuchar ninguna persona propuesta para ser papa.

Infinitos documentos sacados de los archivos del gobierno francés aclaran en gran manera los hechos. No podemos volver á ocuparnos ahora de dichos documentos, de que hemos tratado anteriormente. Para mí está justificado que Clemente nada prometió, y que no entró en ningun trato ilícito. Al llegar á este punto de su pontificado, he hecho mencion de una obra titulada *Clemente XIV y los jesuitas*. Al examinarla habia de hablar por precision de tres situaciones que venero y me expresé en términos respetuosos, con las consideraciones debidas y con franqueza.

Si en la obra citada hay cartas que contienen algunas acusaciones contra la Francia, diremos que en varias de ellas el ministro Choiseul hace alarde de planes y de proyectos por él concebidos.

Bernis se muestra previsor, pero vano y satisfecho de sí mismo, lo cual le expone á ser engañado fácilmente. El embajador Aubeterre obra con un celo reprobable algunas veces, pues cualquiera que sea la idea que se tenga formada de la doblez de los demás, no debe nunca salirse un buen negociador de los límites de una prudente reserva.

Explico el motivo que pudo inducir á los *zelanti* á dar sus votos á Ganganelli. En los anteriores pontificados fueron rechazados infinitos ataques dirigidos contra la Santa Sede y sus servidores, y era de esperar que esta vez sucederia lo mismo. Las grandes potencias contribuyeron á la eleccion de Ganganelli por un motivo que no ocultaban, y los *zelanti* contribuyeron tambien por otros motivos laudables.

Los primeros actos de Clemente XIV fueron en favor de los jesuitas. Las tres grandes potencias vieron con desagrado los testimonios de aprecio que les daba Clemente, quien dejó que le propusieran, ó mas bien se hizo proponer un concordato,

en el que se hubieran fijado las relaciones de los demás Estados con Roma. En el fondo de este proyecto habia un plan de reforma de las órdenes religiosas, con el cual podia esperarse que se evitaria la abolicion de la Compañía de Jesus.

De paso llamamos de nuevo la atencion sobre las máximas de Choiseul relativas á los espías, y á los servicios de esos hombres odiosos y viles, que son un verdadero azote de la sociedad.

Como Clemente XIV antes de ser papa no hizo ningun trato ilícito, fué mas difícil vencer su oposicion al proyecto que se meditaba. La España ayudó á los enemigos de Choiseul para derribar á este ministro á pesar de que no era contrario á sus miras.

Clemente atacó rigurosamente los libros perniciosos publicados en Francia.

Hemos dicho algo del tribunal de la Rota.

He ensalzado á Clemente por su amor á las bellas artes. A él se debe la creacion de un museo, que ha llegado á ser uno de los mejores del mundo.

No pueden menos de aplaudirse las bellas palabras que este Papa dijo á su enemigo, el representante de la España, á saber: « *Los papas gobiernan las almas, pero no trafican jamás con ellas.* »

He transcrito íntegra la bula en que se decretó la extincion de la Compañía de Jesus. Los jansenistas triunfantes dijeron de ella: « Está bien, pero es demasiado larga. » Por este motivo sólo querian publicar un extracto de la misma; mas este documento, en el cual se empieza por establecer que la Santa Sede tiene el derecho de suprimir las órdenes religiosas, debe ser conocido todo. Algunos confunden lo riguroso de la medida con la autoridad propia de un papa, y deteniéndose á hablar de esta última, se lamentan de la excesiva severidad de la determinacion tomada, sin decir una palabra de los medios de coaccion empleados por las grandes potencias.

Nada he omitido y he dado una traduccion de un pasaje que suprime el autor de *Clemente XIV, etc.*, ignoro el motivo. El breve que he transcrito está tal como la Santa Sede permitió que se publicase en el año 1841.

He consignado las sublimes palabras de mansedumbre , de resignacion , de sobrehumana paciencia proferidas por Novaes , pidiendo que la Iglesia alcanzase la paz que se esperaba reinaria despues de la extincion de la Compañía de Jesus ; mas léjos de esto todas las autoridades , tanto las que dictaron la providencia de expulsion , como las que la suscribieron , no tardaron en ser víctimas de revoluciones que aun no han terminado.

Añado luego una exacta estadística , en que reseño el personal de que se componia la órden de Jesus. Este trabajo se lo debo tambien á Novaes.

He hablado de la indiccion del jubileo de 1775.

Me he ocupado tambien en dar algunas noticias sobre las catacumbas.

Me he detenido en refutar una obra titulada *Memorias filosóficas , etc.* , en la cual se habla de Ganganelli en términos impropios.

Es digno de recordarse el terrible juicio emitido por el consejero Silva acerca del marqués de Pombal , en presencia de la corte , y en una de las plazas de Lisboa.

Hemos dicho algo de Cánova , autor del bello monumento elevado á Clemente XIV.

El lector ha visto las amarguras que sufrió Clemente XIV en sus últimos momentos. No fué víctima de delito alguno , como se ha supuesto.

Hubiéramos querido no vernos en el caso de censurar algunas de las medallas acuñadas durante el pontificado de Clemente XIV.

Pasemos ya á describir los sinsabores , los contratiempos , y las discordias que Clemente legó al Papa que ocupó tras él la cátedra de san Pedro.

Pio VI , llamado antes de ser papa Juan Angel Braschi , nació en Cesena , ciudad de la Romaña , en 27 de diciembre de 1717 , y era hijo del conde Marco Aurelio Braschi , que pertenecia á una de las familias mas nobles de dicha ciudad , y de la condesa Ana Teresa Bandi , dama ilustre de aquella provincia.

Despues de haber hecho sus primeros estudios al lado de

sus padres, el jóven Braschi pasó para dedicarse á los superiores á un colegio de jesuitas , en donde no tardó en darse á conocer por sus felices disposiciones. Estaba dotado de un talento precoz ; aprendia con facilidad las cosas mas difíciles y las retenia para siempre en la memoria , que conservó toda su vida , como que cincuenta años despues recitaba pasajes enteros de los mas célebres autores griegos y romanos , cual si acabase de leerlos. En 1735 en que apenas tenia diez y siete años se recibió de doctor en ambos derechos , decidiéndose entonces á abrazar el estado eclesiástico , á pesar de que era el único hijo varon que habia en su familia. Con el deseo de perfeccionarse en las mas profundas ciencias , y de extender sus conocimientos , dejó á Cesena y pasó á Ferrara, poniéndose allí bajo la direccion de su tío materno, el abogado Juan Carlos Bandi, quien se hallaba en calidad de auditor al lado del cardenal Ruffo, que era entonces legado pontificio en aquella provincia.

No se pasó mucho tiempo sin que este cardenal dispensase su proteccion al jóven Braschi , quien daba muestras de ser muy dócil, modesto y atento, y ostentaba una elocuencia natural de que hay en su edad pocos ejemplos.

El cardenal Ruffo dispensó la mayor confianza al jóven Braschi , á quien nombró su secretario particular , siendo para él su amigo y protector á un tiempo. Cuando pasó á Roma para tomar parte en el cónclave en que debia elegirse el sucesor de Clemente XII , llevó consigo á Braschi.

Era el año 1740 cuando ambos llegaron á Roma, en donde el cardenal Ruffo tomó á Braschi por conclavista , nombrándole al poco tiempo auditor de su obispado de Ostia y de Velletri, cargo que Braschi desempeñó por espacio de trece años , ó sea hasta la época de la muerte de su protector, ocurrida en 1753.

En 11 de agosto de 1744, estando Braschi todavía en Velletri, hubo un combate entre los austriacos y los napolitanos acaudillados por el rey Carlos III , que por poco quedó hecho prisionero. En medio de la confusion que reinaba entonces, Braschi pudo salvar los documentos que existian en la chancillería de Nápoles. El rey se encontró en Roma con Braschi, y despues de haber elogiado el celo que demostró en aque-

llas circunstancias, le dijo: « Me acordaré siempre de vos, y seré siempre vuestro amigo. » Y lo cumplió.

Con motivo de una providencia dictada por la curia del arzobispado de Nápoles, hubo en esta ciudad algunos conflictos, y para ponerles término, Benedicto XIV envió allí á Braschi, que llenó perfectamente su cometido dejando satisfechas á las cortes de Nápoles y Roma.

En recompensa, Benedicto le eligió para que le ayudase en los estudios á que se dedicaba, y desde entonces estuvo ocupado en escribir lo que le dictaba el Sumo Pontífice, quien poseía vastos conocimientos en historia eclesiástica. Muy luego Braschi fué nombrado camarero particular del Papa y canónigo de la basílica del Vaticano. Tratóse de casarle, mas se renunció á ello, y Braschi resolvió hacerse sacerdote. Tres años despues, ó sea en 1758, ingresó en la prelatura, y prestó en manos del prefecto de la signatura, el cardenal Corsini, el juramento que se exige á los refrendarios, cuyo cargo entró á desempeñar.

En 1759 el camarlengo, cardenal Rezzonico, eligió á Braschi por su auditor en materias civiles, destino que ocupa siempre un prelado que reuna la circunstancia de ser entendido jurisconsulto. En 1766, Clemente XII le nombró tesorero general, y en 26 de abril de 1773 Clemente XIV le creó cardenal.

Celebrados los funerales de Clemente, entraron en el cónclave veinte y siete cardenales, cuyo número aumentó hasta cuarenta y tres. Teniendo en consideracion el estado en que se hallaba entonces la política, creyóse que el cónclave duraría largo tiempo. Y en efecto duró muchos meses. Novaes da pocas noticias acerca de los trabajos que en él se practicaron, y se contenta con decir que duró cuatro meses y nueve dias (1).

El cardenal Bernis, que residía en Roma, fué uno de los primeros cardenales que entraron en el cónclave, y hasta mas tarde no ingresó en él el cardenal Luynes (2).

Queda abierto el cónclave, el cual empieza á dedicarse á las acostumbradas tareas.

(1) Novaes, tom. XVI, pág. 7.

(2) El rey le dió 50,000 libras tornesas para el viaje.

La España tardó mucho en enviar al cardenal Solís, quien entró en él cuando ya había dos meses que estaba abierto.

En 14 de diciembre de 1774 los ministros de Francia, de España y de Nápoles presentan al cónclave un manifiesto contra la presunta elección de uno de los cardenales Colonna.

Bernis no quería que se pronunciasen exclusiones, y hé aquí que en cierto modo se declaran tres. En ningún cónclave por borrascoso que haya sido, se cometió nunca con menos reparo que en este semejante abuso de poder.

Las conferencias que precedieron ó siguieron á la presentación de dicho manifiesto, indicaban bien claramente que no se quería á ninguno de los Colonna por mas que solo se rechazase á uno de ellos. Yo creo que el designar á Colonna no fué mas que una estratagema empleada por el partido opuesto, pues en Roma no hay disposición á elegir papa á ningún gran príncipe del país.

Como el proponer á Colonna no fué mas que un ardid, puede decirse que las grandes potencias le hicieron una oposición inútil.

En 21 de diciembre, Bernis confiesa en uno de sus despachos que los soberanos no tienen otro derecho que el de aceptar ó excluir á las personas propuestas para papas. Pero la animosidad que reinaba en el cónclave era tan grande, que se discutía acaloradamente sobre el derecho de excluir, en contra del cual se manifestaban los Albani.

M. Vergennes en un despacho de 29 de diciembre, aprobó la determinación tomada por el cardenal Bernis de acuerdo con el ministro de España, de encargar al cardenal Migazzi el papel de mediador; mas ya antes de recibir esta autorización Bernis trabajaba para ello, considerándolo provechoso á los intereses de las grandes potencias.

A fines de 1774 un acontecimiento imprevisto puso en agitación al cónclave. En un despacho de Viena que presentó el príncipe Corsini, se mandaba á los cardenales milaneses que se uniesen á los ministros de la casa de Borbon, bajo *pena de secuestrárseles las rentas de sus abadías*. Casi todos los cardenales clamaron contra esta rigurosa medida, pues con ella desapa-

recia la libertad del sufragio invocada en otro tiempo por el duque de Choiseul.

En 11 de enero de 1775 el cardenal Migazzi se avista con Bernis, y le propone la eleccion del cardenal Zelada (1).

El cónclave toca ya á su término, y finalmente en 15 de febrero, despues de celebrada la misa del Espíritu Santo, es elegido por unanimidad el cardenal Braschi, de quien los cardenales Bernis y Luynes en la carta que mancomunadamente dirigieron á Luis XVI, participándole su eleccion, hicieron el siguiente retrato:

« Solo nos falta hacer á V. M. el retrato del nuevo papa. Su rostro respira el aire propio de un Sumo Pontífice. El cardenal Braschi descende de una familia noble muy antigua que se hallaba establecida en Cesena, una de las ciudades de la Romaña. Es el último de su familia, y por lo mismo no hay que temer el nepotismo (2).

« Sus costumbres y su conducta son edificantes, y posee los conocimientos necesarios para gobernar. Tiene una cabeza bien organizada, un carácter firme y excelentes intenciones, y desea mucho merecer el aprecio y la proteccion de los soberanos.

« Este es el juicio que podemos formarnos de Braschi, siguiendo las reglas de la prudencia humana. A todas estas circunstancias reúne la de no tener mas que cincuenta y siete años, que cumplió en 27 de diciembre último. »

El nuevo papa tomó el nombre de Pio VI en honor de San Pio V, á quien tenia particular devocion.

En 22 de febrero fué consagrado obispo, y coronado en seguida. En 30 de noviembre tomó posesion de San Juan de Letran.

Bernis escribe que el Padre Santo dió en público la mas favorable acogida al abad de Clermont Tonerre (3) como un tes-

(1) El cardenal Zelada era español. Clemente XIV le dió el capelo en 27 de agosto de 1773, poco tiempo despues de la bula de extincion de la Compañía de Jesus.

(2) No obstante, se vió que tenia dos sobrinos.

(3) Murió siendo arzobispo de Tolosa.

timonio de lo mucho que agradecía los servicios que su casa prestó en otro tiempo á la Santa Sede.

Lo primero que hizo Pio VI fué abrir el jubileo del año santo. Ocupóse en el modo de atender á las necesidades de los peregrinos que en número infinito habian acudido á Roma. Dispuso que se recibiera con las atenciones debidas al elector palatino del Rhin, Carlos Teodoro, á Maximiliano, archiduque de Austria y hermano del emperador José II, al duque de Gloucester, hermano del rey de Inglaterra, y al landgrave de Auspach, hermano del rey de Prusia.

En 26 de febrero se abrió la puerta santa, que cerró el Papa con grandes solemnidades en la víspera de Navidad. Súpose entonces que estuvieron en Roma ciento treinta mil trescientos noventa peregrinos, sin que en todo el año santo ocurriera el menor incidente, y sin que nada interrumpiese las augustas funciones que en él acostumbran á celebrarse.

Pio VI publicó varias disposiciones encaminadas á reformar el traje, y á reprimir el lujo que se habia introducido entre el clero.

Antes de subir al trono pontificio, Braschi era tesorero general, y por lo mismo pudo enterarse de los abusos introducidos en la administracion de las rentas públicas. El anterior gobierno fué muy pródigo en conceder futuras, y Pio las dejó sin efecto, reduciendo al mismo tiempo las pingües pensiones injustamente acordadas, con lo cual proporcionó al Estado considerables economías.

Pio VI protegió la agricultura, cuya importancia conocia (1); publicó algunas leyes en favor de los colonos y de los comerciantes de granos, y concedió recompensas á los labradores. Nombró una congregacion para que se ocupase del examen de los graves desórdenes originados del ocio, de utilizar malas semillas, de monopolizar los granos, y de vender empleando falsos pesos. El Estado percibió desde entonces mayores contribuciones, al paso que se mejoró la situacion de los comerciantes. No es cosa muy frecuente ver al fisco que protege á las clases que casi en todas partes se ven oprimidas. Dicha

(1) Véanse las «Economías reales» de Sully, tom. I, pág. 391.

congregacion mandó á un comerciante, que gozó del favor del Sumo Pontífice anterior, que inmediatamente rindiese cuentas de la cantidad de nuevecientos mil escudos facilitados por la cámara apostólica para comprar granos durante la carestía de 1771 y 1772, y para hacer préstamos á los labradores, cuyos apuros no les permitian sembrar sus tierras. Formóse causa á ese abastecedor, que no fué convencido de fraude, pues era un hombre de bien, pero sí de negligencia, y condenósele en consecuencia á restituir al tesoro doscientos ochenta y dos mil escudos. Viendo el rey de España que dicho comerciante quedaba arruinado, le concedió una pensión para hacer llevadera su mala suerte.

Animado de justos sentimientos, el Padre Santo mostró interesarse por los jesuitas, á quienes consideraba mas desgraciados que culpables. Otorgó algunas gracias á muchos de ellos, y sin desaprobare lo hecho anteriormente, mejoró la situacion de los que se hallaban detenidos en el castillo de San Angelo, entre los cuales se contaba el general de la órden, Ricci, quien murió en 24 de noviembre de 1775. Pio VI dispuso que se celebraran en su obsequio solemnes funerales en la iglesia de los florentinos, á cuya nacion pertenecia, y que se le diese sepultura en la iglesia de Jesus al lado de los generales de la Compañía, predecesores suyos. Ese desgraciado anciano dejó escrita una memoria, en la que protestaba, como protestó en el momento de administrarle el Viático delante de muchas personas: 1.º que la Compañía de Jesus no habia dado lugar, segun él creia, á que se la suprimiese, y que así lo declaraba por estar muy enterado como superior de la órden de todos sus asuntos; 2.º que en cuanto á él, no creia haber merecido el encierro, ni los rigores con que se le trató despues de extinguida la Compañía de Jesus; 3.º que perdonaba sinceramente á todos aquellos que le habian atormentado y afligido, infiriendo malos tratos á sus subordinados, y atentando contra su reputacion. Algun tiempo despues, el Sumo Pontífice dejó salir del castillo de San Angelo á los demás jesuitas. A instancias del rey de Prusia, Federico II, conservólos en los Estados de este soberano que los creia necesarios para instruir á millon y medio de sus súbditos. Para no herir la susceptibilidad de

los monarcas de la casa de Borbon , Federico mostró sus deseos de que los jesuitas no usasen el hábito propio de su instituto, sino el de los clérigos seculares.

En virtud de cierta disposicion se estaba siguiendo causa contra el célebre abad florentino Cayetano Sertor , autor del famoso drama del *cónclave* , celebrado despues de la muerte de Clemente XIV, en el cual se ridiculizaba á casi todo el sacro colegio, con grande escándalo del mundo católico; pero convenido Pio VI de que lo hizo dejándose arrastrar por su ardiente imaginacion , mas bien que llevado de malas intenciones, creyó que bastaba para dejarle castigado la larga detencion que habia sufrido , y en consecuencia dispuso que se le sacase del convento de menores observantes en que permaneció algunos meses , y que se le pusiese en libertad , con la condicion de que saliese de los Estados pontificios. Zelada que entre todos los cardenales , era el que mas tenia que quejarse de los ataques de Sertor , no solo le perdonó dando con ello una prueba de religiosa magnanimidad , sino que impulsado por generosos sentimientos le envió cien escudos para los gastos de viaje, aconsejándole de paso que se dedicase á una ocupacion mas útil y mas segura que la de poeta satírico y mordaz.

Durante el último pontificado , procesóse por extraccion furtiva de granos fuera del Estado , á Pedro Ojetti , cuyos bienes fueron embargados. Despues de su muerte, la viuda de Ojetti se presentó á Pio VI, exponiéndole el modo irregular con que habian procedido dos jueces que habian prevaricado. El Papa hizo examinar el asunto , y persuadido de la injusticia de la condena , mandó la devolucion de los bienes confiscados, y destituyó á los dos jueces , que á haber sido Pio VI mas severo , hubieran sufrido un castigo mas riguroso.

No contento Pio VI con dar estas pruebas de cuanto se interesaba por la justicia , mostrábase muy celoso en favor de sus súbditos. Monseñor Bolognini habia presentado á Clemente XIV un proyecto para desecar los pantanos Pontinos, lo cual equivalia á secar una extension de terreno cubierto de lagunas, que se comunicaban entre sí , en el espacio de mas de doce leguas. Pio VI examinó con calma y sosiego el plan de Bolognini , y considerando los buenos resultados que de él podian

esperarse, lo aprobó, confiando á su autor el llevar á cabo la empresa, cuya administracion encargó á una congregacion de cardenales.

Pio VI consultó acerca de los trabajos que iban á emprenderse á los mas sábios hidráulicos y á los mas entendidos ingenieros, entre otros á Luis Benck y á Cayetano Damini. Esos trabajos debian empezarse el año 1777, y el Papa nombró comisario delegado á Lucas Sperandoni para entender en las cuestiones que acaso se suscitasen entre las municipalidades y los poseedores de terrenos y de pesqueras, comprendidos en el espacio que abrazaba el proyecto. Escogióse á los profesores de matemáticas y de hidrostática, Boldrini y Zannotti, para examinar y resolver las dificultades que ocurriesen en la ejecucion del proyecto. El geómetra Angel Sani aseguró que todo saldría bien, y trazó un plano general del terreno, con designacion de los puntos en que habian de hacerse las excavaciones, el cual debia servir de norma á los encargados de verificarlas, quienes recibieron por jefe al bolonés Cayetano Rapini, que era un agrimensor de mucha reputacion y un arquitecto acostumbrado á obras de esta naturaleza. Los primeros ensayos produjeron muy buenos resultados, de modo que en breve quedó desecada una gran parte de terreno.

Hácia la misma época, el barnabita P. Santini presentó al Papa el plano para la apertura de un canal marítimo á poca distancia de Roma, el cual podria ser de mucha utilidad para el comercio, pues ahorraria los gastos de carruajes destinados al transporte de géneros; pero el desecamiento de los pantanos pareció á Pio VI una empresa mas útil y gloriosa.

En el pontificado de Clemente XIV fundóse un museo á que se dió entonces el nombre de Clementino. Pio VI lo embelleció y perfeccionó, haciendo en él mejoras de gran importancia, despues de lo cual se le llamó museo Pio Clementino, y se puso al cuidado del célebre abad Vizconti, padre de Ennio, á quien hemos visto en París formando parte de tres clases del Instituto de Francia.

Por aquel tiempo la archiduquesa María Cristina y su esposo, el duque Alberto de Sajonia Teschen, llegaron á Roma para hacer una visita á Pio VI, quien los recibió con muestras

del mas vivo contento. Poco tiempo despues entró tambien en Roma el landgrave de Hesse-Cassel, el príncipe Augusto de Sajonia Gotha, el príncipe Augusto, hermano del rey de Inglaterra, el rey de Suecia Gustavo III y su hermano el duque de Ostrogothia, y finalmente el emperador José II y el conde del Norte, hijo de la emperatriz Catalina. El Papa mandó á los primeros dignatarios del Estado que tributasen á esos augustos extranjeros los honores debidos á su alto rango.

Pio VI no concebía sino ideas grandes. La iglesia de san Pedro, sin embargo de que era la mas bella del universo, carecía de una sacristía digna de ella. Para remediar esta falta, demolióse la antigua, y aplanóse el terreno en donde debía construirse la nueva, de la cual el Papa puso con gran solemnidad la primera piedra. Las obras recientemente practicadas debían comprender, además de la sacristía, la sala capitular y la *canónica*, ó sea el lugar suficiente para contener en él á todos los canónigos.

No eran estas solas las mejoras que ocupaban la actividad del Sumo Pontífice, quien proyectaba otras que ilustraron su pontificado.

Pio VI deseaba hallar el medio de unir el lago Trasimeno con el Tiber, por medio de una ligera pendiente matemáticamente formada, lo cual debía reportar gran beneficio á los alrededores de Perugia. El escolapio P. Gaudio quedó encargado de practicar las necesarias nivelaciones.

El formidable antemural que el emperador Trajano opuso al mar en Civitavecchia, necesitaba ser recompuesto con urgencia, y así se hizo de un modo acertado por órden de Pio VI.

Aun subsistía el tributo de la hacanea, á despecho del ministro de Nápoles, Bernardo Tannucci, quien dirigió un despacho al embajador del rey de Nápoles, el conde de Cimitille, manifestándole que S. M. tenía resuelto no permitir que se continuase presentando la hacanea, y que en su lugar entregaría en adelante al tesoro pontificio la cantidad convenida de siete mil ducados de oro, á título de devota ofrenda hecha á los santos apóstoles Pedro y Pablo. El Papa guardó silencio, sin aprobar ni desaprobando la resolución del monarca napolitano, aunque era contraria al solemne juramento que prestó

al concederse la investidura. El día de San Pedro del año 1777 tuvo lugar la presentación de la hacanea con las formalidades de siempre. El condestable Colonna al acostumbrado discurso añadió que ofrecia el tributo correspondiente á aquel año como una prueba de la devocion que su rey profesaba á los santos apóstoles Pedro y Pablo. Sorprendido el Papa al oír estas palabras, contestó: « *Aceptamos esa hacanea como en señal de vasallaje que se nos debe prestar por la porcion de territorio situado á uno y otro lado del faro.* » El pueblo aplaudió esta respuesta con las mas vivas aclamaciones.

Roma vió con desagrado la suntuosa fiesta que en 31 de agosto tuvo lugar en el Capitolio con motivo de la coronacion de la célebre pastora de Arcadia, *Corilla Olímpica*, cuyo verdadero nombre era Magdalena Morelli Fernandez de Pistoia, á la cual eran muchas las personas que no conceptuaban digna de un honor, que solo se concede á los poetas de mas nombradía. Publicáronse versos satíricos reprobando la complacencia de Pio VI, y la nueva laureada fué acogida á su salida del Capitolio con grandes silbidos, viéndose obligada á salir de Roma escoltada por la fuerza pública.

En el mismo año ocurrió una revolucion en Portugal. El cruel ministro, marqués de Pombal, perdió su poder. Dióse libertad á innumerables víctimas que mucho tiempo habian gemido en las cárceles; el nuncio del Papa entró de nuevo en el goce de los privilegios de que habia sido despojado; abriéronse otra vez muchos establecimientos que habian estado cerrados hasta entonces; la silla de Lisboa recobró sus honores, sus rentas y su capítulo, y los obispos salieron de la especie de servidumbre en que se hallaban. Esta revolucion produjo un cambio en la suerte de los jesuitas encerrados en la torre de San Julian de Lisboa, víctimas de la tiranía del marqués de Pombal. La nueva reina, despues de la muerte de su padre el rey José I, desterró al ministro, á quien un tribunal habia condenado á muerte.

Pio VI creyó que era llegada la ocasion de pedir á Portugal el reembolso de las sumas satisfechas por la cámara apostólica para atender á la subsistencia de los jesuitas de ese reino que habian sido acogidos en Roma, cuando se los arrojó

casi desnudos y como esclavos en el litoral de los Estados pontificios. La reina halló justa la reclamacion, y mandó que se satisficiera á la Santa Sede la cantidad de un millon y ochenta mil escudos, pidiendo al mismo tiempo al Papa que otorgase en favor de Portugal nuevas gracias religiosas.

Hácia esa época la emperatriz María Teresa pidió la creacion de dos nuevos obispados en Hungría, á lo cual accedió desde luego Pio VI.

A instancias del rey de España creáronse tambien algunos obispados en las vastas posesiones que los españoles tenian en las Indias.

Vamos á continuar aquí las primeras promociones de cardenales verificadas por Pio VI.

En la primera, que tuvo lugar en 24 de abril de 1775, el Papa creó cardenales á Leonardo Antonelli, noble de Sinigaglia, nacido en 6 de noviembre de 1730, prefecto de la Propaganda y decano del sacro colegio; y á Bernardino de Vecchi, noble de Siena, nacido en 28 de junio de 1699.

En la segunda promocion, verificada en 29 de mayo de 1775, fué creado cardenal el tio materno del Papa, Juan Carlos Bandi de Cesena, nacido en 17 de julio de 1700.

En la tercera promocion, verificada en 17 de julio del mismo año, fueron creados cardenales Francisco María Banditi de Rimini, nacido en 9 de setiembre de 1705, é Ignacio Buoncompagni Ludovisi, de la familia de los príncipes de Piombino, nacido en 17 de julio de 1743.

En la cuarta promocion, verificada en 13 de noviembre del mismo año, fué creado cardenal fray Juan Tomás de Boxadors, noble español, nacido en Barcelona en 3 de abril de 1703, ministro general de la órden de los dominicos.

En 1776 Pio VI verificó dos promociones. En una de ellas, que es la quinta, hecha en 15 de abril, creó cardenal á Luis Valenti Gonzaga, nacido en Rovere, cerca de Mantua, en 15 de octubre de 1725, nuncio en Madrid, y al mayordomo Juan Archinto de Milan, nacido en 10 de agosto de 1736. En otra, que es la sexta, creó cardenal á Guido Calcagnini, natural de Ferrara y *maestro di camera*; y á Angel María Durini, natural de Milan, nuncio en Polonia y presidente de Aviñon.

Desde el advenimiento de Pio VI al trono pontificio habian muerto trece cardenales, á saber: Solis, Sersale, Rodt, Malvezzi, Vecchi, Bonacorsi, Veterani, Saldanha, Paracciani, Torrèggiani, Rochechouart, Spinola y la Roche Aymon, y era por lo tanto preciso reparar estas pérdidas.

En 1777 Pio VI verificó la séptima promocion. Los cardenales nombrados fueron:

1.^o Bernardo Honorati, noble de Jasi, nacido en 17 de julio de 1724, secretario de la congregacion de obispos y regulares.

2.^o Marco Antonio Marcolini de Fano, nacido en 22 de noviembre de 1721, presidente de Urbino.

3.^o Guillermo Pallotta de Macerata, nacido en 13 de noviembre de 1727, tesorero general de la Cámara.

4.^o Gregorio Salviati, nacido en Roma en 12 de diciembre de 1722, vicelegado en Aviñon.

5.^o Andrés Giovanetti de Bolonia, nacido en 15 de enero de 1722, religioso camaldulense.

6.^o Jacinto Segismundo Gerdil, nacido en Samoens, cerca de Ginebra en Saboya, en 23 de junio de 1718, religioso barnabita, y preceptor de los príncipes reales de Saboya.

7.^o Juan Antonio Manciforte Spinelli, noble de Ancona, nacido en Assisa en 22 de febrero de 1730, nuncio en Florencia.

8.^o Vicente María Altieri, nacido en 27 de noviembre de 1724, *maestro di camera*.

La octava promocion, llamada de las grandes potencias, tuvo lugar en 1.^o de junio de 1777, y en ella fueron nombrados los cardenales siguientes:

1.^o Francisco Javier Delgado, noble español, nacido en 18 de diciembre de 1714, patriarca de las Indias y arzobispo de Sevilla.

2.^o Domingo de la Rochefoucauld, nacido cerca de Menda en 1713, arzobispo de Ruan.

3.^o Juan Enrique de Frankenberg, nacido en Flockau, cerca de Breslaw, en 18 de setiembre de 1726, arzobispo de Malines.

4.^o José Bathyany, nacido en Viena en 30 de enero de 1727, arzobispo de Strigonia.

5.^o Tomás María Ghilini, piamontés, nacido en Alejandría en 5 de agosto de 1718, secretario de la Consulta.

6.º Carlos José Felipe de Martiniana , piamontés , nacido en Turin en 17 de junio de 1724 , obispo de Verceil.

7.º Luis René Eduardo de Rohan , nacido en París el 25 de setiembre de 1734 , al principio obispo de Canope *in partibus*, y coadjutor de su tío en el obispado de Strasburgo.

8.º Fernando de Souza y Silva , portugués , nacido en Lisboa en 5 de setiembre de 1712 , principal de la patriarcal de Lisboa.

9.º Juan Cornaro , veneciano , nacido en 5 de junio de 1720 , gobernador de Roma.

10. Romualdo Guidi de Cesena , nacido en 5 de febrero de 1722 , comendador del Espíritu Santo *in sassia*.

La novena promocion tuvo lugar en 12 de julio de 1779. Los cardenales nombrados fueron Alejandro Mattei , natural de Roma , nacido en 20 de febrero de 1744 , arzobispo de Ferrara ; y Francisco Herzan de Harras , natural de Bohemia , nacido en Praga en 5 de abril de 1735 , y auditor de la Rota en representacion de la Alemania.

El 11 de diciembre de 1780 , Pio VI verificó la décima promocion , nombrando cardenal á Pablo Francisco Antamori , natural de Roma , y nacido en 14 de noviembre de 1712. Era obispo de Orvieto.

A su tiempo iremos dando los nombres de los personajes que sean nombrados cardenales.

El Padre Santo promulgó una bula en la que confirmó las disposiciones tomadas anteriormente para atender á la conservacion de los Lugares Santos , cuya custodia está encargada , como es justo , á los menores observantes. El Papa exhortaba á los fieles á que enviasen limosnas á esos religiosos , que habian tenido que satisfacer crecidas contribuciones durante las últimas guerras sostenidas contra los turcos , á fin de que pudiesen continuar practicando los ejercicios piadosos que se acostumbran verificar ante el sepulcro de Jesucristo. Estaba recomendado á todas las autoridades eclesiásticas que cuatro veces al año hiciesen cuestaciones en todos los Estados católicos. Admitiase á la participacion de todas las obras de piedad , practicadas por los franciscanos , á todos los que hubiesen contribuido á aliviar sus sufrimientos.

Llegaban al Papa continuas quejas contra la relajacion de costumbres del clero de Malta. Cuatro años antes, esto es, en 9 de setiembre de 1775, trescientos rebeldes instigados por el sacerdote Cayetano Mannarino, misionero y predicador que fué en otro tiempo, urdieron una especie de conspiracion contra el gran maestro. Las desavenencias entre este personaje y el obispo de la isla llegaron á tan alto grado, que este último vióse obligado á abandonar su iglesia y á refugiarse en Roma. A fin de reformar á esos eclesiásticos y de restablecer la paz, el Papa dispuso que nadie pudiese recibir en Malta la tonsura sino á título de beneficio ó capellanía perpétua, que nadie pudiese ser elevado á órdenes menores antes de la edad de diez y ocho años á no haber permanecido á lo menos tres en un seminario, y á no presentar un certificado auténtico de buena conducta.

Pio VI interpuso además su mediacion entre el gran maestro y el prelado, y consiguió que este regresase á su diócesis.

Mientras el Papa tenia que luchar con los conflictos que le suscitaban algunos soberanos católicos dictando reglas sobre materias eclesiásticas, recibió la feliz noticia de que el gobierno inglés habia mitigado y abolido en gran parte un decreto que el rey Guillermo III habia promulgado contra los católicos residentes en el reino británico, poniéndolos á todos en posesion de los derechos que corresponden á los buenos ciudadanos.

Congratulóse asimismo el Papa de la retractacion que acababa de hacer monseñor Juan Nicolás de Hontheim, obispo de Miriofida *in partibus* y sufragáneo del príncipe Clemente de Sajonia, arzobispo elector de Tréveris. Hontheim, en su obra de *Statu Ecclesie*, publicada desde el año de 1763 bajo el nombre supuesto de Justino Febronio, y condenada por Clemente XIII en 1764, atacaba fuertemente los derechos de la Santa Sede, y tendia á destruir la unidad de la Iglesia, contra la cual se declaraba con temeraria audacia. Varios autores refutaron con feliz éxito la expresada obra. La asamblea del clero francés respondió á la consulta que se le hizo, que la obra de Febronio, que era poco conocida en Francia, pasaba por un libro

completamente falto de exactitud, que favorecía las nuevas doctrinas, y se apartaba de la profesada en todos tiempos por la Iglesia galicana tocante á la primacía del Papa y á la autoridad de la Iglesia romana.

Entre los escritores que refutaron dicha obra, se distinguieron el dominico Valsecchi, profesor de Padua, el menor conventual Sangallo, los hermanos Ballerini de Verona, Froben, Zecch, Kleiner, Feller, Bergier, y entre todos el jesuita Francisco Antonio Zaccaria. Algunos gobiernos que adoptaron las doctrinas Febronianas, hicieron perder á este último la plaza de bibliotecario del duque de Módena, quien le desterró de sus Estados.

Se empleó contra Zaccaria tan excesivo rigor porque habia publicado un libro titulado *Antifebronio ó Apología histórico-crítica* acerca de la primacía del Papa; Pesaro, 1767, en 4.º La segunda edicion, notablemente aumentada, se publicó en Cesena en 1770. El mismo Zaccaria tradujo su obra en latin, adicionándola además, y la imprimió en Cesena por Biasini. Consta de 4 tomos en 8.º Mas adelante volveremos á ocuparnos de ella.

Aquí corresponde hablar otra vez de los pantanos Pontinos. Entre todas las empresas acometidas por Pio VI, la que mas importancia ha tenido á sus ojos, y la que debe hacer célebre su pontificado, es la de la desecacion de los pantanos Pontinos, la cual le proporcionó gratos momentos y le valió pomposos elogios (1). Esta empresa era favorable á la prosperidad y á la salubridad de una parte de Italia.

La via Apia (2) tan famosa en la historia, así por la época en que fué construida, como por el nombre del que mandó construir esta via, cuyos restos, que han resistido los estragos del tiempo, bastan por sí solos para dar una alta idea de la magnificencia de las obras romanas, atravesaba el territorio denominado los *pantanos Pontinos*.

(1) No todo fueron elogios, pues hubo de sufrir algunos disgustos y algunas indignas diatribas.

(2) Parte de estos pormenores están sacados de una obra sobre la Italia, escrita por el Dr. Mayer de Hamburgo, titulada: «Darstellungenaus Italien,» 1792. El autor de «las Memorias históricas y filosóficas» ha bebido en las mismas fuentes.

Su origen se pierde en la noche de los tiempos. A lo que parece, los dos rios, que hasta la actualidad han conservado sus antiguos nombres de *Amasemus* el uno, y de *Uffens* el otro, en sus frecuentes desbordamientos inundaban el territorio en que se hallan situados los pantanos. Desde aquella parte del Apenino que limita la antigua Campania, y al pié de la cual se halla un dilatado valle que se extiende hasta el mar, corren una infinidad de rios grandes y pequeños que se alimentan de los inagotables manantiales que hay en las cumbres y en los flancos de la cordillera mencionada. La reunion de aquellos forma varios rios caudalosos, cuyos lechos cegados de continuo por el limo que arrastran consigo no pueden contener las abundantes aguas que reciben, y en la estacion de las lluvias, sobre todo, se hinchan, se desbordan é invaden la llanura que está al nivel de sus orillas. Algunos de los torrentes que forman la inundacion, se precipitan hácia los sitios mas bajos donde forman vastos estanques en que abundan los peces. Estas son las causas de los pantanos que cubren esas tierras; esos son los obstáculos con que lucharon los romanos en los mejores tiempos de la república.

Una colonia de espartanos que habia abandonado á Lacedemonia para librarse del rigor de las leyes de Licurgo, despues de una navegacion larga y peligrosa, llegó á los pantanos Pontinos, en donde se encontró con un país fértil, en el cual se estableció, y siguiendo la costumbre de aquellos tiempos de supersticion, consagró un templo, un bosque y algunas fuentes á una diosa desconocida, á la cual le plugo darle el nombre de *feronia*, cuyo culto y altares ha inmortalizado Horacio.

Merced á los desvelos de esa industriosa colonia, poblóse rápidamente el país que pacíficamente habia ocupado, y llegó á brillar por su cultura. Ese país es la patria de los volscos, que tan gran papel representaron en la infancia de la república romana, y fué por mucho tiempo uno de los principales graneros de Roma.

Mas ya en la época de su mayor importancia devastado por las inundaciones, recibia ya indistintamente las denominaciones de campos y de pantanos, *ager Pontinus*, *palus Pontina*; y

habian desaparecido las veinte y tres ciudades que en otro tiempo cubrieron su superficie. Sin embargo, las principales familias de la capital construyeron en los puntos que por la elevacion del terreno ó por los esfuerzos del arte se hallaban á cubierto de los estragos de las aguas estancadas, las casas de campo, cuyas delicias y cuya vegetacion han cantado los poetas de Roma.

Unos tres siglos antes de la era cristiana, el censor Apio Claudio, llamado el Ciego, fué el primero que trató de mejorar los pantanos, á través de los cuales construyó la via que lleva aun hoy dia su nombre, y que por su magnificencia no tiene igual. Entre otros monumentos elevados en ella, habia esos sepulcros que despiertan en el alma del distraído viajero este pensamiento filosófico: *Los que aquí reposan vivieron un dia y eran mortales como tú.*

Siglo y medio despues de construida la via Apia, el consul Cornelio Cetego acometió la empresa de desecar los pantanos Pontinos; mas fueron inútiles todos sus esfuerzos. Julio Cesar encontró devastado el país en que se hallan, y trataba de mejorarlo cuando acabó sus dias.

Augusto hizo abrir á lo largo de la via Apia un canal destinado á recibir las aguas estancadas y á facilitar su curso, y al mismo tiempo á la navegacion. En este canal se embarcó Horacio con Mecenas para ir desde Roma á Brindis, cuyo viaje describió con la gracia que le era propia.

Trajano se limitó á recomponer y adornar la via Apia, y á construir otra que lleva su nombre.

Unos tres siglos mas tarde, y durante el memorable reinado de Teodosio I, rey de los godos en Italia, los pantanos Pontinos recobraron su repugnante aspecto, que describió al Senado romano el ministro Casiodoro con el poético estilo de aquellos tiempos, que no eran tan bárbaros como parece. « Esos pantanos, decia, que devastan el territorio que está á sus inmediaciones, el cual mucho tiempo ha que está cubierto por las aguas que forman como un mar que lo domina todo hasta considerable distancia, destruye con sus espantosas inundaciones los mas hermosos valles, que pierden su risueño aspecto para convertirse en desiertos, y devasta un suelo que deja de ser pro-

ductivo tan luego como queda expuesto á los estragos de las aguas estancadas. Admiramos y hagamos que reviva , añade, la emprendedora actividad de los pasados tiempos por medio de uno de nuestros contemporáneos , que intenta lo que no se han atrevido á emprender todas las fuerzas del Estado. » Reférase al rico patricio Decio , quien consiguió que se le encargara exclusivamente la desecacion de los pantanos. Teodorico le concedió las llanuras que fertilizase , puesto que , decia , es justo que cada uno goce el fruto de sus trabajos.

Una inscripcion encontrada cerca de Terracina , prueba que Decio consiguió algunos buenos resultados en su empresa. Mas posteriormente , el tiempo , secundado por los estragos de la guerra y por la ignorancia é incuria de los gobernantes, ejerció de nuevo su dominio sobre esos territorios , fértiles en unas épocas , y devastados en otras. Los papas , que fueron los primeros en establecer en ellos su autoridad temporal , no pudieron , á causa de los continuos trastornos que habia en Italia, dedicarse con asiduidad á mejorarlos , para lo cual les faltaban además los conocimientos indispensables y los recursos necesarios , sin cuyos requisitos el arte no puede obrar sus prodigios. Bonifacio VIII , Martin V , Leon X , y en especial Sixto V , cuyo enérgico carácter recuerda á cada instante los buenos tiempos de Roma , ambicionaron la gloria de haber hecho algo para hacer desaparecer los pantanos Pontinos , y consiguieron algunos buenos resultados. Quedan todavía de esa época los restos de un canal , además del *rio Martino* , conocido con el nombre de *rio Sixto*.

Ocupados los sucesores de dichos Papas en otros asuntos , dejaron descuidadas las referidas obras , que de tarde en tarde trataron de continuar algunos de los que vinieron tras ellos. Mas todos esos esfuerzos pasajeros de nada sirven , pues para conseguir algo es menester un carácter como el de Sixto V. Concibiéronse varios proyectos , levantáronse planos , y consultóse á artistas holandeses , que habian estudiado la hidráulica en los antiguos libros de Italia. Los holandeses hubieron de estudiar por necesidad dicha ciencia , con cuyo auxilio consiguieron arrancar algunas yugadas de tierra á las olas del mar. En los pontificados de Benedicto XIV , Clemente XIII

y Clemente XIV, varios boloneses presentaron planos para el desagüe de los pantanos Pontinos, los cuales fueron examinados ligeramente y relegados á los legajos del Vaticano. Mientras tanto aumentaba el mal estado en que se hallaban los pantanos, y al ascender al pontificado Pio VI ofrecian, despues de dos siglos de abandono, el espectáculo mas triste que puede darse. Disponerlos á ser cultivados y hacer salubre el vasto espacio que ocupaban, era empresa capaz de arredrar á cualquiera; mas Pio VI no desmayó con la esperanza de hacer glorioso su nombre.

Un dia Pio VI recorrió ese inculto territorio, y no pudo menos de afligirse al ver desde lo alto de una colina los estragos que en él habian causado el tiempo y las aguas, al contemplar las perniciosas nieblas que se extendian á lo léjos, y al considerar los riesgos que tambien él podia correr, si se atrevia á pisar algunas horas ese cenagoso terreno.

Desde aquel momento el Papa concibió el proyecto de abrir en esa especie de abismo un camino seguro, y de construir en él grandes puentes para poder siquiera atravesarlo sin riesgo. Ocupóse luego de los medios de desecarlo. Los pantanos empiezan en el puerto de Astura, en donde Ciceron fué decapitado, y en donde trece siglos despues Conradino cayó en poder de su inexorable enemigo, y se extienden á lo largo de la costa hasta Terracina en los confines del reino de Nápoles, y en algunos puntos se internan bastante. Al cabo de mucho tiempo, por efecto de las leyes de la *justaposicion*, hubieran contaminado á Roma, si no contuviesen los pestilentes vapores que exhalan los bosques que circuyen las ciudades de Cisterna y Sermoneta.

Los proyectos de Pio VI fueron favorablemente acogidos por sus súbditos. Estableció un banco á que se dió el nombre de *Monte de los pantanos* destinado á recoger los fondos que habian de emplearse en esta empresa, y en poco tiempo reunió suscripciones voluntarias por la cantidad de ciento veinte mil escudos romanos, mas de quinientos cuarenta mil francos. Bollognini, que fué uno de los que presentaron planos en el pontificado de Clemente XIII, fué puesto al frente de los trabajos, y el entendido geólogo Sani, quedó encargado de levantar el

plano del terreno , y de indicar los puntos por donde podian empezarse los trabajos con mayores probabilidades de buen éxito.

Al practicarse las primeras operaciones , descubrióse debajo del cieno un acueducto por cuyo medio iba agua á Terracina. A poca costa se le recompuso. Sacóse la famosa via Apia del limo debajo del cual estaba sepultada, y esta obra maestra que prueba la magnificencia de todas las construidas por los romanos, hecha con piedra volcánica, y que atraviesa el espacio que separa á Roma de Capua, se ofreció de nuevo á la vista de los viajeros, no sin que para conseguirlo dejasen de emplearse grandes y costosos esfuerzos.

Apio Claudio, mas versado que los que inmediatamente le sucedieron en el conocimiento de las leyes de la hidráulica, reconoció que ese camino, abierto en medio de las aguas estancadas, no distaba mucho de su nivel ordinario. En épocas de grandes inundaciones, la via Apia quedaba por algun tiempo sepultada debajo de las aguas; mas su elevacion, aunque poca, favorecia su descenso hácia el mar, ó mas bien hácia esa multitud de lagos que quizás estaban en comunicacion con él por medio de conductos subterráneos, ó tales que no arrojaban exteriormente al mismo gran abundancia de aguas. Los directores de trabajos que sucedieron á Apio quisieron remediar este inconveniente, que se dejaba sentir á algunas horas de distancia, elevando la via, y en efecto la hicieron mas practicable habitualmente para los viajeros, pero crearon otro inconveniente mayor que el que habian tratado de remediar. Esa via, que Trajano elevó de cinco á seis piés, y cuatro siglos despues algunos piés mas por órden del rey Teodorico, estaba atravesada transversalmente á trechos por algunos arcos, por debajo de los cuales corrian las aguas que bajaban del Apenino hasta precipitarse en el mar. Estas aguas, que en tiempo de inundaciones salvaban fácilmente el camino antiguo, se vieron detenidas por la especie de falso dique que impremeditadamente y con el deseo de hacer una mejora se habia construido, y no bien quedaron estancadas, se extendieron y se elevaron de modo que léjos de remediar el mal no se hizo mas que agravarlo.

Habia llegado ya al colmo, cuando Pio VI quiso atajarlo de raíz. A copia de grandes esfuerzos derribáronse las capas que sucesivamente fueron colocándose sobre las antiguas obras de los romanos, y descubrióse por medio de las inscripciones, que el tiempo y las aguas habian respetado, la época de su construccion y el nombre de sus autores, y llegóse á encontrar la verdadera via Apia, dejando de seguir el errado proceder de Trajano y de Teodorico. Vióse que aun se conservaban los surcos que en ella habian dejado los carruajes de los romanos, y quizás sus carros triunfales, huellas respetables que despertaban grandes recuerdos.

Pio VI hizo construir encima de esas obras el nuevo y grandioso camino que llega hasta Terracina, última ciudad de sus Estados hácia la parte del mediodía, camino que el gobierno de Nápoles hizo prolongar hasta la famosa Capua.

Algunos años despues este hermoso camino estaba ya terminado enteramente, y era practicable para los viajeros, siendo una de las mas bellas obras de la Italia moderna. No bastó haberlo concluido, sino que se empezó á construir al través de los pantanos un ancho canal que debia terminar en el lago de Fogliano, que se halla separado de la costa por una lengua de tierra sumamente estrecha. Desde el mes de octubre de 1778 empleáronse millares de brazos en verificar los oportunos trabajos para llevarlo á cabo, y despues de un año estaba ya dispuesto para el cultivo una considerable porcion de terreno. Mas el entusiasmo de los romanos habia ya disminuido, y entonces empezaron á mostrarse disgustados. Las suscripciones voluntarias no bastaban á cubrir los cuantiosos gastos que habian de hacerse, y los resultados no correspondian á los costosos sacrificios que la empresa exigia.

El espíritu revolucionario que se habia manifestado en Inglaterra, y que tambien apareció en Francia, habia sido alentado por algunos poderosos personajes de Italia. Un papa, se decia, no debe acometer tan árduas empresas. La de que se trata desacreditáronla los mismos que contribuian á ella, los cuales, á no impacientarse tanto, hubieran podido esperar que sus sacrificios produjesen buenos resultados.

Si bien el papa se exasperó al ver lo que pasaba, léjos d

abandonar sus proyectos, afirmóse mas en ellos, lo cual dió lugar á algunas escenas que bastan para dar á conocer su carácter, que era por otra parte muy recto y bondadoso.

En el decurso del año en que todo esto ocurría, un sacerdote de Terracina, que era un buen eclesiástico pero un mal palaciego, pasó á Roma para solicitar una prebenda, habiendo tenido que atravesar el país que tantos afanes costaba á Pio VI, á quien pudo dar de él noticias ciertas y recientes. A las preguntas que le hizo Su Santidad contestó ingenuamente que no se adelantaba nada en la desecacion de los pantanos, y que el dinero que se empleaba era dinero perdido. «¡Dinero perdido! exclamó el Papa, disgustado. ¡Cómo habeis venido á insultarnos en nuestro palacio!» El infeliz sacerdote quedóse atónito como si le hubiese herido un rayo; cogióle un accidente, y fué preciso trasladarle á su casa. Al volver en sí, determinó marcharse otra vez á Terracina. Se hallaba en un estado de desesperacion difícil de expresar, y creyó que al irse llevaria consigo la maldicion del Padre Santo. Su sorpresa fué grande al ver entrar en su habitacion un *cameriere* del Papa que le traia, no tan solo el breve que le concedia la prebenda solicitada, sino orden de presentarse á Su Santidad lo mas pronto posible. Cumplió el mandato, y esta segunda entrevista, que no fué desagradable como la primera, fué útil al Papa.

¿Qué puede la constancia del hombre contra los caprichos de los elementos? Hacia fines del año 1779 grandes inundaciones destruyeron parte de las obras verificadas en los pantanos Pontinos, dejando infructuosas considerables sumas de dinero, y justificando en parte la prediccion del sacerdote de Terracina.

No se sabia cómo noticiar al Papa tan fatal acontecimiento. A pesar de que se le disimuló en lo posible la trascendencia de lo ocurrido, se le dijo lo suficiente para que se excitase en él el deseo de ir en persona á enterarse de los perjuicios sufridos para proveer al oportuno remedio.

Era entonces una cosa muy extraordinaria que el Papa se alejase de la capital del mundo cristiano, y sin embargo de que Pio VI habia ya hecho una excursion á los pantanos Pontinos, volvió por segunda vez á ellos.

Desde que Benedicto XIII pasó á Benevento y que Pio VI hizo su primera excursion á los pantanos Pontinos, ningun papa se alejó á mas distancia que á Castel Gandolfo. El Papa acababa de salir de una enfermedad grave, y los médicos, y en especial los cortesanos, quisieron disuadirle de su proyecto, mas en vano. Marchóse en una silla de posta y con poco acompañamiento. Esta prueba de sencillez y de su aversion hácia un fausto inútil, léjos de atraerle elogios, solo le valió ser criticado de mezquino y falta de dignidad (1).

Pio VI no quiso que le acompañase el cardenal Bernis, permitiéndole tan solo que le hiciese los honores debidos en su ordinaria residencia de Albano.

Al llegar á las puertas de esta ciudad, Su Santidad vió en ellas inscripciones muy lisongeras para su persona. En Veletri, en donde hizo el primer alto, el cardenal Juan Francisco Albani, decano del sacro colegio, prodigó al ilustre viajero toda suerte de obsequios, á los que este se mostró agradecido. Al salir de Veletri, le acompañó un escuadron de coraceros hasta Terracina, en donde debia detenerse. Las ciudades inmediatas enviaron destacamentos de soldados para prevenir los desórdenes que podria haber causado la muchedumbre de curiosos que salian al encuentro del Papa, tanto de los Estados de la Iglesia, como de Nápoles. Durante su corta permanencia en Terracina, el Sumo Pontífice se hospedó en la modesta casa de un particular. El sacerdote á quien concedió la prebenda que solicitaba, salió con lágrimas en los ojos al encuentro de su bienhechor para besarle los piés.

Desde Terracina, Pio VI pasó á ver los pantanos Pontinos que distaban solo algunas millas de dicha ciudad, volviendo despues á Roma. Durante su ausencia despachaba cada correo los asuntos ordinarios que no sufrían retardo, reservando para su regreso el ocuparse de los mas importantes.

Su viaje duró doce dias, entrando en Roma muy satisfecho. Dicese que solo se le enseñaron los trabajos que podían hacerle concebir esperanzas de buen éxito, y que se le ocultaron los estragos que habia habido, mas esto no es creíble.

(1) Pio VI no puede ser tachado de falta de dignidad, pues léjos de ser así, no ha habido despues de él ningun papa mas amigo del fausto.

Pio VI era hombre juicioso, y no podia engañársele porque no le faltaban conocimientos, además de que habia estudiado la cuestion ya en época en que solo era tesorero general. Animado del vivo y laudable deseo de saber la verdad, pidió á varios hidráulicos que le indicaran los sitios que ofrecian riesgos, las dificultades del terreno, los lugares en que faltaba la comunicacion con el mar, y los puntos bajos en que las calenturas podian arraigarse, de todo lo cual se enteró muy juiciosamente. Hizo distribuir á los trabajadores ocupados en los pantanos medallas de oro y de plata, diciéndoles: « *Amigos míos, es preciso que todos participen de nuestro contento.* »

Tanto á la ida como á la vuelta Pio VI contempló con satisfaccion la hermosa via Apia, que á causa de sus esfuerzos para rehabilitarla tomó el nombre de *via Pia*, la cual es aun en la actualidad la admiracion de los viajeros.

Desde esta época pudo preverse que era imposible la desecacion completa de los pantanos, por la sencilla razon de que las aguas que los cubrian estaban mas bajas que el mar, y alimentadas por las que descendian continuamente de las montañas inmediatas. Para remediar estos males Pio VI mandó que se abriera un nuevo canal, y concibió el proyecto de construir una ciudad en el terreno arrebatado á las aguas. Levantóse el plano de ella, segun el cual debia tener la figura de un cuadrado perfecto, contener cerca de diez mil casas, y ser atravesada por un ancho canal destinado á absorber las aguas inmediatas, y á servir de conducto para el comercio interior y exterior. Este canal debia terminar en el mar. El estado de penuria en que se hallaba la Cámara apostólica obligó á Pio VI á dejar para otros tiempos la realizacion de este proyecto.

A su regreso á Roma, el Papa visitó el lago de Fogliano y las canteras de mármol recientemente descubiertas en una montaña inmediata al mar. De paso vió los adelantos que se habian hecho en la construccion de los suntuosos edificios que se estaban levantando en la abadía de Subiaco, en cuya posesion estuvo antes de subir al trono pontificio, y á la cual iba á dotar de una hermosa iglesia, de un seminario y de un palacio.

Durante su viaje, Pio VI tuvo ocasion de ver muchas rui-

nas preciosas que al parecer habian pertenecido á la antigua ciudad de *Suessa-Pometia* y á los edificios que adornaron la via Apia. Entre ellas encontráronse trozos de estatuas, de inscripciones, de bajos relieves y de muebles, mutilados algunos á causa del transcurso del tiempo, y otros en buen estado. El Papa dispuso que se recogiesen esos preciosos restos para colocarlos en el museo de la ciudad que proyectaba fundar.

Pio VI hubo de experimentar disgustos cuando menos lo esperaba. El gobierno de Nápoles codiciaba un territorio que habia costado al Papa grandes afanes, y en el cual tenia cifrada una gran parte de su gloria. El marqués de la Sambuca, á pesar de que no parecia mirar con aversion á la Santa Sede como el marqués de Tannucci, como á la sazón se hallaba resentido de Pio VI, hizo que se redactase una memoria, en la que se reclamaba en favor del reino de Nápoles una gran parte de los pantanos Pontinos y de la ciudad de Terracina. La envidia contemplaba con inquietud que un territorio tan inmediato á Nápoles iba á quedar reducido á cultivo; que los miserables habitantes de los Abruzos estaban próximos á disfrutar las delicias de un nuevo Eden; que se levantaba una magnífica ciudad en medio de los pantanos desecados; y que el puerto de Terracina se disponia á servir de abrigo á las embarcaciones de poco porte, y quizás á rivalizar con el de Nápoles. La aparicion de dicha memoria afligió mucho al Papa, á quien procuró consolar su amigo el cardenal Bernis. Empezáronse á hacer investigaciones en los archivos pontificios para recoger materiales con el objeto de refutar victoriosamente la expresada memoria. Sin embargo, todo hubiera sido inútil, si las potencias extranjeras que apoyaban las pretensiones de Nápoles, no hubiesen desistido de favorecerlas. Faltóle á Nápoles su apoyo, y desde aquel punto dejóse olvidado el proyecto.

En el pontificado de Leon XII me he ocupado ya de este asunto, de que hablaba, mas solo en conversacion, el marqués de Fuscaldo, ministro de Nápoles. Un hombre entendido en los negocios públicos que habia formado parte de la legacion de su majestad el rey de Sicilia, me presentó el siguiente argu-

mento, añadiendo que todo el saber de Leon XII no bastaria para destruirlo. Decia : «Las aguas que forman los pantanos Pontinos provienen de la reunion de dos distintos manantiales. Las que corren en los puntos que siempre han estado sometidos al Papa son de este, mas las que proceden de las montañas, por pertenecer al dominio de Nápoles, son de propiedad del rey hasta Terracina, y aun mas allá, y por lo mismo los pantanos Pontinos han de dividirse entre Roma y Nápoles.»

Mas si un soberano puede poseer las aguas que le pertenecen hasta en los territorios confinantes en que se esparcen, el Ródano, que baja de los hielos del monte Furca de los Alpes, y que atraviesa todo el canton del Valais en Suiza, corresponderia hasta Arles á la Suiza; el Danubio, que tiene su origen en el gran ducado de Baden, le corresponderia hasta el mar Negro. ¿Y cuántos dueños no tendria el Rhin, que nace en la parte de los Grisones y baña despues de un dilatado curso el suelo de Holanda?

Pio VI quiso visitar por tercera vez los pantanos Pontinos; mas quedó muy disgustado de su viaje. Mandó proseguir los trabajos empezados, los cuales quedaron luego suspendidos en virtud de una reclamacion del cardenal Orsini. Volviéronse á continuar, hasta que algunos inteligentes manifestaron su parecer acerca de la empresa en tales términos, que los mas interesados desmayaron completamente.

De todos modos, no deja de ser una gran cosa el haberse llegado á abrir un magnífico camino, que facilitando las comunicaciones entre las dos ciudades principales de Italia, debia vivificar el país que atravesaba. Antes de restaurarse la via Apia, no era dable ir desde Roma á Nápoles sin dar un gran rodeo.

A Pio VI, pues, corresponde la gloria de haber construido un camino, en cierto modo indestructible, en medio de tantas dificultades como presentaba el terreno, y teniendo que luchar con la falta de recursos y con el descontento de algunos de sus súbditos, que solo mas adelante reconocieron la importancia del bien que se les hacia (1) (Véanse las *Memorias*, etc.).

(1) Monseñor Nicolai publicó una obra muy importante titulada: «*Dei bonificamenti delle terre Pontine*, lib. IV.» «Útiles trabajos practicados en los

El baron de Prony, á quien ví en Roma en 1824, compuso una excelente obra acerca de los pantanos Pontinos. Despues que Napoleon hubo ocupado los Estados romanos mandó á Prony que pasase á visitar los pantanos, y este sábio hizo una circunstanciada reseña acerca de los trabajos practicados en ellos antiguamente y de los de Pio VI. En 1824 Leon XII, sucesor de Pio VII, quiso ver á Prony, que á la sazón se hallaba en Roma, con quien habló largo tiempo de este importante asunto. Los acertados consejos que Prony dió al Papa, le valieron una carta que este le escribió en términos muy satisfactorios.

He tenido ocasion de ver que Prony aprobó gran parte de los medios empleados por Pio VI para la desecacion de los pantanos Pontinos. Lo único que faltó entonces fueron recursos, y si bien se cometieron algunos yerros, lo cual nada tiene de particular tratándose de una empresa tan atrevida, se enmendaron mas adelante en gran parte. Prony hace justicia á la bondad del sistema italiano, y de las obras de este ingeniero se desprende, que estudió á fondo el terreno, las dificultades y el carácter que ofrece.

Voy á dar algunos pormenores acerca del sistema que Prony aconseja al gobierno pontificio si algun dia, hallándose Roma con recursos y con tranquilidad, tiene un papa emprendedor que quiera continuar los trabajos empezados, en los cuales me atrevo á decir que la ciencia de nuestros dias venceria á la de los antiguos romanos, y á la de cuantos se han ocupado de la empresa de que se trata (1).

Prony empieza haciendo la siguiente descripeion:

«El territorio Pontino, situado entre el cuadragésimo primero y cuadragésimo segundo paralelo, y atravesado por la célebre via Apia, ocupa el extremo meridional de los Estados romanos, ó del antiguo Lacio. Al Oeste y al Sud lo baña el

pantanos Pontinos, cuatro tomos.» Roma, Pagliarini, 1800, en fóllo mayor. Nada falta en esta obra de cuanto puede descarse. La empezó en latin Nicolás Spedalieri con el auxilio de Nicolai, quien, despues de la muerte de aquel, la terminó en italiano.

(1) «De los pantanos Pontinos» por M. de Prony. París, imprenta real, 1818, en 4.º

mar Tirreno y lo circuye la mayor parte de su perímetro un ramal de la cordillera de los Apeninos que atraviesa al Mediodía un puerto situado entre Veletri y Albano, por el cual pasa el camino que va de Roma á Nápoles. Su longitud en sentido paralelo al mar, á contar desde Cisterna hasta Terracina, es de cuarenta y dos mil metros, y su latitud de diez y siete á diez y ocho mil. Su distancia media de Roma es de unos noventa kilómetros.

«El mar ha formado en la parte occidental de la playa una doble línea de dunas, que arrancan por una parte del cabo de Astura y por otra del pico de Circé (*monte Circello*), desde el cual esta línea se prolonga sola del Oeste al Este hasta la ciudad de Terracina, que se halla situada al extremo Sud de los pantanos, en donde el ramal de la cordillera de los Apeninos termina en el mar.

«El modo como está circunscrito el terreno, además de otras circunstancias locales, debilitan considerablemente el curso de las aguas, así de las pluviales que caen en el territorio Pontino, como de las corrientes, ya sean vivas, ya procedan de los torrentes que lo atraviesan. Los principales lechos por los cuales corren estas últimas aguas son hácia la parte oriental los del *Amasenus*, del *Uffens* y de la *Scaravazza*; hácia la parte occidental, los de la *Cavata* y de la *Cavatella*, (que tienen una misma embocadura en un canal que Pio VI hizo abrir en el borde de la via Apia); los de los torrentes de *Sermoneta* y de *Tappia*, y finalmente el de la *Ninfa*. Este último rio, despues de atravesar la via Apia, toma los nombres de *Rio Francesco*, *Fiume Sixto* y *Fiume delle Volte*.

«Todas estas aguas desembocan juntas en el mar en un sitio que se llama *Badino*, situado al Oeste á una distancia de Terracina de cerca de unos cinco mil metros. Esto sin contar con una corta porcion de agua que se escapa por el antiguo puerto de esta ciudad, y otra mas corta aun que corre al través del dique occidental, siguiendo la direccion de una antigua zanja muy notable llamada *Rio Martino*. El estado de los pantanos Pontinos no ha de atribuirse á que las aguas desembocan juntas en el mar, lo cual es una ventaja, sino á la dificultad que hallan en llegar hasta él.

«Los recuerdos poéticos é históricos que dispiertan los monumentos que la naturaleza y el arte han sembrado en esos tristes sitios y en sus inmediaciones, aumentan la dolorosa sensacion que produce en el ánimo el deplorable aspecto que presentan.

«Dos ó tres cortas jornadas bastan para atravesar en el terreno que hemos descrito varios reinos antiguos imperceptibles en el Mapa ; pero grandes en los fastos poéticos, gracias á Virgilio.»

Al tratar del punto en donde fluye la fuente Feronia, Prony da algunos interesantes pormenores. El agua de esta fuente es en su nacimiento bastante copiosa para mover un molino, mas abajo del cual atraviesa una magnífica calzada que Pio VI hizo construir en las cercanías de Terracina, á continuación de la via Apia, cuya direccion cambiaron los romanos para apartarla de un inmenso fondo de turba y de cieno. El movimiento que continuamente forma dicha calzada, ha ocasionado y ocasiona todavía cuantiosos gastos. Prony indica los medios de que cese ese movimiento (1).

En una conversacion que tuve con Prony, me pareció que éste seguía las inspiraciones del ingeniero italiano que dirigía los trabajos mandados practicar por Pio VI en los pantanos Pontinos. Hé aquí una observacion de Prony, la cual no deja de ser importante.

El canal que se halla al lado de la calzada de que se ha hecho mencion, ofrece en el punto en que recibe el agua *Feronia* el singular fenómeno de formar dos pendientes y dos cursos opuestos, sin embargo de que el agua parte de un mismo origen, lo cual da lugar á que la masa flúida se divida dirigiéndose una parte de ella hácia el Noroeste y la otra al Sudeste, cual si quisiera entrar en el reino de Nápoles.

Después de describir los trabajos practicados por los vols-cos en los pantanos Pontinos, Prony pasa á ocuparse de los verificados en tiempo de Pio VI.

«Ningun papa, dice, ha emprendido en los pantanos Pontinos trabajos comparables con los verificados desde el año 1777

(1) Véase su obra ya citada, cap. XXXII, pág. 532.

al 1796 por orden, y puede decirse, bajo la direccion inmediata de Pio VI, que tenia gran empeño en llevarlos á cabo, á cuyo fin gastó una suma equivalente á unos nueve millones de francos. A él se debe la completa restauracion de la via Apia, sus antiguos puentes en el trayecto de los pantanos, el soberbio canal que corre al lado de esa via, los vastos almacenes de Terracina, y gran número de edificios destinados á usos religiosos y civiles. *Todo lo que ha hecho tiene el carácter monumental desde los templos y los palacios hasta las casas mas humildes.* Por desgracia los primeros proyectos que concibió para desecar los pantanos, aunque buenos bajo muchos conceptos, eran demasiado sistemáticos, seductores y vagos, y así es que produjeron funestas consecuencias.

«Con arreglo á ellos ejecutáronse grandes trabajos; mas como las halagüeñas esperanzas que al principio se concibieron, quedaron defraudadas, no se tomó resolucion alguna, ya sea porque no se tuviese bastante seguridad en las ventajas de las enmiendas que se querian hacer en los primitivos proyectos, ya porque las obras adicionales que exigian esas enmiendas, revelaban los errores que al principio se cometieron y ocasionaban un ruinoso aumento de gastos, lo cual hacia que se continuasen con disgusto, *aunque estaban bastante conformes con los buenos principios.*

«Este es el motivo porque los trabajos de desecacion, ejecutados en tiempo de Pio VI, deben considerarse tan solo como grandes bosquejos, algunos de los cuales son muy imperfectos. Entre los que el Papa no ha intentado, los hay de la mas alta importancia, como por ejemplo los referentes á las aguas llamadas *superiores*, sin los cuales no puede esperarse obtener mejoras en el territorio Pontino, sin embargo de lo cual no se tuvieron en cuenta en el primitivo proyecto por considerarlos inútiles, atendido el punto de vista sistemático bajo el cual se halla concebido.

«Prescindiendo de las observaciones que acabo de hacer, me he convencido de que Pio VI ha adquirido en los trabajos practicados en los pantanos Pontinos un derecho imperecedero á la gratitud pública, y de que si algun dia se verifica por completo la apetecida desecacion, deberáse á dicho Papa una

notable parte de la gloria que merezca su realizacion , gloria que se habrá adquirido, no solo por efecto de la experiencia que han proporcionado sus costosos trabajos , sí que tambien á la disminucion de la insalubridad que por ellos se ha conseguido.»

Finalmente Prony cree que si algun dia se alcanza la victoria en esta guerra entre el arte y la naturaleza que tantos siglos ha que dura en el territorio Pontino , victoria que cree segura si se emplean las armas de que hoy dia se puede disponer , convendria adoptar las oportunas medidas para que duren sus frutos.

Prony añade :

«Por otro lado la situacion geográfica del territorio Pontino lo tiene expuesto en política á alternativas que dificultan toda clase de proyectos de mejoras en ellos, y estas alternativas las ha experimentado ya no pocas veces.»

Voy a recapitular las observaciones de Prony, y los consejos que dirige al gobierno pontificio.

Las tres primeras partes de su obra , trazadas con mano maestra, presentan hechos importantes y poco conocidos. El autor abre en ella de par en par las puertas de la ciencia. Da la descripcion del territorio Pontino, y pinta su situacion en el año 1777 , continuando en seguida el análisis y la historia de los proyectos para mejorarlo , y pasando luego al exámen de su estado en 1811.

Tocante á la cuarta parte de la obra en la cual se entra en el fondo de la cuestion, es posible diferir de la opinion de Prony; pero no es posible desconocer por una parte que todo cuanto dice anteriormente sobre la naturaleza de los pantanos, sobre la causa de la presencia de las aguas estancadas , sobre la distincion de las aguas en superiores ó provenientes de manantiales interiores , sobre la fuerza de la evaporacion que lleva parte de ellas á la atmósfera , y sobre la insuficiencia y yerros de los ingenieros que le precedieron, da alguna importancia á lo que propone (1), y por otra parte que la teoría justifica al parecer

(1) «Biogr. univ.» Suplemento, tom. LXXVIII, pág. 88 (Artículo del sábio M. Parisot).

completamente los medios que adopta. En contra del parecer del sábio florentino Fossombrini, que murió siendo primer ministro de Toscana, y del de los italianos que se ocuparon de los pantanos Pontinos, Prony rechaza el sistema de *colmate* (1), y opinando que es preciso dominar las aguas superiores antes de que lleguen á los pantanos, propone la construccion de canales alrededor de ellos para conducirlos al mar, manteniéndolas en todo su curso encima de los terrenos cuya desecacion se pretende. Tocante á las aguas interiores producidas por las lluvias ó por manantiales (son debidas simultáneamente á estas dos causas), Prony opina que debe procurárseles un canal central, teniendo por eje principal la línea por donde es mas fácil su curso, cuya direccion puede hallarse siempre que se quiera mediante una nivelacion exacta del terreno.

Para proceder con órden en los trabajos, añade Prony, es preciso empezar por construir los canales de circunvalacion. Da en seguida preciosos pormenores sobre los medios de ejecucion, y en especial sobre la posibilidad, supuestas ciertas condiciones, de utilizar para vaciar y limpiar el terreno las máquinas empleadas en la limpia de los puertos de Venecia y Ancona. Para canal central escoge el curso de la *Ninfa* (2) que constituye el eje principal del de las demás aguas, y que solo es preciso modificar oportunamente, *aprovechando sus declives* y ensanchando su lecho. Para canal de circunvalacion elije el *Fiume Sisto* (3) al cual se le puede disponer con poco esfuerzo á contener, además de las aguas superiores que contiene ya, todas las del canal de la *Ninfa*, bastando para ello que dé salida á quinientos ocho metros cúbicos por segundo.

(1) Los «colmate» es una especie de procedimiento empleado en Italia para desecar terrenos, en virtud del cual se utilizan las corrientes de agua que descienden de las montañas, cargadas de limo, para levantar el terreno por medio de pósitos y capas sucesivas de cieno. Pero este recurso no ofrece por desgracia en los pantanos Pontinos sino un recurso secundario, y que solo puede producir lentos resultados, pues es poco el limo que acarrearán las aguas que van á parar á ellos.

(2) Es un riachuelo que nase en el lago de la *Ninfa* un poco mas arriba de las ciudades de *Teppia* y de *Sezze*.

(3) Imponentes restos de los trabajos mandados practicar por *Sixto V*.

Prony aspiraba sobre todo á que las aguas llegasen al mar por medio de una sola desembocadura, ó sea por el *Portatore di Badino*. Por lo demás, Prony adopta en otros puntos secundarios, en especial tocante á los dos canales auxiliares, la *Scaccia* y la *Selcella*, las ideas de los ingenieros italianos, y finalmente acaba por hacer un cálculo del coste de las obras que propone.

Tambien yo voy á terminar esta relacion recordando el modo afable, fraternal, afectuoso y respetuoso á un tiempo con que Prony habla de su compañero Scaccia, quien estuvo encargado por mucho tiempo, por disposicion del gobierno pontificio, de dirigir los trabajos que se practicaban en los pantanos, en que tantos siglos há emplean sus afanes los sumos pontífices. Ese territorio podria derramar la abundancia y las riquezas sobre un país que se halla falto de los dones que Dios se digna conceder en abundancia á la península ausónica.

Despues de haber dicho acerca de los pantanos Pontinos todo cuanto permiten los límites de esta obra, vamos á dar una ojeada retrospectiva y rápida sobre algunos hechos políticos pertenecientes á los principios del pontificado de Pio VI.

En 1777, luego que se supo la muerte del rey de Portugal José I, el Papa dirigió una alocucion á los cardenales en un consistorio secreto. Este documento no se imprimió desde luego por temor de que la corte de Lisboa no reclamase contra algunos pasajes de él, en los cuales se decia, con referencia quizás á los jesuitas, y á la ilimitada confianza que el rey tuvo en el marqués de Pombal, que el rey no obró muy bien en algunas ocasiones. María, hija de José I, á quien sucedió en el trono, no elevó contra esa alocucion la menor queja, y por lo mismo no hubo inconveniente en imprimirla.

En 3 de julio del mismo año 1777, el Papa confirmó el derecho que tenia la hermandad del Santo Sacramento de la valerosa ciudad de Benevento de libertar á un reo de la pena de muerte. Esta facultad, que habia sido acordada por Paulo V en un breve de 12 de diciembre de 1605, solo podia ejercerse tocante á un delito especial que la ley, que tal vez no queria revocarse, castigaba con una pena demasiado grave, requiriéndose además que los parientes de la víctima prestasen espon-

táneamente y sin esperanza de lucro su asentimiento de un modo formal y público.

Ese privilegio lo confirmaron Benedicto XIII y Benedicto XIV en atención á los servicios de toda clase prestados á la religion por la hermandad, la cual iba á buscar los muertos al campo, asistia á los apestados, distribuia dotes á las doncellas, y en todas partes daba ejemplos de beneficencia, de valor, de abnegacion y de sacrificar la vida para salvar á sus semejantes.

Pio VI confirmó á su vez el expresado privilegio, teniendo en cuenta, no tan solo las razones que para ello asistieron á sus predecesores, si que tambien la fidelidad, que deseaba recomendar, de los habitantes de Benevento cuando la última ocupacion de dicha ciudad por tropas extranjeras en los pontificados de Clemente XIII y Clemente XIV. Con este motivo dispuso la ciudad de Benevento que se celebraran regocijos públicos en todo el ducado, y demostró con sus aclamaciones cuanto agradecia el beneficio que de nuevo confirmaba la Santa Sede á súbditos que muchos siglos habia le estaban adictos.

Los custodios de la Tierra Santa, que eran los menores observantes, continuaban acogiendo bondadosamente á los peregrinos que acudian á ella. En 31 de julio de 1778, Pio VI expidió una constitucion felicitando á esos solícitos religiosos. En ella cita algunas constituciones de Urbano VIII, en las que disponia que se hiciesen cuestaciones para la Tierra Santa en todas las parroquias de la cristiandad. A consecuencia de la misma remitiéronse á Jerusalem cuantiosas limosnas desde Lisboa, Madrid, París, Viena, Munich y Varsovia.

En 19 de diciembre de 1778, Pio VI pronunció una alocucion sobre la retractacion de Justino Febronio, en la que decia que Juan Nicolás Hontheim, obispo de Miriofida *in partibus*, sufragáneo de Tebas, habia publicado desde el año 1763, bajo el nombre supuesto de Justino Febronio, algunas obras en las que, para combatir los derechos de la Santa Sede, atacaba la unidad de la Iglesia, y que el virtuoso, sábio y solícito arzobispo de Treveris, Clemente Wenceslao, indujo á Febronio á confesar y retractar sus errores.

Hontheim reconoció que habia prescindido de la autoridad

de los santos Padres , de los decretos de los concilios y de las demás disposiciones eclesiásticas.

En la retractacion de Hontheim se hallan consignadas estas textuales palabras :

« Confieso que cuando el hijo de Dios fundó su Iglesia queriendo que fuese *una*, instituyó una primacia para formar y regir esa *unidad*, confiando dicha *primacia* á san Pedro; y afirmo con los SS. Padres Cipriano, Gerónimo, Optato de Mileva, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Leon el Grande, Gregorio el Grande y otros, que entre los doce Apóstoles *uno* solo fué escogido para constituirlo en jefe, y fundar en él la Iglesia, á fin de evitar cismas. Declaro que Jesucristo al conceder las oportunas facultades á sus Apóstoles, empezó por uno de ellos, á quien atribuyó la primacia con el objeto de demostrar la *unidad* de la Iglesia, la *unidad* de la cátedra y al mismo tiempo el origen de la *unidad*. Quien quiera, segun dice Optato, que funde una Iglesia contra la Iglesia *única*, y se aparte de su comunión negándole la obediencia, es cismático. No posee la herencia de san Pedro el que destruye su silla por medio de una division impía. Los fundamentos de la Iglesia, esto es, los Apóstoles que están sometidos á Pedro, que es su jefe, fueron confiados á este apóstol, en quien por una gracia especial se halla la supremacía. Jesucristo le ha dado el encargo de dirigir á los Apóstoles; él es la lengua y el príncipe del colegio apostólico.»

La retractacion de Hontheim constaba de diez y siete artículos. Confesaba en ella que habia caido en el error, y suplicaba al Papa que le perdonase, teniendo en consideracion su arrepentimiento. Como acaba de verse, reconocia que las llaves se habian dado á uno solo, y al mismo tiempo á la *unidad*; que la *primacia* del papa, es una *primacia* de jurisdiccion, y debe ser perpétua; que la Iglesia tiene la facultad de determinar el sentido y de juzgar acerca de la doctrina que se contenga en cualesquiera proposiciones; que se debe completa obediencia á la bula *Unigenitus*; que siempre que nazca alguna duda sobre el estado de la Iglesia es preciso acudir al papa; que el concilio de Trento obró con entera libertad y que se portó con mucha prudencia al reservar al papa ciertas dispensas; y que se

han de considerar como ilegítimos los obispos no reconocidos por la Santa Sede.

Hontheim reconoció que era justo que se hubieran reservado al papa las canonizaciones de los santos y las apelaciones en todas las causas eclesiásticas, y que relativamente á la fe, á los sacramentos, á la disciplina, y al poder de la Iglesia, el papa tiene omnímodas facultades para pronunciar, etc.

En 3 de febrero siguiente, Hontheim publicó una pastoral en la cual participaba y ratificaba su retractacion, declarando que abjuraba para siempre todo cuanto habia consignado en su *Febronio*, y que se comprometia á combatir este libro. En la misma daba cuenta de una disposicion del elector de Treveris, por medio de la cual se prohibia leerlo y conservarlo.

En vista de que algunos pretendian que no habian hecho espontáneamente las declaraciones indicadas, Hontheim publicó en 2 de abril de 1780 una manifestacion que remitió al elector su arzobispo, en la cual aseguraba que su retractacion habia sido sincera y prometia confirmarla en una obra en la que estaba trabajando. En efecto, al año siguiente publicó un comentario sobre su retractacion, de la que formaba un exámen en treinta y ocho artículos.

En algunos de ellos hacia algunas interpretaciones y modificaciones que muchos han creido contrarias al documento de 1.º de noviembre de 1778. Ciertamente en ese comentario hay muchos pasajes en los que se revela el embarazo en que se halla Hontheim por no decidirse á abandonar sus errores y en que se ve que procura por medio de restricciones parciales debilitar la fuerza de sus confesiones anteriores y de los principios que da muestras de querer abrazar de nuevo. Prescindiendo de si procedió con sinceridad ó no, ello es que en su último trabajo insertó las actas consistoriales de 25 de diciembre de 1778, el breve que le dirigió Su Santidad, la pastoral publicada por él mismo, y el extracto de una obra publicada en Roma, en la cual se trataba de probar que su retractacion fué sincera (1).

El autor de las *Memorias históricas y filosóficas* escribe que

(1) Hontheim murió definitivamente arrepentido en 2 de setiembre de 1790.

Pío VI con motivo de la retractacion de Hontheim, demostró un contento excesivo. Por ello se trataba de ridiculizar al Papa, sin embargo de que era muy natural que se regocijase de un hecho satisfactorio para la Santa Sede. Los que le censuraban eran precisamente los que hubieran deseado su caida y hacerle descender del trono. No es en verdad reprehensible que un papa felicite en la iglesia de San Pedro al sacro colegio por haber hecho regreso á la verdadera fe un hombre imprudente, orgulloso y puede decirse insensato, que habia esparcido, especialmente en Alemania, la semilla de un mal que aun subsiste, y que no bastó á extirpar su retractacion por mas que fuese sincera y espontánea.

Es ciertamente digno de lástima el autor injusto que carece de generosidad y de datos exactos para escribir la historia de un sumo pontífice; que desnaturaliza los hechos, hallando en todas partes faltas y delitos; que sin cesar repite que la Santa Sede va á ser derribada; que ya no habrá mas papas, y que sin embargo de titularse filósofo no arroja una mirada imparcial sobre esa caida que imagina, y de la que solo se habla para halagar las pasiones y satisfacer los instintos de revuelta.

Hacia esa época el rey de Suecia, Gustavo III, dirigió á Pío VI una respetuosa carta, participándole que acababa de conceder á los católicos de Stocolmo el permiso para construir una iglesia, y para dedicarse libremente á las misiones en sus Estados. Dicha iglesia, que se construyó en el arrabal del Sud, estaba en 1792 al cuidado de un piadoso é instruido sacerdote de Bolonia. Todos los católicos, como en los primitivos tiempos de la Iglesia, daban considerables limosnas para subvenir á los gastos del culto que en ella se tributaba.

Los armenios católicos de Constantinopla solicitaron tambien permiso de levantar en esta ciudad una iglesia; y esto dió lugar á que los armenios cismáticos empezaran una persecucion contra aquellos, los cuales hasta entonces habianse visto obligados á celebrar sus funciones sagradas en los templos de los armenios disidentes. Estos, de acuerdo con los turcos, cometieron horribles excesos contra los católicos, hasta que las cortes de Francia y España, invitadas á unirse ámen-

te por el Papa para que hicieran cesar semejantes tropelías, consiguieron contenerlas algun tanto.

Aun tenia Pio VI que sufrir nuevos pesares por sus hijos en Jesucristo. Los obispos de la Iglesia anglicana conjuráronse contra los católicos y presentaron á los pares, en forma de denuncia, una lista de sus feligreses reputados por católicos. Hacíase notar que en 1717 habia quince mil tan solo en la diócesis de Chester, y que habian ya llegado al número de veinte y siete mil doscientos veinte y ocho. Por lo mismo milord Ferrers solicitaba la revocacion de todas las disposiciones dictadas en favor de los católicos y de los privilegios que se les habian concedido; mas esta peticion fué desechada, y desde entonces los católicos disfrutaron algun sosiego.

Por aquel tiempo el Asia acogia la religion que se rechazaba en algunos puntos de Europa. A instancias de la propaganda, Salomon d'Immerel, rey de un territorio confinante con la Georgia, y tributario de Constantinopla, dispuso que los misioneros católicos pudiesen ejercer libremente su ministerio en sus Estados.

Pio VI mostró siempre mucha firmeza para impedir que los extranjeros usurpasen derecho alguno perteneciente á la Santa Sede; pero al mismo tiempo accedia á las peticiones que le hacian siempre que las consideraba justas. Catalina II mantuvo á los jesuitas en la Rusia Blanca, sin que Pio VI hiciera la mas mínima reclamacion en virtud del breve de extincion de la Compañía. Aun mas, se pretende que Pio VI secundó en este particular los deseos de Catalina, y así fué que se vió llegar á la Rusia Blanca muchas personas que, sin que la Santa Sede (1) se opusiese, tomaban el hábito de san Ignacio.

Quando en 1773 Clemente XIV publicó el breve de extincion de la Compañía de Jesus, parte de la Polonia habia pasado al dominio de la Rusia, sin embargo de lo cual no se publicó allí dicho breve, y los jesuitas continuaron en aquel punto como antes, absteniéndose de admitir novicios. En este estado permanecieron hasta que monseñor Siefertzenzewiz, obispo de Mallo *in partibus*, que lo era de la diócesis á

(1) Novæ, tom. XVI, pág. 61.

que pertenecian, y vicario apostólico de Rusia, les facultó para que los admitieran, á cuyo fin, segun se cree, habian recibido autorizacion de Pio VI. Sea lo que fuere, los enemigos de la Compañía, alarmados al ver que aun conservaba un asilo en un rincon de Europa, y temiendo que de allí no se propagase á los puntos de donde habia sido expulsada, se quejaron fuertemente al Papa por la inobservancia del breve expedido por su predecesor. Esas quejas, á que se agregaron energicas y repetidas reclamaciones, obligaron al Papa á prevenir á sus nuncios que el obispo de Mallo habia traspasado el límite de sus facultades, permitiendo la recepcion de novicios, quedando encargado el nuncio de Varsovia de poner en manos del obispo la disposicion del Sumo Pontífice.

Esas medidas que Pio VI adoptó, con repugnancia (1), no produjeron los resultados que esperaban los enemigos de los jesuitas. La emperatriz Catalina manifestó abiertamente su intencion de conservarlos en sus Estados, haciendo presente al Papa que privarse de ellos equivalia á dejar á los súbditos católicos sin los auxilios que recibian de esos religiosos, especialmente tocante á la educacion, que es una necesidad imprescindible; y que no era fácil reemplazarlos en un pais en que habia tanta escasez de establecimientos de instruccion. La emperatriz Catalina no contenta con conservar en sus Estados á los jesuitas, expidió un decreto, que obtuvo la aprobacion del obispo de Mallo, en virtud del cual los hijos de Loyola se reunieron en capítulo general en el colegio de Polecz, y en 17 de octubre inmediato elijieron por vicario general al P. Czerniewiz, cuyos sucesores se hallaron pronto al frente de seis establecimientos habitados por mas de ciento setenta y dos individuos de la Compañía.

Pio VI concedió al elector palatino la facultad de fundar en Baviera una nueva lengua de la orden de Malta, encargando al nuncio de Bolonia, monseñor Bellisomi, que pasase á dicho electorado, á fin de adoptar las medidas oportunas para fundar allí dos grandes prioratos y treinta encomiendas.

En 16 de noviembre de 1781 el Papa publicó algunos esta-

(1) Novas, tom. XVI, pág. 62.

tutos para la órden del primer ermitaño san Pablo, de la congregacion de Portugal.

A fines del mismo año, Pio VI llamó á Roma al conde Luis Onesti, hijo de una de sus hermanas; permitióle usar el apellido de Braschi, le asignó una regular pensión, y despues de haberle conferido el título de duque de Nemi, le unió en matrimonio con Constanza Falconieri, hija de una esclarecida familia de Roma. Llamó tambien á otro sobrino, á quien quería hacer cardenal.

Hémos ya aquí en el año 1782, que será memorable en los fastos pontificios á causa del acontecimiento que referiremos.

Todos los dias se hacian innovaciones en la disciplina eclesiástica de los Estados del emperador de Alemania. José II, despues de la muerte de su madre María Teresa, habia iniciado algunas reformas en el clero regular, suprimiendo conventos, de cuyas rentas se apoderaba, y prohibiendo á las órdenes la admision de novicios. Con posterioridad mostró mucha tolerancia con los protestantes, hizose presentar un estado de las rentas del clero, y dispuso que no se acudiese á Roma para solicitar dispensas matrimoniales. Estableció el pase régio para las bulas, breves, y rescriptos procedentes de Roma; prohibió á los obispos conferir órdenes, y en una palabra, echó por tierra todas las prácticas admitidas en la Iglesia romana. Los mas insignificantes usos quedaron abolidos, las hermandades fueron suprimidas al igual que las procesiones; fijóse el número de misas que habian de celebrarse, y la fórmula de las bendiciones, llegándose hasta el punto de prescribirse el número de luces que debería haber durante la celebracion de los divinos oficios, por lo cual el rey de Prusia llamaba al emperador *su hermano sacristan*. Las mencionadas reformas sembraron el descontento: varios obispos elevaron quejas al Emperador, aunque en vano, y el cardenal Bathyany, primado de Hungría, le hizo ver que traspasaba los límites del poder secular y que la Iglesia no podia consentir en los cambios que ponía en planta, puesto que con ellos se debilitaba el respeto que se debe á la religion y á la autoridad del gobierno pontificio.

Inútiles fueron los esfuerzos de este último para hacer que cesaran las quejas. El Padre Santo, creyendo que su presencia y su voz podrian mas que las cartas, resolvió trasladarse al lugar en que existia el conflicto, á imitacion de algunos de sus predecesores, que en circunstancias análogas consiguieron con su presencia que los soberanos accediesen á las debidas reparaciones. Pio VI comunicó su proyecto al cardenal Albani, decano del sacro colegio, y al cardenal Gerdil, á quienes profesaba singular aprecio. Uno de ellos le manifestó que la Santa Sede tendria mucho que combatir. «Pues bien, repuso el Padre Santo, combatamos, pero con las armas de la dulzura y de la caridad cristiana.» El cardenal Bernis y algunos otros se mostraban contrarios al viaje, temiendo que no diese lugar á sátiras y á burlas en el caso de que el Papa, como era de temer, no alcanzase los resultados que deseaba. A estas objeciones el Sumo Pontífice respondió animado de un espíritu verdaderamente apostólico: «Iremos allí donde nos llama el deber, del mismo modo que iríamos al martirio si así lo exigiese el interés de la religion. Gozosos de defenderla, los sucesores de san Pedro no han vacilado nunca en arriesgar por ella la vida. No podemos abandonar la nave de la Iglesia cuando la combaten violentas tempestades. Poco nos importa que los hombres perversos hagan burla de nosotros: el Evangelio nos enseña que debemos parecer hasta temerarios tratándose de luchar por Jesucristo.»

En 9 de febrero de 1782, Pio VI anunció su marcha al emperador José, sin decirle los motivos de su viaje. Sin embargo, José escribió á Su Santidad que su resolucion tocante á las mudanzas verificadas era irrevocable, y que no cederia en lo mas mínimo con respecto á ellas. A pesar de esto el Padre Santo perseveró en su propósito, y en el consistorio celebrado en 25 del mismo mes, lo puso en conocimiento del sacro colegio.

Poco despues, el Papa entregó el anillo del pescador al cardenal Conti, y llamando á sus dos sobrinos Braschi puso en sus manos un papel cerrado y sellado, que contenia su testamento, diciéndoles: «Esta es nuestra última voluntad en el caso de que perezcamos durante el viaje. Tenednos presente en vuestras oraciones.»

En seguida dispuso que se le preparasen para llevarlas consigo, una hermosa tiara, dos preciosos pectorales, que se hallaban custodiados en el castillo de San Angelo, cuatro capelos de cardenal, mil medallas de oro de valor cada una de quince escudos romanos, acuñadas á propósito, las cuales tenian en una de sus caras las imágenes de san Pedro y san Pablo, y en la otra la efigie del Sumo Pontífice.

En 27 de febrero oyó misa en el templo de San Pedro, y se dispuso luego á ponerse en camino teniendo al efecto preparados cuatro coches y dos sillas de posta. En uno de aquellos, que era el único que llevaba seis caballos, debia ir él con monseñor Marcucci, vice-gerente de Roma, y monseñor Contisini, su limosnero. Al bajar á la plaza del Vaticano, el Papa encontró al duque de Moscovia, Pablo, que llegó á ser emperador, y que á la sazón viajaba por Italia con su esposa la gran duquesa, usando ambos respectivamente los nombres de conde y condesa del Norte. Despues de los cumplidos de costumbre, el duque rogó al Padre Santo que aceptara un ropon cosido por la emperatriz Catalina, diciéndole que le serviría de mucho en Alemania, cuyo clima es mas ingrato que el de Italia. El Papa aceptó el regalo, dando muestras de quedar muy satisfecho.

Como hacia mucho tiempo que los romanos no habian visto viajar á ningun papa, acudió á la plaza del Vaticano un inmenso gentío. En 5 de marzo, Pio VI llegó á Cesena, su patria, en donde dejando aparte la etiqueta, invitó á comer con él á sus parientes. Presentáronle el conde Zambeccari, senador de Bolonia y encargado de los intereses de España en las Legaciones, quien puso en manos del Papa una carta de su rey Carlos III, en la cual este escribió de su propio puño estas palabras: « Envidio al emperador la dicha que tendrá de ver á Vuestra Santidad en Viena. Mi deseo seria gozar igual dicha. Tendré una satisfaccion en que se cumplan los deseos de Vuestra Santidad. »

Pio VI encontró en Bolonia al serenísimo infante don Fernando I, duque de Parma, que acudió allí expresamente para ofrecer sus respetos al Papa. Era tanta la gente que se habia apiñado al rededor de los carruajes, que los guardias apenas

podían contenerla. Pio VI, cual en otro tiempo san Márcos, decía: «Dejad que se nos acerquen ; no los apartéis.»

Desde Bolonia el augusto viajero pasó por el camino de Cento á Ferrara, en donde le salieron al encuentro el cardenal legado Carafa y monseñor Mattei, que era entonces arzobispo, y que al regreso del Papa á Roma fué creado cardenal. Una hora despues de su llegada, se presentó á Pio VI un guardia noble húngaro para decirle en nombre del emperador que estaban ya dispuestas para alojarle las habitaciones del palacio imperial. Pio VI habia escrito que queria alojarse en la nunciatura. Su majestad preguntaba al mismo tiempo cuando el Padre Santo llegaria á Viena. El Papa respondió que pensaba llegar á esa ciudad el dia 18 en compañía del cardenal Carafa, legado en Ferrara, y de monseñor Mattei, cardenal *in petto* desde 1779. El Sumo Pontífice se embarcó el dia 10 en Lago-Scuro del Pó, en donde se hallaban preparados trece buques para trasportar la comitiva y sus equipajes.

A la una de la noche el Papa desembarcó en Chiozza, en donde fué cumplimentado en nombre de la república de Venecia por los procuradores de San Marcos, Luis Manin y Pedro Contarini, quienes no le dejaron hasta las fronteras de la república. El Papa entró en el Brenta por el canal de Brontolo, y en el *Mira* encontró al patriarca Giovanelli, á quien hizo embarcar en su buque. Desde allí costeó la ciudad de Venecia, en donde prometió que se detendria á su regreso. Los obispos del país y el cuerpo diplomático residente cerca del Dux pasaron á Mestre á ofrecer sus homenajes á Pio VI.

En 14 de marzo de 1782, Su Santidad entró en Goritz, en donde encontró al conde de Cobetzel, vice-canciller de palacio, que por encargo del emperador salió á recibir al Papa, y para que se le tributaran todos los homenajes debidos á su sagrado carácter.

El dia 17 el Papa llegó á Leoben, en donde le recibió la archiduquesa María Ana de Austria, que á propósito habia ido allí desde su residencia abacial de Clagefurt.

El 22 de marzo, el emperador, á pesar de hallarse con una fluxion de ojos, salió al encuentro del Papa á dos leguas de

Newstadt con el archiduque Maximiliano, y al verie bajaron ambos del carruaje y se acercaron al del Papa para ayudarle á apearse. El Sumo Pontífice abrazó al emperador estrechamente, sin darle tiempo de que le hiciera ninguna manifestacion respetuosa, y le habló con amable franqueza. El emperador invitó al Papa á subir á un carruaje de dos asientos que allí habia: subieron, y el emperador se sentó á la izquierda del Papa por atencion á su augusto huésped. En Newstadt ofreciéronse refrescos al Papa, y luego se continuó la marcha por el camino de Viena entre dos murallas de un gentío inmenso, y de mas de dos mil carruajes llenos de las personas mas escogidas de la capital.

Al apearse el Papa en el palacio del emperador, en donde estaban ya preparadas para hospedarle las habitaciones de María Teresa, José le presentó el príncipe de Kaunitz, diciéndole: «Este es nuestro gran canciller de palacio y de Estado,» á lo cual respondió el Papa: «Nos complacemos mucho en verle al lado de vuestra majestad.»

En esta respuesta, aunque fria, no se ve falta de atencion. Algunos autores pretenden que Pio VI habló al príncipe de sus muchos años, y que le puso la mano en el hombro diciéndole algunas palabras que no pudieron entenderse bien. Pio VI tenia mucho talento, y como iba á negociar con un ministro poderoso, es de creer que, animado como siempre de un espíritu conciliador, no suscitaria desde el primer dia obstáculos para llevar á feliz término los asuntos de que iba á tratar. Si obró de otro modo, hizo mal.

El emperador condujo á su huésped á las habitaciones que le estaban destinadas, las cuales comunicaban con las del emperador, de modo que ambos soberanos podian verse siempre que quisiesen sin que nadie lo supiera. Llevóse luego al Papa á una tribuna de una de las capillas de palacio, en la que desde aquella mañana se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento. En el instante en que aparecieron el Sumo Pontífice, el emperador y los altos dignatarios del sacerdocio y del imperio, entonóse un solemne *Te-Deum*.

Toda la Europa tenia las miradas fijas en Viena, y en todas partes se esperaba con ávidez saber el resultado de las nego-

ciaciones del Papa, quien habia emprendido un viaje penoso atendidos sus años y lo crudo de la estacion que reinaba.

Mucho se habló entonces, mas es lo cierto que no ha llegado á saberse nunca lo que pasó; pero sí pudo observarse que las reformas emprendidas, aun las mas radicales, no se suspendieron á pesar de los agasajos que el emperador hacia en público al Papa, y hasta túvose noticia de que el emperador dirigió amenazas por escrito á todos aquellos que se negaron á publicar sus órdenes referentes á las religiones, sufriendo especialmente mas serias reprensiones el obispo de Goritz, el conde de Elding y el intendente de la provincia de Carniola.

Por su parte el Sumo Pontífice, constante defensor de los derechos de la Santa Sede, no vaciló en publicar un breve muy severo, que es el único que expidió desde Viena, en el cual con franqueza apostólica reprendió al obispo de Brünn en Moravia por haberse abrogado la facultad de abrir los monasterios de monjas, las cuales al salir de ellos quedaron sin saber donde acogerse, viéndose precisadas á mendigar un asilo, y de absolver de la observancia de las reglas de la orden á los religiosos cartujos.

He buscado inútilmente el expresado breve en el tomo VI del Bulario de Pio VI, y nada he hallado tampoco que se refiriese al obispo de Brünn respecto á lo que acabo de manifestar. ¿Cuándo, pues, se publicó el referido breve? ¿Por qué no se ha hecho mencion de él? Desde 1782 á 1842, fecha de la última edicion del Bulario, van sesenta años. ¿Porqué pues, se ocultaria un documento que era entonces de gran importancia, si bien hoy no constituye mas que una página de la historia?

Segun llevamos dicho, reina la oscuridad en lo relativo á las negociaciones de Viena; sin embargo, se sabe que Pio VI, á su regreso, y hallándose en Bolonia, escribió á su sobrino Luis Braschi lo que sigue:

«Hemos conseguido del emperador cuanto podiamos apetecer, y además hemos suprimido el juramento prescrito á los obispos de sus Estados, á quienes hemos concedido la facultad de dispensar los impedimentos matrimoniales hasta el tercer y cuarto grado, y tambien los de un parentesco mas próximo

aun , con la obligacion, empero , en este último caso de pedir nuestro consentimiento. Hemos alcanzado que se hiciesen algunas modificaciones relativamente á los monasterios de religiosos de ambos sexos y á la tolerancia de religiones ; en fin, nuestra permanencia en Viena ha sido muy provechosa para los intereses de la Santa Sede, de modo que no podemos menos de congratularnos de haber hecho este viaje.»

Apenas acababa el Papa de llegar á Viena, un ministro indiscreto preguntó si su visita seria muy larga, á lo cual Pio VI contestó con la mayor serenidad : « Sabemos perfectamente que somos papa ; mas ignoramos que seamos profeta. » A pesar de que la corte de Viena se hallaba en una disposicion poco favorable, la nacion no dejó de dar pruebas al Padre Santo del respeto que le profesaba. En los instantes que tenia libres, Pio VI concedia audiencia á las mas respetables personas de la ciudad y á la gente del pueblo. Un sacerdote le invitó á que le favoreciese con su asistencia el dia en que celebrase su primera misa , y nada le contestó ; pero en el momento de empezar la misa se presentó en la iglesia. El día 19 de abril tuvo un consistorio en el palacio imperial, confiriendo en él el capelo á dos prelados súbditos del emperador , á saber : monseñor de Firmian , y monseñor Bathyany, y pronunció en aquel acto una alocucion en la que ensalzó la piedad y los sentimientos religiosos del emperador.

Antes de marcharse el Papa , José le regaló un magnífico coche de viaje, un precioso pectoral de brillantes, y varias otras joyas. El Padre Santo aceptó estos presentes manifestando que no los consideraria como suyos, sino de propiedad de la Santa Sede, y como un testimonio de la munificencia imperial, y que deseaba que sus sucesores solo los usasen en las mayores solemnidades del año. No satisfecho aun el emperador, puso en manos del Papa un diploma de príncipe del Imperio para su sobrino Luis Braschi y sus descendientes, mas el Papa se lo devolvió diciendo : « No queremos que se diga que nos hemos ocupado mas del esplendor de nuestra familia que de los intereses de la Iglesia. »

El emperador aprobó el delicado proceder del Papa , y en consecuencia mandó depositar el diploma en la chancillería

del príncipe Coloredo. El Papa creyó que debía hacer á la corte de Viena algunos regalos dignos de ella, con lo cual daba una prueba de la bondad de su corazón y de su régia munificencia. José tenía el deseo de poseer el retrato del Sumo Pontífice, quien se dejó retratar por José Hickel, que fué el pintor escogido por el emperador á este efecto. También se acuñaron en Viena medallas de oro y de plata con el busto de Pio VI.

Hacia ya un mes que este se hallaba en Viena, y el pueblo ni un solo momento dejaba de mostrarse deseoso de recibir la bendición pontificia, de modo que un día el Papa hubo de dársela ocho veces. Se calcula que acudieron á presenciar su partida mas de ciento veinte mil personas. El emperador y el Papa subieron á un mismo carruaje, despidiéndose en María Brünn, despues de darse mutuamente las mayores pruebas de afecto. La noche de aquel mismo día el Papa la pasó en la abadía de benedictinos de Moeck.

En 24 de abril llegó á Lintz, en donde salió á su encuentro el cardenal Firmian, obispo y príncipe de Passaw. En Haag encontró al elector palatino Carlos Teodoro, duque de Baviera, con quien entró en un mismo carruaje en Munich, á donde acudió el obispo de Tréveris. Pio VI permaneció una semana en dicha ciudad quedando muy complacido de la espléndida acogida que se le dió en ella. A Munich se la denominaba *la pequeña Roma* de Alemania, y era considerada como la ciudad alemana mas adicta á la Santa Sede, reputacion que conserva aun hoy día, en que se espera que se disiparán los conflictos que en ella se han suscitado.

En la madrugada del 2 de mayo, el Sumo Pontífice, acompañado del elector palatino, entró en la ciudad de Augsburgo, famosa en los anales del luteranismo, en la cual estuvo tambien setecientos treinta años antes el papa Leon IX. Pio VI fué acogido en ella con gran respeto, no solo por los católicos, si que tambien por los protestantes, de modo que no podia notar que hubiese allí religiones diversas.

Pio VI deseaba llegar á Roma, mas antes debía cumplir la promesa que habia hecho de pasar por Venecia, en donde se le aguardaba con impaciencia. En Verona fué á ver el circo, en donde dió desde lo alto de su trono la bendición á mas de

cien mil católicos. En Padua visitó el monasterio de San Justino y la Universidad.

En la mañana del día 15 el Papa se embarcó para Venecia en un magnífico buque que el Dux hizo construir al efecto. Acompañaron al Papa los comisionados venecianos Manin y Contarini, el cardenal Boncompagni, el senador de Roma Rezzonico, los dos nuncios de Viena y Venecia, Garampi y Ranuzzi, y otros prelados de su séquito. El patriarca Giovanelli y diez y ocho obispos le salieron al encuentro por el Brenta hasta Fusina. Al llegar cerca del canal de la Zucca, doscientos cañonazos anunciaron su arribo. Su entrada en Venecia ofreció un espectáculo tal como nunca lo habían presenciado los venecianos con motivo de sus regatas, de la fiesta de la Ascension y la de los desposorios del mar.

Llegado el Papa á las cercanías de Venecia, salióle al encuentro el dux Pablo Renier, quien le ofreció el brazo en el momento de desembarcar, é iba luego á hincarse de rodillas; mas el Papa no lo permitió y estrechóle afectuosamente entre sus brazos. El Dux dió al Papa durante su permanencia en Venecia tantas pruebas de afecto y de veneracion, y se entablaron entre ambos tales relaciones de amistad, que los inquisidores de Estado (así se dijo entonces), disgustados por la poca consideracion que se les habia demostrado, entraron en recelos del Dux, á quien, despues que el Papa hubo partido, hicieron manifestaciones amargas por los sentimientos que demostró hácia un soberano extranjero, cuyas pretensiones sobre los Estados ajenos habia desaprobado siempre la República. Entre otras cosas se hacia cargo al Dux de haber hablado en muchas ocasiones al oido del Papa, y con frecuencia á solas. Pero volvamos á hablar de la entrada del Sumo Pontífice.

Despues de haber el Dux hecho pasar á su embarcacion al Papa, dirigiéronse ambos hácia Venecia, seguidos de una multitud de góndolas, que no parecia sino que formaban un todo con la ciudad. Al entrar en el gran canal por la parte de la aduana, vieron las ventanas lujosamente adornadas con colgaduras, y encaminándose luego al convento de dominicos de San Pedro y San Pablo, que el Papa prefirió al espacioso monasterio de S. Jorje *Maggiore*, subieron á las habita-

ciones destinadas para el Sumo Pontífice, en donde el Dux le cumplimentó en voz muy alta en presencia de todas las autoridades superiores.

Pio VI salió de Venecia el 19 de mayo, dirigiéndose á Padua y luego á Ferrara. En esta última ciudad celebró en 22 de mayo un consistorio secreto, en el cual nombró públicamente cardenal al arzobispo de la misma, Mattei, que lo era ya *in petto*.

En Bolonia el Papa encontró al duque de Parma, al marqués Santini, embajador de la república de Luca, y á un enviado del rey de Cerdeña. En Imola se apeó en el palacio de su tío, el cardenal Bandi, en donde encontró á su hermana Julia Onesti.

En la tarde del 8 de junio llegó á Loreto.

Al llegar á *prima Porta*, cerca de Roma, el Sumo Pontífice dejó su traje de viaje, poniéndose las vestiduras pontificias que acostumbraba á llevar en Roma, en donde entró el día 13 de junio, despues de tres meses y diez y siete dias de ausencia.

Mas adelante dirigió al sacro colegio una alocucion dándole cuenta de algunos hechos de su viaje. Con este motivo se puso en su reclinatorio de la Iglesia de San Pedro un papel con una sátira concebida en estos términos: «Lo que Gregorio VII el mas grande de los pontífices fundó, Pio VI el último de los sacerdotes lo ha destruido (1).» No bien el Sumo Pontífice acabó de leer estas palabras, sin inmutarse pidió recado de escribir, y aparentando tomar por una solicitud el papel que tenia á la vista, continuó en él en forma de rescripto las siguientes frases, que circularon por toda Roma: «*El reino de Jesucristo no es de este mundo. El que distribuye las coronas celestiales, cuida poco de las coronas perecederas de la tierra. Demos al César lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios.*»

En las Memorias de Jauffret se lee que Pio VI consiguió durante su permanencia en Viena que el emperador introdujese en sus decretos algunas modificaciones aunque ligeras, y sacrificó algunas ventajas para alcanzar otras. Pio VI hubiera desea-

(1) Novaes, tom. XVI, part. I, pág. 92.

do que se conservasen todos los conventos, y José, al suprimir los que juzgaba inútiles, dejó subsistentes las órdenes religiosas. El emperador, al explicar su decreto sobre la bula *Unigenitus*, prohibía comentarlo públicamente; más permitió á los profesores que diesen de él á los discípulos algunas ideas considerándolo históricamente. José declaró también que el pase régio que habia establecido, no comprendía las bulas que tratasen de puntos dogmáticos, y permitió que se acudiese á Roma para obtener las dispensas de los impedimentos matrimoniales consistentes en un parentesco mas próximo que el proveniente del tercero ó cuarto grado, y declaró (continúo citando á Jauffret (1) que el sistema seguido en la censura de libros no era un obstáculo para que los obispos reclamaran contra los que juzgasen perjudiciales. Estos son los puntos tocante á los cuales José cedió algun tanto, y como se ve fué lo menos posible, pues el ministro Kaunitz le animaba con sus consejos á resistir las pretensiones del Papa.

Es cierto, segun se lee en las Memorias de Jauffret, tomo II, pág. 245, que despues de la llegada del Papa á Roma, se supo que José habia decretado nuevos cambios. En virtud de una de sus disposiciones se arrogó la facultad de verificar el nombramiento de los obispos de la Lombardia, la cual, desde tiempo inmemorial, correspondia al Papa. Pio VI creyó también oportuno ceder respecto á este punto.

José formó por su propia autoridad un nuevo arreglo de los obispados de Lombardia y Austria, aboliendo los seminarios diocesanos, y estableciendo algunos otros generales en cinco ó seis ciudades. Publicó un decreto mandando quitar de las iglesias las imágenes; borró los impedimentos dirimenes del matrimonio creando otros nuevos, y finalmente permitió el divorcio en determinados casos.

En esa época habia en Pavia una porcion de hombres, partidarios de una secta proscrita, los cuales, á imitacion de los que seguian á monseñor Ricci de Pistoia, hacian revivir los escritos de los apelantes de Francia, procuraban introducir un cisma, derribar la Santa Sede, y restablecer lo que ellos

(1) Tom II, pág. 248.

llamaban sana doctrina, esforzándose en introducir en las reglas eclesiásticas las mismas ideas republicanas y los mismos principios democráticos que habian difundido en las lecciones de filosofía, las cuales realizaron luego en el gobierno.

Mas de una vez Pio VI se lamentó de la proteccion que imprudentemente se dispensaba á esos teólogos, filósofos, pero sus reclamaciones fueron desatendidas.

Expulsado de Roma el padre Natali, fué acogido en aquella Universidad, profesó la doctrina de los apelantes de la bula *Unigenitus*, y no contento con difundir sus obras, las tradujo al italiano. El Papa procuró separarle de esa Universidad; mas en vano. Uno de los que mas influyeron en esas innovaciones, fué un eclesiástico amigo de monseñor de Stock, que pertenecía al mismo partido, quien estaba encargado de instruir en los mismos principios de la religion á los hijos de María Teresa. El abad de Brannau, monseñor de Rauffentrauch, que habia sucedido á monseñor de Stock en la presidencia de la facultad de teología, sobrepujó á su antecesor en desordenado afan por las reformas (1).

Fáltanos decir que en el momento en que en Viena se esperaba con religiosa impaciencia la llegada de Pio VI, Eybel, antiguo profesor de derecho canónico en la Universidad, y que era uno de los hombres mas apasionados al nuevo sistema y uno de los que mas ardientemente favorecian los planes del emperador, se propuso amortiguar el entusiasmo religioso de los pueblos y ahogar los sentimientos de respeto hácia la Santa Sede y de veneracion hácia el vicario de Jesucristo. Despues de haber escrito contra el Sacramento de la confesion y otros artículos de la fe católica, publicó en 1782 en la imprenta de Kurzbeck una pequeña obra titulada: *¿Quid est Papa?* « *¿Qué es el Papa?* » Esta obra que llevaba el sello imperial, se difundió con profusion traducida en varios idiomas, hasta en el griego vulgar, para que se propagase mas fácilmente en todas partes el veneno que contenia.

Ese extraviado canonista calificaba de fanática á la multitud de fieles que creia dispuestos á prestar sus homenajes al

(1) Véase la obra del abad Jauffret, II, 178.

Padre Santo y á aclamar al sucesor de san Pedro. Consideraba la Iglesia como una especie de república, en la cual el Papa solo ejercia las funciones de presidente, puesto que su autoridad dimanaba de la voluntad de la misma república, no cabiéndole otras facultades que advertir y exhortar. El autor pretendia que la autoridad de los obispos para gobernar la Iglesia era tanta como la del Papa. Exageraba sus derechos, y no citaba, apoyándose en la tradición, sino aquellos datos en que se recomienda la dignidad episcopal, teniendo cuidado de truncar los pasajes en que se probaba el poder de la Santa Sede.

Considerando Pio VI que la expresada obra, atendida su poca extension y el poco fondo que podia hallarse en ella, no tenia gran importancia, pasó algun tiempo sin condenarla; mas al ver el afan con que se la propagaba á fines del año 1782 y sucesivos, y la obstinacion que manifestaban los enemigos de la Santa Sede para deprimir y envilecer el centro de unidad; impulsado por el celo que le distinguia, en un decreto de 28 de noviembre de 1782 *Super soliditate* condenó y prohibió la referida obra por contener proposiciones falsas, escandalosas, temerarias, injuriosas, cismáticas, erróneas, heréticas y otras condenadas ya por la Iglesia. Conociendo el emperador que ese decreto penetraria en los Países Bajos, como era natural, mandó que no se publicase, y como el nuncio de Bruselas, monseñor Zondadari, y el cardenal arzobispo de Malines fueron acusados de haber contribuido á darlo á conocer en Francia, mandó al primero que dejase al punto su residencia, y al segundo que pasase á Viena á dar cuenta de su conducta.

El Padre Santo, apoyándose en pruebas, demostraba en su decreto que en todos tiempos habia sido reconocida é invocada la autoridad de la Santa Sede, y oponia á esa obra inspirada por el espíritu de discordia, á san Cipriano, á san Crisóstomo, á san Epifanio, á san Agustin, á san Optato de *Mileva* (1) y á san Bernardo, quienes consideraban profanos á todos aquellos que se separaban de la cátedra de San Pedro y no es-

(1) Ciudad de la Numidia en Africa. San Optato florecia en tiempo de los emperadores Valentiniano y Valente. San Agustin decia de él: Podria servir de prueba de la verdad del catolicismo si esta estuviese fundada en la virtud de sus ministros.

cuchaban sus decisiones. El Papa recordaba lo que constantemente enseñaron los concilios generales, destruía lo expuesto por Eybel que quería fundar sus razones en los concilios de Constanza y Basilea, y exponía oportunamente la doctrina y la tradición más ciertas y constantemente seguidas, y las opiniones manifestadas en los concilios y en los escritos de los Padres de la Iglesia. Las palabras de Pío VI eran un juicio dogmático, cuya autoridad era irrefragable desde el momento en que lo aceptaron las iglesias de Alemania y de los Países Bajos pertenecientes al Austria, á donde se envió el decreto, y en que guardaron silencio las demás iglesias, entre las cuales no hubo ninguna que reclamase.

Como el espíritu de revuelta para conseguir su objeto recurre con frecuencia á tortuosos medios, el doctor Plat, gran fautor de Eybel y promovedor de las reformas que José II hizo en los Países Bajos, publicó un escrito en el que decía que la insubordinación de los seminaristas de Lovaina era efecto del decreto de Pío VI contra Eybel; mas á poca costa se ve que en esta ocasión ese enemigo de los papas estuvo preocupado, pues basta para destruir su calumniosa suposición el observar que el decreto contra la obra de Eybel lleva la fecha del 18 de noviembre, siendo por lo tanto de todo junto imposible que se tuviese conocimiento de él el día 7 de diciembre inmediato, en que estalló la referida insurrección (1).

En medio de tantos disgustos como afligian al Padre Santo, tuvo éste el consuelo de saber las felices consecuencias de un hecho favorable á la religión católica. El rey de Suecia, Gustavo III, dió las gracias á Pío VI por haberle enviado un prefecto apostólico para dirigir el culto de treinta mil católicos romanos residentes en Suecia, en donde estuvo prohibido el ejercicio del culto católico desde que Gustavo Wasa abrazó el luteranismo. El Papa encargó además á monseñor le Clerc de Juigné, arzobispo de París, que enviase también á Suecia á un individuo de la Sorbona.

Pío VI al regresar de su viaje tuvo que ocuparse de otros asuntos, además de los que acabamos de indicar. Los Estados

(1) Véanse las Memorias de Jauffret, tom. II, pág. 207.

Pontificios, así como toda la Italia, eran víctimas á la sazón de una horrorosa carestía, y para remediarla y ponerla término el Papa dictó varias medidas.

Pío VI, á pesar de los grandes gastos que habia hecho, no descuidó los pantanos Pontinos ni la construcción de una sacristía en el templo de San Pedro. Por estar ya muy adelantada la estación, no podia ir á Terracina á animar con su presencia á los trabajadores; mas casi todos los dias iba á ver las obras de la sacristía.

En 1783 Pío VI tuvo el disgusto de ver que varios soberanos continuaban en el camino de las reformas que habian emprendido. Muy distinto era el que seguia el rey de España Carlos III. Deseoso de remediar diversos abusos que se habian introducido en la administracion de algunos patrimonios eclesiásticos, y no queriendo obrar por sí mismo, acudió al Padre Santo suplicándole que examinase á fondo tan importante asunto, y el Papa expidió un breve, que tardó algun tiempo en publicarse, en el que introducía algunas mudanzas en los monasterios con el objeto de aliviar la suerte de los pobres de la monarquía.

Hácia la misma época el rey de Nápoles planteaba sin el acuerdo de Su Santidad algunas medidas que le aconsejaron irreflexivos palacios. Habiendo muerto el arzobispo de Nápoles monseñor Filangieri, sin haber obtenido el capelo que por espacio de trescientos años se habia concedido á los titulares de aquella diócesis, el rey nombró para ocupar dicha silla á monseñor Capece Zurlo, obispo de Calvi, á quien preconizó al momento el Papa, creándole cardenal, sin expresar á quien se debia su nominacion, pues solo pertenecia al Sumo Pontífice.

Pío VI no pudo mostrarse tan indulgente al tratarse de la provision de treinta obispados, vacantes en el reino de Nápoles, en donde aun subsistian las controversias que en él se habian suscitado. Cuestionábase si la nominacion pertenecia al rey ó al Papa, y entre los ciento treinta y nueve obispos del reino solo veinte y seis estaban en favor del patronato real. El monarca habia colocado en la silla de Potenza á monseñor Andrés Sarao, autor de una obra generalmente reputada como

llena de máximas perniciosas y jansenistas. El Papa rehusó admitir su nominacion , puesto que solo pertenecia á la Santa Sede la facultad de decidir si la eleccion de un pastor era buena ó mala; mas la aprobó, haciendo gracia de la mitad del precio de las bulas expedidas á este efecto, desde el momento que el obispo de Sarao dejó sus errores y reconoció la autoridad del Sumo Pontífice.

La emperatriz Catalina manifestábase firme en su propósito de proteger á los súbditos católicos de sus Estados y de acoger á los jesuitas , á quienes permitió en Mohilow elegir un superior general y los demás superiores necesarios para la mejor administracion de sus iglesias.

Habiendo visto Catalina en uno de sus viajes el aprecio que se hacia de los jesuitas en la Rusia Blanca , sintióse todavía mas dispuesta á protegerlos , y resolvió pedir la confirmacion de la Compañía ; mas Pio VI manifestó que no podia acceder á ello sin disgustar á los soberanos que habian solicitado que fuese suprimida. Con todo eso Catalina , por conducto del canónigo Benilauski , escribió al Papa una carta, acompañada de otra de su hijo Pablo que se hallaba presente en el momento en que el Sumo Pontífice partia para Viena , en la cual explica con energía los motivos que le asisten para favorecer á los jesuitas.

« Al conservar , dice , en mis Estados á esos infelices prescindiendo de la aversion que les tienen otros soberanos , no hago mas que cumplir con mi deber como reina. Yo los considero cual súbditos fieles , útiles al Estado y exentos de culpa. No deben asustarme los ardidés y manejos de esos religiosos si son ellos los que los emplean , ni los de ninguna otra clase de eclesiásticos sujetos á mi autoridad. Segun las leyes que rigen en mi imperio , á nadie se persigue sino habiendo justas causas probadas , y constando plenamente la existencia del delito. Las pruebas de los delitos cometidos por los individuos en general de la orden suprimida por vuestro predecesor , yo no las he visto nunca. Así que , Santísimo Padre , dejad á un lado todo temor que yo me encargo de este asunto. Con respecto á esto no se verá Vuestra Santidad en ningun conflicto. »

Los embajadores de las potencias enemigas de los jesuitas, asombrados al ver que se iba á tratar en Roma de semejante asunto á instancias de una gran potencia, trataron de averiguar por todos los medios posibles los secretos de las negociaciones. Pio VI no tuvo reparo en manifestarles que habia recibido una carta muy terminante, y preguntóles francamente la contestacion que habia de dar á la poderosa autócrata de todas las Rusias. Todos los embajadores consultaron el asunto á sus respectivos soberanos, cuando ya Catalina por medio de sus ministros habia manifestado sus deseos á varios de ellos, los cuales acordaron responder que no pretendian atar las manos al Papa, pero que no convenia hacer demasiado público semejante incidente en un punto en que las potencias, ocupadas entonces en otros negocios, no podrian manifestar gran oposicion. En su vista Pio VI envió á la Emperatriz un breve fechado en 24 de julio en virtud del cual, teniendo en consideracion graves circunstancias, *mantenia y conservaba la Compañia de Jesus en los Estados pertenecientes á Su Majestad.*

Algunos dias despues, el Papa escribió de puño propio una carta á la Emperatriz, en la cual le participaba que habia determinado enviar á la corte de San Petersburgo al nuncio de Venecia monseñor Archetti, para acordar y establecer en debida forma lo que ella deseaba.

Catalina aprobó la determinacion de Pio VI, y el canónigo Benilauski, despues de haberse detenido en Roma un mes y doce dias, partió para la Rusia Blanca, con la seguridad de que á su llegada á San Petersburgo el nuncio le consagraria para recibir el titulo de coadjutor de la iglesia de Mohilow.

Pio VI cumplió su promesa, y á principios de julio el nuncio Archetti llegó á la corte del imperio ruso, en donde le salió al encuentro el gran duque, quien le presentó á la Emperatriz. Vióse, pues, á un nuncio apostólico revestido de carácter sagrado en una corte cismática y separada de la Iglesia latina, cosa que se consideró como un acontecimiento nuevo, cuando no lo era, pues Gregorio XIII envió en otro tiempo á Rusia con el carácter de nuncio al célebre jesuita Antonio Possevin, con encargo de invitar á Juan Basilio, que enton-

ces ocupaba el trono, á entrar en una liga con los polacos y el rey de España contra el gran sultán de los turcos, Selim II, que poco tiempo antes habia invadido la isla de Chipre, perteneciente á Venecia. No habia mas diferencia entre ambos nuncios, sino que la corte romana reconoció en tiempo de Archetti el título imperial en la persona de Catalina y de sus sucesores, pues hasta entonces Roma habia rehusado á los soberanos de Rusia el título de czar por ser sinónimo de César.

En 15 de julio se dió al nuncio audiencia pública. Saludó en los términos que exigia el acto á la Emperatriz, la que le contestó con expresiones satisfactorias. Salvadas ya todas las dificultades, el nuncio consagró en la iglesia de Capuchinos á un arzobispo y á tres obispos católicos, á cuya ceremonia asistió la Emperatriz con toda su familia. Una vez conferido el palio al nuevo arzobispo de Mohilow, el nuncio en una alocución latina declaró que á ese arzobispo correspondia, como nuevo y natural pastor, el cuidado de las ovejas católicas desparramadas en las extensas provincias de Europa y Asia sujetas al dominio ruso, y cuyo número era entonces de unos tres millones.

Hácia la misma época se consagró en San Petersburgo otra nueva iglesia en presencia del gran duque y de su esposa, quienes, para atestiguar al nuncio el particular afecto que le profesaban, le regalaron un pectoral de valor de ochenta mil rublos, y un magnífico ropon, entregándole al propio tiempo una carta para el Papa, en la cual solicitaban la púrpura para el nuncio, que la obtuvo á pesar de la oposicion que hicieron algunas potencias. La Emperatriz pedia igualmente al Sumo Pontífice que le enviara un nuncio que residiese continuamente en la capital. Los jesuitas se encargaron de la direccion de los asuntos eclesiásticos: todos los dias Catalina hacia construir seminarios, y finalmente se concedió al general de los jesuitas que en San Petersburgo y en las solemnidades de palacio disfrutase de los mismos honores que se tributaban en Madrid á los generales de los dominicos y de los franciscanos que tenian la consideracion de grandes de España.

Las ocupaciones propias de su ministerio apostólico no dis-

trajeron á Pio VI de continuar en sus grandes empresas para el embellecimiento de la capital y para el bienestar de sus súbditos. Los pantanos Pontinos quedaron inundados de nuevo á causa de frecuentes lluvias y por efecto de la incuria de algunos matemáticos encargados de los trabajos hidrúlicos, por lo cual fué menester reconstruir algunos diques. Pio VI pasó por cuarta vez á visitar ese territorio, y convencido por sí mismo de que el daño experimentado no era tan grande como pretendían los murmuradores, regresó á Roma á donde acababa de llegar por segunda vez el elector palatino Carlos Teodoro, á quien el Papa habia visto en Munich. Su Santidad quedó tan satisfecho de la hospitalidad que dicho príncipe le habia dado, que en un movimiento de gratitud quiso que se alojase en su palacio del Vaticano.

Pio VI concedía recompensas á todos aquellos que se dedicaban á hacer excavaciones en el antiguo territorio de Roma. Descubriéronse un gran número de estatuas, bajos relieves, vasos, urnas é inscripciones, de todo lo cual se escogió lo mas precioso para trasportarlo al museo llamado Pio Clementino, en donde fué oportunamente colocado por Juan Bautista Visconti, padre del célebre Ennio, cuyos cuidados realzaban cada día mas ese precioso depósito de las bellas artes.

Hácia ese tiempo empezóse á hacer uso de la sacristía construida en el templo del Vaticano; mejoráronse algunos caminos públicos especialmente el de la montaña de Viterbo, que á menudo estaba impracticable, y continuáronse y se terminaron grandes obras hidrúlicas en las fronteras de Toscana.

Para subvenir á todos esos gastos fué menester pedir un empréstito á los genoveses en cantidad de tres millones de escudos. Al manifestar el Papa al sacro colegio el proyecto de verificar dicho empréstito, ningun cardenal tomó la palabra en contra, excepto uno que preguntó qué necesidad habia de tantos gastos.

En 1.º de junio del año anterior Pio VI beatificó solemnemente á Lorenzo de Brindis, general que habia sido de la orden de capuchinos.

Sabedor el Papa de que el rey de Suecia Gustavo III, acababa de ponerse en camino para trasladarse á Roma, envió á

las fronteras de los Estados Pontificios al correo de gabinete Catenacci para que cuidase de alojarle. Hubo entonces un singular quid pro quo. El emperador José queria sorprender al Papa haciéndole una visita sin avisárselo de antemano, á cuyo fin salió de Viena el 6 de diciembre, y despues de detenerse algunos dias en Florencia y en Pisa al lado de su hermano el gran duque Leopoldo, llegó á los confines de los Estados Pontificios antes que el rey de Suecia, que, como el emperador, viajaba de incógnito con el nombre de conde de Haga. Como el correo no conocia á ninguno de ambos soberanos, creyó que el emperador era el rey de Suecia, y se le anunció como conde de Haga. El emperador descansó por espacio de una hora en casa de su ministro el cardenal Herzan, trasladándose luego sin que nadie lo supiese al Vaticano, en donde no se le aguardaba por cierto. Al reconocerle el Papa le acogió con muestras del mas acendrado afecto.

Despues de haber estado una hora juntos pasaron á la iglesia de San Pedro. El papa rogó á su huésped que se arrodillara con él en su reclinario, mas José rehusó diciendo: « Santísimo Padre, este no es lugar de hacer cumplidos. Permitid que me vaya á dar una vuelta por el museo. »

En la tarde del dia siguiente entró en Roma el rey de Suecia, quien asistió al igual que el Emperador á las fiestas de la noche de Navidad. Ambos llevaban el uniforme de meros oficiales. Puestos de rodillas en las gradas de la derecha, cerca del altar pontificio, oyeron una piadosa homilia que el Papa pronunció despues de recitado el Evangelio.

Al cabo de siete dias de permanencia en Roma, en donde debia esperar á su hermana la infanta duquesa de Parma, á quien el Papa hizo ofrecer á su paso la *rosa de oro* por su sobrino monseñor Braschi, el Emperador se dirigió á Nápoles, en donde permaneció dos semanas al lado de su otra hermana la reina María Carolina, volviendo luego á Roma. En esta ciudad tuvo frecuentes conferencias con el Papa, sentó con él las bases de un concordato, en el cual el Sumo Pontifice cedia perpétuamente el derecho que gozaba la Santa Sede de verificar la nominacion para los obispados y los beneficios de la Lombardia, en favor del emperador José y de sus sucesores, como duques de

Milan y de Mantua. El Emperador marchóse de pronto á Viena, y prosiguió sus reformas en materias eclesiásticas.

A esa época se refiere una disposicion pontificia relativa á las facultades concedidas al seminario de San Sulpicio de París.

Las expresadas facultades otorgadas el 16 de marzo de 1784, pero enviadas mas tarde, consisten en permitir al superior, al director y á los sacerdotes de la iglesia parroquial de San Sulpicio de París, dar la bendicion apostólica á los fieles de aquella parroquia *in articulo mortis* (1), con la condicion empero de conformarse con las letras de Benedicto XIV de abril de 1774, que empiezan: *Pia mater catholica Ecclesia*. Semejante concesion se otorgó sin que la solicitaran los clérigos de San Sulpicio, como una recompensa de su adhesion á la Santa Sede y de haber dado á la Iglesia auxiliares y sábios que gozan mucha fama.

El rey Gustavo, que fué á pasar el Carnaval en Nápoles, trasladóse algun tiempo despues á Roma, mostrándose en ella sumamente atento con el Padre Santo. En esa época la Santa Sede estaba abrumada de pesadumbres y de humillaciones que le causaban algunos soberanos, y Gustavo escogió este momento para terminar en Estocolmo la iglesia que se prometió levantar para los católicos, la cual fué bendecida por el doctor Oster de la diócesis de Metz y vicario apostólico. El dia de Pascua empezáronse á celebrar en ella los divinos misterios, estando presente, por ausencia del rey, su hermano el duque de Sundermania.

Durante las fiestas de la Semana Santa, dióse en todas partes puesto preferente á Gustavo, quien, aunque luterano, no vaciló en decir que los protestantes criticaban sin motivo las funciones sagradas del rito católico. El monarca llevó la curiosidad hasta el punto de querer presenciar la ceremonia de pro-

(1) En aquella época el director del seminario era al mismo tiempo cura de la parroquia. Se propuso de nuevo al superior que aceptase este último cargo; mas lo rehusó, así como sus sucesores, para poder consagrarse enteramente á las nobles ocupaciones de instructor de jóvenes levitas en que tanto se ha distinguido siempre ese establecimiento, que es uno de los mas florecientes. Yo creo que la facultad de que aquí se trata corresponde tambien á todos los curas-párrocos de París en virtud de facultades conferidas por la Santa Sede al arzobispo, y que este delegó á los curas-párrocos.

fesar en un convento de capuchinas, y pidió que se le permitiera entrar en este convento de vírgenes sagradas.

Antes de marcharse el rey de Suecia regaló al Papa tres cajitas de madera del Brasil primorosamente trabajadas, dentro de las cuales habia 232 medallas, entre ellas 99 de oro y 133 de plata, con el busto de los principales reyes y de los mas grandes hombres de Suecia. El Papa recibió el regalo con tanto gusto que rayaba en entusiasmo, y lo colocó en el museo Clementino, al lado de las séries numismáticas que en otro tiempo enviaron á la Santa Sede el rey de Francia y la emperatriz Catalina. Todos esos tesoros han desaparecido en medio de las vicisitudes de la invasion, al igual de otros muchos objetos preciosos que adornaban ese museo.

La última vez que Gustavo estuvo en el colegio de la Propaganda, cuya mision era derramar por el mundo las luces de la fe, le fué presentado un elogio en verso impreso en cuarenta y cuatro lenguas antiguas y modernas (1). Al despedirse, el Papa y Gustavo se abrazaron con la mas tierna efusion, deseándose respectivamente mil felicidades. Muy distantes estaban de prever la suerte que les aguardaba: el uno debia morir asesinado en un baile; el otro despues de inauditos sufrimientos y de dolorosos insultos, debia morir desterrado en un país que hasta entonces fué católico.

Entretanto agravábase de dia en dia la triste situacion de la Calabria ulterior, victima de horriblos temblores de tierra, que se tragarón ciudades enteras, derribaron montañas y ocasionaron la muerte á mas de setenta mil habitantes. El tesoro del rey de Nápoles no bastaba para remediar tantas desgracias, y en esta situacion se acudió á la benignidad de Pio VI, quien permitió al monarca emplear en actos de caridad, tan necesarios entonces, las rentas que los conventos

(1) Cancellieri publicó en aquella época ese elogio para dar una muestra de los idiomas que se hablaban en la Propaganda y de los caracteres tipográficos pertenecientes á su imprenta. En 1804, cuando Pio VII visitó la imprenta imperial, le regalaron el Pater noster traducido en ciento cincuenta lenguas distintas, á saber: cuarenta y seis del Asia, setenta y tres de Europa, doce del Africa, y diez y ocho de América. El director de dicho establecimiento, M. Marcel, fué el autor del pensamiento de tributarle el expresado homenaje, y lo realizó con rara inteligencia.

que quedaron destruidos poseían en puntos que estuvieron exentos de la catástrofe.

Hacia esa época afligió á Pio VI un nuevo pesar. Sin embargo de que se mostró siempre complaciente con el gobierno de Nápoles, éste no cesó de afligir á la Santa Sede por medio de reformas eclesiásticas tan ofensivas como imprudentes. El Papa encargó al cardenal Bernis que viera de arreglar el asunto, á cuyo fin su eminencia se trasladó á Nápoles. El rey, ó mejor, su ministro, pretendía que se declarasen de nominacion real todos los obispados, á lo cual repuso Pio VI: «No podemos ni debemos consentir en una nominacion ilimitada: esto sería un golpe demasiado cruel. ¿Por qué no se ofrece hacer alguna modificacion? Todo cuanto podemos acordar es la nominacion de tres personas, entre las cuales nos y nuestros sucesores escojéremos la que reuna mayor aptitud.»

Pio VI imitó el ejemplo de sus predecesores de fines del siglo XVII y XVIII, persiguiendo continuamente á los malos libros.

En 17 de noviembre de 1784 condenó y prohibió uno titulado: *Profesion universal de fe de todas las religiones*; 1784. *Dedicado á la inteligencia de un hombre sano.*

En el breve Pio VI se expresa en estos términos:

«Acaba de salir de entre las tinieblas una obra exigua en su forma, pero completa en cuanto á la amarga hiel y al veneno de que está llena. Su autor, que es desconocido, se propone atacar, no tan solo este ó aquel capitulo de la doctrina cristiana, sino que pretende destruir á fondo todas las formas de la religion revelada. A su frente se ha impreso, por vana ostentacion, esta corta sentencia: *Conoce á Dios, y sé hombre de bien.*

«Hé aquí una de las aserciones del autor:

«En ninguna parte se ha prescrito, ni se ha podido prescribir, el modo de pensar rectamente; lo único que puede prescribirse es obrar rectamente. El que obra rectamente es bueno, sea hebreo, turco, pagano, cristiano ó partidario del naturalismo (naturalista).

«Y nosotros podemos contestar: ¿Acaso el que piense de una manera depravada será bueno á los ojos de Dios que escudriña los corazones? ¿Acaso será bueno el hombre que piense mal con

al que no cometa exteriormente ningun delito? Al fingir mediante los hechos una probidad de que carece, se miente á sí mismo, engaña al prójimo y al público, y se coloca en el número de los hipócritas. ¿Es posible cometer un insulto mas grave y mas atroz contra el autor de la doctrina de Jesucristo que consumó el sacrificio, que equiparar la perfidia del judío, la grosera creencia inmanente del mahometano, la superstición del pagano, y la constante é impía vanidad del sectario de la naturaleza?

«Nosotros por el contrario tenemos á nuestro Mediador en quien se hallan reunidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, no nos dejamos seducir por la generalidad de una vana filosofía, y rechazamos la superstición de una religion falsa.»

En 21 de noviembre de 1784, Pio VI condenó un libro alemán, titulado: *¿Qué es lo que dicen los documentos antiguos sobre la confesion auricular?* Viena, en la imprenta de José Nobili, 1784.

¿Esta obra es del mismo autor del peligroso libro titulado *¿Qué es el Papa?*

Pio VI se expresa así al principiar:

«El Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, queriendo derramar mas todavía las riquezas de su misericordia, se apiadó de nuestra condicion terrenal, y para consolar á los que pierden la gracia del bautismo, instituyó en favor de los sacerdotes de la Iglesia el sacramento de la penitencia, en virtud del cual los fieles debidamente confesados y contritos, obtienen del sacerdote la absolucion de sus pecados.

«El autor de ese libro es Eybel, quien tiene ya publicado otro que se titula *Introduccion al derecho eclesiástico del católico*, y que se halla continuado en el *index* con fecha 16 de febrero del corriente año.

«Nuestro predecesor Celestino en sus cartas á Cirilo habla en estos términos: *Es preciso curar al momento la herida que no solo ataca un miembro, sino á todo el cuerpo.*»

El Papa prohíbe leer y conservar semejante libro, cuyas doctrinas refuta victoriosamente.

Al inmediato año, se propuso al Sumo Pontífice una entre-

vista en los pantanos Pontinos con el primer ministro de Nápoles, el marqués de Sambuca, para allanar las dificultades suscitadas entre ambos gobiernos; mas el Papa rehusó á menos que se le diese de antemano seguridad de que se accedería á las medidas que proponía con respecto á los obispados. El marqués de Sambuca dejó de ser ministro, ocupando su puesto el marqués de Caracciolo, virrey de Palermo, de quien no podia esperarse que se hallase en mejor disposicion, pues dijo en Lóndres: « *Si algun dia llego á ser primer ministro del rey mi señor, ya sé lo que he de practicar para libertarle del gran musti de Roma.* »

El marqués de Caracciolo era hombre de talento y tenia fama de ser un gran hombre de Estado; mas en esta ocasion no dió pruebas de lo uno ni de lo otro.

Mucho tiempo habia que Pio VI demostrara su inclinacion al nepotismo, colmando imprudentemente de distinciones á su familia, y los soberanos aprovecharon de esta circunstancia para halagarle, á cuyo fin enviaban á Roma testimonios del afecto que profesaban á sus sobrinos.

En 15 de febrero de 1785, Pio VI dirigió una alocucion al mayor de sus sobrinos, Luis Braschi Onesti, en el momento de conferirle la gran cruz de la órden de San Mauricio y de San Lázaro, en nombre del rey de Cerdeña, que era gran maestre de dicha órden (1). El Papa explicó el origen y la importancia de la misma, fundada en 1684 por el duque de Saboya Amadeo VIII, San Mauricio fué el jefe de la legion Tebea. A la órden de San Mauricio se agregó la de San Lázaro, cuyos principios no eran menos ilustres.

Hácia esa época, una congregacion de cardenales estaba deliberando acerca de una peticion presentada por los armenios católicos, súbditos de la Puerta Otomana, los cuales como carecian de iglesias deseaban que se les permitiese entrar en las armenias sometidas al patriarca cismático, para distribuir algunas limosnas, rezar algunas oraciones y celebrar fiestas con arreglo á su antiguo calendario. Manifestaban que

(1) El monarca de Turin en aquella época era Víctor Amadeo María de Saboya. Nació en 26 de junio de 1726, y fué elegido rey en 20 de febrero de 1773.

si se negaba su petición quedarían expuestos á muchos peligros y á crueles vejaciones, y acompañaban con su demanda una erudita disertación, obra del marqués Juan Serpos. A pesar de todo, se tropezó con dificultades para tomar una resolución definitiva, y como eran muchos los negocios que abrumaban á la Santa Sede, hasta mucho tiempo después no se concedió á los armenios lo que deseaban.

El Papa debió de fijar su atención unas veces en la China, otras en la América septentrional. Supo que el emperador de la China, no solo toleraba con gusto á los católicos en sus Estados, si que también había permitido que se construyesen cuatro iglesias públicas en Pekin, por deferencia al jesuita florentino Poirot, quien en calidad de mandarin desempeñaba la plaza de secretario de la correspondencia con la Rusia. Disfrutaba la íntima confianza del emperador, el cual era amante de las bellas artes y veía con gusto los cuadros pintados por Poirot, quien, habiendo estudiado la pintura mientras se hallaba estudiando teología en el colegio romano, pidió mas adelante á su general que le destinase á alguna de las misiones, á las cuales se enviaban tan solo á religiosos que hubiesen cultivado un arte liberal. El Papa dirigió algunos breves al emperador, alentándole á perseverar en sus buenas disposiciones.

Las provincias unidas de la América septentrional que entonces eran solo trece, resolvieron satisfacer los deseos de muchos de sus conciudadanos católicos, en especial de los de la provincia de Massachussets. Dichas provincias pidieron al Papa un vicario apostólico, que estuviese revestido de toda la autoridad y de todo el poder necesario en los asuntos espirituales, á cuya petición se mostró favorable, enviando después de las informaciones necesarias, un vicario apostólico á Baltimore con plenos poderes para la Habana y también para Quebec.

Por aquel tiempo se seguía en el tribunal de la Rota un pleito de gran importancia. El marqués Carlos Ambrosio Lepri, que abandonando los valles del lago de Como se había establecido en Roma, juntó en esta ciudad un capital considerable que dejó en fideicomiso. Murió á una edad muy avanza-

da, dejando tres hijos. El último de ellos que sobrevivió fué don Amancio Lepri, quien, siendo ya entrado en años, renunció al hábito de los escolapios para tomar la cruz de hermano capellán de la órden de Malta. Este anciano que era de espíritu débil y de ánimo inconstante, resentido de su cuñada Victoria Lepri, viuda de su hermano el marqués José, que solo dejó una hija, en la persuasión de que el fideicomiso terminaba en él, instituyó en 1782 por su heredera á la órden de San Juan de Jerusalem, haciendo dos legados, uno de veinte mil escudos y otro en favor de don Luis Braschi, sobrino del Papa. En virtud de un nuevo testamento de fecha 26 de diciembre del mismo año, contrario de todo punto al primero, hizo donacion entre vivos al Padre Santo, no considerándole tal sino como Juan Angel Braschi, de todo su patrimonio, valorado en un millon y medio de escudos romanos, comprendiendo en ellos las alhajas cuyo valor ascendia á ciento veinte mil escudos, reservándose el usufruto durante su vida. En el mes de febrero de 1783, el testador renunció al usufructo, contentándose con una pension de seis mil escudos pagaderos por los que en nombre del Papa tomasen posesion de la herencia.

No bien se supo la donacion hecha por Amancio á Pio VI, presentáronse cuatro pretendientes al fideicomiso de que aquel dispuso, á saber: la pupila Ana María Lepri, hija del marqués José; el primo Ambrosio Lepri, y los dos hermanos Curti, hijos de una hermana de don Amancio. Sustanciósse la causa ante los jueces de Monte Citorio, declarando el Papa que en este asunto queria que se le considerase como un mero particular. Monseñor Civia, primer teniente civil del auditor de la cámara, opinó que el fideicomiso de Lepri terminaba en la persona de Amancio, y que este podia disponer de los bienes á su libre voluntad.

Despues de la donacion verificada en 1782, administró la herencia donada á la casa de Braschi por medio de monseñor Nardini. Este habia influido mucho para que aquella se hiciese, y acometido de escrúpulos al hallarse en peligro de muerte, pidió la absolucion al Papa.

Los litigantes vencidos apelaron, ante el tribunal de la Rota, de la sentencia de monseñor Civia. El Sumo Pontífice

hizo decir á los magistrados que prescindiendo de toda clase de miramientos y de respetos humanos, diesen el triunfo á la verdad y á la razon, manifestándoles al mismo tiempo que no queria que por él padeciese lo mas mínimo la justicia y que se verificasen derechos legítimos. A consecuencia de la primera decision de la Rota, fué anulada en 13 de junio la sentencia pronunciada por monseñor Civia, y mas adelante se declaró que la donacion era nula, que el fideicomiso no estaba extinguido, y que despues de Amancio debia pasar á su sobrina Lepri, hija póstuma de José, hermano de Amancio.

Amancio cayó gravemente enfermo á causa de una afeccion crónica que padecia, y conociendo que estaba próxima su última hora, mostróse arrepentido de lo que hizo, y escribió dos esquelas, una á su cuñada y madre de la pupila, y otra á su primo Lepri, pidiéndoles perdon del desvío que habia mostrado hácia ellos y retractándose de cuanto habia dicho ó escrito mientras duró. A fines de diciembre exhaló el último suspiro, y despues de su muerte, publicóse con pasmo universal un testamento posterior de fecha 12 de agosto, por medio del cual el testador anulaba la famosa donacion que hizo al Papa, sin embargo de que era irrevocable. En él exponia las razones que le habian impulsado á hacerlo, comprometiendo con ellas al Papa, pues daban lugar á creer que el donante habia obrado en virtud de consejos de que debiera haber desconfiado. Esto no inquietó al Papa en lo mas mínimo, y se mostró indiferente y resignado á acatar la sentencia del tribunal de la Rota. Los contrarios del Papa alcanzaron otra decision favorable, pasándose luego á dictar la tercera. A principios de diciembre, monseñor Priocca, teniente de Monte Citorio, declaró que la donacion era válida, rechazando las excepciones opuestas, en especial el último testamento. De nuevo vió el pleito el tribunal de la Rota, el cual pronunció una decision en favor de la pupila Lepri; y en esta situacion un auditor español de la Rota propuso un arreglo ventajoso para ambas partes litigantes. Por de pronto no se transigió, mas al fin el marqués de Autici, que mas adelante fué cardenal, persuadió á la marquesa Victoria Lepri y á la pupila que harian bien en mostrarse deferentes con el Papa, y dichas señoras no desde lue-

go, pero si mas tarde, siguieron el consejo del marqués, y en 1788 se presentaron en la sacristía de San Pedro, y pidieron al Papa que se hiciese un arreglo amistoso.

Pio VI accedió, y en consecuencia otorgóse una transacción, que suscribieron, además de los interesados, los cardenales Albani, Antonelli, Palotta, Altieri y Carandini y sellaron tres escribanos. En virtud de esta transacción, la pupila percibió 400,000 escudos al contado, la mitad de ellos en alhajas; la restante cantidad del fideicomiso, con lo que quedaba del patrimonio particular de Amancio, se asignó á los hermanos Braschi, quienes se obligaron á indemnizar competentemente al primo de Amancio, Ambrosio Lepri, y á los sobrinos Curti. El Papa dispuso además que se resarciesen á estos últimos los gastos que hicieron en el pleito. Así terminó este famoso litigio, del cual tanto se ha hablado, y tantos comentarios se han hecho en todas partes.

Si el Papa se mostró, segun opinan algunos, demasiado deferente con sus sobrinos en los hechos que acabamos de explicar, fué sin embargo grande en todo lo demás. Con todo, hubiera sido mejor que no hubiese habido en esta historia las páginas del pleito de Lepri.

La peste asolaba la Dalmacia y sobretodo Spalatro, distante de las ciudades de la Marca solo unas setenta ú ochenta leguas de mar. En los Estados Pontificios reinaba el espanto y la consternacion; mas las acertadas precauciones tomadas por el gobierno impidieron que el azote penetrase en las provincias del Norte. Mandóse suspender aquel año la feria de Sini-gaglia y la fiesta del *perdon* de Assis.

A esos males añadióse otro que no pudo prever. El Tiber salió de madre, elevándose á mayor altura que en 1772 y casi la misma que en 1750. Pio VI mandó disponer los buques necesarios para auxiliar á los infelices cuyas casas estaban circuidas de agua por todas partes.

Hubo varios temblores de tierra en Frascati, en Albano y en otros puntos, los cuales dieron mucho que temer, puesto que aun se conservaba el recuerdo de lá horrorosa catástrofe ocurrida en Calabria. Pio VI envió socorros á Terni, Narni, Spoleto y Rímini, que experimentaron los primeros sacudimientos.

El gobierno pontificio dedicó sus cuidados á establecer la escuela de sordo-mudos, fundada á imitacion de la constituida en Francia por el abate l' Epée y perfeccionada por el abad Sicard. El principal protector de ese establecimiento era el rico abogado Pascual di Pietro, hermano del que fué nombrado cardenal en 1802, á quien en tanto aprecio tuvo la Santa Sede por los trabajos que ejecutó y á los cuales se debe el concordato celebrado en tiempo de Pio VII.

Viendo Pio VI que las enfermedades habían disminuido el número de los individuos del sacro colegio, hizo en 16 de febrero de 1785 una promocion de catorce cardenales, cuyos nombres son los siguientes:

1.º José Garampi de Rimini, nacido en esta ciudad en 29 de octubre de 1725, nuncio en Viena y obispo de Montefiascone.

2.º José Doria Pamfili, genovés, nacido en 11 de noviembre de 1751, enviado extraordinario en Madrid, y luego nuncio en París.

3.º Vicente Ranuzzi, nacido en Bolonia en 1.º de octubre de 1726, nuncio en Lisboa.

4.º Carlos Visconti, de Pavía, nacido en 30 de julio de 1736, nuncio en Colonia y despues en Lisboa.

5.º Nicolás Colonna di Stigliano, napolitano, nacido en 15 de julio de 1730, nuncio en Madrid.

6.º Gregorio Charamonti, nacido en Cesena en 14 de agosto de 1742, benedictino, obispo de Imola, y despues papa con el nombre de Pio VII.

7.º Mucio Gallo d' Osimo, nacido en 17 de abril de 1721, secretario de la consulta y obispo de Viterbo.

8.º Pablo Massei, de Monte-Pulciano, nacido en 30 de setiembre de 1712.

9.º Juan de Gregorio, noble siciliano, nacido en Mesina el 27 de enero de 1729, auditor de la cámara.

10. Juan María Riminaldi, de Ferrara, nacido en 4 de octubre de 1718, decano de la Rota.

11. Franciscò Carrara, de Bérgamo, nacido en 6 de noviembre de 1719, secretario de la congregacion de los concilios.

12. Fernando María Spinelli, noble napolitano, nacido en 9 de noviembre de 1728, gobernador de Roma.

13. Antonio María Doria Pamfili, hermano del cardenal José Doria. Nació en Nápoles el 28 de marzo de 1749, y era *maestro di camera*.

14. Carlos Livizzani, noble de Módena, nacido en 1.º de noviembre de 1722, presidente de Urbino.

Antes de hablar de varias funestas disidencias nacidas en Alemania y que duraron mucho tiempo, diremos algo acerca del efecto que produjo la condena de la obra de Eybel, titulada: *Quid est Papa? «Qué es el Papa.»* Se recordará sin duda, que esta obra apareció en el momento en que el Papa entraba en Viena en 1782. Hémos ya hablado de esta dañina acción verificada por el escritor alemán con respecto á otro libro en el cual se mostraba tan audaz como en el primero.

En la época en que se condenó la referida obra de Eybel, se la leyó todavía con mas atención: Roma se inmutó principalmente al ver que en la primera edicion se hablaba de formular artículos parecidos á los que en 1682 se habian publicado en Francia.

En las nuevas ediciones se trataba aun con mas extension del proyecto de adhesion á las doctrinas llamadas galicanas.

Examinóse entonces de nuevo esta cuestion y meditóse mucho acerca de ello para contestar á los ataques de la obra, contra la cual aparecieron un sin número de refutaciones, de las que el cardenal Litta extrajo mas adelante con gran tino las excelentes razones con que ataca á los partidarios de la referida doctrina.

La edicion de las cartas del cardenal Litta, que apareció en París en 1826, contiene parte de esas razones, que su eminencia revistió con aquel brillante colorido que le es peculiar y á las cuales el editor francés se ha tomado el trabajo de añadir excelentes notas.

Todos los libros que Roma condenó de unos cien años á esta parte estaban llenos de alabanzas á la *soberanía de los pueblos*, que se decia era preciso sustituir á la *soberanía de los papas*; y Bossuet se ocupó de este punto en la *Defensa de la Historia de las Variaciones*, n.º 55 en donde dice:

« Si hubiesen de compararse las dos opiniones, esto es, la que somete el poder temporal de los soberanos al Papa, y la que lo somete al pueblo, este último partido, en el cual el favor, ó el capricho, ó la ignorancia y el entusiasmo dominan en alto grado, seria sin duda alguna el mas temible. La experiencia ha demostrado la verdad de esta opinion; pues nuestros tiempos presentan, entre todos aquellos en que los reyes se han visto abandonados á los crueles caprichos de la multitud, mas ejemplos trágicos contra la persona y el poder de los monarcas, de los que se hallan en el decurso de seis ó setecientos años entre los pueblos que en el punto de que se trata han reconocido el poder de Roma. »

No hablaremos de la agitacion que experimentaba la Santa Sede en la época en que se condenó á Eybel por haber reproducido debates ardientes. Véanse tocante á este punto las bellas páginas escritas por el cardenal Bonald.

Desgraciadamente hácia esa época suscitáronse turbulencias en Alemania. En 25 de agosto de 1786, los delegados de varias diócesis, Heimes, Reck, Tauffer y Benick, de acuerdo con los electores de Maguncia, de Tréveris y de Colonia, y el arzobispo de Salzburgo, Colloredo, se reunieron en Ems, en donde estaba proscrito el ejercicio de la religion católica para que solo se practicara allí el culto luterano, á cuyo fin celebraron un conciliábulo, contra el cual se declararon muchos obispos fieles á la Santa Sede.

Los delegados de las diócesis redactaron un proyecto que contenia veinte y tres artículos, y era mas propio para promover un cisma que para dar la paz á la Iglesia. En él se decidia, ó se pretendia decidir, que Jesucristo habia dado á los Apóstoles y á los obispos, sus sucesores, un poder ilimitado para atar y desatar á todos y en todos los casos, y que por lo tanto no era menester acudir á Roma, ni habia necesidad de sus jefes inmediatos. Anulábanse las exenciones de los religiosos, excepto las confirmadas por el Imperio. No dejaba de ser una resolucion bien extraña rehusar al Papa en materias eclesiásticas una autoridad que se otorgaba al poder civil. Decretóse que los religiosos no dependiesen en lo sucesivo de superiores extraños; pretendióse que los obispos

pudiesen dispensar en los casos reservados á la Santa Sede; que se podia relevar á los religiosos de los votos solemnes; que en los conventos no se pudiesen admitir religiosos si no tenian la edad de veinte y cinco años, ni monjas que no hubiesen cumplido cuarenta; que en adelante no se pidiesen á Roma los *indultos quinquenales*, esto es, la facultad de dispensar durante cinco años los impedimentos del matrimonio. Se declaraban nulas todas las dispensas que no se pidiesen á los obispos; determinábase que las bulas del Papa no serian obligatorias sino despues de haberlas aceptado los obispos; suprimíanse las nunciaturas, y se resolvia abolir el juramento que los obispos prestaban al Papa. Si este rehusa confirmar los obispos, decian que *hallarian en la antigua disciplina el medio de conservar sus puestos, bajo la proteccion del Emperador.*

En esos artículos los imprudentes obispos imploraban la autoridad del Emperador, sin pensar que era una extravagante contradiccion declinar la obediencia que debian á su legitimo jefe. Los cuatro arzobispos mencionados adoptaron esos artículos, procurando luego atraer á su partido á los obispos de la Germania; mas estos, conociendo el lazo en que se les queria prender, resistieron con vigor, ya por escrito, ya mostrando abiertamente su oposicion. Los cuatro prelados disidentes persistieron en su plan, y empezaron á poner en planta en sus diócesis los reglamentos que formaron en Ems. Dejaron de pedir á Roma los indultos quinquenales y concedieron las dispensas que tanto ellos como sus predecesores pidieron siempre á la Santa Sede. Con todo, no podian ignorar que el concilio de Trento habia declarado nulos los matrimonios contraidos dentro de ciertos grados, y dejado al Papa como custodio de los cánones la facultad de dispensar en determinados casos. Los arzobispos, pues, no podian arrogarse esta facultad sin oponerse á la decision de un concilio general, y sin perjudicar la estabilidad de los matrimonios, y por consiguiente el sosiego de la sociedad.

Como se trataba nada menos que de la validez de los sacramentos y de la santidad de la union conyugal, Pio VI creyó que no podia guardar silencio, y por lo mismo encargó á su nuncio Pacca, que residia en Colonia, que advirtiese á los cu-

ras párrocos de los tres electores eclesiásticos por medio de una circular, que llevaba la fecha de 30 de noviembre de 1786, que con respecto á las dispensas de matrimonios los arzobispos no tenían mas facultad que la que les conferia la Santa Sede en los indultos quinquenales, que hasta entonces solicitaron con frecuencia los referidos prelados.

El elector de Colonia fué el que mas oposicion demostró contra la circular de monseñor Pacca, y considerándola como un atentado contra los derechos episcopales, quejóse de ella, notan solo á su hermano el emperador José, sí que tambien al mismo Padre Santo.

Su Santidad respondió en 20 de junio siguiente, por medio de un breve, que por su órden el nuncio habia publicado la expresada circular, haciendo ver al mismo tiempo que en virtud de la práctica general de la Iglesia y de las decisiones de los concilios, correspondia exclusivamente á los sumos pontífices la facultad de dispensar en determinados casos, y que esto estaba igualmente confirmado por la práctica recibida en Tréveris, en Maguncia y en Colonia, habiendo el elector de esta última ciudad solicitado en varias ocasiones los indultos que ahora sostenia que eran inútiles.

El Papa reconvenia asimismo al elector por el proceder que se habia permitido usar con el nuncio, á quien no habia querido adimitir, y le exhortaba para que no se uniese á los enemigos de la Iglesia en tiempos tan calamitosos.

El archiduque elector contestó con protestas de adhesion que nada significaban, puesto que no iban acompañadas de pruebas, y continuó sosteniendo sus pretensiones, que por cierto acababan de abandonar dos de sus compañeros, siendo el primero el elector de Tréveris, hermano de la piadosa madre de Luis XVI.

Este príncipe de la casa de Sajonia, pidió los indultos para sus diocesanos, pues su espíritu religioso no le permitia dejarse alucinar por los autores del nuevo código de disciplina; é impetró tambien la *sanatoria* para subsanar el defecto de que adolecian las dispensas que habia concedido sin estar autorizado para ello. El elector de Maguncia que entró entusiasmado en la liga, pidió tambien las dispensas, reanudó sus relaciones

con el nuncio, presentó por su coadjutor á monseñor Dalberg y prometió al Papa que restableceria las cosas en el ser y estado en que se hallaban antes de la reunion de Ems.

Los únicos que quedaban haciendo la oposicion eran los arzobispos de Colonia y Salzburgo, los cuales presentaron á la dieta de Ratisbona algunas memorias en favor de la reunion que celebraron y particularmente contra la nunciatura. El gobierno pontificio contestó por medio de otra memoria que fué presentada á la misma dieta.

Las intrigas promovidas por el espíritu de discordia quedaron muy luego destruidas por efecto de acontecimientos ciertamente muy sensibles. Los trastornos del Brabante, la muerte del emperador José II, y aun mas la revolucion francesa, destruyeron la liga de Ems; y los cuatro obispos que la compusieron, expiaron con la expoliacion de sus diócesis y con la pérdida de su poder temporal y de sus sillas, las insensatas pretensiones que tuvieron sin respetar la paz de la Iglesia y los derechos de la Santa Sede, teniendo que llorar en el destierro sus faltas por no haber visto cuando era tiempo los lazos que se les tendian.

Hemos dicho ya que en el momento en que los electores eclesiásticos, de acuerdo con varios obispos, habian declarado al parecer una guerra de jurisdiccion á la Santa Sede, muchos otros obispos de Alemania y Flandes, entre los cuales se contaban los de Spira, de Fulde, de Hildesheim, de Wurtzburgo, de Paderbon, de Lieja, y de Ratisbona, sostuvieron intrépidamente los derechos en que se hallaba en posesion la Santa Sede muchos siglos habia, sin que, como lo decian en alta voz los referidos prelados, la majestad y el poder del cuerpo germánico hubiesen sufrido en lo mas mínimo.

En otros puntos se aplaudian estos sentimientos de los obispos. El rey de Prusia, Guillermo, príncipe protestante, muy afecto á la religion de sus predecesores, y celoso como el que mas de sus derechos de soberanía, permitió á monseñor Pacca ejercer libremente la jurisdiccion eclesiástica en los Estados de Prusia, del mismo modo que en tiempo de su antecesor Federico II.

Antes de pasar mas adelante, mencionaremos algunos ac-

tos del pontificado de Pio VI, que corresponden tambien al año 1787.

El patriarca de Antioquía, Ignacio Miguel Giarve, habia adquirido en el monte Líbano, en el punto llamado Darnon, un monasterio á que dió el nombre de templo de *Santa Maria libertadora*, del cual hizo donacion á los patriarcas que le sucedieron, donacion que confirmó Pio VI en 20 de mayo del citado año 1787, manifestando á monseñor Giarve que el acto que acababa de practicar era glorioso y útil á los intereses del culto católico de Oriente. El sobrino de Ignacio Miguel Giarve, monseñor Ignacio Pedro, nacido en Alepo en 28 de mayo de 1778, ha sido elevado hoy dia á la alta dignidad de patriarca de los sirios, y hasta la época de los desastres que ha experimentado el Líbano ha administrado los bienes provenientes de la donacion verificada por su tio.

Pio VI queria en extremo á su pariente el cardenal Chiaramonti, con quien sostenia correspondencia privada. No habia gracia que solicitase Chiaramonti que no se le *concediese en el acto sin dificultad alguna*.

Faltaba un hospital en Imola, y en 10 de julio Pio VI, accediendo á las instancias de Chiaramonti, le permitió que inaugurase uno. La ciudad lo dotó, y Pio VI envió de su propio tesoro una subvencion, aprovechando esta coyuntura para prodigar por medio de un breve grandes alabanzas al cardenal Chiaramonti por su prudencia, por su integridad, por su fe, por su celo religioso y por su tino en los negocios. Son notables esas alabanzas por cuanto se dirigieron á un cardenal que debia suceder en el pontificado á Pio VI. Y eran por cierto muy merecidas, pues Pio VII, si bien por sí solo no hubiera demostrado acierto en los negocios, supo elegir un buen ministro, que fué el ilustre cardenal Gonsalvi, uno de los hombres de Estado mas notables de principios de este siglo. Gonsalvi hizo lo posible para no comprometer la autoridad de la Santa Sede, que no bastaba ningun esfuerzo humano á defender contra el formidable coloso que dominaba la Europa, de cuyo poder solo se libró la Gran Bretaña, y en tiempo oportuno restableció la autoridad de Roma en el ser y estado en que se hallaba antes del cataclismo provocado por la revolucion francesa.

En 27 de noviembre de 1787, Pío VI promulgó una bula relativa á la mejor administracion de la Tierra Santa, en la que se reproducen las bulas expedidas por sus predecesores y se dictan nuevas disposiciones concernientes á la eleccion de las autoridades, á la administracion, y á los padres *discreti* que constituyen el consejo del guardian general.

A fines del mismo año se procedió al exámen de un libro que sin embargo no fué condenado hasta 1788, y que se titulaba: *Segunda memoria católica que trata del triunfo de la fe y de la Iglesia, de los monarcas, de la monarquía y de la Compañía de Jesus, de las apologías que de esta se han hecho, y del exterminio de sus enemigos; libro destinado á ser presentado á Su Santidad y á los principales cristianos, y dividido en tres tomos y partes póstumas, y admitido por Clemente XIII en la nueva imprenta Camerale, del Buen Aire; 1783-1784.*

Esta obra, de muy mal gusto, que carece de buen sentido y es contraria al bien parecer, habíase publicado ya antes con el título de *Memoria católica, destinada á presentarse al Papa*, obra póstuma; Cosmópolis, 1780.

Pío VI hubiera podido prescindir muy bien de condenar ese libro, muerto ya al nacer, y que no excitaba el menor interés entre las personas filósofas de Europa, pues en él no habia mas que rencor, errores, aserciones falsas y calumnias.

Entre el reducido número de países con los cuales la Santa Sede mantenía estrechas relaciones, se contaba la Francia. Siempre que el gabinete de Versalles solicitaba alguna rebaja en la tasa de las anatas fijadas para la expedicion de las bulas de los obispos, Pío VI se mostraba dispuesto á hacerla aun mayor de la que se le pedía, contentándose con hacer observar á Luis XVI, que esto era lo mismo que *pedir limosna á los pobres*. La armonía que reinaba entre la Santa Sede y la Francia estuvo á punto de turbarse con motivo de la cuestion sobre el collar de que se habló entonces en toda la Europa.

En 15 de agosto del año anterior se llamó al palacio de Francia al cardenal de Rohan. Se hallaba ya cubierto de las vestiduras propias de dias de gran solemnidad para celebrar la fiesta de la Asuncion en la capilla real, en donde debia officiar como capellan mayor del rey, cuando se le invitó á pa-

sar al cuarto de Luis XVI, en donde encontró á la reina con el guarda sellos y el baron de Breteuil. El cardenal quedó turbado al preguntársele sobre la adquisicion del collar que llevaba puesto, y dijo que se le habia engañado. Fué conducido inmediatamente á su palacio, selláronse todos sus papeles, y por orden del rey y con consentimiento de su eminencia, empezó contra él una causa que se siguió ante el tribunal de París.

El clero que se hallaba entonces reunido, reclamó contra la violacion que se hacia de los derechos eclesiásticos, quejándose de que no se tuviese consideracion á los privilegios de los prelados que no debian ser sometidos á un poder secular.

El clero y el cardenal enviaron dos correos exponiendo á la Santa Sede el triste conflicto que ocurría. El Papa cayó enfermo de pesar, viéndose acometido de una fiebre tan violenta que parecia amenazar su preciosa vida. No bien se sintió un poco restablecido, tuvo una congregacion secreta de seis cardenales, á quienes rogó que examinaran el asunto, y despues de una conferencia de muchas horas con el cardenal Bernis, encargado de los negocios de Francia, escribió una carta á Luis XVI, en la que le rogaba que dejase al cardenal en el goce de las prerogativas inherentes á su dignidad, haciendo notar además que aun cuando su eminencia estuviese acusado ante un tribunal secular, no por esto dejaba de estar sujeto á ser juzgado por el sacro colegio, del cual formaba parte.

La congregacion á la cual se consultó, fué de dictámen que habiendo el cardenal de Rohan aceptado para ser juzgado á un tribunal incompetente, y violado por este mero hecho los juramentos que prestó al recibir la dignidad cardenalicia, nopodia reclamar los honores y prerogativas á que como cardenal tenia derecho. En virtud de un decreto pontificio pronunciado en consistorio secreto en 13 de febrero de 1786, el cardenal quedó suspenso de sus funciones, privado de voto activo y pasivo y de todos los honores y derechos de la púrpura, hasta tanto que dentro de los seis meses que se le fijaban, se presentase á la Santa Sede y se defendiese de la acusacion que pesaba contra él por haber admitido un tribunal incompetente.

Antes de terminar el plazo señalado, el tribunal de París declaró inocente al cardenal; mas á pesar de esto, el rey le desterró á su abadía de la Chaise-Dieu, quitándole la cruz de caballero de las órdenes y el elevado cargo de capellan mayor. En este estado, el cardenal acudió á Roma por medio de una carta, justificándose y exponiendo las duras circunstancias que le obligaron á escojer, para ser juzgado, á un tribunal lego.

Albani se presentó al consistorio en calidad de apoderado del cardenal, y dió en él los competentes descargos, en vista de los cuales Rohan fué absuelto y repuesto en el goce de sus derechos y de sus insignias cardenalcias, viéndose de este modo el Papa libre de las consecuencias que hubiera podido traer el desagradable asunto que habia tenido lugar.

En medio de tan diversas tareas, Pio VI hubo de deplorar otros atentados cometidos contra la autoridad pontificia. José II acababa de introducir en Bélgica un nuevo sistema de disciplina eclesiástica. La Iglesia de ese reino daba al parecer muestras de que trataba de separarse de la Iglesia romana, cuando multitud de jóvenes católicos, que se habian nutrido en los antiguos y puros principios, pidieron que todo se pudiese bajo el pié en que se hallaba antes, y al ver que nada conseguian, se rebelaron para obtener por la fuerza lo que no se otorgaba á sus respetuosas instancias. Escribióse á Viena, que el motin lo excitaban algunos monjes protegidos, se decia, por el nuncio de Su Santidad en Bruselas, monseñor Zondadari, á quien se previno por orden del emperador que saliese de la capital con su auditor dentro de ocho dias, y del territorio belga dentro de quince. El enviado de Roma, obrando con suma discrecion, se retiró á la abadía de Lobbes, cerca de Lieja, para no comprometer su carácter de representante de la Santa Sede, desde donde escribió lo ocurrido al Papa, quien lo sintió tanto mas en cuanto nada le habia indicado la corte de Viena.

El pesar de Pio VI fué todavía mayor al saber que se habian confiscado los bienes de la silla que ocupaba el arzobispo de Malines, el cardenal de Franckenberg, y que se habia expedido una orden reservada llamando á este á Viena para que rindiese cuenta de su conducta. Allí bebió hasta las

heces el cáliz de la humillacion. Obligósele á dar durante mas de cuatro meses lecciones de la nueva teología bajo la direccion de dos consejeros de la diputacion eclesiástica; los obispos de Gante, de Amberes, de Brujas y de Iprés recibieron una fuerte reprehension; privóse al arzobispo de Namur de sus rentas y se le envió á un monasterio. Otros muchos sacerdotes muy bien quistos del pueblo, viéronse tratados con rigor por haber reclamado contra los decretos del emperador, considerándolos contrarios á la antigua disciplina de la Iglesia. El Papa reclamó con energía para que se aliviase la suerte de los prelados y de tantos curas párrocos dignos; mas sus esfuerzos fueron inútiles, y el emperador José persistió en su encono.

Entretanto monseñor Ricci, nombrado obispo de Pistoia y de Prato en 1780, daba continuas pruebas de la aversion con que miraba la disciplina de la Iglesia tal como estaba establecida, y tal como la seguía la Santa Sede. Protegíale su soberano el gran duque Leopoldo, hermano de José; Leopoldo proveía los empleos en personas imbuidas en las ideas de reforma; fundaba academias eclesiásticas, en las que se enseñaba la nueva teología; hacia escribir contra la devocion al Sagrado Corazon de Jesus y contra las indulgencias; variaba los ritos, reformaba la disciplina, y sin hacer caso de las quejas del pueblo, despojaba de su majestad al culto, á la Iglesia de sus derechos, y á la religion del respeto de los fieles.

Estricto partidario de los apelantes de Francia, Ricci los proponia por modelos. En sus escritos, Soanen era un santo obispo; Quesnel un sábio y un piadoso mártir de la verdad; el abad Racine, Mesenguy, Gourlin y otros jansenistas como estos, las lumbreras de la Iglesia. Hacia traducir las obras que publicaron en favor de la apelacion y contra los papas; en las conferencias que tenia se desataba contra la bula *Unigenitus*, y defendia la causa de los cismáticos de Utrecht.

Pio VI escribió á Ricci para probar si conseguía atraerle al buen camino; mas léjos de esto, Ricci contestaba planteando nuevas mudanzas, lo cual producía incesantes cuestiones entre Roma y Florencia, de modo que era menester toda la moderacion de Pio VI para no romper abiertamente con Leopoldo.

Aferrado Ricci á las máximas que habia abrazado y que

queria propagar á toda costa , reunió un concilio diocesano en Pistoia en 19 de setiembre. Persuadido de que no hallaria en su diócesis bastantes sacerdotes dispuestos á favorecer sus intentos, hizo venir á muchos de sus partidarios de varios puntos, y principalmente de la Universidad de Pavia, en donde abundaban en sus sentimientos Natali, Tamburini, Zola y otros. El obispo escogió por promotor del sínodo á Tamburini, sin embargo de que no tenia derecho de asistir á él. En la obra de Jauffret se citan los demás partidarios de Ricci que acudieron al concilio, que duró diez dias y estuvo compuesto de doscientos treinta y cuatro sacerdotes, á quienes Ricci dijo que *el Espíritu Santo descenderia sobre ellos, y que sus decisiones serian las del mismo Dios*. Para captarse su benevolencia, les permitió usar, en el momento de ejercer sus funciones, el roquete y el traje morado como los prelados, y habitualmente un cordón del mismo color en el sombrero, consiguiendo por medio de estas distinciones y de otros halagos atraer á su partido á algunos pastores.

Es fácil adivinar, atendidas las cualidades y la disposición en que se hallaban los miembros del sínodo, cuáles fueron los decretos que se publicarían. En esa asamblea adoptóse el sistema de Baius y el de Quesnel, cuyas *Reflexiones morales*, Ricci hizo traducir en italiano, regalándolas en seguida á los curas párrocos y recomendándoles el uso de este *libro de oro*, que sin embargo se hallaba condenado y proscrito por la Santa Sede. Aprobáronse en seguida algunas proposiciones condenadas ya en la bula *Unigenitus*. Adoptáronse igualmente veinte y cuatro artículos de los que la facultad de Lovaina habia presentado á Inocencio XI en 1677, y que habian adoptado en 1763 los cismáticos rebeldes de Utrecht. Aprobáronse los doce artículos enviados á Roma por el cardenal Noailles en 1725, y que con manifiesta falsedad se aseguraba que habian sido autorizados por Benedicto XIII. Reprobóse con mayor energía que la desplegada por Leopoldo la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Despreciáronse las imágenes sagradas y otras prácticas piadosas. Propusiéronse muchas reformas en la antigua disciplina de la Iglesia. Se estuvo en contra del gran número de órdenes religiosas que Ricci queria refundir

en una sola, así como también pretendia suprimir los votos perpetuos, no admitiendo mas que la regla de *Port-Royal*. Pio VI nos dirá en su bula *Auctorem fidei*, expedida en 1794, lo que ha de pensarse de esa asamblea y de sus disposiciones.

Apenas hubo terminado, aparecieron en todas partes y hasta en Toscana muchas personas que combatieron sus acuerdos, y para contener sus ataques Leopoldo determinó convocar en Florencia una asamblea compuesta de tres arzobispos y de catorce obispos de su gran ducado para que preparasen las materias que deberian tratarse en un concilio general, y se dispusiesen á favorecer los cambios que Ricci queria introducir, y á hacer en gran escala lo que él ejecutaba en pequeño en Pistoia. En 23 de abril de 1787 abrióse la asamblea en una de las salas del palacio Pitti, y cerróse, despues de diez y nueve sesiones, en 5 de junio. Los catorce obispos no quisieron oír hablar del sínodo de Pistoia, y demostraron una verdadera y enérgica resistencia propia de sacerdotes. Despues de los preliminares de costumbre, propusieronse los tres artículos siguientes: 1.^o Que se reformaria el breviario y el misal, quedando encargados de esta tarea los tres arzobispos de Toscana. 2.^o Que se traduciria en lengua vulgar el ritual en la parte concerniente á la administracion de Sacramentos, á excepcion de las palabras sacramentales que deberian recitarse siempre en latin. 3.^o Que los curas párrocos tendrian siempre el derecho de precedencia sobre los canónigos, hasta en la catedral. 4.^o Que la jurisdiccion de los obispos es de derecho divino.

Ricci pretendia además que se devolviesen al episcopado lo que él llamaba sus primitivos derechos. Cuatro de sus colegas le apoyaron; mas los otros rehusaron entrar en una discusion que preveian seria un manantial de cuestiones y de discordias.

No hubo uniformidad de pareceres tocante al plan de los estudios, á la multiplicidad de altares en una misma iglesia, abusos enormes que Ricci decia que no podia sufrir, á la supresion de altares privilegiados, etc.

Ricci queria también que se variase el juramento que se presta al Papa el dia de la consagracion, á lo cual se opusieron doce obispos. Esperando el de Chiusi hallar en esa asamblea obispos menos rígidos que en Roma, sometió al exámen de los

que la componian , la pastoral que habia publicado ; mas lo mismo que el Papa declararon que estaba plagada de errores y llena de un espíritu cismático y herético. Igual teson demostraron censurando los escritos que Ricci hacia imprimir en Pistoia para pervertir la Italia.

Viendo Ricci que nada podia esperar de los obispos adictos á la Santa Sede , enemigos del cisma y de la discordia , que rechazaban las innovaciones que se pretendia introducir , por el alto apoyo que se les daba , creyó oportuno disolver la asamblea.

Novaes dice que es inútil referir lo que en aquella época se hizo en Florencia , y se limita á consignar que en 20 de setiembre de 1788 Leopoldo suprimió y extinguió el tribunal de la nunciatura de dicha ciudad , al cual habia pertenecido en otro tiempo como auditor el mismo Ricci. El exámen de los asuntos pendientes se confirió á tres obispos toscanos , haciéndose saber al nuncio monseñor Ruffo Scilla que en adelante solo se le reconoceria como mero enviado y ministro diplomático. Por su parte , Roma mandó á la dataría que no diese curso á ninguna dispensa para la Toscana si los documentos no estaban legalizados por el nuncio.

Entretanto el Papa no cesaba de dirigir quejas á Leopoldo. Al mismo tiempo , para dar al príncipe un testimonio de su buena voluntad , accedió á una peticion del gran duque , que deseaba que se erigiese en catedral la iglesia colegiata de Pontremoli , en la Lunigiana. Enviáronse al príncipe las bulas en que se permitia la ereccion , en las que se declaraba que se excluia á la persona nombrada por su alteza imperial y real , que mas tarde nombró un obispo que fué reconocido por el Papa.

Vamos á ocuparnos ahora de las beatificaciones. En 1786, Pio VI celebró la de muchos siervos de Dios. En 13 de agosto tuvo lugar la de Pacifico de San Severino en la Marca de Ancona , menor observante reformado , muerto en 24 de setiembre de 1721.

En 3 de setiembre beatificó al bienaventurado Tomás de Cervi , menor observante , muerto en 1729.

En 18 de diciembre , el Papa creó cardenal á su segundo sobrino , hijo de su hermana , Romualdo Braschi Onesti.

Los soberanos de Rusia y de Suecia continuaron dando al Papa grandes pruebas del respeto que le profesaban. El rey de Prusia, Guillermo II, sucesor de Federico II, dueño de gran parte de la Silesia y de otros muchos territorios católicos pertenecientes antes á la Polonia, les dispensaba su proteccion; reconocia los derechos de la Santa Sede que los arzobispos de Alemania querian destruir; aunque profesaba distinta religion, llegó hasta á ordenar que la resolucion de los asuntos eclesiásticos debiese corresponder á la Santa Sede, y dispuso que las nominaciones de obispos y de beneficiados recayesen en favor de personas aceptas al jefe de la religion que profesaban.

En 1701 el emperador Leopoldo confirió á Federico I el título de rey de Prusia, de lo cual protestó el gobierno pontificio, obstinándose en no reconocer en ese soberano protestante mas que la calidad de elector de Brandeburgo. Queriendo Pio VI mostrarse agradecido y condescendiente hácia Guillermo II, le reconoció por rey. El abad Giofani, agente del monarca, obtuvo credenciales como ministro residente del rey de Prusia, reuniendo á la calidad de tal la de encargado de los negocios eclesiásticos. En 1787 puso en las puertas de su casa las armas de su soberano, que, como es sabido, no era católico.

La religion hacia notables progresos en China, y el Papa aprovechó de ellos para propagar allí la litúrgia de la Iglesia, encargando á la congregacion de la Propaganda que hiciesen imprimir en idioma chino el misal, el ritual y el breviario.

El 15 de diciembre de 1788 el Papa concedió el capelo á Estéban Carlos de Lomenie de Brienne, nacido en París en 1727, primer ministro de la corte de Francia en 1787, y arzobispo de Tolosa, desde donde fué trasladado á Sens en 10 de marzo de 1788. El rey Luis XVI mostró gran empeño en que se concediese el capelo á Lomenie, y el Papa se lo confirió á pesar de su repugnancia.

Acababa de estallar en Bélgica una revolucion temible. José II retiró la mayor parte de sus decretos de supresion, y el Papa empleó toda clase de medios para apaciguar la revuel-

ta y hacer que el emperador recobrase esa porcion de sus Estados.

En 1789 la revolucion de Francia proseguia su violento y tempestuoso curso.

En 29 de marzo de 1790, Pio VI dirigió una alocucion á los cardenales exáminando el estado en que se hallaba dicha nacion.

En 31 de marzo del mismo año 1790, el Papa envió un breve al arzobispo de Ruan, el cardenal Rochefoucauld, en el que le decia que no sabia como dar consuelos, puesto que él los necesitaba tanto como la Iglesia de Francia. El Papa promete que, atendidas las circunstancias, las dispensas para los votos religiosos se encargaran al celo y á la prudencia de los obispos franceses. Este documento está suscrito por Benito Stay, secretario de los breves.

En 10 de julio el Papa escribió á Luis XVI, á quien profesaba un entrañable cariño, y el mismo dia hizo otro tanto con el arzobispo de Vienne, Juan Jorje, excitándole á redoblar sus esfuerzos para salvar la religion, el rey y su patria. Con la misma fecha y en el mismo sentido dirigió tambien una carta al arzobispo de Burdeos, Jerónimo María, y en 17 de agosto y en 22 de setiembre volvió á escribir á Luis XVI.

Durante el cónclave en que fué elegido Pio VI debió algunas atenciones al cardenal Bernis, y á esto se debe la amistad y la confianza que llegaron á reinar entre ambos. Bernis era frecuentemente consultado, y aun no siéndolo, manifestaba algunas veces cierto espíritu de oposicion que disgustaba á Pio VI.

Un dia, á propósito del escudo de armas que el Papa hacia esculpir en mármol en varios monumentos de principios de su pontificado, Bernis, sin que se le consultase, empezó á hablar de ese escudo sosteniendo acerca de él una disputa con el Sumo Pontífice.

El intendente de la casa pontificia, para dar realce á dos Céfiros que formaban parte del escudo de armas de la familia Braschi, añadió un águila, flores de lis y estrellas. Posteriormente ha quedado fuera de duda que las diversas ramas de la casa de Braschi, á consecuencia de sus relaciones con el imperio, la

Francia y el Papa Alejandro VII, habian adquirido sucesivamente la facultad de añadir á sus cuarteles los expresados signos.

En el momento en que los trabajos de los pantanos Pontinos estaban en decadencia, un mal intencionado compuso un dístico contra el escudo de las armas pontificias, y publicó los siguientes versos en los que se dirige al mismo Pio VI:

*Redde aquilam imperio Francorum libia regi ;
Sidera redde polo Cætera , Brasche , tua.*

Devuelve el aguila al Imperio , al rey de Francia las lises , y las estrellas al ciclo.

Lo demás , Braschi , te pertenece.

Esta injusta crítica cundió por Roma, y censuróse en Bernis el haber permitido que un francés la recitase en su presencia.

El cardenal Bernis dijo en una de sus cartas, cuyo secreto se divulgó, estas confidenciales palabras hablando del Papa: « Le vigilo sin cesar como á un niño de excelente índole, pero demasiado vivo, y que seria capaz de arrojarle por la ventana si no se le observase. » Estas frases tienen un aire magistral cuyo efecto no bastan á minorar las palabras de *excelente índole*.

Por lo demás en las espléndidas comidas, en las agradables cenas que no se interrumpian en Roma, sino en la época de los calores en que siempre queda desierta, el cardenal hablaba de su *amigo* en los mas respetuosos términos.

Bernis podia cometer faltas y dejarse arrastrar por un movimiento de vanidad excusable en un ministro de Francia; pero sabia refrenar esa misma vanidad cuando dejaba de hablar en nombre de su rey. Bernis no desconocia que un hombre como él reputado por su tacto, por su talento y por su generosidad, debia pesar todas sus palabras, y no desaprobaba nada sino en términos atentos y finos y en tono delicado y exquisito propios de un palacio.

Al tratarse del viaje de Pio VI á Viena, Bernis hubo de entender en este asunto como ministro de Francia y como amigo del Papa. La Francia no podia ver con gusto que el Sumo Pontífice se marchase para ir á honrar con su presencia la corte

de Viena, pues los gabinetes políticos se tienen respectivamente tantos celos y tanta envidia como los hombres en el trato comun. El amigo del Papa temia además que se comprometiese el sosiego del Sumo Pontífice, y que no lastimasen su autoridad orgullosos personajes sin cuya invitacion iba á emprender el viaje.

Bernis, aprovechando una ocasion oportuna para disuadir á Su Santidad de su propósito, le escribió una carta concebida en términos muy apremiantes, y cuya sustancia es como sigue:

«Todo el mundo considera que Vuestra Santidad va á dar un paso falso, sin provecho para la Santa Sede, y que puede comprometer la dignidad pontificia. Hasta en Roma se pone en ridiculo este paso, y vos no ignorais cuan poderosa es el arma del ridiculo para atacar la Religion y á sus ministros. Las personas que os rodean no se atreven á contrariaros, y conocen poco el espíritu que domina en las cortes y en el siglo. Por favor, Santísimo Padre, suspended la realizacion de vuestro proyecto hasta que conozcais la opinion de los gabinetes de Francia, de España y otros, cuyos votos deben ser para vos de algun peso.»

El ministro de Francia tenia razon, si se atiende á los intereses de su monarca; mas como amigo del Papa estaba en un error. En resúmen, el viaje de Pio VI fué mas feliz de lo que podia esperarse: la Francia se quejó de él con dulzura y la España no hizo oposicion alguna.

Se ha supuesto que Bernis reconvino un dia al Papa porque salió á pié. La única respuesta que á esto ocurre es la siguiente: *Jamás un papa sale á pié sino para la procesion de la octava del Corpus*; y aun no hace mas que atravesar la plaza de san Pedro por entre mas de diez mil personas puestas de rodillas. Bernis no lo ignoraba, y por lo mismo no pudo hacer reconvencion alguna.

José II estuvo dos veces en Roma, una en 1769 y otra en 1784, en cuyo tiempo Bernis, á quien el emperador distinguió sobremanera entre los demás ministros, prestó grandes servicios á Pio VI instruyendo á S. M. en el decurso de las íntimas conversaciones que con él tuvo, de muchos hechos que sirvieron de provecho á la Santa Sede.

En el asunto de los jesuitas que se conservaron constituyendo orden en Rusia y en Prusia, Pio VI se mostró animado del deseo de evitar reclamaciones por parte de las poderosas potencias que tan graves molestias habian causado á Clemente XIV. Bernis, comprendiendo por la correspondencia de Francia que Luis XVI tenia interés en evitar disensiones, y viéndose por otra parte sostenido por los conciliadores despachos del buen rey, auxilió á Pio VI á evitar los ataques que podian dirigírsele.

Es preciso no olvidar que el primer ministro de España, Floridablanca, procuraba en cuanto estaba de su mano endulzar los efectos de las medidas que la costumbre y una especie de tradicion rencorosa dictaban alguna vez en Madrid, en donde el partido de dicho ministro no reconocia aun suficientemente que era ya tiempo de abandonar el sistema de ataque adoptado por José II contra Roma.

Hemos visto á Bernis y á Floridablanca atacar, animados de un exajerado celo, los derechos y la independencia de la Santa Sede, poner en duda sus virtudes, querer mandar como soberanos, y finalmente salirse de los límites dentro de los cuales, segun el parecer de M. Vergennes, ha de conservarse la política.

Posteriormente ambos ministros dieron muestras de mejores sentimientos y de inclinarse á ese especie de civilizacion de que los soberanos han de dar ejemplo á sus pueblos.

Arrepentido Floridablanca de haber intentado una marcha demasiado violenta, organiza la España con destreza, atrae hácia el rey el afecto de sus súbditos, defiende la religion, y se hace acreedor á las bendiciones de los pueblos. Bernis, arrastrado á una senda de rigorismo por la vanidad, por la ambicion y por el inmoderado deseo de no perder por segunda vez su elevada posicion, obró al principio, valiéndonos de los términos empleados por Pio VI al hablar de José de Portugal, *no tan bien* como debia; mas despues reformó su vida, y corrigió sus defectos con laudable prudencia. En Roma se decia, no sin fundamento, « que los extranjeros iban á Roma á ver al cardenal Bernis y al Papa. » Este es el orden en que se colocaba á estos dos personajes de tan distinto carácter.

No culpamos á Bernis de que así le tratase el pueblo. Bernis amaba y servia á Su Santidad tanto como al rey su señor.

Ambos se distinguían en Roma por la alta posición que ocupaban. El primero solo se dejaba ver en las audiencias que daba, que eran cortas, llenas de gravedad y difíciles de obtener; el otro tenía abierta su casa á todas horas; todos los días admitía á su mesa á los príncipes extranjeros, á los magnates á los sábios y artistas, á lo cual se debe el que se hablase de Bernis con preferencia al Papa.

Añádase á esto su afabilidad, sus atractivos modales y sus riquezas. Había dejado de excitar las pasiones de España, y llevado de un espíritu conciliador intervenía en todos los asuntos de Europa. Floridablanca enviaba sin cesar *al Suo Copenitente*, como decían los romanos, toisones de oro, cruces de la *Inmaculada Concepcion* y distinciones de toda clase para que las distribuyese entre sus amigos.

Los dos antiguos compañeros de Roma podían decirse mutuamente: *Quo non ascendam?* «No hay distinción que yo no alcance.»

La muerte de Carlos III acabó casi de un golpe con la fortuna de Floridablanca, quien, víctima de la envidia, cayó del poder.

¿Y Bernis podrá conservar el fruto de su benigno modo de obrar, de su liberalidad y del interés que últimamente se tomó por los asuntos de su amigo? Nó por cierto.

Vergennes dejó de ser ministro en 13 de febrero de 1787, sucediéndole el conde de Montmorin Saint—Herem, Armando Marco, quien no era menos afecto que su antecesor á Luis XVI; mas los trastornos, los imprevistos conflictos que empezaban á asomar, el veneno que difundían malos libros y los funestos ejemplos de otras naciones, sumían insensiblemente á la Francia en el desórden. Bernis y Montmorin entraron también en relaciones de amistad, que llegó á ser muy estrecha. Montmorin deplora las divisiones del Consejo y pide á Bernis que le auxilie con sus luces; Bernis recibe un doloroso golpe y acude inmediatamente á Montmorin, cuyo carácter era prudente y reflexivo.

Es inútil dar aquí explicaciones sobre los acontecimientos

de Francia. Bernis en una carta fechada en 17 de noviembre de 1790 pinta los infortunios que agobiaban al clero francés y los suyos propios. Pasaron ya para él aquellos tiempos en que tan gran papel habia representado, en que favorecia á los artistas y dotaba las mujeres francesas pobres; la situacion del cardenal es tan triste que mas tarde Pio VI hubo de auxiliarle.

¡Cuánto no debe sufrir el Sumo Pontífice! Mas á pesar de todo, ni su afliccion, ni la de sus amigos, bastaron á hacerle perder el ánimo.

El obispo de Basilea, cuya jurisdiccion alcanza á una parte de la Alemania, pide que se le dicten reglas para atemperar á ellas su conducta. Monseñor Stay responde en nombre del Papa que no se suprimirá su jurisdiccion en la Alsacia; pues Roma jamás accederá á una desmembracion de diócesis.

Una abadesa consulta al cardenal Zelada sobre la conducta que ha de seguir en medio de tantas dificultades y persecuciones, y su eminencia le contesta en 15 de diciembre aconsejándole que se atenga al contenido del breve enviado al obispo de Brünn desde Viena, en la víspera de los idus de abril de 1782.

El año 1791 comienza bajo los mas tristes auspicios.

En 23 de febrero el Papa escribe una carta al cardenal Brienne, en la cual le reprende la conducta que observó en diversas circunstancias, y le incita á mostrarse mas dócil á las decisiones de la Santa Sede.

En 10 de marzo escribe al cardenal de la Rochefoucauld y á los obispos que suscribieron la exposicion sobre la constitucion civil del clero. La respuesta que les da es uno de los mas importantes documentos de esa época, y es tan extensa que casi formaria un pequeño tomo. En ella refuta varias aserciones, cita á san Atanasio y á san Juan Crisóstomo, y denuncia un artículo de los decretos publicados en Francia copiándolo en francés, tal cual ha sido impreso en París. Dice así: « El nuevo obispo no podrá acudir al Papa para obtener confirmacion alguna; pero le escribirá considerándole como jefe visible de la Iglesia universal, en testimonio de la unidad de fe y de la comunión en que debe estar con él. » Pio VI califica

con motivo esta disposición de «*abolición de la primacia pontificia y de su jurisdicción.*»

Al tratar de la confusión originada por la supresión de muchos arzobispados reducidos á la categoría de obispados, recuerda una carta que Inocencio III escribió á un patriarca de Antioquía que habia intentado hacer iguales innovaciones. Hé aquí como se expresaba Inocencio III: *Novo mutationis genere parvificasti majorem, et magnum quodam modo minorasti, episcopare archiepiscopum, imo potius dearchiepiscopare præsumens.* «Por este nuevo sistema de cambio habeis abatido al mayor y ensalzado al menor, puesto que os habeis atrevido á convertir en obispo á un arzobispo, pretendiendo quitarle la calidad de tal.»

Mas adelante Pio VI, al citar el nombre de un obispo que se separó de sus compañeros, describe su pesar en estos términos: «*Nuestra aflicción ha llegado á tan alto grado, que no cerramos los ojos de dia ni de noche.*»

A continuacion el Sumo Pontífice prueba que los actos de Enrique II de Inglaterra y los de la asamblea tienen el mismo carácter, y que además esta última ha imitado el ejemplo de Enrique VIII. A este propósito transcribe textualmente un pasaje entero de Bossuet sobre la distinta conducta observada por Sto. Tomás de Cantorbéry y Tomás Cranmer.

Consigna además una deliberacion del capítulo de la diócesis del obispo que habia olvidado sus deberes (1).

Antes de concluir el Papa menciona la sentencia de Liberio (2), quien dijo á los obispos que suscribieron una antigua fórmula inventada por un hereje y que adoptaron por temor de las amenazas del emperador Constancio: «*Si perseverais en el error, debéis ser heridos por la fuerza espiritual de la Iglesia católica.*» El Sumo Pontífice añade que el obispo Saturnino fué arrojado como ateo de la silla de Arles á instancias de

(1) Este obispo, que era M. Talleyrand, se retractó dos veces de su conducta: la segunda tuvo lugar antes de morir. No me cabe duda de que su arrepentimiento era sincero, puesto que siempre me habló del Vaticano, especialmente desde 1827, en términos respetuosos y graves.

(2) «Ep. Liberi ad cathol. episcopos.

san Hilario de Poitiers (1). La sentencia de Liberio fué confirmada por Dámaso, y en un concilio compuesto de noventa obispos se expidió un decreto en que se decía que los orientales se arrepintiesen si querían ser considerados como católicos.

Este breve, que está lleno de doctrina, es reputado como uno de los mejores de Pio VI. Orgullosa con justicia de ser el sucesor de los hombres grandes y sábios que cita, invoca sus ejemplos para sostener su causa y la de ellos mismos. Por lo demás, en la bula *Auctorem fidei* de la cual hablaremos en 1794, resplandece la misma energía, la misma erudición y el mismo celo apostólico.

El mismo día 10 de marzo de 1791, Pio VI escribió á Luis XVI excusándose por no haberle contestado antes, mencionando el documento que dirigió á los obispos y excitando al rey á consultarlos. Al hablar del de Autun y del cardenal Lomenie, lo hace de un modo severo.

En 2 de abril el cardenal Zelada felicita en nombre del Papa á los individuos del capítulo de Autun y los elogia por haberse mantenido fieles á los juramentos sacerdotales.

En 13 de abril se dirigen conmonitorios á todo el clero de Francia. Las disposiciones dictadas por los arzobispos franceses en 10 de octubre las considera el Papa dignas de gran elogio. Tocante á los que juraron, cita los nombres de los cinco arzobispos y de los obispos que reconocieron la constitución, la cual declara herética, opuesta al dogma católico, y además sacrílega, cismática, destructora de la primacía pontificia, contraria á la antigua disciplina y á la nueva, é inventada tan solo para abolir la religion católica.

En el resto de ese documento se observa ya la energía de que mas adelante se sentirá animado el Sumo Pontífice al dar cuenta de las espantosas consecuencias de la ruina de la religion.

En 16 de abril el cardenal Rohan recibe felicitaciones por su resolución de hacer frente á las subversivas doctrinas de los novadores.

(1) «Sulpicio Severo,» lib. 2, cap. 45, tom. II, pág. 245, edicion Verona.

En 23 del mismo mes se dirigen letras apostólicas concebidas en lenguaje muy enérgico á los habitantes del condado Venesino, que continuaban haciendo esfuerzos para sustraerse á la autoridad pontificia.

En 10 de mayo de 1791 el Papa continuaba desplegando su acostumbrado celo para que se llevasen adelante los trabajos de los pantanos Pontinos. Desde Terracina envia al cuerpo episcopal nuevas facultades para remediar en parte los males que afligian á la religion.

En 18 de agosto y en 26 de setiembre se da mayor extension á las referidas facultades. Los arzobispos de Lion, de París y de Vienne, y los obispos mas antiguos reciben el encargo de procurar por todos los medios posibles restituir la paz á las iglesias.

Lomenie hizo dimision de la púrpura, y Pio VI la aceptó en presencia de los cardenales, reemplazando en el acto á Lomenie por un distinguido prelado que se reservó *in petto*.

En 19 de marzo de 1792 se publican nuevos conmonitorios en contestacion á las cartas dirigidas por los intrusos.

«Es ya conocido este medio de defensa que pertenece á la escuela de los heréticos y cismáticos. Como es sabido, Focio escribió al Sumo Pontifice san Nicolás (1), Lutero á Leon (2), Pedro Pablo Vergerio el Jóven á Julio III (3). Todos ellos se fingian obedientes, sumisos y adictos al Papa, desaprobaban sus mismas doctrinas, y al mismo tiempo insultaban á la Santa Sede y enseñaban errores condenados ya anteriormente.»

El Papa se refirió aquí á una obra titulada: «Armonía entre los verdaderos principios de la Iglesia, de la moral y de la razon en la constitucion civil del clero de Francia, por los obispos de los departamentos, miembros de la Asamblea nacional constituyente de París, 1791.»

En el final de esta peligrosa obra se añadió una famosa carta de Pio VI que se decia remitida por éste.

(1) Baronio año 859, núm. 61.

(2) Obras de Lutero, tom. I, pág. 65, edicion de Iena, 1612, págs. 183 y 185.

(3) «Opúsculos» impresos en italiano, sin expresarse en ellos el lugar y la fecha de la edicion.

«Mas, para instruir á los buenos y fortalecer su perseverancia, no dejaremos de indicar el pestilente veneno que destila esta inicua obra.»

Uno de los medios empleados en esa época para neutralizar la resistencia del Papa, fué el declarar que no habia escrito nada sobre esos asuntos, y que los breves publicados en su nombre eran falsos. Precisamente es sobre un ejemplar muy auténtico de esos excelentes documentos que trabajamos hoy dia, y es inútil persistir en una negativa que desacreditará en adelante á quien la sostenga.

Por un favor especial de Dios, mientras el nuevo gobierno francés se esforzaba en destruir la religion católica, en las demás partes del mundo se la protegía cual nunca.

El catolicismo habia penetrado en la América septentrional, á donde la llevaron los primeros ingleses que abandonaron su patria en el reinado de Carlos I. Este monarca cedió á Baltimore la provincia de Maryland, para que se estableciesen en ella los católicos que huían de la persecucion que se les hacia en sus respectivos paises. Tambien pasaron á América algunos irlandeses que importaron igualmente su religion en ella. En 1632 el jesuita Andrés Witte condujo allí á muchos, y le reemplazaron mas adelante en sus desvelos otros misioneros pertenecientes á la misma Compañía. Esos infelices católicos, que creyeron hallarse al abrigo de las persecuciones, no pudieron evitar que se les vejase. Declaróseles inhábiles para obtener empleos, y como sus sacerdotes fueron expulsados, viéronse en la precision de tener ministros protestantes. A pesar de todo conservábase la religion católica gracias al celo de algunos misioneros. La revolucion de los Estados Unidos que precedió á la Francesa, destruyó los obstáculos que se oponian á su propagacion. El nuevo gobierno abolió las leyes penales promulgadas contra los católicos, cuyo número engrosaron los emigrados franceses que huían de su país para librarse del furor de la revolucion, y desde entonces los sacerdotes pudieron dedicarse sin temor alguno al ejercicio de su ministerio.

Este estado de cosas exigía medidas capaces de consolidar el culto. Los nuevos habitantes pedían la creacion de un obispado en Maryland, provincia en que mas abundaban los

católicos. Pio VI satisfizo esos religiosos deseos, instituyendo una nueva silla episcopal en Baltimore, que era la capital de aquella provincia, y en la cual habia ya cinco mil habitantes que seguian la religion católica. El Papa nombró obispo al jesuita Juan Carroll, nacido en Baltimore en 8 de junio de 1736, quien se hallaba á la sazón al frente de los misioneros del país. Una vez hubo recibido las bulas de su nombramiento, partió para Inglaterra, y el 15 de agosto de 1790 fué consagrado en Lóndres por monseñor Walsmesley, obispo de Rama y decano de los vicarios apostólicos del reino Unido.

Gran número de eclesiásticos, la mayor parte franceses, acompañaron á Carroll á su regreso á Baltimore. El nuevo obispo no contaba con mas auxiliares que con cuarenta y cinco sacerdotes, muchos de ellos jesuitas, los cuales se hallaban desparramados en un territorio de mil quinientas leguas de longitud y de nuevecientas de latitud. El prelado dedicó sus primeros cuidados á establecer un seminario, á cuyo fin compró un edificio para los alumnos, y fundó un colegio en Jorge-Town, cerca de Baltimore.

En 1791 Carroll reunió por primera vez un sínodo que duró cuatro días, en el cual tomaron parte diez y ocho sacerdotes, sin contar con los que llegaron á él desde Francia, quienes redactaron sobre puntos de la mas alta importancia algunos artículos de disciplina eclesiástica, que remediaron muchos de los abusos introducidos en el país.

Al volver monseñor Carroll á su obispado con los dos sacerdotes ingleses Plunck y Niel, llevó consigo á cuatro religiosas carmelitas, procedentes de un convento de Flandes, para que fundasen un establecimiento de su órden en Maryland, en donde las aguardaban impacientes algunas neófitas que anhelaban seguir la regla de Santa Teresa.

Ciertamente debe atribuirse á un prodigio de la Providencia el que, mientras en Francia la Asamblea cerraba los asilos religiosos, la América abria los brazos á las monjas extranjeras.

Parece imposible que Pio VI pudiese resistir el peso de tantas tareas espinosas como á la sazón le ocupaban. No bastando el día para dar salida á los negocios, consagraba á ellos una

parte de la noche, lo cual contribuía á que su salud se deteriorase.

En 5 del mes de junio de 1791, el Papa beatificó á la bienaventurada María de la Encarnacion, fundadora de carmelitas descalzas en Francia.

En el mismo año y en 26 de setiembre, Pio VI creó cardenal á monseñor Fabricio Ruffo, noble napolitano, nacido en 16 de setiembre de 1744, para darle una prueba de lo reconocido que estaba á su tío el cardenal Ruffo, que habia sido su protector en su juventud.

Poco tiempo despues, Pio VI creó cardenal á monseñor Juan Bautista Caprara, noble de Bolonia, nacido el 29 de marzo de 1733.

Los trastornos de Francia tenían aterrorizadas á muchas comarcas de Europa, de tal manera que hasta los príncipes protestantes pedían consuelos á Roma para sus súbditos católicos.

Por otro lado la Prusia y la Rusia continuaban acogiendo á los jesuitas, los cuales, por su franco modo de obrar y por su aislamiento político, se hacían merecedores de la generosa hospitalidad que se les ofreció en sus infortunios.

Pio VI se desvelaba incesantemente por Luis XVI, que gemía en una cárcel, sin olvidar por esto á otros príncipes que se hallaban en mejor posición y podían endulzar la desgraciada suerte de los que sufrían.

El hijo de Leopoldo, Francisco II, acababa de ser elegido emperador de romanos, con cuyo motivo el Papa le envió un breve.

Entretanto la Convencion nacional, que habia reemplazado á la Asamblea legislativa, que á su vez reemplazó á la Asamblea constituyente, despues de haber abolido el culto, se disponía á derribar hasta la Santa Sede, á cuyo fin se habian enviado emisarios á Roma con el objeto de introducir en ella el espíritu revolucionario.

En 11 de enero de 1793 llegó á Roma el ciudadano Laflotte (1), enviado á la corte de Nápoles por el embajador de Fran-

(1) La Convencion mandó que todos los franceses se titulasen ciudadanos

cia. Acompañaba á Laflotte el ciudadano Basville , secretario de la embajada de dicho punto. Dirigiase al palacio del cardenal Zelada, que era entonces secretario de Estado, y le presentó una carta de dicho embajador (1), á la cual iba adjunta una memoria llena de orgullosas amenazas. En ambos escritos se ponian en conocimiento del cardenal las disposiciones de la Convencion nacional , y se mandaba que dentro de veinte y cuatro horas el cónsul francés izase la bandera nacional en la puerta de su palacio y en la de la Academia de Francia , para que de este modo quedase reconocida por el Papa la república francesa.

Sorprendido de tal demanda, el cardenal secretario de Estado, antes de contestar, creyó oportuno consultarlo con Pio VI, quien extendió un documento que hizo comunicar á los ministros , en el cual manifestaba , alegando poderosas razones, que no podia acceder á lo que se le pedia , porque semejante acto seria indudablemente una tácita aprobacion de todo lo practicado en Francia con respecto á la religion y al Papa ; y por medio de él se pondria en contradiccion con lo expuesto recientemente en sus breves y con las disposiciones que en uso de su derecho y como regulador de la Iglesia habia tomado.

Pio VI no reconocia al nuevo gobierno porque con sus leyes, sus principios y sus actos políticos habia declarado la guerra á la religion , cuyo jefe es el Papa ; porque no reconocia al Sumo Pontífice , ni le respetaba como soberano temporal ; y porque ningun otro gabinete lo habia reconocido , no siendo por lo mismo regular que el Papa fuese el primero en reconocerlo , poniéndose así en pugna con los demás monarcas de Europa y haciéndoselos enemigos.

Como soberano temporal, el Papa no podia consentir en que se izase en la capital de sus Estados la bandera de la república ; y por otra parte no podia olvidar que en 3 de marzo de 1791 se entregaron á las llamas sus breves y su efigie. El nuncio de Su Santidad pidió la debida satisfaccion de todos esos exce-

(1) Esta carta se halla en los fastos de Pio VI por Tavanti, tom. II, página 197.

sos, y no habiéndola obtenido, vióse en la precision de abandonar la Francia.

Era además imposible no recordar la usurpacion de Aviñon y del condado Venesino, y que estos Estados habian sido incorporados á la Francia en virtud de un decreto expedido por la Asamblea en 14 de setiembre de 1791, á pesar de la incontestable, legitima y continua posesion en que la Santa Sede habia estado de ellos por espacio de muchos siglos. Tampoco le era dable al Papa olvidar los acontecimientos que tuvieron lugar en Marsella en el mes de agosto último. Quitáronse de la casa del cónsul pontificio las armas del Papa, y despues de atarlas á la cuerda de un farol para colgarlas de ella, fueron hechas pedazos y el juguete del mas vil populacho. El Papa pidió satisfaccion, mas en vano, y por lo tanto debia oponerse á que á su vista se levantara el *stemma* republicano, ya que no se querian tolerar las armas pontificias en Francia, en donde no se reconocia á Pio VI como jefe de la Iglesia, ni como soberano. Tales eran las razones que el Papa alegaba en el expresado documento.

No tardó Roma en tener noticia de los discursos violentos, de las amenazas de ruinas y de muertes que Laflotte habia hecho al cardenal secretario de Estado. El pueblo romano, que no habia olvidado el insulto sufrido en Marsella, empezaba á agitarse y á dar muestras de que deseaba vengar el honor de su soberano. Advertido á tiempo Pio VI, mandó poner sobre las armas á todas las tropas de que podia echar mano á fin de contener la ira popular, é hizo dar á entender á los dos franceses, los cuales se hallaban en Roma sin ningun carácter diplomático, que no les convenia exasperar mas al pueblo. Pero el gobierno no alcanzó el objeto apetecido. A cosa de las cuatro de la tarde colocáronse las armas de la república en al puerta de las habitaciones designadas de antemano; Laflotte apareció luego en compañía de Basville en el Corso, que es la calle mas concurrida de Roma, y que lo era en especial aquel día por ser domingo, con la escarapela tricolor, que llevaban igualmente sus servidores y el cochero. En vez de faroles véfanse ondear en el coche dos banderolas tricolores.

Al ver esto el pueblo, lo consideró un insulto hecho al

principado y empezó á agitarse y á gritar: ¡Viva san Pedro! ¡Viva la religion! ¡Viva Pio VI! Los mas audaces se avalanzaron al coche, y entonces Laflotte disparó un pistoletazo. Esto aumentó el furor de la multitud, la cual persiguió á esos personajes que huian á brida suelta para refugiarse en casa del banquero francés Moutte. Enfurecido el pueblo de todo punto, iba á apoderarse de Basville, que en aquel mismo instante quedó herido en el vientre, sin que jamás llegase á descubrirse el agresor. Al saber esto el Papa, que ya habia enviado al lugar del motin algunas tropas, aunque tarde, mandó nuevos refuerzos para apaciguar el tumulto, que amenazaba la vida de otros franceses. Dispuso que su cirujano pasase á curar á Basville, quien falleció, víctima de una fiebre cruel, diciendolo que moria sacrificado á la imprudencia de Laflotte. Pidió con vivas instancias los auxilios espirituales, y murió reprobando todo cuanto habia hecho contra las leyes de la Iglesia.

El cura párroco de *San Lorenzo in Lucina* publicó los detalles de la edificante muerte de Basville, á quien asistió hasta sus últimos momentos.

A la primera noticia de esta conmocion popular, el Papa se sintió sobrecogido de terror, pues preveia las funestas consecuencias que podian originarse.

En 10 de febrero siguiente hubo otro motin contra los franceses; mas la energía del gobierno lo contuvo al instante.

La tropa puso en salvo á la esposa de Basville, á su hijo y á Laflotte, á quienes el Papa facilitó recursos para que pudiesen regresar á Nápoles.

El gobierno pontificio adoptó la prudente medida de publicar una circunstanciada reseña de lo ocurrido, enviándola á todos los gabinetes de Europa.

No contento Pio VI con haber restablecido la tranquilidad entre el pueblo, que era culpable, segun decia, de un atentado contrario á los principios de la religion, de la justicia y de la humanidad, mandó imprimir un decreto en el cual condenaba altamente los excesos cometidos, considerándolos indignos de una nacion educada en las máximas de la moderacion y nutrida en los mas puros principios de la moral, que aconsejan

en gran manera la paz, la mansedumbre, la caridad hácia el prójimo y el perdon hácia los enemigos.

En otro decreto el Papa invitaba á sus súbditos á evitar toda ocasion de sediciones y de desórden, prescribia el respeto á la propiedad, y decia que no debia perjudicarse, ni insultarse á nadie, cualesquiera que fuesen su patria, su procedencia y su modo de pensar. En este sábio decreto resplandecia el verdadero espíritu de la mansedumbre cristiana, y el paternal cariño del Padre de todos. ¿Quién creeria que este decreto dió nuevas armas á los revolucionarios, y que estos lo hallaron demasiado benigno? Hubieran querido que un soberano eclesiástico y padre comun de los fieles, hubiese adoptado el tono de un sectario, en el momento de hablar en una asamblea compuesta de personas turbulentas.

El Padre Santo veia aumentarse la ira y la perversidad de sus enemigos; mas, obligado como soberano á defender sus súbditos, ocupóse en adoptar, de acuerdo con los cardenales y prelados, las oportunas medidas para atender á la seguridad de sus Estados. En todas partes habia emisarios encargados de turbar la tranquilidad pública, y para impedirlo, Pio VI aumentó la milicia de los Estados pontificios, cuyo mando confió al anciano general bolonés conde de Caprara, que se hallaba al servicio del emperador. Con todo, Roma se abstenia de demostrár en lo mas mínimo que tratase de tomar la ofensiva y de unirse á la poderosa liga formada contra la Francia. Partiendo el Papa del principio de que no se estaba en guerra con ella, dispuso que los súbditos franceses, sin excepcion alguna, fuesen tratados como súbditos de potencias amigas.

Tales eran los sentimientos que animaban al Padre Santo, cuando supo que un bergantin francés, para sustraerse á la persecucion de dos jabeques napolitanos, habia ido á encallar en litoral de los Estados pontificios, y que su tripulacion, privada de toda clase de subsistencias, vagaba errante por los bosques de Corneto. Pio VI mandó que á su costa se reparase el buque y que se socorriese á aquella, haciéndola proveer de víveres y vestidos. No contento con esto, hizo acompañar al jabeque hasta cierta altura en la ruta que habia de seguir.

Suspendamos un momento la narracion de los hechos ocurridos en Roma para referir un horrible crimen que se perpetró en la capital de Francia. No es este el lugar oportuno para presentar un extenso cuadro de los acontecimientos relativos á la muerte de Luis XVI; mas Pio VI habia implorado tantas veces el apoyo de las naciones, en especial de España, en favor del infortunado rey de Francia, y usó despues de la consumacion del odioso atentado un lenguaje tan enérgico y resuelto, á pesar del riesgo que corria, que no me es posible omitir algunos datos, que por otra parte son poco conocidos.

La Santa Sede intercedió sin descanso por María Estuardo; compartió los pesares de la esposa de Carlos I, María Enriqueta, y tambien prodigó consuelos á Luis XVI en el momento de subir al cadalso, en donde léjos de faltarle el ánimo, como calumniosamente se ha supuesto, demostró hasta el fatal instante, heroísmo y valor mezclados de cristiana resignacion.

¡A cuántas consideraciones no se prestan los acontecimientos anteriores al suplicio de Luis XVI! Hombres acostumbrados á vivir siendo objeto de continuos homenajes y de toda clase de consideraciones, tienen la audacia de constituirse en tribunal y de tomar asiento en él con petulante y horrible descaro. Despues de un insulso interrogatorio, pronuncian una sentencia infuca, en la cual mienten sobre todos los hechos; se suponen mas de los que realmente eran para imponer la condena; tienen en cuenta á los ausentes, de quienes nada sabian, y encargan la consumacion del delito al que tiene á su cuidado la ejecucion de las sentencias legales proferidas contra los asesinos y los ladrones. Al cabo de un mes, este hizo público cuán grandes fueron el valor y la resignacion de la víctima. ¡En verdad que Dios se muestra muy grande é impenetrable cuando se vale de semejantes testigos para glorificar á sus mártires!

En 26 de enero de 1793, el infatigable Pio VI expide encíclicas, en las cuales prescribe las medidas que han de adoptarse con respecto á los clérigos franceses seculares y regulares que se refugien en los Estados pontificios.

En esa época la Inglaterra se distinguía por su espíritu de caridad, de modo que los sacerdotes y los demás emigrados recibían socorros que los ministros, el parlamento y la nación entera votaban con una generosidad ejemplar. La nación inglesa, cuando quiere, es muy grande. El proceder que la Gran Bretaña observó en aquellas aciagas circunstancias, será digno de elogios y de admiración en todos tiempos.

El obispo de la piadosa ciudad de Luzon acudió al Papa, quien en 28 de mayo de 1793 respondió de un modo consolador en alto grado, diciéndole que en las decisiones del concilio de Trento hallaría contestadas en parte las preguntas que le hacía. Con respecto á las disposiciones que destruían la doctrina del concilio sobre los matrimonios, el Papa explicaba cuales eran las verdaderas reglas por las que se gobernaba la Iglesia, haciendo notar que los actos celebrados delante de un consejo municipal, no son mas que actos civiles. Todo lo que el sábio Pio VI recomendó al obispo de Luzon, se practica aun hoy dia á pesar de haber trascurrido ya cincuenta y seis años. La Santa Sede dió entonces un insigne testimonio de su prudencia, pues se trataba de una de las mas graves cuestiones de cuantas fueron sometidas á su autoridad.

Hemos llegado ya casi á la mitad del año 1793. El suplicio del rey de Francia tuvo lugar el 21 de enero. Tan luego como se recibieron comunicaciones oficiales, el Papa se procuró antecedentes sobre los pasados hechos, y anunció que iba á procederse á la práctica de las acostumbradas solemnidades con que Roma tributa un homenaje á la memoria de los reyes cristianísimos é hijos primojénitos de la Iglesia que mueren. Bien conoció Pio VI que los revolucionarios lo tomarían á mal; mas no por esto desistió de su propósito. En 17 de junio reunió á los cardenales y les participó la muerte de Luis XVI en una alocucion escrita por él mismo, la cual es uno de los mas notables testimonios de su celo apostólico y un modelo de generosa compasion.

Celebráronse al monarca las exequias en la capilla pontificia, en presencia de las tias de aquel, Victoria y Adelaida. El prelado piomontés, monseñor Pablo Leardi, pronunció el elogio fúnebre de Luis, durante el cual vióse á Pio VI

derramar abundantes lágrimas al oír ponderar las virtudes que adornaban á tan buen soberano.

El suplicio del monarca no fué el único crimen cometido en 1793; siguióle el de su esposa. Esta augusta princesa gemía con su hijo, su hija y su cuñada en la prision del Temple, de donde se la trasladó á la Conserjería en 2 de agosto de 1793. Desde este momento empezaron á entablarse negociaciones para inducir á algunas potencias á rescatar la vida de la hija de reyes, por medio de concesiones, de tratados de paz, y de cesion de territorios. Hasta tratóse de interesar á Pio VI en ese horrible negocio, en el cual no habia ciertamente buena fe por parte de los revolucionarios; mas sin embargo aseguraban que consentirian en entrar en tratos si se daba á la república algun aumento y se le proporcionaban algunas alianzas. Animado por el cardenal Zelada, Pio VI acudió á la España, la cual habia hecho importantes y generosas ofertas para salvar á Luis XVI.

A fines de diciembre de 1792, la España ofrecia una considerable suma y proceder á la rectificacion de sus fronteras, lo cual equivalia á ceder algunos territorios. El agente español encargado de negociar el asunto, esperaba que Danton aceptaria los ofrecimientos del gabinete de Madrid, pues con ellos se satisfacía el orgullo y la codicia de los revolucionarios. Indicóse á Danton que se estaba pronto á entregar cerca de unos cuatro millones en créditos contra toda la Europa; mas Danton los exigió en oro. Era preciso pues negociar tan gran cantidad de papel, y como los banqueros franceses se retenian el oro, apenas pudieron reunirse ocho mil luises, que Danton rechazó como insuficientes. En 21 de enero perpetróse el regicidio, y desde 7 de marzo del mismo año, la España estaba en guerra; mas á pesar de todo el gabinete de Madrid mostró un vivo interés hácia la reina de Francia.

El gran príncipe Kaunitz, que aun era primer ministro en Viena, tenia ochenta y tres años, y Thugut no contaba entonces con el poder que ejerció mas tarde. Apremiado Francisco II por Pio VI, y mas todavía por el respeto que siempre profesó á su tia María Antonieta, incitaba á sus ministros á entrar en negociaciones; pero desgraciadamente faltaba á Francisco II

la experiencia que adquirió mas tarde, y en rigor no habia ministros en Viena. El gobierno se hallaba envuelto en los conflictos de una guerra, y la ilustre cautiva no podia hacer oír su voz.

Despues de haber ofrecido la inocente sangre con la cual tan bajamente traficaba, la Convencion esperó poco mas de dos meses, y desesperando á principios de octubre de alcanzar el precio que su astucia y perversidad habia fijado, dispuso que se llevara á cabo el suplicio.

Apenas acaba Pio VI de poner en conocimiento de los cardenales el desgraciado fin de Luis XVI, hubo de derramar nuevas lágrimas por la augusta princesa, la cual interrogada con motivo de los hechos ocurridos en Versalles el 6 de octubre, contestó: « Todo lo supe, todo lo ví, y todo lo he olvidado. »

Dispúsose que se celebraran en varias iglesias de Roma las honras fúnebres en honor de María Antonieta, hácia la cual demostraron los romanos hallarse animados del mas vivo interés, á pesar de que los expresados funerales no se hicieron con pompa, á causa del terror que la Convencion nacional habia infundido á las naciones.

El final del año 1793 fué notable por la infinidad de trabajos apostólicos practicados en beneficio de las misiones de las Indias, de Santo Domingo y de Egipto.

En 21 de febrero de 1794, el Papa verificó la vigésima segunda promocion de cardenales, nombrando los siguientes:

1.º Antonio Dugnani, nacido en Milan el 8 de junio de 1743, nuncio en París.

2.º Hipólito Antonio Vincenti Mareri, nacido en Rieti en 20 de enero de 1738, comendador del hospital del Espíritu Santo.

3.º Juan Siffrein Maury, nacido en Vaureas, cerca de Avignon, el 26 de junio de 1746, nuncio extraordinario en la dieta de Francfort al tiempo de la coronacion de Francisco II.

4.º Juan Bautista Rossi de Pretis, nacido en Urbino el 22 de setiembre de 1721, director del ejército.

5.º Francisco María Pignatelli, nacido en Rosardo de Calabria el 19 de febrero de 1744, gran camarlengo del Papa.

6.º Felipe Lancelloti, de la familia de los príncipes de Lauro, nacido en Roma el 14 de agosto de 1742, mayordomo del sacro palacio.

7.º Aurelio Roverella, nacido en Cesena el 21 de agosto de 1748, auditor del Papa.

8.º Juan Rinuncini, nacido en Florencia el 22 de julio de 1743, gobernador de Roma.

La muerte de María Antonieta produjo una inexplicable sensacion en los Estados pontificios. La noble y poderosa ciudad de Bolonia compartia notablemente con Pio VI los pesares que le agobiaban. Un dia en que algunas personas de la mas alta sociedad se hallaban reunidas en casa del príncipe Lambertini, en donde debia lucir su ingenio la célebre improvisadora Teresa Bandettini, algunas señoras le pidieron que hiciese una pintura de los infortunios de María Antonieta. M. Passeri de Aviñon, que la oyó, me dijo que jamás la distinguida improvisadora produjo tanto efecto como entonces. Los dias de gloria, las escenas de octubre, las despedidas de Luis XVI, sus últimos abrazos á sus hijos y á su hermana, el apóstrofe que dirigió á las madres que se hallaban presentes en el momento de proferirse su sentencia, la confusion del conserje Richard, las repetidas demostraciones de su esposa, el acto de cortar antes de tiempo los cabellos de la víctima, las palabras del digno sacerdote que la asistia, el carro, los insultos del pueblo, la sangrienta guillotina, y el acto de dar sepultura al rey sin ninguna clase de pompa, todo lo describió Teresa Bandettini con tanta fidelidad y energía, en lenguaje tan elevado, sencillo, mesurado y popular, con tan vivo y tierno acento, y mostrándose animada de un espíritu religioso y filosófico tan cristiano, y haciendo imprecaciones y profecías tan amenazadoras contra los soberanos que se mantuvieron impasibles en aquellas circunstancias; que las señoras se desmayaron y hasta la misma improvisadora cayó desfallecida. Propúsose enviar á Pio VI una reseña de esta escena, y así se hizo. Aun hoy dia el cardenal Gonsalvi habla de esos hechos mostrándose profunda y verdaderamente conmovido. Se dice que en Italia no hay libertad; mas no es esto cierto pues los improvisadores vierten en las tertulias ideas mucho mas

atrevidas de las que se expresan en la tribuna y en la imprenta.

Pio VI sostenía correspondencia con madama Bandettini, y cada vez que hacia acuñar medallas con algun objeto artístico, le enviaba un ejemplar de oro. Despues del hecho que hemos referido, le escribió invitándola á pasar á Roma. El Papa dispuso que la academia de los Arcadios celebrára una reunion á la cual fueron invitados los cardenales. Madama Bandettini fué cumplimentada por un prelado de palacio; mas en esta ocasion, á causa del estado en que se hallaban los negocios públicos, solo se ocupó de puntos mitológicos. No bien hubo terminado, el cardenal Bernis, que no podia olvidar el triunfo que la poetisa obtuvo en Bolonia, se le acercó y le dijo: «Señora, sois muy feliz y muy desgraciada á un tiempo; muy feliz porque no habeis nacido en uno de los últimos siglos, pues os habrian condenado á perecer en la hoguera; y muy desgraciada, porque el pobre Bernis no es ya ministro del rey de Francia.»

El gobierno revolucionario protestaba contra la autoridad de Su Santidad que acababa de conferir la púrpura al abad Maury; mas toda la Europa reconocia que este orador merecia la recompensa que acababa de dársele por el denuedo con que defendió siempre los derechos del clero. Pio VI hizo todavía mas. Dió asilo á ciento sesenta habitantes de Tolon, que habian pasado á Italia en buques anglo-españoles. Como la Convencion calificó este acto de una declaracion de guerra, fué preciso hacer aprestos en los Estados pontificios para ocurrir á cualquier evento. El comendador Gandini, que habia reemplazado al general Caprara, se encargó de inspeccionar las fronteras de la Romaña, y revistar las guarniciones que se trataban de aumentar, pues se tenia noticia de que en los Estados romanos se hallaban muchos hombres mal intencionados, movidos por emisarios secretos, que procuraban corromper la tropa é intimidar al gobierno.

El obispo de Pistoia, Ricci, continuaba en su obstinacion de no someterse á las decisiones de la Santa Sede, y así es que Pio VI juzgó oportuno publicar la bula llamada *Auctorem fidei*, que lleva la fecha de 28 de agosto de 1794. Despues de invocar al

Espíritu Santo pronuncia una solemne sentencia , y una formal condena contra las ochenta y cinco proposiciones del sínodo de Pistoia , entre las cuales califica de heréticas siete , y las otras de cismáticas , erróneas , subversivas de la jerarquía eclesiástica , falsas , atrevidas , caprichosas , ofensivas para la Iglesia y su autoridad y con tendencia á que se menosprecien los sacramentos y las prácticas del culto , y á lastimar la piedad de los fieles. Habia además otras proposiciones que turbaban el orden de varias iglesias , el ministerio eclesiástico y el reposo de los cristianos , contrarias á los decretos del santo concilio de Trento y que atacaban [la veneracion que se debe á la Virgen. Todas ellas habian sido ya condenadas anteriormente al publicarlas Wiclef, Lutero , Bañus , Jansenio y Quesnel.

«La justicia, dice M. Jauffret, la exactitud y precision que resplandecen en esta sentencia pontificia la hicieron digna de la admiracion de toda la Iglesia.» No cabe la menor duda, escribía en aquella época el sábio Gerdil , de que todos los obispos se adhirieron á esta manifestacion de la Santa Sede, y así lo corrobora el autorizado cardenal Litta en su cuarta carta diciendo : «Añádase á esto que Pio VI en la bula *Auctorem fidei* reprodujo todo lo practicado por sus predecesores , y que condenó la adopcion del concilio de Pistoia tocante á la declaracion de 1682.»

En una nota de esa carta se lee : «La bula *Auctorem fidei* fué formalmente admitida por gran parte de los obispos de la cristiandad , y de un modo tácito por los restantes. Por lo tanto, segun los galicanos , es una regla de fe y de doctrina , de la cual no es lícito separarse. Por ella se declaró *atrevida y escandalosa* la adopcion hecha por el concilio de Pistoia , y no se crea que esta censura alcance á la declaracion de 1782 solo en cuanto el sínodo considera que contiene doctrinas de fe , pues el Sumo Pontífice reproduce y confirma además los decretos de sus predecesores que la han desaprobado , y anulado. Ahora bien , todos los católicos están conformes en que una bula dogmática , aceptada , no ya por la mayoría de los obispos , sino por todos , constituye un decreto irrevocable de la Iglesia universal. Con la mano en el pecho contéstese á

esta pregunta, que es la única cuestion que queda por resolver: ¿Es lícito sostener una doctrina que la Iglesia universal declara *ofensiva en alto grado* á la Santa Sede, doctrina que esta *reprueba y condena*, y que manda expresamente *reprobar y condenar* (1)?

En 1795 amagaban al parecer, nuevos riesgos al Sumo Pontífice. El Directorio ejecutivo habia reemplazado á la Convencion, y amenazaba de un modo imponente los Estados del Papa, quien nombró al general piemontés Colli, general en jefe de las tropas pontificias.

Entretanto dejábase sentir en los Estados del Papa la necesidad de dinero. En el decurso de veinte años habíase creado papel moneda en cantidad de ocho millones de escudos, suma que, segun cálculo, era mayor que la del numerario puesto en circulacion, por lo cual fué indispensable escogitar un medio para retirar ese papel y cancelarlo. A este fin, la Cámara apostólica puso en venta varias fincas, cuyo producto debia destinarse á disminuir el número de billetes, puesto que los que se daban en pago quedaban cancelados en el acto. El resultado de esta operacion fué que disminuyó la cantidad de billetes, sin aumentar el numerario. Determinóse entonces contraer un empréstito de medio millon de escudos, para procurar algun alivio al tesoro público.

Teniendo Pio VI noticia de que en la Gran Bretaña Jorge III dispensaba al culto católico mas proteccion que antes, escribió á los obispos y á los vicarios apostólicos de aquel reino aconsejándoles que se mantuviesen sumisos á su soberano. Su Santidad les hablaba en estos términos: « La benignidad de Jorge III os impone el deber de practicar esta virtud, puesto que es el mejor de los soberanos y se muestra propicio á los católicos, á los cuales ha aligerado algun tanto el duro y pesado yugo que los oprimia, libertándoles de parte de las severas leyes y de las enormes trabas á que estaban sujetos, concediéndoles privilegios, permitiéndoles ingresar en el ejército, y establecer escuelas para la enseñanza de la juventud. Ese bondadoso monarca no se ha contentado con dispensar sus beneficios á los

(1) Carta del cardenal Litta, en 12.º; París, 1826. pág. 11.

católicos de su reino, sino que los ha extendido á los de las vastas comarcas de las Indias sujetas á su dominio. »

En 1.º de junio de 1795 el Papa verificó la vigésima tercera y última promoción de cardenales, concediendo la púrpura á Julio María della Somaglia, noble de Plasencia, nacido el 9 de julio de 1744.

Merced á los brillantes triunfos de Bonaparte en Italia, el nombre francés acabó de hacerse temible. Viendo el Papa que Bonaparte iba extendiendo sus conquistas, pensó á imitación de España celebrar con él un tratado.

El ministro de España, Azara, fué invitado á pasar á Milan como mensajero de paz enviado por Su Santidad; mas apenas llegó á esa ciudad, vióse obligado á pasar á Bolonia, cuyos habitantes acababan de llamar á Bonaparte, quien, en 19 de enero de 1796, se presentó en ella á la cabeza de siete mil hombres, y despues de posesionarse del fuerte Urbano, la declaró libre é independiente de la Santa Sede.

El espanto se apoderó de Roma tan luego como se tuvo conocimiento de esta imprevista sublevacion, y su turbacion subió de punto al saberse que las princesas de Francia Adelaída y Victoria, tias del rey Luis XVI, y los príncipes Augusto de Inglaterra y Javier de Sajonia salian precipitadamente de Roma.

En medio de tantos desastres Pio VI imploraba con fervor el auxilio divino. Cuandó [menos se esperaba, llegó de Bolonia un mensajero enviado por Azara, llevando la noticia de que el 23 de junio se habia firmado un armisticio entre el general en jefe Bonaparte, Salicetti y Garrau por parte de la Francia, y Azara y el marqués Antonio Gnudi en representacion de la Santa Sede. Los artículos del armisticio fueron sometidos al exámen de la congregacion de Estado, y aunque eran harto duros y exigentes, se ratificaron.

Las negociaciones de la paz debian tenerse en París, á donde se envió en calidad de plenipotenciario al abad Pieracchi, á quien acompañó el abad Evangelisti, empleado en la secretaria de Estado, que tambien habia acompañado á Azara á Milan y á Bolonia cuando se trató de ajustar el armisticio.

A consecuencia de estas negociaciones, Roma se compro-

metió á satisfacer algunos millones. El Papa reunió un consistorio y expuso en los siguientes términos los conflictos en que se veía la Iglesia :

« La suerte de Italia , decía , está á no dudarlo en manos de los franceses , cuyas victorias les prometen cada dia nuevas conquistas. Si los numerosos ejércitos imperiales han tenido que ceder al impetu del vencedor , si las mas fuertes naciones están hoy dia en su poder , ¿ como podrá Roma resistir y defenderse ? ¿ Qué resultado puede esperarse del valor de nuestros súbditos sino la efusion de sangre inocente ? Entre dos males , hemos escogido el menor , y el Dios de las misericordias bendecirá sin duda nuestra resignacion á sus impenetrables decretos. Pero , ya que la necesidad nos ha obligado á aceptar condiciones duras , el deber exige que las cumplamos fielmente. Y no obstante , ¿ cómo podremos pagar sumas tan enormes , hallándose como se halla exhausto el tesoro público y agotados los recursos del Estado ? En esta situacion no vemos mas medio que echar mano de los fondos depositados en el castillo de San Angelo por nuestro glorioso predecesor Sixto V , quien los destinó para ocurrir á las mas urgentes atenciones del Estado. Desde que esos fondos se colocaron allí han trascurrido cerca de doscientos años , y nunca como ahora han sido tan grandes los apuros , si religiosamente , fieles á los tratados , hemos de satisfacer á los franceses las sumas convenidas. Todos los tesoros del mundo no bastan para restituir la vida á un solo hombre , y por lo tanto sacrifiquemos parte de ellos para no exponer en los combates la vida de millones de súbditos adictos que nos quedan. »

Arrastrado por la fuerza de las circunstancias , el sacro colegio accedió á la proposicion del Papa , y en consecuencia extrájose del castillo de San Angelo la cantidad suficiente para verificar á los franceses el primer pago de la contribucion convenida , y envióse á Génova al banquero Terlonia á fin de contratar un empréstito de un millon de escudos , dando en garantía todas las rentas de los Estados pontificios.

Dispúsose que todos los establecimientos piadosos llevasen á la casa de moneda el oro y la plata que poseían , á excepcion de los vasos sagrados , y lo mismo se determinó con respecto

á los particulares, eximiendo tan solo el oro y la plata pertenecientes á los plateros. Quedaron encargados de recibir estos depósitos, que se prometió restituir, el senador de Roma Rezonico, el príncipe Chigi, y los marqueses Massimo y Patrici, todos los cuales merecian el aprecio de los romanos. Queriendo el Papa que le comprendiese la ley, hizo trasportar públicamente sus alhajas al sitio designado para que fuesen convertidas en moneda, y su generoso ejemplo fué imitado por los cardenales, por los prelados y por los príncipes romanos, y entre estos últimos Doria por sí solo envió á la casa de moneda objetos por valor de medio millon de escudos,

Este acopio de metales, en el cual se comprendió la bajilla y al que contribuyó todo el Estado, se elevó á dos millones y nuevecientas mil libras de plata. Hicieronse además otros sacrificios que honrarán siempre á los súbditos de Roma.

Muy pronto llegó á esa ciudad uno de los comisionados franceses llamado Miot, que á la sazón era embajador en Florencia, quien por su mesurado comportamiento mereció el aprecio del Sumo Pontífice.

En esto llegó de Génova el banquero Torlonia con la suma que la cámara apostólica habia tomado en empréstito á dicha república. El 28 de julio envióse á Milan para entregarlo á un comisionado francés el primer plazo del pago que habia de hacerse el cual ascendia á un millon y doscientos mil escudos.

Por otro lado llegaron los comisionados enviados por el Directorio para recoger el contingente de objetos artísticos que se estipularon en el convenio, y despues de haberlos escogido, se los llevaron á París á tenor del artículo 8.º del tratado.

En el momento en que se esperaba que se restableceria la paz, el conde Pieracchi envió desde París un correo que no trajo la apetecida noticia. En la primera entrevista que Pieracchi tuvo con Talleyrand, ministro de negocios extranjeros, se le manifestó que el Directorio queria como artículo preliminar de la paz que el Padre Santo derogase los breves en que habia condenado la *constitucion civil del clero de Francia*, á cuyo fin se entregó al plenipotenciario de Roma la fórmula segun la cual debia extenderse la derogacion. El ministro de Francia dió á entender que no se entraria á tratar definitivamente de la paz

con Roma, sin haberse verificado antes la expresada derogacion. El pesar que esta imprevista noticia causó al Papa fué tan grande que cayó enfermo. No obstante sus sufrimientos, reunió la congregacion de los cardenales encargados de examinar los asuntos de Francia para saber su dictámen. Discutióse al principio acerca de la extraña proposicion presentada por el mismo á quien se reprendia en recientes monitorios, y al fin los cardenales opinaron unánimes que no podian acceder á una demanda que destruia de raíz la religion, y que para el bien del mundo católico era preciso que Su Santidad se expusiese á un glorioso martirió antes que hacer traicion á su honor, á su deber y á su firmeza, y antes que violar los preceptos constantemente observados por la Iglesia.

No podia darse un dictámen mas conforme con los deseos y con los piadosos sentimientos de Pio VI, quien con franqueza verdaderamente apostólica le dió su asentimiento, diciendo: « Para nos la corona del martirio es mas brillante que la que ceñimos. » Firme en su determinacion, que suscribió en 14 de setiembre, despidió al correo para París con el acta de una formal negativa. Desde este momento Pieracchi y Evangelisti hubieron de dejar á París por no hallarse revestidos de suficientes poderes para tratar sobre la cesion de las dos legaciones de Bolonia y Ferrara.

No obstante de que Pio VI no queria sacrificar el bien espiritual de la Iglesia á la paz temporal, no por esto dejaba de tentar otros medios para vencer todos los obstáculos, sin faltar á los deberes de la conciencia. A este fin encargó á Azara que se pusiese de acuerdo con monseñor Caleppi y el P. Soldani, hombre muy versado en los sagrados cánones. Los dos últimos partieron para Florencia en donde debian entenderse con dos comisionados franceses, los cuales tenian orden de sostener las pretensiones del Directório. Despues de haber hecho monseñor Caleppi inútiles viajes á Roma, despues de haber pedido instrucciones mas extensas, despues de haber regalado á las personas con quienes negociaba, y no habiendo conseguido ni tenido esperanza de conseguir cosa alguna, regresó definitivamente á Roma para dar cuenta de su comision. Desde entonces empezóse á sospechar que se hacian proposi-

ciones imposibles de aceptar para hallarse en situacion de emprender la guerra cuando se quisiese y tener siempre pretextos para invadir los Estados pontificios.

Reunida una numerosa congregacion, el Papa manifestó que jamás accederia á declarar *injustos* sus breves relativos á los negocios de Francia, puesto que estaban en perfecto acuerdo con las decisiones de los concilios y con el parecer de los Santos Padres, que la Santa Sede no podia aprobar los excesos cometidos en Francia de siete años á aquella parte, y que en consecuencia protestaba que preferia morir antes que abandonar los derechos de Vicario de Jesucristo.

Roma se dispuso no á atacar, sino á defenderse. Organizóse una guardia nacional compuesta de catorce mil hombres, cuyo mando se confió al senador Rezzonico, siendo nombrados coroneles de la misma los príncipes Aldobrandini, Gabrielli y Giustiniani, y los marqueses Massimo y Patrizi.

El condestable Colonna equipó á su costa un regimiento de infantería y dió doce cañones de bronce que sacó de su fortaleza de Palliano, y el banquero Torlonia organizó sin excitacion de nadie un escuadron de caballería.

El cardenal Busca, que habia reemplazado á Zelada en el cargo de secretario de Estado, expidió nuevas órdenes para que se entregase la plata que faltaba, la cual ascendió á una considerable suma.

En medio de todo esto no se dejaba abandonados á los infelices sacerdotes franceses, á los cuales se distribuian sin cesar caritativos y suficientes socorros. Pio VI, magnánimo como era, se excedia á sí mismo á pesar de ser ya casi octogenario; así es que recibia bendiciones de todas partes. Deseoso de que en todos tiempos constara la buen fe con que procedia, juzgó oportuno dirigir á todos los soberanos y á sus propios súbditos una manifestacion, al pié de la cual hizo imprimir todos los documentos relativos á las negociaciones practicadas por Caleppi en Florencia con los comisionados Salicetti y Garrau. En ella decia que si se le atacaba se defenderia cuanto pudiese para atender al interés de sus súbditos.

Como los soberanos de Europa tenian que mirar por su propia conservacion, no prometieron á Pio VI socorros efectivos,

de modo que el Papa se vió abandonado á sus propias fuerzas. Al ver que los insultos y las amenazas se repetian, creyó oportuno dar órden de que retrocedieran los conductores de un millon y doscientos mil escudos que habia enviado, como hemos dicho, para verificar el primer pago estipulado en las condiciones del armisticio.

A fin de completar la organizacion militar, lo cual era de imprescindible necesidad para contener á los descontentos que excitaban algunos emisarios, nombróse una congregacion militar que debia obrar de acuerdo con el general Colli, y se componia del presidente, el cardenal secretario de Estado; del asesor, monseñor Gonsalvi; del teniente general Galdi, del coronel Colli y de los marqueses Massimo, Patrizi y Ercolani, á los cuales se revistió de poderes extraordinarios.

Creyendo entonces el general en jefe Bonaparte que el Papa se decidiria al fin á aceptar las condiciones que se le propusieron, echó mano para que sirviese de mediador, del arzobispo de Ferrara, el cardenal Mattei, que merecia el aprecio del Papa y tenia tambien recibidas de Bonaparte pruebas de la consideracion en que le tenia; mas habiéndose atribuido á Mattei que fomentaba la discordia, y que era enemigo de la república francesa, Bonaparte mandó encerrarle en la ciudadela de Brescia, á donde pasó á visitarle, y convencido por sí mismo de las buenas prendas que le adornaban, le envió á Roma, diciéndole en el momento de partir: « Os confio la mas bella, la mas gloriosa comision que puede desempeñar un ciudadano. Haced ver al Papa y á sus ministros el peligro que los amenaza, y aconsejadles que no se arruinen ellos mismos haciendo una inútil é impotente resistencia. »

Mattei mostró deseos á Bonaparte de obtener una carta suya para acreditar que realmente era él quien le enviaba, y Bonaparte se la facilitó, dándole además otra para el Papa, en la cual le instaba para que accediese á los deseos del Directorio relativos á la derogacion de los breves sobre la *constitucion civil del clero*. ¡Cuánta obstinacion! ¿Qué objeto podia llevar esa derogacion sino satisfacer una vanidad, que costó muy cara mas adelante? Decididamente el Directorio no queria la religion, y rechazaba al clero antiguo y al moderno.

Con motivo de estas instancias, tan á menudo reiteradas, Jauffret hace una atinada observacion, y es que la *constitucion civil del clero* no estaba ya en vigor en Francia, ni formaba parte de las leyes del reino. El Directorio, cuya antipatía á la religion y al clero nadie ignora, no hacia alto en esa *constitucion* ni en la antigua disciplina de la Iglesia galicana. ¿Pues entonces, se preguntará, á qué pedir con tanto empeño la expresada derogacion? Es óbvio que no guiaba al Directorio mas objeto que tener un pretexto para negarse á la paz y para molestar injustamente al Sumo Pontífice.

Lleno Pio VI de confianza en Dios, y contando ya con auxilios que le habia prometido el gabinete de Viena, hallábase mas animado, así es que contestó por el cardenal Mattei que tratándose de la fe, el Papa no temia los riesgos y no hacia caso de las amenazas que continuamente se le dirigian.

En una de las contestaciones que el cardenal Mattei dió á Bonaparte, se leen estas palabras: «Señor general, los triunfos que vuestros ejércitos han conseguido en Italia os tienen alucinado, y abusando de la próspera fortuna, no contento con haber tundido á las ovejas hasta la piel, quereis devorarlas y exigís que el Papa sacrifique su alma y la de los pueblos que le están confiados. Vos pedís la destruccion total de las bases en que están fundadas la religion cristiana, el Evangelio, la moral y la disciplina de la Iglesia. Consternado el Padre Santo al ver que teneis tan insoportable pretension, se ha acogido al seno de Dios, para suplicarle que ilumine á su servidor sobre lo que deba hacer en tales circunstancias. Y el Espíritu Santo le ha iluminado sin duda, y le ha recordado el ejemplo de los Mártires.

«Despues de haber rogado el gobierno romano al Directorio que haga proposiciones mas razonables, ha debido prepararse para la guerra. La Europa decidirá quien provoca este conflicto. La muerte con que pretendéis amedrentarnos, señor general, es el principio de la vida eterna y el término de la aparente felicidad de los impíos, y el principio de su castigo, si es que los remordimientos no lo han anticipado. Vuestro ejército es numeroso, pero no invencible. Nosotros os opondremos nuestros esfuerzos, nuestra constancia, la confianza que ins-

pira una buena causa , y sobre todo el auxilio de Dios que esperamos obtener. Convengo con vos en que la guerra que haceis al Papa os dará poca gloria; mas tocante á la creencia en que estais de que no habeis de hallar riesgos, la confianza que tenemos en Dios no nos permite creer que no haya ninguno para vos y para los vuestros.

«Vengamos ahora al objeto de vuestra carta. Vos deseais la paz; nosotros la deseamos mas que vos, y Su Santidad hará para obtenerla toda clase de sacrificios mientras no se opongan á sus deberes.»

Bonaparte escribió al cardenal Mattei otra carta fechada en el cuartel general de Verona, en la cual decia que estaba decidido á hacer marchar sus tropas contra Roma, no para vengarse del Padre Santo y del pueblo, sino tan solo de los que aconsejaban al primero, á quienes atribuia las medidas adoptadas para romper las hostilidades. Y añadia: «Sucedá lo que quiera, señor cardenal, os ruego que asegureis á Su Santidad que puede permanecer en Roma sin ninguna clase de cuidado, pues como ministro supremo que es de la Religion, obtendrá proteccion para él y para la Iglesia. Decid asimismo á todos los moradores de Roma que en el ejército francés no hallarán mas que amigos que solo desean que sus victorias contribuyan á mejorar la suerte del pueblo.»

Muy luego se supo que el ejército francés que se hallaba en el territorio de Bolonia recibia un refuerzo de nuevos regimientos. Viendo el embajador Cacault, que residia en Roma, que se redoblaba la actividad para continuar los preparativos de guerra, trató de disuadir al Papa de sus proyectos, y como no lo consiguió, salió de Roma con su secretario Bernard con direccion á Verona.

En esa época Bonaparte interceptó una carta del secretario de Estado el cardenal Busca, dirigida al nuncio de Viena, monseñor Albani. En esa carta su eminencia manifestaba poca inclinacion hácia los franceses, y demostraba tener esperanzas de que el emperador Francisco II acudiria en auxilio de la Santa Sede, segun lo prometió espontáneamente en Francfort en 1792. Bonaparte, que desde Verona habia pasado á Bolonia, expidió desde esta última ciudad dos manifiestos, de

fecha 31 de enero de 1797 el uno, y de 1.º de febrero siguiente el otro. En el primero exponía, que su ejército en solos seis meses había hecho cien mil prisioneros de las mejores tropas del emperador de Alemania, apoderándose de cuatrocientas piezas de artillería y de cien banderas, y destruido cinco ejércitos. En ambos manifiestos decía que el Papa había rehusado cumplir las condiciones del armisticio de Bolonia, y que por lo tanto era preciso obrar contra él. Hizo marchar sin tardanza la division del general Victor, cuya vanguardia se encontró en las orillas del Senio con las tropas pontificias, las cuales viendo que habían sido vendidas á los franceses por algunos oficiales que estaban en inteligencia con ellos, se amilanaron y emprendieron la fuga. El general Victor se encaminó á Faenza, de la cual se apoderó con poco esfuerzo, ocupando mas adelante las ciudades de Forli y Cesena.

Al saberse este desastre, la congregacion de cardenales encargada de los asuntos de Francia, se reunió y resolvió á pluralidad de votos que debia proseguirse la guerra. Dictáronse otras disposiciones que fueron inútiles á consecuencia de la rapidez con que avanzaban las tropas de la república, las cuales se habian apoderado de Sinigaglia y adelantándose hasta Macerata; de modo que no quedaban al Papa mas que la Sabina, el patrimonio de San Pedro, y los alrededores de Roma.

El general Colli no pudo oponerse á la precipitada marcha de los franceses, ni impedir la profanacion del célebre santuario de la casa de Loreto, del cual se extrajeron las piedras preciosas, el oro y la plata que en él habia ofrecidos en voto y que habian quedado allí despues de haber sacado del mismo el oro y la plata que se remitieron á Roma á tenor del decreto ya mencionado. Todo desapareció, hasta la imágen de la Virgen, la cual fué enviada á París al Directorio que la hizo colocar en el Museo, no como objeto de devocion, sino como objeto de curiosidad profana.

Roma se hallaba profundamente consternada. Las congregaciones de cardenales se reunian con frecuencia, y en una de sus sesiones se acordó que el Padre Santo debia dejar la capital para poner en salvo su persona. En el momento en que

se disponia á marchar á Terracina , llegaron dos oficiales ingleses que venian de Fuligno, con despachos del general Colli, para participar al Padre Santo que se hallaba en una posicion ventajosa , y que se le avisaria con tiempo en el caso de que Roma corriese algun peligro. Esta noticia tranquilizó al Papa , quien suspendió su marcha. No obstante, tomáronse las precauciones oportunas para salvar los mas preciosos objetos del Vaticano, del museo Pio Clementino, del Monte de piedad y del castillo de San Angelo, todo lo cual se envió á Terracina para trasportarlo si hubiese tiempo á Sicilia.

Las tropas enemigas avanzaban hácia Roma , y no habia otro medio para contener su marcha que solicitar la paz. Envióse un correo á Bonaparte, y viendo que tardaba en regresar, y pensando que el vencedor no querria la paz á ningun precio, el Papa creyó oportuno, para desvanecer toda incertidumbre, expedir al encuentro de Bonaparte una comision compuesta del cardenal Mattei , del duque Braschi, de monseñor Caleppi y del marqués Massimo, con una carta para el general , en la que les autorizaba para fijar como plenipotenciarios las bases de una paz duradera y aceptable para ambas partes. El Papa decia en ella : «Seguro de los benignos sentimientos que habeis manifestado en una carta dirigida al cardenal Mattei , nos hemos quedado en Roma , con lo cual podreis persuadiros de la confianza que nos inspirais.»

En medio de sus conflictos , el Papa imploró la mediacion de Fernando, rey de Nápoles , y del gran duque de Toscana, y hasta pidió el auxilio de Azara que se habia retirado á Florencia.

No bien los enviados del Papa hubieron partido para Macerata , encontraron al correo pontificio que traia la respuesta de Bonaparte , quien por medio de una carta participaba al cardenal Mattei que concedia al gobierno de Roma una tregua de cinco dias , dentro de los cuales deberia enviar á Faligno un embajador encargado de tratar de la paz. El Papa recibió una copia de esta carta, y se tranquilizó ; mas no por esto dejaron de continuarse los preparativos necesarios para una vigorosa defensa. Los plenipotenciarios del Papa pasaron á Tolentino , á donde Bonaparte habia trasladado su

cuartel general, y allí se concluyó el tratado conocido con el nombre de Tolentino, el cual, en 19 de febrero de 1797, fué suscrito por el cardenal Mattei, por monseñor Caleppi, el duque Braschi y el marqués Massimo en representación del Papa; y por el general Bonaparte y el ciudadano Cacault por parte del Directorio. El mismo día el cardenal Mattei puso en conocimiento del cardenal secretario de Estado que se había ajustado la paz, diciéndole: «Se ha firmado ya un tratado de paz... Las condiciones son muy duras, y propias enteramente de la capitulación de una plaza, como lo ha dicho en varias ocasiones el mismo vencedor. Hasta este momento he estado en gran zozobra por Su Santidad, por Roma y por todo el Estado. Ahora, gracias á los grandes sacrificios que se han hecho, Roma y la Religión están salvadas.»

Por ese tratado el Papa renunciaba á la soberanía de Aviñón y del condado Venesino, cedía las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y Romaña, prometía pagar quince millones de libras tornesas, dar ochocientos caballos de tiro, otros ochocientos para remontar la caballería, y además todos los bueyes que el ejército francés necesitase. Debían entregarse también algunas estatuas y manuscritos, según lo estipulado en el armisticio de Bolonia, habíase de dar una satisfacción al gobierno de París por el asesinato de Basville, y satisfacer trescientas mil libras para distribuir las entre los perjudicados á consecuencia de aquel desastre.

Poco tiempo después llegaron á Roma un oficial francés y el ciudadano Cacault, el cual llevaba el encargo de hacer que se cumplieran las cláusulas del tratado. La congregación de los cardenales correspondiente recibió orden de dar su dictámen acerca del mismo, y sin embargo de que se hallaron muy duras y exigentes sus condiciones, fueron aprobadas y ratificadas. Entre ellas no había ninguna contraria á los principios religiosos como las continuadas en los artículos propuestos en Florencia por Salicetti y Garrau. Se recordará sin duda que antes de que las tropas francesas se aproximasen á Roma, se pidió que se hiciera una ignominiosa derogación de los breves relativos á la *constitucion civil del clero*, la cual no se mencionó en el tratado de Tolentino,

tino, cosa que no puede menos de ser muy satisfactoria para el cardenal Mattei.

Libre ya Roma del temor de una invasion, enviáronse á buscar los objetos preciosos que se llevaron á Terracina, y depositáronse provisionalmente en el castillo de San Angelo. Procuróse luego reunir los suficientes recursos para cumplir el tratado, y remitiéronse al embajador Cacault cerca de dos millones en oro y plata en barras, los cuales se enviaron á Fuligno en cincuenta y cuatro carros junto con mil seiscientos caballos que se pidieron en virtud del artículo 11 del tratado.

Las condiciones de este, que eran como una [continuacion del estado de guerra, habian irritado paulatinamente á los pueblos de todos los Estados pontificios. Estallaron revueltas y hubo algunos asesinatos de franceses; mas los autores de semejantes trastornos hubieron de arrepentirse muy pronto de lo que habian hecho, pues de improviso acudió para contenerlos la guarnicion republicana de Ancona.

Las sumas disponibles no eran suficientes para cumplir las exigencias del tratado; mas con grandes esfuerzos se llenaron todos los compromisos contraidos.

El embajador Cacault se presentó en el palacio del Papa y propuso devolverle las joyas que formaron parte de la tiara por dos millones menos de la estimacion que se les habia dado por los respectivos comisionados. Deseó el Papa de conservar esos preciosos recuerdos de la piedad de los fieles, accedió á lo que se le proponia, y para terminar ese asunto envió á Milan al banquero Torlonia y á Sartori, joyero de palacio; pero como los comisionados por Cacault no participaban de las nobles y religiosas intenciones de éste, fijaron tan alto el valor de las expresadas joyas, que el Papa solo pudo rescatar parte de ellas.

Al ratificar un tratado ruinoso para salvar parte de sus Estados, el Papa cumplió sus deberes como soberano. Mostrándose siempre generoso, para persuadir á los franceses de que no conservaba ninguna clase de resentimiento por los términos en que se concluyó el tratado, dispuso que los cardenales Mattei y Chiaramonti volviesen á sus respectivas diócesis de Ferrara é Imola, y prescribió á los gobernadores que permanecieron en

las ciudades que debian ser restituidas á la Santa Sede á tenor del artículo 8.º del tratado, que conservasen con los comandantes de la República la armonía y la buena inteligencia.

Las atenciones que tenia á los franceses no se limitaron solo á lo dicho, sino que viendo que se hallaban prevenidos contra el cardenal Busca, que en la carta que hemos dicho se le interceptó mostraba hácia ellos sentimientos altamente hostiles, resuelto á hacer todo lo posible para conservar la paz, se privó de los servicios de Busca, nombrando para reemplazarle al cardenal José Doria, nuncio que habia sido en Francia y que era del agrado de los franceses.

Entretanto el marqués Massimo habia partido para París en calidad de embajador ordinario de la Santa Sede, y habia sido llamado Cacault para ser colocado en Florencia, pues la embajada francesa cerca del Padre Santo se reservó á José Bonaparte, hermano del general de este nombre. Con el marqués Massimo marchóse á París el abogado Gorirossi con el carácter de enviado extraordinario, y con la mision de dar, segun uno de los artículos del tratado de Tolentino, una satisfaccion por el asesinato de Basville, en el cual ninguna parte tuvo el gobierno pontificio que ni siquiera pudo prevenirlo.

Hácia esa época súpose la muerte del rey de Cerdeña Victor Amadeo III, cuyos funerales se celebraron en la capilla Paulina del palacio Quirinal, y fueron presididos por el Papa, pronunciando la oracion fúnebre monseñor Tiberio Testa Piccolomini.

En 9 de julio el general Bonaparte refundió en una las dos repúblicas italianas llamadas Cisalpina y Transalpina, dándole el nombre de república Cisalpina.

El Directorio queria á todo trance conseguir su objeto de destruir el poder temporal del Sumo Pontífice, y como José Bonaparte no secundaba al parecer tanto como se deseaba á los emisarios enviados á Roma para promover una revolucion, envió á esta ciudad á los generales Duphot y Sherlock con el objeto de que fomentasen disturbios é impulsasen al pueblo á pedir la expulsion del Sumo Pontífice. Empezóse por exigir del Papa la libertad de todos los detenidos por causas políticas;

esto es, de los que habian demostrado públicamente el deseo de reemplazar [al antiguo gobierno por otro nuevo. No bien hubieron] aquellos recobrado la libertad, el partido del Directorio les distribuyó una crecida cantidad de dinero. A fines de diciembre habia mas de mil personas dispuestas á promover una revolucion. Estos trastornadores del orden, aunque súbditos del Papa, se pusieron la escarapela tricolor, insultaron á los ciudadanos pacíficos y hasta á la tropa encargada de velar por el sosiego de la ciudad.

El 28 de diciembre de 1797, los conjurados en número de mas de trescientos se reunieron en la quinta de Médicis en la Trinidad del Monte, en donde se hallaba preparada de antemano una comida. En medio de la embriaguez con que suelen terminar esa clase de banquetes, los conjurados prurupieron en gritos de ¡ *Viva la libertad!* Duphot y Sherlock que presidian la orgía, arrojaron al aire sus sombreros, incitando á los circunstantes á no retardar el momento de sublevarse. El gobierno envió tropas á la quinta, y dispersados por ellas los rebeldes corrieron á reunirse al otro lado del Tiber en el palacio Corsini, que habitaba el embajador francés José Bonaparte, en donde unos á otros se excitaron para plantar el árbol de la libertad en la plaza del Capitolio.

Cansado el gobierno de Roma de ver que se insultaba tan gravemente al Soberano en su propia capital, mandó que la tropa marchase á reducir á los rebeldes, y á obligarles á que respetaran las leyes; pero encargándole que tuviese consideracion á los ilusos. Varios piquetes se adelantaron por la parte de la *Lungara* intimando con dulzura á los rebeldes que se retirasen; mas estos se resistieron audazmente. Gran número de ellos arrollaron las tropas las cuales hicieron fuego, y entonces los amotinados emprendieron la fuga y se refugiaron en el palacio del embajador, inundando en un momento el patio, las escaleras y una parte de la biblioteca. A su vez, algunos rebeldes hicieron fuego desde las ventanas hiriendo al jóven subteniente Duroni, quien murió á los dos dias, desde cuyo momento, cobrando ánimo, empezaron á insultar á las tropas y á entregarse á los mas horribles excesos de la mas baja democracia unida á la impiedad.

Entonces el general Duphot, que se hallaba en el palacio de José Bonaparte, echó mano al sable, y animado de un insensato entusiasmo, precipitóse por las escaleras, y colocándose entre los rebeldes los animó y los indujo á rechazar á la tropa. Viéndose atacados los dragones gritaban al general que se apartase de la refriega; mas él por el contrario continuaba alentando á los rebeldes. A corta distancia del palacio, en el momento en que con el sable apartaba el fusil de un soldado, que no lo dirigia contra él, le alcanzó un tiro y murió casi en el acto.

El embajador francés, á cuyo lado acudieron Azara, representante de España, y Angiolini, que lo era de Toscana, para protegerle, segun dijeron, contra el furor popular, expuso sus quejas al secretario de Estado, el cardenal José Doria, y negándose á admitir satisfaccion alguna, demostró que estaba resuelto á salir inmediatamente de Roma. En vano Azara trató de disuadirle de su propósito, y Angiolini, no pudiendo tampoco conseguirlo, le entregó por la noche los oportunos pasaportes, librados por la secretaría de Estado, y junto con ellos una esquela del cardenal que decia: «El gobierno está pronto á dar á la república francesa la satisfaccion que pida sobre lo ocurrido, aunque no ha faltado.»

Hasta el dia siguiente no supo el Papa la catástrofe de la víspera, y este nuevo conflicto, ocurrido mientras se hallaba en estado de convalecencia, le ocasionó una grave recaída.

Mandáronse cerrar los teatros, hacer rogativas en los templos, y se adoptaron las oportunas medidas para impedir que se reprodujese el desorden, conminándose con la pena de muerte á los que insultaran á los extranjeros.

El mismo dia en que el embajador salió de Roma, el cardenal secretario de Estado participó lo ocurrido al marqués Massimo, representante de la Santa Sede en París, absteniéndose de darle pormenores, y remitiéndose para que se enterase de todo al mismo José Bonaparte. «Él os instruirá, decia, del hecho y de sus circunstancias, pues fio tanto en su honradez y en su veracidad, que no dudo que expondrá la verdad al Directorio. El objeto de esta carta es encargares que os presente's al Directorio para manifestarle que el Padre Santo siente en extremo los

acontecimientos que han tenido lugar, no habiendo estado en su mano preverlos ni evitarlos. No ofrezcais ninguna satisfaccion por lo que ha pasado, lo cual á Su Santidad y á mí nos tiene profundamente afligidos, sino rogad al Directorio que exija la satisfaccion que tenga á bien, pues la obtendrá al punto; que Su Santidad, ni yo, ni el gobierno romano entero, no estaremos tranquilos, hasta tanto que sepamos que el Directorio está satisfecho.»

El cardenal Doria debió haber leído esta carta antes de firmarla; mas por fortuna el marqués Massimo era hombre de mucha entereza y de gran prudencia.

Al mismo tiempo el Papa enviaba á Nápoles á su sobrino el cardenal Braschi con monseñor Caleppi, para pedir al rey de las Dos Sicilias que interpusiese su mediacion en el grave conflicto que ocurría, y el rey envió al punto á Michereaud para comunicar órdenes importantes á las tropas de las fronteras, y dirigió una carta al Padre Santo asegurándole que le tomaba bajo su proteccion así como á su pueblo y al patrimonio de san Pedro.

Pío VI se ocupó en destruir las calumnias que contra él se levantaban, acusándole de haber promovido el motin del 28 de diciembre, y mandó abrir una informacion auténtica sobre todos los hechos, sin omitir las mas insignificantes circunstancias, á fin de que apareciese la completa inocencia del gobierno pontificio, el cual durante la revuelta no hizo otra cosa que cumplir con sus deberes. Invitóse á los agentes diplomáticos que residian en Roma á continuar su firma en dicha informacion para atestiguar la verdad del hecho, rogándoles al mismo tiempo que remitiesen un ejemplar de ella á sus respectivos gobiernos.

Mas todo fué en vano: el Directorio decretó la destruccion de Roma, á lo cual estaba ya resuelto, aun cuando no hubiese ocurrido la muerte de Duphot. No se entró en averiguar si este pereció por efecto de su imprudencia, y se declaró que se habia cometido un asesinato, y que estaba comprometida la dignidad nacional hasta que se hubiese tomado la mas completa venganza. El Directorio mandó detener á Massimo en su propia casa, y sellar todos sus papeles con la esperanza de

hallar en ellos algun dato para mover guerra al Sumo Pontífice. No se contentó el Directorio con examinar los despachos y las minutas diplomáticas de Massimo, sino que hizo otro tanto con las cartas de sus amigos, sin que se hallase el mas insignificante documento que diese pié á acusarle, pues todas las comunicaciones que recibia eran pacíficas y cumplia fielmente lo que en ellas se le ordenaba.

El general Bonaparte habia dejado la Italia para tomar parte en las negociaciones entabladas en Rastadt entre el emperador de Alemania y el Directorio. Alejandro Berthier, que ocupaba su puesto, recibió la órden de declarar la guerra al Papa, y en consecuencia se puso en marcha al instante para invadir el territorio romano, en el cual entraron triunfantes sus tropas, sin disparar un solo tiro, apoderándose de Sinigaglia, de Fano, de Recanati y de Macerata, en cuyo último punto cerráronse las puertas, y por este motivo fueron saqueadas las principales casas, y declarados prisioneros de guerra el gobernador monseñor Celano y el coronel Grassi, á quienes se envió á Ancona escoltados por algunos húsares. En 29 de enero de 1798, Berthier publicó en aquella ciudad dos proclamas, en la primera de las cuales manifestaba que su marcha no llevaba mas objeto que castigar á los asesinos del general Duphot, y que el pueblo romano que ninguna parte hubiese tomado en este hecho, nada tenia que temer de las tropas francesas, puesto que solo se trataba de vengar la muerte de Duphot y los agravios hechos al embajador Bonaparte, y castigar al gobierno de Roma.

El Papa mandó que sus tropas se retirasen sin oponer la menor resistencia á medida que avanzaran las de la república. Los amigos de la revolucion cobraron ánimo, y el 3 de febrero de 1798 intentaron promover un motin, que fué reprimido por las tropas pontificias. Tocante al Directorio, el Papa no queria emplear otras armas que las negociaciones y los ruegos. No podia esperarse de Pio VI, que pasaba ya de los 80 años, una gran actividad para alentar el valor de sus súbditos; lo único que queria era salvarlos y evitar la efusion de sangre. A este fin, y para penetrar las intenciones del general Berthier, envió á su encuentro al cardenal vicario della Soma-

glia, al príncipe Giustiniani y á dos prelados. Tambien se habia dirigido á donde estaba Berthier el general príncipe Belmonte Pignatelli, embajador de la córte de Nápoles, quien le encontró en Fuligno, y no pudo conseguir que admitiese á la comision pontificia, excusándose de hacerlo diciendo que tales eran las instrucciones que tenia recibidas, de las cuales no podia separarse. Al poner en planta sus proyectos, el Directorio desconfiaba hasta de sus generales. Berthier dijo mas todavía, á saber: que no podia entrar en tratos con el Papa, sino hasta tanto que las tropas francesas ocupasen la plaza de San Pedro.

Tampoco pudo conseguirse que Berthier diera audiencia á otra comision que envió Roma, á cuyo frente se hallaba monseñor Arrigoni. Entonces Pignatelli rogó á Berthier que hiciese acampar sus tropas en los alrededores de Roma, mas Berthier se obstinó en entrar en la ciudad.

Finalmente, para que no se pensase en poner en salvo al Papa, á quien el Directorio queria tener en sus manos; para que nada se sacase del museo, de la biblioteca y de la galería de cuadros, Berthier aseguraba que la lealtad de su nacion era una garantía de que á nada se atentaria, y no cesaba de repetir, al paso que no admitia á las comisiones, que el Directorio tenia mandado que se respetara el gobierno, la religion, y las propiedades, tanto las públicas como las particulares, puesto que no tenia mas mision de él que castigar á los culpables del asesinato de Duphot. Ya veremos lo que significaban esas protestas hechas desde Ancona hasta *Monte Mario*.

Pignatelli entró en Roma para participar al Papa que Berthier era inflexible, y esta noticia produjo un terror y una confusion inexplicables. Como el Papa debia temer las sediciones mas aun que á los franceses, encargó á los cardenales Borgia, Rinuncini y Roverella que velasen por la tranquilidad pública.

Mientras tanto la vanguardia francesa, mandada por el general Dallemagne, se acercaba á Roma, ocupando de paso á Baccano y á Storta, ciudades situadas á diez millas de ella. Berthier continuaba repitiendo las mismas palabras de siempre, mas esta vez añadió que á fin de evitar la efusion de san-

gre, y tranquilizar al pueblo, convenia que Su Santidad publicase un edicto conforme á la minuta que envió al cardenal secretario de Estado. Pignatelli y Giustiniani conjuraron nuevamente al general para que no entrase en Roma; mas él contestó que si el Papa se oponia á los pacíficos intentos del ejército, no respondia de las consecuencias, puesto que tenia órden de emplear la fuerza y de apoderarse de Roma y de todos los Estados pontificios.

Forzoso fué acatar la ley del mas fuerte. Azara volvió á Roma despues de haberse puesto de acuerdo con el general sobre las precauciones que habian de tomarse para que las tropas francesas verificaran su entrada. Entonces el Papa publicó un edicto exhortando al pueblo á que las respetara, asegurándoles en virtud de la promesa del general, que no se presentaban como enemigas.

El 10 de febrero, Berthier publicó una proclama expedida desde Storta, en la cual con sorpresa universal declaró apócrifas las dos de Ancona, en las cuales dijo que iba á vengar la muerte de Duphot y á castigar al gobierno de Roma. Mas adelante, á fin de que nadie se opusiese á su entrada en la ciudad, y que todos creyesen que no llevaba mas objeto que castigar á un corto número de soldados por haber insultado á su nacion, aseguró en otra proclama, publicada poco antes de penetrar en Roma, que no atacaria la religion en lo mas mínimo, y que ningun obstáculo pondria á la omnimoda libertad del culto.

Varios prelados que se hallaban al servicio del Papa, le aconsejaron que abandonara á Roma y que se retirase á Nápoles, á lo cual opuso lo siguiente: «Estamos íntimamente persuadidos de que el general Berthier, para cumplir las instrucciones y órdenes del Directorio no atenderá las promesas públicas que ha hecho; mas nuestro honor y nuestro decoro exigen que aparentemos fiar en ellas.» Fundado en este mismo motivo, no quiso que se ocultaran las preciosidades del museo.

El ejército francés se hallaba ya muy cerca de la ciudad, pues su caudillo estaba acampado con su estado mayor en el Monte-Mario, frente del templo de San Pedro. Segun lo conve-

nido con Azara , entraron en Roma cuatro comisionados escoltados por el coronel pontificio Berwick , los cuales tomaron al punto posesion del castillo de San Angelo, cuya guarnicion se trasladó al convento de San Agustin , entrando en aquel un cuerpo de quinientos franceses, á los cuales se juntaron luego mil quinientos al mando del general Cervoni. Finalmente , ocuparon la ciudad nueve mil hombres, sin embargo de lo cual los abastecedores exigieron víveres para diez y seis mil.

El general Berthier esperaba desde su cuartel general de *Monte-Mario* la invitacion de sus amigos para pasar á Roma. Habia algunos cambios que hacer, decia ; pero solo debian verificarse á instancias del pueblo romano.

No tardó en dirigirse al general esa invitacion aparentemente popular : un puñado de personas de elevado rango, pero conocidas por sus malas costumbres , gente sin arraigo y perdida , hasta algunos hombres condenados en otro tiempo á galeras y algunos de los que tomaron parte en el motin ocurrido en el palacio de José, se presentaron tumultuosamente al general en 11 de febrero para pedirle *en nombre del pueblo romano* que aceptase el gobierno de Roma. Ea vista de esto, el general escoltado por su estado mayor y por varios escuadrones de caballería, verificó su entrada solemne en la capital del mundo católico , y se alojó en el palacio del papa de Monte Cavallo. Apenas entrado en él , á fin de asegurar el éxito de sus planes, que queria dar á entender que eran pacíficos, envió al general Cervoni , á quien nombró gobernador de la plaza, al Papa para decirle que nada temiese por su persona , ni por su autoridad , la cual sin embargo no tardó en ser destruida. Al principio Berthier hizo quitar los árboles de la libertad de los sitios en donde sus partidarios los habian colocado , y expulsó del ejército al inspector de artillería llamado Lauters porque con actos impuros y con palabras sacrílegas profanó con gran escándalo del pueblo el templo de San Pedro.

Continuóse respetando el régimen con que desde antiguo se gobernaba Roma, no se puso obstáculo alguno al libre ejercicio del culto , y los cardenales, los prelados y los empleados pontificios de nada podian quejarse. Únicamente Berthier les quitó toda intervencion en el gobierno , nom-

brando en su lugar comisionados provisionales para desempeñar los cargos de hacienda, de administracion de justicia y para cuidar de los negocios políticos y militares, respetando no obstante en sus puestos á muchos empleados. Mas paulatinamente, á medida que los franceses se aseguraron de que los Estados pontificios estaban en su poder, y que sus emisarios tenian ya dispuestos los ánimos á secundar el movimiento para establecer un sistema republicano, las cosas cambiaron de aspecto. Impúsose una contribucion de un millon y doscientos mil escudos, decretóse otra de tres mil caballos de remonta, y se pasó revista de los que habia en Roma. El príncipe Pallavicini entregó los veinte y dos que tenia en sus caballerizas, de los cuales se le devolvió tan solo uno porque tenia vicios é inquietaba á los que se ponian á su lado. Aun mas; en virtud de un decreto que en 14 de febrero se obligó á firmar al tesorero del Papa, monseñor della Porta, secuestráronse todos los bienes pertenecientes á los ingleses, á los portugueses y á los rusos como enemigos de la Francia, mandando que en caso de ocultacion pagaran una multa equivalente al décuplo del valor de lo ocultado, la cual deberia satisfacerse á los comisionados que descubriesen el fraude.

No por esto quedaron satisfechos los enemigos del Papa y los amigos de los franceses. Estos últimos querian á todo trance un cambio de gobierno para variar de posicion so pretexto de la *libertad* y de la *iguaidad*, y obtener el premio de sus infamias. Procuraban inducir al general á establecer un sistema democrático en los Estados pontificios y en Roma á un mismo tiempo; mas las promesas que Berthier tenia hechas de respetar el gobierno, le impedian escuchar estas proposiciones y esperaba que se ofreciese una ocasion en que pudiese cohonestar actos que debian cubrir de vergüenza al mismo Directorio.

No tardó en presentarse la apeteuida coyuntura. En la mañana del 15 de febrero de 1798, y en el momento en que se celebraba en el Vaticano el oficio pontificio, en presencia de los cardenales y de todos los empleados del palacio del Papa, para solemnizar el aniversario de la exaltacion de Pio VI que acababa de entrar en el año vigésimo tercero de su pontificado,

una turba de unos cuatrocientos revolucionarios á los gritos de *Viva la libertad*, plantó en la plaza del Capitolio, delante de la estatua de Marco Aurelio, un corpulento árbol que habian arrancado en Campo Vaccino; y para que constase la autenticidad de este acto, y hacer que se le considerase como expresion de la voluntad del pueblo romano, á quien de seguro no se ocurrió rebelarse contra su soberano, llamó cinco notarios para que legalizasen en debida forma lo que acababa de ocurrir, enviando en seguida una comision al general Berthier, que estaba de acuerdo con ella, para pedirle su apoyo. Berthier acudió al Capitolio con todo su estado mayor, con cuatrocientos dragones y con una música militar, y allí, despues de pronunciar un corto discurso, declaró que Roma era libre y que quedaba instalada la república. Esta subsistió diez y nueve años, estando durante ellos dividido el territorio romano en ocho departamentos, que llevaban los nombres de los rios y de las comarcas que comprendian, y eran el Cimino, el Circeo, el Clitunno, el Metauro, el Musone, el Tiber, el Trasimeno y el Tronto.

Organizóse luego un nuevo sistema político, y fueron puestos al frente de los negocios en calidad de cónsules el duque Pio Bonelli, los abogados Francisco Riganti y Carlos Luis Constantini, que habia sido defensor de pobres, cargo muy respetado en Roma; el cirujano Liborio Angelucci, Antonio Bassi, Joaquín Pessuti, redactor de las Efemérides literarias, y Juan Francisco Arrigoni (1), á quienes se dió por primer secretario á un francés llamado Bassal, quien despues de haber sido cura párroco de Versalles, apostató y contrajo matrimonio y perteneció á la Convencion regicida. Para ministros fueron nombrados Francisco Maffei, Francisco Pierelli, Lambertí, Ennio, Quirino Visconti y el médico Corona, y distribuyéronse destinos á otras personas no menos protegidas por la república francesa.

El nuevo Consulado mandó que dentro de ocho dias debian desaparecer todos los escudos de armas que se veian en Roma y en los Estados pontificios. En un momento Roma quedó cu-

(1) Novaes, XVI, 2.^a parte, pág. 112.

bierta de andamios, á los cuales subieron albañiles para destruir los mas gloriosos monumentos de la historia, incluso los pertenecientes á la antigua república romana. Suprimieronse todos los títulos de barones, condes, marqueses, príncipes, nobles y caballeros, á los que reemplazó el título universal de ciudadanos. Y no obstante, la república romana que se queria hacer revivir, tenía sus nobles, sus caballeros y sus senadores. Prescribióse el uso, exceptuando solo á los servidores de los embajadores extranjeros, de la escarapela romana tricolor, ó sea blanca, roja y negra.

Irritados mas adelante los cónsules porque no quisieron reconocerlos los ministros extranjeros, dispusieron el secuestro de los bienes que varias potencias poseian en Roma, entre los cuales es de notar el palacio Farnesio que pertenecia al rey de Nápoles.

Hasta el momento en que se erigió en el Capitolio el árbol de la libertad, Pio VI estuvo en el Vaticano en el pleno ejercicio de su poder espiritual y de su autoridad, y sus ministros ejercieron aun sus funciones en la apariencia; mas desde que Roma quedó convertida en república, movióse contra el Sumo Pontífice una furiosa, violenta y criminal persecucion.

El general Berthier encargó al calvinista suizo Haller, hijo del célebre médico de este nombre, comisario del ejército republicano, que participase al Papa que el pueblo romano habia proclamado su independencia, que no le reconocia ya por soberano, y que por lo tanto su reinado habia concluido del todo. Haller encontró al Papa rodeado de los individuos del sacro colegio, y desempeñó su comision con el mayor descaro del mundo. Tal villanía era solo propia de una alma vil, de un hombre sin principios y sin ninguna clase de sentimientos religiosos. Pio VI alzó los ojos al cielo, y adoró los decretos de la Providencia que le enviaba tan dolorosa prueba.

Despues de licenciados los guardias suizos y romanos que fueron sustituidos por quinientos soldados del ejército francés, el general Cervoni se presentó al Papa para ofrecerle la escarapela nacional. ;Hasta tal punto se prescindió de los miramientos y del respeto debido á un soberano abandonado por la fortuna! Cervoni exhortó al Papa á dejarse ver con el sig-

no de la república, diciéndole que si se prestaba á ello, se le señalaría una pensión para vivir holgadamente. Al oír este ofrecimiento recobró toda su energía la grande é imperturbable alma de Pio VI, quien con marcado acento pero con aire tranquilo dijo: No conocemos mas insignias que aquellas con las cuales la Iglesia nos ha honrado. No necesitamos pensión alguna; un cayado y un traje ordinario bastarán á quien, para defender la fe, debe hasta perecer sobre cenizas.»

Así es como Pio VI se mostraba siempre superior á los infortunios que sin cesar acibaraban su existencia. Los heroicos sentimientos que con tono enérgico acababa de manifestar, no conmovieron en lo mas mínimo al enviado del Directorio, quien, con aire de fingida compasión, tuvo la audacia de aconsejar al Sumo Pontífice que renunciase á sus Estados y á todo poder temporal, asegurándole que era el único medio que le quedaba para conservar la autoridad espiritual, y conseguir que la República le asignase una pensión de 300,000 libras, pues de lo contrario se exponía á perderlo todo, hasta la libertad. A este nuevo ultraje Pio VI, que, conformado con la voluntad divina, en nada tenia las consideraciones humanas, respondió con valor heroico: «Nuestro poder en virtud de una elección libre proviene de Dios y no de los hombres; y por este motivo no podemos ni debemos renunciarlo. Cerca estamos ya de los ochenta y un años de nuestra vida, y nada tenemos que temer de vos. Sujétese nuestro cuerpo á todas las violencias, á todas las infamias, á todos los martirios al arbitrio de quien disponga de la fuerza para ello; mas tened entendido que nuestra alma es aun tan libre, tan fuerte y tan llena de valor, que arrostrará mil veces la muerte antes que faltar á su honor y á su Dios. Retiraos.»

La policía que se estableció en esa época daba á entender que queria poner presos á los cardenales para asegurar, segun decia, la tranquilidad pública; mas los principales miembros del sacro colegio, como eran los cardenales Albani, Yorck, Busca y Maury habian abandonado ya á Roma, á pesar de lo cual no pudo librarse Maury de que se le confiscaran todos los bienes y todas las propiedades que poseia en su diócesis de Montefiascone.

En un consejo tenido en el cuartel general, tratóse de la conveniencia de alejar á los parientes del Sumo Pontífice y á las personas mas allegadas suyas, con lo cual se le dejaba aislado y en manos de sus enemigos.

El general mandó que se sellasen todas las puertas del museo y de la galería, y que lo mismo se hiciese en el Vaticano, en el Quirinal, en Castel-Gandolfo y en Terracina, confiscándose todo, no en provecho de la república romana, sino en el de la francesa.

Los bienes de las familias Braschi y Albani (1) fueron confiscados, y ni siquiera se respetó la biblioteca particular del Papa, siendo inútil que uno de sus empleados manifestase que éste quería regalarla á Cesena, su patria. Todos los libros se vendieron á un ínfimo precio, de modo que solo se sacaron de ellos doce mil escudos que se pagaron al contado.

Una mañana los comisionados entraron en el gabinete del infortunado Pontífice, y le obligaron á presenciar el registro que practicaban. Abrieron sus escritorios, sus armarios y sus cofres; mas no encontraron nada que pudiese satisfacer su codicia. Al ver una caja en forma de urna y creyéndola llena de zequés y de objetos preciosos, Haller la cogió y preguntó al Papa qué contenía, y el Papa respondióle con calma: tabaco de España. No era esto por cierto lo que se buscaba. Ese tabaco era del que el rey católico regalaba al Papa todos los años. Haller lo probó, y hallándole muy bueno, dijo á un hombre de los que iban con él: «Llevalde á mi casa.» A lo cual repuso el Papa: Con qué hasta quereis privarnos de tabaco.—Sí, dijo el comisario, es bueno, me gusta, y lo quiero para mí.» Esta era la pureza de conciencia que tenía aquel republicano. Inútil es referir los excesos que se cometieron. El pintor inglés Duppe, que en aquella época residía en Roma, dió pormenores acerca de ellos en una obra publicada en Lóndres.

El fanatismo de los imitadores de Bruto, aumentaba de día en día, y la república se habia apoderado del mando de tal

(1) A los Albani se les perseguia por su adhesion á Pio VI; Juan Francisco, como es sabido, era decano del sacro colegio, y el prelado Albani nuncio en Viena; en donde defendió con vigor los derechos de la Santa Sede.

modo que no quedaba el menor vestigio del poder pontificio. Hasta se habian hecho desaparecer de todas partes los escudos de armas de Pío VI y las inscripciones esculpidas en honor suyo.

El momento de desterrar al Papa habia llegado ya, pues, segun se decia, su presencia en Roma para nada servia. El 18 de febrero, en el acto en que estaba comiendo, servido por un corto número de criados, presentósele Haller con aire altanero, cubierta la cabeza, á pesar de que no era militar, y hablóle en estos términos: «Vengo á apoderarme de todos vuestros tesoros, que por orden de la república romana se me han de entregar. — ¡Cielos! dijo el Papa, todo cuanto teníamos lo dimos ya para alcanzar la paz de Tolentino, y nada nos queda, como lo sabeis vos mejor que yo.» Haller replicó con inaudito descaro: «Aun os quedan dos preciosos anillos: dádme-los.» Y el Papa sacándose uno del dedo se lo entregó diciéndole: «Solo podemos daros esta que es nuestro; mas el otro es el *anillo del pescador*, y debe pasar al Papa que nos suceda.» Haller repuso con petulancia: No puede ser; entregádmelo al punto si no quereis que haga uso de la fuerza.» Pío VI lo entregó, mas como era de poco valor, le fué devuelto al cabo de algun tiempo. Así que Haller tuvo en su poder los dos anillos, dió una ojeada á la mesa en que el Papa estaba comiendo, y cogió con avidéz una cajita que vió en ella, exclamando: «Aquí, aquí están vuestras joyas.» Mas al abrirla solo encontró bizcochos (1), á pesar de lo cual se la quedó, y no viendo nada mas de que apoderarse, se retiró.

Al llegar á la antecámara, en donde habia algunos prelados de palacio, Haller se dirigió á uno de ellos para encargarle que desempeñase la fatal comision que traía, y le dijo: «No sabemos qué hacer del Papa, y por lo tanto os encargo que le deis á entender que es preciso se disponga á marchar mañana, á las seis.» Sorprendido el prelado (2) de esta inicua orden

(1) El Papa los comia habitualmente para postres con algunas gotas de vino de Milaga.

(2) No fué á un prelado á quien se dirigió Haller, sino al abad Baldassari, secretario del camarlengo Caracciolo. Baldassari refiere este hecho en su «Historia de la expulsion de Pío VI» en estos términos: «Tambien me cupo á mí

dijo con aire de dignidad: «Id vos mismo á darle esta triste nueva, que yo no debo, ni quiero ser ministro de vuestras crueldades para con mi soberano (1).

Entonces Haller entró en el aposento del Papa y le intimó bruscamente que se dispusiese á marchar de su palacio. A tan inicua intimacion, el Papa respondió con intrépida arrogancia: «Tenemos ya mas de 80 años, la vejez y las dolencias que hace dos meses estamos sufriendo nos tienen muy abatido, y nos parece que este instante ha de ser el último de nuestra vida. No sabemos si podremos soportar las fatigas de un viaje; nuestro deber nos liga á este sitio, y no podemos abandonar, sin faltar á él, las funciones de nuestro ministerio, ni nuestro pueblo: aquí moriremos.» Haller repuso con su acostumbrada altanería: «*Lo que es morir, en todas partes se muere.* No admito palabras, ni pretextos: si no salís de aquí voluntariamente, saldreis á la fuerza. Elegid.» Y este tirano, que dijérase estaba desempeñando una mision de Calvino, desapareció despues de haber proferido estas palabras.

Al quedar solo con sus criados, Pio VI oprimido por el pesar, entró en su gabinete, se arrodilló delante de un crucifijo, y buscó en la oracion las fuerzas necesarias para resistir á la cruel persecucion que se le hacia. Al cabo de un cuarto de hora, mostróse otra vez con su acostumbrada calma y con rostro

una parte de las atenciones del comisario. No bien supe que habia penetrado en las estancias del Papa, pasé á ellas en seguida, y me mezclé con las personas que rodeaban á Su Santidad. Haller fijó en mí los ojos y me indicó que me acercase, y cogiéndome por el brazo y llevándome aparte, me dijo con mucha gracia: «En verdad que hariais una buena obra y un gran servicio al Papa si pudieseis persuadirle á que dejase voluntariamente su palacio y la ciudad de Roma.» Las respuestas de Baldassari fueron agudas y enérgicas. El resto de la narracion ofrece algunas diferencias con la de Novaes que es la que seguimos. La historia de la expulsion de Pio VI la tradujo el abad de la Couture, en 8.^o París, 1839, y existe de ella una segunda edicion. Es una obra interesante y que indispensablemente forma parte de las que es preciso leer para conocer bien el pontificado de Pio VI. M. de la Couture es un escritor exacto, correcto y animado, como puede colegirse por sus notas, y además ingénuo y lleno de sentimientos religiosos verdaderamente ejemplares. Los amigos de la autoridad pontificia han gustado mucho de una publicacion tan útil y laudable.

(1) Novaes, XVII, 2.^a parte, 119.

tranquilo y dijo: «Dios lo quiere, hágase su santa voluntad. Resignémonos á sus justos decretos.»

No descuidando nunca los negocios propios de su ministerio eclesiástico, dedicó las cuarenta y ocho horas que se le permitieron pasar todavía en Roma, para arreglar y poner en orden lo que podia interesar á la religion.

El 20 de febrero presentóse en el Vaticano un destacamento de tropa para sacar del palacio al Papa, pues como se temia una revuelta, no se queria que á la salida del sol se hallase aun en Roma. Dos oficiales tenian encargo de conducirle á Siena. Pidió que le dejaran oír misa antes de marcharse, mas los soldados, recelando que fuese larga, prorumpieron en blasfemias y le obligaron á partir. Como todo se le habia quitado, no se le dió mas que una corta suma, insuficiente para los gastos del viaje. Al ver que bajaba lentamente la escalera, Haller exclamó: «Vamos, aprisa.» Apoyado en los brazos de algunos criados, cuyo rostro estaba inundado en lágrimas, se adelantó para subir al carruaje que le esperaba. A fin de que nada faltase á la amarga y afrentosa situacion en que se veia, un desleal súbdito, que en otro tiempo fué desterrado por el rencor que de un modo vil le habia demostrado, y que debió luego el perdón á su clemencia, tuvo la audacia de presentarse delante de él, y decirle con inaudito descaro: «Vete, tirano, tu reinado ha concluido.» Y Pio VI se contentó con responderle: «Si hubiésemos sido un tirano, no existiriais ahora.»

Así fué como Pio VI salió de su palacio. Inútil es hacer reflexion alguna; pues los protestantes deben deplorar el encono y el innoble frenesí de sus correligionarios, y los católicos inclinar la cabeza, y recordar que Dios emplea á veces mucho rigor en castigar á su pueblo.

Permitióse al Papa que le acompañase su camarlengo, monseñor Iñigo Caracciolo, y su secretario José Marotti, á quien hacia pocas horas que habia tomado á su servicio.

El Papa quiso que le siguiera un secretario para la correspondencia latina, y le fué propuesto Marotti, que habia sido jesuita. Vamos á referir lo que pasó entre los dos. El Papa dijo á Marotti: «Os sentís con valor para ir con nos al Calvario?» Y Marotti respondió: «Santísimo Padre, aquí me teneis dis-

puesto á seguir los pasos y el destino del Vicario de Jesucristo y de mi soberano.» No le quedaban mas que dos horas á fin de disponerse para la marcha. Fuése con Pio VI, y estuvo constantemente á su lado hasta el momento de su muerte, ocurrida en Valence.

Tras del carruaje del Papa iban otros dos ocupados por las personas de su servidumbre. El 20 por la tarde, Pio VI entró en Monterosi, en cuyo punto pernoctó, llegando el 21 á Viterbo, en donde visitó el cuerpo de santa Rosa, que se ha mantenido incorrupto y que existe entero todavía, sin mas alteracion que la sufrida en el color del rostro que tiene un tinte mas oscuro que cuando le animaba la vida.

El 22 de febrero de 1798 pernoctó en San Lorenzo Nuovo, y el 23 en Radicofani. Poco antes tuvo el consuelo de encontrar en Ponte Centino á su sobrina el duque Braschi, quien acababa de verse despojado de su palacio, de sus muebles, de sus tierras y de todo cuanto poseia.

Desde Radicofani, Pio VI pasó á San Quirico, en donde se le presentó á ofrecerle sus respetos Zondadari, obispo de Siena. Finalmente, despues de cinco dias de un penoso viaje, el Papa entró en Siena, apeándose en el convento de San Agustin.

Durante su permanencia en esa ciudad, conservó una sombra de autoridad, gracias á los desvelos y á la solicitud del arzobispo. Por mas que se hubiera querido que se ignorase el viaje del Papa, el camino que debia recorrer se cubrió de romanos y de toscanos de todas categorías, que alargaban las manos hácia su Padre, pidiéndole la bendicion apostólica.

Mientras tanto entraban triunfantes en Roma tres romanos que habian sido expulsados de ella por sus manejos demagógicos. El primero era un oficial pontificio que habia tratado de sublevar á los soldados del castillo de San Angelo. Prohóse su delito, y juzgado segun las leyes militares y degradado, se le encerró en el castillo de San Leon, de donde salió por los esfuerzos de los cisalpinos. El segundo era un médico romano, que tomó parte en una conspiracion contra el gobierno. Condenado á muerte, el magnánimo Pontífice conmutó la pena impuesta con la de destierro. El tercero era un eclesiástico que habia sido secretario de un cardenal ministro, el cual debia al

gobierno muchos favores y algunas pensiones, mas no obstante vendió un secreto que se le confiara.

Los crueles insultos que esos miserables dirigieron al Papa al encontrarle fueron contrapesados por la acogida que le hicieron los moradores de Siena. La ciudad entera salió á recibirle; la multitud pidióle de rodillas la bendicion, mientras que él, poniéndose el dedo en la boca, les indicaba que no gritasen, y les bendecia con tan expansiva ternura, que arrancaba lágrimas. Tan luego como el gran duque Fernando III supo la llegada del Papa á Siena, envió á su mayordomo mayor, el marqués Manfredini, para cumplimentarle y ofrecerle lo necesario á fin de hacer agradable su permanencia en Toscana. Al mismo tiempo Fernando envió dos correos á Viena, España y Francia, para consultar á estos dos gobiernos el modo como debía conducirse.

El Papa se mostró agradecido á los ofrecimientos del gran duque, jóven hermano del emperador Francisco II, y dijo á Manfredini: «Nuestras desgracias empiezan á hacernos creer que no somos del todo indigno de ser el Vicario de Jesucristo y el sucesor de san Pedro. La situacion en que nos veis recuerda los primeros años de la Iglesia, que fueron los de su triunfo.» En seguida le ofreció una linda tabaquera de cornalina montada en oro, rogándole que la conservase como un recuerdo, y diciéndole que era lo único que podia ofrecerle. Manfredini, agradecido á semejante obsequio, colocó la tabaquera en su palacio de Rovigo, su patria, con una inscripcion en que se hallaba consignado el origen del regalo.

Tambien se presentó á ofrecer sus respetos al Papa, el embajador de Inglaterra en Florencia.

Al saber el pueblo romano la expulsion del Papa, y conociendo que la revolucion no era otra cosa que una dilapidacion universal en provecho de un corto número de personas que ocupaban los destinos de la república, empezó á agitarse y á prorumpir en gritos de ira y de dolor, hasta que el 25 de febrero estalló un terrible motin, durante el cual se cometieron asesinatos de franceses y de republicanos, hasta en los alrededores de Roma. Atribuyóse esta revuelta á apreciables y respetables sacerdotes, á los cuales se mandó encarcelar, co-

menzando entonces una persecucion que era de prever algun tiempo habia.

Muchos cardenales y prelados que hubieran podido salvarse refugiándose en Nápoles, fueron presos, entre ellos el cardenal de la Somaglia que recorrió las calles y visitó las iglesias exhortando al pueblo á permanecer sumiso. El fué el único que pudo restablecer el órden; mas en las revoluciones todo se califica de delito, á veces hasta los servicios prestados á los que exasperan á los pueblos.

Los cardenales Antonelli, José Doria, Borgia, Roverella, della Somaglia y Carandini, fueron conducidos á Civitavecchia, desde donde se les permitió trasladarse por mar á Toscana. La mayor parte de ellos se embarcaron en buques tan pequeños que fácilmente podian haber naufragado. Asimismo fueron deportados á Civitavecchia el gobernador de Roma, monseñor Crivelli, y los prelados Gonsalvi, Sperandini, Cevalano, Onorati, Borromei, Ginnasi, Puccetti, Nuzzi y Barberi.

El Directorio envió sus disposiciones relativas á los personajes que ocuparon altos destinos mientras gobernaba Pío VI, segun las cuales debia obligarse á los cardenales á abdicar la púrpura y ser reducidos á prision los que se negasen á ello. Todos los eclesiásticos habian de jurar odio eterno á la monarquía y á la anarquía, y prometer completa adhesion á la república y á sus decretos.

Entre los cardenales que se opusieron á renunciar la púrpura se cuenta á Antonelli. Al instarle un oficial para que renunciase, respondió: «Vuestra proposicion, señor oficial, me sorprende y vos mismo me sugerís la respuesta que he de daros. Vos sois militar, y yo os pregunto si despues de estar durante muchos años en posesion pacífica de las prerogativas y de los privilegios inherentes á vuestro rango, de los honores debidos á vuestra posicion, y de las distinciones que os concediera vuestro soberano, seriais bastante vil para abandonar su servicio y el uniforme que os honra, y mas estando cerca el enemigo y próxima una batalla. Juzgad, pues, de mis sentimientos por los que yo debo suponer en vos, y procurad conocer á los que han jurado á los piés del jefe de la Iglesia,

defender la púrpura romana hasta verter su sangre. El color de la púrpura basta por sí solo para recordarnos nuestro deber, si acaso tuviésemos la desgracia de olvidarlo. Ha llegado el momento supremo de la prueba y esperamos, con el auxilio de Dios, mantenernos fieles á nuestra vocacion hasta la muerte.»

Solo se respetó al cardenal Rezzonico, quien, oprimido por el peso de los años, por las enfermedades y por los infortunios de la Iglesia, despues de permanecer algun tiempo en el lecho en continuo peligro de muerte, fallecio al fin, siendo el único príncipe de la Iglesia que acabó sus dias en Roma en tiempo de la república. No se permitió que se celebraran en su obsequio las honras fúnebres que se acostumbran tributar á los cardenales.

Forzoso es decir que únicamente dos de estos, asustados de las amenazas que se les hacian, abdicaron la púrpura. El uno fué Antici, quien la pidió de nuevo en tiempo de Pio VII; el otro, Altieri, al cual un oficial sable en mano le dijo: «O renunciais la púrpura, ú os llevo preso.» Altieri que se hallaba enfermo, cedió mas bien á causa de la debilidad de sus fuerzas que por su espontánea voluntad.

Hácia la misma época el cardenal Mattei, que fué uno de los plenipotenciarios que intervinieron en el tratado de Tolentino, hallándose en su arzobispado de Ferrara, recibió de su diocesano, el director Cisalpino Containi, la órden de abandonar su residencia arzobispal por haber rehusado con tesson prestar el juramento que se le exigia desde Milan. Igual ultraje y quizá una desgracia mayor esperaba al cardenal Albani, á quien se perseguia sin descanso, á no haber huido á pesar de lo crudo de la estacion, dejando abandonados sus bienes y los de su familia.

De todo tenia noticia Pio VI. El 26 de marzo por la mañana, escribió al arzobispo de Fermo, monseñor Minucci, lo siguiente: « Los tiempos actuales exigen firmeza y valor, de que han dado pruebas los seis cardenales, que cogidos en rehenes, han sido trasladados á Civitavecchia, y las dan aun, pues no saben cuál es la suerte que les aguarda. Todas las personas sensatas los aplauden y veneran.»

El Papa dirigió desde Siena dos breves á los emperadores

de Alemania y Rusia, en los cuales solo trataba de asuntos religiosos sin verter siquiera una palabra sobre la situación en que se hallaba. Asimismo concibió el proyecto que puso en planta más adelante en la cartuja de Florencia, de redactar una bula para prevenir en caso de fallecer un cisma que era inminente atendidos los sentimientos que demostraba el gobierno de París. En dicha bula, que un camarero de Caracciolo llevó con el mayor sigilo á los cardenales que se hallaban en Nápoles y en Venecia, el Padre Santo suspendia los efectos de las leyes y de los usos que regian en los cónclaves para cuando hubiese de nombrársele un sucesor, y encargaba que se verificase la elección lo mas pronto posible, sin aguardar siquiera que trascurriesen los diez dias prescritos por la costumbre.

Apenas habia un mes que el Papa se hallaba en Siena, cuando un suceso espantoso le obligó á salir de ella. El 26 de marzo, víspera de la Pascua de Pentecóstes, un temblor de tierra, que duró mas de cinco segundos, arruinó gran parte de la ciudad, inclusa su magnífica catedral, considerada como una obra maestra de arquitectura gótica. Del convento de San Agustín solo se salvó el aposento que ocupaba el Papa.

El arzobispo Zondadari procuró poner en salvo á Pio VI, á quien hizo conducir á un palacio de la familia Venturi-Gallerani, en donde podia refugiarse en un jardín en el caso de reproducirse el terremoto. En ningun templo podian celebrarse los oficios divinos, pues todos habian sufrido, por lo cual el Papa aconsejó al arzobispo que hiciese levantar en la plaza de *la Lizza*, situada en el centro de la ciudad, un altar á campo raso, desde el cual, despues de celebrado el oficio divino, el Sumo Pontífice dió su bendición á la inmensa multitud que le rodeaba.

Al saber tan tristes acontecimientos el gran duque Fernando envió á Roma á Manfredini, su mayordomo mayor, para que se avistase con el general Saint Cyr que se hallaba entonces al frente de las tropas francesas, con el cual convino que el Papa se trasladase á la quinta Sergardi, llamada *Torre Fiorentina*, de donde se le obligó á salir para conducirlo á la cartuja de San-Casciano, á dos millas de Florencia, fuera de la puerta Romana.

Acompañó al Padre Santo su reducida corte, en la cual no figuraba su sobrino Braschi, á quien se habia separado de su lado, dejando afortunadamente á Su Santidad á su camarlengo monseñor Caracciolo, á Monseñor Spina, quien al cabo de algun tiempo consagró obispo en la cartuja, y á su secretario M. Marrotti. El cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, mas bien por su espontánea voluntad que por disposicion de su gobierno, quiso acompañar tambien en sus infortunios al Sumo Pontífice.

El gran duque Fernando III pasó á visitar á su ilustre huésped, que salió á recibirle hasta la puerta de su aposento, no permitiendo que el príncipe le besara los piés, sino que, por el contrario, le hizo levantar y le abrazó afectuosamente. Ambos lloraron juntos los desastres que affligian á sus respectivos súbditos y á toda la Italia, y se prometieron el uno al otro soportar con valor las desgracias que al parecer les amenazaban todavía.

En su nuevo asilo, el Papa llevaba una vida muy retirada para no comprometer el reposo de Fernando III que le daba pruebas del mas sincero afecto. A fin de impedir que su salud continuase deteriorándose, adoptó un método de vida muy arreglado: acostábase temprano y se levantaba tarde, pasando casi todas las horas del dia escribiendo y dictando á su secretario Marrotti disposiciones relativas exclusivamente á los intereses espirituales de la Iglesia.

No tenia el Papa mas medio que conformarse con sobrellevar su desgraciada situacion, que era tan dura, que dos comisionados franceses impedian continuamente llegar hasta él hasta á los sacerdotes y á los obispos que solicitaban permiso para verle. Fernando le visitaba en secreto, y Pio VI le dijo un dia: «Dejad, oh príncipe, de venir á vernos en nuestro triste destierro, pues nuestras entrevistas, aunque inofensivas, pueden producir mal efecto en nuestros enemigos, y no queremos que nuestras desgracias os conduzcan á un precipicio. Vivid para vuestra familia; y conservaos para la felicidad de vuestros súbditos. Nos hemos sido tambien soberano y hemos procurado siempre disminuir los males de nuestros pueblos; mas el tiempo, las circunstancias, y el desórden que trae consigo un nue-

vo sistema irreligioso de filosofía, han hecho que fuesen inútiles nuestros desvelos, y aquellos á quienes hemos tratado como hijos, á quienes hemos alimentado y socorrido, se han constituido en nuestros mas crueles verdugos. Sirvaos, oh príncipe, de ejemplo nuestra suerte. No queremos que el interés que V. A. I. nos demuestra sea causa de disgustos y pesadumbres para vos. Muy sensible nos es, creedlo, estar separado de vos que habeis sido siempre hijo muy obediente, príncipe muy religioso, y verdadero y sincero amigo nuestro; mas nos sería demasiado doloroso veros por causa nuestra tan desgraciado como nos.»

Desde entonces Fernando renunció, á pesar suyo, á visitar al Papa con frecuencia; pero continuó prodigándole todos los consuelos que podían endulzar su deplorable suerte.

A esa época pertenecé un acontecimiento muy singular. El Papa, como en otra parte lo llevamos dicho, demostró lo mismo que Gustavo III mucho interés por los católicos de Estocolmo. Desde su destierro los recomendó de nuevo á Gustavo IV, hijo y sucesor de Gustavo III, y el monarca sueco contestóle que facilitaría los recursos necesarios para sostener el colegio católico fundado en la capital.

En la obra de M. Baldassari, traducida por M. de la Couture, se lee lo siguiente (1):

«No era solo un monarca protestante el único que se mostraba afectuoso con el Papa, pues un príncipe mahometano de segundo orden quiso darle asimismo una prueba de su deferencia y veneracion. En efecto, el bey de Túnez escribió á Pio VI una respetuosa carta, en la cual se declaraba protector de la mision católica establecida en sus Estados, y rogaba al Padre Santo que se dignase elevar á la dignidad de vicario apostólico á un religioso capuchino que formaba parte de dichas misiones. Acompañaba á la carta un cáliz de plata, que sin duda habia sido arrebatado á algun buque francés, pues al pié de él se veian las flores de lis. El bey se excusaba de la insignificancia del obsequio, diciendo que no tenia otros objetos preciosos dignos de ser ofrecidos á un papa.» Pio VI se conmovió al ver al pié del cáliz las flores de lis.

(1) Pág. 361.

Florenzia se convirtió en asilo de príncipes destronados. Ocupado el Piamonte por los franceses, el rey de Cerdeña Carlos Manuel IV vióse sorprendido en su palacio de Turin y precisado á abandonar su patria, sus súbditos, su trono y sus dominios. En medio de un numeroso destacamento de tropas fué conducido á Parma y luego á Florenzia, en donde aguardaba que se le concediera permiso para embarcarse para Cerdeña. Este desgraciado príncipe quiso visitar á su Padre en Jesucristo, y satisfizo su deseo el 28 de enero de 1799 con autorización, que le costó mucho alcanzar, del ministro francés Reinhard.

Acompañaban al rey, la reina su esposa, la venerable María Adelaida Clotilde de Borbon, hermana de Luis XVI, y la piadosa señora Isabel que no tardó en sufrir la misma suerte que su hermano y su cuñada. Fernando quiso visitar al Papa en compañía de la corte de Cerdeña. Fácil es figurarse cuan amarga fué la entrevista de estos tres soberanos, dos de los cuales se hallaban desterrados y habian perdido el trono. No ignoraba el de Toscana que le estaba reservada igual suerte. Haciendo Pio VI un esfuerzo salió á recibir al rey de Cerdeña y á su esposa hasta la puerta de su estancia, apoyado en los brazos de sus criados. Al verle los reyes se arrojaron á sus piés y no quisieron levantarse hasta que les hubo dado la bendición. Prostrados aun, le dijeron: «En este momento, Santísimo Padre, olvidamos nuestras desgracias, que no hemos merecido, puesto que nos es dado tener la satisfaccion de ver al Padre comun de los fieles.» Y el Papa les respondió: «Dios mio! Todo, queridos príncipes, es vanidad en este mundo, y nadie puede decirlo mejor que nosotros; sí, todo es vanidad, menos la felicidad de amar y servir al dispensador de todos los bienes. Elevemos nuestros ojos al cielo en donde esperamos alcanzar tronos que no podrán arrebatarnos los hombres.»

En el decurso de la conversacion, el rey instó varias veces al Papa para que se fuese con él á Cerdeña, y le propuso para habitacion el palacio de Cagliari. La reina secundó las instancias de su esposo y dijo al Papa con toda la efusion de su alma: «Venid con nosotros, Santísimo Padre; nos consolaremos mutuamente, y Vuestra Santidad encontra-

rá en sus hijos todos los respetuosos cuidados debidos á tan afectuoso padre y á la alta dignidad que ocupa.»

Las instancias de los piadosos monarcas enternecieron á Pio VI, que quedó como sofocado por las lágrimas, hasta que al fin respondió: ¡Pluguiera á Dios, queridos príncipes! Pero vosotros no conoceis las miras que con respecto á nos tiene el Directorio; hemos de ser víctima de nuestros perseguidores. Aun cuando nuestra decaida salud lo permitiese, no nos es posible trasladarnos á Cerdeña, pues allí recobraríamos nuestra libertad, cuando lo que se quiere es tenernos aquí cautivo, y no es de creer que el gobierno en cuyo poder estamos hoy día quiera dejar escapar á un anciano octogenario, al cual, sin embargo, considera como uno de sus mejores trofeos. Ya no es tiempo de que nos engañemos á nosotros mismos: nuestra suerte está ya decidida, y solo la muerte puede acabar nuestros sufrimientos.»

Después de haber los príncipes hablado extensamente, ofrecióse al oficial francés que desde Turin habia acompañado siempre al rey que entrase á ver al Padre Santo, mas dicho oficial objetó que la vista de su uniforme indispensablemente le disgustaria.

Entretanto, exigíase á los romanos el juramento de fidelidad á la república francesa. Pio VI envió dos breves á monseñor Passeri, vice-gerente en Roma, de fecha 16 el uno y de 30 de enero el otro. Como ese prelado no tuvo tiempo de recibirlos por haber sido desterrado, fueron remitidos á monseñor Buoni, quien, á pesar de los riesgos á que se exponía, tuvo el arrojo de hacerlos publicar acompañándolos con una manifestación suscrita por él.

La opinion del Padre Santo acerca de esa especie de juramento democrático que exigían los franceses, era la misma que en otras ocasiones habia manifestado; como que antes de salir de Roma, preguntado por monseñor di Pietro, secretario de la comision de cardenales encargados de examinar si se podia ó no jurar odio á la monarquía y á la anarquía, Su Santidad declaró que semejante juramento era ilícito.

Los napolitanos libertaron á Roma, que cayó de nuevo en poder de los franceses después de la batalla de Terni. Enton-

ces se estrechó mas y mas á los eclesiásticos para que prestaran el indicado juramento. Los primeros á quienes se instó fueron los profesores de las dos universidades de la *Sapienza* y del *Colegio romano*, á fin de que sirviesen de ejemplo á sus compañeros; pero algunos profesores del *Colegio romano* y muchos mas de la *Sapienza*, no dejándose intimidar por las amenazas, ni seducir por las promesas, rehusaron prestarlo.

Con todo, el Papa, para evitar persecuciones y desórdenes, propuso otra fórmula de juramento, que en el fondo estaba conforme con las prescripciones del gobierno democrático, diferenciando de las mismas tan solo en las palabras. Con ella no se ofendia la religion ni se atacaba la conciencia. El gobierno no la aceptó, y entonces los profesores protestaron que estaban prontos á obedecer, y para evadirse de toda clase de riesgos y evitar perjuicios, manifestaron que su oposicion habia provenido del vice-gerente de Roma monseñor Buoni. En esto el prefecto de estudios escribió al prelado una carta en la que exponia que en virtud de las instrucciones que por segunda vez habia dado á los profesores, estos habian prestado el juramento, y que probablemente se solicitaria permiso de declarar los motivos que hubo para obrar de este modo á fin de publicarlos. En efecto así sucedió mas tarde.

Previendo Pio VI las funestas consecuencias que podian resultar de ese hecho, trató de aplicar sin tardanza al mal el oportuno remedio. En consecuencia expidió en el acto á monseñor Buoni un enérgico breve, que para darle mas fuerza, suscribió de puño propio. En él demostraba su sorpresa por lo ocurrido, y manifestaba que los profesores del *Colegio romano* habian incurrido en error por fundarse en una instruccion que no provenia de la autoridad del Padre Santo. Mandaba igualmente que se les escribiese que en virtud de la santa obediencia que debian á su obispo, jefe de la Iglesia, se abstuviesen de aumentar el escándalo con publicar sus pretendidas justificaciones. Mas á causa de la dificultad de las comunicaciones, el breve llegó cuando ya aquellas se habian publicado.

Los profesores apelaron del breve, que al fin les enseñó monseñor Buoni, á Pio VI para que dictase personalmente la resolucion oportuna. El comisionado que enviaron á la Cartuja

halló en Pio VI la misma firmeza que por espacio de tantos siglos ha sido la principal dote de la santa Iglesia.

El profesor comisionado explicó, ó mejor quiso explicar, el comportamiento de sus compañeros. Puso luego en manos del Papa una solicitud en la que todos ellos exponían que habían incurrido en error por efecto de una mala inteligencia respecto á las instrucciones de monseñor Buoni, y le pedían que adoptase una resolución para reparar el escándalo que habían dado. La respuesta definitiva dada á ese comisionado, á quien el Papa no quiso oír, respuesta que le trasmitió el nuncio de Florencia, monseñor Odescalchi, estaba conforme con todo cuanto se había decretado, prescrito y formulado en el breve.

Seis de dichos profesores convencidos de su error, enviaron su retractación. Otros prestaron el juramento, pero con restricciones que los nuevos magistrados no admitieron, y no costó mucho al Padre Santo persuadir á esos profesores que era necesario que se retractasen so pena de ser excluidos de la comunión de los fieles (1).

Creyendo el Directorio que el Papa se hallaba mas cerca de Roma de lo que convenia, instó al gran duque de Toscana para que le hiciese salir de sus Estados. En consecuencia el gran duque concertó con su hermano, el emperador de Alemania, los medios de asegurar al Papa un asilo en los alrededores de Viena, en la abadía de los benedictinos de Molck, cuando vino á interrumpir la realizacion de este proyecto un nuevo rompimiento entre los austriacos y los franceses.

Entonces Reinhard, agente del Directorio, presentóse al gran duque para rogarle que escogitase otros medios á fin de alejar á tan *peligroso huésped*. El príncipe tuvo valor para contestarle en estos términos: «Yo no deseé tener al Papa en mis Estados, sino que por el contrario hubiera querido que permaneciese en Roma. Vosotros me lo habeis traído aquí sin avisármelo, y si ahora es preciso que salga de Toscana, dictaré las órdenes oportunas para que se verifique su marcha. Pero

(1) Todos estos pormenores están sacados de la última parte del tomo XVI de Novaes, pág. 138 y siguientes.

el cuidado de su traslación corresponde á la Francia , pues yo no tendré la crueldad de despedir ni de intimar á ese buen anciano que deje la Cartuja. » Asi fué como Fernando III, que conocía perfectamente las leyes de la hospitalidad y los derechos de un Estado independiente , se evadió de participar al Papa que debía marcharse.

El Directorio propuso enviarlo á Cerdeña. Dos de sus individuos , los que mas odio profesaban á Pio VI , esperaban que allí se le olvidaria á causa de la dificultad de las comunicaciones con Roma. Reinhard se opuso á ello, alegando que los buques ingleses se llevarian al Papa , y le libertarian de su cautiverio.

Fernando no tardó en ser expulsado de sus dominios por efecto de las vicisitudes de la guerra. A los dos dias , esto es, el 27 de marzo, comunicóse al Papa la orden de marchar. Hacía un año y diez y siete dias que se hallaba en Toscana.

Para enterarse de los pormenores de su viaje , es indispensable recurrir á Novaes.

En Bolonia , Pio VI se hospedó en el palacio del colegio de España , á donde se trasladó al punto el cardenal arzobispo. El Papa pidió que se le permitiera descansar algunas horas en dicha ciudad ; pero no se accedió á sus deseos. Mas bien que bajarle por la escalera , que era angosta , se le arrastró hasta el carruaje. Todos los circunstantes derramaban lágrimas, incluso los soldados que debian escoltarle. Condújosele sucesivamente á Módena y á Parma.

M. Mangin , edecan del general Gauthier , tuvo la delicadeza de hacer lo posible para disminuir la fatiga del viaje á Pio VI , quien para demostrarle su reconocimiento, mandó comprar y regaló á ese oficial un caballo de mucho precio.

El rey Fernando I, duque de Parma , deseaba visitar al Papa , á quien pasó á ver , reproduciéndose en esta entrevista la dolorosa escena que tuvo lugar cuando la de Su Santidad con el rey de Cerdeña. El duque de Parma consiguió que se le permitiera tener algunos dias á su lado al ilustre huésped ; mas el 15 de abril compareció un nuevo comisionado francés con orden del Directorio para que el Papa se pusiese inmediatamente en camino , pues se temia que algunos húsares

austriacos que se habian acercado á Parma intentasen llevárselo.

Nada contestó Pio VI á la intimacion del comisionado. Los médicos manifestaron que nadie, fuese amigo ó enemigo, podia hacer trasladar al Papa, cuyas fuerzas no le permitian moverse, y á quien era preciso dejar que terminase sus dias en Parma. Para cerciorarse de si era verdad lo que se le decia, de que el cuerpo del Papa estaba cubierto de llagas, el comisionado separó bruscamente las sábanas de su cama, y pudo convencerse de que no se le engañaba (1). Aparentando entonces estar convencido de la necesidad de esperar, manifestó que si se le daban quinientos luises (2), iria á París en persona para persuadir al Directorio que dejase al Papa en Parma. Entregósele la expresada cantidad, y el Papa esperaba que se mitigaría el rigor de su suerte (3), cuando al cabo de cuatro dias volvió el comisionado, diciendo que no podia cumplir su promesa, y que habia de llevarse al Papa muerto ó vivo; mas no habló de reintegrar los quinientos luises que habia recibido.

El Pontífice se negaba á marchar, cuando se le manifestó que si no se iba, los republicanos desahogarian su cólera contra el duque de Parma, contra su familia, y contra sus Estados. Entonces respondió: «Partamos, pues, ya que es forzoso. Pero es menester que se nos lleve, pues no podemos dar un solo paso.»

Pio VI ni siquiera sabia el nombre de los puntos en que hacia alto; mas sin embargo, en todas partes el pueblo acudia presuroso á verle, y esto bastaba para que conociese que eran católicos los territorios que atravesaba. Ni una sola queja salia de los labios del perseguido Pontífice.

Al llegar á Turin, creyó que habia llegado ya al término

(1) El cardenal Pacca es de opinion que esta escena tuvo lugar en la Cartuja. En mi «Historia de Pio VII,» he adoptado el parecer de dicho cardenal; mas parece que su eminencia se equivocó, pues el hecho de que se trata ocurrió en Parma, segun lo afirma el abad Baldassari, que fué testigo ocular del mismo, en su «Historia de la Expulsion, tom. I, pág. 417.»

(2) Novaes, XVI, 2.^a parte, 152.

(3) Eso era sin duda un lazo. Decíase que el Papa traía consigo ocultas algunas riquezas, pero quinientos luises no son por cierto un tesoro. Mas tarde se supo que el duque de Parma los habia facilitado.

de su viaje , pero al oír que el comandante mandaba todavía seguir adelante, dijo: «¡Hágase la voluntad de Dios! Vamos tranquilos donde quieran conducirnos.»

Condújose al Papa hasta su carruaje , y todo estaba ya dispuesto para la marcha , cuando fué menester aguardar al comandante de la escolta , hácia el cual se tuvieron miramientos que se negaban al Padre Santo.

Habia que atravesar el horrible monte Ginebra , cuyo aspecto llenaba de espanto á toda la comitiva del Papa , que era el único que se mantenía tranquilo. Dirigiéndose á las personas que le rodeaban , dijo : «Sentimos mucho dejar á veinte leguas de distancia el monte de San Bernardo. No ignorais que en el siglo x, el gentil hombre saboyardo, Bernardo de Menton, fundó en él un hospicio, en el cual los canónigos de san Agustín admiten gratuitamente á los viajeros por espacio de tres dias. Esos religiosos en épocas de nieblas y tempestades , van en busca de los viajeros al oír sus gritos y sus lamentos , y los conducen al hospicio muertos de miedo y de frío. Algunos perros acostumbrados á vivir en esa benéfica soledad , vagan en todas direcciones , y con sus ladridos reaniman la esperanza de las personas que se extravían , y que muchas veces quedan como sepultadas entre la nieve que cubre esos espantosos sitios , y sirven de guías hasta el hospicio á las que se hallan en el caso de poder andar. Esos venerables religiosos hacen continuamente por la humanidad lo que un padre afectuoso en favor de sus hijos ; y no dudo que hoy dia habrían hecho conmigo con gran cariño lo que los hijos deben hacer por sus padres. Nos, hubiéramos conversado agradablemente con ellos , acariciado sus perros , y pedido por fin que se nos hiciese continuar nuestro penoso viaje hasta Brianzon.»

El Papa costeaba sin quejarse senderos casi inaccesibles. Los oficiales piemonteses que le escoltaban ofrecieron varias veces sus ropas al anciano para que se preservase del frío, pero él les contestaba con celestial calma : «Nada sufrimos. La mano del Señor nos guarda en medio de tantas desgracias. ¡Vamos, queridos hijos, vamos, queridos amigos, ánimo! Pongamos en Dios toda nuestra confianza.» El mismo Papa , que en Roma habia sido llevado en triunfo en la *sedia gestatoria* y

que había visto á sus piés los emperadores y los reyes, mostrábase tan grande al atravesar los hórridos desiertos, como en el momento de celebrarse brillantes fiestas en el templo de San Pedro.

Un nuevo espectáculo vino á interrumpir y á endulzar los sufrimientos del Papa. De todas partes acudían montañeses pidiendo su bendición, que les daba gozoso con su mano medio helada.

La primera ciudad de Francia en que entró el cautivo Papa, fué Brianzon, en la cual se le hizo permanecer por espacio de cincuenta días. El soberano del Vaticano y del Quirinal vióse reducido á habitar allí solo tres malos cuartos, y á comer y conversar en la misma sala en que se celebraba misa. Y en medio de tan continuos sufrimientos la infeliz víctima no profería ni una sola queja.

El comisionado del Directorio habria encerrado al Papa en la ciudadela á no faltar en ella las puertas y las ventanas, pero le colocó en una casa malísima, impidiéndole comunicarse con nadie, de modo que el infeliz anciano no tenia mas consuelo que su resignación á la voluntad divina.

Desde que estuvo enfermo en Florencia, Pio VI no pudo celebrar misa, pero la oía todos los días, teniendo la dicha de saber que al mismo tiempo que él hacían otro tanto algunos buenos católicos desde el pié de las ventanas de su estancia.

Todavía esperaban al Papa otros sufrimientos mas amargos. Acusóse á sus criados de estar en secreta inteligencia con los enemigos de la Francia, y de haber circulado planos de fortalezas, cual si fuesen capaces de levantarlos. No podia darse suposición mas absurda ni perversa. Privóse en el acto al Papa de la mayor parte de sus criados, no quedándole mas que tres ó cuatro que se consideraba eran incapaces de conspirar. Al ver esto, el Papa exclamó: «Estamos dispuestos á sacrificarnos antes que ver alejadas de nuestro lado las únicas personas dignas de nuestra confianza, y sin las cuales no podemos estar, pues nos son indispensables sus servicios.» Y en seguida, á pesar de hallarse en un indecible estado de parálisis, tuvo valor para levantarse en ademán de marcharse antes que consentir en quedar solo.

Pero todo fué inútil. Apenas habia un mes que Caracciolo, Spina, Marotti, Baldassari y otros se hallaban en Brianzon, cuando hubo orden de trasladarlos á Grenoble. El ayuntamiento de dicha ciudad se interesó para que se dejase en paz al Sumo Pontífice y á los acusados de tramar una conspiración imposible. Todos los despotismos presentan el mismo carácter, siendo todavía mas odioso el que proviene de la soberanía del pueblo, pues con frecuencia se distingue por una brutal hipocresía que ataca el culto de la justicia y de la virtud. Falto Pio VI de criados, que mas bien eran sus amigos, buscó consuelos en la oracion. Algunos hombres de ánimo duro y perverso, quisieron visitar al Papa esperando hallarle oprimido bajo el peso de sus infortunios, pero al par que los verdaderos católicos, manifestaron públicamente que en el Vicario de Jesucristo todo era sobrenatural y admirable.

Habian trascurrido ya veinte y cinco dias desde que el Papa se hallaba en Brianzon, y entretanto la guerra se habia extendido á las fronteras de la Francia. Queriendo el Directorio tener mas léjos á su prisionero, mandó trasladarle á Valence ó al Delfinado; pero los médicos manifestaron unánimes que el enfermo no se hallaba en disposicion de soportar un viaje por corto que fuese. Al saber los prelados deportados en Brianzon lo que pasaba, rogaron al gobernador de la plaza que suspendiese la traslacion del Papa hasta que estuviese construido un carruaje que á su costa le mandarian hacer, con todas las comodidades posibles, á fin de hacerle mas llevadero el camino; pero el comisionado del poder ejecutivo cerca de la administracion central, manifestó que no podia consentir el menor retardo, añadiendo: «El Papa saldrá al momento muerto ó vivo.»

Colocóse al desgraciado Pontífice en una mala silla de posta, en la cual entró tambien su confesor el P. Pedro de Plasencia, ocupando los criados un carruaje de igual clase.

Pio VI salió de Brianzon el 27 de junio con direccion á Grenoble, en donde esperaba ver á sus amigos. El camino que debia recorrer estaba lleno de gente que con el mas respetuoso silencio esperaba verle pasar, y que al distinguírle prorumpia en grandes aclamaciones, pidiendo con el mas vivo fervor su santa bendicion.

El Papa pasó la noche del día de su partida en Saint Crispin sin que Embrun pudiera tener el honor de dar hospitalidad al Sumo Pontífice y el gusto de recibir su bendición. El mismo día el Papa se detuvo en Savines, en una verdadera choza. Madama de Savines no pudo conseguir que se le permitiese hospedar al Papa en su palacio, concediéndosele tan solo enviarle un sofá para que pudiese descansar. A poco tiempo llegaron de Grenoble los carruajes en los cuales habria podido el Papa emprender su viaje, á no ser la inhumana impaciencia del comisionado de los Altos Alpes, á quien maldecia todo el mundo hasta sus guardias y sus oficiales. Solo el Pontífice decia que el comisario cumplia con su deber.

A pesar de las amenazas hechas por algunos mal aconsejados, la entrada del Papa en Gap fué un verdadero triunfo. La gente se agolpaba al rededor de su carruaje, al cual subió dos veces para besarle los piés la esposa de un comandante de la escolta (1). Tres dias permaneció Pio VI en dicha ciudad eminentemente católica, y que no parecia pertenecer á los asesinos del rey que habian usurpado el poder en Francia.

No era por consideracion que se retardaba el llevar al Papa á su destino, sino porque se queria dar á entender á los habitantes del Delfinado que no pasaria mas adelante. A pesar de todo, cuando al cabo de tres dias prosiguióse el viaje, casi todo el Delfinado abandonó sus casas para diseminarse por los puntos que habia de atravesar Pio VI. No obstante el calor y la mala voluntad de algunos maires, el ilustre prisionero, aunque llevado como un criminal, parecia un soberano á quien hubiera bastado proferir una sola palabra para libertarse de sus verdugos.

El 2 de julio el Padre Santo llegó á Cors, el 3 á Lamur, y el 5 á Vizille. La señora de este lugar habia acudido desde Grenoble para hospedar al Papa en su palacio, y todo el mundo aplaudia su comportamiento y le daba mil parabienes. Un colono, calvinista de Ginebra, quedó atónito al ver al Papa, y

(1) Durante el viaje de Pio VI ni una sola mujer se mostró insensible á sus desgracias, ni aun las protestantes.

mientras el pueblo se adelantaba presuroso á besarle los piés, aquel contemplaba este religioso homenaje, exclamando: « Pero, ¡cuánta serenidad, cuánto valor brillan en el rostro de ese augusto anciano; cuánta bondad, cuánta virtud demuestra! » La gente instó al colono para que se acercara al Papa, pero respondió: « No me es permitido tener el honor de tributarle mis homenajes. »

Barrüel ha observado que en la época de la revolucion francesa Dios permitió que los protestantes de varios países se mostrasen muy sensibles y muy generosos en favor del clero y de la religion católica.

Mas aun que Gap, si es posible, Grenoble se distinguió por la acogida que dió al Padre Santo el dia 6 de julio. A pesar de que se procuró que llegase por la noche para evitar la afluencia de gente, los habitantes de Grenoble salieron á recibirle hasta mas de una legua de distancia, y formados en dos hileras, se hincaron de rodillas al descubrir los carruajes. La entrada del Papa fué en realidad mas bien la de un vencedor que la de un prisionero.

La mariscala de Vaux tuvo el honor de hospedar al Papa en su casa, satisfaciendo para conseguirlo una considerable suma. Las autoridades mandaron cerrar las puertas de Grenoble para que la gente del campo no tomara parte en el contento universal, pero no pudieron impedir que los habitantes de la ciudad acudiesen en tropel durante todo el dia á pedir la bendicion al Papa.

El comisionado, que era hombre de carácter áspero y que obedecia á ciegas, trató de hacer cerrar las ventanas y de mandar al Papa que no se moviese de su sofá; mas se le hizo comprender que iba á contraer una gran responsabilidad. « ¡Qué haceis, se le dijo, si estalla un motin, vais á ser su víctima, y si escapais con vida protegido por algunos compasivos católicos, podrá suceder muy bien que vuestro gobierno os reprehenda, os destituya y os castigue con rigor por vuestro excesivo celo, y que quizás os condene á muerte. »

Consultando su propio interés, el comisionado rogó al Papa que se mostrase al pueblo, que cubria las calles y ocupaba las ventanas y los tejados. Al verle prorumpio en tan estre-

pitosos aplausos que al cabo de un rato le indicó con dulzura que callase, retirándose en seguida.

Durante el viaje hubo momentos de vivo desasosiego, pues como las tropas impedían al pueblo adelantarse de un modo brusco, el pueblo se arrojó sobre algunos soldados llegando á desarmarlos. Las tropas acudieron al amparo del Papa, quien haciendo detener la comitiva, habló al pueblo y á los soldados restableciendo entre ellos la paz.

Cinco dias permaneció el Papa en Grenoble, en donde las principales señoras regalaban á los guardias y á los oficiales para poder penetrar en la habitacion del Papa, y pidieron permiso para servir á los prelados si no se les concedia asistir al Papa.

El Padre Santo encontró en Grenoble á sus prelados, cuyo regreso era debido á los buenos oficios del embajador de España D. Pedro de Labrador, enviado del rey católico cerca del infeliz Pontífice para aliviar sus sufrimientos.

Hemos visto los sucesos ocurridos el dia de la entrada del Papa en Grenoble, y es imposible describir el entusiasmo que posteriormente excitó su presencia, y que no bastaban á sofocar las autoridades. Los soldados y los oficiales de la escolta no podian contenerse delante del comisionado y del comandante de hablar de la amabilidad del Sumo Pontífice, y decian que los miramientos que se le tenian eran debidos á una fuerza superior y á un impulso mas fuerte que todas las órdenes que se expidieran de París. Las cosas llegaron hasta tal punto que los oficiales y los soldados, antes de entrar de servicio, querian besar los piés al Papa. Unos le presentaban anillos para que los bendijese, otros medallas, estos solicitaban con empeño indulgencias y gracias espirituales para sus madres y para sus hermanas, no atreviéndose á pedir las para sí; aquellos deseaban ser bendecidos á solas. A todo esto el Papa se sonreía y contestaba en francés, accediendo gustoso á exigencias que eran para él muy agradables. Hizo mas todavía, y fué conceder á sus prelados las facultades necesarias para consolar á las almas piadosas.

En esa época ocurrió un hecho especial que bastaba á convencer al Directorio de cuán sobrehumano era el poder que

creyó le sería dable menospreciar. Sujetóse á la resolución del Papa una cuestión religiosa suscitada en la diócesis de París, y la decidió en términos que acreditaban su firmeza y sus conocimientos en materias eclesiásticas.

El 10 julio, día en que el comisionado determinó que el Papa saliese de Grenoble, el pueblo, entre el cual veíanse protestantes, inundó el camino, dando nuevas pruebas de su afecto y veneración hácia el Sumo Pontífice. En el momento en que el carruaje empezaba á andar desembarazadamente, llegó una mujer viuda á juzgar por su traje, con dos hijas suyas, las cuales deseosas de besar los piés al Papa corrían tras el carruaje gritando: «Escuchadnos, somos católicas, apostólicas romanas, no nos rechaceis.» Pio VI observó la insistencia de esas mujeres, pero no se atrevió á pedir que se hiciese parar el carruaje; mas al detenerse para descansar un poco, hizo comparecer á su presencia á esas mujeres, á las cuales enjugó la frente y las colmó de elogios y de bendiciones por su ardiente fe.

A mas distancia salieron al encuentro del Papa grupos de niñas vestidas de blanco y derramando flores á su paso, siendo preciso á menudo contenerlas de precipitarse sobre el carruaje para besar la mano que las bendecía.

Al llegar al departamento del Droma los gendarmes de la escolta se mostraron en extremo complacientes: siempre que el pueblo lo quería, permitían con consentimiento del Papa que se detuviese el carruaje, y hasta decían al pueblo: «Miradle bien, es el que va vestido de blanco y ocupa la derecha.» A pesar del gran calor que hacia, Pio VI mandó tener descubierto el carruaje. Algunos de esos *imprudentes* gendarmes, segun expresion de Pio VI, mandaban á la gente que se quitase el sombrero.

En los confines del departamento del Droma, un ayuntamiento salió en masa al encuentro de Su Santidad, á quien dirigió respetuosamente la palabra como en otro tiempo al rey de Francia. Bernis dijo bien: «*No se arrancan fácilmente de los corazones y de los ánimos de un gran reino las profundas raíces de la religion.*» La nación se separaba del gobierno, y por lo tanto este habia de sucumbir.

El Directorio habia tomado en Valence sus medidas, enviando á dicha ciudad algunos hombres de París conocidos por sus malos instintos. El 14 de julio, dia de funesta memoria, la administracion central publicó un decreto declarando al Papa prisionero de Estado. En efecto, Pio VI quedó reducido á este triste extremo. Las puertas de la fortaleza en que se hallaba, solo se abrian para el servicio indispensable. Los centinelas tenian siempre fija la vista en los terraplenes para que no se formaran grupos de paisanos. Unicamente se permitia al Pontífice, como un favor especial, dar un paseo por un jardin, á donde se le conducia en un carrito de cuatro ruedas, pues la parálisis habia invadido sus brazos y sus piernas.

La mayor satisfaccion para el Sumo Pontífice era ser visitado por Labrador, embajador del rey de España Carlos IV. Al verle su rostro se animaba, pues ese jóven representante le tenia una profunda veneracion en la que se reflejaba el espíritu católico que en todos tiempos ha distinguido á la nacion española.

Aumentaba de dia en dia el rigor con que era tratado el Papa, de tal modo que los moradores de Valence no podian menos de reprobalo. A pesar de las terminantes órdenes que habia para no dejar acercar á nadie al Sumo Pontífice, algunas personas conseguian verle (1). El Papa se hallaba en tal estado que su vida no podia durar mucho; pues la parálisis habia ganado tanto terreno en su extenuado cuerpo, que apenas podia recibir alimento.

Labrador y Marotti dijeron al Papa en cierta ocasion que admiraban su valor, y que la época mas notable de su célebre pontificado seria sin duda la de sus sufrimientos y de su cautiverio, á lo cual Pio VI respondió: «Sea en buen hora; pero

(1) Una de las personas que con mas frecuencia visitaba á Pio VI, era madama Championnet, madre del general en jefe que el 20 de enero último se habia apoderado de Nápoles. Dicha señora facilitó muebles al Papa, entre otros un cuadro de gran precio que representaba á Nuestro Señor, el cual fué colocado al pié de la cama de Pio VI. Todo era permitido á esa señora, que aunque no pertenecia á una clase elevada, era una de las mas distinguidas de la ciudad por sus limosnas, su generosidad, y por todas aquellas prendas propias de quien se halla animado de un verdadero espíritu religioso. La patria de Championnet ha elevado una estátua á esa señora.

lo que nos aflige en extremo es ver dispersos y perseguidos á los cardenales. ¿Qué es en la actualidad de nuestra pobre Roma que tanto hemos querido? ¿Qué es de nuestro estimado pueblo? ¿Qué será de la Iglesia de Dios que tan agitada y destrozada hemos dejado?»

En todas las provincias de Francia y en la Europa entera no se hablaba de otra cosa que del duro cautiverio en que gemia Pío VI, y de sus opresores, de quienés se decia que al trasportarle de destierro en destierro y de ciudad en ciudad, se proponian envilecer el culto católico en la persona de su jefe, y degradarle por decirlo así, haciéndole sufrir tantos martirios y cargándole de tantas cadenas. Pero, lo repetimos, el representante de Jesucristo no era tan grande en el trono del Vaticano, rodeado de esplendor, como en medio de sus desgracias.

El ilustre cautivo no podia inspirar ninguna inquietud en su prision de Valence, pues la Provenza y el Delfinado estaban libres de todo riesgo; pero creyendo el Directorio que el Pontífice moriria si emprendia un nuevo viaje, dispuso que se le trasladara á Dijon. Quizás se esperaba tambien que no podria soportar un cambio de clima pasando á otro mas frio que el de la Provenza. El Sumo Pontífice debia costear los gastos del viaje, lo cual no le hubiera sido posible á no auxiliarle Labrador, que como hemos dicho, le ofreció varias veces dinero por encargo de su corte y de varios católicos. Dióse orden de no detenerse en Lion, ciudad eminentemente religiosa. «Lion, como decia Pío VII, es una de las ciudades que empuñan con mas fuerza el estandarte de Jesucristo.»

Esta medida causó gran pesar á Pío VI, quien dijo á sus prelados: «¡Con qué es verdad que tampoco se nos deja estar tranquilo aquí, y que no se nos permite morir en nuestro encierro! Ya que el Directorio no está todavía satisfecho, que nos cargue de cadenas si aun recela de un anciano que no puede escapársele; pero que al menos le permita acabar tranquilamente las pocas horas de vida que le quedan.»

Los administradores de Valence procuraron conseguir que el Pontífice se quedase en esta ciudad; pero todo fué en vano. Mas las órdenes del Directorio no llegaron á cumplirse, pues fué absolutamente imposible trasportar al Papa, cuya situa-

cion se habia agravado tanto que no hubiera sido dable llevarle siquiera hasta la distancia de cuatro pasos fuera de la fortaleza.

Antes de salir de Roma, Pio VI entregó su testamento á su confesor el P. Fantini. Llevado á Valence ocupóse tan solo en mantener viva su fe, en hacer esfuerzos para resignarse y en ejercicios piadosos prácticos, de modo que cada dia que trascurre se hallaba mas preparado para pasar á la otra vida. Recitaba con fervor las letanías de la Virgen María, cuya imágen besaba, así como las de algunos santos de su particular devocion.

Todas las tardes rezaba el rosario con las personas de su comitiva, y no contento con emplear el poco tiempo que le quedaba despues de sus ocupaciones en fervientes preces, por la noche recitaba salmos aplicables á su situacion. El comisionado no olvidaba que habia de trasladarle á Dijon, y cuando se iba á verificarlo, la parálisis le invadió los intestinos, dándole sin esperanzas de vida.

El 13 de agosto, temerosos los jefes de las tropas de que estallara una revuelta, suplicaron al Papa que se manifestase al pueblo, y el Papa con mas buena voluntad que fuerzas, se hizo conducir en brazos al balcon de su cuarto, cubierto de las vestiduras pontificias, y apareciendo al pueblo, le dijo con voz clara: *Ecce homo*, y le dió su bendiccion por la vez postrera.

A las cinco de la tarde del 19 de agosto se apoderó del enfermo un continuo vómito, de modo que ni siquiera tuvo fuerzas para servirse de la campanilla que tenia al lado de su cama. Acudieron sus criados y le hallaron sin conocimiento. Al recobrarlo, preguntó por su confesor, y se dispuso á recibir el sagrado Viático, queriendo que le levantasen y que le colocaran en su silla.

En presencia de todos los sacerdotes que se hallaban en su compañía, hizo la profesion de fe católica romana que acostumbra pronunciar los Sumos Pontífices al acercarse su última hora. Monseñor Caracciolo la recitaba y el Papa le seguía, y se afirmaba en ella poniendo una mano sobre su corazon y la otra sobre los Evangelios.

Antes de recibir el sagrado Viático, suplicó á Dios *que res-*

tituyese á Roma la cátedra de san Pedro, y á la Francia la religion, la prosperidad y la paz. Al acercársele monseñor Spina para darle la comunión, preguntóle si perdonaba á sus enemigos. El Sumo Pontífice alzó los ojos al cielo, contempló el crucifijo que tenia en la mano, y respondió: « *De todo nuestro corazon.* » En efecto, los perdonó siempre, los bendijo al entrar en el territorio francés, y los perdonaba de nuevo al salir de este mundo para ir á una mansion en que no turbarian su reposo las pasadas amargas.

En la mañana del 28 recibió la Extremauncion. Despues de haber dispuesto su alma para la muerte, otorgó un codicilo para demostrar su gratitud á los compañeros de su cautiverio y á sus fieles criados, confirmó su testamento, cuya ejecucion encomendó á monseñor Spina, y alargando la mano á los circunstantes se la estrechó á todos sin proferir palabra.

Despues de haber el Padre Santo pagado, en cuanto le permitia su estado de prisionero, la deuda de gratitud á sus buenos servidores, ofreció nuevamente á Dios el sacrificio de su vida, y demostró en sus tiernas oraciones jaculatorias sus deseos de reunirse con el Criador. A cada instante repetia los versículos de los salmos propios para sostener la esperanza y la fe.

Al amanecer el dia 27, bendijo gran número de rosarios, de crucifijos y de imágenes sagradas que de todas partes le habian enviado.

El dia 28, hácia el mediodía, su enfermedad tomó un carácter alarmante, pues le sobrecogieron espasmos y convulsiones. Quiso ver otra vez á los compañeros de sus sufrimientos y de sus peligros; llamólos todos á su lado, y los abrazó uno tras otro del modo mejor que pudo. Todos se postraron llorando, y el Papa les dió su bendicion con toda la efusion de su alma. Preciso es repetir aquí los nombres de los compañeros del Papa. Eran el camariengo monseñor Caracciolo, que salió con él de Roma, monseñor Spina, declarado por Su Santidad arzobispo de Corinto en la Cartuja de Florencia, y consagrado ante él; Marotti, secretario nombrado en el momento de ser expulsado Su Santidad; el P. Gerónimo Fantini, de la órden de la Merced, antiguo confesor del Papa, y el

P. Juan Pedro de Plasencia, menor reformado y su capellan despues de su salida de Roma, ambos secularizados durante el viaje; y finalmente el abad Baldassari, secretario de monseñor Caracciolo.

El Papa entró luego en la agonía, y recibió la bendicion pontificia que se acostumbra dar en el artículo de la muerte, falleciendo á la una y media de la noche del 28 al 29 de agosto, dia de San Agustin, á la edad de ochenta y un años, ocho meses y dos dias, despues de un pontificado (el mas largo de todos excepto el de San Pedro,) de veinte y cuatro años, seis meses y catorce dias.

Pío VI era admirable por sus virtudes, y un príncipe generoso y magnánimo digno de mejor suerte.

Voy á consignar el relato que Picot hace de la muerte de Pío VI.

«Pío VI murió el 29 de agosto de 1799.

«Durante las seis semanas que estuvo en Valence, se le custodió rigurosamente, y tratado como un prisionero en la ciudadela de dicha ciudad, solo se le permitía hablar delante de testigos (1). Sus únicos consuelos eran la oracion, las lecturas piadosas y la compañía de las personas que participaban de su desgracia (2).

«Labrador, embajador de España, le prodigaba asiduos cuidados, á que daba gran valor el estado de aislamiento en que se hallaba (3). El Sumo Pontífice, cuyas dolencias iban siempre en aumento, y á quien tantos viajes y pesares habian contribuido á alterar la salud, esperaba acabar en Valence una vida cuyo término era inminente, cuando el Directorio mandó el 4 de agosto trasladarle á Dijon, á su costa, y con orden de no detenerse en Lion. ¿Cómo explicar tan obstinado encarnizamiento?

«Pero no fué posible cumplir lo dispuesto por haber llegado al último punto los males del Papa, cuyo cuerpo quedó pa-

(1) Historia eclesiástica del siglo, XVIII, III, 352.

(2) El relato de Picot difiere en algunos puntos del que he dado; pero ofrece pormenores que no se hallan en el mio.

(3) Tengo una gran satisfaccion al ver que todos los historiadores hacen justicia á Labrador.

ralítico de las extremidades inferiores. El 19 de agosto le sobrevino un vómito y perdió el conocimiento. Vuelto en sí, llamó á su confesor y se dispuso á recibir los últimos sacramentos, para los cuales mucho tiempo habia que estaba preparado. Tantos sufrimientos físicos y morales acabaron de depurar su piadosa alma.

« El 27 de agosto monseñor Spina le administró los últimos sacramentos. Mandóse poner los ornamentos pontificios, y quiso que se le bajase de la cama.

« Hizo su profesion de fe, rogó por la Iglesia, y declaró que perdonaba á sus enemigos.

« El 28 recibió la Extremauncion, dando nuevas pruebas de sus piadosos sentimientos; ordenó un codicilo en favor de las personas de su comitiva, les dió su bendicion, despidióse tiernamente de ellas, hízose recitar las preces de los agonizantes, que tambien él rezaba, y por último, falleció tranquilamente el 29 de agosto á la una y veinte y cinco minutos de la madrugada.

« Así terminó su vida este virtuoso Papa tan combatido por los reveses de la fortuna, sucesivamente expuesto á sufrir por parte de algunos monarcas y de bárbaros republicanos, siendo siempre un modelo de mansedumbre, de valor y de resignacion.

« Este fué despues de muchos siglos, el primer ejemplo de un Papa muerto en el destierro (1).

« Pio VI creó setenta y dos cardenales. »

En los fastos de esta historia se hallan los nombres y los principales actos de esos miembros del sacro colegio.

Encumbrado al trono en tiempos borrascosos, Pio VI desplegó en el gobierno cualidades que no desmintió nunca, manifestando ser hombre de elevadas miras y estar dotado de una rara mansedumbre, y de angelical dulzura, y al mismo tiempo de un vigor de espíritu capaz de resistir al vértigo que durante su pontificado se apoderó de casi toda la Europa.

Las generaciones venideras admirarán la lenta y cruel

(1) Es preciso recordar que san Gregorio VII murió desterrado en Nápoles.

muerte de Pio VI, quien la soportó con una resignacion verdaderamente cristiana. A ella precedió una dolorosa agonía, pues Pio VI bebió de continuo á grandes sorbos el cáliz de la amargura, y por todas partes le agobió la adversidad desde su exaltacion al trono hasta el último instante de su vida. Tan larga série de males, de infortunios y de calamidades eternizará el nombre de Pio VI en los anales del cristianismo. Hasta sus enemigos han confesado que fué *grande* en el trono, *mas grande* aun fuera de él, y *muy grande* por la gloria que mereció en el cielo (1).

Una vez embalsamado su cuerpo, colocóse en una caja de plomo, y púsose á su lado una bolsa con algunas monedas de plata, acuñadas durante su pontificado, un duro, medio duro, dos *papetti* y un *grosso*. Metióse la caja de plomo dentro de otra de madera que fué trasladada luego á la capilla del gobierno.

Los prelados rogaron al Directorio que permitiese trasladar el cadáver á Roma para satisfacer los deseos manifestados por el Papa antes de morir. Para evitar recriminaciones, se colocó en la caja mortuoria esta inscripcion: «Cuerpo de Pio VI, soberano pontífice. Rogad por él.» El Directorio negó el permiso que se le pedia, el cual dió mas adelante el cónsul Bonaparte.

Hé aquí el epitafio latino compuesto por Marotti, el cual se encerró en un tubo de plomo, escapando de este modo á la vigilancia del comisionado:

HIC SITVS EST

PIVS SEXTVS PONTIFEX MAXIMVS

OLIM IOANNES ANGELVS BRASCHIVS CÆSENNAS

VI DIVTERNITATE PONTIFICATUS

CÆTEROS OMNES PONTIFICES PRÆTERGRESSVS

(1) Este fué el elogio que en pocas palabras se hizo de él en París despues de su muerte: «Pius VI, in sede MAGNUS, ex sede MAIOR, in coelo MAXIMUS.» (Novaes XVI, 2.^a parte, 186.) En la traduccion de M. de la Couture (nota, pág. 553), se lee que el abad de Bolonia, modificando felizmente estas palabras, proponia para el monumento de Pio VI el siguiente epitafio:

PIO SEXTO SUMMO PONTIFICI

SEDE MAGNVS VIRTUTE MAIOR MORTE MAXIMUS.

ECCLESIAM REXIT ANN. XXIV MENSES VI DIES XIV.

DECESSIT SANCTISSIMEV ALENTE

DIE XXIX AVGVSTI ANNO MDCCXCIX

IN ARCE IN QVA OBSES GALLORVM CVSTODIEBATVR

DVM ANNOS AGERET LXXXI MENSES VIII DIES II.

VIR ADMIRANDA ANIMI FIRMITATE

IN LABORIBVS MAXIMIS PERFERENDIS

CLARISSIMVS.

«Aquí reposa Pio VI, soberano pontífice, llamado anteriormente Juan Angel Braschi de Cesena. Su pontificado fué más largo que el de los demás pontífices. Gobernó la Iglesia veinte y cuatro años, seis meses y catorce días, y murió el 29 de agosto de 1799 en la ciudadela de Valence, en donde la Francia le tenía como en rehenes. Contaba entonces la edad de 81 años, ocho meses y diez días. Distinguióse por la fortaleza de alma con que sobrellevó los mas grandes trabajos.»

Los prelados celebraron la ceremonia de los *novendiali*, pero con motivo de las circunstancias, *ad uso d' poveri*, «á estilo de pobre (1).»

De su antiguo esplendor solo quedaron á Pio VI algunas prendas de ropa, que legó á sus criados; mas las autoridades de Valence declararon de propiedad nacional tan insignificantes restos, lo cual motivó que Labrador hiciese presente que tan estemporánea codicia era indigna de la galantería y de la generosidad de la Francia.

Mas adelante al pasar el general Bonaparte por Valence á su vuelta de Egipto, se le presentó Spina, quien obtuvo la promesa de que se restituirian las prendas de ropa legadas por el Papa á sus criados.

Ascendido el general á cónsul el 9 de noviembre, publicó un decreto declarando que el Directorio se propuso oprimir y humillar al anciano y respetable pontífice, que por sus infortunios y la elevada dignidad de que se hallaba revestido, tenía derecho á los mas explícitos testimonios de la considera-

(1) Novaes, XVI, 2.^a parte, 191.

cion pública. El 28 de noviembre mandó que se tributasen á Pio VI nuevas honras fúnebres, despues de las cuales sus cenizas se depositaron en la capilla de la ciudadela en donde estuvieron antiguamente sepultados los santos mártires Felix, Fortunato y Aquiles, enviados á Valence por san Ireneo, obispo de Lion, para predicar el Evangelio.

La noticia de la muerte de Pio VI produjo mucha sensacion en todas partes, y todas las ciudades libres celebraron sus funerales. En Lóndres, cuyo gobierno hacia doscientos setenta años que se hallaba separado de la Iglesia latina, monseñor Erskine celebró públicamente sus funerales en la iglesia de San Patricio, dando la absolucion tres obispos franceses y el de Waterford en presencia del arzobispo de Narbona y de otros once obispos franceses refugiados en Inglaterra. Lo mismo se hizo en San Petersburgo, Varsovia, Viena, Madrid y Lisboa, y por punto general, en las capitales de los reinos de Europa libres del poder del Directorio.

Novaes habla de varias obras históricas referentes á Pio VI, y á propósito de las *Memorias históricas y filosóficas* (1), cita á Jauffret, quien se expresa acerca de ellas en los siguientes términos: «¿Qué confianza puede inspirar un acusador tan apasionado, un republicano entusiasta, un enemigo jurado de los reyes y de los pueblos, un escritor, etc.?» Y en seguida, Novaes continúa (2): «Si este es el autor á quien generalmente se atribuye este libro, no es de extrañar que haya desempeñado tan bien la tarea que se impuso. Con todo, parece imposible que hasta tal punto haya denigrado la memoria de Pio VI que tanta confianza le habia dispensado, que le encargó el exámen de un asunto en extremo importante. El pueblo romano le acusó de no haberse portado como debia, y le obligó á abandonar á Roma que tanto le gustaba y en la cual habia permanecido muchos años.»

Jacinto Ferrari publicó en Milan la vida de Pio VI. Tavanti dice en su tomo primero, pág. 222, que está escrita sin critica

(1) La «Biografía universal» atribuye esta obra á un plenipotenciario francés.

(2) Novaes, 2.^a parte, 219.

ni discernimiento, y que faltan en ella los sucesos mas importantes. Existe otra impresa con el título de *Historia imparcial del pontificado de Pio VI Braschi, reinante en la actualidad* (1), la cual es un agregado de insustancialidades, de hechos falsos y de diatribas contra la religion.

Imprimióse en Aviñon una *Historia civil política y religiosa de Pio VI, compuesta en vista de documentos auténticos, por un católico romano, Aviñon, 1801*. Es una obra verídica y concienzuda, de estilo claro y preciso y muy interesante.

Una de las vidas de que mas aprecio se hace, es la publicada por Francisco Becattini con el título de *Storia di Pio VI Pont. ott. MASS* (2). Becattini escribió anteriormente la historia de muchos soberanos de nuestros tiempos. Novaes asegura haber sacado mucho partido de esa preciosa é imparcial obra, que contiene infinidad de documentos importantes, algunos de los cuales se mencionan en esta.

En Padua publicóse en latin la vida de Pio VI, con el título de *Vita Pii VI, pont. max., auctore Joh. Baptispta Ferrari, in seminario patavino studiorum prefecto; Patav., typis semin. 1802 in 4.º* «Vida de Pio VI, soberano pontífice, por Juan Bautista Ferrari, prefecto de estudios en el seminario de Padua, en la imprenta del seminario, Padua, 1802, en 4.º»

Ferrari era un antiguo miembro de la Compañía de Jesus, muy reputado como escritor. Su obra mereció los elogios de los hombres de gusto, y los buenos católicos tienen que aprender en ella.

No podemos pasar por alto la vida de Pio VI publicada en Florencia por el doctor Juan Bautista Tavanti, con el título: *Fasti del S. P. Pio VI, con note critiche, documenti autentici, e rami allegorici; Italia, 1804, in 4.º, 3 volumi*. «Fastos del soberano pontífice Pio VI, con notas críticas, documentos auténticos, y láminas alegóricas; Italia, 1804, 3 tomos en 4.º»

Novaes debe mucho á esta obra que le ha servido de guía y de auxilio. Dicha vida está enriquecida con documentos, en

(1) Poschiavo, año VI de la república francesa, y primero de la república cisalpina, esto es, 1797; en 8.º

(2) Venecia, Antonio Zatta, 1801, 4 tomos en 12.º

especial con los referentes á las desavenencias entre Pio VI y José II respecto á las reformas eclesiásticas, y á la correspondencia con la Francia con motivo de los cambios decretados por sus asambleas. En esa historia campea una ingenuidad admirable. Sus editores han sido descuidados en la impresion de nombres propios, los cuales con frecuencia se hallan escritos incorrectamente.

En los tomos 11 y 12 de la *Historia de la Iglesia*, por el baron Henrion, se hallan interesantes pormenores acerca del pontificado de Pio VI, sacados de las mejores fuentes, y se descubre un verdadero espíritu religioso en la narracion de los hechos y en las reflexiones que los acompañan.

El abad Marchand, bachiller de la Sorbona y cura párroco de San Hipólito de la diócesis de Lisieux, publicó en 1800, en Lóndres, un *Resúmen histórico de la vida y del pontificado de Pio VI*. Ese respetable sacerdote se propuso contestar las apasionadas aserciones del autor de las *Memorias históricas y filosóficas*; y lo hizo con acierto, con energía y con elegancia. La obra se compone de once cartas dirigidas á un amigo del autor.

Voy á mencionar algunas otras obras referentes á Pio VI, á saber:

1.^a Elogio histórico-político del soberano pontífice Pio VI; Roma, 1799, en 8.^o

2.^a Elogio histórico de la vida de Pio VI; Venecia, Zatta, 1799, en 8.^o

3.^a Breve compendio de la vida y de los actos de Pio VI, Venecia, Gatti.

4.^a Vida y fastos de Pio VI; Milan, 1800.

5.^a Quinquenales para la salud de Pio VI, compuestos en estilo lapidario por el P. Enrique San Clemente, religioso camaldulense, y publicados cada cinco años durante el pontificado de Pio VI, por monseñor Fabricio Locatelli.

6.^a *Viaggio del Peregrino apostólico, Roma*, 1799, escrito por uno de los personajes que acompañaron al Papa hasta Valence.

7.^a Las Memorias del abad de Hesmivy D'Auribeau, etc... 1794, 1795, 1796, 1800, 1801, 1814.

8.^a *Los Mártires de la fe*, por el abad Aimé Guillon, es una obra completa acerca de los últimos momentos de Pio VI.

9.^a *Vita Pii VI*, por Antonio Nodari, Padua, 1840. Esta obra contiene además un resúmen de la vida de Pio VII, de Leon XII, de Pio VIII y de Gregorio XVI, y está escrita en un latín admirable en que brilla el talento de Nodari. Voy á transcribir algunos de sus pasajes, en los cuales Nodari consigna fielmente las mismas palabras de Pio VI, cuando en el momento de morir pedia á Dios que los pontífices pudieran volver á Roma y que se restableciese la religion en Francia.

«VI cal., sanctissimum viaticum adfertur; quod ut proximum suscepit, altiore qua potuit voce... Domine Jesu Christe, ecce tibi vicarius tuus, catholicique gregis pastor extorris, captivus, ac lubenter moriens pro ovibus suis. A te, clementissimo parente ac magistro meo, duo hæc ad extremum precor et opto. Unum, ut inimicis hostibusque meis singulis et universis veniam amplissimam des; alterum, ut Petri cathedralis propriumque solium Romæ, Europæ pacem, et Galliarum præsertim, mihi carissimæ semperque de christiana Ecclesia optime meritæ, tuam religionem restituas inintegrum.»

Hé aquí la traduccion fiel de este pasaje:

«El VI de las calendas de agosto (28 de agosto), se le presenta el sagrado Viático, y al verle exclama con fuerte acento: «Señor mio Jesucristo, hé aquí á tu vicario y al pastor del rebaño católico, desterrado, cautivo y muriendo por sus ovejas. En tal apuro, te dirijo dos súplicas, oh padre clementísimo y señor mio. La primera para que concedas amplio perdón á mis adversarios y enemigos; la segunda para que restituyas á Roma la cátedra y el trono de Pedro, á la Europa la paz, y la religion á la Francia, que tanto he amado, y que tantos méritos tiene contraidos ante la Iglesia cristiana.»

Nodari termina en los siguientes términos el relato de los sufrimientos de Pio VI: «Valentiæ ad Rhodanum, francici quinqueviratus obses, exausto guttatim omnium amaritudinum calice, liber ad cælestem coronam evolavit. Vix nunciata pontificis morte, tota civitas Valentina conqueri, in lacrymas ire, et ex omni agro concursare multitudo immensa. Una vox omnium quæ Pium VI vere martyrem ac sanctum prædicabat.»

«En Valence del Ródano el cautivo del quinquevirato fran-

«cés, despues de haber bebido gota á gota el cáliz de la amara»,
 «gura, voló libre á la celestial morada. Apenas se supo la
 «muerte del Sumo Pontifice, la ciudad de Valence prorumpió
 «en suspiros y en lágrimas. Un gentío inmenso acudió á ella
 «de los alrededores de la misma, y todos proclamaban unánimes
 «como verdadero santo y mártir á Pio VI.»

En este pasaje se hace completa justicia á los habitantes de Valence, y se destruyen las calumnias que se les dirigieron. Los que en su nombre hablaron para agravar los sufrimientos del Papa, eran en su mayor parte extranjeros. Los sentimientos de los moradores de Valence y de sus alrededores eran muy distintos. Con las sencillas y tiernas exclamaciones que se oían por las calles, se tributaba á Pio VI el mismo homenaje que él, como soberano y dispensador de las recompensas divinas, rindió en otro tiempo á la madre de Jacobo I y á Luis XVI.

Aparecieron sucesivamente otras obras en que se describen las virtudes de Pio VI. Novaes hizo su elogio, de modo que la última parte de la *Historia general de los Papas* que debemos á ese individuo de la Compañía de Jesus, no es por cierto la menos importante de su excelente obra.

Antes de concluir de hablar de Pio VI he de referir un hecho poco conocido, el cual llama hoy dia la atencion en Roma. Me refiero á una obra política de Nicolás Spedalieri, á quien he mencionado al tratar de los pantanos Pontinos.

Nicolás Spedalieri, nacido en Bronté de Sicilia en 1740, y educado en un seminario de Monreal, solicitó en él una cátedra de filosofía y teología. En la tesis que sostuvo para ingresar en órdenes sagradas, emitió opiniones que censuraron sus superiores y que fueron sometidas á la revision de las autoridades del Vaticano. El P. Ricchieri, que la practicó, dió un dictámen favorable al autor, á quien se instó para que pasase á Roma. Esto acontecia en época en que las obras llamadas filosóficas alcanzaban gran boga en Europa. Spedalieri era demasiado instruido para no ser razonable; pero su conciencia rechazaba los absurdos de los novadores (1).

(1) Angelis, «Biog. univ.», XLIII, 265.

A fin de armonizar la filosofía con la religion, deseaba ponerlas ambas en contacto, y queria probar que los derechos del hombre tales como acababan de proclamarse en Francia, se hallaban establecidos en el Evangelio, cuyos dogmas le parecian mas que suficientes para fundar la sociedad sobre las bases de la igualdad y de la justicia. Empeñado en esa tarea, el autor acometia las mas delicadas cuestiones sin retroceder ante las inicuas teorías que procuraba justificar por medio de la doctrina de santo Tomás de Aquino. Únicamente reconocia el derecho de destronar un tirano á falta de otro recurso, y esto con grandes restricciones, y sin disimular ninguno de los peligros que trae consigo un remedio tan violento.

En el decurso de su tratado, Spedalieri se detiene en explanaciones para deducir que las ideas religiosas son el mas fuerte apoyo de los cuerpos políticos; que entre todas las creencias, la religion revelada es la única capaz de fijar el destino y de hacer la felicidad de los pueblos, y que el medio mas eficaz para contener las revoluciones seria realzar al trono y al altar. Esa obra, cuyo objeto es conciliar las antiguas ideas con las nuevas, no satisfizo á nadie: las conciencias justamente timoratas se asustaron en vista de las innumerables concesiones hechas al espíritu del siglo; los filósofos rechazaron á un escritor que al mismo tiempo que participaba de sus delirios, se apoyaba en la verdad de los milagros, y que predicaba la necesidad del poder eclesiástico y la infabilidad de la Iglesia romana. En tanto, las universidades de Padua y Pavía felicitaban á Spedalieri, mientras que su obra, repudiada en la mayor parte de los Estados italianos, le habia creado infinitos enemigos, que la combatian hasta en Roma, en donde se reprobaba unánimemente la heterogénea mezcla que se veia en ella de pensamientos que pugnaban entre sí. Spedalieri compuso otros tratados menos eclécticos, en los cuales defendia la religion. Sus amigos le presentaron al Papa ocupado entonces seriamente en mejorar los pantanos Pontinos, acerca de cuya empresa Spedalieri compuso tambien algunos escritos ensalzándola, lo cual le valió proteccion y un canonicato en la basilica Vaticana, no obstante una constitucion de Leon X que prescribia que semejante cargo solo debia

proveerse en romanos. En esa época Spedalieri contrajo honrosa intimidad con el Sumo Pontífice. A la misma se refiere un proyecto de hacer lo posible para entrar en un arreglo con la Francia, sin reconocer las tendencias de las revoluciones de aquellos tiempos, ni las de los hombres que querían destruir á todo trance las instituciones de su país, careciendo de los materiales necesarios para reconstruir el edificio derribado.

Por aquel tiempo, ó sea en 1791, se imprimió en Assis la obra de Spedalieri, titulada *De' dritti dell' uomo; libri VI* (1).

Dos motivos nos impulsan á hablar de esta notable composición: 1.º El haberse asegurado que Pío VI leyó el manuscrito de dicha obra, haciendo en él algunas modificaciones de acuerdo con Gerdil, creado cardenal en 1777.

Todos estos hechos son probables, pero no están justificados, y mas bien creo, atendido lo que me ha manifestado monseñor Nicolai, continuador de la obra de Spedalieri sobre los pantanos Pontinos, que el gobierno pontificio, siguiendo el parecer de Gerdil, *dejó hacer* esperando un buen resultado de esta especie de transacción con el enemigo.

2.º Hoy día se dice que ese proyecto de conciliación ocupa en Roma á algunas personas, y que en consecuencia la obra de Spedalieri se verá mas que nunca apreciada ó tratada con rigor. Como el abad Vicente Palmieri, uno de los mas recientes antagonistas de esa obra, es genovés, se añade que vamos á presenciar una lucha entre la escuela genovesa, sostenida por príncipes de Italia, y la nueva doctrina siciliana, defendida en Roma por los desterrados vueltos á su patria gracias á la clemencia del magnánimo Pío VI. En todo esto hay mucha vaguedad; si la lucha que se nos vaticina estalla, indudablemente gustarán ambos bandos hallar aquí en pocas páginas el análisis de la obra de Spedalieri, que se supone patrocinada por Pío VI, y cuyas proposiciones se asegura que han adoptado algunos publicistas de la capital del mundo cristiano.

Nos concretaremos á examinar la esencia de la obra, abs-

(1) Se trata circunstanciadamente de esta obra en la «Biografía de los hombres ilustres de Sicilia,» tomo II; Nápoles, 1818.

teniéndonos de referirnos á las dos escuelas como se las llama. Por medio de este exámen nos proponemos probar al poder pontificio, el cual ha de juzgar en definitiva, que se le quiere, que se le sirve, que se comprende la embarazosa situacion en que pasajeramente se halla, y que no se duda que al fin se pondrán de acuerdo las diversas opiniones, tanto mas cuanto todas ellas se hallan alguna vez reflejadas en parte en la obra de Spedalieri.

Por lo dicho se ve que mientras me ocupo de una cuestion de actualidad, no olvido mis deberes de historiador hácia Pío VI, quien, segun se cree, compuso algunas bellas é interesantes páginas religiosas de la expresada obra.

La fuerza de las cosas produjo nuevos acontecimientos: el emperador Fernando, el mas poderoso de los príncipes de Italia, publicó una amnistía, y su noble ejemplo fué imitado. Desde entonces cada príncipe defenderá lo que es justo guardar, sacrificando empero lo que se puede conceder sin riesgo de los justos derechos.

No se ha de celebrar ya la paz como en 1791 con un gobierno democrático, tirano, incrédulo, orgulloso y acostumbrado á no doblegarse en lo mas mínimo; la razon domina hoy dia, y las *tres grandes potencias*, que en su sabiduría solo pueden desear el bien, lo buscarán, lo encontrarán y lo procurarán á todos aquellos que en una y otra parte de los Alpes habrán fundado mejor sus derechos, los cuales me guardaré muy bien de prejuzgar en este momento (1).

En el primer tomo de su obra, Spedalieri se pronuncia por el partido llamado de la libertad; en el segundo demuestra sentir la supresion de las órdenes religiosas. Esto ha dado lugar á creer que habia dos Spedalieri. Los publicistas delirantes quieren el triunfo exclusivo de la doctrina contenida en el primer tomo, prescindiendo casi por completo de la religion; los hombres sensatos quieren la religion y algunas ligeras reformas, y propenden á la doctrina contraria á las violentas

(1) Me valgo de la edicion de los « Diritti dell'uomo » de Venecia, 1797, publicada por Giacomo Storti, obra que ha tenido la bondad de prestarme M. Lenormant, única persona que la posee en París.

supresiones de órdenes religiosas hechas en Francia en varias épocas.

Spedalieri se ha equivocado al creer que se hallaba en el caso de contestar á todo el mundo, olvidando que tambien otros han escrito. Pero no difiramos el dar á conocer su obra.

En la página 8.^a del prefacio se leen estas palabras:

«Olvidaré en cierto modo que soy cristiano, y dejaré aparte la persuasion que tengo de la divinidad de la revelacion, limitándome á considerarla bajo el punto de vista político, para ver si tambien aprovecha al hombre en los negocios temporales. Como en toda obra es preciso filosofar, procuraré que no haya oscuridad ni confusion en las ideas capitales; no daré por cierto sino lo que se halle probado hasta la evidencia; y daré á todas las materias el orden y el enlace propios para arrastrar la inteligencia y convencerla forzosamente. No emplearé la autoridad, ni menos la elocuencia; puesto que la autoridad no constituye prueba en cierta clase de verdades, y que la elocuencia puede persuadir el error (1).

«Quiero convencer; quiero que el lector no se dé por vencido sino en aquellos momentos en que seria un delirio ó depravacion el resistir. Hé aquí el programa de toda la obra.

«El principal objeto de estas investigaciones es hallar el medio de conservar en la sociedad los *derechos del hombre*, y por lo tanto es preciso conocerlos. Establezco el principio de que el hombre tiende á su felicidad, y doy una idea del contrato social y de la organizacion de la sociedad. Refuto falsos principios que conducen al despotismo, y por consecuencia forzosa á la destruccion de los *derechos del hombre*: en una palabra, doy un resúmen de derecho natural.

«Investigo los medios que la prevision humana quiere hallar en el fondo de la sociedad civil para asegurar al individuo el ejercicio de sus derechos y la felicidad, que proviene del mismo. Demuestro los defectos de que puede adolecer semejante prevision, y concluyo que la sociedad que se apoya exclusivamente en bases naturales no puede ser sólida. De esto trata en el segundo libro.

(1) Juan Jacobo Rousseau es una prueba de ello.

« En mi sistema, supongo á los hombres sin opiniones religiosas; mas como en el estado de sociedad el pensamiento los ha de arrastrar al fin mas allá del mundo visible é inclinar á creer en la existencia de Dios ó al ateísmo, demuestro que la falta de religion despoja á la sociedad de los débiles recursos de que puede valerse, convirtiéndolos en vanos y absurdos. Este punto lo desenvuelvo en el libro tercero.

« Al tratarse de religion, se hace referencia á la natural ó á la revelada. ¿ Cual de las dos ha de servir de base para constituir una nacion? Evidencio que el deísmo ofrece auxilios que en la apariencia son eficaces para conservar los derechos naturales, pero que en el fondo es incapaz de cumplir lo que promete. El deísmo es el delirio mas peligroso de nuestros dias, porque alimenta ilusiones y conduce infaliblemente al ateísmo. Tal es el análisis que hago en el libro cuarto.

« El cristianismo promete y cumple lo que el deísmo ofrece. La doctrina de Nuestro Señor facilita á la sociedad civil seguros medios para refrenar las pasiones y promover el bien social. En el libro quinto trato de estos puntos.

« Si infinitos pueblos cristianos están expuestos á innumerables males, es porque ha desaparecido de ellos la religion cristiana. De esto me ocupo en el libro sexto y último. »

Vamos á extraer de esta obra en pocas palabras las doctrinas que por lo osadas, oportunas y por otras causas merezcan llamar la atencion del lector. No acompañaremos con reflexiones cada cita, pues seria improba tarea. Con todo indicaremos, poseidos de cierta impresion de espanto, la doctrina por decirlo así *fayetista*, expuesta casi al principio del libro primero (1).

« El hombre tiene el derecho de emplear la fuerza siempre que sea necesario para defenderse ó reconquistar sus derechos. »

Los soberanos tienen tres atribuciones, á saber: *juzgar, decretar y ejecutar* (2). »

Detengámonos en este importante pasaje (3). El autor que

(1) Tom. I, pág. 52.

(2) Pág. 177.

(3) Pág. 257.

dijo *no daré por cierto sino lo que se halle probado hasta la evidencia*, atribuye á santo Tomás de Aquino doctrinas que no son suyas. El tercer tomo del opúsculo *de Regimine Principum*, impreso con las obras de santo Tomás y al cual se refiere Spedalieri para autorizar el tiranicidio, no debe atribuirse á ese santo doctor, como lo han creído Bellarmini y el P. Labbe. Es raro que algunos publicistas poco amigos de novedades se muestren predispuestos en favor de Spedalieri; esto solo se explica teniendo en cuenta que cada cual toma de los otros lo que le place, y que algunos escritores recogen como bueno lo que otros desprecian.

Al principio del libro segundo, el autor trata del amor propio de los gobernantes, con un tono casi satírico. La definición que da del destierro es mas propia de un déspota que de un escritor que defiende los *derechos del hombre*. Los partidos que hayan incurrido en la pena de destierro, ó que puedan temerla, aplaudirán sin duda al defensor de los derechos naturales, el cual se extravía y se contradice en extremo.

« El destierro (1), dice, para quien no tiene hogar, ni bienes, ni destino, es un cambio de patria, mas no de estado; el rico y el pobre se hallan igualmente bien en todas partes. Se ama la patria cuando se saca provecho de ella; en los demás casos el patriotismo es una quimera. »

¿Y los recuerdos de la infancia, la lengua y las afecciones de familia nada son para el desterrado? Decídselo á Dante Alighieri, quien, á pesar de vivir en la estrechez, hallaba amargo el pan extranjero y penoso el subir las escaleras de la casa ajena.

Es interesante (2) el capítulo en que se establece la conexión que existe entre el ateísmo, el materialismo y el fatalismo.

« Un padre y un maestro ateos son pequeños tiranos en su situación respectiva. »

Pasemos á examinar el tomo segundo, en el cual es digno de notarse el siguiente pasaje (3):

(1) Tomo I de los «Diritti», pág. 343.

(2) Tomo I de los «Diritti», pág. 416.

(3) Libro IV, cap. IV, pág. 102.

« La generalidad de los hombres no saben leer ni escribir, y mucho menos meditar, reflexionar, analizar largas series de ideas, deducir consecuencias y formar definiciones, descubrir el sofisma, vencer las dificultades, hacer demostraciones y enlazar unos principios con otros.

« Para estas operaciones se requieren espíritus ejercitados desde la infancia y espacio para dedicarse á ellas; pero como la mayor parte de los hombres se ven precisados á trabajar sin descanso para procurarse la subsistencia, no se hallan en disposicion de entregarse á tan delicadas tareas.

« Las abstracciones del espíritu no las comprende el pueblo; las mujeres, los nobles, los plebeyos, los artistas, los artesanos, en una palabra, *todo el mundo*, exceptuando algunos genios privilegiados, vive sumido en la materia, y los conocimientos de toda clase de personas no exceden del alcance de los sentidos, de modo que por poco que se sutilice se pierden de vista las ideas, y al querer fijarlas solo se comprende lo que alcanzan los sentidos (*nel sensibile*).»

Spedalieri incurre en un grave error al atacar á Freret como uno de los santos de los tiempos actuales (1) (1791).

El publicista siciliano compuso una obra contra Freret, creyéndole autor de la titulada *Exámen crítico de los apologistas de la religion cristiana*, publicada en 1767, diez y ocho años despues de la muerte de Freret. Spedalieri se afanó en vano; pues dicha obra no la compuso Freret, sino que forma parte del cúmulo de las escritas por Holback ó por sus discípulos (2). Spedalieri estuvo mas feliz al refutar á Gibbon, á quien combatió victoriosamente.

« La Iglesia católica, dice Spedalieri, ha cuidado de reco-

(1) Pág. 138.

(2) M. Raoul-Rochette asegura que Freret no es el autor del « Exámen crítico, » y se expresa en estos términos en la « Biografía universal, » XVI, 36: « Se ignora con qué fundamento y con qué derecho, producciones impropriamente llamadas filosóficas, porque son impías, han sido atribuidas á un hombre, que ocupado constantemente en estudios graves, profesó siempre en sus escritos y prácticamente ideas muy religiosas. »

M. Estéban Quatremère, compañero mio de la Academia como M. Rochette, me ha confirmado lo expuesto por el último. M. Quatremère, « océano de ciencia, » y hombre muy piadoso, se complace en vindicar á los calumniados.

ger los cánones de los concilios, las opiniones de los Santos Padres y las respuestas dadas por los papas á las consultas de los obispos, y admitidas por todos los pastores. Los directores de las conciencias deben estudiarlo todo, y si no se sienten capaces de resolver las dificultades por sí mismos, están obligados á acudir al obispo, y este puede consultarlo con el sínodo diocesano ó con el provincial, ó implorar por un camino mas corto el auxilio de la Sede apostólica (1). Esa disciplina, además de que facilita la práctica, sirve para conservar la pureza de la moral. *¿Acaso la filosofía podria formar un plan como este?»*

En seguida (2) Spedalieri consigna brevemente algunos preceptos de Jesucristo.

« Los Evangelios, dice, son la historia de lo que ha dicho y hecho el hijo de Dios *en forma humana*, quien se esmeró en darnos á conocer á su celestial padre con mas claridad que los Profetas; reveló el Espíritu Santo y sus dones, enseñó el modo de rogar, é indicó con precision lo que Dios quiere ó reprobaba.

« Jesucristo prohibió expresamente (3) el *multiloquio*, como propio de los paganos materialistas.

« La prueba de que ordenó la concision está en la oracion dominical. »

En las páginas que vamos ha trascribir se trata de la excelencia de la religion cristiana.

« Nos limitaremos finalmente (4) á analizar la religion de Jesucristo, que hallaremos *excelente y perfecta*, bastando para demostrar su divinidad sin necesidad de otros argumentos, la forma de su gobierno. El carácter de la religion no es *local* sino *universal y cosmopolita*. Así la formó Dios, dándola como único medio de alcanzar la salvacion á que pueden aspirar todos los hombres.

« Como en la actualidad la tierra está dividida en infinitos

(1) Si realmente Pio VI ha tomado alguna parte en la composicion del tomo segundo de los Diritti, púdesele atribuir sin inconveniente este pasaje, en el que campea el buen sentido y brilla la verdad, y se descubre la erudicion práctica propia de un papa.

(2) Pág. 205.

(3) Pág. 395.

(4) Pág. 552.

reinos independientes, y gobernada por leyes diversas, según los climas y la índole de los pueblos; como todos los reinos son obra de los hombres y por lo mismo están sujetos á *instables* pasiones, *caducas* como el hombre; si Jesucristo hubiese hecho depender del poder secular el poder espiritual de su Iglesia, en breve la religion hubiese perecido destrozada, sufriendo tantas modificaciones cuantos hubiesen sido los países en que dominase. Así los hombres hubieran perdido el medio de la salvacion quedando destruida la obra de la redencion.

« Para obviar á estos inconvenientes, la sabiduría divina creó una forma de gobierno del todo independiente de los poderes seculares, pero de tal naturaleza que pudiese subsistir con todas las formas del gobierno secular, y que se bastase á sí misma para conservar el depósito de la doctrina necesaria para la salvacion, para destruir los errores, y mantener unidos y formando un solo cuerpo todos los cristianos, de tal suerte que haya entre ellos unidad de sentimientos y fraternidad completa.

« Un gobierno democrático que hubiese puesto el poder en el pueblo de los fieles, aunque *oportuno*, hubiera sido contrario á los designios de Dios. Un gobierno *aristocrático* ejercido por los obispos de modo que cada uno rigiese á su diócesis sin depender de nadie, tampoco hubiera estado conforme con las miras de la eterna sabiduría.

« En efecto, si los obispos ejerciesen en sus diócesis el poder en toda su plenitud y de un modo absoluto é incontestable, sin depender de ningun tribunal eclesiástico, la Iglesia cristiana careceria de *unidad* y habria tantas iglesias independientes como diócesis. Aun cuando con semejante organizacion el sistema de la fe pudiese mantenerse intacto, dispersos los cristianos por la tierra, no constituirian nunca una familia y jamás se amarían como hermanos. Con un gobierno de tal naturaleza no estaria seguro el *depósito de la doctrina revelada*; pues en el caso de prevaricar un obispo enseñando ó acogiendo el error, ¿ qué poder podria reconvenirle? ; Y cuán fácil no seria prevaricar no teniendo los pastores que rendir cuenta á nadie de lo que enseñasen! Por otra parte, no formando corporacion los obispos ¿ cómo podrian obrar con in-

dependencia del poder secular? ¿Cómo oponerse, cómo resistir á la fuerza y defender sus derechos contra ella?

«La aristocracia conduciría á dichos absurdos, y la democracia enjendraria otros conflictos, como es fácil comprenderlo.»

Solo la *monarquía* se acomoda á los intentos de Dios.

«Cuando en la Iglesia hay un jefe único, un pastor supremo, los fieles constituyen un verdadero *cuervo*, una verdadera *familia*, porque se hallan unidos todos en un centro comun.

«En segundo lugar, la sagrada doctrina no puede experimentar cambio, pues donde quiera que nazca el error es fácil reprimirlo por medio de la autoridad suprema que han de obedecer todos los obispos.

«En tercer lugar, formando *cuervo* todos los pastores de la Iglesia con su jefe el Pontífice romano, están sostenidos en el ejercicio de su jurisdiccion por el *cuervo*, de tal suerte que no es fácil despojarlos de la libertad é independencia que tienen como pastores libres de los rebaños que les están confiados. Si alguna vez hay que ceder á la necesidad, es seguro que el comun interés moverá á los pastores y á su jefe á revindicar el derecho divino, el cual, no está sujeto á la prescripcion y á restablecer el gobierno eclesiástico en las condiciones fijadas por la divina sabiduría. Como la jurisdiccion eclesiástica nada debe á los gobiernos seculares, ¿no es evidente que es adaptable á todas las constituciones políticas, ya sean monárquicas, ya aristocráticas, ya democráticas, sin estorbar su accion en lo mas mínimo? La jurisdiccion eclesiástica conserva siempre su forma y vigor en medio de las continuas vicisitudes de esas constituciones.»

Al hablar Spedalieri de la supresion de las órdenes regulares decretada en París en 1789 (1), se expresa en estos términos:

«Decís: ¿Qué utilidad trae mantener á tantos *holgazanes*? ¿Pero acaso los sustentais con lo vuestro? ¿Con qué derecho tratáis de impedir que cada cual gaste lo suyo en mantener á los que oran por él? Os reis: estas ideas os parecen supersti-

(1) «Diritti», pág. 621.

ciosas y pueriles y exclamáis : *¡ O quantum est in rebus inane!* « *¡ cuánta vanidad hay en todo!* » Sea en buen hora. ¿ Pero qué derecho teneis sobre las opiniones de los hombres no refiriéndose al órden social? — Deteneos, exclamáis; somos los *médicos de los locos*. — ¿ Y quién os dá derecho de cuidar las diversas *locuras* del espíritu? El charlatan, el poeta, el filósofo de nuestros tiempos, á quienes tantas personas mantienen ¿ qué os dan en cambio? ¿ Acaso producen otra cosa que *delirios* de toda clase? Y sin embargo, nadie clama contra esas plantas parásitas, que con frecuencia contaminan las costumbres y hacen bambolear los fundamentos de la sociedad. En el momento en que se cerraban los conventos, se abrían las logias de los *fracmasones*, y estos que consumen tantos recursos del pueblo en épocas en que los gobiernos están corrompidos, ¿ cuántas *locuras* no cometen? Empecemos por cuidar todas estas especies de *locura*, antes de ocuparnos de la *locura* religiosa, la cual merece mis simpatías, y yo soy dueño de mis opiniones, con tal que no perjudiquen á mis semejantes. Esto es de derecho natural, y la sociedad y el supremo imperante, léjos de prohibírmelo, están obligados á conservar mi libertad. Yo quiero ser *loco solitario*, *loco contemplativo*, así como otros quieren ser *locos charlatanes*, *locos poetas*, *locos filósofos*. ¿ Por ventura dependen de vuestro capricho mi espíritu, mis opiniones, y mis deseos? Quiero emplear mi dinero en mantener á los que *viven en la soledad* ó que se dedican á la *vida contemplativa*. ¿ Acaso no soy árbitro de gastar lo mio del modo que me plazca? Entre nosotros, unos crían perros, otros caballos, este se arruina tras de músicos y danzantes, aquel se entrega á la *crápula*. Todos tienen derecho de usar de su libertad y de sus bienes y solo se despoja á los religiosos. Sin duda habrá para lo último alguna causa *oculta* muy poderosa; esta es que los religiosos son unos *holgazanes*. ¿ Y qué son tantos voluptuosos hombres que viven en el ocio, tantos criados como pululan en las antesalas, y tantos soldados que pasan el dia entero con el fusil al brazo sin hacer nada? »

Mas adelante Spedalieri dice (1) :

(1) Pág. 630.

«Se reprueban los votos de pobreza, de castidad y de obediencia, y sin embargo Dios recomienda á los pobres, á los hombres castos, y á los que *renuncian á su voluntad*.

«Es por cierto un pensamiento nuevo contraponer al celibato de los religiosos el celibato del libertinaje (1).»

«Aquí Spedalieri adopta un estilo epigramático. Probablemente alude á las reformas de José II, pero este se arrepintió de ellas, y pidió y obtuvo el apoyo de Pío VI para apaciguar la sublevación de los Países Bajos. Spedalieri combate ingeniosamente un argumento empleado por algunos príncipes y dice:

«Algunos soberanos pretenden reducir á los sacerdotes á la pobreza en que se hallaban en los tiempos de los Apóstoles, y los pueblos, siguiendo el mismo camino, tratan de trasportar á los soberanos á la sencillez propia de los tiempos de Homero, en los cuales no siendo mas que pastores y malos cocineros enviaban á sus hijas á lavar su ropa al mar. ¿Tan sutil es este argumento que los soberanos no se aperciben del artificio de los ateos? Porque al fin son los ateos los que así atacan á las princesas.»

Hé aquí otro pasaje importante: «Desde su origen (2), la Iglesia ha proscrito los libros perjudiciales á la religion, lo cual corresponde á la jurisdicción de los obispos instituida por Dios para edificar á las almas. Los obispos tienen dicha facultad dentro de sus diócesis, y el Papa en virtud de su primacía la ejerce en toda la Iglesia. Cuando Jesucristo dijo á san Pedro: *Pace mis ovejas*, le facultó para proporcionarles pastos saludables y para apartarlas de los nocivos.»

Quizás se extrañará que Spedalieri no hable de los jesuitas, pero es de advertir que antes de terminar su obra menciona las escenas ocurridas en Portugal, Francia y España en 1759, 1762 y 1769. En esta parte los jesuitas han auxiliado al autor en la composición de su obra, en la cual se lee lo siguiente: «Jansenio proyectó (3) resucitar la doctrina que creyó habia

(1) Pág. 641.

(2) Pág. 704.

(3) «Diritti,» pág. 711.

enseñado san Agustín, para combatir la de los jesuitas que triunfaron de Baſus.»

Son dignas de consignarse las siguientes palabras relativas á los trastornos ocurridos en Suiza (1).

«En las contiendas suscitadas por Lutero y Calvino, los católicos fueron constantemente *provocados*.»

Algunos líneas mas adelante, el autor dice que el Vaticano ha proferido ante el universo entero reiteradas quejas acerca de la expulsion de los jesuitas.

Segun se ve, la obra de Spedalieri es, como ya lo he dicho, un arsenal en donde se hallan toda clase de armas. Antes de concluir transcribiremos una máxima de Spedalieri que de seguro no merecerá la aprobacion de nadie. En las últimas páginas del segundo tomo, se expresa en estos términos (2):

«Si los pueblos se rebelan por costumbre, los soberanos se convierten en tiranos por necesidad; y si los soberanos son tiranos por sistema, los pueblos se rebelan por desesperacion.»

Como en concepto de Spedalieri *todo el mundo es necio*, es de esperar que ni los soberanos ni los pueblos comprenderán la proposicion trascrita. Por otra parte, no se concibe que un pueblo que no sabe discurrir se rebele por costumbre.

El autor concluye diciendo:

«He satisfecho (3) mi corazon, he obedecido á la voz de mi conciencia; he dicho la verdad tal como la he conocido en la soledad en que vivo entregado á mí mismo; he dado á Dios lo que es de Dios, al pueblo lo que es del pueblo, y á los soberanos lo que es de los soberanos, y si he declarado la guerra á los enemigos de Dios, del pueblo y de los soberanos, ha sido imitando á aquellos generosos campeones que escribian su nombre en las flechas que lanzaban al campo enemigo. Al concluir esta obra experimento el placer inseparable de una buena accion. ¿Y qué debo temer? La persecucion de los ateos, de los masones y de los jansenistas. ¡Oh grandes obispos de Francia, dignos sucesores de los antiguos mártires, tendré

(1) «Diritti», pág. 730.

(2) Pág. 737.

(3) Pág. 738.

valor para seguir vuestros pasos? Sí, pronto estoy á seguirlos, y estoy tranquilo, pues solo tiembla el culpable.»

He creído oportuno consignar estos pormenores acerca de un libro que ha llamado mucho la atención en Roma. Es cierto que Pio VI lo protegió; mas no me atreveré á decir que tomase parte en su composición.

Creo haber llenado cumplidamente mi tarea sin haber omitido cosa alguna esencial, á pesar de que los límites de esta obra no me permiten extenderme en muchos pormenores.

Mientras vacaba la Santa Sede, cayó el Directorio. Voy á consignar algunos actos del nuevo gobierno, ó sea, del consulado. El lector que entregándose á injustas prevenciones inculpe á la Francia las iniquidades cometidas en Pio VI, recuerde los homenajes que en dicha nación se le tributaron, y se convencerá de que la opinión pública era contraria á las indignas medidas dictadas por el gobierno de entonces.

Todo gobierno desea captarse simpatías, y á este fin procura satisfacer las aspiraciones del país. Las monstruosas injusticias de que fué víctima Pio VI, exigían una reparación, y el 30 de diciembre de 1799 los cónsules de la república resolvieron lo siguiente:

EXTRACTO

de los registros de las resoluciones de los cónsules de la república.

«PARÍS, 9 DE NIVOSO DEL AÑO VIII DE LA REPÚBLICA FRANCESA, UNA É INDIVISIBLE.

«Considerando que seis meses ha que el cuerpo de Pio VI se halla depositado en la ciudad de Valence, sin habersele tributado aun los honores de la sepultura;

«Que si ese anciano, respetable por sus infortunios, fué momentáneamente enemigo de la Francia, se debió á los consejos de las personas que le rodeaban (1);

(1) Pio VI, segun hemos visto, obró siempre por sí mismo, y no tuvo nunca á su lado á personas que pudiesen seducirle. Él es el único responsable de los actos de su pontificado.

«Que la dignidad y los sentimientos de la nacion francesa exigen que se demuestre la consideracion en que se tiene á un hombre (1) que ocupó en la tierra uno de los primeros puestos ;

«Decretan :

ARTÍCULO PRIMERO.

«El ministro del interior dictará las órdenes oportunas para que se entierre el cuerpo de Pio VI con los honores debidos á su rango.

ARTÍCULO SEGUNDO.

«En el lugar de su sepultura se elevará un sencillo monumento , que corresponda á la dignidad de que se halló revestido.

«El primer cónsul ,
«BONAPARTE.»

El 2 de enero de 1800, el ministro del interior, que era Luciano Bonaparte, hermano del primer cónsul, se ocupó activamente en ejecutar lo ordenado por los cónsules , á cuyo fin se dirigió á la administracion central del departamento del Droma, y al comisario central , diciéndoles :

«Os remito, ciudadanos administradores , el decreto de los cónsules de la república en que se manda que el cuerpo de Pio VI, que se halla depositado en la ciudad de Valence , sea inhumado con toda solemnidad , elevándose un monumento sobre su tumba.

« Los considerandos consignados en el decreto bastan para daros á conocer su espíritu. El país de la libertad es hospitalario , y le basta que una institucion haya merecido ó merezca la veneracion de gran número de hombres para considerarla respetable.

«Hareis trasladar con todos los honores *militares* el cuerpo de Pio VI hasta el sitio destinado á servirle de sepultura. Las

(2) Al principio el cuerpo de Pio VI fué colocado sin ningun aparato en al antigua capilla de la ciudadela.

autoridades públicas deben formar parte del cortejo fúnebre, pues se trata de una función nacional, en la que dirigidas por vos, no dudo que sabrán hermanar las consideraciones debidas con la dignidad. Dispondeis que sobre la tumba del Pontífice se levante un sencillo monumento de marmol, y que se coloque en él esta inscripción: « *Al papa Pio VI.* »

« Para el expresado objeto os abro un crédito de 30,000 francos sobre el crédito de 10 millones asignados á mi ministerio para el año VIII, por la ley del 27 de frimario (18 de diciembre de 1799). Espero que me remitireis el diseño del monumento, y la cuenta así como el acta de la ceremonia.

« Salud y fraternidad.

« LUCIANO BONAPARTE. »

El 30 de enero se levantó el acta de la inhumacion. Héla aquí:

ACTA

*de la inhumacion del cuerpo del papa Pio VI en la ciudad de Valence,
el 10 de pluvioso del año VIII de la república.*

« El 10 de pluvioso del año VIII de la república francesa, en cumplimiento del decreto de los cónsules del 9 de nivoso, de los despachos del ministro del interior y de las disposiciones consignadas en el programa ú orden de las solemnidades que han de observarse para dar sepultura al papa Pio VI, fallecido en la ciudad de Valence el 12 de fructidor del año VIII, y de conformidad con lo determinado por la administracion central del Droma, se ha verificado la expresada sepultura observándose el orden siguiente:

« A las siete de la mañana una salva de siete cañonazos ha dado la señal de generala. A las nueve, los ciudadanos de la guardia nacional de infantería y de caballería se han presentado armados con sus respectivos jefes en la plaza de la Ciudadela, para escoltar el cortejo fúnebre y tomar parte en las solemnidades y en los honores militares que iban á verificarse con motivo de la inhumacion del difunto *Pontífice de Roma.*

« A las diez en punto las autoridades civiles y militares, en traje de ceremonia y ostentando una gasa negra, se han re-

unido en una sala del departamento para desde allí trasladarse, escoltados por un numeroso piquete de la guardia nacional y precedidos de una música, al palacio del Gobierno, en donde se hallaba colocado el cuerpo del Papa para ser conducido al lugar de su sepultura.

« Al anunciar el cañon el momento de la marcha, y habiendo ya los comisionados encargados de dirigir el entierro colocado á las autoridades en sus correspondientes puestos, el cortejo ha salido del palacio del Gobierno para trasladarse al sitio destinado á servir de sepultura al Papa, situado á algunos kilómetros de distancia, en el orden siguiente:

« Abria la marcha un piquete de caballería precedido de dos trompetas, y seguido de dos piezas de artillería, detrás de las cuales iban la música y los tambores tocando aires fúnebres.

« El cuerpo de Pio VI, encerrado en una caja de plomo, forrada de madera de encina, era conducido en un carro de forma antigua, cubierto de negro y arrastrado por ocho caballos con gualdrapas tambien negras.

« Venian luego los cuatro presidentes de las autoridades administrativas y judiciales, colocados á los lados del féretro, cubierto con paño de oro y con cintas moradas, sosteniendo cada uno de ellos una de las borlas que colgaban del mismo.

« Tras del carro mortuorio seguia á caballo el estado mayor de la guarnicion de la plaza, figurando entre sus individuos los de la comision militar extraordinaria. Venian luego dos piezas de artillería, detrás de ellas los miembros de las autoridades marchando de dos en dos, precedidos de la bandera tricolor, adornada con una gasa; y finalmente todas las personas que se habian reunido en la plaza del Gobierno para asistir al entierro. La guardia nacional y la infantería que escoltaban al cortejo, ocupaban las alas de éste llevando las armas á la funerala, cerrando la marcha un piquete de gendarmes.

« Al atravesar el cortejo fúnebre la esplanada de la Ciudadela, ha sido saludado con siete cañonazos por la artillería de la fortaleza, y con una salva de mosquetes por las tropas de infantería.

« Mientras ha durado la marcha, se han disparado cañonazos cada cinco minutos, y al pasar el acompañamiento por las

calles de la Roderie, de San Félix, de la Gran calle, por la plaza de la Libertad, por la puerta Saumiére y por los bulevares hasta el sitio llamado de Santa Catalina, destinado para sepultura de Pio VI, le han tributado los honores militares las fuerzas estacionadas en toda la carrera.

«Llegado el cortejo fúnebre al expresado sitio, ha entrado por la puerta principal, en la que se veia una lámpara sepulcral para indicar que iba á entrar un féretro, y mientras el acompañamiento se colocaba al rededor de la fosa preparada para enterrar el cuerpo del pontífice de Roma, la infantería, formada en cuadro, verificaba una descarga.

«Los comisionados encargados de los obsequios han hecho bajar del carro la caja que contenia el cuerpo de Pio VI, la cual ha sido colocada inmediatamente dentro de la fosa. Mientras se practicaba la inhumacion, una música lúgubre y análoga á este acto fúnebre completaba el carácter sombrío de que se hallaba revestido.

«A un triste silencio ha sucedido el estruendo del cañon y de una descarga de mosquetes, verificada por la infantería en el momento de desfilár delante de la fosa, lo cual ha acabado de completar el efecto producido por la ceremonia de la inhumacion.

«Dadas las órdenes oportunas para que se cerrase la sepultura en que acababa de colocarse el cadáver de Pio VI, ha sido tapada en el acto la fosa en presencia de las autoridades, de modo que los restos del Papa quedasen á cubierto de todo atentado y en seguridad completa.

«El cortejo fúnebre, escoltado por todas las tropas, ha vuelto al departamento, en donde se ha levantado y cerrado la oportuna acta, en el mes y año arriba expresados, y á hora de medio dia, suscribiéndola todas las autoridades civiles y militares presentes á la inhumacion.»

En aquella época no era dable celebrar ninguna funcion religiosa, pues hasta entonces muchos sacerdotes habian permanecido encarcelados, y en Francia, como Pio VI lo habia previsto, dicho y escrito infinitas veces, no quedaba el menor vestigio del culto católico.

Continuaremos dando algunos pormenores pertenecientes

á la época del consulado, los cuales atestiguan que el primer cónsul aprovechaba todas las ocasiones para hacerse agradable al gobierno de Pio VII, sucesor de Pio VI.

Carta del ministro del interior al prefecto del departamento del Droma,

«PARÍS 2 DE DICIEMBRE DE 1801.

«M. Spina (1) ha pedido al primer cónsul por encargo del Papa, que se le entregue para trasportarlo á Roma el cuerpo de Pio VI, enterrado en el cementerio de Valence (2), y habiendo accedido el cónsul á dicha demanda, al pasar M. Spina por Valence podreis entregarle los restos del Sumo Pontífice con todo decoro pero sin aparato.

«Os saludo,

«CHAPTAL.»

Entonces mismo Talleyrand, ministro de negocios extranjeros, escribió al prefecto del Droma lo que sigue :

«Ciudadano : M. Spina, arzobispo de Corinto, despues de cumplida la comision que se le confiara, pasa por vuestro departamento con direccion á Roma. Facilitadle todo cuanto necesite para su viaje. M. Spina ha llenado su cometido de tal modo que se ha granjeado el aprecio y la benevolencia del gobierno, alcanzando del primer cónsul que le entregase el cuerpo de Pio VI para conducirlo á Roma, por lo cual os encargo que obreis de modo, que sin desplegar aparato, se practique todo con el debido decoro.

«CH. MAUR. TALLEYRAND.»

Aquí vemos consignado el nombre de un personaje que ha figurado en esta historia, y que ha sido mencionado con pesar por Pio VI en un breve de 10 de marzo de 1791, volviendo en otra ocasion á hablar indirectamente del mismo. Hemos visto

(1) Segun se ha dicho, monseñor Spina era arzobispo de Corinto «in partibus.» Mas adelante se dará á los obispos el tratamiento de «monseñor,» al mismo tiempo que el de «majestad» al cónsul.

(2) Esto nos demuestra que el «sitio de Santa Catalina» era el cementerio de Valence.

á ese personaje intervenir en las funestas negociaciones seguidas en París por Pieracchi, agente del Papa, y como figurará todavía en el gobierno de Francia, no será esta la última vez que de él nos ocupemos. Las relaciones de ese diplomático con la Santa Sede, serán con el tiempo mas amistosas y dignas por efecto de su arrepentimiento y de la benignidad del Sumo Pontífice. En la época en que Pio VII se verá agobiado de sufrimientos, dejará de figurar, pero mas adelante suscribirá el documento, en virtud del cual, dicho Papa regresará á sus Estados, despues de infortunios tan grandes como los de su predecesor.

Raras veces ofrece la historia dos pontificados consecutivos tan rudamente atacados. Entre los dos papas no hay mas diferencia, sino que el uno sucumbe á las persecuciones, y el otro presencia como Dios descarga su brazo sobre sus ingratos perseguidores, viéndose despues respetado por todas las potencias de Europa que le abren las puertas de la capital del mundo católico. Dios no abandonará tampoco al hombre que fió mas en el mundo y en su espada, que en los principios de la religion y en las dulzuras de la paz: proscrito á su vez el guerrero, pedirá consuelos á su víctima, que se los prestará al momento, puesto que los Pontífices romanos, como se ha visto en el decurso de esta historia, se sienten siempre inclinados á amar, á conciliar los ánimos, á endulzar las amarguras, y á perdonar las ofensas, imitando en todo al Salvador que los eligió por vicarios suyos en la tierra.

Pasemos á reseñar rápidamente la vida religiosa y política de Pio VI. Son notables los hechos siguientes:

- 1.^o El comportamiento que usó con los jesuitas;
 - 2.^o Los trabajos practicados en el territorio Pontino;
 - 3.^o Su viaje á Viena;
 - 4.^o Sus relaciones con la Francia al principiar la revolucion;
 - 5.^o El tratado de Tolentino;
 - 6.^o Su heroica resignacion cuando Berthier entró en Roma;
 - 7.^o Los breves que expidió desde la Cartuja;
 - 8.^o Sus sufrimientos durante su destierro en Francia;
 - 9.^o Su muerte.
- 1.^o En 1775 observó con los jesuitas un comportamiento

benigno y prudente, y mas adelante mostróse bondadoso y hábil en los arreglos verificados á instancias de Catalina y de Federico.

2.º Segun el parecer del inteligente Prony, el Papa alcanzó gloria inmarcesible en los trabajos practicados en el territorio Pontino.

3.º El viaje del Papa á Viena fué ventajoso para la religion. El breve que dirigió al obispo de Brünn, publicado sin oposicion por parte del gabinete, redujo al consejo imperial á contentarse con las reformas iniciadas y á abandonar su prosecucion. Dejóse de atacar abiertamente la bula *Unigenitus*, y el Papa se coronó de gloria ayudando á José á restablecer su autoridad en Bélgica. José II y su ministro no fueron tan malos como ellos mismos creian.

4.º En la correspondencia que sostuvo con la Francia, el Papa es un modelo de prudencia y de templanza, de paciencia y de compasion al principio, y despues de energía para prevenir los riesgos. En ella hay tiernas súplicas, se evoca la historia, y compite con la erudicion la patética elocuencia. Si bien en la obra de Spedalieri, protegida por Pio VI, se hallan algunos principios algo revolucionarios é inadmisibles, la correspondencia que el Papa mantuvo con la Francia desde 1792 hasta 1799 destruyó su efecto, rechazando teorías de que los ambiciosos abusan siempre en todos los paises del mundo.

5.º Para cumplir el tratado de Tolentino, se sacrifican las riquezas acumuladas por Sixto V, las cuales se mantuvieron intactas por espacio de dos siglos. No bastando estas, se entregan los vasos sagrados, y la vajilla de los principales personajes. La invasion que tuvo lugar en aquella época y en las posteriores costó al gobierno pontificio mas de dos cientos millones de libras tornesas.

6.º Acércanse tropas á Roma y se publican manifiestos, y Pio VI, que no teme la traicion, entrega confiadamente su persona y su museo.

7.º En los breves expedidos por Pio VI desde su destierro, brilla la elocuencia que le distinguia. Pio VI poseia en alto grado el bello idioma latino, que tambien conocia perfectamente el jesuita Marotti. Dirígenle breves á potencias católicas

y además uno á un sectario de Mahoma que veneraba á Roma y al cautivo pontífice.

8.º Los sufrimientos que agobiaron á Pio VI desde que fué expulsado de Roma son indescriptibles. Sin embargo, no desmayó nunca, sino que por el contrario cobró ánimo al ver que en todas partes se le recibía como en triunfo, y que poblaciones enteras acudían á su encuentro para que las bendijese. Es imposible citar una por una las mujeres que en el espacio de mas de trescientas leguas salieron á recibir al Sumo Pontífice, entre las cuales figuran la mariscala de Vaux, madama de Savines, una viuda con sus dos hijas que corrían jadeando detrás del carruaje del Papa, implorando la bendición del Sumo Pontífice, y madama Championnet, madre de un general francés que se hallaba entonces en Italia.

9.º En sus últimos momentos Pio VI se mostró muy sublime.

Pio VII encargó al jesuita P. Estéban Antonio Morcelli, célebre por su estilo lapidario, que compusiese una inscripción latina para colocarla al pié del retrato del Sumo Pontífice Juan Angel Braschi: Héla aquí (1):

(1) Esta inscripción se halla también en la obra de M. de la Couture. El P. Morcelli compuso una obra titulada «Africa christiana,» «Africa cristiana,» con la cual llenó un vacío que se notaba en la historia y geografía eclesiásticas. Fué escrita en Roma, en donde se imprimió en 1816, habiéndose empezado en 1807, época en que todavía perseguían los infortunios á la Compañía de Jesus. Se compone de tres tomos, publicados por el editor Pablo Brognoli, de Brescia. En ella Morcelli describe las vicisitudes sufridas por la Iglesia africana. En el tomo primero trata el autor de la geografía y de la cronología eclesiásticas del Africa, refiriendo al mismo tiempo los sucesos eclesiásticos y profanos ocurridos en ella, y examinando sus monumentos antiguos y modernos, todo con gran acierto. Consigna las opiniones mas fundadas acerca de los hechos y los encadena con mucho orden. El estilo es ameno, á pesar de tratarse de una materia árida de suyo. La segunda parte abarca los acontecimientos políticos que han tenido lugar en ese país tan lejano entonces para nosotros. Propiamente hablando, la historia eclesiástica de Africa comienza en el año 197 de nuestra era, y concluye en el año 697, época en que los sarracenos ocuparon y devastaron esa comarca. En dicha parte se hallan infinitos hechos importantes y poco conocidos. El relato de los sufrimientos de los mártires mueve á compasión. Es digno de leerse todo lo referente á san Cipriano, á san Agustín y á la santa mártir Perpétua. La obra de Morcelli es la historia completa de la Iglesia africana, y está escrita con precisión suma,

PIVS VI PONT. MAX.

FAMÆ IMMORTALITATEM VIRTUTE MERITUS QUI BONI PRINCIPIS LAUDEM CUM PARENTIS PUBLICI GLORIA CONJUNXIT. NATUS POPULIS IMPERIO REGUNDIS ECCLESIAM IDEM CONSILIO ADMINSTRANDÆ DIVINITUS DATUS. EO AUCTORE BONÆ ARTES PER ROMANOS FINES REVIXERE. LIBERIS PLEBEIORUM ALENDIS INSTITUENDISQUE DOMUS APERTÆ INGENTES. AGRORUM TRACTUS CULTURÆ REDDITI. OTIOSORUM IGNAVIA AD OPUS MERCEDE EXCITATA. NEQUITIA PCENA COERCITA. CIVITATES COMMERCII LOCUPLETATÆ VIÆ MUNITÆ. PORTUS RESTITUTI. FLUMINUM VIS MOLIBUS OPPOSITIS DOMITA. VICI CONVENARUM FREQUENTIA AUCTI. OPIFICES PRÆMIO INVITATI. OPPIDA DIGNITATE NOBILITATA. URBS OMNI ORNAMENTORUM GENERE EXCULTA. EODEM MODERATORE ECCLESIA UNIVERSA GAVISA EST OPEM SEMPER CONSILIUMQUE EXPERTA QUOD QUÆREBAT. UNUS ILLE IMPEDENTES CALAMITATES MULTO ANTE PROVIDIT. UNUS INGRUENTIA PERICULA DEMONSTRAVIT. MAGNO IN ADVERSIS ANIMO VIM INVICTUS PERTULIT ET REGNO SPOLIATUS AUCTORITATEM NON AMISIT. UBIQUE PONTIFICATU FVNCTUS MAXIMO ET ORBI CHRISTIANO VENERABILIS. MORTE IPSA EXEMPLO FUIT HUNC ESSE PARENTIS SUMMI BEATISSIMUM EXITUM SI VITAM PRO RELIGIONE PROFUNDAT.

« Pio VI, soberano Pontífice.

« Mereció inmortal fama por su virtud, fué digno de elogios como soberano, y tuvo la gloria de ser el padre de todos. Nació destinado á regir á los pueblos, y reunió dotes propias para gobernar perfectamente la Iglesia. Bajo su mando revivieron las bellas artes en el territorio romano; abriéronse establecimientos destinados á mantener y educar á los hijos del

lo cual se debe á la costumbre que tenia el autor de manejar el estylo lapidario.

Laudable sería que algun eclesiástico de la diócesis del prelado, que con tanto celo rije hoy dia esa notable porcion de nuestras conquistas de la época de la restauracion, publicase un extracto de dicha obra, para lo cual en mi concepto es preciso conocer mucho el país. Las personas ilustradas deberían alentar á monseñor el obispo de Argel, para que estimulára á acometer tan gloriosa empresa.

pueblo; redujéronse á cultivo dilatados terrenos; estimulóse á los holgazanes al trabajo por medio de recompensas; conmináronse castigos contra los malos; las ciudades se enriquecieron en el comercio; recompusiéronse los caminos y rehabilitáronse los puertos; contúvose la fuerza de los ríos oponiéndoles fuertes diques; atrajóse á los peregrinos; halagóse á los artesanos premiándolos; dióse importancia á las ciudades; embellecióse completamente á Roma. Bajo el mismo gobierno, la Iglesia universal se goza en recibir continuos auxilios y útiles consejos. Solo él previó antes que nadie las calamidades que amenazaban; solo él indicó los riesgos que iba á correr la Iglesia. Sufrió con gran fortaleza de alma é impassibilidad toda suerte de contratiempos. Despojado de sus Estados, no por esto perdió su poder; en todas partes ejerció su suprema autoridad, y fué constantemente venerado en el universo cristiano. Su muerte misma es un brillante testimonio de que el primero de los padres alcanza un feliz fin cuando sacrifica su vida por la religion.»

Hemos trascrito con mucho gusto esta bella inscripcion del P. Morcelli. En Italia se cultiva con asiduidad la noble ciencia del estilo lapidario y nunca se prodigarán bastantes elogios á esos laudables trabajos, sobre todo cuando su objeto es ensalzar una vida tan bella como la del papa Pio VI.

Fáltanos solamente describir las medallas del pontificado que acabamos de relatar, esos testimonios de metal que presentan á nuestra vista lo que solo pudo comprender el espíritu.

Reseñaré en primer lugar las medallas de mi monetario.

1.^a PIVS SEXTUS PONT. M. « *Pio VI, soberano pontífice.* »

B) VI VOTA PVBLICA IMPLERET NOVI SACRARI VATICANI FVNDAMENTA JECIT DIE XXII SEPTEMBRIS MDCCLXXVI. « *Para cumplir los deseos del público, Pio VI puso los cimientos de la nueva sacristia Vaticana el 22 de setiembre de 1776.* »

2.^a PVERIS FVLGINATVM ALENDIS ET COERCENDIS. « *Para mantener y guardar á los hijos de los habitantes de Fuligno.* » Grandioso edificio destinado á admitir niños.

3.^a AGRO POMPTINO COLONIS REST. « *A los labradores reinstalados en los pantanos Pontinos.* » Una mujer tendida alargando la

mano izquierda, y sosteniendo en la derecha el cuerno de la abundancia. A su alrededor se ven espigas é instrumentos de labranza.

4.^a CLERO GALLIA PVLSO HOSPIT. ET ALIMENT PRÆDITA. «Hospitalidad y alimento ofrecidos al clero arrojado de Francia.» Pio VI sentado en el trono, acoje á varios sacerdotes franceses. Esta medalla es muy bella, el pensamiento que en ella domina tierno, y muy delicada y fielmente interpretado.

La descripción de las medallas que siguen las he sacado de la nomenclatura de las medallas pontificias, formada en 1824 por disposición de Leon XII (1).

1.^a DIVIS AUSPICHS. En el exergo: ANNO IVBILEI 1775. «Bajo los divinos auspicios, año del jubileo 1775.» San Pedro, san Andrés y san Pablo, escogidos por el Papa por sus protectores.

2.^a La misma inscripción. En el exergo: MDCOLXXV. El Sumo Pontífice con las vestiduras pontificias acompañado del sacro colegio y del clero abre la puerta santa.

3.^a ET CLAVSIT. «Y la cerró.» El Sumo Pontífice cierra la puerta santa con las acostumbradas solemnidades.

4.^a TVETVR ET ORNAT. «Defiende y embellece.» El gran cuartel de tropas de Civitavecchia renovado.

5.^a OPPIDANIS SERVATIS. En el exergo, OP. S. LAVR. IN. SAL. LOCVM TRANSLAT. 1777. «Abierta en un lugar mas sano para conservar la salud de los habitantes de San Lorenzo.» Se abre la grandiosa calle de la aldea de San Lorenzo el Nuevo, en un sitio saludable mas arriba de San Lorenzo el Viejo, en donde casi todo el año reinaban calenturas. Pio VI distribuyó gratuitamente habitaciones á los campesinos, y dió allí una muestra de lo que habria hecho si el estado de los pantanos Pontinos le hubiese permitido levantar la ciudad que tenia proyectada. San Lorenzo está situado en las fronteras romanas de la parte de la Toscana cerca de la ciudad de Aguapendente.

6.^a PORTORIIS SVBLATIS. «Aduanas suprimidas.» La libertad rompe las cadenas de los peajes. Pio VI suprimió muchas aduanas.

(1) Se titula: «Serie dei conii di medaglie pontificie, da Martino V fino a tutto il pontificato, della santa memoria di Pio VII; Roma, MDCCCXXIV, Poggioli, stampatore camerale.»

7.^a PVELLARVM PIARVM PARTHENON. «*Parthenon de las jóvenes piadosas.*» Vista del conservatorio Pio, cerca de San Pedro in Montorio.

8.^a PIVS VI P. M. ARCEM IN FORO GALLORVM AB VRBANO VIII EXTRVCTAM AD ECCLESIAST. IMPERII PROPVGNAVLM UNIVERSAM INSTAVRAVIT A. A. VIRGINIS PARTV CIO IO COLXXXVIII. «*En el año del nacimiento de Jesucristo 1778, Pio VI restauró completamente en barrio de los galos la ciudadela que Urbano VIII había construido para defender el Estado eclesiástico.*» Esta medalla se acuñó con motivo de las obras verificadas en el fuerte de Urbano.

9.^a OFFICINÆ PISTORIÆ CENTVMCELLARUM. «*Panaderías establecidas en Civitavecchia.*» Pio VI mandó establecer en dicha ciudad panaderías para el público.

10. FACTVS EST PRINCIPATVS SVPER HVMERVM EIVS. «*Se ha echado sobre sus hombros el Principado.*» Nuestro Señor sube al Calvario con la cruz á cuestas.

11. SACRA SOLEM FESTO DIE S. PII V. AVGVSTÆ VINDELIC. ACTA. En el exergo: PIVS VI PRÆSENTIA SVA AVXIT. MDCCLXXXII. «*Fiestas celebradas en Ausburgo de Vindelicia (1) el día de San Pio V. Pio VI las honró con su presencia en 1782.*» San Pio V se halla en el altar en actitud de dar la bendición. Estas fiestas se celebraron al pasar Pio VI por Ausburgo.

12. OBELISCVM RVINIS MAVSOLEI AVGVSTALIS A TOT SÆCVLIS OBRVTVM EFFODI, INSTAVRARI, ORNARI, ET EQUIS AD LAXANDVM FRONTIS SPATIVM IN OBLIQVVM VERSIS ERIGI IVSSIT, ANNO MDCCLXXXIII, PONT. IX. «*El obelisco del mausoleo de Augusto estaba sepultado debajo de ruinas desde muchos siglos; Pio VI mandó desenterrarlo, recomponerlo y adornarlo, y dispuso que fuese levantado por medio de caballos que tiraron oblicuamente para ganar espacio, en el año 1783, noveno del pontificado.*» Esta medalla se acuñó con motivo de los trabajos practicados para desenterrar el obelisco del mausoleo de Augusto, y colocarlo delante del palacio Quirinal entre los dos colosos y los dos caballos antiguos. El arquitecto Antinori dirigió dichos trabajos.

(1) La Vindelicia era una region de Europa llamada en tiempo de los romanos «*Rhetia secunda.*» Constituía una provincia de la Iliria occidental, y hoy día forma parte de los círculos de Snabia, Austria y Baviera, al medio día del Danubio en Alemania.

13. SACRARIVM BASIL. VATICANÆ FVNDAMENTIS EXTRVCTVM ANN. MDCCLXXXIII. «*La sacristía de la basilica Vaticana concluida en el año 1783.*» Vista de la nueva sacristía Vaticana.

14. LAVRENTIVS A BRVNDVSIO, IOANNA BONOMIA. En el exergo: BEATORVM NVMBRO ADDITI. «*Lorenzo de Brindis y Juana Bonomo, colocados en el número de los santos.*» Véanse los dos santos entre nubes. Lorenzo de Brindis, general de capuchinos, murió en Lisboa el 27 de julio de 1619. Clemente XIV aprobó sus virtudes calificándolas de heroicas. Juana María Bonomo, religiosa benedictina y abadesa del monasterio de San Gerónimo de Bassano, murió el 1.º de marzo de 1670.

15. PVERIS ET PVELL. ALIMENTATIS TIFERNAT TIBERINOR. «*Se mantiene á los jóvenes de ambos sexos de Citta di Castello.*»

16. MORIB. CASTIGAND. IVVANDIS ARTIBVS TREIENCES. «*Para corregir las costumbres y proteger las artes de los Treienses.*» Fachada de la academia y de las cárceles de Treia.

17. GYNÆCEVM PVPILLARVM FABRIANI EXCITATVM. «*Gineceo de las pupilas de Fabriano.*» Fachada del conservatorio de dicha ciudad.

18. TV DONIVS ET MAGISTER. En el exergo: EXEMPLVM DEDI VOBIS. «*Tú eres el Señor y el maestro. Yo os he dado el ejemplo.*» Nuestro Señor lavando los piés á san Pedro. Esta medalla se distribuía comunmente y desde antiguo el Jueves santo.

19. VIA ALBAN. VELIT. A. P. AD. POMPT. REST. AN. MDCCLXXXIII. «*El camino de Albano y de Veletri rehabilitado hasta los pantanos Pontinos. Año 1783.*»

20. TEMPLI SVBLAC. CONSECRATIO. «*Consagracion de la iglesia de Subiaco.*» Fachada del templo.

21. ANNONÆ P. R. LIBERTATE RESTITVTA. En el exergo: MDCCXC. «*Libertad de comercio concedida al pueblo romano. 1790.*»

La Anona, en figura de mujer, vierte trigo y espigas que lleva dentro del cuerno de la abundancia; en la mano izquierda sostiene un timon en cuyo pié se ven estas dos letras: G. H. Cerca de ella hay un carromato. Esta medalla se acuñó al abolir el Sumo Pontífice las leyes referentes á la anona, las cuales tenían disgustado al pueblo.

22. AGRO POMPTIN. REST. «*El territorio Pontino reducido á cultivo.*»

El suelo Pontino en figura de una mujer coronada de espigas, señala con la mano campos secos, y tiene á sus piés algunos vasos para indicar los nuevos canales. En la mano derecha tiene el cuerno de la abundancia, y espigas en la izquierda. Debajo de un arado se lee: G. HAM. (Juan Hamerani).

23. ANIENE NAVICLARIIS PATERE IVSSO. «*El Aniena queda destinado al comercio marítimo.*» El Aniena sentado y coronado de juncos con una urna de la cual sale agua. Mas léjos el templo de Tivoli llamado de la Sibila.

24. PORTV INSTARVATO VRBE MUNITA CENTVMCELLE. «*Reparos verificados en el puerto y en las fortificaciones de Civitavecchia.*»

25. VELINO IN NAR. TERT. EMISSO. «*El Velino unido al Nera por tercera vez.*» Las aguas de los dos ríos se confunden al desembocar el Velino en el Nera.

Fáltanos tan solo dar á conocer una medalla acuñada en Viena en 1782. Véase en ella el busto del Papa con esta inscripción:

PIVS VI PONTIFEX MAXIMVS. «*Pío VI, soberano pontífice.*» En el reverso se lee:

IOSEPHI II AVG. VINDOB. HOSPES.

A DIE IX CAL. AP. AD X CAL. MAII MDCCLXXXII.

«*Huésped en Viena del agosto emperador José II, desde el 9 de las calendas de abril hasta el 10 de las calendas de mayo de 1782 (desde el 24 de marzo hasta el 22 de abril).*»

En Nuremberg se acuñó también una medalla en honor de Pío VI.

En el anverso y al rededor del busto del Sumo Pontífice, se lee:

PAPA PIVS SEXTVS FAMA SVPER ÆTHERA NOTVS. «*El papa Pío VI cuya fama llega mas allá de las estrellas.*»

En el reverso se lee:

PEREGRINVS APOSTOLICVS VINDOBONÆ MENSE MARTIO 1782.

«*El peregrino apostólico en Viena en el mes de marzo de 1782.*»

Esta inscripción prueba que en Alemania y particularte en Nuremberg, se creía aun en las profecías malamente atri-

buidas á san Malaquías, cuya falsedad hemos demostrado al tratar de Celestino II, en las cuales se da el nombre de *peregrino apostólico* al papa que debia reinar hácia la época de Pio VI.

Vamos á recorrer las vicisitudes del pontificado de Pio VII, y sin que tratemos de anticiparnos, diremos que al principio de él ocurrieron tristes sucesos, tras de los cuales vinieron al fin otros mas felices. Vióse de pronto á Dios airado, fulminando castigos y tendiendo despues misericordioso su brazo á Roma, y auxiliándola hasta la época de un brillante pontificado, á cuya sombra debian nacer bienes ardientemente apetecidos.

La silla pontificia quedó vacante por espacio de seis meses y diez y seis dias.

255. Pio VII. 1800.

CAPÍTULO I.

Consideraciones generales acerca del pontificado de Pio VII.—Su nacimiento.—Ingresa en la órden de San Benito.—Es nombrado sucesivamente obispo de Tivoli y de Imola, y cardenal.—Guerra en Italia.—Armisticio de Bolognia entre la Santa Sede y la república francesa.

Así como la historia de épocas bonancibles y de hombres dichosos deslumbra, del mismo modo la historia de épocas funestas y de hombres desgraciados conmueve hondamente el alma. El cuadro que vamos á trazar de los inauditos pesares de un anciano é inerme Sumo Pontífice, que llegó á la prosperidad por el camino del infortunio, es quizás el único en los anales del mundo. El conquistador de la Europa persiguió á ese papa, quien desde el encierro en que gemia, triunfó de él en época en que aun ejercia su tiránico poder sobre los pueblos que habia sojuzgado.

Las vidas de Plutarco no presentan ningun espectáculo tan singular, tan admirable, y que excite tan profundas reflexio-

nes como esa lucha de la fuerza moral contra la fuerza material, y de la conciencia de un virtuoso pontífice contra la voluntad de un soldado temerario. Enlazaremos la vida de aquel con los mas notables sucesos ocurridos en la cuarta parte de un siglo tan fecundo en prodigios; hablaremos de las virtudes de ese heróico ministro de la Iglesia, que despues de un momento de debilidad, emprende un majestuoso vuelo y aparece revestido de extraordinaria fortaleza evangélica; describiremos los yerros y las arbitrariedades que cometió el capitán del siglo por haber desoido las inspiraciones de su corazon; nos ocuparemos de la organizacion que dió en Francia al culto católico para realzarlo, y veremos asomar una nueva era de restauracion religiosa, que nos consolará de los conflictos y de las escisiones que en otro tiempo abrumaron á la Iglesia. Grande es el interés que para los pueblos tienen todos esos acontecimientos: de ellos trato en esta obra.

Unas veces testigo, y actor otras en los hechos que refiero, he podido conocerlos á fondo á causa de mi posicion y de mi larga permanencia en Italia. Espero no faltar en esta historia á la verdad ni á mi patria; pues no creo que el cariño que á esta profeso, me haga olvidar el respeto debido á la justicia universal.

Si alguna vez me conmuevo al referir los pormenores de la lucha entre la religion y la guerra, que son los mas fuertes poderes del mundo, y á la vista de los sufrimientos de un virtuoso pontífice oprimido por tiránico yugo, perdóneseme, pues semejantes escenas son capaces de arrancar lágrimas hasta á os que no siguen nuestras creencias.

Bernabé Luis Chiaramonti nació en Cesena en la legacion de Forli, el 14 de agosto de 1742, y era hijo de los condes Scipion Chiaramonti y Juana Ghini. Sintióndose con vocacion para vivir en la austeridad del claustro, despues de verificar sus primeros estudios en Parma, tomó el hábito de San Benito en 20 de agosto de 1758, adoptando el nombre de Gregorio.

En 1775, época del advenimiento de Pio VI, su pariente Chiaramonti desempeñaba en Roma el cargo de lector, ó sea de profesor de teología en el colegio de San Calixto. El Papa mostrábase dispuesto á proteger la academia de nobles ecle-

siásticos establecida cerca de la iglesia de la Minerva, y el P. Chiaramonti introdujo en ella á su hermano Gregorio, quien no sintiéndose con vocacion para la carrera de la prelatura, abandonó á Roma, á lo cual debió quizás Chiaramonti que se le abriera el camino de los honores eclesiásticos, que Pio VI hubiera concedido con preferencia al conde Gregorio, pues no se hallaba dispuesto á dar importancia á los monjes.

Compadecido Pio VI de Chiaramonti, á quien se trataba muy mal en el convento, le nombró abad, sin que este título le diera autoridad alguna, como la hubiera tenido á haberle elegido los monjes. Semejante nombramiento era solo una distincion, á la cual acompañaban algunas prerogativas, como eran la de usar el anillo y la mitra, y la de tener asiento preferente en el coro, debiendo sin embargo estar sujeto al abad titular.

Tales honores irritaron mas todavía á los enemigos de Chiaramonti. Al regresar el Papa de su viaje al Austria, que le valió el dictado de *Peregrino apostólico*, oyó las defensas de su pariente contra los cargos que se le dirigian, reducidos á que demostró tener opiniones bastante libres tocante á los castigos que los superiores inferian á los profesos, cuando lo que Chiaramonti queria era que se mitigase el rigor de los mismos. Chiaramonti rechazó las calumniosas imputaciones que se le dirigieron, suponiéndole animado de espíritu de mando, y el tiempo demostró la sin razon de semejante cargo.

Su Santidad quedó prendado de Chiaramonti al ver la ingenuidad de sus contestaciones, al oír el agradable relato que hizo de su comportamiento, y al observar la moderacion y la dulzura con que combatia á sus adversarios. Su Santidad reconoció en él á un literato profundo, á un sábio veraz, á un canonista instruido y razonable, y á un monje estudioso y amigo de cumplir sus deberes.

Al cabo de algunos meses, los religiosos contrarios á Chiaramonti, entre los cuales figuraba un español que juró no dejarle nunca en reposo, se empeñaron en que se le desterrase. Estos manejos disgustaron en extremo al gobierno pontificio, pues Chiaramonti vivia tranquilamente en Roma permaneciendo casi siempre, aun en las épocas peores del año, en el con-

vento de San Pablo de las afueras, ocupado espontáneamente en cuidar su biblioteca.

Pio VI contestó con dignidad, que el perseguido monje saldría de Roma, mas para ocupar un destino que á su tiempo se participaría á la Congregacion de Obispos y regulares. En efecto, Chiaramonti fué nombrado obispo de Tivoli, de ese delicioso sitio, célebre por sus antiguos monumentos, y por el rápido despeñamiento del Anieno, cantado por Horacio.

Los detractores de Chiaramonti enmudecieron al ver que se le concedía una distincion que le ponía en camino de alcanzar la púrpura, y muchos de ellos, hasta los que mas injustos se mostraron, confesaron mas adelante que obraron mal, y procuraron congraciarse con su antiguo compañero. Explicóse el origen de las falsas acusaciones que se le dirigieron, y no se acertaba comprender cómo se les dió crédito. En estas circunstancias, Chiaramonti solo pronunció palabras de paz, de concordia y de caridad, y no permitió que los religiosos de su convento llevaran á cabo su propósito de escribirle para dárle una satisfaccion. Desde entonces terminaron con gran contentamiento del Sumo Pontífice las disensiones que turbaban la paz de la laboriosa y ejemplar órden á que Chiaramonti pertenecía.

El cardenal Bandi, tio de Pio VI y obispo de Imola, acababa de morir, y considerando el Papa que la opinion pública y especialmente el sacro colegio habian aplaudido su comportamiento hácia Chiaramonti, que á la sazón se ocupaba con rara inteligencia en organizar su diócesis, en coleccionar buenos libros, y en alentar á sus expensas y colocar en los mejores puestos á los hombres instruidos y versados en la enseñanza de la juventud, le trasladó al obispado de Imola, creándole cardenal en 14 de febrero de 1785. La distincion con que acababa de ser honrado Chiaramonti, léjos de atribuirse á nepotismo, se consideró como una merecida recompensa tributada á un prelado desinteresado y universalmente querido.

Un hecho insignificante en sí, pero digno de mencionarse, atrajo las miradas de Roma sobre Chiaramonti mientras ocupaba el obispado de Tivoli, hecho que da de él una ventajosa

idea. Habiendo el vicario del Santo Oficio de Tivoli permitido la venta de algunos libros devotos sin autorizacion de Chiaramonti, este le amenazó con el entredicho si se negaba á reconocer su autoridad como ordinario. Al ver Chiaramonti que los dominicos de Roma le hacian oposicion, acudió al Papa manifestándole que estaba dispuesto á renunciar la mitra si no se administraba cabal justicia, y el Papa mandó que se respetasen los derechos del obispo de Tivoli.

El cardenal Chiaramonti partió para su nueva residencia. En el decurso de diez años se habló constantemente de él en términos honrosos en alto grado; pregonándose su moderacion, sus caritativos sentimientos, su humildad, su madurez de juicio, y la firmeza que como obispo desplegaba en defensa de las prerogativas de su iglesia. De la última dote dió una prueba cuando el cardenal Spinelli, legado de Ferrara, pretendió injustamente ejercer jurisdiccion en territorios que sin duda alguna pertenecian al obispado de Imola. Chiaramonti declaró que quedaban rotas sus relaciones con el cardenal Spinelli, y fué menester la intervencion de algunos cardenales amigos de dichos contendientes para restablecer entre ambos la armonía, y lo consiguieron mediante darse las oportunas satisfacciones á Chiaramonti.

Entretanto la revolucion francesa conmovia á toda la Europa. Tras la destruccion casi total del antiguo órden de cosas, vinieron los crímenes; violóse el palacio real, proclamóse la república, sacrificáronse millares de víctimas, levantóse un cadalso en la plaza de Luis XV, y el hijo de Luis XVI padeció crueles martirios en un encierro. La corona pasó al hermano de Luis XVI que se hallaba en Verona, quien en 26 de junio de 1795 participó al Papa la muerte de Luis XVII.

Monseñor Hércules Consalvi que representa gran papel en esta historia, y uno de los primeros en ofrecer sus homenajes á las augustas hijas de Luis XV, refugiadas en Roma, se interesó en gran manera por Luis XVIII, quien le demostró mas tarde su gratitud de un modo que le honra. El gobierno de Pio VI contestó benévolamente á Luis XVIII, mas no ha llegado á saberse lo que le dijo. Muy luego, desoyendo los consejos de algunos cardenales, tomó indirecta-

mente una parte muy activa en el descontento que excitaban en Italia los abusos de la república francesa. Pio VI salió vencedor en todos los debates que se suscitaron con motivo de la constitucion civil del clero, defendiendo noblemente la causa de la religion, y publicando el breve dogmático *Charitas*.

En 1796 los austriacos continuaban resistiéndose á pesar de que casi siempre eran vencidos, y se veian acosados por todas partes. En esa época un jóven oriundo de una isla perteneciente á la república de Génova, y que muy luego fué cedida á la Francia, un jóven, decimos, naturalizado en esta gran nacion, por circunstancias ajenas á esta historia, alcanzó el mando de los ejércitos franceses en Italia, y recibió del Directorio, sucesor de la sanguinaria Convencion, el encargo de proclamar la libertad en toda la Península.

Ese general, cuyas victorias le habian hecho ya temible y revelaban en él un gran genio militar, emprendió á mediados de junio una expedicion contra Bolonia, amenazando invadir los Estados Pontificios para castigar, segun decia, á los que deseaban el triunfo del Austria. Engañado el Papa al ver ciertas marchas del ejército francés, cuyo objeto explicaremos detenidamente, y creyendo que iba á ser invadido el territorio llamado patrimonio de san Pedro, pidió un armisticio, que firmó en 23 de junio el general Bonaparte, general en jefe de las tropas francesas de Italia, los ciudadanos Saliceti, y Garreau, comisionados del Directorio ejecutivo, todos ellos competentemente autorizados, y M. Gnudi, plenipotenciario del Papa, interviniendo como mediador Azara, embajador de España en Róma.

Quizás el gobierno pontificio no hubiera sufrido tan pronto los males que le estaban reservados; mas era imposible preverlos, ni evitarlos. De pronto Pio VI solicitó la intervencion de Toscana, cuyo gran duque, Fernando III, á pesar de ser hermano del emperador de Alemania Francisco II, hacia tiempo estaba en paz con la república. La Francia tenia en Florencia un representante, y como Manfredini, primer ministro de Fernando, era un hombre condescendiente, se hallaba animado de sentimientos religiosos y merecia la confianza del

Papa, este le encargó que intercediera en favor de los Estados Pontificios.

Manfredini trabajaba con gran empeño para salvar á Pio VI, cuando el representante francés M. Miot dió á entender que la Toscana no se hallaba segura. Temeroso Manfredini de una invasion en Liorna, de un secuestro de las mercancías inglesas, y de la venganza del gabinete de San James, dirigióse inmediatamente á Bolonia en donde acababa de llegar Bonaparte. Al verle este, le dijo: «Retiraos: me conviene marchar al punto contra Roma por Toscana y Liorna.—Pero podeis ir á Roma sin atravesar Liorna, repuso Manfredini. ¿Es posible que molesteis á la Toscana? La posteridad os juzgará severamente. ¡Cuán engañados anduvimos al creer que tratábamos con un jóven guerrero virtuoso y magnánimo! Mi soberano se os admiró desoyendo los consejos y las reconvenciones del gabinete de Viena; el hermano ha socorrido y halagado al enemigo de su hermano, y en recompensa de tanto afecto quereis perderle.—Vamos, vamos, replicó Bonaparte al parecer calmado al oír las palabras de Manfredini, forzoso [es que pase á Roma por la Toscana, pero hé aquí un mapa; busquemos el medio de ir á Roma por dicho país sin pasar por Florencia.—Bien, dijo el ministro, fiando en las palabras de Bonaparte, fácil es; seguid el camino que os indico con el dedo. Es el que de Pistoia va á Módena, y por él podeis trasladaros á Pisa sin encontrar á Florencia. Al llegar á la *Osteria Bianca* véreis una encrucijada; uno de los caminos lleva á Roma por Poggibonsi y Siena.»

Mientras Manfredini hacia esas indicaciones en el mapa, Bonaparte ocultaba con el codo la ciudad de Liorna. Demostrado ya que se podia ir á Roma por Toscana sin atravesar Florencia, y no sospechando Manfredini que Liorna llamase la atención de Bonaparte, y creyendo conjurado ya el peligro, manifestó á su soberano que habia persuadido á Bonaparte á que marchase á Roma sin comprometer al gran duque, protector de los comerciantes ingleses que tenian ricos almacenes en Liorna.

El ejército francés emprende la marcha; su vanguardia llega á la *Osteria Bianca*, y se adelanta hácia las fronteras de los

Estados Pontificios. Roma y Liorna quedaron sorprendidas. El gobierno romano y el comercio inglés habían ocultado algunos correos cerca de la *Osteria Bianca*, y no bien hubo pasado la vanguardia del ejército francés, el correo pontificio voló á Roma á participar que iba á ser invadida. El consejo de los cardenales resolvió firmar un armisticio. El correo inglés corrió á Liorna para anunciar que el ejército francés no se dirigía á esa ciudad, y los comerciantes ingleses suspendieron en el acto el embarque de sus mercancías.

Por la tarde, se dirige á Roma el cuerpo del ejército, al día inmediato le sigue la retaguardia, compuesta casi toda de caballería ligera, y practicando una evolucion á la derecha, encaminóse de repente á Liorna.

Roma envió plenos poderes á M. Gnudi para que á todo trance firmase un armisticio, y mientras tanto el comercio inglés de Liorna perdía por valor de muchos millones gran cantidad de mercancías que se le aprehendieron y confiscaron á pesar de que la Toscana estaba en paz con la Francia.

Bonaparte ejecutó estrictamente las órdenes del Directorio, quien le habia hablado muchas veces de dirigir una expedicion á Liorna, diciéndole: «Es menester que vayais á ella por incidencia, y en el momento en que menos se os aguarde (1).» ¡Qué tiempos! ¡Qué modo de hacer la guerra!

Manfredini se quejó á Bonaparte de su comportamiento, y él en vez de contestarle, preguntóle qué significaba la cruz que llevaban en el ojal de su traje los señores toscanos. «Es la cruz, contestó Manfredini, de la orden de san Estéban, papa y mártir.—Muy bien, enviadla á mi tío el canónigo Bonaparte, á quien acabo de visitar en San Miniato, pues se la he prometido.»

Gnudi y Azara, mediador por parte de España, firmaron un funesto armisticio, cuyo contexto es como sigue:

ARTÍCULO PRIMERO.

Para dar una prueba de la deferencia que el gobierno francés tiene al rey

(1) «Correspondencia inédita, oficial y confidencial de Napoleon Bonaparte; París, 1819, en 8.^o, tom. I, pág. 149.

de España, el general en jefe y los comisarios del Directorio ejecutivo conceden á Su Santidad una suspension de armas á contar desde hoy 5 de mesidor del año IV de la república (23 de junio de 1796), hasta cinco dias despues de terminadas las negociaciones que se entablarán en París para concluir definitivamente la paz entre ambos Estados.

ARTÍCULO 2.º

El Papa enviará cuanto antes á París á su plenipotenciario para ajustar definitivamente la paz con el Directorio ejecutivo, mediante ofreeer las reparaciones necesarias por los agravios y las pérdidas que los franceses han experimentado en sus Estados, en especial por el asesinato de Basseville, cuya familia debe ser indemnizada.

ARTÍCULO 3.º

Todas las personas detenidas en los Estados del Papa por sus opiniones políticas, serán puestas inmediatamente en libertad y recobrarán sus bienes.

ARTÍCULO 4.º

Los puertos de los Estados del Papa se cerrarán para las potencias que se hallen en guerra con la república, quedando abiertos para los buques franceses.

ARTÍCULO 5.º

El ejército francés conservará en su poder las legaciones de Bolonia y Ferrara y evacuará á Faenza.

ARTÍCULO 6.º

La ciudadela de Ancona junto con su artillería, sus municiones y sus víveres, se entregará al ejército francés dentro de seis dias.

ARTÍCULO 7.º

La ciudad de Ancona permanecerá sujeta al gobierno civil del Papa.

ARTÍCULO 8.º

El Papa entregará á la república francesa cien cuadros, bustos, vasos ó estatuas, á eleccion de los comisionados que se enviarán á Roma, comprendiéndose en esos objetos el busto de Junio Bruto en mármol, y el de Marco Bruto en bronce, que se hallan en el Capitolio, y quinientos manuscritos á eleccion tambien de los referidos comisionados.

ARTÍCULO 9.º

El Papa entregará á la república francesa veinte y un millones de libras, á saber: quince millones quinientas mil en barras de oro ú plata, y cinco millones quinientas mil en granos, géneros, caballos y bueyes que designarán los representantes de la república francesa. Los quince millones quinientas mil libras se pagarán en tres plazos, en esta forma: cinco millones en quince dias, cinco en un mes, y cinco millones quinientas mil en tres meses.

Los cinco millones quinientas mil libras en granos, géneros, caballos y bueyes se satisfarán á medida que se exijan, en los puertos de Génova y Liorna, y en los demás puntos ocupados por el ejército que se indiquen.

La suma de los veinte y un millones consignada en este artículo, se entiende sin perjuicio de las contribuciones impuestas ó que se impusieren en las legaciones de Bolonia, Ferrara y Faenza.

ARTÍCULO 10.

El Papa se obliga á franquear el paso á las tropas francesas siempre que se le pida, fijándose de comun acuerdo la cantidad de víveres que haya de facilitárseles.

Ajustado en Bolonia el 5 de mesidor del año IV de la república francesa (23 de junio de 1796).

BONAPARTE, Antonio Gnudi, Saliceti, Garreau, Azara.

En este tratado no se descubren los efectos de la mediacion de Azara, si bien en el artículo primero se consigna que se concluye el armisticio por deferencia á S. M. el rey de España. Nada favorable es por cierto, si se atiende á que el gobierno austriaco enviaba continuos refuerzos á los generales que tenia en Italia, y á que la república francesa no podia arriesgarse á llevar sus tropas mas allá de Bolonia. Bonaparte estaba muy adiestrado en el arte de la guerra para perder el tiempo en los Estados de la Iglesia, luchando contra la admirable constancia de los austriacos que poseian Mántua y la ciudadela de Milan.

La mediacion de España aparece al conservarse al Papa el gobierno civil en Ancona (art. 7), al fijar los víveres á las tropas francesas que atravesasen los Estados Pontificios (artículo 10); mas no se trasluce ciertamente en el mismo artículo 9.º relativo á los veinte y un millones, y mucho menos en la rara estipulacion en virtud de la cual el Papa se obligaba á entregar cinco millones quinientas mil libras en granos, géneros, caballos y bueyes en los puertos de Génova y Liorna, teniendo para ello que llevar el tributo á treinta ú ochenta leguas léjos de las fronteras de sus Estados. La mas dura de todas las exigencias del tratado era la contenida en la cláusula en que se declaraba que el pago de los veinte y un millones no eximia de las contribuciones que se impusieran en las Legaciones. En definitiva ese armisticio, concluido por mediacion del rey de España, se reducía á la obligacion impuesta al Papa de satisfacer en un breve plazo una suma exorbitante,

sin perjuicio de pagar las que además de ella se le exigiesen. Si así debía protegerse al Papa, mejor hubiera sido que Azara se hubiese quedado en su palacio de la embajada española de Roma.

Se comprende muy bien que el citado armisticio produjese en Roma una indignacion general, pues no quedaba la menor duda de que con él se daba el primer golpe á la independencia del *príncipe de Roma*, que era el dictado que irónicamente daba al Papa el Directorio, y tampoco se desconocia que no seria el último que se descargase contra la ilustre víctima. Los austriacos, que esperaban alcanzar algunas ventajas, pues contaban con huestes mas numerosas que las de Bonaparte, cuyas fuerzas no habian medido todavía, recibieron con enojo la noticia del armisticio. Aprovechándose de la consternacion de unos, de la indignacion de otros, y de los sentimientos religiosos de todos, enviaron á la Romaña un emisario que se creyó procedia de Trento, para que esparciese el rumor de que las tropas imperiales acababan de atravesar el Adiger, y que desde Mantua se dirigian á marchas forzadas á Cesena. Al recibirse esta falsa noticia, las Legaciones se sublevaron. Oigamos á Bonaparte, quien escribió al Directorio lo siguiente: «En todas partes se incitaba á la revolucion por medio de impresos sediciosos y de oradores fanáticos. En pocos dias se organizó un ejército que se designó con el nombre de ejército católico y pontificio, y se estableció un cuartel general en Lugo, villa importante, perteneciente á la Legacion de Ferrara, á pesar de hallarse enclavada en la Romaña.»

El general Augereau, encargado de sujetar á los rebeldes, dirigió desde Bolonia en 8 de julio de 1796, una comunicacion á su general en jefe, concebida en estos términos:

«El ejército apostólico y su cuartel general ya no existen. Los *Chuanes* de la Romaña y de Ferrara han sido expulsados, batidos y dispersados en todas partes, y creo que se pasará mucho tiempo sin que se atrevan á atacarnos.

«Algunos sacerdotes, persuadidos sin duda de que aun se hallaban en la época de las Cruzadas, y cinco ó seis malvados animados por el espíritu de revuelta, llegaron á reunir gran número de hombres ignorantes é ilusos, á cuyo conjunto dieron ridículamente el pomposo nombre de ejército. De ese foco de insurreccion salieron reglamentos, proclamas, disposiciones de toda

clase, habia en él talleres que trabajaban con actividad suma, y todo temblaba bajo el tiránico yugo de los émulos de *Charette*.

« Mandé al general Beyraud, que á la sazón se hallaba en Forli, que prendiese, si posible fuera, al impresor cuyo nombre figuraba en una proclama incendiaria de que os di oportuna noticia, y con dicho objeto el general envió á Lugo un piquete de caballería y un destacamento de infantería, que fueron recibidos á tiros, viéndose obligados á retroceder despues de una pérdida de tres hombres y de un caballo, y de haber sido heridos cuatro soldados.

« Irritado al ver la audacia de esos tunantes, convencido de la necesidad de contener la sublevacion, y resuelto á vengar la sangre francesa derramada, decidí dar un golpe decisivo.

« Despues de mandar al general Beyraud que pasase á Imola, y de reunir en esta ciudad un batallon de la cuarta media brigada, doscientos caballos y dos piezas de artillería, me trasladé á ella, dando órden al jefe de la brigada, Pourallier, de ponerse en marcha con la mitad de las tropas que habia en Ferrara y de encaminarse á Lugo para atacar por la espalda á los rebeldes, mientras que yo los embestiria de frente.

« Llegado á Imola, el baron de Cappelletti, encargado de negocios del rey de España, me propuso su mediacion, y pasó á Lugo para aconsejar á los rebeldes que depusieran las armas; mas como rechazaron su consejo, ayer por la mañana me dirigí contra ellos con unos ochocientos infantes, doscientos caballos y dos piezas de artillería. A una legua y media antes de llegar á la ciudad, sus avanzadas, ocultas entre unos cáñamos, rompieron el fuego. Nuestros disparos les obligaron á huir precipitadamente á la ciudad, en donde se creian seguros, cuando mandé atacarla por la artillería y pegar fuego á algunas casas, con lo cual y con vivas descargas de fusilería, les precisé á salir de la ciudad y á dispersarse por los campos en donde se les persiguió activamente. Cereca de trescientos de ellos quedaron en el campo, resultando entre nosotros cuatro muertos y seis ó siete heridos. Temerosos los jefes de los rebeldes de la suerte que les aguardaba si caian en mis manos, emprendieron la fuga.

« Al entrar en Lugo, algunos tiros disparados desde unas ventanas me han muerto dos hombres. Mi intento era incendiar la ciudad, mas como solo quedaron en ella mujeres, ancianos y niños, he querido respetarlos (1). »

« AUGEREAU. »

El rasgo de humanidad consignado en el final de la comunicacion precedente, es digno de elogio, mas hizo mal Augereau al comparar los italianos de Lugo con los soldados de

(1) « Correspondencia inédita, » en 8.º, París, 1819.

Charette, ni se podía hacer cargo alguno á los insurgentes por haber rechazado la mediacion de un hombre que se presentaba como agente de España, pues conocian lo poco que valia su intervencion.

Los hechos nos han llevado á Imola, residencia del cardenal Chiaramonti, quien en el momento de la invasion demostró mucha prudencia y gran tino, no dejándose alucinar como los demás súbditos del Padre Santo, los cuales encendieron nuevamente la guerra por los mismos medios con que creian terminarla. No obstante, en Lugo y en Imola habia quienes estaban contra el ejército francés, los cuales, poniéndose al frente del movimiento, pretendieron que el cardenal en su calidad de obispo protegiese su empresa, llegando para conseguirlo hasta el punto de querer amenazarle. Roma entre tanto, para cumplir las condiciones del armisticio, acopiaba los millones prometidos, sacando del castillo de San Angelo los restos del tesoro de Sixto V. Fundiéronse los sagrados copones, las alhajas de los templos, las estátuas de plata; las mujeres presentaban sus joyas, y todas las clases de la sociedad, á insinuacion del Padre Santo, entregaban todo lo mas precioso que poseian. El cardenal Chiaramonti contribuia tambien por su parte al cumplimiento del tratado.

Cacault, como agente general de la república en Italia, velaba por la ejecucion del armisticio, mostrando sin embargo al gobierno pontificio toda la deferencia compatible con su cargo.

CAPÍTULO II.

Nuevos triunfos de Bonaparte.—Invasion de los Estados Pontificios.—La Virgen de San Ciriaco.—Tratado de Tolentino.—Motin en Roma.—Muerte de Duphot.

Bonaparte llegó á hacerse muy temible, pues cada batalla que daba al frente de sus intrépidos soldados, era un triunfo. Arrogándose un poder absoluto, combatió con feliz éxito en Brescia, en Lonato y en Castiglione, en donde cogió quince mil prisioneros y se apoderó de setenta cañones; bloqueó de nuevo á Mantua, ocupó á Trento, y celebró la paz con Parma y

Nápoles. Vencedor de valerosas huestes en Arcola el 15, el 16 y el 17 de noviembre de 1796, y en Rívoli el 10 de enero de 1797, y ocupada Mantua el 2 de febrero, creyó llegado el momento de enviar una division á Roma para exigir de ella nuevas contribuciones.

El 3 de febrero invadió á Faenza, Imola y Forli, y el 9 se enseñoreó de Ancona. El Papa Pio VI á quien se indujo á practicar considerables armamentos incompatibles con un estado de armisticio, llamó al general piemontés Colli, poniéndole al frente de sus tropas y entregándole un baston de mando como en otro tiempo á los generales de la Iglesia; mas abandonado por sus aliados, excepto los napolitanos, que se ofrecieron á entrar en negociaciones en su nombre, y no contando con fuerzas para defenderse, pidió la paz.

Bonaparte llegó á Ancona el 10 de febrero, apeándose en el palacio del marqués Trionfi, en donde reunió al vicario general, á los curas, á los superiores de las órdenes religiosas y á los vicarios de la Inquisición, para recomendarles que predicasen el Evangelio sin inmiscuirse en la política, con lo cual se conseguiría que la religion fuese respetada y protegida. Reconvinó al vicario general por la fuga del cardenal Ranuzzi, obispo de Ancona. «El de Imola, dijo, no huyó: no le ví al pasar, pero sé que está en su puesto.» Y manifestó al vicario general que era preciso que el obispo volviese inmediatamente. Dirigiéndose luego al vicario del Santo Oficio, y creyendo, lo que muchos otros franceses, que ese tribunal condenaba todavía á perecer en la hoguera, como se practicaba en España unos quince años antes, hablóle en estos términos: «Desde este momento queda suprimido vuestro tribunal: no mas hogueras.» A poco tiempo el vicario general fué encerrado en una fortaleza, donde habia de permanecer hasta que regresase el obispo de Ancona. Notábase en Bonaparte cierta inquietud como si quisiera hacer alguna manifestacion importante, y no se atreviese. Finalmente, verificando un esfuerzo sobre sí mismo, rompió el silencio. Casi todos los pormenores que voy á referir los consignó en extracto M. Leoni en su historia de Ancona, publicada en 1832, dedicada al rey Carlos X.

«Váyase á buscar, dijo el general, á los canónigos Ciriaco

Capoleoni, José Cadolini y Francisco Candelari. » Al presentarse los expresados canónigos, les habló en estos términos: « ¿ Creísteis contener la marcha de mis tropas empleando artificios para hacer abrir y cerrar los ojos á la Virgen de San Ciriaco? Quiero confundiros y averiguar la verdad. Que se traiga á la Virgen. » Traida á su presencia la estatua de esta, mandó sacarla de su escaparate y quitar el cristal que la cubria, y se puso á observarla atentamente sin tocarla. No descubriendo en ella ningun engaño, se persuadió de que el capítulo de Ancona no merecia ser reconvenido. En seguida quitó á la Virgen su rica diadema y su largo collar de finas y preciosísimas perlas, diciendo que daba la mitad del valor de ambos objetos al hospital, y la otra queria que se destinase para dotar á doncellas pobres. Preguntó luego á los canónigos cuántas personas habian acudido á implorar el auxilio de la Virgen. — Una inmensa muchedumbre, respondió un canónigo; cuarenta mil personas. — ¿ Quién ha redactado la competente información? — El abogado Bonavia. — ¿ En dónde está? — En la antecámara de vuestro palacio. — Que venga. — Interrogado Bonavia por Bonaparte, aseguró, sin inmutarse, que habian acudido á implorar el auxilio de la Virgen sesenta mil personas. De repente, Bonaparte manda que se alumbre la imagen. Al ver que la contemplaba por segunda vez con gran atencion, esperábase con gran ansiedad lo que diria. « No se hará lo que he mandado tocante á la diadema y el collar. » Y tomando ambos objetos, entrególos á un canónigo, añadiendo: « Colocadlos en su lugar. » Despues de invitar á comer con él á los canónigos y al abogado Bonavia, prosiguió: « Llévase la Virgen al hospicio de las mujeres. » Bonavia repuso: « Eso va á disgustar al pueblo. » « En este caso, replicó Bonaparte, que se lleve al sitio que ocupaba, pero quiero que se la tenga cubierta. »

Al día siguiente impuso á la ciudad de Ancona una contribucion de doscientos cuarenta mil escudos romanos, confiscó el oro y la plata de los templos, excepto los vasos sagrados, y nombró un ayuntamiento que se compuso de ocho nobles, dos abogados, entre ellos Bonavia, dos comerciantes y tres israelitas.

Pio VI suplicó al general francés que no invadiese á Roma, pues tanto él como sus consejeros, engañados por las apariencias, conocian que habria sido una gran imprudencia expedicion semejante, manifestándole que iba á enviar á una ciudad situada á once leguas de Ancona plenipotenciarios para ajustar la paz. Bonaparte y Cacault, que habia cumplido ya parte de su comision en Roma, se trasladaron á Tolentino, á donde pasaron luego revestidos de plenos poderes de S. S. el cardenal Mattei, monseñor Luis Caleppi, el duque Braschi Onesti, sobrino del Papa, y el marqués Massimo. Los plenipotenciarios romanos estaban muertos de espanto, y temian que se les impusiesen condiciones duras y humillantes. Por fortuna, les inspiraba mucha confianza Cacault, ventajosamente conocido en Roma, si bien no podia contrariar al general, quien el dia de su llegada, en vez de responder á las observaciones que le dirigia, le hizo sentar, y le dictó una comunicacion referente al servicio militar, por no hallarse allí Berthier, su jefe de estado mayor. Con todo, algo podia esperarse de la firmeza de carácter de Cacault, que no se inmiscuia en asuntos ajenos y solo emitia su parecer en materias que conociese. Por último, como antiguo secretario de embajada, poseia el arte de conseguir lo mas ventajoso para su gobierno sin faltar á los miramientos debidos á las potencias con las cuales trataba. A pesar de su posicion, ignoraba las pretensiones del Directorio y las intenciones de Bonaparte, á cuyo lado representaba un papel secundario.

El cardenal Mattei, que era el individuo mas notable de la comision del Papa, conocia ya al general, habiendo empezado bajo tristes auspicios las relaciones de ambos. Mattei era obispo titular de Ferrara, y viendo que los franceses habian evacuado la ciudad despues del armisticio de Bolonia, y sabiendo que desde mucho tiempo los austriacos deseaban tener una guarnicion en la ciudadela, la hizo ocupar por las tropas del Papa. Se mejante disposicion irritó á Bonaparte, quien llamó al cardenal á su cuartel general de Brescia. Al verle, Bonaparte le dijo: «¿Sabeis, señor cardenal, que podria mandaros fusilar?—Dueño sois de hacerlo, respondió el cardenal, y solo os pido un cuarto de hora para prepararme.—Dejaos de cuar-

tos de hora , repuso Bonaparte , ¡ cuán activo sois ! ¿ Por qué habeis ocupado mi ciudadela ? Vuestro gobierno , cardenal , tiene formado mal concepto de mí ; desengañaos , tratad conmigo , pues soy el mejor amigo de Roma . »

Dispensó luego muchas atenciones al cardenal , quien sin embargo recelaba de Bonaparte y comunicaba sus temores á sus compañeros . Mattei pasó á visitar á Cacault en la reducida estancia de la posada en que estaba alojado en Tolentino , cerca del sitio ocupado por el general y su estado mayor . Sin embargo de que los comisionados romanos hubieran podido alojarse con toda comodidad , prefirieron habitar en dicha posada que estaba llena de tropa . El cardenal Mattei pidió en secreto un favor á Cacault , quien respondió en tono afectuoso que estaba dispuesto á complacerle en todo lo compatible con sus deberes . « Decidme , pues , qué suerte nos está reservada . » Cacault aseguró que nada sabia , y que el general no le habia manifestado cosa alguna . « Entonces , repuso el cardenal , cuando sepais algo que podais comunicarnos , avisádnoslo luego . — Os lo prometo , respondió Cacault . »

En medio de una noche muy oscura , Bonaparte recibe por un correo la noticia de que los austriacos retrocedian . Manda llamar en el acto á Cacault , y le indica las condiciones , muy duras por cierto , bajo las cuales habia de ajustarse un tratado . Fiel Cacault á su promesa , antes de retirarse á su aposento , llama á la puerta del que ocupaban el cardenal Mattei y el duque Braschi , los despierta , y les participa que tiene orden de redactar un tratado . Dispertado tan de improviso el duque Braschi , poseido de mal humor dirige algunas inconvenientes reflexiones á Cacault , quien pasmado al ver el modo como se le recibe , advierte á los enviados de Su Santidad que su presencia es debida á los reiterados y encarecidos ruegos del cardenal . Léjos de calmarse el duque Braschi , prosiguió en sus reconvenções , y Cacault ofendido al ver tamaña ingratitud , dijo á los representantes de Su Santidad , que en aquel momento quizás faltaba á sus deberes , que perdonasen , y que iba á redactar el tratado , que lo llevaria al general , y que este comunicaria á los interesados . Al oír estas palabras , el cardenal Mattei , comprendiendo los perjuicios que podia traer el

comportamiento observado con Cacault, quiso detenerle. Cacault se empeñaba en retirarse, y el cardenal, considerándose débil para vencer su resistencia, se arrojó á sus plantas, y abrazándose á sus rodillas con muestras de mucho sentimiento consiguió retenerle. Conmovido Cacault, levanta al cardenal, se sienta, comunica lo mas importante, da algunos consejos, y promete diferir tres horas, si posible es, el redactar la minuta del fatal tratado. Antes de extenderla del todo, Cacault se avistó con Bonaparte y le dijo: «Carezco de poderes para firmar el tratado.»— «Ya los tengo yo todos, repuso el general; continuad vuestra tarea.» Llamados los plenipotenciarios romanos, exhibidos sus poderes sin exigir la presentacion de los representantes franceses, firmaron con ellos en 19 de febrero de 1797 el tratado que á continuacion consigno:

Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, y el ciudadano Cacault, representante de la república francesa en Italia, plenipotenciarios con poderes del Directorio ejecutivo;

Su eminencia el cardenal Mattei, monseñor Luis Caleppi, el duque Braschi y el marqués Massimo, plenipotenciarios de Su Santidad, han convenido lo que sigue:

ARTÍCULO 1.º

Habrà paz, amistad y buena inteligencia entre la república francesa y el papa Pio VI.

ARTÍCULO 2.º

El Papa revoca toda adhesion, consentimiento y accesion dados pública ó privadamente á tratados de alianza ofensiva ó defensiva que con cualquiera potencia ó Estado hubiese concluido, y tanto durante la actual guerra como en las venideras, se obliga á no facilitar á las potencias que se hallen en lucha contra la república francesa ningun auxilio en hombres, buques, armas, municiones, víveres ni dinero, bajo título ni pretexto alguno.

ARTÍCULO 3.º

Dentro de cinco dias, contaderos desde la ratificacion del presente tratado, Su Santidad licenciará las tropas nuevamente creadas, conservando tan solo los regimientos existentes antes del armisticio de Bolonia.

ARTÍCULO 4.º

Los buques de guerra ó corsarios de las potencias en lucha con la república, no podran entrar, ni mucho menos permanecer durante la actual guerra, en los puertos y radas del Estado eclesiástico.

ARTÍCULO 5.º

La república francesa continuará, como antes de la guerra, en posesion

de todos los derechos y prerogativas que la Francia tenia en Roma, y será tratada en todo al igual de las potencias á las que mas consideraciones se dispense, especialmente respecto de su embajador y representante, y de los cónsules y vice-cónsules.

ARTÍCULO 6.º

El Papa renuncia pura y sencillamente á todos los derechos que pueda pretender en las ciudades y en el territorio de Avinion y en el condado Venesino y sus dependencias, y trasfiere, cede y abandona los referidos derechos á la república francesa.

ARTÍCULO 7.º

El Papa renuncia igualmente para siempre, cede y trasfiere á la república francesa todos sus derechos en los territorios conocidos con los nombres de Legaciones de Bolonia, Ferrara y Romana, en las cuales será respetada la religion católica.

ARTÍCULO 8.º

La ciudad y ciudadela y aldeas que integran el territorio de la ciudad de Ancona, quedarán en poder de la república francesa hasta firmarse la paz general.

ARTÍCULO 9.º

El Papa se obliga por sí y sus sucesores á no conferir á nadie el señorío inherente al territorio que cede á la república francesa.

ARTÍCULO 10.

Su Santidad se obliga á pagar y entregar en Fuligno, antes del 15 del mes ventoso corriente (5 de marzo de 1797), la suma de quince millones de libras tornesas de Francia, á saber: diez millones en numerario, y cinco millones en diamantes y otros objetos preciosos, además de los diez y seis millones que á poca diferencia se deben todavía, segun el art. 9.º del armisticio firmado en Bolonia el 5 de mesidor del año iv, y ratificado por Su Santidad el 27 de junio de 1796.

ARTÍCULO 11.

Para saldar definitivamente la deuda restante á fin de dejar cumplido del todo el armisticio de Bolonia, Su Santidad facilitará al ejército ochocientos caballos de montar con sus correspondientes arneses, ochocientos caballos de tiro, bueyes y búfalos, y otros productos del territorio de la Iglesia.

ARTÍCULO 12.

Independientemente de la suma indicada en los dos precedentes artículos, el Papa entregará á la república francesa en numerario, diamantes ú otros valores, la cantidad de quince millones de libras tornesas de Francia, á saber: seis millones dentro del mes de marzo, y cinco millones por todo el mes de abril próximo.

ARTÍCULO 13.

El art. 8.º del armisticio de Bolonia, referente á los manuscritos y objetos artísticos, se cumplimentará en un todo y á la mayor brevedad posible.

ARTÍCULO 14.

El ejército francés evacuará la Ombria, Perugia y Camerino, tan luego como se ejecute y cumpla el art. 10 del presente tratado.

ARTÍCULO 15.

El ejército francés evacuará la provincia de Macerata, excepto Ancona, Fano y su territorio, tan pronto como se paguen y se entreguen los cinco primeros millones de la suma mencionada en el art. 12 del presente tratado.

ARTÍCULO 16.

El ejército francés evacuará el territorio de la ciudad de Fano y del ducado de Urbino tan luego como se paguen y entreguen los cinco segundos millones de la suma mencionada en el art. 12 del presente tratado, y se cumplan los arts. 3.º, 10, 11 y 13 del mismo, debiendo satisfacerse los últimos cinco millones que forman parte de la suma estipulada en el art. 12, dentro del mes de abril lo mas tarde.

ARTÍCULO 17.

La república francesa cede al Papa todos sus derechos en las diferentes fundaciones religiosas francesas de las ciudades de Roma y Loreto, y por su parte el Papa trasfiere á la república francesa la propiedad de todos los bienes alodiales pertenecientes á la Santa Sede en las tres provincias de Ferrara, Bolonia y Romaña, incluso el país de la *Mesola* y sus dependencias, reservándose empero el Papa en caso de venta el tercio de su producto, que se entregará á sus fundadores.

ARTÍCULO 18.

Su Santidad enviará á París un embajador para dar la oportuna satisfaccion por el asesinato del secretario de la legacion, Basseville. Su Santidad entregará al gobierno francés trescientas mil libras para repartirlas entre los perjudicados á consecuencia de aquel atentado.

ARTÍCULO 19.

Su Santidad pondrá en libertad á los detenidos por sus opiniones políticas.

ARTÍCULO 20.

El general en jefe permitirá regresar á sus hogares á todos los prisioneros de guerra de las tropas de Su Santidad despues de la ratificacion del presente tratado.

ARTÍCULO 21.

Hasta que se concluya un tratado de comercio entre la república francesa y el Papa, se restablecerá en los Estados de Su Santidad el comercio de la república francesa bajo el pié en que exista el de la nacion mas favorecida.

ARTÍCULO 22.

Con arreglo al art. 6.º del tratado concluido en la Haya el 27 de floreal del año III (16 de mayo de 1795), se hace extensiva á la república báltava la paz ajustada por el presente tratado entre la república francesa y Su Santidad.

ARTÍCULO 23.

Se restablecerá en Roma el servicio de correos de Francia del modo que lo estaba antes.

ARTÍCULO 24.

La escuela de artes instituida en Roma por los franceses, se restablecerá y será regida como antes de estallar la guerra, devolviéndose á la república el palacio propio de esta en que se hallaba establecida.

ARTÍCULO 25.

Todos los artículos, cláusulas y condiciones del presente tratado, obligarán perpétuamente sin excepcion alguna á Su Santidad Pio VI y á sus sucesores.

ARTÍCULO 26.

El presente tratado será ratificado á la mayor brevedad posible.

Hecho y firmado en el cuartel general de Tolentino por los susodichos plenipotenciarios el 1.º de ventoso del año v de la república francesa, una é indivisible (19 de febrero de 1797).

BONAPARTE, Cacault, el cardenal Mattei, Luis Caleppi, el duque Braschi Onesti, el marqués Camilo Massimo.

Despues de firmar el tratado, Bonaparte envió al Directorio la comunicacion siguiente:

Bonaparte general en jefe, al Directorio ejecutivo. En el cuartel general de Tolentino á 1.º de ventoso del año V.

« Adjunto os remito, ciudadanos directores, el tratado de paz que acaba de ajustarse entre la república francesa y el Papa, y que he firmado junto con Cacault, pues *no teniendo este último plenos poderes en debida regla, he tenido que suplir esta falta.*

« Mi edecan Marmont irá á Roma para traerme la ratificacion del Papa que os enviaré en el acto.

« Los motivos que me han inducido a suscribir ese tratado son: 1.º Que es preferible poseer las tres provincias mejores del Estado eclesiástico *que ha cedido el Papa*, á que todos sus Estados intervengan en la *ratificacion* de la paz general, en la cual hay muchas cláusulas que consignar. 2.º Porque el rey de Nápoles parecia decidido á tomar parte en las negociaciones. 3.º Porque treinta millones valen para nosotros diez veces Roma, de la cual no habríamos sacado cinco millones. 4.º Porque esto puede conducir á una paz general.

« *He cedido* un tercio de los bienes alodiales de la *Mesola* y de Comacchio, el cual asciende á cinco millones, á fin de inspirar confianza á los compradores y facilitar su venta. En mi concepto privada Roma de Bolonia, de Ferrara, de la Romaña y de treinta millones, no podrá subsistir, descomponiéndose por sí misma esta antigua máquina.

« *He dejado aparte la religion*, puesto que es evidente que por medio de la

persuasion y de la esperanza se conseguirá de esas gentes que hagan cosas que podrán ser ciertamente útiles á nuestra tranquilidad interior. Si queréis indicarme vuestros intentos, trabajaré para realizarlos, y obligaré á la corte de Roma á que haga cuánto os convenga.

« Clarke acaba de partir con direccion á Turin para ejecutar vuestras ordenes.

« La República, pues, acaba de adquirir sin la menor oposicion la mas hermosa parte de Italia, á saber: Ferrara, Bolonia y la Romana. Por último es posible que me haya engañado tocante á lo que he hecho, pero no podrá acusármese de haber sacrificado á mi gloria el interés de mi patria.

« Os remito; 1.^o copia de la carta que me ha dirigido el Padre Santo, 2.^o copia de la respuesta que le he dado, 3.^o copia de la nota que me ha remitido Pignatelli (representante de Nápoles), y 4.^o copia de la contestacion que le he dado. Como falta todavía la ratificacion del Papa, solo os envio por ahora una copia del tratado de paz.

« Salud, etc.

« BONAPARTE. »

En el mes de marzo siguiente, el Padre Santo escribió á Bonaparte pidiéndole algunas explicaciones sobre el tratado, y contestó en los siguientes términos:

En el cuartel general de Goritz el 5 de germinal del año V (25 de marzo de 1797).

Santísimo Padre:

« El marqués Massimo me ha entregado la carta que Vuestra Santidad se ha dignado escribirme, y he satisfecho sus deseos en todo cuanto de mí ha dependido. Tocante al artículo sobre el gobierno civil de Ancona, como el Directorio ejecutivo ha aprobado ya el tratado de Tolentino, no está en mi mano modificarlo; mas teniendo en cuenta que aquel desea complacer á Vuestra Santidad en algo, estoy persuadido de que atenderá vuestra demanda.

« Permita Vuestra Santidad que le dé las gracias por su atenta carta y por la acogida que se ha servido dar á los jefes del ejército que *han pasado á Roma á ofrecerle mis homenajes*, y esté seguro de los sentimientos de aprecio y de veneracion, con los cuales soy de Vuestra Santidad,

« Muy humilde y obedientísimo servidor,

« BONAPARTE. »

Ratificado el tratado por ambas partes, José Bonaparte, hermano del general, fué nombrado embajador del Directorio ejecutivo en Roma. Algunas de las personas que estaban al lado del nuevo diplomático, ya porque se las incitase, ya por

imprudencia, observaban un comportamiento irritante. José tenía un buen carácter y era querido por lo afable y generoso que era; mas las exigencias que en política manifestaban sus consejeros eran muy desrazonables. Habitualmente se reunían en el palacio Corsini, morada del embajador, multitud de romanos descontentos, y particularmente aquellos cuya libertad se estipuló en el tratado de Tolentino. Esas gentes manifestaban que querían derribar el gobierno de su país, y era tan poco el respeto que se tenía entonces á los principios del derecho de gentes, que nadie recordó sus deberes á la embajada, que los violaba todos los días. Algunos promovedores de disturbios, enviados por el Directorio, aumentaban la confusión, amenazando al embajador con denunciarle si se mantenía dentro de los límites de la prudencia y de la justicia, á lo cual demostraba hallarse dispuesto.

Cacault dió en estas circunstancias prudentes consejos, pero en vano. Nombrado embajador en Florencia, mitigaba en lo posible la crítica situación del gran duque, quien, sin embargo de que no pudo salvar á sus aliados, no hubo de pagar crecidas contribuciones. No hallando ningun apoyo en la embajada francesa, los revolucionarios de Toscana manteníanse quietos, contentándose con excitar á los pueblos vecinos á sublevarse contra su legítimo gobierno.

El cardenal José Doria desempeñaba en Roma la secretaría de Estado. Era un personaje muy importante que fué nuncio en Francia antes de la revolución. Una vez dijo: «*Tutti i Mazarini non sono morti.*» Apellidábasele el *breve del Papa* á causa de su pequeña estatura. Vuelto á Roma al cesar en su cargo, fué creado cardenal en 1785. Sin embargo de que no daba indicios de poseer mucha firmeza de carácter, como era atento, afable, probo y poco amigo de la etiqueta, á pesar de que pertenecía á una familia muy distinguida, teníaese en muy buen concepto. Había además un motivo muy poderoso para que los ánimos estuviesen dispuestos en su favor, y era que su hermano, el príncipe Doria, hombre de eminentes virtudes, fué uno de los que mas ayudaron al Papa á satisfacer parte de las contribuciones impuestas.

Un día José Bonaparte permitió que un considerable nú-

mero de descontentos se reunieran en su palacio, en donde solo hablaron de revolucion. «Mañana habrá un cambio de gobierno, decian; el Papa no es necesario. Volvamos á establecer la república romana: ella nos comunicará las dotes de los Escipiones y de los Gracos.» ¡Qué ignorancia de la disposicion de los ánimos, ó qué charlatanismo! Asustado el gobierno pontificio, tomó algunas precauciones. Monseñor Consalvi, jefe entonces de la congregacion *sull'armi*, cargo parecido al de intendente de ejército, mandó que algunas patrullas recorriesen los barrios mas poblados de la ciudad, mientras que se encargaba á Barberi, juez en materias criminales, que en la parte que le correspondia velase por la tranquilidad pública.

Daremos á conocer los hechos por medio de un documento oficial que los explica cumplidamente, y es el sencillo y fiel relato del comandante del puesto de Puente Sixto, fechado en 28 de diciembre de 1797.

Relacion, Puente Sixto. Compañía Amadei.

«Al salir la patrulla del puesto de Puente Sixto, compuesta del jefe Macchiola y de seis soldados, á cosa de hora y media antes de la puesta del sol, vióse perseguida por una multitud de paisanos armados, la mayor parte de los cuales llevaban la escarapela nacional. Intimaron al jefe de dicha patrulla que se retirara, si queria evitar que se le desarmase, y así lo verificó vista la desigualdad de fuerzas que imposibilitaba toda defensa, dirigiéndose á su cuartel para tomar las medidas oportunas.

Al verle retirar, la multitud prorumpió en gritos y silbidos, acosándole rabiosa hasta su cuartel. Los oficiales de la compañía resolvieron que toda ella se pusiera sobre las armas, distribuyéndola en pelotones y en orden de batalla detrás de empalizadas. De repente aparece una turba armada casi toda con armas blancas, y dispara tiros á las palizadas, que aun conservan las señales de los proyectiles. Al frente de los sediciosos veíanse dos franceses con traje azul, escarapela y sable, los cuales gritaban: IGUALDAD, LIBERTAD, y cerca de ellos otro francés con una bandera tricolor. Los tiros que se dirigian contra las empalizadas desanimaban ya á los soldados, mientras que el pueblo exclamaba desde la parte de afuera: «Si no salís para defendernos, penetramos en las empalizadas, y nos defenderemos con vuestras armas.»

«En aquel instante llegó una patrulla de cuatro dragones que instó á la compañía para que abandonase su puesto si no queria perderse. Los solda-

dos rompieron las empalizadas, y reuniéndose á los dragones dirigiéronse á *Santa Dorotea*, haciendo fuego contra los amotinados para desalojarlos de Longara, de donde habian venido. Al llegar á la puerta *Settimiana*, un oficial de la milicia cedió el puesto al cabo Marinelli, y establecidos en él los soldados acudió allí una turba inmensa con la escarapela francesa figurando á su frente dos franceses con el sable desnudo y la escarapela en la mano. Uno de ellos desafiaba á las tropas del Papa, exclamando: « *Adelante, vamos, ánimo, viva la libertad, viva la libertad! yo soy vuestro general.* » La tropa apuntando sus armas, gritaba: « No es acerqueis; » mas los rebeldes, sin hacer caso, continuaron adelantándose dando saltos y repitiendo las mismas palabras de « *Viva la libertad! ánimo! yo soy vuestro general.* » Los soldados se vieron en grandes apuros por haber dejado acercar demasiado á los sediciosos, uno de los cuales llegó á tocar con el sable la bayoneta del cabo Marinelli. Después de intimarles este repetidas veces que depusieran las armas, viéndoles ya muy cerca, mandó hacer fuego, matando á algunos, entre ellos al que le amenazó con el sable. Retiráronse entonces los amotinados, y por un momento cesó el tumulto. El cabo, que no abandonó su puesto, vióse precisado á romper nuevamente el fuego contra otra turba que le dirigia sus tiros. Cediendo al número, vióse precisado á replegarse en la plaza del cuartel, al lado de los mencionados oficiales, encargando á otros soldados el apaciguar el motín, que se extendió por las plazas inmediatas y por los callejones de *Trans-evere*, de donde salió un hombre con un palo, empeñándose en obligar á un centinela á arrojar la escarapela del Papa y á admitir la escarapela nacional que llevaba en la mano. Amenazado y repelido por el centinela, abalanzóse á él para matarle, pero el centinela hizo fuego y le mató. »

El francés muerto por el cabo Marinelli era el general Duphot, á quien cogió en sus brazos Eugenio Beauharnais que estaba á su lado en el momento de ser herido, ayudándole á conducirlo al palacio Corsino. El general Duphot acababa de llegar á Roma para casar con una hermana de la esposa de José Bonaparte, la cual contrajo enlace mas adelante con el general Bernadotte. Así fué como Duphot pereció en una revuelta promovida contra la autoridad legítima.

Naturalmente se ocurre preguntar qué hizo en aquellas circunstancias el gobierno pontificio. Era de esperar que el cardinal José Doria tomara una actitud digna y llena de firmeza; mas léjos de demostrar el pasmo que sobrecogió al Padre Santo al recibir la noticia de que un puñado de sus súbditos se habia reunido en el palacio de un embajador respetado; léjos de

manifestar el pesar que experimentó Su Santidad al saber que de la violacion del derecho de gentes cometida resultó una desgracia irreparable, como era la muerte del general francés; el débil cardenal acudió á palacio, se humilló, deshízose en excusas, y aceptó toda la responsabilidad que podia haber al gobierno pontificio, sin proferir siquiera una palabra acerca de los excesos que habian traído tan fatales consecuencias. Otro era el lenguaje que debió usar como representante de un soberano ofendido. Por de pronto debiera haber adoptado serias medidas para conservar el orden en la capital. Tocante al hecho del cabo, este disparó contra un hombre que no se hallaba revestido de ningun carácter oficial, en el momento en que iba á herirle, y en que unos pocos soldados se veian acometidos por mas de doscientas personas. ¡Cosa extraña! José Bonaparte y sus consejeros negáronse á oír las excusas del cardenal Doria, y pidieron sus pasaportes. José Bonaparte dirigióse á Florencia á encontrar á Cacaault, que mas de una vez le habia advertido el riesgo que corria teniendo á su lado á hombres que solo deseaban un rompimiento.

CAPÍTULO III.

El general Berthier se dirige á Roma.—El Directorio promueve una conjuracion contra el Papa.—Proclamacion de la república romana.—Pío VI es expulsado de Roma, conducido á Siena, y luego á la Cartuja de Florencia.

En medio de los referidos desastres y de las recriminaciones de Roma, observóse que Bonaparte en vez de marchar á esa ciudad al frente de su ejército, enviaba á ella al general Berthier. Todo estaba ya dispuesto á fin de tomar venganza, pues los revolucionarios franceses no hicieron otra cosa que preparar el camino para desahogarla. Lo primero que se encargó á Berthier para cuando ocupase á Roma, fué que librase una carta de crédito por ciento ocho mil libras al general Bernadotte, quien pasaba á Viena como embajador, con instrucciones de tomar una actitud amenazadora en el caso de que el ministro Acton quisiese inmiscuirse en los asuntos de Roma. Tocante á Berthier se le trazó la línea de conducta que habia de seguir en los siguientes términos:

« Hé aquí el horroroso é inconcebible hecho que acaba de ocurrir en Roma; pero vos os encargais de vengar ese atentado , y por lo mismo estamos tranquilos. La Francia y la prudencia todo lo alcanzan. »

Comunicáronse además otras órdenes y eran estas :

El Directorio ejecutivo, ciudadano general, ha visto con la mas viva indignacion el comportamiento que la corte de Roma ha observado con el embajador de la república francesa. Los asesinos del general Duphot no quedarán impunes ; el ánimo del Directorio es que al momento y con el mayor sigilo marcheis contra Roma. »

A continuacion insertamos las disposiciones militares adoptadas , que son muy claras y extensas.

« De este modo reunireis en Ancona mas de treinta mil hombres : conviene que aceleréis vuestra marcha , único medio de asegurar el éxito de la empresa. Así que tengais bastantes tropas en Ancona , ponedlas en marcha. No publiquéis vuestro manifiesto contra el Papa hasta que vuestras tropas se hallen en Macerata. Manifestad en pocas palabras que vais á Roma solo para castigar á los asesinos del general Duphot , y á cuantos osaron faltar al respeto debido al embajador de Francia.

« El rey de Nápoles os enviará de seguro uno de sus ministros , al cual dareis á entender que el Directorio ejecutivo no lleva ninguna mira ambiciosa , y que la república francesa que tuvo la generosidad de detenerse en Tolentino en momentos en que estaba quejosa de Roma , quizás no se negaría á un arreglo dando el Papa las satisfacciones necesarias.

« Entretanto seguireis adelante á marchas forzadas. Toda la habilidad consiste en ganar algunas jornadas , de modo que cuando el rey de Nápoles se aperciba de que llevais el intento de dirigiros á Roma , no tenga tiempo de estorbarlo. Cuando solo os falten dos jornadas para llegar á Roma , amenazad al Papa y á su gobierno, diciéndoles que son culpables del mas grande de los delitos , á fin de que amedrentados huyan.

« Cuidareis de que se prenda á todos los principales promovedores de los asesinatos del 8 de nivoso , especialmente al cardenal Albani y á su familia, disponiendo que á todos se les ocupen sus papeles y se les *secuestren sus bienes.* »

En las trascritas instrucciones se dispone además que se repela al ejército napolitano , contando con suficientes fuerzas para ello , ó que en caso contrario se espere.

El Directorio ordenó en seguida que se tomase á Génova , encargando á Faypoult que emplease toda clase de esfuerzos y

hasta la violencia para apoderarse de los diamantes que en ella se guardaban, los cuales habian sido devueltos al Papa, que los diera en prenda á la república francesa.

Dispúsose igualmente que se escribiese á Rastadt, en donde acababa de reunirse un congreso, que las tropas francesas que se disponian á encaminarse á Roma, no llevaban mas objeto que vengar los recientes atentados cometidos contra la república, la cual no queria apoderarse de Roma en provecho propio ni de la Cisalpina, y que si el gobierno de Nápoles enviaba soldados á los Estados del Papa, las tropas francesas rechazarían su invasion y atacarían á Nápoles por mar y por tierra. En esta comunicacion habia una posdata concebida de esta suerte:

« El objeto de este despacho es preveniros para que no os cojan descuidado; pero ya comprendéis que no debeis hablar en nuestro nombre, y que se ha de guardar el mas profundo secreto tocante á las medidas adoptadas por el Directorio. »

En todo cuanto se escribió en esa época en nombre del Directorio, el motin de 28 de diciembre se designaba constantemente con la calificacion de horroroso acontecimiento ocurrido en Roma el 8 de nivoso.

El Directorio no desconocia que al pedir una reparacion por el atentado cometido contra su embajador, no hacia otra cosa que completar el éxito de la conspiracion, de la cual fué el principal promovedor. Recordaba asimismo que envió á Roma á Communeau y á Jorry, dispensándoles toda su proteccion por haberse mostrado ardientes partidarios suyos en la jornada del 18 de fructidor, y no era menester para instruirle presentarle la memoria que Ennio Visconti dirigió á Roma el 10 de pluvioso (29 de enero de 1798), la cual está redactada con gran habilidad y contiene exactas y curiosas apreciaciones estadísticas. En ella se lee este pasaje:

« El poco éxito de las *insurrecciones de los romanos* ha podido hacer creer que ese pueblo se hallaba muy distante de la democracia, cuando no es así. La incertidumbre de si se secundará su movimiento, el temor de una invasion por parte de Nápoles, el *ejemplo de Venecia*, hé aquí los obstáculos que le impiden declararse por la causa de la libertad. »

El ejército francés estaba ya en marcha. Berthier dió cuenta del encargo que se le confirió de sorprender el secreto de una de las fabricaciones de Venecia, encargo debido á los mismos que tanto se empeñaban en adquirir el busto de Marco Aurelio, que se aseguraba existir en Pavía. Berthier se expresaba en estos términos:

« Siento tener que participaros que no he podido cumplir el encargo que me haciais en vuestra comunicacion de 5 de nivoso de arrebatat á Venecia *la fabricacion de perlas*. Por el próximo correo os enviaré una lista de las personas de quienes me valí en este asunto.

« Creo que el gobierno se consolará fácilmente al saber la dificultad de realizar su encargo á causa de las muchas fábricas de la expresada clase que existen en Venecia, habiéndose estado hasta ahora en el error de que solo habia la que funciona en Murano.

« Desde ayer me hallo en Ancona, y por la noche he mandado expulsar de Loreto al gobernador del Papa y á doscientos soldados que osaron permanecer en dicha ciudad. Mi vanguardia llegará mañana á Macerata, siguiéndola las demás tropas á una jornada de distancia.

« AL. BERTHIER. »

Haller, administrador de las contribuciones y de las rentas de Italia, en 30 de enero se expresó como sigue :

« Vuestras disposiciones relativas al general Bernadotte se han cumplido antes de que llegaran á mis manos, y en consecuencia le he entregado en dinero y en cartas de crédito las 108,000 libras que le asignasteis de la caja del ejército.

« No puedo ocultaros sin embargo que semejantes disposiciones son gravosas para mi caja, en la cual debieran ingresar mensualmente dos millones procedentes de París, que solo entrarán á consecuencia de la actual expedicion en papal moneda sin valor y en objetos artísticos y de lujo difíciles de enajenar. Diez meses ha que el ejército no ha verificado ninguna conquista, y que consume ocho millones mensuales; la industria tiene sus límites y la mía llega ya á los suyos.

« HALLER. »

Declarada independiente Ancona, participó de las esperanzas de Berthier de que Roma y el territorio inmediato se revolucionarian. Ancona comprendió perfectamente lo que debia pensarse de los acontecimientos del 28 de diciembre. El historiador de dicha ciudad consigna estas palabras: « El francés

Duphot es asesinado en Roma en el momento de intentar promover una revolucion (1). »

Algunos romanos que habia en Ancona pidieron al general Berthier, que no guardó el secreto que se le habia confiado, que les permitiese colocar una bandera en el Capitolio, para la cual escogieron los colores negro, blanco y rojo, adoptados por la república romana.

Berthier llega por la noche á *Monte Mario*, en donde acamparon en 1527, año de funesta memoria, las tropas que en aquella época sitiaron á Roma, entre las cuales figuraban las del duque Carlos de Borbon. Berthier manda que cada soldado encienda dos hogueras y que se diseminen todos por las faldas de la montaña que existe en frente de la ciudad. En su primer despacho participa á Bonaparte que el ejército halló profundamente consternados á los habitantes de ese territorio, y apagado entre ellos el espíritu de independencia como que solo uno se le presentó ofreciéndole poner en libertad á 2,000 galeotes, cuya proposicion rechazó, y añade que son inútiles las operaciones militares; que lo que se necesita son *negociadores* y que en su concepto es por demás su presencia.

Los que movidos por Communeau y Jorry debian sublevarse, empezaban á removerse. Hé aquí lo que en 29 de pluvioso (17 de febrero de 1798), escribia Berthier al general Bonaparte:

«A vuestras victorias se debe, ciudadano general, que el ejército francés haya podido llegar á Roma para vengar en su gobierno el asesinato del valiente general Duphot: preséntase el ejército francés y Roma queda libre.

«Reunido el dia 27 el pueblo de esta vasta capital, reconquistando sus derechos, se ha declarado independiente, enviándome luego una comision á cuyos deseos he accedido entrando en Roma. Llegado al Capitolio, he reconocido en nombre de la república francesa la independencia de la república romana, y estando cerca de la puerta llamada *del Pueblo*, otra comision me ha ofrecido una corona en nombre del pueblo romano. Al aceptarla, he manifestado que correspondia al general Bonaparte, que habia allanado el camino para que Roma fuese libre, que la aceptaba por él, y que se la enviaria en nombre del pueblo romano. Os la remito pues, ciudadano general, por me-

(1) «In Roma viene ucciso il Francese Duphot, nel punto che tenta metter in rivoluzione questa città.—Ancona illustrata,» 1832, en 4.º pág. 367.

dio de mi hermano. A vos os debo la dicha de haber podido proclamar la libertad de Roma.

« Recibid las seguridades de mi eterno reconocimiento.

« AL. BERTHIER. »

El infortunado soberano que pudo evitar la triste suerte que le aguardaba retirándose á Nápoles, fué declarado prisionero, y no faltó quien dijo con grosera ironía que ya que gustaba tanto de los viajes, bueno era satisfacer esta inclinacion. Al rogar el Papa que se le dejase morir en Roma, el calvinista Haller le contestó: « En todas parte se muere. » Por órden del Directorio se despojó al Papa de sus joyas, hasta del anillo pontificio, arrojándole de su palacio para conducirlo fuera de Roma.

A las cuatro de la madrugada del 20 de febrero, á pesar de que el tiempo estaba borrascoso, se le coloca en un carruaje y se le conduce á la plaza inmediata á la puerta Angélica, que se abrió lo absolutamente necesario para darle paso. Fuera ya de Roma, una crecida muchedumbre manifestó al Pontífice el cariño y la veneracion que le profesaba.

Algun tiempo habia que el gobierno francés escribió á su general lo siguiente: « Haced bambolear la tiara que ciñe la frente del pretendido jefe de la Iglesia universal. » Llegó la hora en que debia arrebatarle. No queriendo que el *príncipe de Roma* permaneciese en Siena por considerar que se hallaba demasiado cerca de Roma, se le condujo á la Cartuja de Florencia, en donde tuvo el consuelo de recibir los homenajes del rey de Cerdeña, Carlos Manuel IV, y de la reina Clotilde de Francia, hermana de Luis XVI, expulsados ambos de sus Estados. El dia en que dichos soberanos partieron para Cagliari, la reina Clotilde, puesta de rodillas, ofreció al Papa un anillo de mucho valor, y el Papa se lo puso en el dedo, prometiendo á la princesa que si posible era lo llevaria todo el resto de su desdichada vida.

CAPÍTULO IV.

Trastornos y confusion en Imola.—El cardenal publica una homilia.—Su análisis.—Constitucion de Roma.—Pio VI en Valence.—Su muerte.

Entretanto se habia apoderado el terror de los Estados pontificios, extendiéndose por las Legaciones, en las cuales habian estallado ya la mayor parte de las revueltas que podian temerse. El cardenal Chiaramonti se sobresaltó en extremo, pues veia mas que nadie el sistema de despojo que iba á organizarse. En efecto, Villetard habia secuestrado los objetos que dejó en Loreto el general Colli, los cuales ascendian á una suma de ochocientos mil francos, y no ignoraba el cardenal el modo como se hablaba de la *estátua de madera*, de las tres *fuentes de loza* y de un pedazo de *lienzo rojo* que, segun Villetard, constituian lo mas precioso de la santa capilla.

En medio de la confusion que reinaba, la ciudad de Imola pedia al cardenal que le trazara una línea de conducta. En aquellas circunstancias publicó la homilia que tanto se ha censurado, y que lleva la fecha del dia de Navidad. Gran parte de ella la compuso el mismo Chiaramonti; pero es indudable que no son suyos los inútiles pasajes que se le añadieron, y que atestiguan el espanto de que se hallaban sobrecogidas las personas que le rodeaban. Esos pasajes dieron pié á los infinitos cargos que posteriormente se dirigieron á Chiaramonti. Es digno de observarse que nadie se ocupó de esa homilia hasta el año 1800, época del cónclave, y que cuando adquirió importancia fué despues del advenimiento del nuevo papa.

Mientras los amigos del cardenal obispo y los habitantes pacíficos estaban aterrorizados, algunos fieles pueblos del obispado de Imola trataban de reproducir las escenas de Lugo. La autoridad eclesiástica creyó de su deber impedir una revuelta que en aquellos momentos en que Roma y el jefe de la Iglesia se veian amenazados por un enemigo que ya no tenia rivales en Italia, solo podia traer, sin ventaja alguna para el infortunado Pontífice, males de toda clase y el saqueo y la desolacion propios de una guerra, y publicó en Imola una homilia para alentar á los unos y contener á los otros.

Bueno era el fin que esos pueblos se proponian; mas cuanto se hubiera hecho habria sido una imprudencia. De todos modos fué una medida saludable la de hacer una advertencia religiosa, en la que al mismo tiempo que se daban pruebas de ardiente afecto al catolicismo, se consignaban principios de obediencia y sumision completa al poder constituido, ó sea, á la república cisalpina, que se hallaba reconocida mas de dos meses habia por el tratado de Campo-Formio, concluido entre el emperador de Alemania y la república francesa. La primera parte de la homilia la compuso el piadoso Chiaramonti, la segunda sus allegados, quienes, dominados por el miedo, faltando á la prudencia y olvidando las lecciones de la historia, probaron que no comprendian su situacion, ni el carácter de los vencedores. Por desgracia Chiaramonti puso su firma al pié de esa homilia escrita por diferentes manos, y publicada por el cardenal obispo el dia de Navidad.

Vamos á examinar con entera libertad la expresada homilia. La parte referente al dogma es tierna, consoladora y enérgica, y obra del cardenal, segun se lleva dicho. La parte política es muy desgraciada y hasta absurda por la imprudencia y el modo raro de verter los conceptos. Traspasando todos los límites, sus autores se pierden en consideraciones con frecuencia exageradas, y extendidas en el lenguaje propio del *charlatanismo* de la época.

Precisado á hablar circunstanciadamente de la homilia, única obra impresa atribuida al augusto personaje, cuya historia escribo, forzoso es decir que carece de todo fundamento la suposicion hecha por personas mal informadas de que en ella se calificaba á los franceses de *lobos decoradores* y *perros sanguinarios*. No se trata en la misma de los franceses, ni podia tratarse de ellos en tales términos, puesto que se escribia entonces bajo la impresion del miedo inspirado por el éxito de la *conjuracion* del Directorio, que se hallaba en vísperas de alcanzar nuevos triunfos y de causar mas terribles contratiempos á la Santa Sede. Nuestras palabras convencerán mas fácilmente al lector, cuando se haya formado concepto por sí mismo de ese memorable documento, del cual se habla mucho y que es sin embargo poco conocido.

He aquí el principio de la homilia :

« La voz eterna, todopoderosa por sí misma, ostentó exteriormente su virtud en el tiempo, y en un instante apareció la creación. Recorrió terrible el espacio ocupado por las turbulentas aguas que inundaban la tierra, encerrándolas en los límites que habían salvado. Esa voz habló en el Sinaí al caudillo del pueblo de Israel, en medio de relámpagos y truenos, precursores de la majestad divina, y el dedo de Dios escribió en dos tablas de piedra las leyes que enseñaron al hombre sus deberes hácia la divinidad, consigo mismo y con sus semejantes, deberes que desde el principio grabó en su espíritu para dirigir rectamente su conducta y sus costumbres de un modo conforme á la humana naturaleza.

« La divina sabiduría creyó, por decirlo así, que hacia poco derramando sobre el hombre semejantes dones. La divinidad tenia decretado otro orden de cosas á pesar de la ingratitude y del extravío de tantos malos hijos: descendieron de lo alto nuevos y mas grandes beneficios para dar otras pruebas de la clemencia divina hácia los hombres, y para animarlos á glorificar al Ser Supremo, á su Dios.

« Afortunada choza de Belen (ya se recordará que la homilia se publicó en Navidad), tantos prodigios á tí se deben! Y tú, Belen, tierra de Judá, no eres, nó un ínfimo rincón del país de los hebreos, puesto que de tí salió el hombre previsto por los patriarcas, simbolizado en los ritos y en los sacrificios, y que debia empuñar el cetro de Israel. Tú fuiste la cuna de Manuel, heraldo de la paz, del Hombre Dios nacido de una Virgen, y cuya divinidad y mision proclamaron los cielos y la tierra.

« Choza afortunada, y tú, gloriosa tierra de Judá, tú ofreces á mi vista un porvenir risueño; ¡ojalá que las lágrimas de gozo que derramo, exciten las de mis queridos hermanos, y que el universo entero resuene en alabanzas en honor tuyo!

« Pero que no sea mi gozo un homenaje estéril, que mi voz consiga algo mas que un vago aplauso y una inútil emocion en los que me escuchan. El Hombre Dios nació para comunicar á la humanidad los preceptos de una doctrina incorruptible, para instruirlos y rasgar las tinieblas que ofuscaban su espíritu. Yo os invito á aprender en esta escuela, queridos hermanos míos. Es indispensable que os explique aquí en resúmen esos preceptos, para que conozcais el modelo del buen cristiano en esta vida, y acumuleis méritos para alcanzar la felicidad eterna.»

Este pasaje es digno de un lector de teología, como Chiamonti. Sixto V, que tambien lo era, no pronunció durante su pontificado una sola alocucion sin consignar algunos rasgos didácticos en los que se traslucian los estudios á que prin-

cialmente se dedicaba. Considerado el pasaje transcrito bajo el punto de vista del estilo, se descubre en él al literato profundo que Pío VI juzgó digno de recompensa.

El autor de la homilia continúa luego, diciendo que el Hijo de Dios nos enseñó la humildad cristiana; que el buen cristiano ha de tomar la cruz y seguir á Nuestro Señor; que el hombre, para acercarse á Dios, necesita los auxilios sobrenaturales, y que ha de rogar con frecuencia. Reconoce la inefable bondad del supremo Hacedor, que desciende á escuchar las oraciones, á recibir los votos de sus criaturas, á amar á quien le ama, y á premiar á quien le honra, de todo lo cual dimana la grandiosa obra del culto de que no puede prescindir nacion alguna. La necesidad que de él se siente es prueba de que es el verdadero, así como los yerros de los pueblos atestiguan la inconstancia de los hombres y la debilidad de su razon, tan frecuentemente abandonada á sí misma y oscurecida por las pasiones.

Despues de esta definicion tan nueva del culto, el autor exclama:

¡ Oh santa religion católica, tú has impreso en tan noble objeto imágenes que mi débil voz no puede trazar! Yo me complazco en considerar tu excelencia y tu inalterable firmeza, y ojalá que en todos tiempos pueda, en cuanto esté en mi mano, celebrar tus triunfos y publicarlos como un brillante testimonio de la virtud divina que en tí resplandece. Aprendamos, oh hermanos míos, en tan gran maestro y en sus sencillos preceptos cuanto conviene despreciar todas las efímeras vanidades para ser dignos de la gloria eterna.

« No olvidemos que nos engrandecemos á los ojos de Dios tanto mas cuanto mas pequeños parecemos á los demás y á nosotros mismos. El que imbuido en máximas falaces, quiere extender demasiado su inteligencia, y animado de un frívolo deseo de superioridad, aspira á sobreponerse á sus semejantes, no ha estudiado de seguro en la escuela de Jesucristo, ni ha aprendido sus deberes hácia Dios. Comprended, oh hermanos míos, cuál ha de ser el principal y el mas grande sacrificio de vuestro corazon; comprended que si poseidos de un vivo afecto hácia Dios, renunciáis á vosotros mismos, Dios satisfará todos nuestros deseos por vuestra felicidad, por vuestra paz, y por la gloria imperecedera.»

Verificando luego una delicada transicion, se hace una pintura de los derechos políticos.

« Pero los deberes hácia Dios no son los únicos que tiene el hombre; existen también otros secundarios, inherentes á su naturaleza. Los sanos principios de su razon, su organizacion física y una tendencia irresistible á desear su felicidad, le prescriben que cuide de su conservacion y de su bienestar y que procure perfeccionarse. Si despojándose de engañosas preocupaciones se contempla á sí mismo, descubrirá un rayo de grandeza destinado al parecer á consolarle, al mismo tiempo que la sombra de miserias para oprimirle. Las pasiones, que son el principal resorte de los acontecimientos humanos, son al par el manantial de funestas consecuencias. Oh hombre, ¡cuándo aprenderás en la escuela del Redentor los medios de conservar tu grandeza, de alcanzar la verdadera *libertad*, y de romper tus cadenas! El objeto primordial de la filosofía de Jesucristo es ordenar las acciones y las pasiones, armonizar las fuerzas inferiores con las superiores, subordinar la carne al espíritu, los goees á la pureza de costumbres, y dirigir todas las facultades hácia ese centro y ese fin que Dios ha establecido. No os asuste, hermanos míos, una doctrina que al primer golpe de vista parece demasiado severa, y con tendencia á destruir el hombre y á arrebatarle su libertad. Nó, queridos hermanos míos, vosotros no comprendéis la verdadera idea de la libertad. Esa palabra, que tiene una acepcion determinada en la filosofía y en el catolicismo, no significa un descaño, ni una desenfrenada licencia, que permite practicar como se quiera el bien ó el mal, lo honesto ó lo impúdico. Léjos de nosotros interpretarla en este sentido que destruye el orden divino y humano y desnaturaliza la humanidad, la razon y todas las buenas dotes que el Criador nos ha concedido. La *libertad* que Dios y los hombres apetecen es una facultad, un poder dado al hombre de hacer ó no hacer, con sujecion siempre á las leyes divinas y humanas, de modo que no ejerce por cierto razonablemente su libertad el que rebelde y fogoso se opone á la ley, y el que resiste á la voluntad de Dios y al poder temporal. »

El obispo que proclamaba semejantes máximas, no queria agravar, permitiendo trastornos en Imola, la situacion de Pio VI, á quien tenian como cautivo en Roma algunos de sus súbditos, esperando el poderoso auxilio del poder que dominaba casi toda la Italia. Chiaramonti consigna además las mismas palabras de san Pablo, que decia: « Quien resiste al gobierno, resiste los mandatos de Dios. »

Las personas meticulosas que rodeaban al cardenal, cogieron luego la pluma de la mano de Su Eminencia, y dominados por el terror se expresaron en términos que no exigian las circunstancias; pues si bien la república ganaba terreno en la Lombardía y en las Legaciones, verificando confiscaciones,

cometiendo despojos y toda clase de excesos, generalmente respetaba la vida de los ciudadanos. Proclamaba, es verdad, la abolición de la nobleza; pero los franceses frecuentaban las casas de los grandes, despojábase de sus bienes á los monjes; mas se les concedían pensiones que se les pagaban con regularidad, y no se cometían violencias contra el clero secular, ni se insultó á los obispos en ninguna parte, sino en los tiempos de gran desórden.

¿A qué, pues, tanto miedo? El cardenal expuso del modo debido todo cuanto convenia; mas los que se expresaron despues de él lo hicieron demostrando un miedo, una erudición inoportuna, y una oficiosidad inconveniente.

«La forma, decían, de gobierno democrático adoptada entre nosotros, no se opone, queridos hermanos, á las máximas que acaban de exponerse, ni repugna al Evangelio, sino que por el contrario exige todas las sublimes virtudes que solo se aprenden en la escuela de Jesucristo, las cuales, practicadas religiosamente, harán vuestra felicidad, así como constituirán la gloria y la esencia de vuestra república. ¡Que la virtud que perfecciona al hombre, y le dirige al supremo y mejor de todos los fines, vivificada por la luz natural y fortificada con las máximas del Evangelio, sea la base en que descansa sólidamente nuestra democracia!»

Aquí los colaboradores y consejeros de Chiaramonti olvidaron las reglas del buen sentido. Sin embargo de que no se infería agravio á la religion, que en virtud del tratado de Tolentino debía respetarse en las Legaciones, no se deseaba su triunfo. Ofrecía por cierto un raro espectáculo el ver predicar en esa época de discordias y de codicia las virtudes propias del catolicismo, y demostrar las ventajas que este podía proporcionar al desenvolvimiento de la democracia. ¿Pero cómo podía subsistir un régimen democrático introducido violentamente, que pugna con los hábitos, con las costumbres, con las preocupaciones y con los intereses de tantos italianos? ¿Cómo personas tan entendidas y versadas en la historia olvidaron que los grandes conquistadores solo trabajan en utilidad propia, y desconocieron que tras de las continuas victorias que engrandecían á un solo hombre, debía restablecerse por efecto de infinitas combinaciones el principio monárquico, que se conser-

vaba en tódo su vigor en Alemania , y que no abandonaron el resto de la Europa , ni aun la Inglaterra?

Vamos á consignar algunos pasajes escritos en un lenguaje metafísico, que no está en armonía con los que preceden, y pueden atribuirse al cardenal Chiaramonti.

« En buen hora que una agradable medianía resplandezca en los *medios*, pero el fin exige *lo mejor, todo lo mejor* (tutto bene). Con solo las virtudes morales, seríamos hombres medianos; con las virtudes teológicas, teniendo por objeto á Dios, seremos hombres perfectos. »

Usándose luego de la figura pretericion, se habla de Atenas, de Esparta, de las leyes de Licurgo y de Solon, de Cartago, émula de Roma, y finalmente de la república romana. En esta parte, al lado del deseo de impedir una revuelta, se descubre un notable olvido de los riesgos de la época, y un prurito inconveniente de ensalzar á los antiguos romanos, los cuales, segun se pretende, mientras las naciones en la apariencia mas civilizadas, enseñaban en sus escuelas con sutiles razonamientos la filosofía moral, eran virtuosos sin necesidad de tantos raciocinios, y practicaban la moral sin asistir á las escuelas y sin ostentar el manto de la filosofía, despreciando, por efecto de la sencillez de sus costumbres, el fausto de una afectada elocuencia y de una lógica mas artificiosa que real.

Ese modo de expresarse era sin duda anticiparse á aplaudir á los que trataban de restablecer en Roma la república romana. En seguida se consigna un pasaje del *Emilio* de Rosseau, que hubiera estado mejor en otra parte, y es aquel en que el autor dice que la santidad del Evangelio habla á su corazon, y que este libro presenta caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes y tan inimitables, que bastarian para que se admirase mas á su autor que al héroe que en él figura.

No parece sino que el cardenal tomó la pluma de las manos, que tan imprudentemente la manejaban, para consignar las siguientes líneas:

« Y vosotros, mis estimados compañeros, que estais encargados de parte de mi rebaño, y que me ayudais á sostener el peso espiritual del pueblo de Dios, permaneced unidos para conservar intácta la religion católica. Procu-

rad, inteligentes compañeros míos, que la integridad, los sentimientos religiosos, y el deseo de la felicidad comun, aparezcan en vosotros de tal suerte, que seais á los ojos de vuestro rebaño modelos de virtudes cristianas y morales, para que las imiten los fieles que os están encargados. Queridísimos hermanos míos, la paz del Señor sea siempre con vosotros.»

Por lo que acabamos de consignar, se ve que la inútil manifestacion de adhesion á una causa que no debieran abrazar las personas que rodeaban al obispo Chiaramonti, era mas propia para alentar que para contener á los rebeldes de Lugo, y los ataques de los enemigos de Pio VI, destinado á sucumbir infaliblemente.

Despues de expulsado de Roma el Papa, organizóse en república el resto de sus Estados, proclamándose en seguida una constitucion que, entre otros, contenia los artículos siguientes:

« La libertad consiste en la facultad de practicar todo lo que no perjudique á los derechos ajenos. Ninguna ley criminal ni civil tendrá efecto retroactivo.

« Todos los deberes de los hombres y de los ciudadanos dimanen de dos principios grabados por la naturaleza en la conciencia de todos, á saber: *No hagas á otro lo que no quieras que á tí se haga*, y haz á los demás el bien que quieras que á tí te hiciesen. No es buen ciudadano el que no es buen hijo, buen padre, buen hermano, buen amigo y buen esposo.»

Mas sin embargo, con desprecio de esas seductoras promesas y de esas sábias máximas sacadas del cristianismo, se encarcelaba á personas pacíficas para arrancarles injustos impuestos, se investigaban las opiniones profesadas en otros tiempos, y se inferian castigos por lo pasado, haciéndose de este modo á los demás lo que no se hubiese querido que se hiciese á uno mismo, y no respetándose por otra parte la pureza de costumbres, que no servía para librarse de los excesos que se cometian.

La república estaba dividida en ocho distritos de desigual extension. Formáronse nuevas provincias, los idiomas quedaron confundidos; y como se tenia un gran prurito de restablecer las antiguas denominaciones, nombróse un *comicio* para cada distrito, confiése el poder legislativo á un *senado* y á *tri-*

bunos, el poder ejecutivo se encargó á cinco *cónsules*, asignándose á cada uno un sueldo de veinte mil francos, y la administracion de los distritos se puso en manos de un prefecto consular.

Tocante á los delitos que importaban pena afflictiva ó infamante, á nadie podia juzgarse, sino en virtud de acusacion admitida por el jurado. Una comision de este decidia sobre si debia admitirse ó no la acusacion; otra comision examinaba el hecho, y la pena determinada por la ley era aplicada por tribunales criminales. Las votaciones de los jurados eran secretas, y los que sentenciaban debian fallar por unanimidad en pro ó en contra del acusado, dentro de las veinte y cuatro horas de su reunion. Ninguna cortapisa se puso á la libertad de la prensa, ni del comercio, ni en el ejercicio de la industria y de las artes de cualquiera clase que fuesen. Nos abstendremos de consignar las demás denominaciones que adoptó la república como las de *ediles*, *cuestores* y *censores*, y diremos por último, que el pueblo confió el depósito de la constitucion á la fidelidad de los cuerpos legislativos, de los *cónsules*, de los administradores y de los jueces, á la vigilancia de los padres de familia, á la ternura de las esposas y de las madres, al afecto de la juventud, y al esfuerzo de todos los romanos. Todo esto, á condicion de que ninguno de esos respetables órdenes de la sociedad, se inmiscuiria en los negocios encargados á los comisarios franceses que gobernaban el país.

No hay duda de que en algunas de las expresadas disposiciones, se descubren útiles y apreciables miras, lo cual debe atribuirse á que el gobierno, inspirado dignamente por Bonaparte y á su instancia antes de que se encaminara á Egipto, envió á Italia, para colocarlas del modo debido, á respetables personas, entre las cuales figura en primera línea M. Berthollet.

¿Pero qué pensar de una constitucion destinada á rejir los estados de Roma, de una publicacion política de tanta importancia, en la cual por orden del Directorio para nada se mentó á la religion? Hasta entonces el sacerdocio gobernó exclusivamente esos Estados, y de pronto se le obliga á guardar silencio, sin que sepa hasta qué punto se le permitirá ejercer

su poder en las conciencias. Exigióse un juramento al clero, y se desterraba á los que se negaban á prestarlo. Ni una sola vez fueron convocados en adelante aquellos poderosos jurados, cuyas protectoras formas y cuyos respetables decretos inspiraban confianza á los acusados. Y además Nápoles estaba con las armas en la mano, y el Austria ocupaba á Venecia.

Con todo, algunas personas confiadas creían que la república romana prosperaría, pues ¿cómo habia de perecer habiéndole prometido su alta proteccion el Directorio? El 3 de marzo esta *Pentarquia* dirigió al consejo de los Quinientos un mensaje, con el cual al parecer consumaba la ruina de la Santa Sede. El Directorio expresábase de esta suerte:

«Hay dos gobiernos en Europa notables por su política astuta y sanguinaria y su odio contra la Francia, especialmente contra la Francia libre y republicana, y son: el gabinete de San James y la teocracia de Roma. Los crímenes del primero de esos gobiernos mucho tiempo ha que excitan nuestra ira. *Bien pronto les daremos el castigo que merecen.* Sin embargo, esos crímenes nada son comparados con los de los obispos de Roma....

«Clemente VI oprimió la Europa bajo el peso de su orgullo, Pio VI arrastró sus inútiles laureles en la soledad del Vaticano; el primero de esos *servidores de los servidores de Dios*, mató con su altanería al emperador Luis de Baviera, y al otro le hemos visto asesinar cobardemente á Basseville y á Duphot. El valiente Duphot era la *victima designada* que debía morir á sus golpes. El gobierno romano ha parodiado una revuelta (1).»

La vigilancia que se ejercía sobre el Sumo Pontífice mientras se hallaba en la Cartuja de Florencia, no era tanta que no

(1) Esto no puede aguantarse. Ya se ha dicho que el infortunado Basseville pereció en un motín popular.

No se ignora tampoco que Duphot fué herido en la calle en el acto de gritar á la tropa y al pueblo de Roma: «Yo soy vuestro general,» y de querer derribar con el sable el fusil del cabo Marinelli, que defendía el órden público en nombre de su soberano. Mas no es fácil recordar de pronto el comportamiento que Clemente VI, Pedro Roger de Maumont, elegido en Aviñon el 7 de mayo de 1342, observó con Luis de Baviera. Esta cita se ha atribuido á Barras, miembro del Directorio, que pretendía conocer bien la historia de Aviñon, en donde residía Clemente VI. No es cierto que este Papa matara con su arrogancia al emperador Luis de Baviera. Hallándose este en Roma mandó publicar una sentencia en la que se condenaba á ser quemado vivo á Juan XXII, predecesor de Clemente VI, quien creyó que debía prohibir toda comunicacion con ese enemigo de la Santa Sede. A instancias de multitud de

se le permitiese estar en correspondencia con su familia y recibir los consuelos del rey de Cerdeña y de su esposa Clotilde, la cual rogaba al Papa con gran empeño que se trasladase á Cerdeña, en donde al menos estaria en completa libertad; mas sus deseos no se realizaron, como se desprende de la carta que continuaremos luego, y que el augusto cautivo dirigió á su sobrino el cardenal Braschi. Esa carta, la última quizás en que Pio VI pudo manifestar sus pensamientos, tiene la particularidad de estar fechada en el vigésimo quinto año de su pontificado. En efecto, su eleccion tuvo lugar el 15 de febrero de 1775, y por consiguiente el 15 de febrero de 1799 (1) hacia veinte y cinco años que era papa. En la expresada carta, como se verá, se interesaba en favor de los ingleses que se mostraron animados del deseo de contribuir á libertarle.

La carta decia:

« Mi muy amado sobrino:

« Nadie duda ya de la toma de Corfú, y ahora veremos si los ingleses libertarán á Malta como lo han prometido.... Tres dias ha que en virtud de una comunicacion del Directorio, se me debia trasladar á Cagliari; mas el embajador francés se opuso, alegando que no debia ir allí porque habia el rey del Piemonte. El abad Tosi ha llegado aquí de Sicilia, y lo que es mas de Palermo, se ignora el objeto. A pesar de que hace cuatro dias que se halla en Florencia, todavía no le he visto. He sabido con gusto que el noble Pésaro se esfuerza en exterminar de esa ciudad á los jacobinos; pero por mucho que he discurrido y vuelto á discurrir, no he podido recordar que su hermano haya sido embajador en Roma. El primer ministro del gran duque, el marqués Manfredini, ha ido á Mantua para impedir la ejecucion de la orden del Direc-

señores alemanes, Clemente VI protegió al landgrave de Moravia, Carlos de Luxemburgo, que fué elegido emperador en lugar de Luis de Baviera, quien murió en 11 de octubre de 1347 de resultas de una caída de caballo, mientras perseguia un oso: Clemente VI, que era un magnate francés, tenia mucha firmeza de carácter, mas nunca se mostró cruel. Respecto á su orgullo, es cierto que un dia dijo que no todos sus predecesores supieron ser papas, y realmente hubiera hecho mejor en manifestarse mas modesto. ¿Pero acaso fué mas humilde Luis de Baviera, este emperador que fué el primero en colocar dos águilas en el sello imperial, dando lugar con esto á que se inventase el águila de dos cabezas?

(1) En el momento en que Berthier subia al Capitolio, el Sacro colegio, reunido en la capilla Sixtina, celebraba tranquilamente el aniversario de la eleccion del Papa, rasgo de intrépido valor digno de los antiguos romanos.

torio, en virtud de la cual se me debía trasportar á Cerdeña. Veremos si consigue lo que desea, como es probable. Gracias á Dios que me encuentro mejor de algunos dias á esta parte, si bien me molesta todavía la debilidad de las rodillas, por efecto de la cual no puedo andar sin que me ayuden. Os envío de todo corazón la bendición apostólica. En la Cartuja de S. Casciano, cerca de Florencia, el 22 de marzo del año 1799, vigésimo quinto de nuestro Pontificado.

PIO PP. VI.

Temiendo el Directorio que se encendiese de nuevo la guerra, mandó trasladar á Pio VI á Francia, en donde se le dieron pruebas del respeto que se le profesaba. En Grenoble las señoras se vistieron de criadas para poder llegar hasta él y recibir su bendición. Hasta los protestantes mostraban públicamente lo admirados que estaban del ánimo que tenía.

Desde Grenoble se le trasladó á Valence del Delfinado, en donde se le permitió comunicarse con el arzobispo de Corinto, monseñor Spina. El infortunado Pontífice sucumbió en esa ciudad víctima de sus sufrimientos el 29 de agosto de 1799, á la edad de ochenta y un años, ocho meses y dos dias, despues de gobernar la Iglesia veinte y cuatro años, seis meses y catorce dias. Su pontificado fué el mas largo de cuantos se sucedieron desde san Pedro. El abad Tosi refiere el modo resignado y cristiano con que terminó sus dias Pio VI, quien poco antes de morir dispuso que el precioso anillo que llevaba, regalo de la reina Clotilde, se entregase al Sumo Pontífice que le sucediese.

CAPÍTULO V.

Cónclave de Venecia.—Debates de los cardenales.—Monseñor Consalvi, secretario del cónclave.—Eleccion del cardenal Chiaramonti, quien toma el nombre de Pio VII.—Dictámen del cardenal Bernis sobre la eleccion de los papas.

Bonaparte pasó á Egipto en alas de su fortuna y de su gloria, y organizó en aquel país los planes que meditaba en favor de la Francia. Mientras tanto el ejército del Directorio, acaudillado por Scherer, sufría en Italia algunos descalabros, y los cardenales se reunían para dar un sucesor á Pio VI.

El emperador Francisco II les ofreció , por medio de una afectuosa carta, dirigida por su ministro Thugel, la ciudad de Venecia para que se reunieran en ella, como así lo verificaron en número de 35 el 1.º de diciembre del mismo año 1799 (1).

Los sobrinos de los papas difuntos que toman parte en los cónclaves, influyen mucho en la eleccion de lnuevo Sumo Pontífice, pues los cardenales creados por su antecesor ó que merecieron su aprecio, á impulsos de un sentimiento de gratitud, suelen consultar las intenciones de esos sobrinos. Pio VI reinó cerca de veinte y cinco años, y durante tan largo espacio renovó casi todo el colegio de los cardenales, favoreciendo pródigamente á muchos de los antiguos. A pesar de que el cardenal Braschi carecia del talento necesario para figurar como jefe de partido, no obstante gran número de cardenales seguian sus inspiraciones, y entre ellos se contaban los dos únicos cardenales que quedaron de los nombrados por Benedicto XIV , Juan Francisco Albani , que lo fué en 16 de abril de 1747, y Yorck , que obtuvo la púrpura en 3 de julio del mismo año. Estos dos respetables príncipes de la Iglesia, decano el uno y sub-decano el otro del sacro colegio, eran tenidos en gran concepto. Los dos contaban mas de cincuenta años de cardenalato : el primero era un noble romano , hijo de una familia emparentada con la casa de Austria ; el segundo era el último de los Estuardos, y tomó en las monedas y en los

(1) Hé aquí los nombres de dichos cardenales:

Albani, duque de Yorck, Antonelli, Valenti Gonzaga, Caraffa Trajetto, Zelada, Calcagnini, Mattei, Archetti, José Doria, Livizzani, Borgia, Caprara, Vincenti, Maury, Pignatelli, Roverella, la Somaglia, Antonio Doria, Braschi, Carandini, Flangini, Rinuncini, Honorati, Giovanetti, Gerdil, Martiniana, Herzan de Harras Bellisomi, Chiaramonti, Lorenzana, Busca, Dugnani, Pretis y Fabricio Ruffo.

Habia desparramados por Europa once cardenales mas, los cuales por efecto de varias circunstancias dejaron de asistir al cónclave, y eran: Sentmana, Mendoza, Gallo, la Rochefoucauld, Rohan, Montmorency-Laval, Frankenberg, Migazzi, Bathyani, Ranuzzi y Zurlo.

En rigor habia cuarenta y siete cardenales contando á Antici, que verificó su dimision de la púrpura en manos de Pio VI, quien la aceptó por medio de un breve, al cual se adhirieron treinta y siete cardenales. No obstante lo dicho, Antici se presentó en Venecia para entrar en el cónclave, á lo cual se opusieron justamente sus antiguos compañeros.

actos de soberanía el nombre de Enrique XI, rey de Inglaterra y Francia.

El cardenal Antonelli, á pesar de ser hechura de Pio VI, de quien recibió el primero la púrpura en 14 de abril de 1775, distinguido desde entonces por sus luces y por su prudencia como prefecto de la Propaganda, y no pudiendo resistir al deseo de figurar aparte, se declaró jefe del partido contrario á Braschi. El de este último contaba con veinte y dos votos, siendo menester para ganar la eleccion obtener los dos tercios de ellos, ó sea veinte y cuatro; el de Antonelli solo reunia trece, con cuyo número que bastaba para dar una *exclusion*, impedia el triunfo de Braschi, al cual no le faltaban mas que dos. El cardenal Chiaramonti estaba por Braschi.

Por espacio de dos meses, Bellisoni, natural de Pavía, cardenal desde 14 de febrero de 1785, y obispo de Cesena, tuvo á su favor los veinte y dos votos del partido de Braschi, y el cardenal romano Mattei, arzobispo de Ferrara, el mismo que firmó el tratado de Tolentino, y que asustado al ver á Bonaparte dió no obstante una respuesta conforme con los principios religiosos, alcanzaba todos los dias los trece votos del partido de Antonelli.

La eleccion de Mattei presentábase poco probable. El duque Braschi refirió á su hermano cardenal la anécdota de las instancias que dirigió á Cacault, y por otra parte Su Eminencia obtenia siempre únicamente trece votos, bastantes para impedir una eleccion é insuficientes para ganarla. Además, difícilmente se deciden los cardenales á elegir un príncipe romano, temerosos de que su elevada posicion no le induzca á querer dominar demasiado. Ciertamente la religion no hubiera padecido en lo mas mínimo, teniendo por jefe á un hombre piadoso como el cardenal Mattei; mas como tenia un carácter débil, el nepotismo se hubiera sentado en el trono al dia siguiente de tomar posesion del pontificado.

Empezábase tambien á considerar improbable la eleccion de Bellisoni, al ver que en el decurso de dos meses no consiguió ganar ninguno de los dos votos que le faltaban. Algunos electores, refiriéndose á él, decian: «A un habitante de Cesena, como Pio VI, no debe suceder otro hijo de Cesena,

pues ser obispo de Cesena equivale á ser hijo de esta ciudad. Como obispo ese cardenal tiene importantes relaciones en ella, y por lo tanto estará en una especie de dependencia de la casa de Braschi, siendo esta la que gobernará en último resultado.»

Los partidos manteníanse constantes é inflexibles. Fijáronse las miradas en Valenti, nombrado cardenal por Pio VI el 15 de abril de 1776, mas en vano. Cambiando de táctica el partido de Braschi, dió algunos votos al cardenal Gerdil, preceptor que fué del rey de Cerdeña, Carlos Manuel IV. Inútil fué igualmente proponer á Antonelli y á Albani: este último tenia en contra el ser pariente del Austria por parte de la casa de Módena, y así fué que se pensó de nuevo en Gerdil, cuyo gran talento, avanzada edad y escritos eran poderosos motivos para creer que se conseguiria darle la tiara. Circulóse su obra titulada *La inmaterialidad del alma demostrada contra Locke*, en la cual Gerdil, refutando la famosa proposicion de Locke sobre el pensamiento de la materia, combatia victoriosamente al filósofo inglés y á Voltaire. Los enemigos de la Francia se oponian á la eleccion de Gerdil porque era francés; mas es preciso advertir que si bien nació en Samoens, de Saboya, comarca sometida entonces á la Francia, siendo todavía muy jóven, salió de su país nativo pasando á Bolonia á estudiar la teología, y despues de residir en Turin desde el año 1777, casi nunca se separó de Roma, en donde desempeñaba el cargo de prefecto de la Propaganda. En mitad de una votacion, Herzan, natural de Praga, creado cardenal por Pio VI el 12 de julio de 1773, y representante del emperador en el cónclave, pronunció una exclusion formal contra el cardenal Gerdil, declarando que el emperador Francisco no gustaba de un súbdito del rey de Cerdeña.

Cuando los jefes de los partidos de un cónclave los dirigen bien, se tiene paciencia, resignacion y disciplina para apoyar sus esfuerzos; mas cuando se pasa mucho tiempo sin conseguir resultado alguno, si entretanto sufre la salud de los enfermizos ó la estacion incomoda, sucede lo que es natural, esto es, que sobreviene el cansancio, se altera la disciplina, se aflojan los lazos de la amistad, y se pierde la confianza. Empezábase ya á murmurar de los jefes al ver que ni triunfaban ni

se entendían, y como comunmente acontece en momentos de cansancio y de defecion, siempre hay un jefe mas activo que los demas para renovar la partida y reparar las pérdidas. Un corto número de cardenales que rodeaban á Braschi, mostrábase adicto á la desgraciada familia de este, que tanto habia sufrido sin merecerlo. El cardenal Antonelli, que desertó de esta causa, no excitaba tantas simpatías. De repente, Antonelli pierde los dos votos necesarios á Bellisomi, con los cuales reúne este veinte y cuatro, y Antonelli queda vencido. Iba á terminarse ya la eleccion, la cual era casi seguro que resultaria por unanimidad de votos, cuando Herzan, que pertenecía al partido de Antonelli, y que hizo imprudente uso contra Gerdil del derecho de exclusion (1), manifestó que hallándose reunido el cónclave en una ciudad de los Estados del emperador de Alemania, era regular que antes de publicar la eleccion del nuevo pontífice, se diese conocimiento de ella al gabinete de Viena, aunque no dudaba que seria del agrado del emperador, por ser Bellisomi hijo de Pavía, perteneciente al ducado de Milan, y en consecuencia súbdito suyo.

Envióse un mensaje al emperador, y creyendo los cardenales que no tardarian sino algunos dias en recibir su respuesta, se daban mutuamente votos solo por ganar tiempo. Pasóse sin embargo un mes sin obtenerla, y durante este tiempo se enfriaron tanto los partidarios de Bellisomi, que aun cuando hubiese llegado la noticia de que el emperador aprobaba su eleccion, esta ya no era posible por haber perdido ya los dos votos que se le agregaron, y mas de la mitad de los que tuvo al principio. El cardenal Mattei no conseguia en su favor ninguno de esos votos, á pesar de que no faltó un cardenal de talento y de corazon que recordó la respuesta que diera á las amenazas de Bonaparte. «Esta respuesta, decia, ¿no es por ventura digna de uno de los hombres de los primeros siglos de la Iglesia? ¡pedir tan solo un cuarto de hora para disponerse á

(1) El derecho de exclusion pertenecía á la Francia, al Austria y á España. Los dos únicos cardenales españoles que habia en el cónclave, no se consideraban con suficiente autorizacion para emplearlo; y el cardenal Maury, representante de Luis XVIII, no se atrevia á pronunciarla por temor de que se la combatiese.

morir!» A lo cual, contestaba el cardenal Braschi: «Mi hermano, mi mismo hermano le vió á las plantas de un representante de la Francia. En buen hora que Mattei supiese morir, pero no sabría reinar.» Braschi era escuchado al hacer esta objecion, mas se le desatendia en el momento de recoger votos para uno de sus partidarios. Los jefes del cónclave habian perdido ya completamente su influjo, y era menester que otros personajes, que hasta entonces solo representaron el papel de espectadores, procurasen que se verificara una eleccion acertada.

El secretario del cónclave era el romano monseñor Consalvi. Nacido en Roma el 8 de junio de 1757 de una familia noble y no muy rica, originaria de Toscanella, se educó en el colegio de Frascati, en el cual el bondadoso obispo de esta ciudad, el cardenal Yorck, dispensaba su apoyo á los nobles pobres de los Estados romanos. Destinado al principio á la institucion del *Buon governo* (administracion de la municipalidad), ocupó un puesto en un tribunal superior, y posteriormente, y esto es muy notable, obtuvo hallándose en la flor de su edad, una de las doce plazas del respetable tribunal de la *Rota*, rígido observador de las leyes, que explican acertadamente hombres adictos á los santos principios del derecho público, y altamente convencidos de las ventajas de la independencia judicial, y finalmente, fué nombrado, segun se ha visto, presidente de la congregacion *Sull'armi*.

Consalvi no tenía mas que 43 años. Al experimentar los primeros impulsos de la ambicion, comprendió que para ser secretario del cónclave era preciso ser antes secretario del consistorio, plaza que ocupaba el cardenal Negrone.

Consalvi le expuso que para trasladarse á Venecia y emprender en el invierno un viaje penoso como este, se necesitaban otras fuerzas y mas salud que las de un anciano. Conociendo Negrone que no se hallaba en disposicion de ponerse en camino, accedió á los deseos de Consalvi, que le propuso ocupar su puesto, y le prometió velar asiduamente por los intereses del gobierno de Roma. Provisto de cartas de Negrone que le designaba por su sucesor, fué admitido por los cardenales. No tardó en penetrar las miras de M. Thugut, bien secunda-

das en cierto modo, pero mal disimuladas por el cardenal Herzan, y en conocer que no triunfaria Bellisoni protegido por el partido de Braschi, ni Mattei que lo era por el cardenal Antonelli, y que el cardenal Chiaramonti, postergado por el partido de Braschi, con el cual le unian el parentesco y la gratitud, era uno de los cardenales que por muchos motivos merecia la preferencia.

Consalvi dejó que los partidos gastasen sus fuerzas, y cuando vió que se esperaba en vano la vuelta del mensaje dirigido á Viena, manifestó á los cardenales que en la triste situacion en que se hallaba colocada la Santa Sede, convenia elegir un papa de carácter pacífico, afable y prudente, que con su voz paternal procurara mitigar los males de entonces, puesto que un pontífice de ánimo resuelto y que al parecer se hallaba dispuesto á luchar, habia perdido ya parte de la herencia de san Pedro. Examinando las circunstancias de los cardenales reunidos en el cónclave, hizo observar que el cardenal Mattei, recomendable por otra parte, por haber salido de su familia dos papas en los primeros siglos de la Iglesia, firmó el tratado de Tolentino, á consecuencia del cual cediéronse tres legaciones á la república cisalpina; que era de temer que si llegaba á ser papa, no se atreveria jamás á pedir la restitucion de ellas al Austria, que las ocupaba por derecho de conquista; que aun suponiendo lo contrario, no podia olvidarse que en esa época demostró una pusilanimidad reprehensible, y que un sumo pontífice solo debe prosternarse ante el altar, ó para rogar á Dios. Añadia que Mattei era afable hasta tal punto que degeneraba en débil, y diciendo además: «Estos argumentos se han repetido mil veces; pero hay verdades que se han de tener presentes siempre.» Monseñor Consalvi opinaba que no debia pensarse mas en Gerdil por haber sido excluido por el Austria, siendo muy temible una exclusion pronunciada por un soberano á quien se debe hospitalidad; que el cardenal Bellisoni, de Pavía, era súbdito de la antigua república transalpina, inmediata á la moderna Francia que invadió el Piamonte; que dicha república, momentáneamente destruida, podria restablecerse en parte, en especial en Lombardía, y que por lo tanto no convenia un papa que tuviese relaciones en Pavía.

Expuso reservadamente á los principales jefes del cónclave, que varios cardenales protegidos por algunas potencias europeas, que al principio ejercieron en él algun influjo, quizás debieron el apoyo que se les dió á la esperanza alimentada por aquellas de imponer con el tiempo condiciones duras y vergonzosas; que era preciso votar unánimemente á un individuo del sacro colegio que fuese independiente, y á quien nadie se hubiese dirigido todavía para inducirle á olvidar los deberes de pontífice; que era útil en alto grado proceder á semejante nombramiento; que la Iglesia corría riesgo; que el cónclave no era dueño de obrar como quisiese; que compuesto como estaba de personas sesudas é instruidas en la escuela de la desgracia, debía comprender lo mucho que interesaba el que se pusiesen de acuerdo todos los partidos, mayormente despues de acreditada su impotencia; que era indispensable resolverse á escuchar y á reflexionar hasta sobre las observaciones desagradables; que desde la expulsion de Pio VI de Roma, habia pasado el gobierno por diferentes manos; que si bien los extranjeros causaron males en ella, su permanencia fué provechosa en parte, debiéndose á la misma algunas mejoras descuidadas por el anterior gobierno; que quizás se empezaba ya en Roma á olvidar el respeto debido al poder espiritual, y que urgía nombrar pronto un papa. Nada omitia Consalvi para conseguir su objeto. M. de Thugut, primer ministro del emperador de Alemania, trata con frialdad á los cardenales, y corresponde mal á las atenciones y á la deferencia que le demuestran, y el gabinete de Madrid rehusa prestar los socorros pecuniarios que de él se imploraron. Acton, primer ministro de Nápoles, dicta severas medidas en Roma, de donde no quiere sacar sus tropas, de modo que las potencias de las cuales esperaron apoyo los Estados eclesiásticos, solo hallan en ellas amigos inseguros ó inicuos aliados. Consalvi decia que para adquirir fuerzas importaba mucho aprovechar los recursos con que necesariamente debia contar un soberano como el papa, y despues de hacer notar que ningun monarca empleó francos y directos esfuerzos en favor de Luis XVIII, á quien Roma hubiera querido ayudar, acabó por insinuar que la Francia, destrozada antes por intesti-

nas discordias, se encontró un día que Bonaparte era cónsul. Manifestó que á este hombre, que algunas veces se mostraba misterioso, se le escaparon un día estas palabras: « Trátese conmigo, pues yo no apruebo los excesos y soy el mejor amigo de Roma; » palabras que revelaban cierta disposicion de ánimo que dió á entender sin advertirlo en circunstancias críticas en que se le observaba cuidadosamente. Consalvi añadia que la Francia, pacificada ya, quizás desearia reanudar sus relaciones con la Santa Sede, cuya gloria estaba reservada al parecer á Bonaparte, que vencedor siempre, probablemente reconquistaría muy pronto la Italia, colocándose de este modo en situacion de obrar á su albedrío, y que tal vez convendria acudir á París, á esa veleidosa ciudad que tan rudos golpes habia dado á la religion, para demandarle su poderoso apoyo y pedirle la restitution de los Estados de la Iglesia en el caso de que la victoria coronase otra vez las armas francesas. Y concluyó diciendo: « A vosotros toca esforzaros en penetrar los secretos de la Providencia, que á menudo ostenta su gloria y su grandeza por caminos que el hombre evita, temiendo encontrar la desolacion y la muerte. Concluid pronto vuestra obra, cardenales, que jamás cónclave alguno fué llamado como este á llenar mision mas noble. En otras épocas hábiles pontífices, inspirados por la divinidad, salvaron á Roma de grandes horrores; hoy día, la abatida púrpura, dispersa á consecuencia de imprevistos desastres, pero llena de valor é independiente á pesar de hallarse en país extranjero, salvará definitivamente á la Santa Sede, eligiendo sin demora un jefe, y auxiliándole en bien de la religion. »

Consalvi empezaba á demostrar su tino político, al cual debió el aprecio de los diplomáticos de su tiempo. Muchos fueron los cardenales, que creyéndole desapasionado, le escucharon con atencion, suma, sintiéndose profundamente conmovidos al oír su enérgica elocuencia, al ver lo nuevo y atrevido de sus miras, y al persuadirse del mal comportamiento que estaban observando los ministros de la Europa católica. En el gobierno de Roma no domina otro espíritu que el de proteger los intereses de esta ciudad, ó sea los de la religion; ese espíritu es el que impulsa á hombres que generalmente son amigos de la

moderacion, y anhelan el esplendor de la Santa Sede. No es esto decir que entre los cardenales no haya algunos muy ambiciosos; mas se ha observado constantemente que sacrifican siempre su ambicion á las ideas de justicia que les recuerda el juramento prestado al recibir la púrpura.

Por lo dicho se ve que Consalvi, ocultando en parte el objeto que le movia, verificaba una exclusion sin indicar la persona que podria elegirse. No obstante, algo podia adivinarse tocante á sus pensamientos. «El Papa de carácter pacífico, afable y prudente, animado á la vez de paternales sentimientos y de un espíritu independiente, á quien el sacro colegio pudiese auxiliar en bien de la religion,» no podia ser otro que el cardenal obispo de Imola.

Mucho le costó á Consalvi reducir á Chiaramonti, á quien manifestó que queria hacer papa, siendo necesarias mas de dos semanas para desvanecer los escrúpulos, que fundados en la antigua disciplina, oponia el humilde hijo de San Benito. Al fin, despues de una obstinada resistencia, el modesto religioso dió indicios de acceder á lo que se le proponia. Mas ante todo convenia ganar seis votos de que disponia el cardenal Maury, que habia llegado á ser un jefe secundario de partido, merced á sus agudas reflexiones, á sus brillantes dichos, y á su famosa elocuencia, con la cual deslumbraba siempre, ya expresándose en el idioma italiano, ya en su lengua materna.

«Si vos aceptais, dijo Consalvi al obispo de Imola, ¿cómo nos lo compondremos con el aviñonés Maury? A un hombre de su talento y tan instruido en los negocios, no basta hablarle en buen lenguaje, es menester que se aviste con él un santo, y vos podriais ir á encontrarle.» Sonrióse Chiaramonti al oír ese intencionado cumplido, excusándose luego de ejecutar lo que se le indicaba por carecer de las dos cualidades que se le atribuian. Al insistir Consalvi en su empeño, Chiaramonti repuso, que si se le exigia que diese el mas insignificante paso cerca del cardenal francés ó de otro cualquiera, recobraría su libertad; que una vez que su aparente consentimiento, deducido de su silencio y que mas bien era una abnegacion de sí mismo, no se apreciaba cual debia, se retiraba de toda candidatura; que empezaba á traslucir algo de si-

monía y que su conciencia le prescribía imperiosamente que permaneciese obispo de Imola.

Consalvi, que á fuer de buen abogado guardó para lo último los mejores argumentos, mostróse algun tanto brusco y enojado, cosa que afectó á Chiaramonti, y le dijo con cierta arrogancia: «Nada teneis que contestarme á lo que voy á deciros. He examinado uno por uno á todos los cardenales, mas se les conoce demasiado en Roma. Es un gran obstáculo para ser elegido papa el haber permanecido mucho tiempo en la capital, pues es imposible no haber chocado alguna vez con algun vanidoso, mortificado á algun pretendiente, complacido al enemigo de alguien, y finalmente haber causado algun perjuicio ó dispensado algun favor.

«¿Quién es capaz de ocultar sus defectos por espacio de diez años, de cinco, de uno si se quiere? ¿Cómo es posible mantenerse siempre del mismo modo? A vos nadie os ha visto nunca, nadie os conoce; se sabe que sois un buen obispo; os habeis portado con mucha moderacion durante el cónclave; el mismo Antonelli os perdona el que os hayais puesto al lado del que labró vuestra fortuna; nadie conoce vuestra santidad de vida, vuestra rigidez de costumbres, vuestra sabiduría, y ni aun vuestro rostro. A nadie corresponde tanto como á vos honrar la memoria del gran Braschi, pues al acordaros del amigo, no olvidareis á vuestro predecesor. ¿A quién, pues, mejor que á vos puede confiarse *la religion de las reparaciones*? ¿Quién mejor que vos sostendrá los breves condenatorios lanzados por Pio VI? Por último, considerad que si no está bien solicitar los sufragios en un cónclave, peor es cuando se reunen todas las prendas necesarias y convenientes en determinadas circunstancias para ser un buen papa, rehusar satisfacer los deseos de hombres inteligentes y previsores que conocen el valor del tiempo, y están obligados en conciencia á llenar su cometido, cuando están seguros de haber hecho una eleccion acertada. Vamos, sereis elegido á pesar vuestro; sois el papa escogido por este cónclave por mas que seais de Cesena.»

Chiaramonti iba á contestar, pero ya Consalvi habia salido de su celda. Sin embargo, los argumentos de Consalvi eran de tal naturaleza que dificilmente hubiera podido destruirlos.

Consalvi, reuniendo en su entendimiento los principales motivos que habia de alegar al cardenal Maury para conseguir su propósito, se decidió á emprender su obra al instante.

Despues de hablar á Maury de la situacion de Europa y de las relaciones en que estaba con la Santa Sede, cosas que se alcanzaban fácilmente á Maury por haber sido nuncio en Francia y haber estudiado á fondo todas esas materias; despues de hablarle de la Francia, mas bien con temor que con confianza, le dijo: Dejemos á la Europa y á la Francia y ocupémonos de Vuestra Eminencia, y como es mucha vuestra penetracion, prefiero descubrir de pronto mi ánimo sin rodeo alguno. Voy, pues, á explicarme. ¿Cómo es posible que perteneciendo vos al condado venesino no esteis de nuestra parte? ¿qué debeis al emperador de Alemania? Lo visteis coronar y no dudo que semejante acto seria magnífico; pero fuistes á presenciar esa coronacion enviado por Roma. Estamos ya mas adelantados de lo que creeis, pues existen en los cónclaves ciertas tradiciones que desconocéis los que nacisteis léjos de Italia. Entre nosotros se conoce pronto cuando ha llegado el momento de elegir á un papa. Las señales que lo indican son estas: se observa que los candidatos opuestos, excepto los dotados de extremada modestia (que no faltan), se saludan, se dan la mano, y esto es indicio seguro de que las pasiones calman; obsérvanse sonrisas y miradas de inteligencia. Cuando, pues, se conoce que está próximo el momento de la eleccion de papa, nadie quiere quedarse atrás, así que aunque habeis estado en vuestro derecho al contrariar una eleccion mal dirigida ó defectuosa, no es de creer que os opongais á la de un sugeto apto para papa, á quien quizás no hagan falta los votos de algunos disidentes. ¿Quereis, pues, que os lo diga todo? Se trata de elegir á Chiaramonti á pesar suyo, pues no se quieren los candidatos de Thugut, ni del de Pavía, ni de tantos otros, y con razon. Chiaramonti cesará hoy de resistir, pues se le ha hecho presente que no puede faltar á lo que se debe á sí mismo. No os proponemos un ambicioso sino un hombre pio, circunspecto y resignado á su destino. Si mis esfuerzos para poner de acuerdo á los partidos opuestos triunfan, indudable-

mente se os tendrán tantas consideraciones como en tiempo de Pío VI. Pues, ¿cómo el sucesor de este papa ha de mostrarse indiferente á vuestra suerte? Mientras los otros partidos presentan sus candidatos y ostentan un nombre en su bandera, vos y vuestros seis votos no presentais á nadie. ¿Qué significa esto? Sed franco conmigo como yo lo he sido. Vuestro modo de obrar me desanima. Me consta que José Doria, con cuyo voto contais, pues tambien ha estado en Francia, que cree guiar vuestro *escuadron* (1), cuando sois vos quien lo dirige tan hábilmente, os hablará secundando nuestros deseos, convencido ya de lo que conviene, y deseoso de que su actitud resuelta en estas circunstancias haga olvidar su poco acierto en manejar los negocios de Roma. Yo he debido ser el primero en hablaros; arreglaos con él como querais, pues yo ya he hablado con el jefe principal. En resúmen, deseamos á Chiaramonti, á pesar de lo cual estoy tan resuelto á no continuar en este estado de incertidumbre, que si nos indicais un candidato juntaremos al punto con los vuestros los votos de que disponemos; hablo de buena fe y á impulsos del interés que me inspira la Santa Sede. La guerra se prepara á devastar de nuevo la Italia y quizás á invadir la Francia. Si el Austria gana terreno en la Provenza, nunca menos que entonces Thugut hará que Nápoles nos devuelva Roma; si el Austria es rechazada, tampoco nos dejará salir de Venecia á no ser por miedo. Nosotros estamos contra los súbditos patrocinados por Viena y los italianos de Lombardía. Un jefe que...—¿Cuántos votos teneis? preguntó de repenté Maury.—Solo diez y nueve desde que nos hemos dirigido á los dos partidos.—Os equivocais, repuso, teneis veinte y cinco, pues podeis contar con nuestros seis. Separémonos y vamos á participar á Chiaramonti el

(1) Voz de cónclave. Se denominan «escuadrones volantes» los partidos que no se deciden por un candidato públicamente aceptado, ó que se hallan dispuestos á pasar de uno á otro bando. Dichos partidos son muy influyentes al principio y al fin del cónclave. En algun tiempo los cardenales venecianos tenían órden expresa de no combatir por ningun partido, y por esta razon se les llamaba base y centro de los «escuadrones volantes.» Así lo queria la república de san Marcos. Tan luego como habia unanimidad de sufragios, los cardenales venecianos daban su voto «al elegido por todos.»

acuerdo que hemos tomado. Esta vez no enviaremos *mensaje alguno á Viena*, ¿no es verdad?»

Poco tiempo despues, el cardenal Maury mandó llamar á Consalvi, le refirió exactamente las explicaciones que mediaron con los cinco cardenales de su confianza para resolverles á aceptar á Chiaramonti, á los cuales manifestó la favorable disposicion en que José Doria se hallaba con respecto al obispo de Imola, y añadió: «Estais seguro de la derrota de Mattei? Herzan no quiere á Bellisomi porque espera hacer triunfar á Mattei. El partido de Antonelli, con su exclusiva es el que mejor se ha manejado, y se halla favorecido por Viena, y como esta vez no teme verse contrariado por mi desdichada Francia, ni por España, puede reforzarse. Reina ya el cansancio, se acerca la primavera, y empieza á sentirse el aire húmedo de las lagunas.—Nuestras intenciones son buenas, y no vacilaríamos en publicarlas desde lo alto de ese *Campanile*, dijo Consalvi indicando la torre de San Marcos; no perdamos tiempo, pues es de temer siempre que el cardenal Chiaramonti no proferiera públicamente una negativa. Trabajemos. Antonelli está en la actualidad en nuestro favor, como que me ha propuesto que esta tarde vaya con todos los cardenales á besar la mano al cardenal de Imola. Por lo mismo tenemos ya papa.»

Al dia siguiente, 14 de marzo de 1800, pasóse á la votacion dos veces al dia, como se acostumbra. Los piadosos impulsos que mas ó menos tarde obligan á los cardenales á adoptar la resolucion mas oportuna y ventajosa, debian triunfar. El nombre del candidato propuesto inspiraba veneracion; el amable y bondadoso obispo de Imola sentíase turbado delante de sus compañeros al considerar el alto honor que iba á dispensársele, y hubiera querido que se le dijese que se le eximia del sacrificio que de él se deseaba. En medio del mas profundo silencio se lee el resultado de las votaciones, que resultan verificadas por todos los votos menos uno, que era el de Chiaramonti, quien queda elegido papa despues de ciento y cuatro dias de cónclave, y adopta el nombre de Pio VII en agradecimiento á la proteccion que le dispensara su bienhechor Pio VI.

Preciso ha sido, para que se tuviera conocimiento de todo, referir algunos pormenores relativos á las negociaciones en-

tabladas en el cónclave. En todas partes en donde se reúnen los hombres para verificar una elección, sea de la clase que fuere, bien se trate de elevados intereses, bien de intereses secundarios, sin exceptuar las elecciones practicadas por los cuerpos electorales de los gobiernos constitucionales, los hombres se muestran tales como son, y no se puede exigir que sean lo que no son. Mal se juzgaría al autor de esta historia, si se creyese que ha de faltarle mesura y severidad. Los cardenales asediados por intrigas, por instancias y por amenazas, no pueden dejar de defenderse, y de estar sujetos á las pasiones humanas. ¿Por ventura los detractores de esas ilustres asambleas serian capaces de mostrarse en ellas mas reflexivos y mas animados de rectas intenciones?

Si los hombres que deseaban el bien (los cardenales Chiamonti y Maury, lo mismo que Consalvi, solo querian el de la religion), si los hombres que deseaban lo útil y oportuno, no hubiesen empleado sus virtudes y sus talentos en hacer triunfar una causa razonable, hubieran abandonado indignamente el campo á las personas fáciles de atraer al mal camino. La destreza que se emplea para que triunfen las buenas intenciones es siempre laudable, y en los cónclaves la de los italianos es la mas á propósito para destruir los ambiciosos planes de los extranjeros. Los italianos y entre ellos los del centro de la península están destinados á guardar el *gran depósito*. Siempre será una dicha el que se prefiera á esos italianos para sobre llevar la pesada carga del pontificado, y que entre ellos se escoja con preferencia á aquellos á quienes la intriga ni las promesas hayan separado nunca de la causa de la Santa Sede, que es la de toda la cristiandad. ¡Cuántas veces no se engaña uno al creer, cual frecuentemente acontece, que se saca gran provecho de influir mucho en un cónclave y de tener el honor de dirigir los trabajos de la elección! Algunas veces sucede que de quien menos miramientos se alcanzan es de la persona protegida, así es que el cardenal Bernis decia: «No intrigaré nunca para contribuir á la elección de un papa. Nómbrase á nu estro mayor enemigo, colóquesele en la cátedra de San Pedro, y estoy seguro de que, no siendo muy débil ó muy anciano, se mostrará hombre de buen sentido y comprenderá los deberes

de su posición. Poned en seguida á mi lado á uno de los individuos del cuerpo diplomático de Roma, el que mejor os parezca, pues solo lo necesito en calidad de *confidente*, y no dudo que ese diplomático y yo, representante de Francia, nos haríamos respetar, siguiendo una conducta reservada y enérgica, mas de lo que se harían temer los que todo lo alcanzaron en la Capilla sin nuestro concurso.»

He permanecido en Roma por espacio de mas de veinte años desempeñando funciones diplomáticas, y son enteramente del parecer del principal de todos, el cardenal Bernis.

CAPÍTULO VI.

Encíclica de Pio VII.—Se embarca para Roma.—Entra en ella el 3 de julio.—Bula « Post diuturnas. » —Saludable disposición sobre la moneda de baja ley.

Monseñor Consalvi merecía una recompensa, pues el sacro colegio debía estarle agradecido. Se le prometió el capelo que recibió mas adelante, nombrándosele al mismo tiempo secretario de Estado, al cual correspondía intervenir en todas las relaciones con los gobiernos extranjeros, y desempeñar varias importantes funciones concernientes á la administracion interior.

Antes de que se le confiriera el capelo, Consalvi solo tenia el título de secretario de Estado interino (1). No es de admirar ver á un secretario general del cónclave representar en él un gran papel y llegar á ser el árbitro entre dos bandos enteramente opuestos. Tambien el prelado Fanelli, asimismo secretario del cónclave de 1644, fué puede decirse el que decidió la eleccion de Inocencio X (Juan Bautista Pamfili). La historia coetanea no expresa si el Papa le demostró su agrade-

(1) Consalvi consiguió esta plaza de un modo muy astuto. Dijo á Pio VII: «Como el Austria no ha nombrado el Papa, si proveéis aquí los cargos mas importantes, será ella la que querrá designar las personas. Diferid sobre todo conferir la secretaría de Estado, para cuando os halleis en Roma libre de influencias.» Pio VII siguió este consejo, y Consalvi desempeñó interinamente la secretaría de Estado que no abandonó.

cimiento ; pero es sabido que nombró cardenales á sus conclavistas Gori y Giorio por la asiduidad y celo con que le sirvieron.

Entretanto , la corte de Viena , ofendida porque se eligió á Chiaramonti , cosa que no se le habia ocurrido , no permitió que se le coronase en la iglesia de San Marcos , así que lo fué en la de San Jorge por el cardenal Antonio Doria , jefe de la orden de cardenales diáconos y hermano del cardenal José.

Era de esperar que un pontífice como Pio VII se ocuparia al instante de los mas arduos trabajos del pontificado. En efecto, el 15 de mayo de 1800 dirigió una encíclica á los cardenales y á todos los obispos de la cristiandad , en la cual llama la atencion el siguiente pasaje :

« Muy profunda es la tristeza y muy vivo el pesar que nos aflige al pensar en nuestros hijos de Francia , por los cuales sacrificaríamos nuestra vida , si nuestra muerte pudiese servir para salvarlos. Solo una cosa disminuye y mitiga la amargura de nuestra alma , y es la fortaleza y la perseverancia que algunos de entre vosotros han demostrado y que han imitado infinitas personas de todas edades , de ambos sexos , y de todas las clases ; el valor de que han dado prueba negándose á prestar un juramento ilícito y reprobable para continuar obedeciendo los decretos y las sentencias de la Santa Sede apostólica , quedará eternamente grabado en nuestra memoria , así como la crueldad propia de los antiguos tiempos con que han sido perseguidos esos fieles cristianos. »

A pesar de que Pio VII se hallaba como en una especie de cautiverio , no olvidaba , como se ve , sus deberes. Hablábbase de retener al Papa en Venecia y hasta obligarle á fijar su residencia en Viena , con lo cual M. Thugut establecia un *precedente de intrusion* , que se observó mas tarde por otro ministerio y en otro país. Despues de dos meses de dilaciones , el Austria no pudo , ni quiso oponerse á la marcha del Sumo Pontífice. El ejército de Bonaparte , que era ya primer cónsul , habia pasado á Italia siguiendo el mismo camino que se supone siguió Anibal , y en 2 de junio entró en Milan. El emperador de Alemania , que siempre ha sido un príncipe piadoso y recto , estaba muy satisfecho del proceder del cónclave. El 6 de junio , el Papa se embarcó en una fragata austriaca , desembarcando en Pesaro , desde donde se encaminó á Roma.

El 21 de junio entró en Ancona , viéndose saludado con una salva de artillería. Los buques rusos anclados en el puerto hicieron el *saludo imperial* , pues Paulo I recomendó expresamente que se tributasen al Papa los mismos honores que al emperador.

Seiscientos habitantes de Ancona que se relevaban sucesivamente , sacaron los caballos del coche de Pio VII atándole cuerdas adornadas con cintas de varios colores y arrastrándolo hasta el palacio del cardenal Ranuzzi, que aguardaba al Papa con gran impaciencia.

Al día siguiente, el Sumo Pontífice celebró misa en el altar de la Virgen de San Ciriaco y partió con dirección á Loreto. Thugut participó de los temores de Consalvi ; un comisario austriaco declaró que Su Majestad imperial y real apostólica había recobrado los Estados del Padre Santo para devolverlos á Su Santidad, á pesar de lo cual las tropas austriacas continuaron ocupando las Legaciones. Pio VII se apresuraba á llegar á Roma para entrar luego en vías de arreglo.

Mucho tiempo habia que abandonaron esa ciudad las tropas francesas y los partidarios de la república romana. Reducidas aquellas á muy pocos soldados, entregaron el castillo de San Angelo y la ciudad en virtud de un convenio entre el embajador Bertolio y el general Garnier por una parte, y por otra los tenientes del cardenal Fabricio Ruffo , algunos escuadrones de caballería y doscientos ingleses de infantería. Bertolio , natural de Aviñon , antiguo abogado de París y hombre de espíritu conciliador , gobernó muy bien el país hasta el momento en que la declaracion del estado de sitio trajo los abusos y los excesos que son sus necesarias consecuencias.

Los napolitanos se atribuyeron la gloria de la conquista, y los ingleses mandados por el comodoro Trowbridge , que solo contaba con un reducido número de soldados y que no podia abandonar sus buques, hubo de dejar Roma y los Estados romanos al cuidado de sus aliados y de un cuerpo de tropas ruso recientemente llegado de Nápoles.

La guarnicion napolitana de Roma veia con disgusto la llegada del Papa, á pesar de que se le prometió restituirle lo que solo se reconquistó en favor suyo. Casi todo el ejército napoli-

tano com puesto en parte de volutarios calabreses, tomó parte en la guerra considerándola religiosa, y venció á los gritos de *viva Maria*; así es que los jefes que obraban en nombre de Acton disimularon su inquietud. Y mientras tanto Pio VII, bien aconsejado, aceleraba su marcha, llegando finalmente á Roma el 3 de julio, y siendo recibido con trasportes de júbilo fáciles de imaginar. En la plaza *del Pueblo*, en donde se ofreció en otro tiempo una corona á Berthier, levantóse un magnífico arco de triunfo que atravesó el Papa antes de entrar en la calle *del Corso*.

Generalmente hablando, los napolitanos tiranizaban á los romanos causándoles toda clase de vejaciones. La llegada del Papa iba al parecer á terminar las disensiones que desde tanto tiempo agitaban á Roma. Acton vióse obligado á llamar las tropas napolitanas; mas sin embargo, continuó ocupando Benevento y Ponte Corvo, provincias de la Santa Sede enclavadas en el territorio de Nápoles.

Lo primero que hizo el gobierno de Pio VII, fué publicar la bula *Post diuturnas*, destinada á reformar los abusos introducidos en la administracion. No se maduraron lo suficiente todas las disposiciones de dicha bula, á lo cual debióse el que apenas trascurrido un año cayeron en desuso. Mas adelante intentóse y llevóse á cabo con mejor éxito una operacion rentística. Todo el papel moneda habia desaparecido del territorio de la república, quedando en circulacion gran cantidad de una moneda basta llamada *moneta Erosa*, la cual era de muy mala ley, de modo que se daban dos piezas de ella por una de las otras, y seis escudos romanos de ella solo valian tres de buena moneda. Todo ese despreciable metálico que perjudicaba particularmente á las clases menesterosas, se retiró de la circulacion, sacrificando el gobierno para ello un millon y medio de escudos. Pio VII recordaba con frecuencia esa feliz medida, y en realidad se felicitaba con razon por haber prestado á sus súbditos tan gran servicio.

CAPÍTULO VII.

Batalla de Marengo.—El primer cónsul manifiesta que quiere negociar con el Papa.—Consalvi cardenal.—Monseñor Spina en París.—Cacault es enviado á Roma.—El autor es nombrado secretario de su legacion.

Los franceses no tardaron en volver á Italia como lo habia previsto el cardenal Consalvi. La victoria alcanzada en Marengo el 14 de junio, la sujetó casi toda á su dominio ó á su influjo. Cinco dias despues, ó sea el 19 del mismo mes, Bonaparte decia al obispo de Verceil, el cardenal Martiniana, que deseaba estar en armonía con el Papa y hasta negociar con él para restablecer la religion en Francia. Esa manifestacion fué tan espontánea, tan clara, que el mismo dia el cardenal Martiniana escribió al primer cónsul que aceptaba la comision que se le conferia de demostrar á la Santa Sede sus buenas disposiciones.

El 26 de junio, el cardenal Martiniana participó al Papa las intenciones de Bonaparte. El 10 de julio el Papa contestóle directamente, expresándole su satisfaccion por la agradable noticia que le daba en su carta de 26 de junio, referente á las buenas disposiciones del primer cónsul. Consalvi, á quien queria y distinguia mucho el Papa, aconsejóle que concluyese la carta en los siguientes términos :

«Podeis decir al primer cónsul que accederemos gustosos á entrar en negociaciones, cuyo objeto es tan digno, tan conveniente á nuestro ministerio apostólico, y tan conforme á nuestros deseos.

«Dado en Roma, el 10 de julio del año 1800, primero de nuestro pontificado.

«Pio P.P. VII.»

A fin de que las negociaciones fuesen celebradas en Roma por un individuo del sacro colegio, se confirió el capelo á Consalvi el 10 de agosto.

El arzobispo de Corinto, monseñor Spina, el mismo que acompañó á Pio VI en su cautiverio de Francia y que presenció su muerte, fué enviado á París como plenipotenciario del

Papa, quien en un breve de 13 de setiembre manifestó á los obispos franceses las esperanzas que tenia concebidas. Propúsose celebrar un concordato, y en el mes de marzo de 1801, el primer cónsul envió á Roma en calidad de ministro plenipotenciario á Cacault, que habia sido colega suyo en Tolentino, y que entonces mas que nunca era reputado hábil diplomático. El 8 de abril llegó á Roma, el mismo dia vió al cardenal Consalvi, y al siguiente fué presentado al Papa.

Muy grande era el concepto en que se tenia á Cacault en Nápoles, en donde desempeñó el cargo de secretario de embajada cerca del baron Talleyrand, en Florencia en donde mereció el aprecio del gran duque de Toscana, y en Roma en donde se admiraban sus virtudes, su desinterés, su gran probidad y su noble franqueza. El primer cónsul, que le queria mucho, prefirióle á Alquier, que habia pertenecido á la convencion regicida, para encargarle la mision de la cual se esperaban buenos resultados por ambas partes.

Al despedirse del primer cónsul, Cacault le preguntó cómo habia de tratar al Papa. «Tratadle, respondió el guerrero, como si estuviese al frente de doscientos mil hombres.» Ya veremos el partido que Cacault supo sacar de estas sencillas y bruscas expresiones características de un soldado que valoraba en moneda militar todas las influencias. A sus ojos, pues, el Papa tenia á poca diferencia una importancia igual á la de Prusia. El primer cónsul añadió además: «Ya sabeis que en octubre de 1796 os escribí diciéndoos que mas bien ambicionaba salvar á la Santa Sede que destruirla, y que respecto á este punto ambos profesábamos unos mismos principios.»

Al saber que Cacault iba á Roma, á pesar de que yo no le conocia, le pedí que me permitiese acompañarle en calidad de secretario de legacion. Manifestéle que se me habia enviado anteriormente á Malta, á donde no pude trasladarme á ocupar mi puesto, que me quedé en Roma, que conocia esta ciudad y que le ofrecia mis servicios. Sorprendióme en extremo la franca y cordial acogida que me dispensó Cacault sin conocerme. Despues de una conversacion que duró dos horas y que sin duda seria para probarme, me dijo: «Yo no os conozco, pero los hombres adivinan mútuamente lo que son. Esto es lo que

á mí me sucede ; mi carácter es vivo , y si algunas veces me contengo, me cuesta un gran esfuerzo. Tengo mis defectos , y vos teneis los vuestros. Poseeis cualidades que á mí me faltan, pero tengo ya demasiados años para adquirirlas. Vos mitigareis mi aspereza , y yo os instruiré á fondo en el manejo de los negocios.» Al dia siguiente, se propuso á Bonaparte un secretario que contaba con gran proteccion , á pesar de lo cual me dió á mí la preferencia.

CAPÍTULO VIII.

Cacault recibe orden de salir de Roma si no se firma el concordato dentro de tres dias.—Pasa á Florencia.—El cardenal Consalvi marcha á París.—El secretario de la legacion se queda en Roma.

Al principio los negocios marcharon con bastante rapidez. Cacault se ocupó en atraerse al célebre Ennio Visconti, que se refugió en Francia dejando en Roma su familia. Liquidóse la parte de su fortuna que podia llevarse á Francia , para lo cual el gobierno pontificio facilitó lo necesario, y en breve la Francia pudo vanagloriarse de contar entre sus hijos á uno de los sábios mas notables de la época, que á pesar de haber nacido en otro país, fué honrado sobremanera en su segunda patria.

Los negocios que principalmente llamaban la atencion eran los religiosos. Cacault vió que dificultaban su arreglo algunas discusiones teológicas de que se aprovecharon los gabinetes extranjeros para enmarañar á Roma y Francia. No ignoraba Thugut que la Francia mostrábase deferente hácia el Padre Santo, y deseoso de inspirar desconfianza al gobierno romano, encargó á Ghisilieri que la fomentase.

Obligado el rey de Nápoles Fernando IV á retirar sus tropas de los Estados pontificios , procuró disimular su despecho dando á entender al Papa que lo hizo por su espontánea voluntad. Mas entretanto Acton resolvió oponerse ocultamente á la celebracion de un concordato entre Roma y Francia, para que la primera no alcanzase el apoyo del primer cónsul. ¡ Singular afecto por la religion católica !

Los enemigos de Roma estaban próximos á conseguir el triunfo, y por algun tiempo pudo creerse que la incertidumbre del primer cónsul favorecia sus intentos. Las negociaciones adelantaban poco, y el gobierno de París, mas guerrero que diplomático, temiendo, segun decia, verse arrastrado á disputas dogmáticas, y lleno de impaciencia, mandó terminantemente á Cacaull que saliese de Roma y se retirase á Florencia al lado del general en jefe Murat si dentro de tres dias no se firmaba el concordato proyectado en París, y cuyos artículos discutian ambos gobiernos segun lo convenido entre Cacaull y la Santa Sede.

Viendo ese entendido embajador la inconsecuencia de su gobierno, me rogó que pasara á su casa, y despues de darme á leer las órdenes que acababa de recibir, me dijo:

« Es preciso obedecer al gobierno; pero tambien lo es que este tenga un jefe que comprenda las negociaciones de los embajadores que le aconsejan bien. Es preciso tambien que todo gobierno tenga voluntad propia, un plan, un objeto determinado, y que sepa con exactitud lo que quiere, cosa no muy fácil tratándose de un gobierno novel. Estoy encargado de este asunto; pero si obramos en Roma como se obra en París, esto será un doble caos. Despues de lo que he hecho por vos y de las pruebas de afecto que me habeis dado, no quiero ocultaros cosa alguna. Es positivo que el jefe del Estado quiere un concordato mucho tiempo ha, como que antes de ajustarse el tratado de Tolentino decia que *era el mejor amigo de Roma*. En aquella época se vertieron esas palabras despues de decir á un cardenal arzobispo de Ferrara, uno de los mas distinguidos príncipes de Italia, que podria hacérsele fusilar. El primer cónsul, pues, quiere un concordato; con este objeto me ha enviado aquí poniendo á mi lado una persona de mi agrado. El primer cónsul cree que tambien yo quiero un concordato; pero sus ministros quizás no lo desean, y es muy fácil exasperar y enganar á un guerrero extraño á la política, que por consiguiente á lo mejor apela al mando y á la espada. Sin embargo voy á obrar como él.... os doy dos horas para reflexionar sobre esto, cuando Mattei solo pedia un cuarto de hora para prepararse á sufrir la suerte que el general le destinase. No bien

nos habremos retirado tontamente para obedecer las órdenes que se nos han dado, la Francia se verá amenazada de una especie de *irreligiosidad*, de un catolicismo bastardo, ó de esa doctrina que induce á la creacion de un *Patriarca*. Y entonces ¿quién sabe? tal vez el destino probable del primer cónsul no se cumplirá jamás.

« Ni vos ni yo somos malos cristianos. Comprendo lo que habeis sido siempre, y en cuanto á mí soy un revolucionario corregido. Ved como despues de las guerras civiles los hombres de diferentes partidos se confunden desarmados y amigos.

« Quiero al general Bonaparte; pero conozco que es ridículo el dictado de primer cónsul con que se engalana y que ha sacado de Roma, en donde empero no ha estado nunca. Para mí será siempre el general de Italia. Yo veo el destino de ese hombre temible en mis manos, mas bien que en las suyas; se parece á Enrique VIII; quiere y lastima sucesivamente á la Santa Sede, pero puede anublarse su gloria si imita inoportunamente á aquel monarca. La medida está colmada, y las naciones quizás no permitan á sus soberanos disponer de ellas en materias religiosas. Por medio de concordatos pueden conseguirse muy buenos resultados en su favor, y si no obra con prudencia serán para la Francia. Estad seguro de que todo lo grande que se intenta á tiempo y sale bien, es siempre, débese á quien se quiera, un bien inestimable para un país. El general lo compromete todo con romper el fuego durante la paz para complacer á sus queridos generales. Echa á perder lo mismo que desea, y siembra grano consumido ya. ¿Cómo un concordato que es una gran empresa puede firmarse dentro de tres dias? No parece sino que se fija un breve término á una plaza sitiada y sin esperanza de socorros.

« Vos sabeis muy bien que á pesar del afecto que profeso al general, le llamo, despues de las escenas de Tolentino y de Liorna y de lo ocurrido con Manfredini y Mattei, el *pequeño tigre* para caracterizar su estatura, su tenacidad, su ligereza, su valor, su rapidez de movimientos, y todo cuanto puede tomarse en buena parte al hacer comparacion semejante. Si se me reprendiese por ello, contestaria que en la escuela militar

en que enseñé, supe que en lenguaje persa *tigre* significa *flecha*. Pues bien, el *pequeño tigre* ha cometido una falta que puede repararse. ¿Creeis que convenga á la Francia un arreglo religioso y que se siente en disposicion de abrazarla con ardor? ¿Creeis que seria servir al primer cónsul ayudarle á cumplir el deseo que sin duda le anima? Cuando para realizar un plan generoso y de utilidad reconocida resolvais despreciar viles intereses, venid á mí y os diré lo que pienso. Esperad todavía.... Si me ayudais, quizás experimentaréis perjuicios, mas ó menos tarde, y podrá ser que tambien yo, pues nunca se corrige impunemente á los gobernantes.»

Contesté á Cacault que habia resoluciones que se tomaban en el acto, y le dije que sentia un ardiente deseo de que se celebrase un concordato, y que en todo seguiria sus pasos. «No, no, dijo interrumpiéndome, es preciso que os quedéis á pesar de la órden que tengo de abandonar las negociaciones. Escuchadme: no quiero exigir que el concordato se firme dentro de tres dias; pero obedeciendo en lo demás lo prescrito en el despacho, parto á Florencia, envio á Consalvi á París, y vos os quedais en Roma para conservar algun tanto las relaciones con la Santa Sede. Os advierto que quedándoos en Roma solo por mi voluntad, os comprometéis quizás para siempre; mas este es el único medio para impedir la intervencion militar que ha producido fatales consecuencias en Roma.»

Al ver el buen concepto que de mí tenia Cacault, le dí un estrecho abrazo. Fuése inmediatamente al encuentro de Consalvi, leyóle al pié de la letra el riguroso despacho, y le dijo: «Hay en eso una falta de inteligencia; el primer cónsul no conoce vuestro talento, vuestra destreza y vuestro deseo de terminar los negocios: id á París.—Cuándo?—Mañana: gustareis al general y os entenderéis fácilmente con él sin la menor duda; ya comprenderá cuanto vale un cardenal de talento, y arreglará con vos el concordato. Si no vais á París, me obligareis á romper con vos; no olvideis que hay ministros que aconsejaron deportar á Pio VI á la Guyena. Tampoco faltan consejeros de Estado que hablan mal de vos y generales burlescos. Si rompo con vos, Murat que en nada se distingue de Berthier, marchará contra Roma, y una vez esté aquí os será

mas difícil obtener un buen resultado de las negociaciones, pues su llegada dará bríos á los republicanos. Dispongamos bien las cosas para que el gobierno de París entre en razon.

« En cuanto á mí , como tengo órden de cortar las relaciones con el Papa , obedeceré marchándome á Florencia , y allí contendré á Murat que ansía venir aquí á conquistar un nuevo reino. La hermana del primer cónsul se halla con Murat que es su esposo, es muy curiosa y no se cansa de ver las maravillas que Roma encierra. Mientras vos ireis á París , yo dejaré aquí á mi secretario para que conserve en parte mi representacion, y así nada se perderá. Os lo repito, vos ordenareis el concordato junto con el primer cónsul , vos dictareis algunas de sus cláusulas, y conseguireis de él mas que yo que estoy rodeado de obstáculos. Si nada de esto sale bien, estoy perdido, y quedarán defraudadas las esperanzas que tiene de prosperar mi secretario. Aun mas: no quiero que caiga sobre vos el peso y la responsabilidad de lo que se va á hacer. Si lo que hoy me parece un gran pensamiento, resulta mañana que es malo, yo veré al Papa, y tomaré sobre mí las consecuencias. Todavía he de decirle algo para cumplir las instrucciones anteriormente recibidas del primer cónsul. »

Entusiasmado Consalvi al oír esas misteriosas palabras, acoge los consejos de Cacault, se avista con el Papa, le insinúa lo acordado, y le prepara para recibir el pesar que le ha de causar el separarse de su amigo. Cacault se presenta á Su Santidad que le esperaba, y despues de hacerle sentar á su lado le dice: Caballero, os queremos mucho. El consejo que dais de no firmar un concordato en tres dias, es un acto grande atendida vuestra situacion. Mas con la marcha de Consalvi Roma queda abandonada, y nos permanecemos solo en este desierto.— Santísimo Padre, replica Cacault, os aseguro cómo cristiano y como hombre de honor que nadie me ha sugerido el consejo que he dado, que nada sabe el gobierno á quien represento, y que solo obro por el interés recíproco de las dos potencias, y quizás mas en favor vuestro que de la Francia. El primer cónsul os respeta, pues me dijo: « *Tratad al Papa como si estuviera al frente de doscientos mil hombres.* » Privaos de Consalvi por algunos meses, que de seguro regresará mejor aun de lo que es.— Os burlais, res-

pondió el Papa, suponiendo que tenemos tantos soldados. Pero es verdad, los soldados de Jesucristo son en crecido número.— Conviene, Santísimo Padre, que Consalvi parta sin demora, para obrar en París según las facultades que le otorguéis. Tengo cincuenta y nueve años, y he visto muchos negocios muy difíciles de arreglar. Conozco perfectamente todos los males de la Italia. Para perderme se me apellidaba *el amigo de los reyes*, y por lo mismo ya veis que no soy sospechoso. Algo más fuerte que la razón, un instinto si se quiere, como el de los irracionales que no los engaña nunca, me aconseja é incita: yo veo al digno cónsul impasible y satisfecho en medio de sus consejeros que le desvian. ¿Pero qué inconveniente hay en conseguir lo que apetecemos? Se desea un concordato religioso, y nosotros procuramos que se celebre, y ahí está todo.»

Conmovido vivamente el Papa, derramaba abundantes lágrimas.—«Sois un verdadero amigo, exclama, y os amamos como á nuestra madre. Nos vamos á nuestro oratorio para consultar á Dios, si ese viaje puede ser provechoso y si alcanzaremos un feliz resultado, que alivie nuestros pesares y nos aleje de ese abismo de males que tenemos á la vista.»

Obtenido permiso del Papa para marchar, Consalvi escribe algunas cartas, y se dirige á Florencia con Cacault en una silla de posta. Mi jefe me encargó que no escribiera á París sino á él. Al llegar al patio de su casa me dijo: «No os separeis de la línea de conducta que os he trazado. Aquí solo sois embajador por mi voluntad; esto es nada, y es mucho. A mí solo toca entenderme con París. Escribidme á menudo. Ah!... se me olvidaba; ved al Papa con frecuencia, habladle como yo le hablo, aguardad casi siempre á que sea el primero en hablar, pues de ese modo se expresa con más latitud por temor de disgustar ó de que parezca que con callar quiere significar que uno se retire; sobre todo animadle, combatid su modestia y las acusaciones y calumnias que se le dirigen, pues es posible que no tarde en estallar una tormenta. Desvaneced sus temores. Prudencia con Nápoles hácia cuyo lado el horizonte está cubierto. En donde hay principalmente que hacer, es en las Tullerías y en Florencia.»

CAPÍTULO IX.

Carta imprudente del cardenal Consalvi á Acton.—Cacault le excusa con el primer cónsul que acoge benévolamente al cardenal.

El cardenal partió aceleradamente con direccion á París sin querer detenerse en Mont Cenis á pesar de la tempestad que le sobrecogió por el camino. Mas por desgracia destruyó el efecto que produjo su resolucion de pasar adelante á todo trance al escribir á Acton, que se hallaba en Nápoles, una carta concebida en estos términos: «El bien de la religion exige una víctima. Voy á avistarme con el primer cónsul; me encamino al martirio; cúmplase la voluntad de Dios.»

No valia la pena de perder un tiempo precioso en redactar semejante carta. El primer cónsul no queria víctimas, ni habia llamado á París á Consalvi. El primer cónsul que se inmortalizó en Italia y en Egipto, y que recientemente habia ganado la batalla de Marengo, se hallaba animado aun de la ambicion y del orgullo que excitaron en él esos triunfos, que sin embargo distaban mucho de tener la importancia de las jornadas de Austerlitz, Jena y Wagram.

Despues de algun tiempo Acton resolvió enviar la carta de Consalvi á Alquier, embajador de Francia en Nápoles, á ese antiguo individuo de la Convencion, que envidió á Cacault la preferencia que se le dió para encargarle la embajada de Roma. Alquier expidió en el acto un correo á París con una copia de la carta de Consalvi, presentando de este modo bajo un aspecto desfavorable el comportamiento de Cacault, á quien supuso con razon en la apariencia engañado ó burlado por el cardenal, ó capaz de haber pintado á Bonaparte con negros colores. Al mismo tiempo envia una carta á Murat para revelarle lo que él califica de un yerro de Cacault.

El mismo correo me trajo una carta de Alquier, en la cual me felicitaba por la prueba de confianza que me habia dado el gobierno francés, dejándome en Roma en calidad de encargado de negocios, creyendo que estaba por disposicion del ministro de negocios extranjeros. En esa carta se me prodi-

gaban desmedidos elogios impropios para tributados á una persona de mi edad , y sorprendido exclamé en mi interior: «Entonces el horizonte de Nápoles no está tan negro como yo creía :» y envié la carta á Cacault , á quien no ocultaba ninguna de mis acciones , ni ninguno de mis sentimientos de vanidad.

El general Murat queria mucho á Cacault , quien , cuando no se trataba de negocios , tenia una conversacion amena y llena de chistes y agudezas. La esposa de Murat gustaba extremadamente de ella , daba á Cacault el título de padre y le colmaba de atenciones.

Murat leyó y volvió á leer con pasmo la carta de Alquier y se la mostró á Cacault. En la postdata , el embajador se ensañaba con el jefe de la legacion de Roma , hablando mal de mí y me pintaba como un hombre ligero , distraido y atolondrado que no vacilaba en descubrir los manejos del gobierno pontificio. «Eso es villano,» exclamó Cacault , y puso en seguida en manos de Murat la carta llena de elogios y de adulaciones que Alquier me habia dirigido. «Bueno , repuso Murat , voy á escribir al primer cónsul lo que pasa , pues sin duda se ha dado el mismo golpe en París.»

Cacault se retira al gabinete del general , y extiende para mandarla por el mismo correo una clara explicacion de lo ocurrido con respecto á Consalvi , en la cual acredita su destreza , su energía y su tacto político. Empieza por decir que el cardenal que pasa á París lo verifica á sus instancias , pues cree que es útil , decoroso y prudente celebrar un concordato , y que si se tiene por un desacierto lo que ha hecho , quiere para sí toda la responsabilidad. No niega que el cardenal ha faltado. Pondera su importancia , define su carácter , manifiesta que no está avezado á los contratiempos , que sus miradas no se han extendido probablemente mas allá del horizonte de Venecia , que conoce perfectamente á Roma , pero lo demás muy poco. Como una prueba de que no estaba acostumbrado á nada , dice que á cada instante temia que volcase la silla de posta en que iba.

Le pinta además como un hombre á quien se ha halagado en exceso , que escribe confidencialmente ignorando que se ha

de estar en disposición de responder de lo que se escribe delante de quien quiera que sea, y que lo consignado en confianza, adquiere con darse á luz un carácter oficial.

Cacault añade que el yerro cometido por Consalvi le malquistará con Nápoles, circunstancia ventajosa para la política francesa, y que se presentará temblando ante el conquistador de Italia, cuyos generosos y magnánimos sentimientos ha desconocido.

Cacault prueba luego que jamás se ofrecerá una coyuntura tan favorable para tratar con un hombre como Consalvi, y da algunos consejos al primer cónsul.

Este, de acuerdo con ellos, recibe con frialdad á Consalvi, poco á poco le trata con mas benevolencia, ridiculiza la política de Acton, mas adelante demuestra al cardenal intimidación y confianza, le indica algunos proyectos de un concordato con miras protestantes ó á lo menos jansenistas, los modifica, se deja seducir al fin, como muchas veces lo ha dicho, por los encantos de la Sirena de Roma, y redacta el arreglo que se conoce hoy dia con el nombre de concordato de 1801.

CAPÍTULO X.

Exámen del concordato celebrado entre Leon X y Francisco I.

Consignaremos textualmente el importante concordato citado en el final del capítulo anterior; mas como se mencionará con frecuencia el celebrado en tiempo de Francisco I, es indispensable dar de él una idea, pues hasta el año 1790 sirvió de regla en las relaciones de la Santa Sede con la Francia.

Al principio de la dinastía de los Capetos, las elecciones de los obispos, para considerarse canónicamente hechas, debian serlo por el clero. El metropolitano y los obispos daban la última mano á ellas, manifestando su adhesión á las mismas y consagrando á los elegidos. No cabe duda de que el concilio de Reims celebrado en 1049 dispuso que la facultad de elegir solo correspondia al clero. Se ha supuesto que se concedió igualmente al pueblo, y tocante á este punto no será por demás dar algunas explicaciones. Es verdad que se consultaba al pueblo

acerca de las elecciones ; mas nunca se necesitó su consentimiento para la validez de las mismas, no haciéndose otra cosa que evitar la eleccion de los obispos que pudiesen desagradar á los fieles.

El tiempo , cuya influencia no puede destruirse , modifica los actos humanos. Hacia el año 1215 los capítulos privaron al clero de sus derechos, y al pueblo de esa especie de aclamacion con que acompañaba el voto de aquel , y declararon que en lo sucesivo ejercerian los derechos del clero á fin de evitar las frecuentes discordias en las elecciones y atendida la dificultad de reunir en favor de una sola persona los sufragios de tantos señores y de tantas comunidades divididos por miras é intereses opuestos. Antes de proceder á la eleccion , los capítulos debian pedir permiso al rey para ello.

En 1438 , la asamblea de Burges adoptó el célebre reglamento conocido con el nombre de *Pragmática Sancion*. A pesar de las reclamaciones del sumo pontífice Eugenio IV, determinóse que los obispados y otros cargos análogos se proveerian segun los usos antiguos, sin que los capítulos pudiesen arrogarse el derecho de exclusion. Mientras vivió Carlos VII, ese reglamento constituyó ley de Estado. Luis XI demostró pocas simpatías por él , al paso que lo defendian con entusiasmo los parlamentos y la Universidad.

Por el concordato celebrado entre Leon X y Francisco I, se abolió la Pragmática , y se convino que se renunciaria en todas las iglesias metropolitanas y catedrales del reino al sistema de eleccion en ella establecido. La Pragmática adolecia de grandes defectos , pues no reconocia en lo mas mínimo la intervencion del concilio y del Papa. En el concordato se estipuló que el rey nombraria los obispos, y que el Papa los instituiria. La lucha que empeñaron el clero , los parlamentos y las universidades contra el concordato de 1515, fué mas violenta que afortunada , y duró hasta el reinado de Carlos IX.

Tenemos á la vista un ejemplar de ese concordato escrito en lengua francesa de la época , y es el mismo que perteneció á Luis XIV. No se halla del todo conforme con la traduccion publicada por Beauce en París , en 1817, calificada por el editor de primera traduccion. Al frente de ese manuscrito se ha-

llan las letras patentes del rey Francisco I fechadas en 13 de mayo de 1517, en las cuales expone que se invitó á Luis XII á que manifestara las razones que le movian para oponerse á la abolicion de la Pragmática.

Celebrado con Leon X el concordato de 1515, Francisco I publica la bula expedida por el Sumo Pontífice el 19 de diciembre de 1516, en la que se halla inserta otra de 17 de setiembre anterior, en la que se confirma la primera, y se declara abolida la Pragmática Sancion.

El Papa manifiesta que le consta por las absoluciones y reabilitaciones solicitadas que muchos de los que antes de tomar parte en las elecciones prestan el juramento de elegir al mas *idóneo*, perjuran voluntariamente. Concede al rey de Francia el derecho de nombrar un licenciado en teología, ó doctor ó licenciado en ambos derechos, ó en uno solo, *graduado en una universidad célebre despues de un riguroso exámen*, de veinte y siete años de edad por lo menos, y *apto en todo lo demás*, pudiendo el Papa rechazar á esa persona si no reúne los requisitos expresados. Dentro de tres meses, á contar desde el dia de la recusacion, el rey debe nombrar otro sugeto, y si tampoco merece la aprobacion del Papa, este y sus sucesores verificarán el nombramiento.

Este artículo era, y con motivo, uno de los que mas excitaron la oposicion, puesto que podia dar márgen á interminables recriminaciones. En efecto, podia suceder, se decia, que se rehusasen sugetos idóneos suponiendo no serlo, y que acabase el Papa por verificar él solo los nombramientos. Mas para ello hubiera sido menester vivir en tiempos muy malos, y que la Santa Sede se mostrase siempre amenazadora é injusta, y la Francia débil y abyecta, circunstancias imposibles ó que á serlo no durarian por mucho tiempo.

Viene á continuacion una cláusula sobre los mandatos, en la que Leon X dice: « Preceptuamos y mandamos que cada papa pueda expedir una sola vez durante su pontificado letras en forma de mandato, etc. » Es evidente que este artículo se consignó á instancias de los embajadores del rey, como si un papa pudiese obligar á sus sucesores de un modo absoluto en materias ajenas al dogma.

El Sumo Pontífice ordena que « los que no siendo *violentos detentadores*, pero que tengan *título colorado* hayan poseído por espacio de tres años una prelatura ó una dignidad, quedarán *poseyéndolas pacíficamente*. » Esta cláusula es excelente.

Hay un artículo relativo á los concubinatos públicos, que está redactado con una energía y con una decencia rara en aquella época.

El Papa permite la comunicacion con los excomulgados, y ordena que á nadie se prive de la administracion ó recepcion de los Sacramentos. Manda que no se haga demasiado uso de los entredichos, que entonces eran muy frecuentes.

Aquí termina la bula del 17 de setiembre. La de 19 de diciembre nada ofrece de particular. Tal es, prescindiendo de otras disposiciones menos importantes, el concordato celebrado entre Leon X y Francisco I. Era tanta la corrupcion de aquella época, que dejando aparte á los concubinarios, que abundaban mucho entonces, eran promovidos á las dignidades eclesiásticas sujetos indignos. Los derechos que habian de satisfacerse por las instituciones eran exorbitantes.

Algunos abusos eran causa de que se menospreciase un concordato en el que habia pactos morales y verdaderamente cristianos. Poco á poco se superaron las dificultades, merced á la paciencia de los reyes y de sus ministros. Finalmente, con la celebracion del concordato que nos ocupa, quedaron arreglados todos los asuntos con la corte de Roma, que insensiblemente habia ya disminuido las tasas en la época en que estalló la revolucion de 1789.

Al establecerse un nuevo órden de cosas, la Francia rompió todos los frenos. Nadie ignora la cruda persecucion de que fueron víctimas los sacerdotes. El destino de la religion exigia que el Sumo Pontífice, arrancado de la cátedra de san Pedro, fuese llevado á Francia, y que sucumbiese en ella en un encierro siete años menos tres meses despues del degüello de los sacerdotes de las iglesias del Cármen y de San Fermín.

A su regreso del Africa, comprendió el capitán del siglo que, sin renunciar á la gloria de las armas, debia convertirse en legislador. Hemos visto que concibió la primera idea de

una reorganizacion eclesiástica, y ha llegado ya el momento de dar á conocer el concordato que celebró con la Santa Sede.

Nada mas diremos del de 1515, acerca del cual mucho se ha discutido en Roma y en París. Al leerlo recientemente algunos hombres de talento, han confesado que no era tan detestable como lo dieron á entender los parlamentos y las universidades, y que Leon X y Bembo, Francisco I y el canceller Duprat, no miraron tan poco por la Francia y por la moral, como se ha supuesto. Ese concordato se destruyó indirectamente con el deseo de dictar disposiciones nuevas, que debian ser en adelante ley para todos, mas bien que por aversion á un tratado que, segun se ha visto, contiene cláusulas muy razonables para cortar los escándalos.

He dado algunos pormenores acerca del concordato de 1515 para que se conozcan los cambios que la Francia iba á verificar y las cosas que se trataron de restablecer mas tarde. Con el tiempo no faltarán defensores del tratado destruido, pues por lo que acaba de decirse y por los hechos venideros, podrá juzgarse mejor tocante á él y á sus impugnadores. Se han dirigido cargos á la corte de Roma con motivo del concordato de 1515, pero ¿qué hizo entonces? Tuvo la gloria de reprimir abusos escandalosos, y devolver al clero y al pueblo de Francia, quitándoles un derecho de que usaban mal, virtudes que la corrupcion de la época habia extinguido. Los reyes de Francia ejercieron, generalmente hablando, el derecho de eleccion con el mas escrupuloso cuidado.

El regente nombró á un tiempo arzobispo de Cambrai á Dubois, y obispo de Clermont á Massillon.

CAPÍTULO XI.

Concordato de 1801.

La base del documento que consignaremos fué una minuta traducida del italiano al francés, remitida por el cardenal Consalvi. Los varios artículos de que se compone los preparó el primer cónsul que los leia á menudo y los estudiaba á solas. Los otros dos cónsules manifestaron tambien disposiciones fa-

vorables. No debemos olvidar el especial celo de José Bonaparte, quien, después de las escenas de Roma, se volvió apacible, juicioso y conciliador. El tratado definitivo se extendió en francés y lo trasladó de este idioma al latín el P. Caselli. En el texto latino hállanse, como no podía menos de suceder, frases forzadas, indicio de una traducción algo neológica que carece de idiotismos y es poco fácil.

Hé aquí el concordato tal como se publicó oficialmente.

Su Santidad el soberano pontífice Pío VII y el primer cónsul de la república francesa, han elegido por sus plenipotenciarios respectivos:

Su Santidad á su eminencia monseñor Hércules Consalvi, cardenal de la santa Iglesia Romana, diácono de Santa Agata *ad Suburram*, su secretario de Estado; á José Spina, arzobispo de Corinto, prelado doméstico de Su Santidad y asistente de la silla pontificia, y el padre Caselli, teólogo consultor de Su Santidad, á todos ellos con plenos poderes en buena y debida forma.

El primer cónsul á los ciudadanos José Bonaparte, y Cretet, consejeros de Estado, y á Bernier, doctor en teología, cura párroco de San Laud de Angers, con plenos poderes.

Todos los cuales, después de canjeados sus respectivos poderes han convenido lo que sigue:

Convenio entre Su Santidad Pío VII y el gobierno francés.

El gobierno de la república reconoce que la religion católica apostólica romana, es la religion de la gran mayoría de los ciudadanos franceses.

Su Santidad reconoce igualmente que esta misma religion ha reportado y espera reportar en este momento un gran beneficio y una gran gloria del establecimiento del culto católico en Francia, y de la especial profesion que de él hacen los cónsules de la república.

En consecuencia, según este mútuo reconocimiento, así por el bien de la religion como por el mantenimiento de la tranquilidad interior, se ha convenido lo que sigue:

ARTÍCULO PRIMERO.

Será libre en Francia el ejercicio de la religion católica apostólica romana. Su culto será público, estando sujeto á los reglamentos de policía que el gobierno juzgue necesarios para conservar la tranquilidad pública.

ARTÍCULO 2.º

La Santa Sede verificará de acuerdo con el gobierno una nueva circunscripción de las diócesis de Francia.

ARTÍCULO 3.º

Su Santidad manifestará á los titulares de los obispados franceses que es-

pera de ellos que harán por la paz y la unidad toda suerte de sacrificios hasta el de resignar sus sillas.

Si á pesar de esta exhortacion rehusasen hacer ese sacrificio que exige el bien de la Iglesia, lo cual empero Su Santidad no espera, se encargará á nuevos titulares el gobierno de los obispados comprendidos en la nueva circunscripcion del modo siguiente :

ARTÍCULO 4.º

El primer cónsul de la república nombrará dentro de tres meses, contaderos desde la publicacion de la bula de Su Santidad, los obispos y arzobispos pertenecientes á la nueva circunscripcion, y Su Santidad conferirá la institucion canónica conforme á las reglas establecidas para la Francia antes de cambiar de gobierno.

ARTÍCULO 5.º

Las nominaciones para los obispados que vacaren en lo sucesivo las verificará igualmente el primer cónsul, confiriendo Su Santidad la institucion canónica en conformidad con el artículo precedente.

ARTÍCULO 6.º

Antes de entrar en el ejercicio de sus funciones, los obispos prestarán directamente en manos del primer cónsul el juramento de fidelidad acostumbrado antes del cambio de gobierno, el cual es como sigue :

« Juro y prometo á Dios sobre los santos Evangelios guardar obediencia y fidelidad al gobierno establecido por la constitucion de la república francesa. Prometo asimismo no estar en inteligencia con nadie, ni asistir á reuniones ni fomentar liga alguna, ya sea dentro, ya fuera del reino contra la tranquilidad pública, y que si sé que en mi diócesis ó en otras partes se trama algo en perjuicio del Estado, lo pondré en conocimiento del gobierno.»

ARTÍCULO 7.º

El clero de segundo orden prestará igual juramento en manos de las autoridades civiles que el gobierno designe.

ARTÍCULO 8.º

En todas las iglesias católicas de Francia se recitará concluido el oficio divino la siguiente súplica :

Domine, salvam fac rempublicam.

Domine, salvos fac consules.

ARTÍCULO 9.º

Los obispos practicarán en sus diócesis una nueva circunscripcion de parroquias que deberá ser aprobada por el gobierno.

ARTÍCULO 10.

Los obispos proveerán los curatos, debiendo elegir personas aceptas al gobierno.

ARTÍCULO 11.

Los obispos podrán tener un capítulo en sus catedrales y un seminario en sus diócesis, sin obligación por parte del gobierno de dotarlos.

ARTÍCULO 12.

Todas las iglesias metropolitanas, catedrales, parroquiales y otras que no se hayan enajenado y sean necesarias para el culto, se pondrán á disposición de los obispos.

ARTÍCULO 13.

Por el bien de la paz y por el feliz restablecimiento de la religion católica, Su Santidad declara que ni él ni sus sucesores molestarán en modo alguno á los adquirentes de bienes eclesiásticos enajenados, y que en consecuencia la propiedad de dichos bienes y los derechos y rentas á ella inherentes, quedarán incommutables en su poder ó en el de sus habientes derecho.

ARTÍCULO 14.

El gobierno dotará competentemente á los obispos y á los curas párrocos cuyas diócesis y parroquias se hallen comprendidas en la nueva circunscripción.

ARTÍCULO 15.

El gobierno adoptará las oportunas medidas para que los católicos franceses puedan disponer fundaciones en favor de las iglesias.

ARTÍCULO 16.

Su Santidad reconoce en el primer cónsul de la república francesa los mismos derechos y prerogativas que cerca de ella tenia el antiguo gobierno.

ARTÍCULO 17.

Las partes contratantes convienen en que en el caso de no ser católico alguno de los sucesores del actual primer cónsul, se determinarán por medio de un nuevo convenio los derechos y prerogativas mencionados en el artículo anterior y la provision de obispados.

Se canjearán las ratificaciones en París dentro de euarenta dias.

Hecho en París, el 26 de mesidor del año IX de la república francesa (15 de julio de 1801).

H. CARD. CONSALVI. (*Locus sigilli.*)—J. BONAPARTE.
(L. S.)—J. ARZOBISPO DE CORINTO. (L. S.)—CÁRLOS
CASELLI. (L. S.)—CRETET. (L. S.)—BERNIER. (L. S.)

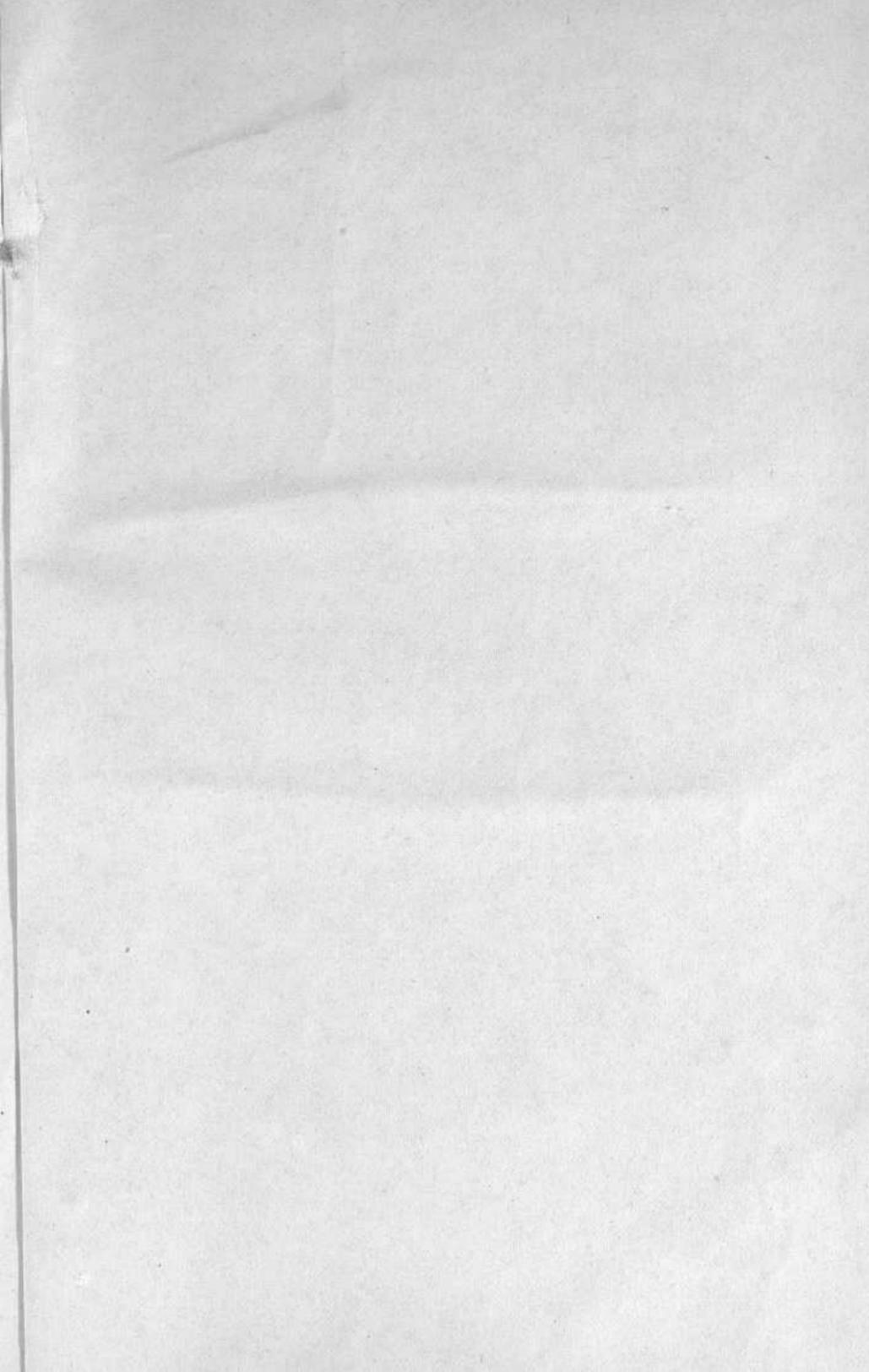
FIN DEL TOMO SEXTO.



ÍNDICE.

	<u>Pág.</u>
253. Clemente XIV..	5
254. Pio VI..	110
255. Pio VII..	317

FIN DEL ÍNDICE.







HERALD
DEPARTMENT
OF THE ARMY



D-1
1584